

La Revolución que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él; poquísimos modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social. *José Enrique Rodó.*

La Inglaterra a nadie quiere dejar vivir; que ella quiere vender, y que todo el mundo compre, que sólo ella quiere tener industrias y que todo el mundo dependa de ella; señora de los mares a costa de todos y a fuerza de robos y piraterías quiere también serlo de este destino, de todo el mundo. *Benito González Rivadavia*

La política de intriga que existía en Buenos Aires antes de 1810 y que explica en gran parte los sucesos del año y las tragedias posteriores, es desconocida totalmente por los historiadores argentinos y americanos.

*Enrique de Gandía*

En el siglo XVIII conoció España las mismas aventuras espirituales que las demás naciones europeas ( ) los pensadores españoles, y muchos de sus compatriotas, ( ) comulgaron con sus vecinos extranjeros por su ardiente curiosidad espiritual o por su estilo de vida. ( ) Así, pues, no hemos experimentado sorpresa al descubrir en España el esfuerzo gigantesco de un puñado de hombres ilustrados y resueltos que, con todas las fuerzas de su espíritu y todo el impulso de su corazón, quieren dar prosperidad y dicha, cultura y dignidad a su patria

*Jean Sarrailh*

En 1821 se aprobó el Reglamento General de Instrucción Pública, estableciéndose tres niveles: el de la enseñanza primaria, universal y gratuita; el de la enseñanza secundaria, cuya formación correría a cargo de los Institutos que se crearían en todas las capitales, y el nivel universitario, con 10 universidades en la Península y 22 en Ultramar.

*Rafael Sánchez Mantero*

Si la centésima parte de los pequeños y míseros labradores que hay en España, Portugal y Francia, tuvieran perfecto conocimiento de este país, (América) abandonarían el suyo y se trasladarían a él.

*Concolorcorvo*

La responsabilidad histórica de los secesionistas se vería agravada por su rechazo a la Constitución de Cádiz de 1812, aprobada por una mayoría de diputados americanos en las Cortes de España, y rechazada de este lado por la dirigencia revolucionaria ofuscada por entronizar un rey europeo, o un inca. Tal constitución confirmaba la igualdad absoluta entre los reinos peninsulares y americanos, entregando el poder soberano a los representantes del pueblo. De no haber sido rechazada se podría haber consolidado la gran Confederación, una suerte de Commonwealth que de hecho existía entre los reinos españoles peninsulares y americanos. Ello habría mantenido a la Comunidad Hispánica a la cabeza del mundo, creando a la vez, un equilibrio de fuerzas que faltó desde Trafalgar en 1805. ¿Cabe aún pensar en la unidad hispanoamericana?

Carlos III representa la cima del siglo XVIII, su reinado fue la consolidación y desarrollo de todo lo que se venía mejorando en España ( )...un inmenso cambio hacia la modernidad política y social. ( ) No sólo realizó atrevidas reformas políticas y administrativas, para eliminar antiguos abusos y deficiencias, sino que promovió y protegió una actitud de cambio y progreso en todas las formas de vida social. ( ) Patrocinó con tenacidad ( ) la reforma de la educación y el avance de las ciencias. Expediciones científicas, colecciones botánicas, jardines experimentales y reformas de la educación fueron el fruto de su celo ... ( ) Centros de estudio, novedades tecnológicas, escuelas de minería y de artes, bibliotecas y publicaciones y una eficiente y activa organización administrativa sacudieron, de este modo el mundo hispanoamericano.

*Arturo Uslar Pietri*

Las Sociedades Económicas difundían los cambios y reformas en proceso; agrupaban legalmente a quienes se interesaban en los planes de renovación y constituían núcleos u organismos que, dirigidos desde Madrid, estudiaban los proyectos propuestos. Simultáneamente se institucionalizaba la figura del procurador municipal, cuyo cometido era elevar las quejas que se suscitaban en la población. En todo municipio que superara de 2000 habitantes debían elegirse cuatro diputados con pleno derecho a intervenir en los asuntos del gobierno.

En el siglo XVIII hay extraordinario interés en la ciencia, y en todos los países de América aparecen hombres dedicados a su estudio, que leen cuanto se produce en Europa y hacen trabajos ( ) útiles para la constitución de la ciencia moderna...

*Pedro Henríquez Ureña*

Es probable que la obtusa petulancia de muchos mirara por arriba del hombro a los nacidos en Indias; pero basta observar el puesto distinguido de los criollos en la vida de la colonia, para ver todo el error de aquel vulgarizado concepto

*Héctor Miranda*

No hay duda de que América recibió muchísimas más horas de trabajo que las que exportó.

*Antonio Lezama.*

HUGO TORRANO

Rodó y la encrucijada revolucionaria hispanoamericana

HUGO TORRANO

“Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria” José E. Rodó.



# Rodó y la encrucijada revolucionaria hispanoamericana

Rodó +

S/mtn  
~~TORR~~  
R

Podro  
T

Podro

HUGO TORRANO

# Rodó y la encrucijada revolucionaria hispanoamericana

Montevideo - 2010

## INDICE

Presentación.....	7
Una pincelada sobre la actualidad de América. ....	9
<b>I. TELON de FONDO. ....</b>	<b>11</b>
1. Enfoque. ....	11
2. El pasado cercano. ....	22
3. La España de los Austria. Siglos XVI y XVII. ....	28
4. Un grave error histórico. ....	31
5. La España de los Borbones. Siglo XVIII. ....	33
6. La situación del indio tras el desprendimiento de España. ....	38
7. "El Mayo inmortal" .....	42
8. Carlos III, ¿un Borbón republicano? .....	49
9. De la leyenda negra. ....	66
10. ¿Oscurantismo? .....	85
11. Más sobre oscurantismo. ....	93
12. El campo en el siglo XVIII. ....	107
13. De la Inquisición. ....	121
<b>II. LA MITOLOGIA INDEPENDENTISTA. ....</b>	<b>127</b>
1. Primera fuente donde abrevia Rodó. ....	127
2. Visión romántica de Bolívar. Realidad de Artigas. ....	131
3. Clima socio político de Mayo. ....	151
4. La generación romántica del '37. ....	160
5. Juan Manuel de Rosas: ¿la barbarie? .....	180
6. Fructuoso Rivera: ¿la civilización? .....	194
7. Después de la Guerra Grande. ....	212
8. José Pedro Varela y el militarismo de la época. ....	223
9. El misterio Rodó. ....	227
<b>III. LA NUEVA ERA. ....</b>	<b>237</b>
1. Ocaso del siglo XIX. ....	237
2. Proudhon. La cuestión social. La libertad. ....	247
3. Cruzando el siglo. ....	250
4. Positivismo y neidealismo. Del estilo, del pensador y del artista. ....	260
5. La Cuestión Estatal. ....	267
6. El Poder y el Individuo. ....	274
7. La mala memoria histórica. ....	283
8. El liberalismo económico. ....	294
<b>IV. CAMBIO DE LUCES. ....</b>	<b>310</b>
1. Antecala del nuevo siglo. ....	310
2. El Modernismo. ....	315
3. La Generación del '900. ....	327
4. El Estilo es el hombre. ....	335
4. Jacobinismo y otros ismos. ....	347
<b>V. HISPANOAMERICA: DRAMATIS PERSONAE. ....</b>	<b>353</b>
Reflexión final. ....	353
<b>BIBLIOGRAFIA Y NOTAS. ....</b>	<b>372</b>
<b>ÍNDICE ONOMÁSTICO. ....</b>	<b>378</b>

ISBN: 978-9974-98-063-1

© Hugo Torrano  
 Registro en la Biblioteca Nacional: Libro 31, Registro 1980.

Queda hecho el depósito que ordena la ley  
 Impreso en Uruguay - 2010  
 Tradinco S.A.  
 Minas 1367 - Montevideo.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, por medio de cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo o cualquier otro medio mecánico o electrónico, total o parcial del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización del autor.

Diseño de portada: Alicia Velázquez

## Presentación.

*Me basta con perseverar en la norma de sinceridad que es la única autoridad a que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra... José Enrique Rodó.*

*El presente libro viene precedido por otro: Rodó, Acción y Libertad – Restauración de su imagen.*

*Encarnó, en un momento, un acto de rebeldía y de protesta contra las injustas apreciaciones de una crítica subordinada a ideologías y sordos rencores políticos sobre el escritor de mayor talla cultural que hemos tenido. ¡Tanta su luz, tanta la sombra que proyectaba Rodó a casi cincuenta años de su desaparición!*

*Constituyó ese libro, para mí, una suerte de misión de rescate de su ostracismo político y cultural a la vez que una reivindicación de sus valores. Había que devolver a Rodó a su sitio histórico aventando las brumas y el farrago de equívocos que enturbiaban su nombre en un afán de reducir su imagen a la de un mero escritor de parábolas para niños y de frases de ocasión.*

*De los valores de su prédica, está el mundo hoy más urgido que nunca: fe en la cultura humanística, en pleno descaecimiento ya desde su época. Restaurar el humanismo en el mundo globalizado que todo deshumaniza y vacía de contenido es, por sobre todo, el quehacer que nos legó, así como la cabal comprensión de la urgencia de América en recuperar la unidad política que tuvo y perdió.*

*A este libro siguió otro: Rodó, hecho histórico que cubrió aspectos de la obra del escritor dejando de lado sus avatares políticos pretendiendo mostrarlo en su entorno literario y filosófico.*

*Ambas obras mostraron vertientes de sus vertientes. Una de las encrucijadas – de las tantas que nunca eludió – quedó relegada. Los dos libros fueron concebidos tres largas décadas atrás. Los años transcurridos me han dado una nueva perspectiva sobre el enfoque americanista de Rodó. En aquel tiempo había intuido yo una suerte de desencuentro entre su americanismo y su interpretación del independentismo, - estereotipo para nombrar lo que fue nuestra secesión de la nación española que nos comprendía. Su visión, - la de un escritor que se entregó como nadie a la causa de América, se me convirtió en un enigma que no acertaba a despejar. La inquietud me persiguió hasta que decidí explorar a fondo el misterio.*

*De esto es de lo que trato aquí, evitando detenerme en aspectos considerados anteriormente y los harlo transitados durante un siglo sobre su obra. Me detengo ahora en elementos que guardan relevancia con los temas que preocuparon a su época e indujeron la formación de su juicio inicial sobre la llamada Revolución Independentista. Centro el foco, pues, en esta temática crucial más que sus aspectos literarios.*

*Al decir de un lúcido crítico uruguayo, Rodó se halló en todas las encrucijadas. Hasta donde se me alcanza, nadie se ocupó hasta hoy de la que da título a estas nuevas páginas. Ninguna más actual – junto a la de su prédica de los valores humanistas – que la que determinó el intento independentista americano, de aciagas proyecciones hasta el presente. Puede que el hecho no salte a la vista a pesar del condicionamiento que aquella aventura nos ha aparejado hasta hoy.*

*¿Sería exagerado decir que la proclama de dejar de ser colonias, nos llevó, precisamente, a convertirnos en colonias? Integrábamos la nación española, no sujetos, por tanto, a lo que confusamente se designa como imperio español. Obviamente no éramos colonias ni recibíamos tratamiento de tales. Acaso esta aseveración cause sorpresa a los no avezados en la historia de España, de la que no nos es dado desprendernos sin desconocer y desvirtuar la nuestra.*

*Fuerte y tenaz ha sido el influjo de la leyenda negra sobre uno de los países de más fecundo andar en el mundo. La leyenda – de matriz sajona – fue cobonestada por el movimiento secesionista atado a los intereses de sus gestores que no fueron, ciertamente, proclives a una verdadera independencia. Admitir lo contrario, es decir, que logramos la independencia, nos enfrenta al hecho objetivo de que el resultado final de la aventura nos volvió dependientes.*

*Creo tan ineludible la difusión de este miraje como la promoción de un debate abierto sobre la idea que sostenemos. La interpretación histórica es un derecho y al mismo tiempo un deber de cada nueva generación, ha afirmado con razón el escritor Daniel Mazzone.*

*¿Por qué enfocar el tema tomando a Rodó como eje de la cuestión?*

*Porque Rodó ha sido, dentro de la hispanidad, la figura más conspicua, la primera en bregar sin treguas por ella. Y porque su nombre, desde que escribiera Ariel, subyugó las conciencias del Continente. Su voz cruzó el Océano que separaba las dos partes de la gran nación hispanoamericana. Justamente en esta pequeña gran obra es donde surge la expresión de gloriosa, aplicada a la Revolución de Mayo y, por extensión, a todo el movimiento secesionista.*

*Gravísimo malentendido sobre lo que no fue revolución sino un oportunista golpe de mano.*

*También se declaró admirador de Mayo. Admiración que abarcó a algunos grandes - y otros no tan grandes - de sus gestores y actores. El error asume, en su ensayo sobre Bolívar, espinoso carácter.*

*Así lo siento hasta haberme resultado extraña su actitud. Este es el misterio que indago siguiendo los entresijos del proceso independentista del que se ha desviado permanentemente la mirada. Acaso porque en vez de conducirnos a una independencia falaz, nos llevó a una dependencia embozada. Lo discuto no con ánimo iconoclasta, sino con la esperanza de que se renueve la interpretación de lo sucedido y de sus alcances fácticos. Fue Rodó quien reclamó una revisión de nuestra historia intuyendo sus sombras.*

*El quiebre de lo que entonces era una poderosa nacionalidad -- la nuestra -- exige aventar la mitología que se nos inculcó desde la infancia, - como ocurriera a Rodó. Nuestro pasado, ignorado, o confusamente percibido por los más, hace impotente la tarea de su restitución a la Historia, apartándole del mármol, de las deformaciones intencionadas y mostrándole como persona. Para ello nada mejor que dejar hablar los hechos que, dice el inglés, hablan más alto que las palabras.*

*Mi exploración comienza por poner al descubierto las raíces del escritor; de revivir el mundo que moldeó su intelecto. Como los hechos históricos no transcurren sin conexión con los que le anteceden he llevado la investigación más atrás del momento en que se inicia la percepción histórica que nos marca hasta hoy. Insisto en que se desvirtúa la historia de América al saltarnos, como se ha hecho hasta ahora, la de España. Sin penetrar y entender la una, no se entiende y se falsea la otra. El siglo XVIII, tan calumniado por los impulsores de nuestra secesión, es el corno de la cuestión. La suerte de América no difirió de la de España a partir de entonces. Más que afirmar que España se saltó el siglo XVIII -- el más fecundo de su historia -- digase que perdimos, juntos, el XIX. De la gran nación que éramos -- españoles europeos y españoles americanos -- nos convertimos en secas hojas a la deriva de los vientos.*

*Para comprender el drama hay que penetrar los intereses que se movieron detrás del telón en 1810, ver de cerca los acontecimientos y de lejos a sus protagonistas, como quería Bolívar. Endeble es una identidad nacional cuando una extensa mayoría de la colectividad desconoce el pasado, aunque lo sufra en el presente. Porque nadie es quien sino como resultado de su pasado. Somos, como individuos o naciones, nuestro pasado, no otra cosa. Casi podría decirse que no hay nada más presente que nuestro pasado, ni porvenir, si no expulsamos las sombras de la caverna que tomamos por realidades. Rodó fue consciente de que existe la cárcel de la idea. Las ideas pueden también ser cárcel - dijo. ¿Fue acaso lo que le sujetó a la tradición unitaria y a la leyenda negra? Dilucidar la cuestión es nuestro propósito. Adelanto que la minuciosa exploración no dejó de depararme continuos asombros.*

*Otrosí digo: no soy denegador de Rodó a quien respeto. Sólo procuro esclarecer, con el espíritu de su Gorgias, la extraña paradoja de su quizá aparente ignorancia del verdadero significado de la pretendida Revolución Independentista, tema tergiversado hasta haberlo vuelto incomprensible como a sus personajes, desde un Mariano Moreno, un Rivadavia, un Rivera, un Juan Manuel de Rosas y, por supuesto los de talla como Artigas, San Martín, Bolívar. Todo se mezcló.*

*No soy, pues, un detractor de Rodó. Tampoco su panegirista. Nada es blanco o negro.*

*Sus enseñanzas me impiden la incondicionalidad. Antes que a subordinarme a intereses de cualquier índole, me inclino a ser su discípulo. Aspiro, como el Maestro, a la libertad de criterio, lo que tengo como artículo primero de la carta que legítima al escritor. Amigo de Platón pero más de la verdad.*

*La Historia la hacen los hombres; también la escriben. A veces de buena fe, según interpretan los hechos que no siempre se prestan a una única lectura. Otras - quizá las más - la forjan las pasiones y los intereses en juego. Suele predominar, en última instancia, la versión de los que se adueñan del poder. El ensayo que presento es mi lectura de los hechos que todavía nos atentan. Una historia vista con espíritu independiente, sin ataduras de campanario. Encabecé mi obra anterior con un pensamiento de Ortega al que sigo adberido y que puede esenciarse recordando que ser de izquierda, como ser de derecha, es una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil... Se buscaría en vano, escudriñando la bibliografía de que me he valido, establecer a qué lado me inclino. Quiero decir, en otras palabras, que no he vacilado en citar a todo autor que tuviera algo que aportar a la investigación emprendida, sin pararme a averiguar su ideología, en tanto su aporte resultara, a mi criterio, fundamentado.*

*Finalmente: he intentado por todos los medios evitar caer en el estilo del tratado. Lo que sigue es un ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, como apuntara Rodó. Parecería que la densidad de los temas así lo impone. Como Tácito, lo encaro, sine ira et studio.*

## Una pincelada sobre la actualidad de América.

“El 66% de los bolivianos viven con menos de 60 dólares mensuales. “Cuatro policías reclamaron un aumento para no suicidarse... sacaron a luz la hazaña compartida por muchos bolivianos de sobrevivir con poco más de 100 dólares al mes. Y estos casos no son los peores. : ‘Preferimos morir de un balazo a morir de hambre’, - dijo un policía atrincherado en un edificio de la ciudad de Cochabamba con una pistola en la mano.

Lo peor es que un tercio de los habitantes de Bolivia sobrevive con menos de 30 dólares al mes... Un maestro de primaria puede llegar a cobrar 260 dólares al mes... después de 30 años en la profesión. Un aviso ofrece empleo: ‘vendedor/a para la ciudad de La Paz. Tiempo completo: 800 bolivianos (106 dólares.) – El salario mínimo nacional se sitúa en 577 bolivianos (76 dólares.)

La semana pasada el presidente Evo Morales emitió un decreto para que durante este año, las empresas suban de forma obligatoria los salarios mínimos un 10%.

Un proyecto de ley elaborado por el Senado, de mayoría opositora, propone un incremento del 12% para todos los empleados públicos; para los funcionarios privados de salud y educación, un 15%.

En el país más pobre de Sudamérica aquellos policías que amenazan suicidarse o con huelga de hambre con sus esposas e hijos, quizá finalmente se conformen con un aumento de US\$. 2, en un bono mensual, y la promesa de futuro aumento del 10%.”

	Sup. Km2.	Hab. mill.	P. I. B .mill. US\$	Mortalidad infantil
	miles		total - per capita	o/oo
Argentina	2: 800.	37:	348. - 9.700	19.03
Bolivia	1;084.	8:	24.1 - 3.000	64.
Paraguay	401.	7:	5.5 - 3.900	37.39
Uruguay	187.	3:3	22. - 6.000	7.1
España	505.	40:	642. - 16.000	6.51
G.Bretaña	242.	60:	242.bill. - 20.720	5.87

Datos correspondientes a fin del siglo XX. Cifras redondeadas, aproximadas.

La situación no difiere mucho de la generalidad de los países sudamericanos independientes desde el primer cuarto del siglo XIX.

Extracto de un artículo de El País, Montevideo, domingo 23 de marzo, 2008, p. E-6.

## I. TELON de FONDO.

*La obra del escritor, como obra del hombre, está vinculada al medio social en que se produce por una relación que no se desconoce ni se rechaza impunemente. La misteriosa voluntad que nos señala tierra donde nacer y tiempo en que vivir nos impone con ella una solidaridad y colaboración necesarias con las cosas que tenemos a nuestro alrededor.*

*José Enrique Rodó.*

Para abordar la figura del escritor Rodó es preciso recorrer la evolución del pensamiento uruguayo a lo largo del siglo XIX. Tarea de poco fruto, empero, si se hace desprendida de una honrada comprensión de la historia del Río de Plata, lo que comporta a la vez, la de España desde bastante antes de Mayo de 1810. En su personalidad intelectual se detecta una suerte de vacío reflejado en una dudosa apreciación histórica sobre lo que nos deparó la llamada *Revolución de Mayo*, admirada y llamada inmortal por él. Lo declaró en *Ariel*, y así se trasunta el sobrerrelieve que presta a dudosas figuras como Rivadavia o en sus discutibles juicios sobre Fructuoso Rivera y Juan Manuel de Rosas. Tampoco su concepto – al menos inicial – sobre el movimiento separatista de América se ajusta a una realidad histórica reflexivamente ponderada.

Sea vacío, sea errónea visión histórica de algo que marcó nuestro destino histórico, - por darse en un pensador de la proyección de Rodó – el hecho importa mucho y no como cuestión meramente académica. Marc Bloch afirmó que *la incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado*. Esta ignorancia se convierte en algo más grave cuando se trata ya no de la ausencia del conocimiento de ese pasado, sino de su imperfecta o viciada comprensión. Dijo Alberdi, a quien mucho tocó meditar sobre la materia, refiriéndose a América: ... *en todos los países nacientes la fábula y la leyenda han sustituido a la Historia*.

Por estas sendas pasan las reflexiones de este ensayo. Intentaremos buscar la razón de la actitud de Rodó adentrándonos en el análisis de los hechos y de la evolución del pensamiento en el siglo XIX, durante el que transcurrió mayormente su vida. Ahí están las claves de su personalidad. Exploraremos pues el período precedente a su nacimiento en 1871, sin imponernos limitaciones que coarten una visión integral del mundo en que se desarrolló el drama hispanoamericano. Drama le llamo desde ya.

Busco despojar a Rodó del ornato estatuario de la crítica trivial para encontrar al hombre de carne y hueso, con sus debilidades, limitaciones y prejuicios impuestos por el medio en que abrió los ojos y en el que se educó adherido a una tradición pertinazmente desacordada con la realidad histórica. Intento mostrar un Rodó en la lucha asimismo entre su temperamento *romántico* – aunque sorprenda el calificativo -- y su tendencia racionalista acendrada en su amor al estudio, a la investigación y en sus inclinaciones filosóficas. Nos enfrentaremos a un ser cuya intelectualidad dinámica se halló en permanente evolución.

### 1. Enfoque.

Vivió Rodó una edad de fragoroso batallar, de cruenta actividad política, así como intensa expresión de lucha del pensamiento. Late una simiente de luz en las páginas amarillentas de revistas y diarios olvidados, tanto como en libros que duermen en silenciosas bibliotecas a las que no llega el investigador en la medida en que, si lo hiciera, sin concepciones a priori, contribuiría a revivir un acervo histórico hartamente necesitado por nuestra nacionalidad hispánica, desperdigada en una compleja peripecia histórica. Precisa labor es la de dar a conocer las corrientes de vida que subyacen en nuestra

realidad pasada y que, persistentes e invisibles, fluyen impregnando nuestra cultura. Existe una verdad singular y concreta en cada sociedad que sólo revela su hondura cuando se remueven sus brasas con humildad y sin visión provinciana. Esa verdad, o la parte de ella que nos sea dable alcanzar, es la que en definitiva presta utilidad social. Para hacerla fecunda, rescatándola del círculo de campanario, hay que acercarse a su templo dejando a la puerta banderías, emblemas ideológicos y tendencias dogmáticas, intereses subalternos y vanidades de secta intelectual. No coopera a esta ineludible y trabajosa tarea, el aire del encierro.

La obra de demolición de mitos y fantasías que más tienen de novela que de historia, pide atmósfera libre de estereotipos e idolatrías. Preguntado Bernard Le Gonnec sobre las dificultades que encontrara en su estudio sobre la elaboración de *Ariel*, respondería: *lo más difícil fue, es y sigue siendo, tener una idea exacta del ambiente socio-histórico de los años anteriores a la obra...* Rodó, fuera del marco de su tiempo y de su ambiente socio-histórico resulta poco menos que ininteligible, no obstante su grávida carga de mensajes aún vigentes.

Una vez ensayé a restaurar su imagen desvirtuada por una crítica desaprensiva. Mi intento en estas páginas tiende, en cambio, a dar idea de la escena reclamada por el investigador francés. (1)

Rodó, puede decirse de entrada, nació y se movió en un ámbito social que, aunque fecundo, mucho distó de ser sano y fresco. Si bien hay que contarle en el grupo de intelectuales vinculados al pensamiento del *liberalismo filosófico* - la más elevada expresión del espíritu humanista - reconozcamos que su permanente esfuerzo por superar las limitaciones de su tiempo no siempre se vio coronado por el éxito. Ha afirmado Goethe que todo hombre pertenece de algún modo a su siglo. Rodó perteneció al suyo. No se acuna su formación, su primera formación, que es la que más cuenta en el molde de la personalidad, en la cultura europea. Sus raíces se nutren de savia americana que, efervescente, corrió a borbotones en el Río de la Plata. Ese fue su medio, el subsuelo en que finca su raigambre personal. Sus lecturas iniciales no fueron de escritores europeos, como suele creerse. Para ubicarle habrá de tenerse en vista la situación hispanoamericana previa a la llamada *Revolución de Mayo*.

Este movimiento, que tuvo en vilo a la región platense, para cohonestarse, se cobijó en *la leyenda negra contra España*. Los epígonos del movimiento, lejos de analizarla la aumentaron sin discriminación ni análisis, forjando una historia carente de cimientos, enmarañada en un tejido de tergiversaciones consentidas y malas interpretaciones, hasta formar una densa, cuasi impenetrable mitología. Los velos de esta historia amañada impidieron a Rodó penetrar en la naturaleza íntima del fenómeno que moldeó su infancia. Fue él quien esculpó en *Ariel* la frase: *las ideas pueden ser también cárcel*. No logró él, empero, romper sus barrotes.

La *lucha separatista* - en ambas orillas del Plata, como en América, - engendró una mitología que, cual río desbordado, llenó todos los nichos mentales, en un campo aureolado por el romanticismo. Como desfigura la refracción del cristal la imagen del objeto, los acontecimientos se deformaron y tiñeron con el color de los intereses protagónicos, tras los que se nucleaban las pasiones del momento. La meta supuesta de la *revolución*, se vio pronto traicionada por sus mismos gestores. Los amanuenses de turno se encargaron de acomodar hechos e intenciones. Sobran ejemplos. Detengámonos en uno ilustrativo. Nos toca de cerca y lo cuenta el maestro Abel J. Pérez, a quien contemporáneamente Rodó prologa su libro *América*.

Hacia 1900 la figura de Artigas sólo vivía en la tradición oral casi siempre apasionada, inclinada a convertir a cada personaje en héroe o en demonio. Nadie hablaba de él, muerto hacía medio siglo, sepultado bajo una pesada lápida de intereses y rencores, forjada por la leyenda oligárquica que lo presentara como un ser execrable. *El nombre de Artigas entrañaba una vergüenza nacional*. Si de él se hablaba era para recordar *la sangre inocente* que se le imputara haber derramado. En 1868 se funda el *Club Universitario*. Alguien anuncia que quiere hacer público su pensamiento favorable a Artigas. He aquí las palabras del testigo: (2).

*Un día, todos los estudiantes nos quedamos sorprendidos ante una noticia estupenda: Pepe Busto daba una conferencia en el Club Universitario a favor de Artigas. Se necesitaba contar con el cariño y la popularidad que gozaba nuestro malogrado compañero, para desafiar así la cólera popular.*

Los infundios de los triunfadores del momento habían convertido al personaje más grande de América, - quizá al único que mostró un seguro perfil de estadista, - en alguien que provocaba las iras populares. Poco después esa imagen se vería aventada por la obra de estudiosos de la talla de un Carlos María Ramírez, un Francisco Bauzá, un Isidoro de María y por sobre todos, Eduardo Acevedo con su inigualable *Alegato Histórico*. La estatura del jefe oriental, a cerca de ocho décadas de su retiro de la escena política, y a casi tres de su muerte, pasaría a ser reivindicada. Hasta hoy, sin embargo, su real significación permanece cuando no difusa, desconocida para los más.

Adentrémonos en el movimiento secesionista de América, acontecimiento capital de nuestra historia, que no se hizo con la idea cabal de la independencia - ¿independencia de qué? - llevándonos, paradójicamente, a una fatal dependencia del poder extranjero, a la categoría de *colonias*, lo que no éramos de hecho ni de derecho. Pasamos sí, de miembros integrantes de una nación, por entonces la mayor potencia de la Tierra, a esa condición, so capa de oscuras aspiraciones de independencia. Trocamos nuestra vigorosa nacionalidad hispana en pseudo repúblicas, hojas secas libradas al viento de la Historia, sujetándonos al arbitrio de los imperios de turno.

¿Fue consciente Rodó de ello cuando llamó *gloriosa* a la *Revolución de Mayo*, declarándose su *admirador*? Dejaré sin respuesta, por ahora, la interrogante, conociendo el carácter controvertible o polémico de lo que digo. Anticipo sólo que partiendo Rodó de un polo, estaba quizá próximo a arribar al opuesto - como se vislumbra en el curso de su obra - cuando temprana y lamentablemente le sorprendió la muerte. Me impongo ir más allá de una liviana afirmación. Intentaré demostrar que Rodó se fue acercando a la comprensión de que el objeto de su admiración no la ameritaba.

Entre las funestas consecuencias de *Mayo*, los avatares fácticos nos llevaron a lo que se conoce en nuestros anales como la *Guerra Grande* y lo que la leyenda nombra como *la Defensa*. Conviene desde ya destacar estos hechos cuya influencia, marcó indeleblemente la impresionable naturaleza de Rodó desde sus primeros años. El complejo histórico del Plata constituye la fuente primigenia donde rastrearé la excepcional personalidad del más grande escritor entre nosotros. Es en nuestra región inmediata donde nace el brote de su singular intelecto a impulsos de un pensamiento entrañado en el *drama de América*, en su perdida unidad. De ese hontanar surge su conciencia de reencontrar lo perdido. Obra de largo aliento que siente como un mandato.

De la niñez arranca el fuego de su inteligencia dispuesta a la magna tarea. A América, dedica su *milicia literaria*, sus esfuerzos, su vida. América es *el ideal*, la sublimación del sentimiento, la estrella remota y quizá inalcanzable, que orientará siempre a este Simbad del pensamiento. América es el norte de su acción, principio y cima de su evolución espiritual manifiesta desde muy joven. Cobra sentido cuando se centra la atención en el mundo arrebatado desde el inicio del movimiento independentista, convulso aún cuando entra él en la liza literaria y política. Ambas comprendidas en la lid filosófica de su vida.

Para aprehender claramente este hecho y la clave vital de Rodó, su amor a la libertad en todas sus formas, es menester considerar prolijamente los acontecimientos históricos precedentes, que influyen y enmarcan su acción. Porque ¿hasta dónde y qué significado tendría su concepción de la libertad en abstracto? Estudiar a Rodó fuera de las connotaciones de su medio, sin relación a la más grande idea elaborada por el humanismo, sería traicionar su sentido esencial, no captar su personalidad y extraviarse en un ejercicio puramente retórico. Así ocurre generalmente volviéndole inabordable para los más. La idea de la libertad en el mundo histórico uruguayo se correlaciona con diversas preocupaciones que fueron materia de apasionados debates, ardientes inquietudes, para los pensantes de ese tiempo.

Esta es la urdimbre en que se teje su concepto de la libertad individual sobre el trasfondo de la solidaridad social y el designio de la convivencia democrática, fincada en la extensión de la educación.

Emprendo este ensayo con el propósito de restituir el escritor al medio histórico en que se forjara, siguiéndole en las encrucijadas a que su espíritu independiente le llevó en distintas ocasiones. Encrucijadas, dígame ya, que no eludió y que una crítica condicionada no supo o no quiso ver. Hubo una excepción: Domingo Luis Bordoli, que poseyó la virtud cardinal de la sinceridad literaria, el amor a la verdad, que ha de reclamarse a quienes ejercemos la profesión de escribir. No me unió a Bordoli relación personal fuera de haber oído sus clases.

En una breve página - *Cara y Cruz de Rodó* - cuenta el autor de *Los Clásicos y nosotros*, recordando tiempos juveniles, cómo Rodó era detractado con desprecio y sarcasmo, hasta confinarlo en la soledad. (3)

*Nuestro profesor liceal lo detestaba. ¿Y qué podíamos decir nosotros cuando se blandían sobre el de Rodó, nombres como los de Nietzsche, Novalis, Hölderlin, Keats, Dostoiewski? Por eso, mi conocimiento del escritor fue tardío y mal hecho. Y por eso mi reconocimiento de hoy es penitente y tenaz, como el de la persona que desea borrar una pasada mala acción.*

Este testimonio pone de relieve el conato de algunos de sus compatriotas de condenar al escritor a la soledad. Dígame *La soledad del adelantado...* En este tren no faltó quien le considerara *ausente*, ni tampoco, algún osado que, levantado por las claques ideológicas, le tildara de *turista de la cultura!*

El modo de documentarse de Rodó sobre cualquier tema aventa la afrentosa designación. No hay mucho que escudriñar en el desarrollo de nuestro país para averiguar que la cultura fue su norte. Creyó ver en el cultivo del ser humano la perspectiva del porvenir. No a la manera candorosa del ingenuo sino a la manera con que José Pedro Varela encaró su reforma y la educación civilista de su pueblo en el último cuarto del siglo XIX. En *Ariel* se delinea su concepto; en el resto de su obra abunda en su criterio de la formación integral del hombre. En 1904, escribe a Unamuno: (*Ob. 1393*)

*Yo no aspiro a 'la torre de marfil'; me place la literatura que, a su modo, es milicia, pero cuando se trata de luchar por las ideas grandes, de educar, de redimir.*

He ahí los dos polos de su acción de trayectoria de escritor y político independiente. Uno, el *servicio social*. El otro, *el servicio de la causa americana*. Su temprano cuan importante trabajo sobre Rubén Darío - en el que queda definida su orientación artística, - aleja cualquier duda. ¿Pueden elegirse causas más altas como ideal?

Ideal levantado a los ojos de la juventud que llega, no a quienes se acercan al fin de la jornada. Como el buen sembrador, escogió el terreno donde arrojar la simiente, el suelo nuevo donde su prédica pudiera echar raíz y fructificar algún día. Su obra habría de juzgarse por el raigón que alimenta la fronda desde el seno donde se elabora el fermento que empuja la savia. Era necesario elegir suelo húmedo, cavar hondo, cuidar el árbol do más tarde se aposentará el nido y la algarabía de cantos y alas. Cual el labriego que ama su tierra, y sabe que la faena no es simple, sino llena de esmeros, vigili-  
as y voluntad, bregó sin tregua, consagrándole su vida. Toda su obra está signada por esa vocación magistral sin pausas ni desalientos. Piensa que el fruto pertenece al porvenir, no al efímero presente. Lo estampó en *Ariel*.

*La obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible... sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo.*

Tuvo por cierto que la realización del ideal no es obra de un día sino lejana meta y así, en nombre de la vida misma y la esperanza, apela a las almas jóvenes para levantar el edificio. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, esto es, de la libertad individual, piedra sobre piedra, en la sana empresa de la entrega voluntaria. El resorte impulsor tiene allí su fuente.

El proyecto de una América *una*, ha de empezar a vivir en la mente del niño. Nuestros antecesores, dejaron pasar su tiempo; es nuestra, ahora, la imperiosa e impostergerable misión. ¿No es reconocimiento de haber errado el camino?

No se planteó Rodó el problema a la manera cartesiana, *cogito ego sum*; tampoco se detuvo a indagar sobre sí en el mundo la materia precedió a la idea. Y no porque careciera de sensibilidad metafísica; su espíritu neopositivista le marcaba claro el rumbo. A otros la tarea de ahondar ese surco; la suya, urgente, inmediata, estaba en despertar una conciencia, modelarla en el sentimiento de la solidaridad y darle impulso. La idea precede a la acción. Toda su propaganda política, si vamos al caso, - y ello comporta una innegable actitud filosófica, - ¿no es la propaganda de ideas que forja el ideal? ¿No es la idea la que amolda, finalmente, la indócil materia del universo? La idea es la herramienta que transforma la materia hasta lograr darle la forma imaginada. Parte de la detacción de Rodó se ha hecho sobre la base de su *idealismo*. Éste es su *idealismo*. Sorprende la ingenuidad de los que, llamándose materialistas, le combaten por idealista. ¿No hay, hablando en el terreno filosófico, en cada materialista, un idealista? ¿No apunta el materialista a conformar el mundo a la idea que existe en su mente?

Rodó quiso infundir en la juventud un *idealismo*, la idea de la necesidad, arrancada a la realidad por el sentido común, sin fórceps ni alambicados procedimientos de videntes o profetas. La necesidad es la de una América *una*. ¿Qué deber más alto, qué esfuerzo más fecundo e imperioso, qué *ideal social* más notorio que el que dejó aquel Mayo tras poner en juego el destino de un Continente tras un brusco golpe de timón a la Historia? ¿Alcanzó Rodó su propósito; atendió la juventud su llamado?

¿Cuántas horas de amargura debe América a los olvidos pasados! ¡Cuánta subordinación guarda aún el porvenir a las nuevas generaciones porque hubo una que no comprendió que la libertad no es la del hombre solitario en una isla, sino que *la libertad es solidaria*, unión y complemento del esfuerzo individual! Triste memoria la de una generación cuya ceguera destructora de la unidad histórica a la que pertenecíamos echó a volar en pedazos el Continente. Artigas se contó en ese aciago tiempo entre los pocos que comprendían esta idea a pesar de haberle tocado navegar en un barco sin brújula y con su timón dirigido por mezquinas manos.

*La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables... ( ) Sed conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos, no creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro. Pero es de las ideas que él sea fecundo o se prodigue vanamente, o fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora.*

En esta admonición de *Ariel* está la idea de la *fuerza social*. Por ella comienza el atisbo de la concepción de su individualismo, ¿Se han prodigado una, dos, diez juventudes, en vano, - como el agua, que se absorbe por la arena del desierto, - sin encauzar colectivamente *las energías de la voluntad* en pos de la obra que desde el fondo de la Historia nos reclama el *Protector de los Pueblos Libres*? ¿No fue la *juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual*? Hay una conciencia que se yergue en América acusatoria del vacío de la obra que se pudo hacer y no se hizo. Es una conciencia en avance, imperfecta todavía, una conciencia que no ha asentado aún el pie en la roca firme del conocimiento del pasado.

Surge la invocación de *Motivos de Proteo* en que el Maestro nos pone ante la imagen de Peer Gynt para simbolizar *la vida que se acerca a su término sin haber llegado a convertir una vez, en cosa que dure, fuerzas que ya no es tiempo de emplear?*

Vuelve el montañés - encanecida ya su testa - a su aldea trepada al frío de su tierra noruega tras haberse prodigado por el mundo. No deja huella su pie fatigado sobre el gualdo mantillo que cubre el suelo. Le dicen las hojas muertas: (Ob. 329)

*"Somos las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena a morir disueltas en el surco." Y el viento que desata la voz de la tormenta le increpa: "Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que empujada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una señal tuya." Le habla también la lluvia que moja su frente: "Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron a tus ojos: ¡neccio si creíste que por eso la felicidad sería contigo!" Y la hierba que aplasta su bota: "Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza; las obras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos que debieron alentar tu corazón" ¿No es ésta una alegoría - dice propia para hacer paladear por vez primera lo amargo del remordimiento a muchas almas que nunca militaron bajo las banderas del mal? ¡Peer Gynt! ¡Peer Gynt! Tú eres legión de legiones.*

Cuando nos enfrentamos a los cuadros y estadísticas que una nueva juventud nos señala alarmada por el creciente *gap* tecnológico que nos separa de las naciones poderosas; cuando esa conciencia histórica comienza a erguirse, insegura aún, errando al responsabilizar a otros de lo que es resultado de nuestra obra ¿no zumba el remolino de las hojas que nos atajan el camino? ¿No trepida en nuestro oído la voz del viento precursora de la tormenta; no nos conmueve la perla del rocío que, desde la nieve de nuestros cabellos se desliza sobre la frente? ¿No gime la hierba que hollamos reconviendo nuestra debilidad de alma, la ausencia de voluntad e inteligencia? ¿No nos inculpa la mirada interrogativa de los que nos siguen ante la obra sin hacer?

*Reformarse es vivir...* estampa Rodó en el inicio de su libro abierto sobre una perspectiva indefinida. También que es preciso *avanzar*: *Quien en su existencia no se siente estimulado a avanzar, quien no avanza, retrocede...* (Ob. 404.) Esta verdad en el fuero de lo individual, ¿no lo es, acaso, con más rigor en la vida de los pueblos? ¿No nos trae, como el símbolo ibseniano, la idea de lo que pudo ser y no fue? América no ha avanzado lo que pudo avanzar. ¿Quién colmará el vacío que abrieron los desaprensivos ambiciosos que sumergieron el Continente en el caos, faltos de imaginación y mente de estadistas?

No comulgo entre quienes se inclinan a deslizar culpas sobre otros pueblos. De nuestro destino únicamente nosotros, los hispanoamericanos, somos responsables. Responsables, además, por esperar que se nos dé el mundo hecho; responsables de renunciar a nuestro quehacer histórico, a nuestra tradición hispánica. Responsables, en fin, de renunciar a nuestra propia aventura, olvidando el pensamiento del *Conductor* en el sentido de que nada debemos esperar de los demás, sino sólo de nosotros mismos.

El acercamiento crítico a José Enrique Rodó plantea problemas en torno a la *unidad de interés* temático por la multiplicidad de las sendas que presenta. A su labor de crítico literario se sumó la del periodismo en una amplia gama de desvelos de corte histórico, social, político, - local e internacional - con un trasfondo filosófico casi siempre presente. Cabe destacar sus categóricas palabras en el *Círculo de la Prensa*, en su inauguración, al ser nombrado su presidente. Asimismo su discurso - memorable por la conmoción emocional que produjo - en el Congreso de Chile, representando a nuestro país en el *Centenario de la Independencia*. Deben recordarse también sus numerosos prólogos a diversos libros: algunos verdaderos estudios y otros, como el que dedicara a *Idola Fori*, del colombiano Carlos Arturo Torres, de hondo contenido.

La vida de Rodó fue *milicia literaria*. Asumió su vocación como una misión de cultura, de arte, de alta política, ejercida siempre aun dentro de su partido con *un espíritu independiente* por encima de intereses sectarios, apuntando a levantar el rango de los procederes políticos con justicia y ecuanimidad. Una milicia al servicio, principalmente, de la educación y la alta cultura enderezada al objetivo de civilizar las costumbres políticas. Su brújula le marcaba un norte social. El punto más alto de su programa, levantándose sobre el horizonte local y sobre los mezquinos niveles de la lucha cotidiana, lo alcanzó en su mística americanista.

Importará desentrañar su personalidad desde estos distintos ángulos.

¿Cómo conciliar sus múltiples facetas con la unidad de interés necesaria cuando, partiendo desde la mira histórico-sociológica con que quiero enfocar al Rodó histórico, el panorama se extiende por tener que abarcar tantos campos? El menos avisado de sus lectores estará reclamando otro aspecto esencial del hombre y del escritor: la consideración insoslayable del estilista, que comporta su vertiente artística, tópico habitual de la crítica.

Hay un Rodó pensador en indisoluble amalgama con el Rodó artista. Mientras al pensador se le ve en forma parcial y fragmentaria, nadie le regatea su condición de estilista. Su perfil ha pasado a ser, así, el arquetipo del literato... y no mucho más.

Curiosa paradoja: creyó él perdurar por su esmerado estilo. Sus valores - hoy puede apreciarse - desafían al tiempo. No así su estilo erosionado por el ritmo febril de la vida actual y, sobre todo, por el descaecimiento cultural que nos aqueja de más en más.

No obstante, es esa condición de estilista nato la que se insiste en destacar como su mayor virtud. Pero a ella se unen su manera de sentir y sus ideas entrañadas en la realidad que le circunda. Su don de *bien decir*, su capacidad de trocar las ideas en imágenes, la plasticidad con que amoldó la palabra al pensamiento, su creatividad literaria, los hechos de que se ocupó, le mantienen vigente. Su inclinación al arte, su modalidad de pensar, no son los de quien se cobija en la torre de marfil sustrayéndose al pulso de la vida sino los de quien que se sumerge en ella. Lo afirmo contra la falsa moneda de su estática imagen ajena a las preocupaciones de su entorno. Rodó vivió ardorosamente inmerso en su tiempo.

El estudio literario de Rodó y, particularmente su contribución a la lengua hispana, comportan una unidad en sí, excluyente de toda otra materia. Se trata de disciplinas difíciles de aunar con el resto de la temática desde la que se proyecta el carácter y la vigencia del escritor. El asunto de su estilo corre hermanado con los sesgos político-filosóficos unidos con lo histórico, alcanzando su cenit en su transustanciación americanista.

Esta es la senda por donde transita el fundamento de su personalidad transmutada de uruguayo y americana en universal y ésta es en la que preferentemente nos centraremos. El pensamiento de Rodó, su desarrollo y evolución, no nacieron por generación espontánea ni son fruto de lecturas hechas con apartamiento del mundo. Constituyen un proceso vital fuertemente ligado a su ambiente. Pero la surgente tiene su origen en napas más profundas que las de su tiempo. Fluye desde la roca soteada de una historia sólo por pocos bien conocida. Y este proceso no resulta como suele decirse. Su génesis no está en Guyau, ni en Taine, ni tampoco en Renan, por mencionar a algunos de los más citados por él, ni hace pie en la esparcida leyenda de su afrancesamiento, difícil de admitir sin reservas y salvedades.

Consciente de las eventuales desproporciones estructurales que pudieran resultar, dejaré un tanto de lado tales aspectos circunscribiéndome a la búsqueda de las raíces intelectuales de Rodó allí donde está el manantial: su lar histórico, los acontecimientos desde el albor del siglo XIX de ésta y de la otra margen del Atlántico, conmoviendo el Río de la Plata y América toda. Si *el fenómeno Rodó* pudiera explicarse cual mero producto de lecturas francesas, como se ha pretendido, no habría motivo para un desarrollo del medio histórico en que surgió. Y por histórico se comprende aquí un ámbito cultural más ancho que el del suceso político o militar. Si su primigenia formación, pues, no se halla inicial-

mente conectada al pensamiento francés de ese siglo, se impone comenzar el estudio del escritor en el avatar pretérito del entorno que conformó su personalidad.

Rodó fue entre los escritores hispanoamericanos el de mayor difusión al iniciarse el siglo XX, tras la publicación de *Ariel*. Su éxito fulminante proyectó su nombre fuera de fronteras alcanzando el espaldarazo de los mejores críticos españoles. Se le consagró como *el prosista de más depurada forma y dominio de la palabra; y, en fin, la única figura de nuestras letras – y de las letras americanas – que, traspasando las fronteras nacionales, ha ejercido en toda América, por un cuarto de siglo, el alto magisterio de la cultura.* (4) Quien lo dice es Alberto Zum Felde que tuvo la vivencia del acontecer. Frente a esta circunstancia no deja de sorprender el hecho de que Rodó habría escrito, propiamente, sólo un libro. Si tomamos a *Ariel* como un opúsculo – tal lo considera Jorge Albistur – únicamente *Motivos de Proteo* tendría ese carácter. Lo demás son artículos periodísticos, escritos circunstanciales, estudios críticos, *reunión de páginas dispersas*, al decir del mismo Albistur a quien corresponde la observación de la paradoja. (5)

Antes que literato, por importante que sea esta faz, Rodó fue pensador a pesar de los críticos empeñados en negarle tal condición. A este tópico se mezcla la cuestión de su *originalidad*. Aun en la hipótesis de que careciera de ella, no es argumento valedero para descalificar como pensador a quien no ha hecho algo más notable en su vida que pensar. Y pensador es quien piensa, no el que resbala sobre las cosas, sin hincarle el diente. Podrá discutirse la profundidad o la novedad de su pensamiento, no su condición de pensador. Pesan, allí, los motivos que eligió y la dirección que les imprimió. Constituye esto un valor que, ponderado en el momento en que se expresó y en el ambiente a que trascendió, dan a Rodó relieve como para considerarle un *hecho histórico*. Como escritor encontró en el ensayo la forma más propicia, el campo generoso donde mostrar el vuelo de su estilo, con el que explaya su vocación magistral y de investigación psicológica de la plástica individualidad humana. Su pluma no desconoció el trabajo de naturaleza histórica, en lo nacional como en lo americano.

Entre los géneros que abarcó hay que distinguir sus estudios críticos, – sobre Rubén Darío el más señalado – y otros incorporados como prólogos a diversas obras y sus estudios sociales, como el *Del Trabajo Obrero en el Uruguay*. Sin descartar su correspondencia personal. Son descartables, en cambio, sus breves incursiones en la poesía.

La búsqueda del *Rodó histórico* obliga a retrotraer la mirada a la primera presidencia del país. Para ese momento se ha forjado ya una tradición, un espíritu laborando como la sangre en las arterias y en las venas, en las mentes de los hombres de la época. Este enfoque se da la mano con lo que él mismo pensaba acerca de la obra del escritor *vinculada al medio social*, con cuya idea encabezamos este trabajo. No faltó oportunidad en que reiterara la idea de *la solidaridad inquebrantable del hecho histórico*. (Ob.783/784) Aspecto que bien comprendió y que, sin ser historiador, nos lo muestra como un gran conocedor de la Historia, al punto que, en este género de cosas, es frecuente que historiadores como Juan Pivel Devoto recurran a su opinión, ya para certificar el propio juicio sobre una personalidad, ora para corroborar el sentido de un acontecimiento; o el prologuista estudioso de alguna obra de carácter histórico, como Eustaquio Tomé en la Introducción a *La Deportación a la Habana*. (6) O también al que se acude para redondear una idea: tal Fernández Saldaña, recordando la imagen o el giro feliz del estilista para engalanar su expresión, al decir de su *Diccionario Biográfico* que, como *Motivos de Proteo*, es libro abierto, en perpetua revisión. (7) O todavía el editorialista en tren de rendir homenaje a alguna figura desaparecida. La dedicación histórica de Rodó y de su criterio derivado de su temprano y entrañable entronque con el pasado rioplatense y americano, va plasmándose en el estudio de relevantes figuras: un Juan María Gutiérrez, un Montalvo, o Bolívar. Sin excluir, contemporáneamente, a Rubén Darío.

Al par que ello revela su apego a la *Patria Grande*, le muestra ceñido al marco en que vivió física y espiritualmente. Es lo que alienta mi criterio respecto a la estructura de este trabajo sobre un ángulo descuidado de su personalidad. Trato, pues, de iluminar la honda ligazón del hombre con su prosapia. Esta es la cuestión.

No puede dissociarse al escritor de su medio; tampoco puede dislocarse al escritor Rodó del hombre Rodó. Porque así como se funden su estilo y su pensamiento, existen – en su caso – hombre y escritor entrañablemente unidos. No obstante su saber histórico, – he aquí la sorpresa – *el hombre Rodó* no pudo sustraerse por entero a la influencia del medio que condicionó su valoración del pasado americano, particularmente el momento de *Mayo*, al igual que la de Simón Bolívar, como veremos en su momento.

Se desconoce la esencia de Rodó cuando se ignora su pensamiento político y social; sin referencia al idealista de la libertad y de la justicia humanitaria sin prolija atención al medio y circunstancias que le precedieron y que, prolongándose formaron luego el entorno temporal de su existir. Pretendo, en consecuencia, que tenga sentido para el *extranjero* que, por un motivo u otro, se aboque a su lectura. Y por extranjero no se entienda aquí sólo al nacido fuera del Uruguay. Hay extranjeros de fuera como extranjeros de dentro. Extranjero es, en definitiva, quien vive desconectado de la realidad, el que rehuye indagar de donde viene, el que desdeña su historia. Extranjero es, en América, quien da la espalda al pasado, indiferente a su ubicación en el concierto mundial en el presente y su posible proyección. Extranjeros son en el mundo, en fin, todos quienes, sin conciencia histórica universal permanecen extraños a las opciones del rumbo a seguir. Sin elección no hay destino, más allá del determinismo puramente físico de la Naturaleza.

La ausencia de conciencia histórica, por lo demás, es un fenómeno más extendido de lo que se pueda sospechar. Lo confirma este pensador de tan abundantes matices que es Ortega y Gasset cuando estipula: (8)

*Desgraciadamente, la falta mayor de nuestro tiempo es la ignorancia de la historia. Nunca, desde el siglo XVI, el hombre medio ha sabido menos del pasado*

Contra todas las apariencias de cultura generalizada, nunca, puede decirse, los pueblos han sabido menos de sí mismos; nunca han ignorado más su historia relativamente que en los tiempos que corren. La conciencia histórica, que se nutre necesariamente del saber de lo pasado, como de la observación de la vida, se ha venido apagando. Con ser importantes estos elementos que la componen, su carácter fundamental se asienta en la sensibilidad para captar *los valores humanos* incorporados en el largo tránsito del tiempo, cuyo principio y término se hallan ocultos tras el horizonte. Sin la aprehensión de los hechos, sin el conocimiento básico de las duras penurias biológicas, las interminables y dolorosas luchas políticas y del pensamiento de nuestros ancestros, no existe esa conciencia. Tampoco existe sin la imprescindible sensibilidad moral que da sentido al pasado.

Es la situación del *hombre masa*, cada día más masa y menos hombre, acorde a la concepción rodoniana, fuertemente compenetrada del ideal griego. Ortega y Gasset estereotipó en esa expresión al hombre de nuestro tiempo privado de sentido histórico, incapaz de apreciar el costo humano de la herencia recibida que nos conforma en cierto grado. Su mengua le hace encontrar natural verse rodeado de infinitos bienes materiales, no digo ya espirituales. Menosprecia unos y otros en la medida que no ha contribuido a crearlos, como apunta el pensador español. Vive ausente de los principios de orden social y político conquistados a lo largo de milenios o, a lo sumo los percibe confusamente. Así en lo que concierne a la división de poderes. La noción de lo que significa el poder y su concentración le es ajena. Del mismo modo el significado de las normas democráticas en la conducción pública, como el de la libertad individual, o el de la equidad social, limitándonos sólo a algunos valores fundamentales. Difícil imaginar, para la mente inculta, la suma de energía acumulada en una simple idea con la que nos manejamos todos los días. Y tanto más aquilatar las vidas que ha costado elaborar tales ideas, cimienta de la civilización. Esas, como otras de orden moral que regulan las relaciones humanas por encima de los códigos. La Historia nos muestra el proceso de conquista de la obra realizada por

nuestra especie. Por esta pendiente se desliza hacia la amoralidad, signo que va caracterizando nuestro tiempo. Desconoce la moral en la medida que ignora los valores conquistados.

Contrapuesta a la masa, tenemos la concepción del *héroe*. En la de Carlyle, como en la del *hombre simbólico* en Emerson, se mezcla el sentimiento del trascendentalismo. Ambas maneras de distinguir a estos hombres están presentes en Rodó. Cuéntanse entre ellos los que se encumbran ya por su acción política, ya por el pensamiento formulado en cifra matemática, ora por el quehacer literario con voluntad de crear un valor estético. Otras veces por la de difundir un conocimiento, o por su empeño en descubrir lo que dará lugar a él. Hay también otra clase de *héroes*: la que forma la extensa casta silenciosa, sin nombre conocido, que labora día a día levantando ciudades, carreteras, y todo aquello que es el sustento de la vida. Estos son los héroes anónimos. No brillan como aquellos que nos dejan una página escrita devolviéndonos existencias pasadas y reproduciendo como en un espejo del tiempo, la sociedad que damos por muerta pero que aun remota, sigue viviendo a través de lo que nos han legado.

Rodó, no obstante su inclinación hacia el héroe de Carlyle o al de Emerson, identifica esta otra clase de héroe en *el pueblo: un héroe que nunca ha sido maculado ni discutido*. (Ob.1183.) Sin tal tenor romántico se percibe el mismo acento en el párrafo final del discurso que pronunciara en el *Círculo de la Prensa de Montevideo*, circunscrito ahora al hombre que trabaja, *la única especie de hombre que merece vivir*. (Ob.644)

En el afán, pues, de penetrar en la hondura multifacética del escritor, vayamos a la visión, expresada por él y por Bloch, de la memoria histórica, trasfondo de su vida intelectual. El uno, cuando hablaba del *sentimiento de la tradición*, apelando al *culto del pasado, de la solidaridad histórica inquebrantable*, (Ob.506); el otro, señalando que *la solidaridad de las edades tiene tal fuerza que los lazos de inteligibilidad entre ellas tienen verdaderamente doble sentido. La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado*. Fieles a esa pauta, proyectaremos la influencia de sus páginas, sus trabajos, su prédica, que entendemos vigente, y tanto o más necesaria en éstos, que en sus propios días. Tendremos, así, el cuadro indispensable para la captación del político, del escritor, del pensador Rodó. Es el mismo Marc Bloch quien asevera: (9)

*Lutero, Calvino, Loyola: hombres de otro tiempo, sin duda hombres del siglo XVI, a quienes el historiador trata de comprender y de hacer que se les comprenda, deberá, ante todo, volver a situar en su medio, bañados de la atmósfera mental de su tiempo, de cara a problemas de conciencia que no son exactamente los nuestros.*

Aunque en el caso de nuestro escritor pueda no regir la última parte de la sentencia por ser su tiempo, y los problemas de conciencia en gran parte todavía los nuestros. Nos recuerda todavía Jaeger: (10)

*Tucídides expresa repetidamente la idea de que el destino de los hombres y de los pueblos se repite porque la naturaleza de los hombres es siempre la misma. Es exactamente lo contrario de lo que hoy denominamos corrientemente la conciencia histórica. Para la conciencia histórica nada se repite en la historia. El acontecer histórico es absolutamente individual. Y en la vida individual no se da la repetición.*

Si el auxilio de estos pensadores en la materia no fueran convincentes, apelaré a unas palabras de Julián Marías, expresivas de la idea que me propongo como marco del pensamiento de Rodó. (11)

*No se puede analizar una generación sin introducirla en la dinámica real en que ha existido: para entenderla hay que salir de ella y verla haciéndose, porque cada acto es inteligible desde la figura total del drama a que pertenece.*

Es necesario salirse de la visión de la propia generación, del tiempo propio, para aprehender la realidad histórica, picada por donde penetrar en el intrincado bosque de la obra de Rodó cuya geografía, todavía hoy, no es bien conocida.

En materia histórica el criterio simple suele desembocar en un maniqueísmo poco menos que deportivo. Todo se piensa como que uno debe ganar y otro debe perder; uno imponerse al otro, y no se imagina ya más nada. La realidad, para las mentes avezadas en la disciplina histórica, se presenta muy de otra manera y hasta es posible que lleve a meditaciones, vayamos al caso, de este tipo: si la revolución secesionista de América no se hubiera producido, ¿cuál hubiera sido su desarrollo, en qué situación se encontrarían sus pobladores, en vez de la situación en que se hallan ahora? El predominio ejercido desde entonces por las potencias anglosajonas, ¿habría existido? ¿El desequilibrio internacional del mundo de hoy, sería el mismo?

La consideración desde esos ángulos aventa la falsa disyuntiva de una España vencida y una América vencedora. Si bien se considera que España puede haber sido vencida, ciertamente no lo habría sido por América. Pudimos sí haber contribuido a ello, pero sin beneficio. Por el contrario en perjuicio propio. España fue derrotada, en pleno ascenso social e histórico, por un conjunto de fuerzas y circunstancias, mas no por la pretendida revolución americana. El origen de su caída estuvo fuera de nuestro Continente. En este campo se inscriben la rivalidad marítima de Inglaterra con la Península, desde que Isabel Tudor, media hermana de María Tudor, - ambas hijas de Enrique VIII - ocupa el trono de Inglaterra a la muerte de María, casada con Felipe II.

Esa rivalidad se va acentuando a medida que avanza el siglo XVI y va determinando en gran parte la política marítima española para combatir la piratería inglesa, francesa y holandesa. Podrían señalarse, en tal sentido, una serie de hechos que van desde el descalabro - por los elementos naturales - de la ciertamente mal llamada, *Armada Invencible* (1588), hasta Trafalgar (1805), donde las armadas conjuntas de Francia y España, comprometidas por los *Pactos de Familia* entre los Borbones de ambas potencias, sucumben. Las consecuencias se expanden como ondas hasta alcanzar el Río de la Plata, determinando un vuelco decisivo de fuerzas entre los tres colosos de entonces. Inglaterra adquiere, a partir de esa fecha, la primacía absoluta de los mares.

El otro hecho fundamental, derivado de la rivalidad inglesa con la Francia napoleónica, es la guerra entre ambas potencias. El *Pacto de Familia* entre los Borbones es la fuente de donde arranca la invasión francesa a España, so pretexto de neutralizar a Portugal, provocando el traslado de su Corte a América en navíos ingleses. Ocurre en una coyuntura de vacío de poder generador de hechos poco antes imprevisibles. Al intrínquilis se suma la intensificación de la penetración inglesa en nuestro Continente de vasta proyección a largo plazo. Hasta aquí los hechos no derivan del movimiento independentista. Son el marco que lo propicia. Alberdi comprendió bien esto cuando afirmó que la revolución hispano americana se forjó en Europa.

El otro término - América vencedora - carece de sentido objetivo. Lo que realmente se comprueba es que América, como resultado de la barahúnda secesionista, pasó a ser dependiente. Lejos de obtener un triunfo entró en una etapa de divisionismo interno, en una diáspora política causante de la destrucción de una organización administrativa creada en 300 años de ardua labor. La gravedad de este hecho suele escapar al entendimiento general así como el significado de la destrucción de la unidad que antes integraba articulada con España. Está al alcance de una primera mirada que América se convirtió en fácil bocado, en presa a la mano de los grandes carnívoros de la selva internacional. Lo que ha seguido hasta nuestros días. Pagamos hoy esta culpa.

A partir de la observación de estos hechos comenzó el análisis de las premisas que llevaban a los historiadores sudamericanos a la conformidad, (y hasta al aplauso no siempre desinteresado) de la llamada gesta independentista. Ello no nos causaría sorpresa porque ése era el ambiente en que se formaban. Al ir levantando los velos de nuestra realidad, al paso que profundizábamos las páginas

de Rodó, sí nació nuestro asombro. ¿Podía un pensador de sus condiciones incurrir en ese error? He ahí un misterio.

## 2. El pasado cercano.

*A ninguna sociedad política se le debe guardar el secreto de sus dolencias o sobresanar su apostema porque no se profane su respetabilidad intangible.*

Hagamos nuestro ese pensamiento de don Manuel Azaña para indicar el oriente de lo que sigue.

Rodó, uruguayo, rioplatense, americano, europeo, hombre universal, en fin. Tal el orden en que fue formándose José Enrique Rodó, consustanciado con su tiempo, que no sería meramente el de su existencia vital sino la prolongación, todavía, del ambiente de *la revolución independentista*. La situación política y social a que condujo a las sociedades del Continente determinó, con la propaganda a cargo de las generaciones siguientes, las coordinadas culturales en que se desarrolló su personalidad. Intentaremos demostrarlo situándonos en las circunstancias de la época, percibidas con los ojos del escritor cuando niño y luego adolescente, momento en que comenzara inclusive a padecerlas. Ya hombre, de *atento espectador*, pasa a ser protagonista histórico. Hube de resaltar este aspecto en *Rodó, Acción y Libertad*, en lo concerniente a su actuación política, ejemplar y relevante, aunque opacada y silenciada por mezquindades de campanario. En estas páginas me propongo, en cambio, la exploración de las sugerencias e influencias que contribuyeron a conformar su perfil intelectual en un medio poco o nada propicio a altas manifestaciones de la cultura.

Montevideo del '900 apenas sobrepasaría el tenor de la aldea. *No hay lectores... - se quejaba Carlos Reyles a la sazón - Rosco y Florencio Sánchez han debido emigrar... Javier de Viana lo ha hecho, lo hizo Acevedo Díaz*. Y agrega Pablo Rocca, de quien tomamos la cita: *a ochenta años de la muerte de Viana tampoco hay lectores para sus textos ni para tantos otros...* (12) Tal la realidad de los hechos en el ámbito social y político, en ambas márgenes del Plata.

Del *Movimiento de Mayo*, brotan dos tendencias en pugna, unitarismo y federalismo, con su secuela de luchas civiles que derivarán en acontecimientos tales como el *Sitio de Montevideo*, asemejando la ciudad a la Troya legendaria. Y ahí un hecho capital: la *Defensa*. Edad de caudillos y pronto de doctores, de fuertes contiendas políticas mezcladas a irracionales matanzas y guerras civiles en ésta como en la otra orilla del *Río Grande como Mar*, hasta la caída de Rosas en 1852, y el consiguiente cese de la *Guerra Grande*. Muertes y contiendas civiles continuaron. Los episodios más notorios y sangrientos, la *Matanza de Villamayor* (1856) y el conocido como *Hecatombe de Quinteros* (1858)

Nada distinto el cuadro del resto del Continente – incluido Brasil - y por largo tiempo después.

Tal el pasado cercano, tal el entorno que envolvió el paso por la vida de Rodó. En su personalidad, a poco que se transite su obra, se ve la impronta de las secuelas culturales derivadas del avatar histórico del Río de la Plata y de América. De ahí sus primeras *admiraciones*. La que tuvo sobre *Mayo*, como la que sustentó sobre Bolívar, mostradas en algunos de sus tempranísimos escritos. A los doce años escribía:

*Celébrese en buena hora los festejos tributados a su memoria; pero no basta esto. Continúese la obra por él comenzada - no se desperdicien sus esfuerzos - límense, en fin, los hierros que aún sujetan a varios pueblos de América, esclavos todavía de la dominación de un poder extranjero, y entonces podremos decir: 'Hemos pagado a Bolívar la deuda con él contraída.' Sigamos bendiciendo su memoria. (Ob. 21)*

Breves líneas que muestran ya su plasticidad de estilista al margen del dejo infantil que trasunta. Reveladoras, a la vez, del ambiente intelectual en que se desarrollaba, emprendida ya la carrera del estudioso. Sabido es que en su hogar no escaseaban los libros, como tampoco la devoción por la

cultura. Su padre, catalán, asentado desde muy joven en esta margen, mantenía asiduo contacto con los emigrantes argentinos entre los que se contaba Florencio Varela. El origen paterno puede dar idea, dentro del cuadro histórico español, del espíritu de resistencia que Cataluña siempre representó ante el poder central. La biblioteca de don José Rodó y Janer, asimismo, nos da idea de sus afinidades. Destácanse en ella las obras de Domingo Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, introductor del romanticismo tardío en el Río de la Plata. Hito a tomar en cuenta. También las de figuras prominentes de este lado, como Alejandro Magariños Cervantes, Francisco Acuña de Figueroa, Juan Carlos Gómez... Completaban el cuadro del ambiente que rodearía a Rodó, las colecciones de *El Comercio del Plata* (fundado precisamente por Florencio Varela) y de *El Iniciador*, (fundado por Andrés Lamas) que bien conocería nuestro escritor desde el albor de sus inquietudes espirituales. Poco o nada felices, resultaron sus incursiones poéticas. Una de ellas, titulada *La Prensa*, ya próximo a los 23 años, no lo es menos por la versificación que por lo que expresa. Comienza así: (Ob. 884)

*Cuando la voz de Mayo, redentor  
alzó, cual vaudó inesperado trueno  
en la Colonia el himno de la aurora...*

Dice, más adelante, *de la voz angusta de Moreno*, refiriéndose al llamado *numen de la revolución*, agregando que *la libertad fue entonces consagrada*. Aparte de los lugares comunes en que incurre hay inexactitud en esas frases.

Mariano Moreno que convocó, al formarse la *Junta de Mayo*, a las provincias para discutir oportunamente la forma de gobierno de la nueva pretendida nacionalidad, prontamente volvió sobre sus pasos, dejando de lado la intención manifiesta en su primer llamamiento, generando de arranque serios problemas entre quienes se proponían la secesión de España. Con Mariano Moreno nace el *unitarismo*, (también el *terrorismo*) de nefastas consecuencias en el Plata. A falta del Congreso que debiera formarse para establecer la Constitución con las Provincias, se formó la *Junta Grande*. Obviamente un poder ejecutivo de 22 cabezas no parece instrumento apropiado para dirigir un país, menos un país en ciernes y menos aún, una revolución. Nada se tardó en emprender el camino de las discordias que pronto evidenciaría un afán de centralización absoluta del poder por una oligarquía girando alrededor de intereses portuarios y comerciales que mucho preocuparían a Manuel Belgrano, otro de los gestores del *Movimiento* emprendido el 25 de Mayo de 1810. Tales hechos no anunciarían redención ni consagración de libertad alguna.

Sobre los nombrados y Moreno así como sobre el funesto suceso, tenido por *fausto* en la mitología forjada a partir de la errática revolución, habremos de volver. Dejemos, por el momento, la puerta abierta a la visión admirativa de Rodó sobre el movimiento independentista. Su irradiación cultural, el peso de su personalidad, fueron de una magnitud inusual; su gravitación en nuestra cultura nos obliga a revisar sus *admiraciones*. Es por este el lado que Rodó pertenece a su siglo.

Así como no dudamos en *Rodó, Acción y Libertad* de intentar la restauración de su imagen, y el rescate de su ostracismo político e intelectual a que le condenara la mezquindad aldeana, no vacilamos ahora en encarar una faz inexplorada de su visión histórica; la que le muestra inicialmente atado a su medio, que tanto pesaría en su forma de evaluar el pasado inmediato. Los ecos de ese pasado le llegaban a través de la biblioteca paterna y en las conversaciones familiares despertando su sensibilidad juvenil y grabando su melodía hasta perturbar la ecuanimidad de su criterio histórico. Claro que nuestro punto de vista, fuera de su época, no puede ser el suyo. Con todo pensamos que de no mediar el peso de su ambiente, su carácter le hubiera hecho percibir elementos bastantes a aplacar su entusiasmo romántico, notorio en sus primeras páginas y luego en su ensayo sobre Bolívar.

Si por nuestro libro anterior pudo tenérsenos por panegiristas de Rodó, este análisis mostrará que, por encima de nuestro alto aprecio por el escritor, nuestro criterio sigue siendo independiente. Desde ya establezcamos que al momento que Rodó se formaba, y ya hombre, la documentación con que hoy contamos no estuvo enteramente a su alcance.

Recurramos a la definición de algunos autores sobre el historicismo. Esto es, la visión del mundo en que los hechos fluyen resistiéndose a la segmentación artificiosa, la visión histórica universal, marco donde han de encuadrarse las experiencias individuales. Queda dicho que los eslabones de la Historia son inquebrantables. En un planteo de esta naturaleza no podrá eludirse una detenida consideración de la *Revolución de Mayo*. Cuando menos para trazar las líneas relevantes del clima de intereses subyacentes ligados a ella, y para fundar las reflexiones históricas que nos salgan al paso.

En el ambiente de Rodó el eco de las armas flotaba todavía con el ardor de las pasiones motivadas por las contiendas del movimiento separatista, es decir, de la rebelión del Río de la Plata y de América contra el poder central por un lado, y luego por la larga guerra civil abrasando el Continente. Demos aún un paso más atrás del momento en que un grupo selecto de personajes de Buenos Aires exigía el cese de la autoridad del Virrey Cisneros para instalar en su lugar una Junta de Gobierno, la que conoceríamos como *Junta de Mayo*. Y para entender sus propósitos, - los ocultos, - distingamos entre lo que se hacía y lo que se decía, entre la verdad y la falsedad de una propaganda subordinada a finalidades no confesas - ni confesables - que perseguía una minoría acomodada. Varias puntualizaciones iniciales se imponen.

El medio en que se producía la conmoción era, por entonces, sin eufemismos, el de la aldea. Las poblaciones no alcanzaban a formar lo que hoy llamaríamos una ciudad. El número de habitantes no nos permitiría, con los patrones actuales, dar categoría de ciudad a los núcleos urbanos dispersos aquí y allá, separados por enormes extensiones desiertas. Piénsese que en los países europeos con menores superficies, la población se medía por millones de habitantes. Así, hacia 1800 tenemos 22: en Alemania; 26: en Francia; 17: en Italia; 9: en Inglaterra y algo más de 10: en España. El Viejo Continente se hallaba próximo a totalizar 200 millones. En América los centros urbanos, para comunicarse entre sí, dado los medios de la época, - proverbialmente el caballo - requerían de semanas a campo traviesa, aunque caminos pampeanos, penosos por verse cortados por ríos, cañadas, bosques, sin contar, fuera de las planicies, con obstáculos como la cordillera de los Andes y sus estribaciones, dividiendo el Continente de norte a sur en dos partes desparejas. Piénsese en el costo del transporte de cargas en las somnolientas carretas tiradas por numerosas yuntas de bueyes. Un viaje de Europa a América - navegación a vela - podía realizarse en menos tiempo que el que se ponía entre dos distantes ciudades americanas. Una ciudad europea contaba en general con más población que alguno de los reinos de América. Recordemos, no más, que Roma, al caducar la República, pasaba del millón de habitantes. Ni qué decir de lo que caracteriza a una nación como tal en lo referente a abastecimientos, caminos, construcciones, servicios, industrias de los más variados tipos, organización administrativa, centros educacionales, a todos los niveles, medios de defensa y demás. Todo lo cual alude al grado de civilización alcanzado. *El Lazarillo de los Ciegos Caminantes*, de Concolorcorvo, mostrando su travesía desde Buenos Aires a Lima, nos dará la vivencia de lo que esto significaba.

Detenerse en estas consideraciones no es afirmar que América careciera en absoluto de civilización. Pero sí que el nivel alcanzado se daba en grado mucho menor que el de Europa, constituida a lo largo de milenios. No obstante, en lo que a la América española atañe, el esfuerzo ininterrumpido de España aparece como de extraordinario valor en cuanto a fundar poblaciones, universidades y un asombroso sistema administrativo, levantado en el curso de tres lentos siglos. Unos doscientos son los centros urbanos originados por su política poblacional. Cotejemos, a la vez, los habitantes del Continente en relación a la situación europea.

La provincia de Buenos Aires alcanzaría a unos 37 mil habitantes hacia 1788. De Montevideo no podría decirse, aún después, que estuviera habitada por nativos, con una cifra muy menor debido a las derivaciones de los hechos de *Mayo*. Para entonces Londres rondaba los 400 mil y París 600 mil.

Para toda América, al finalizar el siglo XVIII, un estudio depurado de Vicens Vives, arroja unos 14.5 millones, incluido Méjico con casi 6 millones. Antillas y Centroamérica no llegaban a 2 millones. Bolivia, 800 mil. Paraguay menos de 100 mil. Chile redondeaba 500 mil. La población total argentina equivalía a la de Londres. La de nuestra *Banda Oriental* ocuparía medio estadio deportivo: 30 mil. Todo este territorio se hallaba por debajo de los 2 millones, de los cuales los indígenas misionados e independientes representaban millón y medio. Estas son las cifras para el momento independentista.

Hacia el 1600, España contaba casi 7 millones; Francia, 29; Inglaterra, 4; agregados Alemania e Italia, el Viejo Continente era habitado por 60 millones de personas. Al iniciarse el siglo XIX, se acercaba a los dichos 200 millones. Hacia 1800 las grandes ciudades españolas registraban poblaciones de 120 mil habitantes, como Barcelona; Sevilla unos 100 mil; Valencia 82 mil; Cádiz, 53 mil. Madrid superaba ya los 200 mil.

Otra ineludible puntualización pasa por reconocer que en 1810 no hubo revolución alguna. La aglomeración de gente en la Plaza Mayor, frente al Cabildo de Buenos Aires, promovida y dirigida por un reducido grupo, no pasó de un esbozo de motín, una alcaldada. No le neguemos por ello el rango de revolución, sino porque fue, en verdad, un golpe de Estado. Descartado el carácter militar - que no operó pero que estuvo detrás del movimiento organizado - queda, únicamente, un cambio de equipo gobernante que no contaba, ni de lejos, con capacidad para sostener una nación en paz. Pudo sí, provocar una guerra en dos frentes: uno, contra España; otro interno: una guerra civil, poco más o menos, de todos contra todos, provincias contra provincias y, primordialmente, las provincias en general contra Buenos Aires en particular.

Rodó tuvo, en su primera juventud, una inclinación al romanticismo heroico. Aun hombre maduro apreció bajo ese cristal el movimiento independentista. Despojémonos nosotros de todo romanticismo y ahondemos en lo que puede o debe entenderse por revolución. Una razonable aproximación a su definición la hallamos en Kropotkin: (13)

*Una revolución es algo infinitamente más que un serie de insurrecciones en los campos y en las ciudades; es más que una simple lucha de partidos, por sangrienta que ésta sea; más que una batalla en las calles y mucho más que un simple cambio de gobierno, como los que llevó a cabo Francia en 1830 y 1848. Una revolución es la ruina rápida, en pocos años, de instituciones que tardaron siglos en arraigarse y que parecían tan estables y tan inmutables que incluso los reformadores más fogosos apenas osaban atacarlas en sus escritos; es la caída y la pulverización, en corto número de años, de todo lo que constituía la esencia de la vida social, religiosa, política y económica de una nación, el abandono de las ideas adquiridas y de las nociones corrientes sobre las relaciones tan complicadas entre las diversas unidades del rebaño humano. Es, en fin, la floración de nuevas concepciones igualitarias acerca de las relaciones entre ciudadanos, concepciones que pronto se convierten en realidades, comienzan a irradiar sobre las naciones vecinas, trastornan el mundo y dan al siglo siguiente su orientación, sus problemas, su ciencia, sus líneas de desarrollo económico, político y moral. Para llegar a un resultado de tal importancia, como sucedió en 1648-1688 en Inglaterra y en 1789-1793 en Francia, no basta que se produzca un movimiento de ideas en las clases instruidas, cualquiera sea su intensidad; no basta tampoco que surjan motines en el seno del pueblo, cualesquiera sean su número y su extensión: es preciso que la acción revolucionaria, procedente del pueblo, coincida con el movimiento del pensamiento revolucionario, procedente de las clases instruidas. Es necesaria la unión de ambos.*

No nos detendremos en un análisis casuístico de los diferentes conceptos que establece Kropotkin como requisito para reconocer una revolución. Pero tengamos este hito presente para cotejar cuáles de esas condiciones se dan en el movimiento independentista. Si todavía podemos pensar que ocurrió una revolución en América, preguntémosnos si fue algo ventajoso para quienes la poblaban y sobre sus consecuencias en el porvenir.

En primer lugar no parece plausible llamar revolución a un cambio de elenco gobernante. Es dable exigir, a un movimiento revolucionario, en cambio, la promoción de un giro social de importancia. ¿Lo produjo Mayo tras incendiar una gran parte de América y tras casi un siglo de incesantes guerras civiles? Nos reduciremos a esta consideración ahora.

La respuesta que doy a esta cuestión es radicalmente negativa. Voy más allá y adelanto mi opinión de que en vez de avanzar política, económica, social o culturalmente, América retrogradó consumiendo innumerables vidas, sin alcanzar la independencia bajo cuya bandera se envió a la muerte a pobres gentes ajenas al interés de los promotores de la conmoción. Remotamente lejos de mejorar el nivel de vida de sus pobladores quebró la unidad del mundo hispánico, nos dividió ya no en naciones sino en débiles republiquetas, dejándonos a merced de los apetitos insaciables de potencias que conformaron nuestras estructuras económicas a su gusto y paladar. Rodó, en su ensayo sobre Montalvo, designa este conato de repúblicas como el objeto carcomido y vaciado por el termita. Hay, en esta página, un atisbo doloroso y más exacto de la situación que nos depararía el levantamiento contra España, de lo que su propio autor pudiera imaginar.

Tras describir la situación en que ha quedado el indio, estampa esta suerte de epitafio:

*Sobre este mísero fundamento de democracia, la clase directora, escasa, dividida, y en su mayor parte, inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse a los usos de la libertad. Lo verdaderamente emancipado, capaz de gobierno propio, no forma número ni fuerza apreciable. Hay en aquellas tierras unos termitas o carcomas que llaman comejenes: en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel o madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda, finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más o menos en lo demás de la América española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por la termita. (ob. 595)*

Ante atisbo tan incisivo, uno no sabe cómo compaginar su precisa captación con su admiración por Mayo o su proclama de un Rivadavia civilizador. La imagen de la clase liberal - menguada en número, una minoría culta, - no es más, con sus palabras, que una *capa falaz*, un objeto hueco, inconsistente. Duro pero claro es el concepto. Empero es necesaria una precisión. En realidad no existe siquiera esa minoría liberal. El liberalismo, tomado en sentido filosófico implica tolerancia, cosa extraña de ver en las acciones de los separatistas, verdaderos jacobinos. Si, en vez, el supuesto liberalismo lo miramos desde el ángulo político, el resultado es igualmente negativo: nada que significara democracia, libertad, igualdad, república. Nada de esto evidenció el pensamiento y la acción de los protagonistas. La mengua no está, pues, sólo en el número, sino también en la mentalidad de los impulsores de la secesión, extraños a la idea del liberalismo político. Díganos ya que de haber sido liberales, habrían aceptado alborozados la Constitución de Cádiz de 1812.

En la impostergable labor de desmitificación, en rigor de verdad y sin ánimo iconoclasta, es esencial discernir los móviles de los hombres que emprendieron la aventura de nuestra secesión de España destruyendo la unidad hispanoamericana. Téngase esto bien en claro. El golpe de Estado fue llevado a cabo por un grupo de oportunistas y aprovechados hombres de negocios, - *tenderos y letrados* - vincu-

lados entre sí básicamente por dos motivos: intereses económicos y afán de poder. Estos grupos no eran sólo de criollos. Españoles y criollos se mezclaron en el propósito.

En la interpretación de que se trató de un golpe de Estado, esto es lo primero, no estamos solos. Una de las mayores consecuencias de la subversión de Mayo, fue la de transformarnos, de miembros de una gran nación - España, en la que éramos los españoles americanos - en juguete de naciones cien veces más desarrolladas que la incipiente América... Hoy, en vez de españoles americanos, somos *los sudacas*. De gran nación, nos trocamos en simulacro de repúblicas, en hueca cáscara roída por dentro por el comején que en América llamamos hormiga blanca. Díganos ya que a nadie más que a nuestro pasado, a la acción de hombres de cortas miras, debemos nuestro presente. Nos sentimos en esto, en la buena compañía de historiadores y hombres de pensamiento que han sabido evadir las ideas recibidas y los estereotipos. En caso de estarlo, no nos preocupa la soledad. Como Rodó no damos vuelta la cabeza para ver quién nos sigue.

Somos pues conscientes del carácter polémico de nuestro miraje, pero comprendemos de igual manera que el debate sobre ciertos temas subyacentes - encendidos como las brasas que se han querido ahogar bajo las cenizas - tiene que darse algún día y a todos los niveles. Es requisito indispensable para comenzar a entender y afianzar nuestra identidad, cada vez más desdibujada por la avalancha del siglo XX y el XXI que se nos han venido encima; también para medir el calibre del pensamiento histórico de Rodó, sin malicias ni sordos resentimientos, con rigor crítico independiente, siguiendo su ejemplo y sus enseñanzas.

Rodó apuntó con su prédica americanista a rehacer aquella magnífica unidad administrativa que llevara centurias levantar a España. ¿Comprendió, en el fondo, que ello equivalía casi a reconstruir lo que otros habían destruido desaprensivamente, sin pizca de conciencia histórica? No en principio, en cuanto *admirador de Mayo*, llegando a exaltar figuras de flancos más que dudosos. Años después, hombre con visos de estadista, ¿no habría de comprender, puesta su alma en el ideal de una América unida, que mejor aún hubiera sido un mundo hispánico unido y solidario, como el que podría haber surgido de la Constitución de Cádiz de 1812, a la que el picante humor andaluz bautizó como *la Pepa*, por votarse el día de San José?

Esta observación no pone en tela de juicio la penetración histórica de nuestro escritor. Un cuidadoso seguimiento de sus escritos tal vez llegue a demostrar que tras una constante evolución, habría arribado a conclusiones similares a las nuestras, aunque no las explicitara tajantemente. Comprendería acaso que el medio en que actuaba estaba muy lejos de aceptar, siquiera vislumbrar a nivel general, la situación a que nos había arrojado el impulso político de aquellos hombres proclamados como héroes de las nacionalidades, forjándose al efecto una interesada cuan desaprensiva leyenda. Rodó nació y se desarrolló en el clima creado por ella. No diremos que acogió sin más la *leyenda negra* contra España, elucubrada en y por Inglaterra, con un definido y ambicioso propósito comercial. Vivió y se formó dentro de esa atmósfera absorbiendo desde que nació la tradición imperante. Nada fácil eludir que las sugerencias del entorno que se nos imponen con las actitudes, gestos y decires del día a día, sellando nuestras primeras impresiones. Rodó respiró la atmósfera envenenada por el *unitarismo* - los *tenderos y letrados*, de que nos habla el historiador José María Rosa. ¿Suena extraño? Quizá para quienes creen que esa mentalidad - de una mentalidad se trata - si bien surgió en Buenos Aires, en torno a los intereses generados por su puerto, momento hubo - traicionado y desaparecido Artigas, baluarte contra el centralismo - en que el unitarismo sentó sus reales en este lado del Plata. Lo sabemos quienes veneramos a Artigas. De pensarse el *Movimiento de Mayo* como un benéfico legado histórico, habría que decir que mal puede interpretarse como tal lo que comienza con ambiguos gestores, motivados por intereses sectarios de una dura urdimbre oligárquica. La ignorancia general, la ausencia de conciencia histórica, unidas a la inercia cultural, posibilitaron la versión desfigurada de España. A la vista de esos móviles corresponde indagar el cuadro histórico de España y América.

### 3. La España de los Austria. Siglos XVI y XVII.

Hasta el siglo XVI España venía constituyendo un conglomerado de reinos procesados durante siglos, en constante lucha contra el musulmán invasor, sin constituir una nacionalidad aún. Conviene tener presente esta forja estructural. La nacionalidad asoma con la unión de las coronas de Castilla y Aragón mediante el matrimonio de Isabel y Fernando. A la conformación de la unidad se endereza la política de los Reyes Católicos a partir de la caída de Granada, último reducto del poder moro en la Península. Es el año en que Colón descubre un mundo hasta entonces desconocido para el europeo. El hecho cambia el eje de la Historia: desplaza el comercio mediterráneo hacia el gigantesco espacio atlántico con derivaciones de todo género.

Amanecido el siglo XVI, España comienza a ser gobernada por la *Casa de Austria*, vale decir, por un Habsburgo. ¿Cómo se produce el inusitado cambio? Juana, hija de los Reyes Católicos, se casa, según modalidad de la época, con Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano, emperador de Austria y María de Borgoña, que le deja en herencia los Países Bajos. Los jóvenes príncipes son reconocidos herederos de la Corona española por las Cortes de Castilla seis años después de su boda.

A la muerte de Isabel en 1504, Fernando hace proclamar reyes de Castilla a su hija Juana la Loca y a Felipe el Hermoso, a pesar de sus diferencias con él. El testamento de Isabel, - a quien el joven príncipe traía disgustada con las andanzas que contribuyeran a llevarla a la muerte como a precipitar la locura de su hija, - estipulaba limitaciones. No confiaba la reina en Felipe. En caso de hallarse Juana incapacitada Fernando sería el regente de Castilla. Entre pujas ambos lo ejercen tras la *Concordia de Salamanca*. Pero como en esta materia jamás se llega a la conformidad total, continúan los problemas. La súbita muerte de Felipe, a los 28 años, por beber agua fría tras un agitado juego de pelota, les pone fin. ¡Cosas de la vida!

Del matrimonio quedan dos hijos. Nos interesa el mayor, Carlos I, de España, más tarde Carlos V, emperador de Alemania, detalle al que también hay que prestar atención. En Carlos confluyen dos formidables herencias que forman algo así como la mitad del mundo. No había vivido su infancia en España, no se educaría en ella. No hablaba siquiera el castellano. El legado atará de por vida a este rey que nada tiene de perezoso. La pasará guerreando para conservar sus posesiones, que abarcan parte del norte de Europa, el reino de Nápoles, el Continente Sudamericano, la América Central, parte de la del Norte y las Filipinas en el otro extremo del globo. Véase desde ya: no son colonias sino partes de su reino.

A la muerte de Fernando el Católico, (V de Aragón) en 1516, Carlos, con 17 años, comienza su reinado. Llega a España procedente de Flandes, donde se ha educado. Hasta 1522 se ve guiado por sus consejeros. En 1519 es elegido cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico. Las Cortes de las diferentes regiones de España se han reunido una y otra vez ya para reconocerle como rey, ora para votar algún impuesto. También, disconformes con el reparto de los mejores cargos públicos de Castilla, para expulsar a sus consejeros borgoñones. Carlos, debiendo partir para Alemania, promete que ningún cargo será dado a un extranjero durante su ausencia. Y este otro hecho a retener: nombra en Valencia y en Aragón a sendos *virreyes* en su lugar y un regente en Castilla. Embarcado, estalla la famosa revuelta comunera castellana que sofoca con mano dura. Veremos luego su importancia. En 1521 regresa a España dejando en los Países Bajos, como *gobernadora*, a su media hermana, Margarita de Parma.

Carlos I gobernará por las suyas, comenzando el periodo de centralización del poder que llevará la monarquía progresivamente al absolutismo. Asentado en Castilla durante siete años, casado con su prima Isabel de Portugal, - matrimonio pedido por las Cortes en continuación de la política de sus abuelos - Carlos se convierte en un verdadero rey español. Los cargos de Castilla como los de los demás territorios del Imperio, serán distribuidos entre castellanos. De este matrimonio nace Felipe

II, que se educará en Castilla y no fuera de España como el progenitor. Henos aquí, pues, ante un *Imperio*.

Un imperio al que pertenece América como uno de sus territorios. ¿Cómo funciona este enorme aparato político? ¿Acaso como el antiguo Imperio Romano, conquistador de tierras que subordina todo a un poder central para obtener impuestos? ¿O, más modernamente como el Imperio de Napoleón, que no sólo detrae riquezas de las tierras conquistadas sino también hombres para sus ejércitos con que proseguir sus conquistas? ¿Rodea a Carlos V el boato de una corte fastuosa que le procura una vida de holganza y diversión a la manera de los antiguos emperadores romanos, un Tiberio, un Calígula, un Nerón? Nada de eso. Acerquémonos a este hombre, y luego a su hijo Felipe II, que continuará su obra con singular seriedad y dedicación.

¿Qué caracteriza a este *Imperio*? En primer lugar la vastedad de sus dominios reunidos bajo un solo cetro. Cada región, reino, gobernación o parte del *Imperio* tiene su administración propia y - ¡atención! - propias son sus leyes. No hay subordinación de parte alguna a otra. Carlos, rey, es la cabeza del todo. Grande es el fardo que el Destino ha puesto sobre sus hombros. A él corresponde la dirección de los territorios transoceánicos. Igualmente el manejo del comercio indiano. El peligro turco le acecha por un lado. Francia, bajo Francisco I, amenaza Flandes, el Rosellón, Navarra y sus dominios italianos. En Alemania se yergue el peligro de la reforma religiosa encarnada en Lutero, afectando el fundamento de la unidad nacional. Ya Isabel y Fernando se habían visto ante la necesidad de afirmarla frente al Islam valiéndose de la fe del dogma católico como instrumento.

Durante su reinado se produce el viaje de Magallanes, culminado por El Cano, la conquista de Méjico, se crea el virreinato de Nueva España, se explora Florida y Nueva Granada extendiéndose el dominio español a Guatemala, Yucatán, Perú y Chile; se explora Quito, el Amazonas y se inician los primeros asentamientos en la cuenca del Río de la Plata. El gobierno de Carlos llega hasta 1556, año en que abdica a favor de su hijo Felipe II que asume la gigantesca carga del *Imperio donde jamás se pone el sol*. Su padre le ha procurado una amplia educación con los mejores preceptores de sus reinos; entre ellos algunos humanistas. Llegará a hablar cinco idiomas. Desde niño se revela inteligente y dispuesto. Nada ha descuidado Carlos para hacer del hijo un gran gobernante. Su formación política y diplomática no ha sido meramente teórica ya que lo ha asociado al poder desde muy joven. Nacido en 1527, se hace cargo de la regencia de Castilla en 1543 durante la ausencia paterna. Carlos abdica en Felipe los Países Bajos en 1546, lo que resulta fundamental para su formación. Todo lo tenía Felipe para gobernar el mundo que los Hados ponían bajo su égida, menos la vocación guerrera y la visión heroica de la vida de su antecesor.

A los 16 años, al asumir la conducción de Castilla, se casa con María Manuela de Portugal enviando a poco. Vuelve a casarse en 1554 con María Tudor, - su tía - hija de Enrique VIII de Inglaterra y Catalina de Aragón. Felipe, vuelto a España no regresaría ya más a Inglaterra. María, menor que él, muere en 1558, sin hijos. María Tudor requiere se la recuerde, en esta historia, para mostrar algunos aspectos de las relaciones políticas de la época así como para evidenciar características no exclusivas de España. La leyenda le atribuye todas las prácticas intolerantes imaginables que, lejos de serle privativas, eran comunes y extendidas en aquel mundo. María, humillada con harta frecuencia en su infancia, luego del divorcio de sus padres, se aferró fuertemente a la religión de su madre. Durante el reinado de su hermanastro Eduardo VI vivió amenazada por causa de su religión. Si la cosa no pasó a mayores se debió a la ayuda de Carlos V.

Sucedió al fin a Eduardo VI pero no sin disputas sobre sus derechos monárquicos. Un alto personaje del reino, Northumberland había intentado, contra la ley, despojarla de ellos en 1553 en favor de Jane Gray. Llegada al trono María, ni corta ni perezosa, les hizo ejecutar. Revocó las leyes de Eduardo VI e inició la persecución de prominentes protestantes, culminada con no menos de 300 ejecuciones ganándose el mote de *María la Sanguinaria*. El tercer matrimonio de Felipe, (1559-1568) con Isabel de Francia, le deparó algunos años de felicidad. Deben ser de los pocos que gozó el monarca en su

trabajosa vida, mostrando su capacidad afectiva. Vuelto a enviudar, su último casamiento fue con Ana de Austria.

Felipe II fue el monarca más poderoso de su época. No ostentó el título de emperador; actuó como director espiritual del Imperio, acorde con la idea de su padre. Anexo a sus vastas posesiones heredó fuertes cargas financieras provenientes de las continuas guerras que no pudo evitar. Hubo de continuar la lucha contra la Reforma y el Islam, lo que lo convirtió en *campeón del catolicismo*. Hoy esto puede resultar extraño; entonces aquello se veía como una necesidad del Estado. Felipe gobernó en forma personal pero no vaciló en emplear personas idóneas al margen de la nobleza, apartándose del estilo de la época. Tampoco dudó en dejar a cargo de una mujer el difícil manejo de los Países Bajos.

Ha transcurrido el siglo XVI bajo el signo de estos dos grandes monarcas. Incurriríamos en un *anacronismo ideológico* de no señalar el mérito de ambos por juzgarlos con una óptica democrática, nacida recién después de la Revolución Francesa. Toparemos en la materia con esta hartó frecuente especie, por lo que convendrá esclarecer su sentido desde ya.

Llamo *anacronismo ideológico* a juzgar o apreciar una época, un episodio, un hecho o acción, con valores propios de una situación y tiempo distintos. Nuestra mentalidad actual, nuestras coordenadas de valoración política no son aplicables retroactivamente en la Historia, como no cabe la retroactividad en las leyes civiles. Desde el siglo XIX comienza a flotar el rechazo a la concentración del poder. Sin embargo, sin este proceso, que llevó a la construcción de las grandes nacionalidades modernas, no habríamos salido de la Edad Media cuyas condiciones de vida pueden, hoy, provocarnos escalofríos. Tal vez sea éste el miraje adecuado para juzgar la obra de aquel hombre, antes que verlo bajo el prisma del absolutismo. El tiempo, ajeno a los voluntarismos ideológicos, decanta el valor de los actos humanos.

Al fin del siglo XVI aquellos hombres habían protagonizado la construcción de un admirable edificio administrativo. Su obra había llevado un siglo. España acarrea varios en lucha con el Islam y con Inglaterra. Es lo que se percibe bajo un punto de vista crítico desapasionado. En esto consiste la ponderación histórica. Sirva al caso una reflexión: si juzgáramos a la *Revolución Francesa* por el número de muertos inocentes que aparejó; si tomáramos en cuenta las familias que destruyó; si, en fin, hiciéramos inventario de las ruinas continentales que deparó tras la vuelta a un sistema más perverso que el que combatiera con la guillotina - echando a rodar miles de cabezas entre ellas la de sabios como Lavoisier, poetas como Chénier, junto a las de Luis XVI y María Antonieta, - estaríamos olvidando los valores que quedaron en pie tras tanta sangre e ignominia.

Destácase de la obra de los dos monarcas de la Casa de Austria: el *Derecho Indiano*, las *Leyes de Burgos*, las *Nuevas Leyes* y las *Leyes Indianas*. Inmensa edificación donde el gasto de energía de una fantástica burocracia secular ha de haber sido mayor que el trabajo empleado en las pirámides egipcias.

Suele suceder, en la vida corriente, enterarnos de alguna sentencia sobre un juicio que nos conmueve haciéndonos emitir opinión sin reflexión profunda. Luego se ventila el proceso y ante el conocimiento circunstanciado de los hechos nuestra opinión cambia radicalmente. Tal ocurre cuando penetramos la enorme maraña del proceso civilizador español en América, con los claros y oscuros que se quiera. No me conforma llamarlo proceso de la *Conquista* porque más que poner el acento en este aspecto hay que cargarlo en el incommensurable andamiaje formado en España y en América.

Preguntémonos: ¿qué sería de América sin la enérgica, sostenida labor jurídica y constructora de España en los más diversos planos? Aventemos, para formular el juicio, toda militancia ideológica impura así como la huera visión del perezoso *bombre-masa* inconsciente de la obra de las incontables generaciones precedentes que nos han dejado un mundo organizado. Descartemos el juicio del hombre exigente que, encontrando todo hecho a su arribo al planeta, no se para a meditar en cómo ha sucedido, ansioso, como los hijos mal criados, de gozar únicamente los bienes recibidos.

#### 4. Un grave error histórico.

Para apreciar el significado de *Mayo* y del movimiento separatista de América, es indispensable tener a la vista el conjunto del legado histórico de España anterior al siglo XVIII pero, particularmente, el desarrollo de este siglo cardinal. Y para ello, lo primero, es desprendernos del añejo y extendido vicio superado por pocos estudiosos: la idea de América como *colonia* española. Jamás trató la metrópolis a ninguna de las partes integrantes de la nacionalidad hispana como una factoría. Falsa es la leyenda que tal pretende. No fue así como encaró la Corona su política hacia sus dominios. Habla el investigador norteamericano, Anthony Pagden:

*Los dominios españoles de América no eran colonias. Esa palabra no se emplea nunca para referirse a ninguna de las posesiones de los Austrias, sino partes distintas de la Corona de Castilla. Ya en los años 1560, sus habitantes habían llegado a considerarlos como unos reinos casi autónomos, una parte de lo que se llamaba Magnae Hispaniae que no se diferenciaba en nada, fuera cual fuera la realidad de su condición jurídica, de Aragón, Nápoles o los Países Bajos. (14)*

La afirmación es contundente: *La verdad es que no hubo nunca un imperio español. (...) en la práctica fue una confederación de principados reunidos en la persona de un solo rey. Nápoles siguió siendo un reino regido por un virrey, el alter ego del rey. (...) Los territorios de América (...) no fueron nunca colonias, sino reinos y - en eso sí que eran únicos - una parte integral de la corona de Castilla.*

Téngase presente esta otra observación: además de sobrepasar los dominios de Castilla a cualesquiera otros, se destacaba por *su capacidad para llevar paz, estabilidad y prosperidad a los pueblos*. No es esta visión de Pagden un juicio interesado.

A pesar de sus tajantes afirmaciones emplea en páginas siguientes la designación de *colonias*. Difícil vencer las inercias mentales. De modo similar se expresan comentaristas españoles de nuestros días. Cambiemos la nacionalidad del crítico. Sigamos desbrozando el camino con el juicio del venezolano Arturo Uslar Pietri. (15)

*Sería útil ponerse a buscar en la copiosa documentación escrita de todo género que subsiste en publicaciones y archivos, en leyes y alegatos, en descripciones y proyectos que sobre América se pueden encontrar durante los tres siglos largos que duró el régimen español, la palabra o concepto de colonia aplicado a la situación del nuevo continente con respecto a España. El Diccionario de Autoridades que fue el primero publicado por la Academia Española, comienzos del siglo XVIII, trae de esta palabra solamente las antiguas acepciones que venían desde Roma, la de establecimiento de un grupo de agricultores en una nueva tierra y, en ningún caso asoma siquiera el sentido de país sometido a una potencia metropolitana.*

Los mejores ejemplos de ello nos los brinda Concolorcorvo en su citada obra del siglo XVIII, a la que volveremos por su doble valor testimonial - crítico y de *indio-neto*, como gustó llamarse. ¿Concluiremos en que no existía en la mentalidad española la idea de colonia en el sentido moderno del vocablo por no existir en la realidad el hecho, al menos dentro de la jurisdicción hispana? Demos la palabra nuevamente al estudioso:

*Fueron los ingleses y luego los franceses los que crearon el concepto y la realidad de esta relación. Los establecimientos ingleses en la América del Norte se llamaron desde su origen colonias. Surgían de un hecho físico de ocupación de nuevas tierras y reposaban sobre una carta de concesión otorgada por la corona a una compañía formada con ese propósito. El caso de la América española fue totalmente distinto y se incurre en un grave error histórico al asimilarlo a la situación creada en los territorios dominados por*

*ingleses y franceses, sobre todo en el siglo XIX. En todo el copioso y tricentenario conjunto de las Leyes de Indias no se habla nunca sino de reinos y señoríos, en relación con América. Desde luego la vinculación no podía ser con un Estado español, que en rigor no existía. Existían los distintos reinos peninsulares que, independientemente los unos de los otros, a lo largo de un complicado y rico proceso histórico, llegaron a reconocer a un rey común. No gobernaba Castilla en Aragón, ni en Nápoles, sino que el rey de Castilla era simultáneamente rey de Aragón o de Nápoles sin que dejara de mantenerse la situación individual, y en mucha parte autónoma y distinta de cada reino. Este fue el criterio que se aplicó a las Indias occidentales. No fueron en ningún sentido posesiones de España, sino reinos y señoríos del mismo príncipe que era rey de cada uno de los reinos peninsulares. (...) constituían una unión personal. Cuando Carlos V asumió el trono de Castilla, vinculó esas nuevas tierras a la corona de Castilla. De allí en adelante, y de manera perpetua e indisoluble, según su expresa voluntad, quien fuera legítimamente rey de Castilla sería al mismo tiempo soberano de los reinos y señoríos de las Indias. (...) Aquellas tierras no podrían ser enajenadas ni cedidas en ningún tiempo ni por ningún título. Esto, por sí solo, ya constituye un caso muy singular en la historia.*

Si este análisis no fuera bastante a liquidar el vicioso concepto de América como colonia, el autor de *Las lanzas coloradas* señala todavía para mejor definir el carácter distinto y propio de los nuevos reinos que se resucitó *la antigua y casi olvidada dignidad de los virreyes*, representantes del *rey de Castilla*, nunca de los otros reinos de España. Cabe preguntarse, a esta altura, cómo cuadraría la idea de una colonia gobernada por una figura de tal rango. ¿No sonaría absurda? Añádase que nadie más que el *Consejo de Indias*, creado al efecto, podía entender en los asuntos de América, lo que no cambiará en ningún tiempo venidero:

*La relación de aquellos nuevos vasallos era la misma que mantenían con el rey los de los demás reinos peninsulares. No solamente en el nombre nunca fueron llamados o considerados como colonias, sino que legalmente y en la práctica tenían la misma situación y rango de los otros reinos y señoríos que el rey poseía en la península ibérica. Toda esta compleja y sutil integración y textura de las relaciones con América es la que perdimos de vista y borramos al hablar de colonia, coloniaje o régimen colonial. Tan ajeno a la mentalidad española fue el concepto, tan venido de otras partes, que es sólo en 1843 cuando el diccionario de la Academia acoge las palabras colonial y coloniaje.*

Para los españoles nacidos en este lado del Atlántico *no se trataba de una sutileza jurídica sino de una realidad viviente*. Se dirigían al rey, tal como hacían los peninsulares, sin sentirse diferentes en ningún sentido. Hecho significativo, aunque oblitado.

A los primeros documentos del independentismo nos remite para comprobarlo. Uno de la *Junta de Caracas* en 1810, no difiere del que emana de la *Junta de Mayo*. En ambos se rechaza al usurpador puesto por Napoleón en lugar del monarca legítimo en España. Luego, los avatares de la Historia llevan al camino de *la independencia pero no para dejar de ser colonias, lo que nunca habían sido*, sino, paradójicamente, para empezar a serlo. Lo que asevera Uslar Pietri tiene su reflejo en la terminología en el *Tratado de Pacificación entre la Junta de Buenos Aires y el señor Virrey D. Francisco de Elío*, de 1811, cuyos artículos I y IV rezan:

*...se declara que el dicho gobierno (el de Bs.As.) reconoce la unidad indivisible de la nación española, de la cual forman parte integrante las Provincias del Río de la Plata en unión con la Península y las demás partes de América. (...) el gobierno de Buenos Aires ofrece dirigir prontamente un manifiesto a las cortes explicando las causas que le han obligado a suspender el envío a ellas de sus diputados*

Los subrayados son por mi cuenta. El texto habla por sí mismo. Otro documento válida, desde diversos ángulos lo aseverado por Uslar Pietri: *Noticias Secretas de América*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, al que se agrega un artículo de Ramón Ezquerro que exploraremos. (16) Son páginas de época. A primera vista, sin pretensión de agotar la revisión, esta obra, tan traída y llevada por la *leyenda negra* sobre España, y pie de donde arrancarían los detractores de España, evidencia que la palabra *colonia* no aparece jamás utilizada en el sentido derogativo que se le diera tras los movimientos secesionistas de América. Es de advertir que si en el libro, editado subrepticamente por un inglés, aparece el vocablo, es introducido por el tramposo editor que ha alterado el texto original, salpicándolo con sus notas tendenciosas. Los autores no emplean el término. Aluden, para nombrar las partes de América a *reinos, capitanías, dominios* de la Corona, y similares. En los documentos españoles de esos tiempos *colonización* equivale al acto de *poblar* una región, entendiéndose como llevar la civilización a ella.

A mayor abundamiento, la *Junta Suprema Central*, - enero 22, 1809, - da a luz un decreto a texto expreso estableciendo que *los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias, no son propiamente Colonias o Factorías, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española*. Aclara Ramón Ezquerro, de quien tomamos el apunte, que *con este motivo reconocía a las provincias americanas el derecho de elegir representantes dentro de la Junta Suprema*. Otro decreto, de mayo, 1809, - resuelta la convocatoria de Cortes - exigía la consulta a autoridades y corporaciones sobre el modo que se reunirían, lo que daría lugar a que las partes interesadas indagaran sobre la participación correspondiente a la parte americana.

El presupuesto, notoriamente, señala el autor que seguimos, era el convencimiento de que América había de tener su representación. El hecho queda confirmado por la respuesta general favorable a ella. Entre los que así se pronunciaban se cuentan inclusive sectores no liberales, - el clero - representado entre otros, por el arzobispo de Tarragona, los obispos de Calahorra y Albarracín, que sostenían que *las Américas no debían tenerse por colonias, sino como una parte noble de la monarquía*. Varios cabildos y ayuntamientos, piden que los diputados a las Cortes sean sesenta por la Península y cuarenta y cinco por las Indias. Si se toma como patrón de medida el número de habitantes de uno y otro lugar, habrá de convenirse que la propuesta era más que generosa. Hubo criterios dispares en cuanto a la representación, pero no en cuanto a que América debía estar representada. En vista de la urgencia de la convocatoria de los diputados americanos, se llevó a cabo la elección entre los residentes de este origen en Cádiz que, al parecer, abundaban en ella. Los americanos escogidos lo fueron con carácter de suplentes mientras no llegaren los titulares elegidos por cada región.

Aventada la falsa idea de que la rebelión americana obedecía a liberarse de un lazo que nos condenaba a ser colonias, cabe preguntarse por las razones de un movimiento que sumergiría al Continente en una anarquía desquiciante. El edificio levantado hasta entonces nos permitía llevar una vida razonable, tal vez mejor que la que llevaban los habitantes de la Península y de Europa en general. Lo documentaremos oportunamente. Este modo de vida ha sido desfigurado mediante la transposición de situaciones de unos siglos a otros. Los independentistas, a su vez, fueron los iniciadores y cultores de una nueva leyenda adicionada a la forjada por Inglaterra y Holanda, inescrupulosos rivales comerciales de España. Como tal mitología está llena de inexactitudes recorramos, para una ajustada comprensión, el siglo XVIII español, sin duda, el más esplendoroso de la historia hispana.

## 5. La España de los Borbones. Siglo XVIII.

*Falsificad el sentido de la historia y pervertid por el hecho toda la política. Alberdi.*

*Mayo* adjudicó al siglo XVIII, mediante un truculento anacronismo ideológico, lo ocurrido en los dos siglos precedentes, bajo los Austria. El centralismo - despotismo, si se quiere, nacería en España,

en todo caso, bajo el primer Austria, Carlos I, siguiendo tras la huella de sus abuelos, los Reyes Católicos. El momento crucial puede ubicarse en la derrota de los *Comuneros de Castilla*, al comienzo del reinado del nuevo monarca. El régimen absolutista instaurado cubre los siglos XVI y XVII con sus dos grandes figuras. Dejamos de lado las de sus sucesores hasta 1700. Este año marca una importante inflexión en la historia de España.

La dinastía de los Borbones, que se inicia entonces, implanta, no sólo en la Península sino en todos los reinos una nueva política. Nos interesa en especial su influjo sobre América para determinar la razón o la sinrazón de los argumentos manejados por los independentistas, la justicia o la injusticia del movimiento separatista, su oportunidad, sus fundamentos, su carácter inteligente o desacertado, y si el objetivo invocado de independencia fue verídico. En fin, si lo sucedido a partir de 1810 puede motivar el aplauso desde el punto de vista de los intereses de América, de sus pobladores, ¿quiénes provocaron la situación, con qué propósitos, a quienes alcanzaron los beneficios, si los hubo?

A la posible pregunta de qué relación guarda la historia de España con Rodó, contestaremos: no se trata, en primer lugar, de la historia de España, sino de *nuestra propia historia*. Habrá que recordar asimismo que gran parte de la obra de Rodó, la que mayormente proyectó su nombre fuera de fronteras, se basó en la consideración de la suprema necesidad de una América unida, es decir, de la reconstrucción de su unidad política perdida. A ello apuntó su prédica al margen del ropaje literario empleado.

Esa unidad fue destruida por un movimiento de elites carentes de conciencia histórica, movidas por una exclusiva mira de provecho personal, y no por una remontada visión del interés general de los habitantes de la región, en la que no existió el sentimiento de patria y menos la idea de América. Primó en todo momento la ciega pasión del poder que, humana como es, asumió desmesuras perniciosas. Por indicar al paso sólo algunas, citemos el baño de sangre con que debutaron los secesionistas al fusilar perentoriamente a Liniers y a otros jercas sin trámite ni juicio y la propia muerte (sospechada de envenenamiento) de quien esto ordenó, Mariano Moreno, prontamente separado de la Junta; la de Martín de Alzaga, en tiempos de Rivadavia, provocada por oscuros intereses bajo el pretexto de *conspiración* y, para no ir más lejos por ahora, la de Manuel Dorrego, un federal, gobernador legal de Buenos Aires, por Lavalle, instigado por los personajes solapados bajo el móvil del poder. Esa muerte de 1828, fue un crimen alevoso que puso al descubierto el afán de un grupo que no se detendría ante nada y que trajo a la escena, tras el rechazo universal de las provincias a la Constitución centralista de Rivadavia, a Juan Manuel de Rosas, tildado de tirano.

*Caido Dorrego en manos de Lavalle, hizo éste asesinar del modo más bárbaro e inhumano; acto inicuo que, en vez de poner fin a la lucha como él esperaba, indignó a todos los que se hallaban en estado de combatirlo.*

Son palabras de Woodbine Parish, - Cónsul General inglés y luego Encargado de Negocios, entre 1824 y 1832 - que vio a Rosas como "*un hombre extraordinario*", *vengador de Dorrego*, sobre cuya muerte se pronuncia diciendo *que caído Dorrego en manos de Lavalle, hizo asesinar del modo más bárbaro e inhumano, acto inicuo que en vez de poner fin a la lucha, como él esperaba, indignó a todos los que se hallaban en estado de combatirlo, haciendo que corriesen por millares a alistarse a la orden de Rosas.* (17) Bajo su gobierno y siguientes, continuó el raudal de sangre americana. La Revolución, con sangre gestada, promovió innecesaria e inútilmente ese derrame durante una entera centuria. En la sinuosa línea que se retuerce como los meandros de un río se percibe una dirección constante cuyo fondo, al margen de la pasión por el poder, es la lucha entre los librecambistas y los proteccionistas a quienes aquellos llamaban monopolistas. Vieja como el mundo es esta historia.

Este rosario de hechos forma el entramado de los problemas cuyos coletazos estaban aún presentes al nacer Rodó. Recordémoslo mientras nos procuramos una perspectiva más amplia de la obra de

la Corona española en América, comenzando por echar una mirada a su legado jurídico y administrativo contenido en los cuatro grandes grupos de leyes citados.

*El Derecho Indiano* que rigiera como cuerpo legal, costumbres y principios generales para las regiones ultramarinas de España desde 1492 a 1898, se distinguió por la precisión de su técnica jurídica. Algunas de sus instituciones y normas han sobrevivido hasta hoy. Las distancias, las dificultades de comunicación de la época trabarían, en más de una ocasión, su efectividad, lo que no obsta a que se le tenga por una de las construcciones jurídicas más elaboradas y de variada aplicación, dada la diversidad de sus fuentes, alimentadas por la realidad del Nuevo Continente. Sus fundamentos se hallan a partir del sustrato castellano, a lo que sumaría el de los derechos indígenas, tales como los de cacicazgo, parentesco y herencia. Su complejo proceso de formación abarca las dos márgenes del Atlántico. Por un lado el *Consejo de Indias* y las secretarías de Estado; por el otro, las diversas administraciones americanas - virreinos, gobernaciones, audiencias, capitanías generales y cabildos. En tal proceso habría de producirse la superposición de normas de diferente jerarquía, no estando a salvo de contradicciones aquí y allá. A ello se atendió en 1680 mediante la *Recopilación de Leyes de los Reinos de Indias*. Reinos, no colonias.

Los incumplimientos, en que se hace pie para detractar la obra española, no obedecían, como se afirma a la ligera, a un consuetudinario espíritu de corrupción sino a las variables necesidades de la realidad americana. Al respecto encómiese, en contrario, la capacidad de adaptación de la estructura constitucional de la monarquía que comprendía - sin agotar su campo de acción - materias comerciales, marítimas, religiosas, civiles, administrativas y jurídicas de todo tipo. En cuanto a las últimas, destáquese que en toda instancia podía llegarse hasta el rey.

Ya en 1512 se acordaban en la ciudad de Burgos un conjunto de disposiciones legales conocidas como las *Leyes de Burgos*. A las 35 que forman ese cuerpo se agregaron, al año siguiente, en Valladolid, cuatro más. Ofrece un particular interés a nuestro objeto este conjunto de dictámenes. Marquemos el acuerdo que establece que

*los indígenas americanos son libres, han de ser tratados en esta condición, debiendo ser instruidos en la fe. Deberán trabajar moderadamente y para su provecho, con remuneración y poseyendo sus casas y haciendas.*

Esta ordenanza excluye, per se, toda idea de esclavitud, de subordinación colonial. Estatuye al mismo tiempo un espíritu cristiano igualitario con los demás habitantes de la España peninsular. La disposición fue impresa para su inmediata difusión y enviada al virrey y almirante Diego Colón. Tal la reacción de la Corona ante el primer disturbio con los indígenas de La Española - hoy Santo Domingo - denunciado por el sermón del dominico fray Antonio de Montesinos que elevó su voz ante los atropellos cometidos contra los nativos. Sermón acompañado de la amenaza de excomunión. La vertebración de las *Leyes de Burgos* apunta a la regulación de la encomienda y el repartimiento indígena. *Encomienda* la instrucción de los nativos en la fe a la par de la mayor atención a sus necesidades. El objetivo primario es la convivencia entre ellos y los españoles. Cumplidos cinco meses de trabajos en las minas, el indígena debía gozar de 40 días de descanso, debiéndose atender a su alimentación sin que faltara en ella la carne, además de proveerles casa, hamacas y vestimenta. El trabajo de la mujer embarazada, a la que se protegía especialmente, estaba prohibido, así como encarcelar o golpear con palos al nativo. El celo, en la protección del indígena, se lleva hasta no permitir que se le insulte o rebaje, ni siquiera se le pongan mote, debiendo llamarseles por sus nombres.

Hoy, con una visión más avanzada advertimos que estas leyes tendían de algún modo a la disolución de la cultura indígena. Es éste un concepto sociológico recientemente incorporado a nuestra mentalidad, por otra parte no cabalmente impuesto ni respetado por la civilizada Europa en hartas

ocasiones en nuestros días. Su transposición a aquella época nos llevaría a uno de los desacordados *anacronismos ideológicos* en que se incurre.

Si bien en estas disposiciones subyace un criterio económico, sobrevuela el conjunto la buena intención del legislador que procura instaurar la fe, en la convicción de que comporta un valor de civilización. Este propósito se ve reforzado con el mandato de escoger a los indígenas más capacitados por su naturaleza para enseñar a leer a los demás; encomendando los menores de 13 años a los frailes franciscanos para su educación. Las leyes agregadas en 1543 en Valladolid, - reiterando una constante de la Corona - introducen nuevas regulaciones beneficiosas relativas al trabajo, modificando la recomendación de hacer vivir a los indígenas próximos a los españoles - lo que motivaba su traslado y desarraigo. Se insiste en la buena alimentación que ha de proveérseles, en que las embarazadas no han de trabajar para terceros, en la obligación de aumentar el salario y en el número de visitadores para hacer cumplir las leyes. Estas que examinamos, son un antecedente que evidencian la voluntad de la Corona de establecer un estatuto defensor de los aborígenes de América. *La lucha por la justicia*, según la expresión del investigador Lewis Hanke, - cuyo apóstol será Bartolomé de las Casas - queda entablada desde el principio del descubrimiento.

Tres décadas transcurren desde las leyes de Burgos hasta 1542. Nos hallamos ahora ante las *Leyes Nuevas* alentadas por Bartolomé de las Casas, misión que asume hasta su muerte a los 92 años.

Las suscribe Carlos I en Barcelona y otra vez se complementan en Valladolid al año siguiente. El monarca no ha estado sordo a las denuncias de Bartolomé de las Casas. Recoge formalmente sus demandas de justicia y protección a los nativos, en particular en lo concerniente al problema demográfico que les afecta. El avance español se basará en el propósito de afianzar pacíficamente el proceso evangelizador. Las nuevas leyes - restringiendo fuertemente el trabajo de los naturales - dan pie a una conmoción entre sus beneficiarios. Se prohíbe ya sin más, la tenencia de encomiendas a las autoridades y a todo funcionario público; se terminan las mercedes a los religiosos y se reducen las ya concedidas a particulares, así como las futuras. Y más: se rebaja el tributo que cada indígena debía pagar a la Corona; ésta lo renuncia a favor del encomendero para atender sus gastos.

Tales medidas en defensa del indígena - especialmente rigurosas en el caso del Perú - eran una estocada dirigida al corazón de los que se consideraban con derechos por sus esfuerzos de exploración y conquista. Las prohibiciones alcanzaban en el territorio andino a cuantos habían participado en los conflictos civiles, lo que es decir, sin duda, a todos los españoles de la región. Estos, teniendo a sí mismos como beneméritos de la tierra, se sentían confiscados. Unos quinientos, que no alcanzaban a un diez por ciento: militares, comerciantes, clero, artesanos. Su gravitación política y económica, empero, era indudable. La monarquía enfrentaba ya a una oligarquía local dispuesta a resistir a toda costa la novedad decretada. Hasta la propia audiencia de Lima se pronunció contra la aplicación de las nuevas disposiciones.

No viene al caso relatar las peripecias que siguieron pero sí anotar un hecho revelador del perfil del proceso: la conciencia señorial de entonces se sintió herida por la Corona y reaccionó provocando, un verdadero jaleo al intentar los *visitadores* hacer cumplir la ley. Los asesinatos, las decapitaciones y apresamientos estuvieron a la orden del día. Llegóse, así, hasta la batalla de Ñaquito para restablecer la autoridad del rey, lo que costó la cabeza de su representante. Nuevo visitador y nueva batalla. Ahora, 1548, la de Xaquixahuana, próxima a Cuzco. Gonzalo Pizarro y sus huestes, perdido el combate, fueron ejecutados.

Con todo, la fuerza de los hechos, que suelen hablar más alto que las palabras, según el dicho inglés, se impuso. El instituto de la encomienda no tuvo su fin allí. Hubo nuevas encomiendas entre quienes habían apoyado al visitador. La enconada resistencia no era exclusiva del Perú. En Nueva Granada, el virrey encargado de suprimir el instituto, previendo el cataclismo, optó por mantenerlas. Seguramente sopesó asimismo los perjuicios económicos en juego con la abolición de un sistema impuesto por la inculta realidad americana y, por añadidura, la basta mentalidad de la clase de gentes

arribadas de la Península en pos de fáciles riquezas. Afán, por otra parte, no privativo de la mentalidad imperante, ni de esa época. Si se compara el grado de corrupción de la administración de entonces con la que subsiguió al período, hasta hoy, tal vez convengamos que aquellos hombres estaban cercanos a la santidad. Es esta una manera de juzgar la realidad ponderando con criterio histórico. Debe entenderse que todo es relativo y que resulta falaz enjuiciar al régimen español por el incumplimiento de los mandatos legales de algunos de los encargados de cumplirlas. Esto sin contar las imposiciones insalvables de la práctica.

No estará de más ver cómo comenzó esta institución de la encomienda, si fue una elucubración de burócratas fiscalistas o una de las imposiciones de la realidad. ¿Qué mejor que recurrir a Concolorcorvo? En las páginas en que relata su travesía acompañando al visitador español, se refiere a la *imaginaria tiranía de los conquistadores*. Encuentra, para empezar, falsedad en lo que a *los repartimientos* concierne.

*Desde que se fijó este imperio en la casa de los Reyes de Castilla y se establecieron jueces de provincias con título de corregidores, se señaló a cada uno ( ) un sueldo. El emolumento sería a cuenta de la administración de justicia a los indios sin cargo para ellos. Los ingresos con que habían de pagarse éste y otros gastos, resultarían deficitarios. Así los primeros corregidores establecieron comercio entre los indios, con el nombre de reparticiones, para costearse con las utilidades, y que los indios y otras personas sin caudal ni crédito se habilitasen de lo necesario para la labor de los campos y minas, y vestuario de su persona y familia cuya providencia se consintió por este superior gobierno y reales audiencias por más de doscientos años (lo que) dio lugar a infinitos pleitos que se ponían a los corregidores...* Para dar fin al engorro, Madrid consagró por ley la modalidad fáctica.

Esta legitimación perseguía la utilidad del indio, *en particular, la subsistencia de la provincia*, el modo de repartir los efectos y el arancel de precios. Concolorcorvo lo encuentra razonable aunque presume: *Dirán los extranjeros y aun muchos españoles que los corregidores no se arreglan al arancel y que se exceden en la cantidad y precios. Esta expresión tomada en general, es temeraria...* ( ) ya que *en los dominios del Español ( ) se procede con circunspección y seriedad* y que tales críticos sólo buscan denigrar a los españoles. Concluye en que *parece a primera vista a los que miran las cosas superficialmente, que los corregidores son unos tiranos porque reparten sus efectos por un precio exorbitante, sin hacerse cargo de la especie que reciben en pago...*

Préstese atención: la encomienda nació de hecho y no como fruto de una elaboración intencionada de la Corona. Su aprobación por la ley, no obstante, le establecía como límites la utilidad del indio, *en particular y la subsistencia de la provincia*, y el modo de repartir los efectos y arancel de precios. Concolorcorvo lo analiza tomando en cuenta factores económicos que desmienten que se trate de una pura arbitrariedad.

Antonio Lezama - en *La Historia que nos parió* - reflexiona que sobre la realidad del régimen de encomiendas *habría que profundizar porque es uno de los planos donde mejor se expresa la dicotomía entre lo escrito y lo actuado*. Entre la información que aporta el autor destaca que *Hernandarias al asumir su gobierno, dejó libres a los indios de sus encomiendas, pero que éstos le suplican que no querían más libertad que servirle, y se quedaron en su casa*. Advierte, apelando a una comunicación oficial de Félix de Azara, *que el rey nunca cobró nada por sus vasallos reducidos. (18)*

Con estos elementos a la vista, cotejemos la larga transcripción de la página de Rodó sobre el indio; mas antes reflexionemos sobre el argumento de los que sostienen la leyenda negra diciendo que las leyes, por benéficas que fueren, no se cumplían. Salvemos las distancias y contemplemos un hecho actual.

Sabido es el exceso burocrático de nuestro país. Para contenerlo un gobernante consciente de sus funestísimos efectos estructurales dispuso una norma legal que imposibilitara nombrar, por diez años, nuevos empleados públicos. No hay partido, en el Uruguay, que no levante la bandera de la necesidad de la reestructuración del Estado. Y bien... Aquí no existen las distancias ni las dificultades de aquel entonces para hacer cumplir las leyes. ¿Qué fue, pues, de la norma? Se la eludió campanudamente

mediante la contratación a término de un cúmulo de nuevos empleados estatales. Más tarde, estos serían incorporados a las planillas permanentes del Estado. Sumaban ya miles.

Hecha esta reflexión y con los elementos expuestos hasta ahora consideremos lo dicho por Rodó sobre el indio en América.

## 6. La situación del indio tras el desprendimiento de España.

Tal era el medio dice Rodó en *Montalvo*, tras haber pasado revista a los distintos componentes de la sociabilidad en que se desarrollara la personalidad del autor de *Los capítulos que se olvidaron a Cervantes*. Son estas páginas de lo mejor que ha escrito Rodó; las más inspiradas, las de más subido color poético, en las que su estilo se afirma. Son reveladoras, al mismo tiempo, del ahínco con que estudiaba la materia en que se empeñara. Una prolija tarea documental respalda el ensayo, pensado indudablemente en el marco de un plan para exaltar las figuras americanas, objetivo que se impusiera al parecer desde muy joven.

El trabajo comienza con una descripción del ambiente andino en que desarrollara su combativa acción el ecuatoriano Juan Montalvo. La pintura causaría admiración a los conocedores de la región donde dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan convergiendo al nudo de Pasto. Del tiempo de la colonia nos hablará. Hemos marcado ya con baraje documental este error.

Desde todos los vientos llegaban a Montalvo, como ocurriría a Rodó en su lar, las voces del inmediato pasado militante. Era la atmósfera que se respiraba en el entorno rioplatense y en toda América. ¿Podríamos esperar, acaso exigir, que fuera él quien rompiera el rígido molde donde cuajaran las ideas al calor de las luchas por la supuesta independencia del Continente? La obra de investigación histórica, se hallaba en ciernes. Hoy, a pesar de sus grandes avances, numerosos intelectuales permanecen estancados en las ideas formadas entonces.

De ese tiempo nos hablará con los más duros acentos. Aquí el cuadro donde se muestra la religiosidad primitiva mezclada a la cristiana: siguen el paso de las procesiones ( ) los que a sí mismos se flagelan; los que van arrastrando gruesas vigas, sujetas a los brazos por ligaduras que revientan las carnes; los que llevan a cuesta cargas de ramas espinosas, que desgarran sus espaldas desnudas. Está dado ya el clima de aquella sociedad que el tiempo no ha podido cambiar, cuyas raíces y modalidades no sólo en estos parajes existe, sino en la propia Europa, donde subsisten en la era dominada por la electrónica.

Pasa, así, a pintarnos la idiosincrasia de ese pueblo, instintivo artista, cuyo don más espontáneo y difundido es el musical. Inventor del arpa que tiene en su rústico albergue; la flauta y la vibuela que le ha comunicado el español. ( ) Su música es triste y querrellosa; es el bongo plañir del yaravi, la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del inca, entrega a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre.

*La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aún más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cruzma de lana que, dejando los brazos desnudos, le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como a su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aun al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es el siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada o de maíz hervido, para todo el día; y por vino, un trago de chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pie, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma*

*de los indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. ( ) Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre el páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio, pastor o labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capataz, está rebozado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cóndor arrebató la res, si la oveja se descarria, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real y medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tiente el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, monstruosidad horrenda, viene a redimir la deuda del padre. (...) Si de esto que ocurre a pleno sol, se pasa al encierro de la mina, o al más blando encierro del obraje, el cuadro es aún más aciago y lúgubre. El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro es hermoso y fuerte; en la sujeción servil su figura merma y se avillana. Abundan entre los indígenas de las poblaciones, los lisiados y los dementes. (Ob. 593)*

En estas páginas el estilo de Rodó se vuelve nervio, por momentos lacerante y desgarrador, vibra con contagiosa indignación ante los aspectos sombríos del vasallaje que *la independencia dejó en pie*. Lo marca a fuego, sin escatimar adjetivos. Siente herida la humanidad por el abuso, la prepotencia, la impiedad, la injusticia a que se ve sometido el indígena. Esta dolorida y trabajada prosa es de 1913, cuando su estatura de escritor se divisaba ya fuera de fronteras. El trazo luce maduro y preciso. Sus palabras no son las del demagogo que se sube a la onda en boga; son expresión de un sentimiento de ecuanimidad que ya mostrara en tiempos en que su nombre nada significaba. Lo mismo cabría decir de su fuste intelectual como de su honradez documental.

No obstante el respeto que nos inspira Rodó por tales condiciones esenciales y por el valor de proyección de su obra, no bien aquilatada aún, nos permitiremos, desde nuestro punto de vista, señalar que ese pasaje, como otros en la misma materia, carecen de una adecuada ponderación y exactitud históricas. Hay, en mi parecer, una carga adjetival alineada, seguramente sin quererlo el autor, con los ecos de la leyenda negra sobre España. Elementos ineludibles se pasan por alto. Falta la dicha ponderación del juicio en materia histórica; no toma en cuenta la evolución de la problemática que describe, sin profundizar; sus datos, inclusive no están decantados. Ignora el sentido cristiano con que la Corona, - ya en tiempo de los Austria - encara su asentamiento en América. No considera los altibajos, las limitaciones de la mentalidad de entonces, no desprendida de rémoras medievales ni las fallas inherentes al humano quehacer; tampoco la inspiración cristiana de la política española desde el primer momento, sus elevadas miras ni por lejos comparables con las que otras naciones, aun moderadamente, encataran su dominio sobre pueblos débiles. ¿Sería necesario citar el imperialismo inglés, el holandés, el belga con su nefasta actuación en el Congo o, actualmente, el norteamericano en diversas regiones del mundo? Ayer como hoy.

Ningún juicio condenatorio puede prescindir de la intencionalidad de los actores. Existe el crimen culpable o doloso, así como el yerro meramente culposo. Lo que importa es la intencionalidad. En ella radica la responsabilidad final, individual o institucional.

Curiosamente ni los Habsburgos ni los Borbones arrojaron su gestión política en América con espíritu subalterno. Esto es lo primero para emitir el juicio. Luego viene lo que el funcionario ejecuta, cumpliendo o desviándose de la moralidad impartida desde lo alto. Y lo que tampoco debe quedar por el camino es el juego de las circunstancias de todo orden que operan en la compleja tarea de gobernar. La mentalidad general imperante distaba años luz de la educación con que hoy se cuenta, la que no impidió, en pleno siglo XX, las atrocidades cometidas por naciones reputadas entre las de más alta cultura. Hechos persistentes, entrado el siglo XXI, denotan que la condición humana no es fácil de cambiar. ¿Condenaríamos al pueblo alemán por los genocidios cometidos por un hato de dirigentes

enajenados? Condenamos al régimen y a los individuos que ordenaron semejantes actos. En el caso de la Corona española, singularmente preocupada por el bien de sus pueblos, no corresponde la condena. Sus falencias no respondieron a su filosofía sino al factor individual y a los excesos anejos al sustrato humano. Aquellos monarcas evidenciaron en general elevación cristiana. El caso es de una singularidad histórica excepcional.

Hay inexactitud al hablar de la encomienda y de la mita sin considerar su evolución: la mita, en cuanto a España, cesó en 1720. El tributo personal de las mitas quedó en pie, mantenido por la revolución, como Rodó mismo lo recuerda, hasta 1857. No pudo la ley contra el arraigo de las costumbres y la fuerza de los intereses creados.

La fuente que invoca Rodó es *Noticias Secretas* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado sin esencial diferencia como fue hasta promediar el siglo XIX. El instituto se prolongó hasta la edad en que España ya no regía América siendo de esperar que las atrocidades anotadas dejaran de existir. Pues no: hay toda una literatura indigenista contestataria que muestra su permanencia y agravamiento. Citemos sólo *El mundo es ancho y ajeno* del peruano Ciro Alegría, como testimonio. Podríamos recurrir, en otro plano, demostrativo de que hay males que son inherentes a la naturaleza humana más que a los sistemas legales, al relato de Eustasio Rivera sobre la vida de los caucheros colombianos. *La Vorágine* nos muestra cuadros no menos lamentables en tiempos avanzados a los que, se supondría, la independencia pondría término.

Digamos que no se aparta Rodó del justo juicio cuando afirma que: (Ob.595)

*la Revolución que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él; poquísimo modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social ( ) El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado de dueño, ve confirmada su condición de ilota.*

En esa joya literaria que se llama *Los perros hambrientos*, de Ciro Alegría, el prologuista C. Villanes al tratar la cuestión indigenista no se queda corto para establecer que

*El indio no acude como obrero, ni es directamente explotado por los extranjeros. Son sus propios compatriotas quienes se aprovechan de su ingenuidad y sentido comunitario para despojarle de sus tierras en connivencia con las autoridades peruanas. Aparece el drama del enrolamiento en el ejército y el indio tiene que servir compulsivamente a una patria que, en realidad, le niega sus derechos como persona.*

Si en aquel tiempo había alguien necesitado de una revolución – digamos una revolución social tendente a cambiar las estructuras mentales – era justamente esa plebe, entre la que se contaba el nativo americano. Pero

*la muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se la llevara a pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuota de sangre ( ) Muchos años después de la Revolución, aún solía suceder que el indio ganán de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, a que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del rey. (Ob.594)*

Lo dice Rodó. Entonces, podemos razonar, ¿a qué una revolución en nombre de la justicia, de la independencia de un poder al que se acusaba de cercenar la libertad y mantener el atraso de estas tierras si los males que se declaran, lejos de amenguarse, son agravados? El único que intentó el cambio de esta situación fue Artigas. ¡Así terminó execrado, traicionado, perseguido y condenado a inicio ostracismo!

La masa de criollos, como la masa indígena, ésa que entregaba su *cuota de sangre*, - mientras los Rivadavia y los Belgrano, buscaban reyes por Europa, - permanecía extraña al significado de la aventura emprendida por un puñado de hombres cuyas finalidades no nacían en relación a su suerte pasada, presente, ni futura. Nada entendían, ni podían entender, esos seres, como tampoco quienes la iniciaban, de las consecuencias venideras de la secesión de estas partes integrantes de la nacionalidad española, esto es, la propia. Puede parecer osada nuestra afirmación de la falta de entendimiento de las elites que no nombro como dirigentes. Mal se puede dirigir lo que no se entiende cabalmente. A la distancia los hechos muestran con claridad meridiana cuán lejos estaban de una real comprensión de lo que ponían en marcha. Multitud de episodios avalan la imprevisión de los gestores y su estrechez de miras al desatar la tragedia americana. Tragedia loada como benéfica epopeya.

*Rodó ha sido mal leído...* Ciertamente. Entre los casos que iremos viendo, está el del indio en América. A su reflexión sobre la suerte que le cupo después del barullo revolucionario agreguemos algunos testimonios dados por la literatura indigenista. Comencemos por el de José María Arguedas, - *Todas las Sangres* - que próximo al escenario eleva el acento de la terrible acusación.

*La tierra del siervo es de la hacienda, por tanto el siervo es de la hacienda a vida y muerte. En tiempos del rey español la tierra era del rey español y también la vida, al menos en los escritos. Desde la República cada hacendado era un rey español. Ellos dictaban las leyes y la ley se cumplía únicamente en lo que al señor convenía.*

Otros pasajes, ahora de Alcides Arguedas, son reveladores de la ignominia. Pertenecen a *Raza de Bronce*. Tras la muerte de uno de los indios, enviado por el terrateniente a una misión peligrosa, en la que sucumbe, el autor refleja los sentimientos de consternación de sus compañeros poniendo de manifiesto su envenenado estado de alma contra aquellos criollos que, en tiempos de un caudillo bárbaro les han despojado de sus tierras sometiéndoles a un yugo peor que el existente durante el feudalismo.

*...Entonces, so pretexto de poner en manos diligentes y emprendedoras la gleba en las suyas infecundas, arrancaron, con mendrugos o a balazos, la tierra de su poder, para distribuirla, ( ) entre las mancebas y los paniaguados del mandón, cayendo así en su aridez de ahora, porque el brazo indígena, que por interés, codicia y sarcasmo, dieron en llamar inactivo los congresales de ese triste año de 1868, resultó más pobre, más ocioso, que el de los improvisados terratenientes, que sólo tuvieron la habilidad de encontrar en el indio un producto valioso de fácil explotación y el talento de inventar nuevas cargas, sin osar ningún esfuerzo de modernización, inhábiles del todo para emprender...*

Pinta, más adelante, la imagen del terrateniente, la casta criolla que ha llevado adelante el atropello.

*...era un mozo de treinta años ( ) alto, moreno, y de recia contextura. De sus padres había heredado un profundo menosprecio por los indios, a quienes miraba con la natural indiferencia con que se miran las piedras de un camino, los saltos de agua de un torrente o el vuelo de un ave. Quizás más, porque acaso los sufrimientos de una bestia pudieran despertar eco de compasión en su alma; nunca los del indio. El indio, para él, era menos que una cosa, y sólo servía para arar los campos, sembrar, recoger, transportar las cosechas en lomos de sus bestias a la ciudad, venderlas y entregarle el dinero... Era modelo de patrón, pero no carecía de ingenio ni se presentaba huérfano de lecturas, pues también había estudiado derecho y podía discurrir con soltura sobre las cosas que estaban a su alcance...*

Uno de nuestros encumbrados críticos procuró subrepticamente colgar a Rodó el sambenito de racista por su correspondencia con Arguedas, (el acuse de recibo de su libro *Pueblo Enfermo*, cuando el boliviano no era más que un estudiante, dice esto:)

*los males que usted señala ( ) no son exclusivos de Bolivia; son en su mayor parte, y en más o menos grado, males hispanoamericanos... ( ) Usted titula su libro Pueblo enfermo. Yo lo titularía Pueblo niño. Es concepto más amplio y justo, quizás, y no excluye, sino que en cierto modo incluye al otro, porque la primera infancia tiene enfermedades propias y peculiares, cuyo más eficaz remedio radica en la propia fuerza de la vida, nueva y pujante, para saltar sobre los obstáculos que se le oponen. (Ob. 1426)*

Medardo Vitier se cuenta asimismo entre quienes leyeron mal a Rodó. Al menos cuando afirma que dejó en el olvido al indio – *que también es carne y alma de América* – como dijera en tono dolorido su acusado. (Ob. 1211) En las páginas punzantes de su *Montalvo* se describe al mártir en cuya noche, en cuyas sombras, la vida del espíritu no enciende una estrella, un anhelo, ni siquiera una pueril curiosidad.

### 7. “El Mayo inmortal”

Tiempo es de acercar la lente a la encrucijada del siglo XVIII, clave y fundamento esencial de nuestro punto de vista para considerar la imperfecta apreciación de Rodó respecto al movimiento de *Mayo* y el independentismo.

Sincerémonos de entrada: en nuestro concepto no existe en la Historia *revolución* alguna, si por ella entendemos un *cambio social* súbito, pretensión implícita en quienes se regodean con el vocablo. Encontraremos sí sublevaciones para todos los gustos: alcaldadas, motines, cuartelazos, enfrentamientos militares de todo tipo y por la más amplia gama de motivos; importantes levantamientos civiles, como la llamada *Guerra de los Comuneros* en España, o la de los campesinos y obreros rusos dirigidos por Emiliano Pugatschef en tiempos de la emperatriz Catalina, en Rusia que son, casualmente, los de Carlos III en España. Ambas instancias de infausto fin; ambas engendradas por el abuso y la injusticia, como la de Tupac Amará en 1780, también con doloroso término, dejando por el camino muchas otras modalidades de protesta, llegaremos a la *Revolución Francesa* que podríamos considerar por su duración y proyección histórica, el paradigma en la materia.

¿Diré que puso en vilo al Continente europeo no constituye una revolución? Postergo su análisis para más adelante, atendiendo ahora a los numerosos conflictos sociales que suelen tomarse por revoluciones célebres. Marquemos nuestra relucencia a aceptar como revolución todo movimiento, por importante que parezca, cuando carece de un fuerte contenido social. ¿De qué han servido los miles de bruscos cambios de elencos gobernantes a esa finalidad? A la que consideramos paradigma de las revoluciones, nadie negará los cambios que provocó. Tampoco nadie debe olvidar sus metas fundamentales – al menos las que se proclamaron, se tuvieron por tales o luego se les adjudicó. Entre los elementos que la generaron distingamos – ahora – uno, la impugnación del poder absoluto con su carga de arbitrariedad.

Esta impugnación a tal clase de poder no obró inicialmente- volviendo ahora a *Mayo* – en la mentalidad de quienes dieron los primeros pasos contra el virrey. Acción algo incomprensible por constituir sus propulsores la clase más acomodada, cercana al poder, y hasta compartiéndolo. No tan incomprensible si penetramos en los vericuetos de las luchas personales. Un atisbo del clima existente en Buenos Aires nos lo da Enrique de Gandía en su *Orígenes desconocidos del 25 de Mayo de 1810*, (19) libro en el que muestra las pequeñas pasiones en juego, las rivalidades, sospechas, celos entre los gestores del Movimiento. Rechaza en sus páginas las interpretaciones de muchos hechos que todavía hoy son moneda corriente en nuestra mitología, entre ellas la de la influencia revolucionaria francesa.

Aporta documentos reveladores de que antes de 1810 había conciencia de las finalidades de la política inglesa – pero que los hombres de *Mayo* pasaban por alto, no les importaba o se avenían a ella. Lo que sigue es de la pluma de Benito González de Rivadavia, padre de Bernardino Rivadavia, alma mater del centralismo porteño, ya esbozado en Mariano Moreno. El subrayado es nuestro.

*... la Inglaterra a nadie quiere dejar vivir; que ella quiere vender, y que todo el mundo compre, que solo ella quiere tener industrias y que todo el mundo dependa de ella; señoría de los mares a costa de todos y a fuerza de robos y piraterías quiere también serlo de este destino, de todo el mundo.*

¿Sorprende tanta claridad en ese momento? Más sorprende la ignorancia actual. Sostiene González de Rivadavia, que tal era el clima imperante en Buenos Aires, Montevideo y en el resto de América, donde a partir de las invasiones inglesas la historia de la vieja Albión había sido traída y llevada y analizada de derecho y de revés. En el capítulo que Gandía titula *La teoría de la llamada Revolución de Mayo*, en una misma página se leen calificaciones como la *imaginaria Revolución de Mayo*, la *supuesta Revolución*, la soñada *Revolución de Mayo*... Aclaremos que nuestro enfoque, coincidiendo en lo fundamental del hecho de que no existió la tal revolución, no es el mismo de Gandía, que lo trae a otros propósitos. No arriba él a las conclusiones a que nosotros llegamos.

*La política de intrigas que existía en Buenos Aires antes de 1810 y que explica en gran parte los sucesos del año y las tragedias posteriores, es desconocida totalmente por los historiadores argentinos y americanos.*

Así lo aseveraba en 1960. En 1974, el peruano Luis Alberto Sánchez, (20) corrobora que *pueden contarse con los dedos de la mano los expertos* en la historia de América, llevando su énfasis al punto de afirmar que *lo primero es no conocer la historia de América, y basta obstaculizar su conocimiento... cuando en nuestros países surge un experto en historia continental se le deberá excluir por peligroso*. Y no se queda en ello sino que agrega que *la más vieja universidad del continente sólo establece el estudio de la historia de América en 1917 o 1918, concretándose a la historia de la emancipación. Existe un prejuicio torpe sobre el Virreinato, - sigue - como si 300 años de vida organizada pudieran borrarse de la fisonomía de un pueblo. De puro antiespañoles, postura inteligible (en el siglo XIX) dejamos de conocer la base de nuestra estructura jurídica y social. Los grandes estudios de ello, con muy pocas excepciones, nos vienen de España: Altamira, Levene, Ots Capdequí, Bosch Gimpera y los que ignoramos.*

Mal podríamos exigir a Rodó conocimientos detallados de situaciones históricas que, a más de un siglo, no habían terminado de clarificarse. Importa decir aquí que nuestra exploración sobre su personalidad y trayectoria no tiene por designio culparle ni exculparle sino mostrar, a través de sus admiraciones e ideas, el ambiente en que se desarrolló rodeado de mitos hasta hoy subsistentes. Clara evidencia del estancamiento de nuestra cultura.

El historiador argentino asevera que quienes impusieron la Junta *no tuvieron ideas independentistas en ningún momento anterior y muchos eran carlotistas; otros partidarios de don Pedro*. Los de más acá eran afrancesados que seguían a Liniers, sospechándose que aspiraban a entronizar a Napoleón por estos lares. Otros, aún, se prometían convertirnos en protectorado inglés. No faltaban quienes se mantenían fieles a España, ni los indiferentes. Los más, abrumadoramente, vivían al margen de toda idea política. Según la tesis de Gandía, el afán de independencia sólo lo mantenía un español, Martín de Alzaga, verdadero héroe cuando las invasiones inglesas, personaje de gran valía y vasta influencia en el Virreinato. Defensor de las Juntas de carácter democrático acorde con la mejor tradición española, moriría ajusticiado en tiempos de Rivadavia, en 1812. Atribuye a Alzaga la formación de las Juntas de Chuquisaca y La Paz, de mayo y julio de 1809, terminadas en cruento fracaso. Antes, en enero 1º del mismo año, había intentado crear una Junta en Buenos Aires, para sustituir a Liniers, intento frustrado

por la intercesión de Saavedra al frente del cuerpo de *Patricios*. La formación de estas Juntas respondía al temor de que el Virreinato fuera entregado a la infanta Carlota Joaquina, a Napoleón, o a quien fuere, ante el riesgo de que España quedara en manos francesas. *Historiadores más o menos documentados han creído que su fin era el de la independencia absoluta*, - sigue Gandía - considerándose entre los primeros en demostrar que no era así.

Si descartamos pues el afán de independencia, - a cuya conclusión nos llevan diversos hechos posteriores, como el de que los próceres de la *Revolución* salieran en busca de reyes para la región - y descartamos, igualmente, el interés económico del libre comercio, ¿qué nos queda? Antes de responder esta interrogante veamos en qué medida es admisible la suposición. Invasión de España en 1808 por Napoleón, sus eternos enemigos, los ingleses, habían pasado a ser aliados contra el Emperador francés. El mismo historiador afirma:

*No fue, ( ) el deseo de comerciar con los ingleses, - conforme enseña una interpretación marxista ( ) - lo que llevó al cambio de gobierno del 25 de Mayo... Tampoco es exacto que la representación de los hacendados escrita por Moreno haya originado los sucesos políticos de (ese día y días anteriores.) Estos sucesos no tuvieron más origen que las noticias de España y la voluntad de un partido de crear una Junta de gobierno como las que existían en la Península y se había intentado en Buenos Aires en enero 1809, por Alzaga.*

Merecerá algunas puntualizaciones este criterio. Señalemos ahora que a partir de la alianza con Inglaterra se había firmado ya en enero de 1809 un tratado de comercio entre ella y España, ampliado en marzo. Desde el arribo de dos barcos ingleses, en junio, el virrey Cisneros había permitido el desembarque de mercaderías en Buenos Aires, respondiendo a la *Representación de los Hacendados* a cargo de Mariano Moreno, el futuro secretario de la *Junta de Mayo*. Buenos Aires y Montevideo se hallaban inundadas de productos ingleses al punto que los comerciantes escribían a sus corresponsales en España que detuvieran los envíos *mientras el Gobierno no suspendiese el permiso de introducir manufacturas inglesas...* Como si fuera poca la batahola y el desquicio comercial, el contrabando que había sido práctica habitual, con el concurso de las propias autoridades, había alcanzado bajo Liniers auge inusitado. Este era el clima que hace exclamar al autor que *quienes han hablado de un duro despotismo de las autoridades coloniales sobre los moribundos vasallos no han hecho más que novelas*. Nosotros venimos oyendo, desde la escuela, que la *Revolución de Mayo* se había hecho por la falta de libertades, considerando la principal de ellas la comercial por causa del *monopolio*. Este era el comodín.

De modo que, completando el análisis, si la revolución no obedecía a esta cuestión tampoco, no queda otra salida que pensar que los señores revolucionarios lo que buscaban era meramente que el poder, todo, fuera a sus manos. La invasión de España brindó la oportunidad del intento. Su objetivo político no iba más allá. Nadie apetecía a conciencia hondas transformaciones sociales; a nadie pasaban por la mente; nadie las ofreció. Si hubo algún esbozo obviamente quedó por el camino. La cuestión era el poder. Y así empezó el rodar de un tiempo nefasto para el Continente todo.

Volvamos la mirada a la revolución paradigmática. Tras diez años de *revolución* Francia pasó de una monarquía a un *imperio* monárquico donde el sumo poder, muchas veces mayor que el del rey, fue a manos de una casta militar con Napoleón como cabeza visible, tal como sucediera en Roma bajo los emperadores. La mentalidad no había cambiado. Abatido Bonaparte por una coalición internacional, llegamos, tres lustros después, a una monarquía constitucional. No podemos admitir que se haya producido una revolución política. De revolución social, ¿qué? Cambiaron algunas instituciones o estructuras como el sistema feudal, cuyo proceso de cambio estaba ya más avanzado en Francia que en parte alguna, según George Rudé, quien señala, al mismo tiempo, que ningún grupo social pudo predominar sobre los otros... *ninguno fue 'democrático', en cuanto ninguno trasladó, o tuvo la intención de trasladar el peso de la autoridad política a la nación en general, y ninguno avanzó, en sucesivas etapas, hasta conseguir*

*una transformación completa de la sociedad existente.* (21) Hecho el balance, ¿cuánto cambió la suerte del diario vivir del común? ¿Quién ejerció el poder en adelante? Por décadas seguiremos topando con los descendientes de Napoleón, por señalar sólo lo más divisible de las elites gobernantes. Admitamos, no obstante, su proyección sobre ciertos derechos sociales a partir de entonces, su carácter fermental, desarrollado progresivamente a lo largo de los siglos siguientes.

¿Qué ocurrió, entre nosotros, luego de *Mayo*, tras cruentas continuas conmociones donde dejaron la vida miles y miles de infelices saliendo prácticamente indemnes - con escasas excepciones - los promotores de aquel golpe de Estado? Sucedió que esos promotores quedaron incrustados en el poder, dando origen a oligarquías que hasta hoy perduran. Es un hecho que por habitual en la Historia no sorprende y que habilita a creer que ella se repite... Repárese, a conciencia y sin prejuicios, la historia de ambas márgenes del Plata y veremos repetirse generación tras generación, en las alturas políticas, los nombres de los descendientes de aquellos *próceres*. Detrás permanece la malla del poder silencioso, la raíz no visible.

De forma parecida a la conmoción francesa resultó la de *Mayo* en lo concerniente a los objetivos declarados. Aquí no se acusaba al rey de traidor ni siquiera de tirano, ¡la revolución se hacía en su nombre, para preservarle el trono! Así se declaraba. Da idea de la falta de orientación decidida y de auténticas motivaciones, el hecho de que incitado Belgrano por los invasores ingleses a procurar la independencia del Plata, dijera que nos hallábamos a cien años de ese momento. ¡Se quedaría corto, después de todo! Aunque no lo decía en el sentido que nosotros le damos.

El propio Belgrano nos habla del *monopolio*, como justificación. En su autobiografía cuenta cómo se va gestando el proceso que desembocará en la asonada de Mayo. No parece consciente del significado de la entrada de Saavedra en escena. *Mayo* se basa en un hecho producido justamente ante las invasiones inglesas: la formación del *Cuerpo de Patricios* comandado por Saavedra. O sea que el golpe de Estado lo habilita la fuerza militar. El primero de una serie inacabable.

Entre otras interesantes revelaciones de su pluma se halla la de sus estudios en Universidades españolas. Belgrano es uno de los tantos prominentes personajes educados en ellas. Mariano Moreno y su hermano Manuel, así como Juan José Paso, Monteagudo, Valentín Gómez, Castelli, los hermanos Rodríguez Peña, entre muchos otros, harán sus estudios en la de Chuquisaca. ¡Una de las tantas universidades que la *España oscurantista* fundara en América, en la que tendrán contacto con las ideas propagadas por la Revolución Francesa y la tradición liberal española representada por las figuras de Francisco de Victoria, Juan de Mariana y Francisco Suárez! No olvidemos que la mitología surgida entonces nos habla de la reluctancia de España a educar a sus pueblos, tarea la más difícil entre las difíciles.

Al finalizar nuestro libro *Rodó, Acción y Libertad*, nos planteábamos entre los problemas a que se enfrenta la Humanidad, la de alimentar una creciente población mundial y la de *educar* a esa población y decíamos que la primera sería resuelta de un modo u otro. Los avances de la ciencia lo han probado. Nuestra duda, en cambio, referida a la posibilidad de la educación queda en pie. En lo que concierne a nuestro país, no sólo no ha avanzado, a pesar del constante enriquecimiento de medios para ello. Persisten las dificultades y comparativamente hemos retrocedido. En suma, la falta de información, sumada a la desubicación histórica generada por el embanderamiento político o ideológico, propicia la creencia de una *España oscurantista*. Como Rodó, José Pedro Varela, cae en el tópico al adjetivar de mezquina la tarea por parte de los gobiernos hispanos. Retaceo injusto cuyo origen vemos en la tradición en que se hallaban inmersos. (Ob. 597)

Sigamos con los estudios de abogado de Belgrano en la universidad de Salamanca, recibido en la de Valladolid. Ello y su presencia en la Corte le valen ser designado por la Corona *Secretario-Vitalicio del Consulado* de Buenos Aires. Relata en su *Autobiografía* que las autoridades le solicitan nombres de americanos capaces de realizar el plan de estímulo agrícola de nuestra región. Se le encomienda, a mayor abundamiento, que dé conferencias al respecto, a las que el propio Virrey deberá asistir. ¿Puede

comprenderse por lo de sus estudios, por su nombramiento en un importantísimo cargo, así como por lo de las universidades y el impulso progresista de la Corona, que España se hallara en pleno *oscurantismo*? Confiesa él que tuvo *la suerte de encontrar hombres amantes del bien público que me manifestaron sus útiles ideas*, lo que le incitaría a estudios fuera de su profesión valiéndole ese secretariado.

¿Era ése el *oscurantismo* de que se acusaba a España? Destacábase en esta empresa, Juan María Gutiérrez. Su exaltación le llevaría hasta ¡querer eliminar el idioma español de nuestro medio! ¿Podían ignorar, estos *ilustrados* personajes, que España vivía precisamente el *Siglo de la Ilustración*? De admitirlo habrá que admitir su ignorancia sobre el hecho de que el monopolio que ejerciera Sevilla, en tiempos anteriores con fundados motivos, había caducado ya. Pero no les carguemos la romana cuando un autor como Félix Luna, en un libro impreso en 1998 se permite afirmar que *sólo una forzada política comercial lograba mantener la hegemonía de los comerciantes de Cádiz*, prefiriéndose a los tiempos de *Mayo*! (22)

Uno de los primeros actos de Belgrano en el Consulado, nombrado secretario desde 1794, fue el intento de anular el puerto de Montevideo. La Corona con visión nacional, no le llevó el apunte. El Consulado se integraba con comerciantes y mareantes; su jurisdicción abarcaba los pleitos mercantiles y sus sentencias comprendían multas y castigos. Los consulados estuvieron siempre del lado de los intereses americanos frente a los peninsulares hallándose precisamente en manos de los criollos. Este acto es ya un indicio de los intereses con que se manejarían *los hombres de Mayo*, respecto a la Banda Oriental y a las provincias, estableciendo, sí, el monopolio de sus rentas.

Quince años después su mentalidad localista no había evolucionado, de atenernos a sus *Memorias*. Temeroso Belgrano de que hubieran llegado a oídos del Virrey Cisneros los conciliábulos en que participaba, fue a hablar con él. Era el momento en que los ingleses pretendían introducir sus mercancías en el Virreinato: *la conferencia vino a proporcionarme el inducirlo a que llevase a ejecución la idea que ya tenía de franquear el comercio a los ingleses en la costa del río de la Plata, así para debilitar a Montevideo, como para proporcionar fondos*. Ya tenía el portenismo adentro. Con esta visión integraría la *Primera Junta de Mayo*.

Detengámonos sobre el mentado asunto del monopolio. Quien visite Sevilla podrá apreciar su posición, adentrada sobre el río Guadalquivir, cercana al Mediterráneo y al Atlántico. Su estratégica, privilegiada ubicación, limitaba la posibilidad del saqueo filibustero a los barcos que regresaban de América, prestándose asimismo a centralizar, desde ella, el comercio marítimo. El surgimiento del monopolio naval que ejercía, como la distribución de mercaderías desde Portobelo, no son hechos antojadizos ni perversos. Obedecían a sensatas razones en tiempos y circunstancias en que era extremadamente costoso organizar flotas con destino a América por la menguada demanda de entonces. Esto fue cambiando con el paso de los años – y de los siglos – acorde al aumento demográfico de los centros poblados. Hay una política fundacional de España, reflejada en las *ordenanzas de población* de 1573. Hacia 1580 su número alcanza a 225; entre 1776 y 1800 se suman 200 ciudades más. No surgen del aire: son obra de la política fundacional española. En el siglo XVIII ha cambiado la escena demográfica y comercial. Ese es el hecho que posibilita a la Corona modificar los estatutos rectores. Entre las nuevas medidas se concluye con el monopolio de Sevilla.

Referente al aspecto fundacional de ciudades digamos, con Puiggrós: *De la actividad desplegada por los fundadores puede dar una idea aproximada la siguiente nómina de poblaciones que nacieron antes de terminar el siglo XVI: ( ) Santiago del Estero, Mendoza, San Juan, Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Buenos Aires, Salta, Corrientes, La Rioja, Jujuy, San Luis, Del Barco, Cañete, Talavera, Nuevo Madrid, San Clemente, Londres, Nieva, San Francisco de Alava, etc. ( ) Algunos de esos pueblos desaparecieron y otros fueron poblados dos, tres y hasta cuatro veces*. A continuación enumera diez más fundadas en Paraguay. Esta actividad, es de destacar, comienza poco después del descubrimiento. Henríquez Ureña da cuenta de que para 1505, la Hispaniola, Española o Santo Domingo, registraba *17 poblaciones de tipo europeo, sin contar las fortalezas aisladas*. De 1508 en adelante emplea más de una página para enumerar sólo las grandes ciudades que va fundando España. (23). Si tomamos en cuenta la inmensidad del territorio americano y esta obra poblacional, cabe preguntarnos, cuando de *la Conquista* se habla, de qué conquista se trata porque, relativo a esa magnitud,

el Continente aparecía comparativamente despoblado, excepción hecha de las regiones peruana y mejicana. Surge en cambio, con toda claridad, la idea de la actividad civilizadora. Para completar esta noción, - lo que contrarresta igualmente la leyenda de la aniquilación por España de las poblaciones nativas, - considérese la reflexión del escritor dominicano al referirse al aspecto lingüístico del Continente a mediados del siglo XX. Existían entonces dos millones de aborígenes que no hablaban español ni portugués, otros que hablaban junto a estos idiomas el suyo propio, y fundamentalmente, la sobrevivencia de *centenares de lenguas, desde las habladas por más de medio millón de personas, como el náubuatl (el idioma de los aztecas), el quechua, el aimará y el guaraní, hasta los que sólo se hablan en grupos muy reducidos, como tebuelbe en Patagonia e inúmeros más en diversas otras regiones*.

El empuje poblacional no se limitaba al sur del Continente; abarcaba toda su vasta extensión. Para aquilatar esta empresa civilizadora puede imaginarse cuál sería la situación de América hoy día de no haber mediado esta constante acción civilizadora.

Para continuar dilucidando el punto que tiene muchos bemoles, entremos de lleno a *la era borbónica española* que comienza con el cambio de dinastía. La Casa de Austria da lugar, al morir Carlos II sin herederos, a una fuerte problemática. Se resuelve tras la *Guerra de Sucesión* - 1700-1713 - con el *Tratado de Utrecht*. Se inicia en Europa una álgida disputa llena de enredos. España perdió tierras por el tratado; de entonces data la sustracción del Peñón de Gibraltar a su dominio. A Francia tampoco le fue bien. La potencia gananciosa, sin duda, era Inglaterra que con su política de equilibrio de poderes emergía perfilándose como dueña de los mares al obtener la primacía en la red de comunicaciones marítimas europeas. Los británicos siempre hilaron fino.

La Casa Borbón reinará en España desde 1700. Luis XIV, nada remiso en el pleito, sentaba a su nieto Felipe de Anjou, - Felipe V - en el trono de España. Condición sine qua non para su asunción: la Corona no podría unirse con la de Francia. Con el siglo XVIII se abría una nueva era para España; *una era liberal y progresista*. Los hombres de *Mayo* pretendieron lo contrario mostrando su insensatez y su moralidad. ¿Es admisible su ignorancia?

La política externa de España trocó su rivalidad con Francia por una colaboración con escasas interrupciones durante el siglo; la paz que siguió fue uno de los factores decisivos para su recuperación. La pérdida de los Países Bajos y Flandes - que tan mala sangre le ocasionaran a Felipe II - resultó a la larga una ventaja, contribuyendo a su alejamiento de los asuntos continentales, permitiéndole concentrar su atención en los reinos ultramarinos, en adelante centro de gravedad de su política. El *Pacto de Familia*, - tres pactos: de 1733, 1743 y 1761, - respondería al interés de defender a Francia y España de cualquier agresión de Inglaterra o de Austria. El primero, por iniciativa de Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, madre de Carlos III. El segundo, *Tratado de Fontainebleau*, consolidaba y ampliaba la alianza; el tercero, *Tratado de Versalles*, la reafirmaba y definía contra Inglaterra. Estos acuerdos serían la brecha por la que entraría Napoleón a España.

Este apenas esbozado panorama no basta para entrar a fondo en la visión del siglo XVIII. La cortedad de miras de los promotores de la conmoción americana les impidió ver la realidad española de entonces, o la ignoraron a sabiendas. Se nos la pintó con negros y falsos tintes opacando su brillo, extremando la leyenda que la codicia inglesa esparcía por el mundo. Hemos visto hasta ahora algunas de las inexactitudes del juicio contra España; no hemos penetrado aún en la mayor de las falencias de la propaganda que la acompañó, continuada y agravada luego por las pasiones e intereses locales. La gestión de Carlos III echa por tierra las argucias con que presentaba a la metrópoli como oscurantista, hablando de un monopolio inexistente, acusándola de retrasar el progreso de estos reinos y de privarnos de libertades comerciales.

Entre las novedades que nos trae el siglo XVIII la primera es el despunte de una onda expansiva de liberalismo económico. Ya desde Felipe V, que al asumir declara su parejo amor por todos *sus reinos*, sin distinción, se percibe el nuevo aire. Demos un salto hasta Carlos III: en su reinado este liberalismo bate cualesquiera barreras que se levanten para justificar las proclamas de *Mayo*. La excepcional

figura de este rey llenó el escenario español por casi treinta años, desde 1759 hasta 1788. Monarca el más egregio de su siglo en España, quizá la figura mayor de toda su historia y a quien se puede parangonar, cuando menos, con las más excelsas de Europa. No cerremos este tramo sin anotar un hecho que podría sorprender a la generalidad de los sudamericanos y que probaría, una vez más, el gran desconocimiento que tenemos de nuestra historia hispanoamericana. Si duda cabe sobre lo que digo, cualquiera de nosotros podría recurrir a una encuesta de las que están actualmente en boga para comprobarlo. Consistiría en una simple pregunta: ¿a quién se le ocurriría por primera vez pensar en la construcción del Canal de Panamá? Estoy seguro que una muy ínfima minoría daría una respuesta correcta sobre un hecho tan importante.

Hace unos treinta mil siglos, esto es, tres millones de años, los subcontinentes de América no estaban unidos; el *Mar del Sur*, - así conocido desde que los españoles asentaron su planta en estas tierras, - no tenía obstáculos que impidieran mezclar las aguas del Atlántico con ese otro Océano hoy nombrado Pacífico. Un fenómeno geológico de colosal magnitud originó, desde sus fondos, el levantamiento del hoy Istmo de Panamá. El paso marítimo entre las dos masas oceánicas quedó interrumpido.

Correspondió a ese rey iluminado del que venimos hablando, en 1779, consciente del significado de abrir un canal en el Istmo, enviar un cuerpo de ingenieros españoles para explorar la posibilidad de una ruta que pasaría por el lago de Nicaragua uniendo el Atlántico con el Pacífico a fin de evitar que las naves arribadas a América tuvieran que circunvalarla por el Estrecho de Magallanes para arribar al otro lado.

No seríamos justos atribuyendo a Carlos III la idea. La preocupación de la Corona española llevaba ya siglos pensando en la apertura del grandioso paso. Esta gloria, sin pertenecer al gran rey Borbón, no deja de pertenecer a España. Carlos I, de la Casa de Austria, consciente de la magnitud estratégica y económica de tal conquista emitía, en 1534, una cédula real ordenando al gobernador de Panamá la exploración de esa posibilidad. Vale la pena transcribirla aunque más no sea que fragmentariamente:

*...habiendo sido informado de que el río Chagres, que entra en la Mar del Norte, se puede navegar con carabelas, cuatro o cinco leguas, y otras tres o cuatro en barcas y que de allí al Mar del Sur puede haber cuatro leguas por tierra ( ) vayáis a ver la dicha tierra que hay del río Chagres a la Mar del Sur y veáis qué forma y orden se podrá dar para abrir dicha tierra para que abierta se junte la Mar del Sur con el dicho río, de manera que haya navegación y qué dificultades tiene así por la menguante de la mar como por la altura de la tierra y qué costa en dinero y hombres sean menester y en qué tanto tiempo se podrá hacer...*

¿Verdad que no abunda nuestra historia americana en tales datos y que los accidentes geográficos mencionados los oímos por primera vez? Tan verdad como que tal vez jamás oímos el nombre del gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila que exploraría (en 1514), por orden de la corona española - cuando no había llegado aún al trono Carlos I, - la costa del océano Pacífico entonces descubierta. No hallándose el paso natural que buscaba se abocó a la construcción del Camino Real que serviría por mucho tiempo para el transporte entre las regiones caribeñas y el Perú hasta las conocidas ferias de Portobelo.

Tampoco quedó en eso la aventura. Trece años después dos marinos españoles, Hernando de la Serna y Pablo Corzo, estudiaban el curso del río Chagres, estableciendo su navegabilidad hasta cincuenta kilómetros, lo que dio lugar a la construcción del Camino de Cruces, permitiendo llegar por él a la ciudad de Panamá. Este y el Camino Real se convirtieron en la ruta comercial terrestre más importante de América. Estos estudios fueron la base para la posterior construcción del famoso Canal de Panamá que, ya entrado el siglo XX, con inauditas técnicas y una previa experiencia del Canal de Suez, permitiría la remoción de 60 millones de metros cúbicos de tierra, jalando su avance

con más de seis mil tumbas de técnicos y obreros, entre 1882 y 1903. No gozarían estos trabajadores de las ventajas del clima seco de Egipto, sino que laborarían en medio de los miasmas tropicales. El proyecto interesó tanto al gran sabio Humboldt que le llevó, entre sus inmensos estudios geográficos, al trazado de nueve posibles rutas para el canal.

### 8. Carlos III, ¿un Borbón republicano?

Al acercarnos a este Borbón, que gobierna casi cuarenta años de la segunda mitad del *Siglo de las Luces*, para que no sorprenda el título de este apartado, recuérdese que Aristóteles, (padre con Platón de la *Historia de las Ideas Políticas*), no excluyó del concepto de monarquía la *república* cuando los fines del gobierno buscan el beneficio de la mayoría. Al mismo tiempo es preciso señalar que entramos en la época del despertar de la conciencia ante el conocimiento como fuente de liberación del hombre frente a la Naturaleza y asimismo de la conciencia social. Dos hechos trascendentales en la Historia.

*... lo que llamamos la Ilustración, que se extiende más o menos desde la Revolución de Cromwell (1648) en Inglaterra hasta el estallido de la Revolución Francesa, es una de las épocas más ricas en hechos y en ideas de la civilización occidental*

El movimiento cultural que comprendió prácticamente a toda Europa, constituyó una suerte de *Siglo de Oro*, lo que fue, en cierto sentido, el siglo V a.C. entre los griegos: un empuje de las potencias intelectuales del hombre; un nuevo *Renacimiento* como el que abarcó los contornos del mar Mediterráneo desde los siglos XI-XII, hasta que los efectos acumulados de nuevas técnicas y conocimientos, revulsiónaron el horizonte del mundo occidental, en el campo científico, pasando por la *Era Industrial*, hasta las concepciones filosóficas y el modo de gobernarse las colectividades políticas.

En este aspecto se pensaba que bastaría para el logro de la felicidad batir con la ignorancia que hasta entonces había dominado el mundo. La obra a realizar estaría a cargo de un poder absoluto que no se veía como *un tirano caprichoso y mezquino que estaría por encima de facciones, sectas e intereses subalternos, ( ) el déspota ilustrado*. Al introducir la palabra *déspota*, nuestros oídos, en extremo delicados tras la Revolución de 1789 que cambió tantos parámetros de valores, subvierten el sentido de *la Ilustración*. Ocurre al menos para todos aquellos que no están avezados en la relatividad del avatar histórico, que reciben el acontecimiento histórico como algo absoluto, unívoco, sin advertir la relación concatenada de hechos precedentes, constelación de circunstancias remotas o cercanas de que proceden. En suma, se trata de la ponderación histórica que cada problema reclama.

Fue, Carlos III, un gobernante, a buen título considerado *un ilustrado*, quien más lejos estuvo de ser lo que hoy tenemos por un déspota. La contracara de Carlos III sería su contemporánea Catalina II de Rusia. A la cita anterior agreguemos esta otra del mismo Uslar Pietri que también se ha ocupado del gran monarca. Resume su juicio diciendo que su reinado

*...representó un inmenso cambio hacia la modernidad política y social ( ) en el imperio español. No sólo realizó atrevidas reformas políticas y administrativas, para eliminar antiguos abusos y deficiencias, sino que promovió y protegió una actitud de cambio y progreso que se manifestó en todas las formas de vida social.*

*( ) Patrocinó con tenacidad y atención la reforma de la educación y el avance de las ciencias. Expediciones científicas, colecciones botánicas, jardines experimentales y reformas de la educación fueron el fruto de su celo por las Luces... ( ) Centros de estudio, novedades tecnológicas, escuelas de minería y de artes, bibliotecas y publicaciones y una eficiente y activa organización administrativa sacudieron, de este modo el mundo hispanoamericano. (24)*

Estos hechos podrían ser escrupulosamente ampliados para mostrar la trayectoria de este singular Borbón. Sin ir más lejos, cabría traer el juicio de Julián Marías en la recordación del bicentenario de la muerte de Carlos III en que dijera que era una *buena ocasión para tomar posesión de una porción esencial de nuestra realidad: el siglo XVIII*. Importa su opinión rica en matices: (25)

*Carlos III representa la cima del siglo XVIII, su reinado fue la consolidación y desarrollo de todo lo que se venía mejorando en España desde el final de la guerra de Sucesión.*

Este ímpetu que abarcaba la hispanidad *toda*, subrayemos, se vería interrumpido por la Revolución del '89 – España decae pero sin abandonar sus esfuerzos por mantener *el espíritu de la Ilustración. Es un hecho incontrovertible* – dice Marías – *que muchas cosas mejoraron de manera sustancial todavía hasta la invasión napoleónica de 1808. Período de la tremenda crisis (que) sacudió los cimientos de las sociedades europeas. Era casi imposible hacer las cosas bien entonces. ( ) Desde este momento se inicia la discordia en España.* Entiéndase: en el mundo hispánico. *Discordia que invierte la profunda concordia que había dominado todo el siglo XVIII, el siglo 'blanco', sin violencias ni revoluciones ni persecuciones, el más apacible de Europa, y deja paso a esa siniestra realidad que se podrá llamar ( ) 'las dos Españas' - debiéndose comprender a América en ellas. La crisis de que se habla no nos era ni lejana ni ajena: golpeaba nuestra nación. Amplía el autor su concepto:*

*...una de las muchas consecuencias de esa discordia ha sido el oscurecimiento del siglo XVIII, que sólo ha empezado a ser adecuadamente conocido... (aunque) a pesar de los trabajos de historiadores españoles y extranjeros, todavía queda mucho por conocer; y casi todo por asimilar... ( ) Durante mucho tiempo se ha pasado como sobre ascuas sobre la espléndida cultura del siglo XVIII...*

Y bien: si esto ha tenido consecuencias a nivel universal, cómo no sorprendernos de oír en nuestros días a un escritor tenido por gran intelectual, - en nuestro país, por él mismo en primer término, - exclamar enfáticamente en un programa radial que *¡España se saltó el siglo XVIII!* Y agregar sin rubor, que la *primera imprenta que llegó a América la introdujeron los ingleses a principios del siglo XIX!* ¡Ambos asertos fueron oídos en silencio por sus cultos contertulios!

Hagamos un paréntesis para comenzar a aventar equívocos. Sabido es que la imprenta de Gutemberg data de mediados del siglo XV (aunque los holandeses reclaman el honor de haber usado tipos sueltos desde un poco antes.) El caso es que a no más de dos décadas de la famosa *Biblia* de 1451, existió en Zaragoza una tipografía y poco después otra en Valencia. La primera imprenta de América aparece en Méjico en 1536. Henríquez Ureña, en su obra citada, afirma:

*La imprenta apareció, como las universidades, antes de cumplirse medio siglo del Descubrimiento: en 1535 existía ya en Méjico (el libro más antiguo que se conserva es de 1539). Abunda en datos sobre el tema. Limitémonos a espigar que en Méjico llegó a haber en funcionamiento seis imprentas a la vez, y en igual número y manera en Perú. Los impresos mexicanos de la época colonial, hasta 1821, se acercan a 12.000; los de Lima, a 4.000. (No es por falta de información a la mano, que se dicen cosas como la de este propagador radial que ignora también la existencia del *Diario de Lima, curioso, erudito, económico y comercial*, de Francisco de Cabello y Mesa, español arribado en 1790, que lo publica *con todo el apoyo del virrey de Alto Perú*. Tras éste periódico vino como reacción el *Mercurio peruano*, que logró captar su clientela. Cabello pasó entonces a Buenos Aires, donde fundó en 1801 el *Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiográfico del Río de la Plata*.)*

En 1585 se imprimía en Chile el *Diccionario y Gramática en idioma araucano*, por obra de un jesuita. Otra imprenta es introducida en Guatemala en 1600. Paraguay no tuvo que traer de fuera su imprenta: la construyeron los jesuitas en 1700; en Colombia se registra una en Bogotá (1783) sin permiso real, por lo que se prohibiría. No obstante en 1797 funcionaba aún. También a esta orden se debe su intro-

ducción en Argentina: esta imprenta estuvo instalada en el Colegio Montserrat de Córdoba en 1763. Antes la orden instalaba otra en Ecuador, en 1760, aunque se sabe que hubo una en 1707 sobre el río Marañoñ. Al mismo año corresponde la establecida en Cuba. En 1808 aparecen en Venezuela y en Puerto Rico. Se entiende que habría existido una en Santo Domingo desde principios del siglo XVII. No faltó imprenta en las Islas Filipinas, a cargo de los jesuitas, 1593; existía una Real Cédula de Felipe II desde 1580, por la que se ordenaba establecer un colegio en Manila con su propia imprenta.

Si cotejamos la situación con Brasil nos encontraremos que su primer imprenta, la introducían los holandeses en 1747, en Pernambuco. Hubo otra autorizada en 1750 por un virrey pero el Gobierno ordenó destruirla por falta de autorización oficial. La primera imprenta en Norteamérica, Cambridge, es de 1640; seguida por otra en Filadelfia (1681) y las siguientes en Nueva York (1693) y Virginia (1717) y la más conocida, por haber sido dirigida por Franklin, en Filadelfia ((1728).

A este escritor uruguayo, y a todos los que como él piensen, habría que encarecerles no propalar informaciones incorrectas y la lectura de *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, - libro de 784 páginas - del hispanista Jean Sarrailh. Si su pereza investigativa les detiene, advirtámosles que no tendrán que pasar más allá de su prefacio para empezar a enterarse de qué ocurrió en España durante esos cien años. Pero si aún se muestran reticentes, les aliviaremos el trabajo. Lo primero es, como hace el autor francés, ubicarnos en ese tiempo, particularmente en la segunda mitad de la centuria. Cita, al efecto, a Philèrète Chasles. (26) *Desde 1750, todo es ardor, movimiento, utopía, esperanza, anhelo, violencia, lucha, locura, exceso, furor; el hombre, que no se atreve a nada, se atreve a todo y no retrocede ante nada... La sed de renovación devora a todos los espíritus...*

No se hallaba España, pues, ajena al proceso. La comprobación de lo contrario es lo que impulsa a Sarrailh a escribir, a manera de reparación su valioso y documentado libro. Encuentra que

*la crítica europea, la histórica como la artística y literaria, se empeña obstinadamente en describir a España como un país excepcional, que da una nota discordante en el concierto universal, y en donde hombres y obras, regímenes e instituciones parecen fenómenos extraños cuyo equivalente sería imposible encontrar en los países vecinos o alejados de ella.*

Su afinado criterio le hace temer que el hecho más que como *homenaje a la magnífica originalidad creadora de la Península encubre una suerte de condenación desdeñosa*. Y de ahí su intento de hacer ver que

*en el siglo XVIII conoció España las mismas aventuras espirituales que las demás naciones europeas ( ) hemos sentido nosotros que en el siglo XVIII los pensadores españoles, y muchos de sus compatriotas, menos preparados que ellos, comulgaron con sus vecinos extranjeros por su ardiente curiosidad espiritual o por su estilo de vida. ( ) Así, pues, no hemos experimentado sorpresa al descubrir en España el esfuerzo gigantesco de un puñado de hombres ilustrados y resueltos que, con todas las fuerzas de su espíritu y todo el impulso de su corazón, quieren dar prosperidad y dicha, cultura y dignidad a su patria.*

No hemos tenido que pasar de la primera docena de páginas, para dar el mentís que, más que dirigido a algún osado conversador radial, apunta a situar el problema en las coordenadas con que tenía que ser visto al tiempo del independentismo por los impulsores de una revuelta que condujo al cisma de la gran nación que España ya era entonces. Si estos equívocos ocurren hoy, ¿cómo esperar que los secesionistas tuvieran una visión distinta? Hay períodos de la Historia que *se ven*, se aprecian, mejor de lejos que de cerca. Veces hay en que los personajes no entienden el argumento que están viviendo o, cuando menos, los actores no perciben su significado. No tenemos por qué asombrarnos: baste observar en la realidad las dificultades para desentrañar el sentido de ciertos acontecimientos, las varias lecturas a que se prestan. Por tanto, oída la defensa de quienes llevaron el Continente a un

siglo de guerras civiles, desarreglos, muerte y ruina, el tribunal de la Historia decreta su inocencia... ¡Alto: no tall!

Desde un Mariano Moreno, un Belgrano, un Rivadavia, un San Martín al Sur, como un Bolívar al Norte, no hay margen para pensar que se hallaban absolutamente ignorantes de la situación de España. Los cuatro nombrados tenían títulos para estar al tanto de todo a lo que a materia de gobierno se refiriera. Moreno, abogado recibido en la Universidad de Chuquisaca y familiarizado con la lectura de los hombres ilustrados de la época no podía desconocer las leyes de la Corona, su intención y su sentido progresista para sus reinos, peninsulares como americanos. Sobre Belgrano hemos aportado ya algunos datos, de los que surge su conocimiento directo de España, del gobierno de la época a través de personajes como Campomanes y Jovellanos y otros ministros de avanzadas ideas. Menos que Moreno podía desconocer su sentido progresista, dada la ya señalada misión que le encomendará la Corona. En cuanto a Rivadavia tuvimos a la vista algunos de sus antecedentes. Añadamos que pasó cuatro años en Europa, delegado de Pueyrredón, en busca de un rey, ya fuera el Duque de Orleans como el Duque de Luca, sobrino de Fernando VII; todo les venía bien. Su estadía, pues, hubo de enriquecer forzosamente los conocimientos adquiridos por sus estudios y lecturas así como por el contacto con las ideas de su padre, que las tenía muy claras sobre los intereses en juego en relación a los ingleses que, por siglos, habían sido la piedra en el zapato de España.

También José de San Martín se educó en España y participó en hechos bélicos contra el francés invasor. *Veinte años de servicio honrado* — diría — *me habían traído alguna consideración sin embargo de ser americano*. San Martín luce como figura solitaria en sus virtudes personales pero con un horizonte cerrado en su idea por la independencia; no parece ir más allá. Su intención inicial fue republicana. Dícese que su formación esencial respondía al pensamiento del iluminismo francés del siglo XVIII y también a la tradición liberal en España, subsistente siempre a pesar de la monarquía absolutista y de la Inquisición. Juraría, en Inglaterra, en el seno de la logia *Gran Reunión Americana*, fundada por Miranda en 1798 *no reconocer por gobierno legítimo de las Américas sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos y trabajar por la fundación del sistema republicano*. Al regresar a América en 1812, la realidad fáctica le haría cambiar su programa republicano.

En 1816, reunido el Congreso de Tucumán, declara: *¿Podremos constituirnos en República () sin artes, ciencias, agricultura, población y con una extensión de territorios, que con más propiedad pueden llamarse desiertos?*

Constituido en primera figura en Perú piensa valerse del andamiaje existente de la nobleza y su entramado para combatir la anarquía reinante y conquistar la independencia. La implicancia de semejante idea no es otra cosa que el sustentamiento del sistema feudal, contra el que lucharan en buena medida los monarcas españoles desde Isabel la Católica hasta Carlos III, el más empeñoso y eficiente en la cuestión. Este viraje pone en evidencia incontestable la incongruencia de su pensamiento.

Razonemos a partir de su propósito de luchar contra el absolutismo que, obviamente, encarnaba para él todos los males que se proponía subsanar en América. La renuncia a la idea republicana y la vuelta a la monarquía dan en tierra con la finalidad perseguida. La experiencia le mostraba que la contienda entablada entronizada la anarquía donde había imaginado ver implantado no se sabe bien qué orden social y político. Fuere el que fuere, ¿era la solución el retorno al régimen establecido? Tras años de cruentos acontecimientos en que pudo compenetrarse a fondo de la realidad que denuncia, persiste en establecer una monarquía. El año de 1824 se le pasa en gestiones en pos del apoyo británico para el reimplante monárquico. No vacila, para ello, en procurar por todos los medios empréstitos para seguir la lucha en el Perú.

No le imputemos por cambiar de mira frente a la experiencia que le deparó su trajín político en América, lo que sería un acto inteligente. Imputémosle por la insensatez de solucionar la situación caótica creada mediante el establecimiento de una monarquía presidida hasta por un príncipe de origen alemán desconocedor en absoluto de la región y de la vasta materia que tendría que enfrentar. En el Príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo era en quien pensaba San Martín como rey del Perú...

¿Qué sentido tendría abatir a un rey para poner otro en su lugar? ¿No eran absolutistas todos quienes profesaban las ideas monárquicas?

Imputable le es igualmente su incoherencia de querer alcanzar una independencia basada en el sostén de una potencia como Inglaterra que desde — por lo menos el siglo XVII elucubraba planes para despojar a España de América y consideraba obsesivamente al nuevo Continente como un mercado para sus industrias en expansión. Justo de San Martín, su hermano, que no compartió sus ideas y permaneció al servicio de España, afirmó haber recibido su confesión de *que no habría jamás podido hacer nada de lo que hizo en América, con los cortos medios que tuvo a su disposición*, sin el concurso del Gobierno inglés.

Los empréstitos por los que se afanaba resultaban cosa más que dudosa para quienes proclamaban el ansia de independencia. El concedido a Méjico era por un millón de libras esterlinas al 5% anual, lo cual aparenta generoso si no se atiende a que lo que se recibía eran sólo 524 mil libras, en cuotas de 20 mil por mes. No muy diferente en sus términos fue el que contratara Buenos Aires con Baring Brothers. El contratado por la Gran Colombia, por medio de López Méndez, muy cercano a Bolívar como se sabe, para la compra de buques y armas, excede la imaginación: se entregaban bonos valor 100 y se recibían 40. Francisco de Paula Santander, vicepresidente entonces, rehusó recibirlos entendiendo que el contrato era *ruinoso*. Se procedió a una tasación que confirmó su opinión. Bolívar, presidente, lo aceptó para no perder el crédito inglés. ¿De independencias se hablaba?

Un diario londinense revelaba que los empréstitos hechos a varios de los países americanos en ciernes, a fin de conseguir el reconocimiento de la independencia, alcanzaba a 12 millones 800 mil libras. No faltaba, como garantía a los préstamos, el respaldo de minas, rentas portuarias y, como en el caso de Rivadavia, el enfeudamiento de todo el territorio argentino. Por aquí se iniciaba, no el camino de la independencia, sino el callejón sin salida a que se empujaba a América.

Otro periódico, pujante partidario de ese reconocimiento, informaba sobre los inmensos capitales invertidos, no sólo en préstamos, sino en minas y producciones. Culminaba su artículo diciendo que no era posible calcular los beneficios que tendrían las Islas, por el reconocimiento de la independencia que se pedía.

En suma podría decirse, tomando en cuenta particularmente la intensa acción desplegada por San Martín durante 1824 en Inglaterra, que si la energía y tesón que invirtió en conseguir relaciones allí, para lograr el reconocimiento de la independencia de América por el coloso británico, la hubiera empleado en alcanzar un acuerdo decoroso con España, bajo las Constituciones de Cádiz, mucho habríamos ganado en progreso y desarrollo y quizá, a estas horas, estaríamos hablando de su verdadera gloria.

No careció San Martín de la posibilidad de buscar ese acuerdo tras la Constitución liberal de Cádiz en 1812. Otra oportunidad volvió a brindársele durante el *Trienio Liberal* — 1820-23 — consecuente con la revolución de Rafael de Riego.

Simón Bolívar merece una reflexión cuidadosa. A pesar de no contar con títulos universitarios puede asegurarse que por su esmerada educación y sus viajes a Europa desde muy joven, su casamiento en España, sus conexiones familiares en la Corte, sus vínculos de familia, su estatus tanto social como económico, y sus nuevos viajes y contactos en éste y en el Viejo Continente, estaba por sobre todos los otros. Atendamos a la impresión del General Morillo, veterano mariscal de campo del ejército de Wellington, venido a América para poner fin a la revolución y que, en razón de ello, le tratara. En una misiva al rey señala la valentía y talentos del general venezolano, de quien dice: *...se distingue también por su origen español y su educación, también española, cualidades de elegancia y de generosidad que lo elevan por encima de todos los que le rodean. El sólo es toda la revolución.*

Ocasión habrá para ampliar la visión sobre estos personajes. Asentemos por ahora, que dadas las circunstancias indicadas, no podían desconocer la obra secular que los Borbones venían realizando en España. Particularmente la que culminara bajo el gobierno de Carlos III, continuada por sus mi-

nistros en el lapso siguiente. Revistemos el reinado de este monarca a fin de indagar las causas que podían haber motivado a los españoles americanos para provocar la secesión de España.

Varios hechos capitales de su gobierno anulan los argumentos que quieran hacerse a favor de Mayo en el terreno económico. Citemos la pragmática de 1778, las sociedades creadas en diversas ciudades para la promoción económica de la nación, la política agraria antifeudal, la extensión de esta política a América referida al *arreglo de los campos*, la expansión de los nuevos conocimientos y el fomento de la agricultura. En el aspecto político es necesario rechazar, o cuando menos ponderar, la expandida voz de que España sólo confiaba las más elevadas jerarquías a sus súbitos peninsulares.

Desde Hernandarias a Liniers, pasando por Belgrano y la constitución de los Cabildos y Consulados, cabría mencionar una buena lista de gobernantes criollos en América e inclusive en la Península, — designados por la Corona, sin dejar de comprender las razones harto obvias para nombrar a los peninsulares. Adviértase que no existía una norma taxativa de exclusión al punto que Concolorcorvo recuerda: *mi tío, que aunque indio, logró la dicha de morir en el honorífico empleo de gentil hombre de Cámara del actual señor Carlos III, que Dios eternice, por merced del Señor Fernando VI, que goza de gloria inmortal, porque los católicos reyes de España jamás han olvidado a los descendientes de los incas...* (27) Nimio detalle que ilumina, una vez más, aquella cuestión de que los americanos eran excluidos de los empleos gubernativos. Aquí tenemos nada menos que el caso de uno de ellos, desempeñando un alto puesto ya no en América sino en el mismo centro del poder.

Pasando ahora por sobre la larga serie de inexactitudes, mencionemos como hecho principal y revelador, la presencia, en 1812, del número de representantes de América reconocidos en España, participantes en mayoría en las Cortes de Cádiz al votarse la Constitución liberal y el sentido de ésta. En el libro de Federico Suárez, *Las Cortes de Cádiz*, sus nombres ocupan varias páginas. Daniel Mazzone, en su metucioso trabajo sobre esta materia anota que de los 300 diputados que se elegirían, unos 60 serían americanos y 86 los que actuarían a lo largo del período, (28) lo que corrobora claramente el hecho de la mayoría americana.

Digna de atención por varios motivos es la peripecia de Miguel de Lardizábal. Nacido en Nueva España, mozo ya, le hallaremos luego como Consejero de Indias en la Península. Invadida ésta, integrará, como representante de su tierra la *Junta Central*, con otros cuatro miembros. Luego la *Regencia* llamada a convocar las Cortes que, según designio de Fernando VII, debían reunirse y declarar la guerra a Napoleón tan pronto llegase la noticia de su prisión en Bayona.

Lo curioso del caso es que este americano se opondría, — más realista que el rey — a las Cortes, al punto de producir un *Manifiesto* aduciendo razones legales y que las *provincias* (entre las que se contaban las americanas) no recibirían la Constitución que surgiera de ellas. Por ello, encendidos ya los ánimos jacobinos que toda asamblea suele albergar en su seno, sería declarado *sedicioso y subversivo en grado sumo, impolítico y falto de respeto a las Cortes*. Formado un tribunal para juzgarle, se condenaría su *Manifiesto* en 1812 a ser quemado por mano del verdugo. Lardizábal se expatriaría en Inglaterra hasta que al año siguiente, aplacado el fervor y revisado su caso, se le declaraba libre de cargos.

No le fue desconocido a Rodó el hecho de estas Cortes ni el de los representantes americanos en ellas, entre otros Vicente Rocafuerte, de quien se ocupa con largueza en su *Montalvo*. Rocafuerte, a quien Ecuador debería las bases de su organización republicana y del que sería Presidente, es uno de los tantos americanos que realizaron sus estudios en España..

Carlos III, hijo del primer Borbón en España, Felipe V, y de Isabel de Farnesio, hizo su aprendizaje de *rey ilustrado* en Nápoles, mostrándose activo reformador a la par que espíritu prudente. Su gestión limitó el poder de la nobleza terrateniente acometiendo asimismo una reforma judicial sin parangón empezando por la recopilación de todas las leyes del reino hasta 1735, promulgando luego el *Código Carolino*. Antes había intentado regular la situación de la Iglesia de suerte que sus bienes tributaran acercándose a lo que pagaban los demás. De su incesante impulso cultural se destacan las excavaciones durante su gobierno en Nápoles sobre las entonces descubiertas antiguas villas de

Herculano y Pompeya. Y, anticipando lo que sería su orientación de siempre, tendió a liberalizar el comercio interno y a fomentar la exportación.

Ya rey de España, su reino, cabeza de todos los reinos españoles, se vio acosado por la armada inglesa, como antes lo fuera el de Nápoles. La política internacional británica, más descaradamente agresiva cada día, le obligaría a abandonar su neutralismo y a entrar en el juego del complejo equilibrio continental junto a Francia. Los gastos militares derivados hicieron, luego, lo suyo. En su progresista reinado no todo fueron flores.

Enriquecido culturalmente por su experiencia en Nápoles, Carlos llegó a España como rey maduro a los 43 años, dispuesto, por lo que se vio luego, a impulsar transformaciones en todos los ámbitos — en el de las ideas, en el institucional, en el social, en el científico, en el económico, particularmente en el agro y en la industria. Continuó esta política sin desmayos ni hesitaciones, ampliando el vuelo. Para ello no dudó en apoyarse en la burguesía y en los más notables intelectuales reformistas, en vez de respaldarse en la anquilosada nobleza de entonces.

El progreso español dependía, según sus vistas, del fomento de sus producciones y de su correspondiente soporte logístico. Para ello era preciso tocar los intereses de la nobleza conservadora afeerrada a sus privilegios. Sus medidas fueron dando un suave declive a la condición feudal. Su política, me animo a decir, impidió la formación en España del clima que provocara en Rusia - 1774 - el mayor levantamiento de su masa campesina y obrera, encabezada por Emiliano Pugatschef, y en el que en Francia conduciría a la Revolución del '89.

No faltaron otras disposiciones limitativas del estamento eclesiástico cuyo poder se desorbitaba. Pasaremos por alto los detalles. Su visión, en suma, comprendía lo social, lo moral y lo económico, buscando atenuar las prebendas de esos estamentos y poner freno a sus exenciones fiscales. Su gran obra urbanística en Madrid le ganó el título de *rey-intendente*. El intento de mejorar las costumbres produjo el conocido *Motín de Esquilache*, — su ministro italiano — al prohibir la capa larga y el sombrero de ala ancha, para prevenir los asaltos nocturnos que abundaban a la sazón en Madrid. En esta cuestión se sospechó la intervención de los jesuitas. Su expulsión, un año después, esto es, 1767, tuvo alguna relación con el famoso *Motín*, pero en realidad existían motivaciones más fuertes y constituyó uno de los acontecimientos del siglo; concluiría, a poco, con la supresión de la orden de Loyola por la Iglesia, promovida por Nicolás de Azara en el Vaticano. Su hermano Félix tuvo destacadísimo papel en el Virreinato del Plata, en más de un sentido, dando otro mentís a la falta de atención de España a la región. La expulsión de la orden jesuítica repercutió negativamente en América. Su obra civilizadora, a pesar de las objeciones que se le hagan, fue notoria.

El marqués de Pombal, primer ministro portugués, había adoptado esa medida ya en 1755. En Francia ocurría lo propio en 1764. La raíz del problema se hallaba en la influencia política que ejercía la Orden, apoyada por la nobleza en todas partes. Existía, a la sazón, una soterrada pugna por el poder entre la monarquía y la clase noble reluctante a cualquier novedad que afectara sus intereses. Del mismo tenor era la resistencia clerical. *La Guerra Guaranítica* originada en 1754/56 por el *Tratado de Madrid o de Permuta*: — siete pueblos con más de 25 mil habitantes pasaban al dominio portugués mediante la devolución de la Colonia del Sacramento, — había puesto en evidencia, con el levantamiento guaraní, el poderío jesuítico en América: una suerte de Estado dentro de otro. Su acción cubría el equivalente a la superficie de Europa: Paraguay, Argentina, sur de Brasil, este de Bolivia y norte de Uruguay. La Orden tenía más de un centenar de colegios; sus sacerdotes bordeaban los tres mil. Llegada la orden de expulsión, la acataron mansamente pero no faltó la protesta. En Méjico levantó una importante ola popular.

Producida la expulsión en 1767, la dirección de las misiones pasó a manos civiles. Campeó entonces el abuso y el quebranto de la disciplina y su indiscutida prosperidad entró en el tobogán de la ruina: de 100 mil habitantes (en 1743 habían llegado a 150 mil) su número fue decreciendo. En una década fue visible la merma; en tres décadas quedaba la mitad. A pesar del juicio adverso de Lastarria de que

los indígenas eran tutelados *como si fueran eternamente niños, sin educar su carácter ni fortalecer y disciplinar su voluntad*, la obra civilizadora jesuítica es indudable. Se entraña en el espíritu cristiano de la Corona, de los Habsburgos como de los Borbones, y hay que decir que vino precedida por diversos intentos de varias órdenes con el mismo propósito. Antonio Lezama, en su citado libro, - removedor por diversos conceptos y generosa documentación, - señala entre los elementos que caracterizan la cultura guaraní, la *antropofagia* extendida, tanto como su espíritu inclinado a la *guerra perpetua* y su *individualismo* sin freno, sin motivaciones colectivas. La Orden de Loyola habría cambiado - o cuando menos mitigado grandemente - estos rasgos. Todo en medio de sombras y luces pues nunca la realidad es lineal.

Como sea, muestra un signo distinto al del coloniaje llevado a cabo por Inglaterra y demás países europeos. La obra de Carlos III, es relevante para nuestro estudio sobre Rodó y sobre su visión del independentismo, dada su proximidad a los tiempos del *Movimiento de Mayo* y a sus protagonistas. El ilustrado monarca buscó sus colaboradores entre la burguesía carente de privilegios y deseosa de adquirir riqueza, elevando a sus miembros a las máximas jerarquías en el marco de una política económica proteccionista pero ya con notorios tintes liberales. Por esta senda fue cercenando el poder de la nobleza acaparadora de los altos puestos y opuesta a cuanta medida rozara sus intereses. El fomento a la producción no tenía como objetivo sólo la Península sino a todos sus reinos. Igual amplitud su proteccionismo.

Para impulsar los planes de los filósofos reformistas a los que acogía Carlos, era precisa la intervención del Estado y su tutela práctica sobre los grandes quehaceres requeridos. Por ahí vino lo de las *Sociedades Económicas de Amigos del País* antes aludidas. Toda una institución que Belgrano conoció - y desconoció - del mismo modo que el nuevo mundo que estaba creando ante sus ojos una corona progresista, cuyos logros tenía a la vista. Personalmente tuvo que haber observado el patente sello de *urgencia* de las medidas que impulsaba Carlos III.

Este monarca no se dormía en sus laureles napolitanos: ante la realidad que golpeaba a España ponía el pecho. Muchos los problemas que le circundaban. En primer lugar, la necesidad de reformar la Hacienda, acuciada por grandes deudas que le venían de los Habsburgos y que se pagarían apuntalando la actividad económica con las exportaciones. Al año de asumir el gobierno creaba, entre una multitud de emprendimientos, la *Junta de Catastro*, inventariando la riqueza inmueble del país a fin de implantar una contribución única y universal. Dos años después atendía a la reorganización del *Consejo de Castilla* poniendo a su frente a los más capaces tecnócratas de extracción burguesa. Liberalizaba, sin improvisar, el comercio interno; suprimía o modificaba aranceles, eliminaba la tasa general de granos, facilitando las compras y las ventas, al par que la circulación de mercaderías, construyendo caminos, carreteras, canales, puertos. Paralelamente unificaba pesos, medidas, las finanzas y el sistema bancario, creando una suerte de banco central (de donde surgiría, más tarde, el Banco Nacional,) con miras exclusivamente financieras. En una palabra: labraba el fin de la época medieval en España, lo que no había logrado Francia hasta entonces.

Las *Sociedades Económicas* difundían los cambios y reformas en proceso. Por un lado agrupaban legalmente a quienes se interesaban en los planes de renovación y por otro, constituían núcleos u organismos que, dirigidos desde Madrid, estudiaban los proyectos propuestos. Simultáneamente se institucionalizaba la figura del *procurador municipal*, cuyo cometido era elevar las quejas que se suscitaban en la población. En todo municipio que sobrepasara de 2000 habitantes debían elegirse cuatro diputados con pleno derecho a intervenir en los asuntos del gobierno.

Reconozcamos, por ahora, en estos dos hechos, el carácter democrático impreso a la gestión pública, que se verá connotado con otras acciones de similar índole, dentro del marco que ha dado en llamarse el *Despotismo Ilustrado*. ¿Se alarmarán los propulsores de la *leyenda negra* de recordarles que Carlos III puso en marcha una sustancial reforma agraria? De su equipo en tal sentido destacáronse Jovellanos, Floridablanca y Campomanes. Era otro paso en pos de abatir los lastres feudales. Su política se orientó a favorecer la división de los latifundios así como a impulsar los repartos comunales

de tierras sin cultivo y su cercado, anticipándose en siglo y medio a los conatos de la *Primera República*. Del mismo modo los olivares y huertas. No es todo: prohibía a los señores expulsar arbitrariamente de sus tierras a los arrendatarios, cercenando, al mismo tiempo, los privilegios de la Mesta. El ganadero no sobrepondría ya sus intereses al de los agricultores. Todo un andamiaje conducente al máximo aprovechamiento de la tierra con mayor criterio de equidad. En igual dirección la prohibición de nuevos mayorazgos, hecho fundamental dentro de esta política, (la misma que la Corona aplicaría en América) y el trazado de un plan para repoblar la Sierra Morena, asentando 6000 colonos sin distinción religiosa. Católicos, flamencos, alemanes, iniciaron el primer asentamiento llamado *la Carolina* en honor del *monarca revolucionario*. En 1775 existían 15 poblaciones de este tipo. Tal el concepto de *colonización* en España.

Insistamos en que su política no se restringiría a la Península; abarcaba sus demás dominios. Esto es lo que no entienden los que se pliegan a la leyenda detractora inventada por los ingleses y continuada por los epígonos de *Mayo*. Razonan a partir de la falsa premisa de que España consideraba a sus reinos de América como colonias. Los documentos de la época muestran, si nos adentramos en su espíritu como en su letra, la seriedad y preocupación con que la Corona asumía los problemas allende el Atlántico, particularmente los que tenían que ver con la tierra. Al hacer el balance del *Movimiento de Mayo* contrastaremos una y otra política, punto crucial para evaluar sus resultados reales. Concretémonos por el momento a la Banda Oriental, como se nos distinguía entonces. El programa se conoció como *el arreglo de los campos*. Numerosos funcionarios intervinieron en los constantes estudios programados por la Corona. Desde bastante atrás se encaraban medidas para incentivar las labores agrícolas en beneficio de los habitantes de la región. Veremos, oportunamente, el encargo que recibió Azara en este sentido. Paralelamente subsistía la necesidad de resguardar las fronteras; la política adoptada llevaba a la fundación de poblaciones estratégicas y, acorde con el criterio implantado en la propia Península, a la división de la tierra, considerando nociva la existencia de latifundios. La razón proclamada por los funcionarios de la Corona se orientaba a impedir que el acceso de los desvalidos se viera trabado y a mejorar su comodidad y medios de vida. La acción y la grande personalidad de Azara nos servirá como hilo conductor de la política encarada por España en materia de tierras bajo el poderoso soplo de Carlos III y los ministros que la continuaron bajo Carlos IV.

Azara no era un simple ingeniero militar venido a América accidentalmente ni hombre preparado por sus estudios para la botánica, al punto que no conocía la terminología especializada, pero fue acumulando observaciones y apuntes en la materia. Cuando tropezó casualmente en Buenos Aires con la *Historia Natural* de Buffon, a pesar de la admiración que le despertó, advirtió errores y limitaciones, y pensó en llevarle sus observaciones o escribir una suerte de complemento de ella. En la expedición que integraba se relacionó con un naturalista que revisó sus escritos alentándole a continuar con la tarea que con el tiempo le dio celebridad. Azara fue el primero en emplear el vocablo *mutación* para indicar la aparición súbita de caracteres particulares en descendientes de una misma pareja, señalando las creaciones múltiples y sucesivas, en contradicción de la arraigada creencia bíblica. También le cupo formular con claridad la idea de la selección artificial.

Mitre, no siempre inclinado a la justicia histórica, nos da una noticia adecuada, sobre este hombre de ciencia: *Soldado por su carrera y matemático por sus estudios, después de hacerse naturalista por inclinación, se hizo geógrafo, historiador, economista, geólogo, botánico y filósofo ( ) supliendo por la observación la deficiencia de sus conocimientos científicos y acertados, por la labor constante y la paciencia, a crear métodos nuevos que debían ser la guía de la ciencia. El fue el primero que se ocupó con sana crítica de la historia primitiva del Río de la Plata, estudiándola a la luz de documentos originales y de los testimonios indestructibles de la naturaleza, ensanchando sus horizontes y conmoviendo los cimientos convencionales en que se fundaba. El fue el primero que dio base científica a la geografía del Río de la Plata, a cuya historia está perdurablemente vinculado su nombre.*

No provenía Azara de la aristocracia latifundista sino de la nobleza de menor rango. Su padre se contó entre los que acogieron las reformas de la Corona en la España europea. Todos sus hermanos

se destacaron en funciones públicas; Nicolás, y él mismo, fueron los miembros sobresalientes de la familia. Tenía casi 40 años cuando llegó al Río de la Plata con una vasta experiencia científica basada en sus amplios estudios y ahincada práctica en diversas funciones: construcción de fortalezas, puestos militares, encauce de ríos y campañas militares, una de las cuales casi le cuesta la vida. Había participado en una de las numerosas *Sociedades Económicas de Amigos del País* en Aragón. Cuando se le nombró para la *Expedición de la América Meridional*, - encargada de demarcar fronteras con Portugal no imaginó que permanecería en América dos décadas, hasta los 59 años. Tras pasar por Río de Janeiro y estarse un tiempo en Buenos Aires, se le halla en funciones en Río Grande, 1781. A su arribo Artigas tenía 17 años; lejos estaría de concebir que sería un día su ayudante en su calidad de integrante del Cuerpo de Blandengues.

Siguió Azara para el Paraguay donde estuvo casi dos años. No tardarían los miembros a cargo de la delimitación de fronteras en convencerse de la imposibilidad de acordar con Portugal. Llegado ese momento Azara permaneció en servicio pero dedicado a la observación científica de la Naturaleza, al punto que sus trabajos han sido considerados un precedente de la teoría de la evolución de Darwin. Durante más de una década recorrió extensamente los territorios de Paraguay, Misiones y Corrientes, así como la Banda Oriental y la provincia de Buenos Aires. Solo a veces, acompañado en ocasiones por unos u otros de los miembros de la frustrada expedición, levantando mapas y haciendo preciados estudios geográficos y científicos de todo orden, valiéndose de los más avanzados instrumentos de la época. Desde su cuartel general en Asunción emprendió un vasto programa exploratorio que lo llevaría ya a la Cordillera, ora a recorrer los ríos Paraná, Pilcomayo y varios otros. Impulsado por su propósito de levantar un mapa sociológico de la región, revisaba en cada pueblo visitado, los archivos de cabildos y parroquias. A la par de sus afanes cartográficos, continuaba sus investigaciones sobre animales y aves. Tras una década de observaciones y trabajos plasmó su *Geografía Física y Esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes*, enviando casi 1800 cajones con especímenes animales, sus respectivas descripciones y dibujos, al *Gabinete de Historia Natural* de Madrid, fundado por Carlos III. Llamado por el virrey Avilés para el reconocimiento de las fronteras del sur, relacionado con las mejoras en la cría del ganado, fue ampliando sus conocimientos zoológicos hasta poder corregir las imprecisiones y errores de la *Historia Natural* de Buffon. Gran repercusión científica tuvieron sus observaciones en el medio europeo al ser publicadas en Francia por su hermano Nicolás.

Sus preocupaciones políticas, en medio de esta inmensa tarea, no quedarían de lado. La guerra desatada contra Inglaterra en 1797 ocasionaría que asumiese el mando militar de la zona fronteriza con Brasil, obligándole a reflexionar sobre la política seguida sobre el particular. Como resultas de la crítica que formuló, el virrey Avilés le encomendó una nueva misión: asentar en la región un número de familias provisoriamente ubicadas en Colonia del Sacramento, Montevideo y Maldonado. Tal el momento en que el ayudante mayor de blandengues, Artigas, es designado junto al teniente José Rafael Gascón, para acompañarle en la fundación de Batoví.

Vuelto Azara a España en 1801 continúa en servicio. En reconocimiento se le ofreció el cargo de virrey de Nueva España que declinó. Aunque su voluntad era de acogerse al retiro, permanecería desempeñando otras funciones entre 1805 y 1808, en cuyo lapso no dejó de publicar sus informes sobre América. Al retirarse esperaba disfrutar de un merecido reposo, mas ante la invasión francesa, aunque avanzado ya en edad, no dudó en ofrecer sus servicios militares al general Palafox. Vuelto al trono Fernando VII en 1814, le fue ofrecida la *Orden de Isabel la Católica*, la que no aceptó, teniéndose su actitud como gesto de desaprobación de la política absolutista del malhadado rey. De ahí, hasta su muerte en 1821 siguió trabajando en varios estudios y publicaciones.

Lo dicho da la pauta de la significación de esta personalidad escogida por el Gobierno español para su misión en América. Pauta necesaria para confrontar la versión dada en un libro titulado *Influencia de Félix de Azara en el Pensamiento Artiguista*. No tendría lugar su mención aquí si no fuera porque en el empeño de engrandecer la figura de Artigas los autores procuran disminuir la de Azara. Para centrar

el punto basta recorrer las páginas de *Azara y su legado al Uruguay* de Esteban Campal. (29) Superfluo, por otra parte, resultaría discutir si Artigas tomó sus ideas de Azara, viceversa, o si hubo influencia recíproca. Hemos señalado las diferencias de edad y cultura práctica de ambos como para formarnos un juicio al respecto. Poco importa dónde nazcan las ideas que motivan una conducta; importa que se lleven a cabo. En nada mengua la grandeza de Artigas si hubiera tomado sus ideas de Azara, ni en nada decrece la figura del sabio en cuanto se apoyara, a su vez, en la reconocida experiencia de su ayudante. Ocurre en esas páginas, como en tantas otras de quienes no han profundizado el conocimiento de la situación de América y de España, pasar por alto que ni el uno ni el otro obraban por cuenta propia. Lo hacían en cumplimiento de una política trazada por la Corona. Lo que hay detrás es la leyenda negra, acorde con la inercia intelectual imperante, queriéndose presentar a Artigas como el reparador de la injusticia que España cometía con América en materia de tierras, cuando la verdad histórica es otra.

Para entenderlo, detengámonos en esa política conocida como *el arreglo de los campos*. Pivel Devoto la ubica en el año 1785, un cuarto de siglo antes de Mayo de 1810. Puede datarse en veinte años antes el momento en que la Corona encara las circunstancias de la vida en la campaña de la Banda Oriental. Los estudios y antecedentes acumulados constituían una importante base. Afirma Pivel que *Félix de Azara propuso soluciones sabias y avanzadas para el arreglo de los campos, civilización de sus habitantes, organización de las estancias y adjudicación regular de las tierras para evitar que continuase la posesión ilegal de las mismas*. Esta situación estaba extendida en razón de la complejidad de los trámites para obtener la propiedad legal, lo que Azara detecta claramente, señalando que sólo unos pocos capaces de vencer el papeleo se hicieran dueños de inmensas extensiones entre Montevideo y el Río Negro. El perjuicio público - anota - se agravaba porque los así constituidos latifundistas impedían poblar la tierra a *los pobres*. Su clara denuncia aparece en su *Memoria sobre estado rural del Río de la Plata*, y tal la forma con que designa a los menos pudientes. El pensamiento de Azara se presenta siempre en forma racional, ordenada, revelando un conocimiento profundo y experiencia. Sirva de pauta que sus estudios abarcan desde los Andes hasta el mar y desde el sur de Buenos Aires hasta Río Grande. De las 26 *Misiones* del norte había visitado 24. Las soluciones de orden social que propone cubren varios aspectos. En primer lugar remediar la situación de los indios cristianizados o no, dándoles tierras en moderadas estancias y ganados de los tantos alzados existentes en la región, así como materiales para levantar sus casas, lo que de otro modo no podrían por falta de medios. Vuelve a utilizar la expresión *los pobres*. Los cabezas de familia deberían tener y mantener armas para su protección, como se practicaba entre los portugueses. A éstos no les ponía reparos en acogerse al plan.

El territorio así poblado contaría con un Gobierno separado del de Montevideo y otorgaría título de propiedad a quienes cumplieran con las condiciones establecidas. A quienes no las tuvieran bien pobladas se le quitaría las tierras. Esta estrategia se acompañaría con la anulación de todas *las compras fraudulentas, las de enormes extensiones y las que no se hubiesen poblado en tiempo, repartiéndolas a pobres*. Al estilo de lo hecho en Batoví, se procuraría que existiese una iglesia y un maestro de escuela en cada porción de territorio, cuyas costas estarían a cargo de los pobladores a cambio del título de propiedad. Declara Azara al respecto: *Yo he tanteado a varios y he visto que condescenderían con gusto*. El afán de establecer maestros no es intención exclusiva de Azara; es común, en diversas instancias, a otros funcionarios. Para mejorar las costumbres se prohibiría las botas obtenidas del cuero entero de las patas de vacas y yeguas, - que costaba el desperdicio de treinta mil animales anuales, *perdiéndose su procreo y el cuero*. A fin de exterminar los perros cimarrones, extremadamente gravosos para la ganadería, propone traer de Cataluña el fruto silvestre de la mataca. Molido y esparcido en las reses muertas su extenso efecto eliminaría al mismo tiempo otros depredadores como tigres y leones.

Se ocupa asimismo Azara de la economía. Para acrecentar la relación con Portugal y eliminar la razón del contrabando, propone la libertad total de comercio con Brasil al que - dice - se podrían *vender nuestros ponchos, jergas, pampas y todos nuestros géneros, porque tenemos muchos de que ellos carecen y pagan*

bien. Esa libertad abarcaría caballos, asnos y mulas, sujeto al pago del impuesto correspondiente. *Nos quejamos* – fundamenta – *de sus continuos robos de animales y no advertimos que es imposible evitarlos mientras no socorramos su absoluta necesidad, que es la que autoriza su proceder.* Lleva su comprensión de los fenómenos económicos hasta proponer que se vendan ganados a Brasil, pero sólo por los hacendados del norte del río Negro, alejados de las salazones del sur. A cambio el erario recibiría derechos sobre ellos. El expediente fomentaría a la vez la consolidación de las estancias y el trabajo. Artigas no permitiría la extracción *en atención a la escasez de ganado que experimentaba la Provincia.* Esta era una de las circunstancias que habían cambiado por causa de los disturbios de 1810.

Se echa de ver que el español entiende claramente su misión. Si se comparan sus proposiciones con las del *Reglamento Provisorio* de 1815, a tres lustros de distancia, se advierte que la sustancia es la misma, salvo matices. Este espíritu no se ve anulado en cuanto a los destinatarios de la tierra porque el Jefe oriental establezca que *los más infelices serán los más privilegiados.* Azara las destinaba, como Artigas, a *los sujetos dignos de esta gracia,* (algunas vez emplea esta misma expresión) detallando los diferentes estamentos sociales a quienes correspondía el beneficio, comenzando por *los pobres, los más necesitados.* El fin es en ambos la justicia social, orden y seguridad en los campos, obligación de poblarlos y asentarse en ellos, limitación razonable de la extensión donada y de la posibilidad de venderlos en un determinado tiempo. Igual el expediente de apoyar al poblador con animales. Azara destinaba los realengos – *ganados alzados* - a esa finalidad mientras Artigas autorizaba la extracción de las estancias de *los europeos o malos americanos.* La política colonizadora destinada a solucionar una situación socialmente deficitaria - aplicada a la Península - es traída a América en aras del objetivo civilizador. La comprobación de estos hechos da por tierra con la leyenda negra, renovada y exacerbada por la generación que siguió a la de Mayo. Cabe señalar aún un par de circunstancias: Azara había pertenecido a la Sociedad Económica de Madrid y su filosofía se inscribe en los lineamientos de Jovellanos – *Informe Agrario* de 1785 – y demás economistas, como Campomanes, del equipo de Carlos III.

Es tiempo ya de considerar, fuera de la atención prestada por este monarca a la problemática de la tierra, otros aspectos de su gestión. Y, en este sentido, es primordial el impulso dado a la industria, cuyos visos aparecerían en España con el primer Borbón, desde 1700, tomando vuelo durante el siglo para culminar bajo su reinado: fábricas textiles y agroindustrias. La adquisición de maquinaria extranjera y la contratación de técnicos europeos se volvió febril: se les buscaba en todas partes, sin excluir Inglaterra y Escocia. Mas esto no respondía a un impulso casual sino a un plan general dentro del que se suprimía el impuesto de la alcabala, existente desde Alfonso XI y se liberalizaba el comercio del aceite. Se completaban en 1784 las medidas de 1771 que declaraban honrosos y compatibles con la dignidad de hidalguía los oficios manuales, posibilitando a diversas categorías nobiliarias para desarrollar tareas antes inconciliables con su condición social.

¿Y qué con América? Naturalmente esto regía para todos los reinos españoles y también en esta materia falseó las cosas la leyenda. ¿Basta ya con los elementos que contrarrestan?

De manera alguna: en 1778, culminando el proceso, Carlos III emite su *Pragmática de Libre Comercio.* Si en América había algún reclamo por la política proteccionista (que protegía por igual a los reinos ultramarinos) la medida ponía fin al monopolio de Sevilla, posteriormente de Cádiz. El resquemor del monopolio tantas veces invocado quedaba sin base. Para 1810, pues, habían corrido 32 años de libertad comercial. Veinticuatro puertos estaban abiertos en América para el intercambio con España y entre los diversos reinos americanos. El mercantilismo cedía el paso al liberalismo en lo económico. En lo político se habría dado un paso formidable con la Constitución de Cádiz de 1812, perfectamente conocida en América, y hasta aceptada y jurada en Montevideo en setiembre de ese año. La nueva Carta quitaba a la monarquía la representación soberana devolviéndola al pueblo, y reafirmaba el principio de igualdad entre todos los reinos de la gran comunidad hispánica. Bolívar, como los hombres de Mayo - ¿casualmente? - rechazarán esa Constitución. ¿Por qué?

El punto crucial del debate sobre España vista por los adalides del independentismo se centra en el terreno económico. El principal reproche, en este sentido, gira alrededor del mercantilismo y la falta de liberalismo. Sabido es que el sistema mercantil, el *colbertismo*, era practicado sin excepción por todas las naciones europeas. Repasemos someramente sus premisas.

El pensamiento económico imperante atribuía a los metales nobles valor intrínseco. Constituían, así, la riqueza por excelencia y no un mero instrumento de intercambio. Cada país apuntaba a atesorar oro y plata evitando por todos los medios su salida, lo que determinaba la modalidad de comercio. En suma, las exportaciones debían primar sobre las importaciones; cada uno procuraba que la balanza comercial le fuera favorable. A España, dada la coyuntura histórica de ser la descubridora de una región donde abundaban los metales preciosos, le cupo el dudoso honor de evidenciar la menguada verdad de la doctrina mercantilista que, bajo Carlos III pasaba a ser historia vieja. El monopolio – que todas las naciones habían practicado, otra vez sin excepción, - quedaba roto. Había, en adelante, libertad de comercio, no sin cierto proteccionismo. ¿Podemos decir que a partir de entonces, las naciones que proclamaban el liberalismo económico superarían esta situación? Corrieron los siglos XIX y XX. En éste, el *neoliberalismo* se impone a las naciones subdesarrolladas, eufemísticamente nombradas *en vías de desarrollo.* Ello se hace, no como en el siglo XIX por medio de fuerzas armadas (aunque no siempre) sino por otros más intangibles. Los organismos financieros internacionales cumplen este papel. A merced de estas fuerzas quedamos sometidos desde que nos declaramos *libres y soberanos.* Los británicos iniciaron la práctica de los préstamos leoninos a los gobiernos americanos.

Ponderados hasta aquí los diversos aspectos a que se enfrentaba la América al despuntar el siglo XIX en cuyo ambiente se formó Rodó, nos tiente un último análisis. También contra España se levantó el anatema del *Despotismo Ilustrado.*

Pongamos el tema a la luz de una crítica sana. ¿Qué surge en nuestra mente cuando oímos hablar de *despotismo*? Diremos de inmediato, *tiranía, dictadura.* Ilustrar, educar, ¿es tarea tiránica, despótica?

Se define la ilustración como la concepción *política conciliadora de los derechos de la monarquía con los intereses populares.* Valga la definición. Para sus sostenedores, esa política se acompañaba del respeto a las creencias políticas y religiosas, así como a la expresión del pensamiento y la libertad comercial e industrial. Se decía: *todo por el pueblo, pero sin el pueblo.* O sea, sin su intervención. Poco habría que discutir sobre el asunto si no se hubiera utilizado como baldón contra España. Se trató de un sistema generalizado.

¿Cuáles las circunstancias durante los siglos del XVI al XIX en Europa? Encierra un vicio crítico enjuiciar el estado social español apartado del de los demás países. Un autor muy sonado entre nosotros, que ha escrito un centón juntando las maldades del hombre sobre la tierra (y las que cree tales) ha afirmado – con su estilo de denigrar todo sin entender nada – que España era *el centro de la mendicidad* en Europa. El dato, en sí erróneo, conviene retenerlo. La época que nos ocupa, - fin del reinado de Carlos III, - se corresponde con el momento precedente de la Revolución en Francia. Kropotkin centra la situación en ese país. (30)

*Poblaciones enteras estaban reducidas a la mendicidad, y recorrían los caminos en número de quinientos, mil, veinte mil hombres, mujeres y niños en cada provincia; más de cien mil mendigos constaban oficialmente en 1777. El hambre había pasado al estado crónico; reaparecía a cortos intervalos y diezaba provincias enteras. Los campesinos huían entonces en masa de sus provincias... ( ) los motines del hambre, seguidos siempre de derramamiento de sangre, se convertían en rasgo permanente de la vida del reino.*

El inefable autor añade que a España afluían los mendigos de todo el Continente. Mendigos había en todas partes. En España la proporción era probablemente menor que en Francia e Inglaterra. En todo caso si afluían a la Península habrá que pensar que allí les iría mejor que en sus tierras natales.

Cargas ideológicas a un lado, atendamos a despejar la vaguedad y confusión existentes sobre el *Despotismo Ilustrado*.

La situación social en los dos primeros de esos tres siglos era la de los países agrarios. Época de terribles hambrunas debidas precisamente a la inseguridad de una actividad sin base científica hasta entonces, sujeta a los azares del clima, y a las estructuras remanentes desde la caída del Imperio Romano. De las hambrunas se derivaban incontables problemas sanitarios, agravados por las pestes asoladoras. La peste negra se extendería, comenzando en 1348, en el espacio y en el tiempo por toda Europa, desorganizando las actividades económicas. Las dificultades de comunicaciones y movimiento de mercaderías y personas se volvieron calamitosos para atender las necesidades vitales. Y no concernían únicamente a los transportes terrestres sino por igual a los desplazamientos marítimos mediterráneos, perturbados por el dominio musulmán durante algunos siglos en su parte oriental. El bandolerismo se expandía por mar y tierra. El analfabetismo, factor de primordialísima importancia, imperaba por doquier.

A la escena en que se mueven los gobernantes españoles en el siglo XVIII, añádanse los lastres históricos heredados y las disputas emergentes a cada paso entre las distintas comunidades políticas de entonces. El conglomerado europeo, tras la desaparición de la *pax romana*, había entrado en un período de inseguridad crónica. Desde los siglos precedentes las conmociones sociales, con sus revueltas y sus guerras, nos dan una imagen aterradora, a poco que nos detengamos a reflexionar sobre ese tiempo. Una somera revista nos permite visualizar algunas que ayudan a dar forma a la idea. El bandolerismo extendido de Inglaterra a Grecia nos ha dejado a través de la literatura personajes memorables, al igual que el filibusterismo en los mares. En cuanto a lo que englobaremos con la designación de agitaciones sociales citaremos las más notorias, particularmente las acaecidas en España y la Jacquerie en Francia. Permítansenos un párrafo sobre este aspecto.

Comencemos por la agitación de los *Payeses de Remença* en Cataluña. Las luchas entabladas por los campesinos contra la servidumbre feudal abarcaron de 1347 a 1486. La ruptura de la estabilidad trajo hambrunas, muertes y epidemias, entre ellas la *peste negra* mediado el siglo XIV, con no menos de cuatro rebrotes, que barrieron la vida al modo como la guadaña siega el trigo. En algunas regiones la mortandad llegó al 65%, amenazando con hacer desaparecer reinos enteros. Los mayores estragos se registraban en las concentraciones urbanas. Europa perdería, en cuatro años, 25 de sus 75 millones de pobladores. La peste negra, de origen asiático, introducida a Europa por barcos genoveses, pasó de Constantinopla y Asia Menor a Egipto y Norte de África, saltando a Sicilia y demás islas, así como a las ciudades itálicas, francesas y catalanas, llegando hasta Inglaterra. Boccaccio, en su *Decamerón*, nos ofrece el cuadro de espanto que sembró a su paso. La situación se veía agravada por las malas cosechas. La agricultura, en los dos siglos precedentes, había tenido un auge con la extensión de tierras cultivadas, pero en este siglo, el aumento de población, sin un progreso correlativo de la técnica, contribuía a la inseguridad de la vida en todos sus aspectos.

La *Jacquerie*, nombre derogativo que se da a los campesinos franceses, y que se generalizó a toda revuelta campesina, constituyó en 1358 una de las varias fuertes protestas antiseñoriales, esparciéndose por diversas comarcas con saqueos y muertes. El levantamiento armado asumiría carácter atroz, vinculado a la crisis económica y demográfica ocasionada por la peste recurrente desde diez años antes, comprimiendo por parte de los terratenientes, el salario campesino. Este tipo de conflictos estaría presente en Flandes, en Bohemia, en Inglaterra y en España a lo largo del período.

A la citada conmoción de Cataluña se añadirían las *Guerras Irmadiñas* de 1458 a 1469 en Galicia. La presión fiscal, el bajo nivel de vida y el bandidaje señorial serían causa de una violenta reacción campesina. A la organización de *os señores malhechores* que lanzaban sus tropelías desde sus castillos – tenidos en la época como *nidos de serpientes* – los campesinos responderían con una suerte de milicia o *hermandad* cuyo primer objetivo se centraría en los todopoderosos *señores episcopales*.

Asaltos, saqueos, incendios, combates y ejecuciones, fueron el resultado de la primeras revueltas de 1418 al 35. Lo que se siguió a partir de 1465 tuvo ya otro alcance. Ochenta mil *irmadiños* incendiarían 130 posesiones señoriales. Sus dueños tuvieron que refugiarse en Portugal, dejando el conflicto una estela de muertes y emigraciones campesinas en masa. En total *las malherías* quedarían abolidas en adelante por la reina de Castilla, Isabel la Católica, que establecería una Audiencia en el territorio afectado.

La disputa de la *Busca y la Biga* – entre *la mota* y *la biga*, entre los pequeños y los grandes, tiene relación con el descenso de la actividad comercial mediterránea ocurrido a mediados del siglo XVI, por causa del descubrimiento de América. La notable expansión del reino de Aragón, particularmente la de su principado de Cataluña, sufriría un enérgico cambio tras la toma de Constantinopla por los otomanos en 1453. El comercio de las especias acusó el golpe. El peligro musulmán se hacía presente en el Mediterráneo occidental. Las disensiones catalanas comenzadas entonces reconocían como fondo el descaecimiento demográfico provocado por la recurrencia de la peste negra. La política proteccionista de la Corona se dirigía a reactivar la industria y la agricultura catalanas, lo que no contaba con el beneplácito de un grupo de hacendados de Barcelona, los *bigaïres*. El partido de *la Biga* había conseguido para sus enriquecidos integrantes la equiparación con la nobleza. Sus descendientes aspiraban a insertarse en los mecanismos de poder, vivían de sus rentas y poco se interesaban en nuevas riesgosas empresas. *La Biga*, defensora de los privilegios nobiliarios, con representación en las Cortes junto al clero y a la nobleza, se había tornado un núcleo cerrado a la liberación del campesino. *La Busca* en cambio, sin representación política, constituía el poder de los pequeños comerciantes, artesanos, gentes de oficio, tendiente a la renovación de la economía y a la emancipación del campesinado. Sus partidarios crecían por horas; sus capitanes alcanzaban elevadas jerarquías en el Gobierno hasta lograr finalmente, tras una fuerte rebelión, anular *la Biga* y hacer ajusticiar a su líder y principales directores en 1461. La región barcelonesa se vio jaqueada por continuos enfrentamientos entre 1430 y 1465.

Todavía, en cuanto a España, han de recordarse otras crudas situaciones con similar resolución. La *Guerra de los Comuneros* -1519-1522- presenta vertientes de interés para nuestro tema. Su aspecto político revela la acentuación de la concentración del poder a partir de Carlos I de España, y los inconvenientes derivados de ella. Es la imagen recogida y publicitada por el *Movimiento de Mayo*. Si entonces América hubiera contado con un número de habitantes adecuado, podría haberse esgrimido con verdad la bandera de la lucha contra una tiranía. A la sazón estas regiones constituían, vista su extensión, un despoblado político. La otra vertiente, connotada con el verdadero interés americano, es el económico y social, al que prestaremos mayor atención.

Hecha abstracción del juego de los intereses políticos, trasfondo del problema, el levantamiento de los comuneros presenta una situación de enérgica protesta de carácter económico. Veamos esto de cerca.

Carlos I, nieto de los Reyes Católicos, hijo de Juana (apartada ya del poder por su padre ante sus signos de locura) y de Felipe el Hermoso, educado fuera de España, arriba a la Península. Adolescente, rodeado de su séquito borgoñón, orienta sus decisiones favoreciendo la exportación de la lana castellana hacia los estados de la Casa de Austria, a costa de privar a la industria propia de su materia prima. Los numerosos artesanos dedicados a su elaboración debían pagarla muy cara, a punto de tener que renunciar a su trabajo. La población veía obligada a comprar los mismos productos del extranjero a elevados precios. He aquí la connotación con lo que ocurriría, andando el tiempo, en América, a partir del alegato de Mariano Moreno en pro de la libre importación de mercaderías británicas por el puerto de Buenos Aires. Hecho crucial en nuestra historia.

Los centros urbanos en el eje Toledo/Burgos despertaron ante un problema que desperdigaba en la antes próspera región, enjambres de gente sin trabajo y sucesivamente mendigos y vagabundos, deambulando de una a otra ciudad no obstante las restricciones establecidas, las protestas en las Cor-

tes y las medidas para organizar la caridad. Todo inútil ante la catastrófica desocupación. ¿Recuerda esto algún panorama de la América actual?

La situación habíase denunciado ya en 1516: Castilla se condenaba al subdesarrollo al exportar su materia prima e importar los productos manufacturados. La crisis despunta en 1520. Dos Castillas se enfrentan: la de *la Mesta* de los grandes ganaderos y grandes comerciantes, viento en popa. Burgos es su emblema. La otra Castilla la forman los pequeños comerciantes, los artesanos y los industriales en ruinoso competencia ocasionada por las leyes favorables a la exportación. Estas son su ruina.

Los Reyes Católicos habían creado un cierto equilibrio entre ambos intereses. El nieto lo rompe. Ante la agria situación generada, Toledo se levanta concertando a las ciudades interiores, en la zona más densamente poblada del país. Se trata de una verdadera rebelión o revolución política con el objetivo de sustituir el poder real por el de los representantes del reino; tal se desprende de los enunciados de la *Junta de Tordesillas*. Casi trescientos años después asistiremos a una situación comparable con la Constitución de Cádiz. En un caso como en el otro, el rey habría pasado a ser un monarca constitucional. La revuelta iba contra los nobles terratenientes también.

La denuncia de los comuneros ponía en evidencia los perjuicios de la política implantada. La lana debía exportarse elaborada. Ansiaban traer técnicos extranjeros (¡ya entonces!) para capacitar la mano de obra castellana. Se señalaba la indudable ventaja de crear trabajo con el lavado, limpieza, cardado, peinado, hilado, tinte y tejido de la lana. No es preciso argumentar en la materia. Basta mirar, un par de siglos antes, hacia las ciudades itálicas del Renacimiento. ¿No debió Florencia, la más célebre entonces, su engrandecimiento precisamente por abocarse a esas tareas? Lo demás venía de suyo: mejora del salario y nivel de vida, ahuyentando la negra miseria por la distribución regular de la riqueza, - de la que la industria es idóneo instrumento. El trabajo - motor del bienestar social y estabilizador de las finanzas - reclamaba el proteccionismo *vital* que *el liberalismo* real le negaba.

¿Cómo ocurren los hechos que preceden a la batalla de Villalar? Campesinos y gentes arribadas de las ciudades, se unen contra el rey y la nobleza formando un ejército de miles de hombres. Allí, *un pueblo en armas*. Algunos procuradores del rey terminan colgados. Un año después, reorganizadas las fuerzas reales, los comuneros son derrotados en la Batalla de Villalar. Cerca de un ciento entre los que se hallaron a la cabeza del levantamiento histórico, pagan con sus vidas o sus bienes, o con ambos, su justa reclamación. La sublevación de las Comunidades castellanas marca un hito polémico al que no se puede, por sus motivaciones y contenidos obiliterar.

Se cuestionan allí los fundamentos del Estado y el orden social vigente. Para el historiador Joseph Pérez el episodio costó a Castilla *su elite política más dinámica, quizás la más ilustrada*. (31)

El historiador pasa revista al juicio que el hecho mereciera a varias figuras españolas. Cadalso, en el siglo XVIII habría sido de los primeros en oponerse a la interpretación de que se tratara de *una mera revuelta contra el poder soberano*. Según él la España del siglo XVI era una potencia a la que Carlos V hundió con sus aventuras. Para Ganivet, un siglo después, los comuneros serían castellanos rígidos opuestos a toda innovación. «Nadie levantó su voz contra esa opinión dada en el contexto de la generación del '98... hasta que el preclaro don Manuel Azaña analizó los documentos de las Juntas de Ávila, de Tordesillas y de Valladolid de ese tiempo: los comuneros anticipaban el objetivo de los liberales de Cádiz de 1812. La monarquía devolvería la soberanía al pueblo, su fuente, restringiendo el poder monárquico al marco de una constitución. No poco para el momento. El medio para este logro lo veían los comuneros en la reunión de Cortes sin que las convocara el rey y aun con su oposición. La Junta de Tordesillas se considera, desde su arranque, como el organismo representativo del reino: el pueblo se halla capacitado para ejercer el poder por sí mismo.

Las opiniones están contestes en que quedó roto el equilibrio entre los diversos intereses económicos y los estratos sociales que los representaban tras la muerte de Isabel en 1504. También en que la decadencia de España se inició a partir de Carlos V. Durante su gestión, disminuida la burguesía, la casta nobiliaria andaría a rienda suelta durante el siglo XVI y tal vez más.

Aunque no hay un nexo directo entre los hechos referidos y la *Guerra de las Germanías* en España, - Valencia y Mallorca, - conviene mencionarlas entre las tantas protestas sociales de entonces.

Referimos el movimiento comunero de Castilla por su importancia, aparte de nuestro propósito inmediato, de mostrar aquí las condiciones imperantes en Europa como antesala de lo que veremos en América. Para coronarlo, en cuanto a agitaciones sociales, recordemos todavía las del Renacimiento. La de 1378, de *los Ciompi* en Florencia, paradigma de las luchas políticas incansables, en la disgregada Península Itálica, donde las muertes consiguientes y el ostracismo de familias enteras eran pan de todos los días. No nos detendremos en el *Lolardismo* que con más complejos caracteres populares estalló en Gran Bretaña en 1381.

Saltemos unos siglos: *la Fronda* en Francia, entre 1648 y 1652, es un violento estallido popular por causa de la miseria y el descontento, donde se mezclaron ingredientes de la época y las hambrunas impenitentes.

Y para cerrar la excursión histórica no dejemos de nombrar la *Revolución Inglesa* de 1688/89, de carácter más moderno. Rescatemos la *Bill of Rights*, declaración limitativa del poder real, estableciendo la preeminencia del Parlamento, a ser convocado libre y frecuentemente, con amplísimas facultades en diversos órdenes. (Casi en 170 años se habían anticipado los Comuneros a una similar reivindicación.) Se intentaba, pues, acabar con la monarquía autoritaria y enterrar la idea del origen divino de los reyes. La sustituirá una idea nueva: *el contrato* entre el rey, el Parlamento y el pueblo. La novedad, más que en el contenido de los *Derechos*, estuvo en la deposición pacífica del rey.

Completemos el panorama bélico europeo entre el siglo XI y principios del XIX, señalando los conflictos más notorios, en el entendido de que la Historia es una unidad, una cadena, donde cada eslabón se liga con el anterior y con el que le sigue:

*Siglos XI a XIII. Conmoción europea por las Cruzadas. Guerra de los 100 años, 1347 a 1486. Guerra de los 30 años, 1619 a 1648.. Guerra de la Liga de Ausburgo, 1688 a 1697. Guerra de Sucesión, 1700 a 1713. Revolución Francesa, 1789, y campañas napoleónicas hasta 1815. Guerra de Coalición, 1793 a 1813: Francia, Gran Bretaña, Austria, el Imperio Germánico, Rusia y Saboya.*

Sirve a nuestro propósito de ir mostrando desde ya lo que se admiraría como civilización europea, traer a cuento una reflexión de Rodó, una página inserta en sus obras bajo el título de *La Guerra a la Ligera: La voz de la estadística*. Transcribe en ella una estadística sobre las guerras habidas en el mundo - principalmente el europeo - desde el siglo XV a.C. hasta casi terminar el XIX de nuestra era. Así tenemos que en unos 330 siglos solo se registran 227 años de paz, esto es, un año pacífico cada tres años bélicos. Durante los últimos tres siglos hasta 1914, Europa exhibía la marca de 286 guerras: *casi una guerra por año* - saca la cuenta Rodó. Y reflexiona: *mientras en nuestro pequeño mundo apenas excedemos de una revolución por cada dos años de historia. Se nos aventaja por el doble*. Antes, con irónico humorismo había apuntado que *rascando un poco la corteza del europeo 'siglo XX' aparecen Aquiles, Rolando y hasta Alarico y Atila*. Y culminando su tono irónico concluye el artículo: (Ob.1226)

*Quedamos, pues, vencidos y humillados en nuestro último reducto de originalidad, y de hoy en más debemos declinar modestamente el honor que nos hacen los que, como Gustavo Le Bon, atribuyen nuestra imposibilidad de paz a la parte de barbarie indígena que se mezcla en nuestra sangre impura; reconociendo en justicia que esa comezón de pelea procede, como las demás, de nuestro ilustre abolengo europeo.*

Tal un breve retrospecto de la civilizada Europa que todo estudioso de Rodó ha de tener presente cuando se aboca a desentrañar las confusas nociones surgidas de los hombres de *Mayo* erigiendo a Europa en símbolo de la civilización, a las que de algún modo él plegó. ¿Tenían aquellas gentes clara

noción del esfuerzo trisecular de España, singularmente impregnado de una orientación cristiana y de espíritu civilizador por encima de los reclamos que pudieran hacersele? ¿Apuntaría su clamor a acotar el poder real? ¿Se proponían acaso ponerle freno cuando hablaban de libertad? ¿O incurrieron en el error de Carlos V al dejar a sus gentes sin trabajo? Por cierto no les había faltado la advertencia del síndico del Consulado de Buenos Aires, oponiéndose a los propósitos de Mariano Moreno en su *Representación de los Hacendados* para abrir la puerta a los ingleses, lo que llevaba a una situación similar a la de Castilla en el siglo XVI, o a otra, en la proyección del tiempo, mucho peor.

Cuando se habla de *Despotismo Ilustrado* y de la educación frente al cuadro que presentaban los conglomerados humanos de Europa con sus repetidas hambrunas y pestes, sus superlativas conmociones sociales por los más dispares motivos, y sus incesantes guerras generadoras de la desolación demográfica y de los males que agotaban las fuerzas productivas y financieras de las comunidades en conflicto, ¿se tiene una real comprensión de las condiciones pasadas existentes? Fácil es imaginar la vida diaria de aquellas gentes. Su ignorancia, el analfabetismo más crudo, la indefensión ante la enfermedad y la arbitrariedad de los que tenían poder, son la realidad de esos siglos. El irrisorio nivel intelectual de aquellos tiempos no abarcaba sólo al pueblo, que al fin todos los que integran una sociedad – vistos a la distancia – son *el pueblo*. Vasta era, genéricamente, la sombría ignorancia pues nadie poseía un corpus completo de ideas científicas. La ciencia se abría paso desde el Renacimiento, pero muy lentamente y sus principios a pocos, muy pocos, alcanzaban. Dadas estas circunstancias, ¿no resulta extraño pensar que *la Ilustración*, esto es, la información, las directivas de la educación, el entrenamiento para crear destrezas en las actividades agrarias e industriales, podía venir del pueblo, de gente que dejaba sus fuerzas en el afán por el mendrugo de cada día?

Al calificar de *despotismo ilustrado* el surgimiento de una clase de personas, gobernantes, intelectuales, estudiosos, individuos de espíritu solidario, – con sus luces y sombras y cuantos matices se quieran, – se introduce subliminalmente la idea de *tiranía*, desdeñando el empeño enderezado a mejorar las condiciones sociales. Debiéramos felicitarnos de que frente al prehistórico egoísmo genésico que caracteriza a la especie, alguien pensara en hacer algo por los demás. Pero cuando las ideologías e intereses sectoriales se mezclan a estas claras cuestiones, es difícil predecir a qué desbarres conduce.

Con el movimiento independentista se ha hecho una mixtura de esta clase. No logró inicialmente Rodó captar bajo el peso de la siembra ideológica unitaria y el tironeo de intereses políticos a su alrededor, la significación histórica del paso dado. No sopesó, sumergido en su ambiente, la inoportunidad y falta de benéfica motivación del movimiento separatista; no lo evaluó desde el punto de vista de la conveniencia general de los desvalidos habitantes de América. Formado en la tradición remachada en el medio unitario, traslocado de la otra orilla a esta orilla del Plata, el saldo de la vasta aventura emprendida resulta negativo. Si varió al fin su apreciación, es lo que nos queda por ver. Valdrá la pena el intento de desentrañar este nudo histórico, teniendo presente que no se conoce la historia de América sin conocer la de España. Contra estos males que nos vienen de dos siglos atrás luchamos aquí. Los elementos acumulados hasta ahora, son los primeros peldaños de la tarea.

## 9. De la leyenda negra.

Entre las muchas lecturas históricas imperfectas encontramos la referida a la problemática de la leyenda negra, en la que se inscribe el tópico de la distribución de las mercaderías ultramarinas en América. Se hace caudal de la aparente irracionalidad del trayecto desde Portobelo, a lomo de burro, hacia el sur, sorteando cordilleras, ríos e inmensas distancias. Aparente irracionalidad porque en el mundo nada ocurre sin causa fundada. Un autor como Rodolfo Puiggrós martilla sobre esta cuestión, recogiendo un machacado argumento. Ya había opinado Woodbine Parish en el mismo sentido mencionando que luego del asalto inglés a Portobelo, en 1668, España se vería obligada a enviar sus barcos cruzando el Estrecho de Magallanes. Naturalmente no se detiene a relatar los procedimientos

del pirata Morgan, sus felonías y procedimientos salvajes muy por debajo de los que se imputan como crueles a los españoles. No sabemos que la Corona española alentara o premiara jamás estas cosas como lo hiciera la Corona británica, que decretó grandes honores para un individuo carente de los menores escrúpulos y de total moralidad. (32)

Lo que se alega, en sustancia, al respecto de la travesía de las mercancías desde Portobelo consiste en decir que el centro consumidor se hallaba en Potosí y que éstas debían recorrer quinientas leguas por dichas sendas accidentadas, más la distancia que separa a Lima de la región minera, – en total cuatro meses – mientras desde Buenos Aires requeriría la mitad. El encarecimiento alcanzaba, así, a un 150%. De intentarse la travesía por el Pacífico hasta el Callao-Lima, desde puertos españoles, resultaba igualmente varias veces más costoso que desembarcar en Buenos Aires. ¿Sería por perversidad que la Administración española optaba por este sistema? Tales afirmaciones parecen inobjetables pasando por alto circunstancias que rompen los ojos. En esa etapa inicial no existía otra posibilidad práctica. No era viable despachar una flota mercante, – que debía protegerse con una armada de guerra contra la piratería inglesa y holandesa que infestaba el Atlántico norte, – a puntos distantes y despoblados como el Río de la Plata. Esta región demográficamente pobre comienza a tomar importancia económica hacia fines del siglo XVIII. El razonamiento formal que mezcla los siglos desnaturaliza la realidad. Parish apunta, creemos que no sin malicia, que se creían suficientes dos buques para abastecer las necesidades de la región – tres provincias – que considera *populosas* durante el siglo que sigue a la fundación de Buenos Aires.

Buenos Aires hubo de fundarse dos veces en el siglo XVI y se arrastró como poblado miserable durante un larguísimo período. Hemos visto en cifras lo poco significativo de su población. Al mediar ese siglo la ciudad alcanzaba a unas diez mil almas. Recién cuando la región es elevada a la categoría de virreinato – para lo que median una serie de razones de diversa índole – su número llega a 37 mil. Es, a partir del establecimiento del virreinato en 1776 y de la libertad de comercio instaurada por Pedro de Cevallos, seguida de la *Pragmática de Libre Comercio* de Carlos III en 1778, que su población, su actividad comercial y su importancia estratégica empiezan a cambiar de ritmo. Llega la provincia hacia 1800 a 72 mil habitantes.

Puiggrós, que destina interesantes páginas a mostrar la confluencia de los factores económicos en juego en la región, particularmente la lucha entre los intereses radicados en Perú y los de Buenos Aires, parece olvidar el tiempo que hubo de pasar para que lo que ocurrió pudiera ser. No se saltea, sin embargo, aunque no lo destaca, la enérgica política adoptada por Carlos III al comisionar al exgobernador de Buenos Aires, el nombrado Cevallos, para barrer los focos del contrabando desde Santa Catalina, pasando por Colonia, hasta las Islas Malvinas, de donde expulsa a los ingleses cuyas miras sobre América venían desde siempre. Cita, al efecto, un documento del almirante Vernon: *Es necesaria* – decía el almirante inglés en 1740 – *la emancipación de las colonias españolas para abrir estos mercados a los negociantes de Londres*. El hombre no se andaba con tapujos.

Del trabajo de este estudioso surgen algunos hechos de importancia. Uno de ellos: bastante antes del movimiento de Mayo de 1810, la región platense gozaba de una libertad de comercio amplia para el momento. Otro, el clamor de Buenos Aires contra el *monopolio español* estaba dirigido contra el comercio del Perú que reducía sus posibilidades propias. No se trata de inspiraciones gloriosas de independencia, sino de rivalidades y luchas de grupos e intereses locales, como ocurría igualmente con Montevideo. Señala Puiggrós que el freno al contrabando significó un serio golpe a los hacendados y comerciantes de Buenos Aires y adyacencias pero que se vio casi de inmediato compensado por la libertad comercial establecida por Cevallos.

El contrabando anglo-lusitano reinante hasta entonces seguiría pero no puede pasarse por alto una circunstancia por demás obliterada en nuestra historia. Al momento que se procesaba el movimiento de Mayo, firmado ya un tratado de comercio entre España e Inglaterra e instalado el virrey Cisneros, el capitán de los barcos británicos anclados en el puerto no hesitaría en empavesar sus na-

ves, disparar salvas el día 26, festejando los acontecimientos del día anterior, así como en arengar a los porteños por su *revolución*. Los aranceles aduaneros bajarían, a poco, en un 100%. Apunta O'Donnell: que *es una circunstancia llamada por la Historia. (33)* Woodbine Parish anota - en el sentido que venimos sosteniendo que la política española había tomado desde tiempo atrás el rumbo de la libertad de comercio - ... *diversas eran las modificaciones que desde () Carlos III en 1759 se habían hecho en el antiguo sistema... () En 1764 se establecieron algunos paquetes periódicos, buques de considerable porte, que se hacían a la vela desde la Coruña para todos los principales puertos de las colonias () para conducir cargamentos de manufacturas españolas, trayendo en retornos los productos coloniales. Permittióse también por primera vez que se estableciese una comunicación directa con Cuba y las demás islas de las Indias occidentales, y en 1774 se concedió a las colonias que traficasen unas con otras...*

Más allá de lo que se pretenda con la leyenda negra, es alrededor de estas motivaciones donde hay que buscar los móviles de *Mayo*. La *revolución* arrancaba - ateniéndonos a los hechos, fantasías a un lado, - sin más norte que negociar a su antojo con el enemigo de la nacionalidad, el inglés. A esto apuntaba primordialmente el apetito de poder. No se perciben detrás de sus acciones metas sociales ni una filosofía política decantada. ¿Se levanta acaso alguna voz contra el sistema monárquico, en línea con la Revolución Francesa, apuntando a disminuir la concentración del poder o a modificar estructuras? Nada de eso. Pronto se saldrá a buscar un rey para suplantarlo al existente, declarando, para colmo, querer defender su soberanía al momento que se expulsaba a los que gobernaban en su nombre. ¿Se ambicionaba un sistema democrático? No se oye, por cierto, de labios revolucionarios la palabra república. Se percibe, en cambio, la mentalidad de campanario: lo declara Belgrano en sus *Memorias*. Alberdi sostiene que la finalidad de Buenos Aires era sustituir a Madrid como metrópoli para subordinar las provincias a su interés fiscal. Octavio Paz, citado por Mazzzone, ha reflexionado sobre estos aspectos. Veamos algunas de sus conclusiones que pueden generalizarse.

Afirma que *el Reino de Nueva España carecía de autonomía pero el principio que regía su existencia no era el que define a una colonia en el sentido tradicional de la palabra en los siglos XIX y XX. ()...* Su estatus equivalía al de Aragón, Navarra o León. Añade que *ni aún luego de las reformas de Carlos III fue realmente una colonia.*

Por otro lado, en lo que se refiere a la posibilidad republicana afín al carácter democrático de gobierno, sigue sosteniendo el pensador mejicano, *las ideas republicanas y democráticas de los dirigentes no se correspondían con la realidad histórica de la América española*. Extendamos el concepto diciendo que tampoco con la situación imperante en Europa. Argumenta Octavio Paz que *no existía una burguesía ni una clase intelectual que hubiese hecho la crítica de la monarquía absoluta y de la Iglesia*. Concluye diciendo que trataron de coonestar el intento independentista refugiándose en la filosofía de la Revolución Francesa:

*...la ideología republicana y democrática liberal fue una superposición histórica. No cambió en absoluto a nuestras sociedades, pero sí deformó las conciencias: introdujo la mala fe y la mentira en la vida política.*

¿A qué condujo, en fin, la suplantación de la autoridad existente en un momento crítico de la gran comunidad española de ambos lados del Atlántico? A la ruina de una valiosa administración construida durante 300 años, a la degradación política y social y muerte de miles y miles de pobres seres que pagaron la aventura sin enterarse de *qué se trataba*, ocasionando el destroz demográfico y económico de toda la región.

En suma: el atraso en múltiples órdenes, a solo beneficio de la casta que, adueñada del poder, se constituyó en sempiterna oligarquía dando un adiós a la idea de la deletérea independencia con el resultado final de convertirnos, ahora sí, en verdaderas colonias, dependientes de los poderes de la hora, prontas a suministrarles las materias primas para sus industrias. Enriquecimiento de los ya desarrollados, a costa de nuestra pauperización, de nuestra libertad para el desarrollo industrial que

procuraba España. Sin desarrollo industrial no hay independencia. No es revolucionario ni estadista quien ignora este principio.

La inercia, en esta materia llega a tanto como para que un respetable historiador como Busaniche, dispute a Chateaubriand su aseveración de que *'en el momento de su emancipación las colonias españolas se han convertido en algo así como colonias inglesas.'* Lo que disputa no es precisamente la designación de 'colonias españolas' sino ese estado bajo el predominio inglés. El mismo no ha superado esa idea y sigue llamando 'colonias' a los reinos españoles en América. Pocas páginas más adelante señala que *los compromisos de orden económico contraídos sin prudencia en Inglaterra pesaban demasiado en sus determinaciones de orden internacional. El empréstito y las sociedades de minas y de agricultura e inmigración fundadas en Londres por funcionarios del gobierno provincial de Buenos Aires (Rivadavia, Lezica, etc.) antes de constituido el país, con fines no perfectamente definidos y con harta premura, subordinaban en parte a esa deuda y a esas empresas, la vida económica y política de la nueva región. Los ingleses habían invertido ya grandes capitales en el Río de la Plata. (34)*

Pasemos a considerar *Las Noticias Secretas de América*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, ilustres marinos integrantes de una de la veintena de expediciones realizadas por la España de los Borbones durante el siglo XVIII, con el propósito de investigación sobre las Indias, desde Felipe V hasta Carlos IV. Jorge Juan, así como Antonio de Ulloa, eran veinteañeros cuando participan en la magna expedición encargada de determinar la forma de la Tierra y la longitud de algunos grados meridianos. Ambos ascenderían con los años en la escala jerárquica hasta los más altos puestos. Su libro fue publicado por primera vez ¡en Inglaterra! ¡Allá habían ido a dar las *Noticias!* Mucho interés tenían los ingleses, de ventilarlas. Y lo hacen con un título cuya largura no tiene parangón, destinado, como los titulares de los diarios, a informar a un público remiso a leer la letra chica. Apunta el antropólogo e historiador José Manuel Gómez Tabanera que con *la mera lectura del largo y pormenorizado título dado al libro y que hoy sabemos que se inventó el mismo editor, se vislumbra la intencionalidad...*

Lo presenta el editor inglés contando cómo se hizo de los manuscritos, de los que existen varias copias. Dice haber residido en el sur de América, (1820/22) y observado en Perú *los desórdenes (de) aquellos gobiernos, la avaricia de (sus) empleados, las extorsiones escandalosas de los curas, la vida licenciosa del clero, la cruel opresión de los indios y la corrupción general...* Pensando en la *utilidad* que prestaría a algunos políticos conocer *las causas de la revolución de las colonias españolas y las dificultades (de) los nuevos estados () para consolidar un gobierno* resuelve publicar las *Noticias*. ¿Maliciaremos que la *utilidad* tenga que ver con lo expresado en una carta de *Lord Canning, genial artífice*, según expresión de Alberto Methol Ferré, que la cita? Reza uno de sus párrafos: *Los hechos están ejecutados, la cuña está impelida. Hispanoamérica es libre y si nosotros sentamos rectamente nuestros negocios, ella será inglesa*. A fe que los sentaron bien: Methol Ferré remata la idea reveladora del destino a que nos sometió la *Revolución* trayendo *la visión de los patriados expuesta por Sarmiento:*

*La América está en vísperas de alzarse en medio del globo, como el rico almacén en que todas las naciones industriales vendrán a proveerse de cuantas materias primas necesitan para sus fábricas. (35)*

Cupo el dudoso honor de abrir la picada por donde transitaría el imperialismo inglés, al más tarde llamado *Numen de Mayo*, el abogado Mariano Moreno, primer jacobino del Río de la Plata, cuyos principios morales exhibe en su *Plan de Operaciones*, presentado a la *Junta de Mayo*. Nada tiene que envidiar al genio de Maquiavelo. El iluminado doctor de la Universidad de Charcas hubo de haber leído al florentino sin duda. Hemos dicho que inauguró el terrorismo en el Plata. Baste citar, entre varios de similar corte, este pasaje del Plan: *...no debe escandalizar el sentido de mis voces, de cortar cabezas, verter sangre y sacrificar a toda costa, aun cuando tengan semejanza con las costumbres de los antropófagos y caribes*. La comparación es suya. Su propuesta se vio ratificada por el curso que siguieron los dos bandos que a la postre

se enfrentarían, unitarios y federales. El dio las pautas e instauró el principio de que *los fines justifican los medios*. No cabe duda respecto al realismo de su afirmación:

*Los pueblos nunca saben, ni ven, sino lo que se les enseña y muestra, ni oyen más que lo que se les dice.*

Tal aserto merece, al margen de su contenido real, algunas consideraciones en el contexto en que se estampó. En primer lugar señalemos que fue la política que se practicó el 25 de Mayo y de ahí en adelante. No interesaba a los revolucionarios educar al pueblo, buscar el camino que llevara a su progreso; estaban obnubilados por la consecución del poder. Este era el fin que justificaba los medios y alejaba el intento de la lucha de todo espíritu republicano o democrático.

No puede dejar de verse su contenido de menosprecio hacia el pueblo al que se tomaba, así, como un medio subordinado a fines que ignoraba y que no había por qué comunicarle. Esta filosofía sentó escuela hasta hoy. Si nos detenemos a considerar la modalidad de información política que se practica por los gobernantes en general que poco o nada se muestran preocupados de llevar al conocimiento popular la esencia de los problemas. La prédica de Vaz Ferreira, coincidiendo con Manuel Azaña, establecía, entre sus principios prácticos, la necesidad de la más amplia información para poder pensar correctamente. Esto se percibe, a poco que nos detengamos a observar, en su conducta evasiva de toda información seria. Basta escuchar sus discursos que, en vez de plantear los verdaderos problemas que a todos atañen, los soslayan consagrando el estilo de irse por las ramas sin apuntar jamás a su esencia. Los medios informativos, siguiendo el modelo, emplean miles de horas en *flasbes* y palabrerío sin completar cabalmente la información que importa.

La finalidad del editor de las *Noticias Secretas* está fuera de duda. Hay quien sostiene que en su afán de pintar malamente a España habría llegado a alterar algunos capítulos. Es secundario aquí. Importa sí lo que dicen Juan y Ulloa. Su relación, la argumentación, el conocimiento preciso de los hechos – avalados por otros testimonios históricos – así como las soluciones pormenorizadas que ofrecen para la solución de los males. Los dos marinos españoles versados y criteriosos. No enjuician porque sí; lo hacen para corregir los males que detectan en cuanto funcionarios de la Corona.

Si bien en lo medular de la mita y la encomienda las afirmaciones de Rodó se corresponden en grueso con las observaciones de Juan y Ulloa caben algunas puntualizaciones. Las observaciones de los dos expedicionarios se fundan en lo que recogen en su viaje pero sin el tinte emocional con que Rodó aborda el asunto. Ahondan, poseídos del espíritu de la Corona, en las causas circunstanciales que motivan *el punto muy delicado, cual es la administración de la justicia y la instrucción moral y religiosa entre los indios (y) la conducta de sus gobernadores y corregidores, de sus prelados y párrocos*, poniendo en descarnado la situación. Su finalidad es precisa: *que se arbitren los medios más convenientes para la reforma.*

Hallan, en suma, que el indio, sin otro delito que el de su simplicidad, ni más motivo que su ignorancia natural, ha venido a ser esclavo, y de una esclavitud tan opresiva que, comparativamente, pueden llamarse dichosos los africanos. De modo que los indios, declarados hombres libres, a quienes los Reyes han recomendado tanto para que sean mirados como tales, se ven en el peor estado, sujetos a la miseria y a la infelicidad. Examinan los diversos tipos de repartimientos encontrando que la situación referida se da en aquéllos asignados a *los corregidores*, mientras no ocurre lo mismo en otros casos, como en Paraguay y Misiones. Han apuntado así a la causa del mal. Para ponderar el juicio de estos dos marinos, deberá considerarse más adelante el de Concolorcorvo sobre la cuestión que, indio él mismo, asentado en el medio, difiere en su apreciación con Juan y Ulloa.

*El corregidor* es un funcionario del Gobierno, pago por la Corona para recaudar los impuestos en las comunidades indígenas. Encuentran Juan y Ulloa que el sueldo de éstos no es opulento. Una posible solución (que barajan con cierto detenimiento) sería aumentárselo. Pero, por encima de ello, reconocen, está siempre *la insaciable hambre de riquezas* del ser humano que no se detiene ante nada para

lograrla. En el caso, el arbitrio es oprimir al aborigen. La mala conducta de los corregidores impulsada por el corto período de su función, un lustro, les lleva a querer enriquecerse en ese lapso, no sólo perjudicando al indio sino, también, defraudando al Rey en el manejo de la cobranza de los tributos. (Hemos visto que en algún momento la Corona renuncia a ellos para compensar al encomendero.) En ese tren se valen para ello de cuanto artimaña sea dable concebir. La menor, cobrar dos y más veces el mismo impuesto al impotente nativo que no sabe leer ni guarda los recibos de la tributación. Pasan años muchas veces antes que el corregidor vierta la recaudación al fisco. Con el dinero retenido compran mercaderías que impondrán al desgraciado sujeto a su yugo. Antes de hacerse de los medios de pago compran a crédito, con lo que los comerciantes de Lima le imponen, a su vez, la mercancía inservible e imposible de vender que tienen en sus depósitos. Así el hombre de la tierra se ve obligado a adquirir cintas y terciopelos, y a precios exorbitantes. De nada le valen alegaciones. En los pueblos sólo de indios, no hay más tienda, por otra parte, que la del corregidor. Cuando la iniquidad sobrepasa los límites de la humana resignación se producen las sublevaciones. Entre ellas se recuerda la de los chunchos, de los parajes de Tarma y Jauja, que llegará a alarmar al virrey por el contagio que producía en la zona a la que afluían gentes de la circunvecindad.

En los más de los casos se apela a la justicia. Pero este campo está igualmente minado. *Nada más desean aquellos jueces que una ocasión de querrela o riña para dejar enteramente arruinados a los indígenas*. Multas y exacciones de todo tipo, a pretexto de costas, caen sobre el desvalido querellante, viéndose así despojado de su mula, de su vaca o de algún otro de sus menguados bienes. No falta el recurso de la celada para reducir a los caciques que se resisten. El corregidor los llama con falsas promesas de mejorar su situación y cuando los tiene reunidos los aprisiona, valiéndose de cómplices, y les denuncia como autores de un complot para asesinarle junto con otras personas. Terminan estos curacas en la cárcel o sometidos a trabajos forzados; sus pueblos descabezados, indefensos, a merced del corregidor que, testigos manipulados mediante, pone a la justicia de su lado.

Farsa a sabiendas de todos por la tajada de cada uno. La ignominia existe también en los repartimientos de tránsito, donde se practica el tráfico a lomo de mula de productos de la región y el tránsito hacia otras provincias. La mula y el transporte son el renglón principal. ¿De qué ha de valerle el corregidor para explotar al indígena? *Los corregidores de estos distritos compran partidas de mulas en número de quinientas o seiscientas... ( ) Cada mula ( ) cuesta 14 a 16 pesos. ( ) Las reparte el corregidor entre los indios, asignándoles a unos cuatro, a otros seis y así ( ) y el precio ordinario a que las carga es de 40 a 44 pesos cada una... Los indios que reciben estas mulas no son dueños de trajinar con ellas a su arbitrio a pretexto de evitar el comercio ilícito.* El corregidor es el que señala, cuando el forastero requiere un flete, al que ha de hacerlo, eligiendo de su lista a quien más le adeuda. Cobra los fletes reservándose la mitad para amortizar la deuda; entrega una cuarta parte al viajero para los gastos del camino, destinando el resto al pago de peones. Al dueño de las mulas, nada, de modo que sus gastos los paga él mismo. Los peones han de contribuirle la mitad de su paga a cuenta de los artículos que deben al caporal dueño de sus destinos. Después viene lo de las muertes o deterioro de los animales. Todo a cargo del infeliz en detrimento de su hacienda y aumento de su pobreza. Cuentan de algunos corregidores que con un sueldo de alrededor de 2000 pesos han levantado en cinco años fortunas de 160 mil y más.

¿Es debido este atroz sistema a la codicia de la Corona, a su perversidad, a su negligencia, a su indiferencia moral? Falto de conocimiento de las simas a que llega la vileza del ser humano estaría quien lo crea. La sublimidad y la ruindad son inherentes a nuestra especie. Cierto que mal distribuidas. La última en mayor proporción, mezclada a la rapacidad impresa en nuestros genes, debida quién sabe a qué inimaginables hambrunas prehistóricas. Algunos corregidores se distinguieron por ella. El mismo espíritu mezquino lo veremos más arriba y ya no en el juez ordinario. Los miembros de los tribunales de alzada también están en el juego y llevan su porción. *A vista de esto no se podrá negar que los indios están en una situación más cruel que los esclavos. (36)*

El *Consejo de Indias*, órgano rector, junto con el rey, de los asuntos de América, ha venido apelando a cuanto arbitrio pudiera ocurrírsele para corregir los incesantes desmanes. Las *residencias* – más allá de los visitadores y de las 6447 leyes de la *Recopilación de Indias* de 1680, distribuidas en 218 capítulos y 9 libros, es una de las facultades de este Instituto, de cuya sana inspiración no puede dudarse. No hay materia a que no hayan atendido sus miembros durante varios siglos. El gobierno progresista de Carlos III, sin parangón en la historia española, y quizá sin igual en la de Europa, bregaría aún por un *Nuevo Código de Indias*.

Hablamos del elenco progresista que preparaba el camino de la futura grandeza de los reinos españoles, digamos mejor, de nuestra nación española. ¿Podríamos inclinarnos a creer que el juicio de residencia, potente arma, propia a juzgar la conducta de los funcionarios, sin exceptuar a los virreyes, alcanzaría a burlar el empeño de honradez y justicia de la Corona? ¿Es posible imaginar que personajes incultos, bastos, carentes de grandes luces en el *siglo de la Ilustración*, serían incapaces de elucubrar medios para eludir las consignas del Rey? Nuevamente ingenuos si a ello nos inclináramos. La malicia, la ambición, la vileza suelen, a lo largo de la Historia dejar atrás los más afinados proyectos de moralidad administrativa. En los tiempos actuales, los medios de información nos ponen delante apabullantes ejemplos de corrupción en todas las esferas a pesar de la posibilidad de infinitos e inmediatos controles. Y la corrupción que entrega países enteros al arbitrio del capital internacional, sigue campante. En aquella época y a las distancias atlánticas que nos separaban, ¿puede pensarse que el control era cosa fácil?

León Homo nos cuenta – en la *Nueva Historia de Roma* el fracaso de la administración romana cuando de cobrar impuestos a la distancia se trataba. El primer controlador, recién llegado a la región, – escoba nueva – mejoraba la recaudación... por poco tiempo. Volvía a sustituirse pero la historia se repetía... Síguese repitiendo, sólo que cambiando métodos y artilugios. Se nos dirá: ¿en qué difiere el cuadro pintado por Rodó del que exhiben, con no menos sombríos colores los sabios españoles? La respuesta es sencilla: Juan y Ulloa describen y denuncian la situación persiguiendo un efecto práctico: su reforma. Lo hacen imbuidos de la moral impartida por las altas jerarquías. Este aspecto no lo menciona ni resalta Rodó. No estaba dentro de su plan, se argüirá. Admitido.

Pero, de este modo, el juicio aparece viciado porque la condena ha de tomar en cuenta la intención moral. Aunque él no se lo haya propuesto, su alegato sirve a los cultores de la leyenda negra contra España. Nosotros nos limitamos aquí a señalarlo. Su mentalidad navegaba dentro en las aguas de la tradición unitaria, promotora del levantamiento pretendido por la libertad y la justicia. Él mismo declara la inocuidad de la revolución en cuanto a la suerte del indígena que empeora. No nos honra la tal *revolución independentista*. Por el contrario, su falsedad nos subleva. Y no sólo por las mentiras de que se valió un núcleo de encumbrados criollos para hacerse – y disfrutar – del poder a costa de incendiar el Continente y retrasar su evolución. Desfloraremos oportunamente algunas páginas de Concolorcorvo sobre este espinoso tema.

No es posible, a esta altura, dejar de encarar con serenidad la patraña acunada por el genio propagandístico inglés y echada a volar en alas de espurios intereses. Preciso es aventar las brumas aún no disipadas. Para adentrarnos en este pléyago de hechos deformados o mal comprendidos, valoraciones sesgadas o fuera de cuadro, apelemos a una reflexión de Azorín sobre la evolución de la sensibilidad. Nos pondrá en camino de ponderar la constelación de elementos históricos en que se halla inmersa la leyenda.

En su *Visión de España* (37) medita el autor sobre los cambios de sensibilidad que cada época trae consigo. Abre el Quijote por el capítulo LII en el que se relata una reyerta entre el caballero andante y un cabrero, en que se reparten muchos y rudos golpes. *Entre los espectadores hay gente plebeya, toaca y dos personas de distinguida condición social; los primeros, viendo a los dos luchadores, saltaban de gozo, azuzaban los unos y los otros, como se hace a los perros.* Las dos personas distinguidas, un cura y un canónigo: *los dos – escribe Cervantes – “reventaban de risa.” Notemos que el canónigo era un hombre culto, erudito, discreto; ( ) hace un momento,*

*ba estado disertando sobre sutiles materias de estética.* Reflexiona Azorín: *¿Nos explicaríamos hoy esta risa...? ( ) Hoy no habría persona de mediana sensibilidad – no ya extremada – que pudiera sonreír ante estas cosas. Al contrario: nos entristecerían. La sensibilidad ha ido evolucionando.* Continúa su análisis de otras fuentes literarias y trae finalmente los castigos impuestos por la legislación penal anterior, de lo que extrae similares conclusiones.

Olvida el autor anotar que esa sensibilidad no ha evolucionado de modo parejo en todos los estratos sociales ni en todas partes. Aunque su meditación data de más de un siglo, todavía hoy, encontramos gentes que rían ante una situación parecida a la narrada por Cervantes y también las que reclaman atroces penas para delitos que, a juicio de los que han desarrollado una conciencia social, merecen socorro y no castigo. Refiere otro episodio que muestra dos actitudes frente a un mismo hecho. Recibe don Quijote un garrotazo que le priva de sentido. Viéndole caído y creyéndole muerto, llora Sancho. Sufre el uno, ríen los otros.

Conscientes de la disparidad con que puede enfocarse un incidente, abramos la puerta a la reflexión. Sabemos ya que la tesis más recibida sobre la leyenda negra ubica su origen en Inglaterra. Pagden halla su arranque en la rebelión de los Países Bajos en el siglo XVI contra Felipe II. Con el nacimiento de la república de Holanda surgiría la leyenda de las atrocidades en el saqueo de Amberes, en 1556. *La imagen de España en la Europa protestante se veía como orgullosa, cruel y autoritaria. Estaba basada en gran parte en la propaganda holandesa y más tarde en la inglesa.* Flamencos e ingleses serían, así, los generadores de la leyenda, cuyas motivaciones reconocerían raíces políticas, religiosas y comerciales. Las rivalidades, en este último campo se verían abonadas, además, por la intensa piratería marítima que ambas naciones ejercían contra España. Entre los filibusteros ingleses sería Francis Drake el más renombrado: entre sus proficias correrías, que le valdrían que la Reina le distinguiera con el título de *sir* se cuenta el haberse apoderado en 1578 el casi inexpugnable puerto del Callao. Otros nombres novelescos son los de Cavendish, Davis y Hawkins durante el siglo XVI.

No suele tenerse siempre presente el papel que jugó Cataluña en esta cuestión. Nos dice Ricardo García Cárcel que *no hay que olvidar la contribución catalana a la leyenda negra.* Extrae, de un folleto de 1641, (*Secretos públicos*) una nueva luz: *Lo peor después de tantas lástimas es que (Castilla) tomaba a los indios a millares y embarcándolos o llevándolos a manadas en cadena les iban vendiendo por esclavos en otros reinos con lo que hicieron los reales castellanos grandes haciendas.* En otro folleto de 1642: *Pensaban enfangarnos, como han hecho a los Indios que con buenas palabras los llamaban a su obediencia.* Son notorias tanto la inexactitud de esta propaganda, como la pugna que hubo desde antiguo entre la región catalana y Madrid. (38)

Sabido es con precisión, pues, dónde, cuándo y cómo nació esta prédica y sus motivaciones. Insistamos en que el impulso que dio vuelo a la leyenda surgió de Inglaterra y sus miras sobre América. El movimiento secesionista encontró así campo fértil donde echar raíces dando nuevo ímpetu al cúmulo de injusticias y falsedades sobre el régimen español.

Dentro del panorama progresista de los Borbones – franceses y españoles ahora – se inscribe la referida expedición científica tendiente a la determinación exacta de la figura de la Tierra. Es ésta una de aquellas expediciones llevadas adelante por los Borbones desde Felipe V y sus hijos, incluido Carlos III durante el siglo XVIII. Al margen de esta misión, el Marqués de la Ensenada, – protector de sabios, reformador de universidades, creador del *Colegio de Medicina de Cádiz* – encarga a dos marinos un informe confidencial sobre la situación política, social y militar del Virreinato de Lima. Jorge Juan y Antonio de Ulloa cumplen cabalmente la tarea, recogiendo noticias durante sus investigaciones a lo largo de once años sobre cuestiones astronómicas, hidrográficas, suministrando cartografías y dibujos de las costas, así como estudios geológicos, arqueológicos, botánicos y médicos, sin excluir posibles fabricaciones, particularmente navales. Fruto de la comisión de carácter sociológico es el libro que por su finalidad se hallaba obviamente reservado al gobierno español. Una de las copias del informe reservado llega a manos, por procedimientos no aclarados, de un inglés, Barry, que lo da a publicidad con el ya recordado título tendencioso y pasajes modificados.

Tal la fuente a que recurrirán los publicistas del movimiento revulsivo de *Mayo* para justificar las acciones contra España. Previo a entrar en materia conviene decir que las informaciones que surgen de esas páginas, en el sentido explotado por los detractores, no constituyen, en verdad, una novedad para la Corona. La misión de Juan y Ulloa, es una de las tantas medidas tomadas por sus ministros y anteriores administraciones, desde el siglo XVI, en su afán de poner orden en la difícil administración de sus extensos y lejanos reinos. Esas medidas procuraban establecer una justicia social sobre la que hubo en España conciencia formada en las alturas. No así en todos los funcionarios encargados de hacer cumplir las leyes humanitarias emanadas de los distintos monarcas, Habsburgos como Borbones. Los informes de Juan y Ulloa son coincidentes con documentos que muchos de esos funcionarios, especialmente los virreyes, elevaban durante su desempeño o a su término.

Este es el contexto en que se producen las *Noticias Secretas*, cuyo espíritu manifiesto en las leyes como en el sinfín de pasos adoptados para corregir los desvíos que efectivamente existieron, no es privativo de las autoridades. La densidad de la niebla legendaria ha sido tanta que llevó a imaginar una España sumergida en una grande penuria intelectual. De esta inercia no hemos salido aún. La investigación, la realidad documental muestran, por el contrario, de modo abrumador, que hubo en España, y desde antes del siglo XVIII una corriente crítica ininterrumpida, que para este siglo es ya un torrente. Un panorama valedero sobre su pujanza, que da en tierra con la leyenda urdida, puede encontrarse en el minucioso trabajo de Ramón Ezquerria antes citado.

El autor pasa revista (sin agotar el tema) a los documentos conservados de escritores, pensadores, críticos, ministros y otras autoridades, entre ellas eclesiásticas de distintos rangos, que aportaron su observación y reflexión ofreciendo soluciones para corregir los desvíos. Del conjunto, producido por 83 figuras destacadas, se concluye que existía, una suerte de debate abierto en un clima que no sugiere la imagen del absolutismo, sino un afán progresista constante a los más dispares niveles de pensamiento.

Del cuadro de la leyenda negra emerge como común denominador un espíritu tendencioso caracterizado por la ausencia de ponderación histórico-crítica. Tratemos de ordenar y esclarecer ese nebuloso horizonte.

El tema de América como *colonia* de España lo hemos debatido. Cabe agregar algunos datos corroborantes.

Hay un documento de Felipe V, de 1711, cuyo carácter íntimo exime de dudas su sinceridad. Escribe a su abuelo, Luis XIV refiriéndose al trámite diplomático que culminaría en el *Tratado de Utrecht* dos años después. Le dice que no consentiría *nada que pueda suponer algún peligro para los intereses de mis súbditos en Indias* que, *como todas las demás provincias españolas es lo que más amo en el mundo.* (39)

Recorridos con paciencia la vastedad de documentos exhibidos por Ezquerria, sobran dedos de una mano para contar las veces en que se menciona *colonia* en el sentido de que España considerara América en el sentido actual de la palabra. En alguno que otro en que aparece, no es sino la opinión solitaria de algún inconsulto que opina que *debiera* serlo. Resulta de tal deseo, por tanto, prueba de que no lo era. En la inmensa mayoría se leen críticas sobre tal o cual aspecto administrativo o político. Frente a las dificultades de administrar los extensos dominios salvaguardándolos de las ambiciosas acechanzas de los poderes rivales, las vistas varían desde formar una suerte de confederación, hasta dividirlos en reinos a cuyo frente se pondrían príncipes de la familia ligados por pactos para preservar el conjunto de alianzas contra países extranjeros, potenciales enemigos de España.

El primer grupo de denuncias giraría alrededor de la situación del indio. Este, por su contenido emocional y el tratamiento demagógico recibido es el que más – y más inadecuadamente – se ha esgrimido. Hemos relevado que nunca hubo intencionalidad perversa de la Corona contra los aborígenes ni ánimo de explotarlos sino un afán de cristianizarlos e incorporarlos a la civilización. Para entender lo de la cristianización hay que penetrarse de la sensibilidad de la época. Resalta la finalidad, siempre, de modificar sus costumbres que iban desde la idolatría – en la mira cristiana de entonces – hasta la

poligamia y la antropofagia, extendida entre los guaraníes. Este aspecto, no bien difundido en la región platense, lo elucida Antonio Lezama en *La historia que nos parió*.

El tejido de intereses económicos que se fue formando con el tiempo, sobre todo en lo relacionado con las encomiendas – dificultó los intentos legales y administrativos llevados a cabo sin desmayo por las autoridades españolas. Los medios disponibles, la enormidad de las distancias y la dificultad de las comunicaciones obstaculizaron la tarea. La corrupción inherente a la condición humana estuvo provocada por los aprovechados de siempre, peninsulares como criollos, sin descontar a los propios aborígenes en la figura de los curacas. No es patente que la corrupción viniera de arriba, *acorde a la bonrosa tradición de las autoridades españolas que todo lo podían menos gastar un ochavo sin rendir cuenta*, apunta José María Rosa. (40)

Tampoco se descubren indicios de que la revolución independentista tuviera como bandera la preocupación por el indio. Al contrario, su situación empeoró a partir de la segregación de América. Las quejas, denuncias y reclamos estuvieron desde su origen, a cargo de religiosos, fundamentalmente peninsulares, como el padre de las Casas, *el gran apóstol de las Indias*. Su *Brevisima relación de la Destrucción de las Indias*, como sus otras denuncias, dio pábulo a la leyenda. No faltó quien considerara exagerados los hechos que presenta. Puede admitirse, al margen del énfasis que pusiera en sus demandas humanitarias, que no hay uno que esté lejos de la verdad. Tenía 28 años cuando holló el suelo americano, sin haberse ordenado aún sacerdote. Su padre y su tío habían estado antes en América. Cumplidos los 90 años seguía este gran hombre en su lucha que, por cierto, no había sido siempre infructuosa, aunque por momentos viera su acción, – como *los visitadores* encargados de suprimir los abusos – bloqueada por las maniobras de sus adversarios. El nombre del dominico Bartolomé de las Casas es más o menos conocido a mediano nivel popular. Es decir, su nombre *suen*a. Mas su obra, como todo el problema que ella envuelve, es desconocida ya no a ese nivel, sino hasta entre aquellos de más elevada cultura. No está demás, por tanto, tocar el tema.

Corría 1502. Bartolomé arriba a La Española (hoy República Dominicana y Haití) embargado de ansia evangelizadora. Hoy muchos sonreirán ante esta afirmación. Una vez más, lo de las sensibilidades. Ya en la isla se ocuparía, hombre inquieto, en múltiples actividades: colono, luego minero, más tarde encomendero. Participó, asimismo, en la represión de ciertos levantamientos indígenas. A la orilla del río Janique tuvo una hacienda; la mano de obra que empleó en los trabajos de la tierra, como no podía ser de otro modo, fue la de los aborígenes. Pasados cuatro años viaja a Roma para volver ya diácono.

En 1508 el almirante Diego de Colón le concede una espléndida heredad con un repartimiento de indígenas. Recibe, poco después, el presbiterado del obispo de Puerto Rico. Diz que fue el primer sacerdote ordenado en estas tierras. Comienza allí su tarea evangelizadora, cumpliendo con el espíritu legal de la encomienda. Es la oportunidad en que oye las protestas de labios de dos dominicos: fray Pedro de Córdoba y Antonio de Montesinos. Ambos viajarían a España para elevar su protesta por el trato a los nativos. Consecuencia: la revisión de las *Ordenanzas de Burgos* (1513) con el resultado de la moderación sobre las normas del trabajo. Las leyes castellanas consideraban a los indígenas súbditos libres – sometidos a tutela – por lo que, aparte de todos los derechos anexos a la persona, tenían el de poseer bienes como cualquier español. No se admitía que trabajaran sino voluntariamente, con salario y con asistencia espiritual, como se ha visto. Esto importaba a la sincera conciencia cristiana de entonces. No hablamos aquí de lo que seguiría ocurriendo en la realidad de los hechos, sino de la forma cómo ciertos religiosos y autoridades lucharían contra ella.

En 1514 hallamos a Bartolomé de las Casas en Cuba, ya con una conciencia forjada sobre su misión en la Tierra. De diversas partes le siguen llegando noticias sobre los abusos. La duda sobre la legitimidad del sistema de la encomienda comienza a corroerle el alma. Fiel a su conciencia, renuncia a todo lo recibido del gobierno.

Vuelto a La Española, animado por fray Pedro de Córdoba viaja a su patria. Defiende ante las Cortes la tesis - que nunca abandonaría - de que *España y las Indias conformaban una unidad indivisible*: la razón fundamental de la colonización estaba en evangelizar el Continente descubierto. Razón y deber. España era la mano providencial llamada a esa misión. En 1515, Fernando el Católico, muy enfermo, le recibe, le escucha con atención y le remite a los encargados de los asuntos indianos. Muerto a poco Fernando encuentra apoyo en dos cardenales, Jiménez de Cisneros y Adriano de Utrecht, luego papa Adriano VI. Jiménez de Cisneros, confesor de Isabel la Católica en vida, ocupaba ya el más alto puesto político en el Gobierno y sería regente y gobernador de Castilla hasta la llegada del nieto de Fernando, Carlos de Gante, (rey Carlos I, emperador Carlos V). Una comisión especial le encarga un plan de *Reformación de la Indias* en 1516, por el cual unas comunidades indígenas serían libres, otras dirigidas por funcionarios reales. Las Leyes de Burgos serían revisadas para su mejor cumplimiento. El Cardenal no se quedó mano sobre mano. Envió, por su lado a tres monjes y un juez ejecutor para comprobar las denuncias de Bartolomé y castigar los abusos. Con todo su gran poder el cardenal no logró sino que sus enviados fueran amenazados o sobornados por los encomenderos. Terminan proponiendo mayor rigor con *los indios indolentes y malvados*. Como siempre la realidad supera a la imaginación.

Pero el dominico no era hombre de soltar la esponja. Persistiendo en sus protestas logra hacerse escuchar en sesión real. 1517. Sugiere allí - volvemos al punto de la mentalidad de cada tiempo - que se lleven a las Indias negros esclavos del África. Valga en su descargo la confesión en sus *Memorias del funesto error*. Nunca como entonces pudo valer aquello de que *humanum errare est*. Sus esfuerzos se ven coronados en 1520. Carlos I firma, en la Coruña, la *Capitulación* que permitirá al indolegable sacerdote poblar una franja de costa de 300 leguas en Venezuela y Colombia y, declarada una vez más la libertad personal de los naturales, fundar tres ciudades. Esto es lo que en España se llamaba *colonización*: sinónimo de asentar poblaciones y evangelizarlas. Como hasta el más duro hierro se ablanda a los golpes del martillo, las Casas hubo de ceder ante los golpes de la realidad más tenaz que su inmensa voluntad cristiana.

La finalidad hasta aquí, ha sido iluminar un tanto las dificultades de origen humano con que tropezaba la Corona española, imbuída de los mejores propósitos. A medida de los fracasos, el espíritu del dominico se radicalizaba. Veinte años después, seguía en el yunque. Escribe, en 1536, su *De único vocationis modo*: no es la fuerza la llave para llevar la religión - la civilización - allí donde no existe. Condena enérgicamente toda forma bélica. Y como una *voluntad en tensión siempre consigue algo*, (41) el papa Paulo III emitía, al año siguiente, la bula *Sublimis Deus*: los indígenas, perfectos seres humanos, debían recibir la fe en perfecta libertad. En 1539 Carlos I, a quien no abandona la preocupación indiana en medio de sus mil problemas, atiende sus demandas: convoca una Junta para hacerle oír. De las Casas expone en ella *Los 16 remedios para la reformación de las Indias*. En su largo memorial consta un artículo por el cual ningún indígena estaría encomendado a un cristiano español. De la magna Junta surgen en Valladolid las *Leyes Nuevas*. Al año siguiente, (1543) se reorganiza el Consejo de Indias prohibiéndose absolutamente la esclavitud de los indígenas viéndose libres de los encomenderos. En adelante estarían bajo la protección directa de la Corona y en toda nueva exploración participarían dos eclesiásticos encargados de la conversión religiosa por medios pacíficos. No satisfecho procuraría, más tarde, que ningún encomendero pudiera ser absuelto en confesión. Las reacciones no se hicieron esperar.

Infatigable, logró en 1547, en una reunión de obispos en Nueva España, que se confirmara la libertad de los naturales y se les devolviera cuanto se les hubiera quitado. La ola en contra se encrespa, crece, por lo que vuelve a buscar respaldo en el monarca. Para entonces *el debate* había ido consolidando la conciencia sobre el problema de Indias. Mostró su recio carácter intelectual cuando hubo de trenzarse en una fuerte polémica con Juan Ginés de Sepúlveda. Su resultado marca un hito histórico. Sepúlveda, apoyándose en la declaración de Aristóteles de que determinados hombres eran esclavos naturales, sostendría que los aborígenes americanos pertenecían a esta clase. Bartolomé, respaldando-

se en el cristianismo, afirmaba la igualdad entre todos los hombres, habitaran dónde fuere y vivieren como vivieren. El Consejo de Indias cerró el pleito declarándose por su doctrina. Abril de 1551.

La Corona, pues, rechazó la argumentación de Sepúlveda confirmando la conversión pacífica de los indígenas. También el obispo de Segovia hizo condenar por las Universidades de Salamanca y Alcalá la obra que sustentaba las doctrinas de Sepúlveda.

El bosquejo sobre Bartolomé de las Casas nos da un destello de su lucha sin treguas por el indio. En medio de arduos estudios y combates, siguió escribiendo. De una lectura trivial de la *Brevísima relación de la Destrucción de las Indias* extrajeron los cultores de la leyenda negra sus más socorridos argumentos. A la luz de una rigurosa ponderación histórica poco valen. Del conjunto encuadrado en las circunstancias temporales de su lucha, surge cómo su inquietud influyó en favor del indígena americano, evidenciándose al mismo tiempo la conciencia despierta en España a nivel de la monarquía, su sensibilidad frente a los problemas que se le presentaban y su constante cuanto activa búsqueda de soluciones. En cuanto a la efectividad de las medidas es ya harina de otro costal. La lid, más que contra las desviaciones de la ley, se entabló contra las tendencias de la condición humana, reacia de doblegar ni por la más santa inspiración. No obstante, para valorar en definitiva la conducta española en la América indígena, basta la citada declaración del Consejo de Indias de 1551, efectivamente un verdadero hito dentro del proceso civilizador español.

Capítulo en que se ha puesto mucho énfasis es el referido al menosprecio y postergación política de los criollos, - españoles americanos. No existió nunca un estatuto que estableciera discriminación alguna contra ellos. Lo más que puede decirse al revisar los escritos que cuidadosamente examina Ramón Ezquerro es que algunos de los que se ocupaban del asunto opinaban que los criollos se contaban entre los más corruptos y que en tren de otorgarles autoridad, lo conveniente era que se les dieran cargos fuera de la región donde habitaban, ya en América, ya en la Península. Y así ocurría. Numerosos son los criollos y aún extranjeros que desempeñaron altos cargos en América... y en la misma Península.

Tempranamente en el siglo XVI puede citarse el caso de Hernandarias, el primer criollo que ejerció como Gobernador en Asunción, cuando el Paraguay se incluía en la *Provincia Gigante de las Indias*. Preocupado por la suerte de los indios promovió el establecimiento de la orden jesuita en la región, creando las misiones guaraníicas. Participó en expediciones y batallas y acompañó a Juan de Garay en la fundación de Santa Fe y de Buenos Aires. Sus méritos, que no desconoció España, le hicieron acreedor a que su retrato luciera en la *Sala de Ilustres Varones de Indias*, en la *Casa de Contratación de Sevilla*. Omito comentarios frente a hechos que hablan por sí. Otro criollo, oriundo de Nueva España, Juan José Vértiz, sería nombrado virrey del Río de la Plata en 1778, contándose su período - hasta 1784 - como uno de los más fecundos.

Setenta los americanos que se desempeñaron como representantes de América en las Cortes gaditanas en la jura de la Constitución liberal de 1812. Cinco por el Virreinato del Río de la Plata, entre los que se cuenta Rafael de Zufriategui, por Montevideo. Tres por la Capitanía de Caracas. Nueve por la de Guatemala. Uno por Chile. Veintidós por el Virreinato de Nueva España. Veinte por el de Perú, entre los que se nombra a Inca Yupanqui Dionisio. Tres por el de Santa Fe de Bogotá. Cuba: cuatro. Puerto Rico, Santo Domingo y Filipinas: uno por cada región.

Dos extranjeros alcanzaron la categoría de *alter ego* del rey de las Españas. Ambrosio O'Higgins, irlandés de origen humilde que hizo una carrera al servicio de la Corona española, culminaba en 1796 como virrey de Chile. Le cupo también una gestión progresista. El otro, cuya trayectoria en el Río de la Plata le llevó a la cabeza del virreinato, es Santiago Liniers, francés, protagonista en las invasiones inglesas en 1806. Estos casos evidencian no una discriminación a favor de los españoles peninsulares, sino el reconocimiento del mérito a los servicios a la Corona. Atendamos a la reflexión de Héctor Miranda.

*Se ha repetido hasta el cansancio, sin que nadie se haya tomado el trabajo de examinar la observación, que los criollos eran sistemáticamente menospreciados por los españoles en América y alejados por sistema de los empleos y honores. Sin embargo esto no es exacto, a lo menos en términos absolutos.*

*Es probable que la obtusa petulancia de muchos mirara por arriba del hombro a los nacidos en Indias; pero basta observar el puesto distinguido de los criollos en la vida de la colonia, para ver todo el error de aquel vulgarizado concepto. Nombrando a Mariano Moreno, Leiva, Anchorena, Rivadavia, Belgrano, Pérez Castellano, Larrañaga, Nicolás de Herrera, Zufriategui, Obes, entre los intelectuales, y a Artigas, Rondeau, Cornelio Saavedra, Ocampo, (Martín) Rodríguez, entre los hombres de acción, - y recordando su prestigio eficaz dentro del antiguo régimen, se está obligado a reconocer que el socorrido antagonismo era, en mucho, artificial y fantástico. (42)*

No puede dejar de señalarse la falacia repetida por diversos autores que comienza señalando que entre los 166 virreyes y demás altas funciones que sumarían 754, sólo aparecen 18 criollos a lo largo de tres siglos. La falacia radica en no tomar en cuenta que durante ese lapso el avance administrativo, no obstante la fundación de ciudades, universidades e instituciones diversas, no podía dejar de ser sino extremadamente lento dada la vastedad del Continente, las enormes dificultades de todo género que se han venido señalando, lo exiguo de la población europea radicada en él, así como la falta de preparación para los cargos de la nativa y sus mezclas con las venidas de la Península. La ponderación de éstos y otros factores no es tan fácil como recorrer la nómina de gobernantes. Lo anotado por Héctor Miranda pone de relieve la tendencia – no sólo en el Virreinato del Plata – de la no discriminación respecto a los criollos que iban ocupando posiciones nada despreciables en las jerarquías social y administrativa.

Dentro de este capítulo caen las acusaciones de arbitrariedad de las autoridades, el tópico de *los mandones*. No salen bien parados los detractores en cuanto a la versión de la prepotencia de las jerarquías. La declaración de un testigo, Tomás Guido. Da cuenta de cómo se fugó Juan Martín de Pueyrredón acusado ante el Virrey Cisneros de conspirar. Declara Guido que venía el nuevo Virrey con espíritu conciliatorio pero ante la efervescencia creciente decretó su prisión y traslado a España. Al enterarse su hermana, corre al Cuartel de Patricios y convence a la oficialidad para que pueda fugar. Así sucede. Es en este punto que el relator nos habla de la *exageración del mandón español*. Los argumentos que empleó la señora para lograr su propósito pueden resumirse en esto: *¿Consentiréis que sea expulsado de su país, tal vez para siempre, sin hacerle un cargo, sin oírle y sin juzgarle?*

Hemos insistido sobre la sensibilidad de la época – verdadero tiempo de salvajismo tanto se tratara ya de españoles, criollos, o indígenas, de unitarios o federales, ya en el otrora sosegado Sur, como en aquel entonces revuelto Norte. No digamos de los expedientes de sangre en una como en otra región, una vez desatado el conflicto. Mas antes de acusar de arbitrariedad al virrey Cisneros, confrontemos el episodio que le tocó vivir a Dorrego cuando este mismo Pueyrredón – *alma generosa*, le llama Arturo Capdevila, (43) – pocos años después Director Supremo del Estado, emite un *firmán* contra él. ¡Ironías de la Historia!

Os preguntaréis qué es un *firmán*. La palabra no es castellana, aclara el autor. ¡Es turca! Y de la más siniestra Turquía despótica. Ha quedado como sinónimo de resolución arbitraria, de decreto tiránico. ¿Pues de qué trataría el despótico decreto del *alma generosa*? Justamente de la extrañación de Dorrego, oficial que en 1816 llevaba rendido buenos servicios a la patria, no sin haber disputado con Belgrano, con Azcuéna-ga y con San Martín. Claro que el destierro perpetuo a que le condenaba el Director no era por esta causa, sino por *sospecha* de conspiración. El barrunto iba de una mano con el aumento de la popularidad del coronel Dorrego, sindicado como federal; de la otra, con la autoridad del Supremo, que sentenciaba sin juicio previo ni oportunidad de defensa alguna. No sería ésta la primera vez que Dorrego

sufiría en carne propia los dictados de aquellos *libertadores*; la siguiente vez la pagaría con la vida a manos de Lavalle, levantado contra la autoridad legítima. Muerte sin juicio ni defensa: *asesinato*.

Sabido el significado del ukase, indaguemos su contenido. Destierro a lejanas regiones, de donde no pudiera volver: un barco corsario, surto en el puerto, dejaría en Santo Domingo, al *genio discolo y tumultuario*. Así calificaba el decreto de Pueyrredón a Dorrego, extendiéndose sobre sus indisciplinas de años atrás. Y en algo se parecería este acto al del fusilamiento decretado por Lavalle: en uno como en el otro caso, no se permitía al desterrado despedirse de su familia... Ni siquiera de la esposa encinta.

Entre nosotros, casi cincuenta años después, registraríamos un destierro similar a la Habana, en la barca Puig, de algunos tenaces opositores al gobierno dictatorial de turno.

Desde la cubierta de una ágil nave, una *goleta*, - equivale a *golondrina de mar* - contempla Dorrego ya cómo se aleja el puerto de Buenos Aires. Cuando se pierde de vista no le queda más que agua a su alrededor y las cuadradas velas por toda compañía. En su fuero interno está que explota: su impotente rabia se adivina en la fijeza de su mirada. Un oficial del barco se detiene junto a él.

-¡Eh, Manuel, qué suerte la tuya! – Es un viejo compañero de juergas quien le apela. Han estado juntos en la batalla de Huaqui y luego en la de Suipacha. Sabe de su temperamento impetuoso y temerario. A manera de consuelo le palmea sonriéndole, dispuesto a oírle para que se desahogue.

-¿Suerte, dices? ¿Sabes acaso adónde va este barco?

-¡A eso me refería, hombre! Llevamos rumbo a Santo Domingo en el Caribe. Tengo entendido que el capitán tiene la orden de dejarte allí. Te advierto, viejo, que de cien tipos que recalán en la isla, cincuenta mueren por las fiebres pestíferas. Ni bien pongas el pie trata de zafarte o no contarás el cuento!

-¡Eso es lo que busca el canalla de Pueyrredón! Pero no se saldrá con la suya... ¡Ya volveré!

-Pero, ¿qué es lo que ha pasado? En la ciudad se tiene tu nombre muy en alto. He oído que tu regimiento hizo una presentación cautelosa frente a don Martín, sugiriendo que no era posible extrañarte sin juicio a lo que no dio lugar el malvado. ¡Ah, eso te hace después del balazo que te atravesó el brazo en Huaquil! A poco te estabas presentando para seguir peleando y eso que lo hacíamos sin paga... ¡Vaya!

-¡Sin sueldo ni gratificación según el parte alabando mi valentía, benemérito y recomendado oficial de confianza del general! ¿De qué me ha valido? Ese balazo nada fue al lado del que me atravesó el cuello y destrozó el esófago...

-¡Si lo recordaré! Yo portaba la camilla: ibas ensopado en sangre! No dábamos dos cobres por tu vida... Creí no verte ya entre los vivos. Ahí tienes para qué han servido nuestros esfuerzos. Por eso y por todo este mareo de los señorones que se han adueñado de nuestras vidas es que decidí hacerme marino, harto de maldades y trapisondas, cárceles, confiscaciones y destierros. ¡La revolución prometida! Nada hay que esperar de estos mandones... Pero no me dices por qué se te trata así...

-¡Fue un milagro que me salvara! Mira, de lo que se trata es de que yo llamo al pan, pan y al vino...

-Sí, desde el colegio se sabe que no eres corto de lengua...

-¡Así es, nada de mentiras conmigo! En la ciudad se sabe que yo me he opuesto al miserable designio de Pueyrredón, a esa maturranga de traer a los portugueses a la Banda Oriental... ¿Para eso hicimos la revolución?

-Si mal no recuerdo tu padre es portugués, Manuel...

- Nada que ver, compañero, mi padre es una cosa, la patria otra! Sí, como tú dices, no me muerdo la lengua... El caso es que alguien creyó que porque yo he peleado contra Artigas pasaría esa marrullería en silencio. Al fin voy a pensar que ese hombre, al que se quiere y respeta en las Próvincias tiene razón...

-¡No te entiendo! ¿Artigas? ¿En qué tiene razón?

-La tiene en que no podemos echarnos las provincias en la bolsa, no es lo que prometía el alzamiento de Mayo. Primera razón. También me ha tenido con la sangre en el ojo esa cuestión de Belgrano, San Martín y toda la comandita para traer un rey. ¡Cómo! ¡Vertemos sangre a mares para deshacernos de uno y ahora buscamos meternos otro encima!

Dejemos la cuestión de la santidad criolla en materia de *mandonismos* para ocuparnos de otro tema, entre los tantos infusos en la propaganda independentista contra España, relacionado con la falsedad de considerar las regiones americanas como colonias, conectado al aspecto económico. Esta es la real problemática. Una de sus vertientes refiere a la prohibición de plantar viñedos y olivares, atribuida a una voluntad arbitraria del sistema. Más teoría que realidad. No se prestaría para tratarlo en serio. Colonias, reinos, confederación, o como se quiera considerar la relación entre España y el Continente por ella descubierto, es irracional imaginar que alguien esté obligado a actuar contra sus intereses que, en el caso, eran intereses mutuos. Vayamos por partes.

Cualquiera que actualmente viaje por España, notará, antes que otra cosa, sus inúmeros olivares. En cuanto colina aparezca a la vista, nos sorprenderá el paisaje de olivos trepando las lomas hasta las crestas, donde parecería imposible plantar un árbol. Una disposición de años atrás de la *Unión Económica Europea*, dado que el fenómeno se repite a lo largo de los países con costas sobre el Mediterráneo, obligó a la Comunidad a regular el número de cultivos así como las producciones de aceite de oliva. ¿Se le ocurriría a algún economista moderno disputar sobre la *conveniencia* de esta medida? España consideró siempre como un todo, como una unidad económica, sus dominios. Nada más lógico. Y nada más lógico que la mutua conveniencia de que así fuera, particularmente en aquella época de tremendas dificultades de traslados y transportes.

La misma consideración cabe en cuanto a los viñedos y sus derivados. La idea, apuntaba a no aumentar lo que ya se producía suficientemente. Contando América con numerosas otras posibilidades de cultivos más necesarias a la economía de la nación, ¿qué racionalidad tenía aumentarlas? El propósito era fomentar un intercambio armónico. Jamás pasó por la cabeza de autoridad española alguna prohibir la agricultura. Por el contrario trató por todos los medios de expandirla en alas de las tendencias fisiocráticas. Que lo diga Belgrano, comisionado para ello. La estrategia económica consistía al fin en que hubiera complemento de producciones. Dígase, además, que ningún particular se vio privado de tener su parra o su olivo, como muestra característicamente la literatura concerniente a las hábitos de los pobladores de estos lugares.

En *Las raíces torcidas de América Latina*, (44) entre desafinaciones e imprecisiones – comenzando por el título – se hacen afirmaciones que, formalmente y fuera de contexto temporal, pueden parecer razonables. Constituyen, empero, el formato típico de lo que se viniera afirmando dentro de las coordenadas de la leyenda negra sin profundidad de análisis. En un pasaje el autor señala que *de acuerdo a la mentalidad mercantilista se suponía que el papel de las colonias era el mercado cautivo al servicio de los productores de la metrópoli*. Acierta sólo en lo que se trata de una suposición.

Los americanos, que impropriamente – más para ese momento – llama *latinoamericanos*, no debían manufacturar lo que la Península producía. La *competencia*, elemento clave del desarrollo económico estaba deliberadamente proscrita. El modelo económico asignado era "complementario". ¿Comporta ello una irracionalidad? Montaner, el autor, olvida que trata de una nación soberana. Habla desde la cárcel de su idea neoliberal. Líneas más abajo nos dice que *sin embargo, el desarrollo industrial no siempre estaba vedado por designios imperiales*. ( ) *Al menos en tres sectores España alentó claramente la producción industrial en América: el obraje, como se llamaba a la industria textil, presente entre aztecas, mayas e incas, antes de la llegada de los españoles; el azúcar, siembra ideal en los climas tropicales y subtropicales, servida por infinidad de esclavos negros; los astilleros navales, para los cuales existían unos inmensos bosques madereros*. A este respecto se tendrá en cuenta las observaciones de Juan y Ulloa destacando la calidad de ciertas maderas próximas a las costas del Pacífico, así como

las ventajas de establecer potentes industrias navales que no obstaba a las existentes en la Península. También otras producciones alentó España.

La industria textil – sigue Montaner – había alcanzado un buen grado de desarrollo capitalista, especialmente en Méjico, potenciando la producción de otros bienes conexos entre ellos los colorantes que requerían los textiles: *'el pan de añil, para dar un tinte azulado, sacado de las hojas maceradas del xiquilite; el palo campeche, que cubría de color granate, la chinchilla, un pigmento que se obtenía de un diminuto insecto que vivía en el nopal, del que se extraía una sustancia roja prácticamente indeleble*.

Aunque no parece adecuado adjudicar a esa industria el calificativo de *capitalista* para entonces, es justo al destacar un hecho que se presta a la reflexión. Esto, como las artesanías en el Río de la Plata, defendidas en 1809 por Gregorio Martín Yañiz, ante la apertura de las importaciones inglesas por que se afanaban los librecambistas, era lo que se veía destruido por esa *competencia clave del desarrollo*. Su destrucción, llevada a cabo por el liberalismo independentista, es lo que trajo el atraso de América. El autor desde la mira de la escuela neoliberal, oblitera el hecho de que la potencia de los países desarrollados se debe al proteccionismo que practicaran – hasta hoy – a contrapelo de lo que predicaban y siguen predicando.

Una segunda reflexión trae el recuerdo del florecimiento de los burgos itálicos – Florencia y demás – debido, entre otros factores, al fuerte desarrollo de la industria de la fibra, acorde con un similar proceso.

Continúa diciendo que la norma era no *comprarle a los extranjeros, aunque el precio y la calidad fueran mejores*. *Tampoco ( ) venderles y el comercio tenía que hacerse en naves con insignia castellana, sólo con los puertos escogidos por la Corona ( ) – y por medio de compañías formadas por privilegio real para enriquecer a los nobles favoritos del monarca en régimen de monopolio. Ese era el pacto colonial*.

Caben aquí algunas otras precisiones. Fuera de su contexto temporal estas aseveraciones tienen un sentido equívoco. Los parámetros comerciales de la época no reflejan sino el pensamiento común a las naciones de entonces: ésa era la estrategia de todas. Lo afirmado respecto a *las compañías* para favorecer a ciertos nobles es una expresión demasiado lata e inexacta. La nobleza castellana se halló en pugna con la monarquía, aparte de que, justamente por aquellos prejuicios que les vedaban la actividad comercial, se ocupó tardíamente del comercio. El decreto de Carlos III al respecto es de 1771. Por otra parte – afirma el propio Montaner – *resultaba muy difícil que una pragmática real desterrara de un plumazo una milenaria concepción de la vida*.

Un repaso de la documentación de la época, como la que hace Ramón Ezquerro, no arroja tal conclusión de privilegio sino la de que frente a las ingentes dificultades para impulsar el comercio entre dos continentes separados por un océano, era conveniente propiciar condiciones para que los comerciantes – no los nobles que *ocasionalmente* actuaran como tales – se organizaran para que con el concurso de diversas fuerzas económicas, se lograsen ciertos cultivos demandantes de capitales y su complemento mediante flotas mercantes y demás. Todo lo cual se veía como solución sujeta al otorgamiento de ciertas ventajas que alentarán la formación de esas compañías. Otra práctica universal que llega hasta nuestros días. Con la diferencia de que los privilegios actuales se otorgan a compañías transnacionales, llegando hasta la concesión de zonas y *puertos libres*. Estos extranjeros que reciben tales prebendas ni siquiera se ven sujetos a las leyes soberanas nacionales bajo el pregonado *liberalismo*.

No cerremos el análisis de los asertos de este autor sin destacar uno ajustado en parte a la realidad:

*Resulta sorprendente el hábil manejo durante algo más de tres siglos de la inmensa complejidad americana, y es verdad que América fue un territorio relativamente pacífico durante ese larguísimo periodo, pero esos indudables beneficios eran el resultado de una tradición centralizadora y dirigista que no estimulaba la responsabilidad ni el autogobierno.*

Nada que objetar a la primera parte. Contrastese ese lapso con lo que siguió tras el independentismo. Preguntémosnos, justamente al contrastar ambos períodos, si hubiera sido posible mantener ese gigantísimo territorio en paz de otro modo. Y aún: ¿existía en alguna parte lo que reclama a España suponiendo correcto lo que dice? El lapso que subsigue a 1810 muestra a las claras, en ausencia de un poder fuerte, en qué desembocaron los nacientes países. Medítese, de paso, sobre los reclamos de Juan Manuel de Rosas para cargar con el gobierno de una sociedad sumergida en el caos, anarquizada de un extremo al otro, sin ser esto una defensa del poder centralizado, sino una visión ponderada de las circunstancias. San Martín, Bolívar y un sinnfin de próceres americanos pensaban lo mismo.

Medita Montaner, refiriéndose a la lentitud de la administración de la justicia por estos lares, que *tal vez era una misión imposible. Desde Sevilla, Valladolid o Madrid - pese al inmenso esfuerzo por documentarse que hacían los funcionarios españoles, - América debió ser una realidad poco menos que inasible.* También que el arribo de los Borbones al trono español en 1700 *se había traducido en un constante esfuerzo de modernización de la administración pública ( ) de manera que, poco a poco, las nuevas ideas liberales y antimercantilistas fueron penetrando en el corpus ideológico de la clase dirigente, hasta llegar a prevalecer en los reinados de Carlos III y IV, período en que los numerosos puertos españoles se abren al comercio con América, se rebajan los aranceles y se permiten las exportaciones e importaciones con otras naciones.*

Estamos ante la cuestión de libertad comercial que, acorde a la mitología independentista, se demandaba a España. Este es, aunque no debiera, un gran tema aquí. Y digo que no debiera por la facilidad con que puede visualizarse la falsedad que envuelve. Louis André, en *Luis XIV y Europa*, asegura que este rey *aprovechó la supresión, por la Corte de Madrid, de la tolerancia concedida a los comerciantes extranjeros de participar en el comercio de la metrópoli con sus colonias de América. Una escuadra francesa fue enviada a Cádiz en junio de 1686, - no gobernaba aún su nieto Felipe V - y se suprimieron los impuestos nuevamente establecidos sobre las mercancías de las Indias occidentales; los españoles no pudieron ya impedir que los comerciantes franceses unieran sus barcos a la flota que iba todos los años a buscar plata y oro al Perú y que cargaran allí sus mercancías como tenían por costumbre.* (45) Este tipo de situaciones se había dado múltiples veces. De hecho nunca había existido un cerco de hierro que quitara el sueño a los que ahora levantaban el lábaro de la libertad de comercio hasta el punto de desbaratar la nacionalidad.

El proteccionismo, como el mercantilismo, su anexo histórico, era universal, en el entendido de que favorecía a la nación que lo ejercía. Naturalmente que había, en estas regiones, intereses encontrados con las limitaciones que generaba a ciertos grupos y que éstos anteponían al beneficio comunitario. Vecino a esta problemática se encuentra lo del monopolio, cantera pródiga pero bastante mal entendida. Había dejado de existir décadas antes del movimiento independentista. Por lo demás, las limitaciones derivadas, se suplían generosamente con el contrabando, escabroso problema para España en este Continente, de abajo a arriba y de arriba abajo. Economistas y autoridades de la época un día sí, y otro también, por este o por aquel motivo, se preocupaban en hallarle soluciones por los ingentes perjuicios que causaba a la Administración pero en la realidad eran poco operativas. Normalmente las propuestas pasaban por rebaja de aranceles, por la apertura o facilidades a unas u otras naciones, al vaivén de los avatares políticos. De todos modos la *Pragmática de libre comercio* de 1778 había concluido con la cuestión. Por si fuera poco, el recordado tratado de 1809 con Inglaterra estaba ya en vigencia. El virrey Cisneros, ese año, había permitido el desembarque de las mercaderías inglesas. ¿Qué más se quería? La verdad es que el quid no estaba allí.

Otra cuestión dentro de este orden económico es la de las minas en América. El problema fue exaltado desde el ángulo de la explotación del indio llegando a decirse que fue causa del exterminio de sus poblaciones, y del robo de nuestras riquezas. Sobre el tratamiento indebido a los naturales mucho se ha hilado, sin exactitud ni imparcialidad. Jamás se advirtió que la situación, fuere la que fuere, no obedeció a un designio perverso de los gobiernos españoles. Lo contrario es lo verdadero. Sólo puede sostenerlo de buena fe quien esté dominado por una ignorancia crasa de los ininterrumpidos esfuerzos de la monarquía por corregir abusos y atropellos. Todo el trabajo relacionado con la extracción de

metales estaba humanamente reglado por la ley. Cuando menos - lo que habla alto en favor de España - de modo similar al espíritu de las más avanzadas legislaciones laborales modernas.

Así como no calificaríamos hoy día de déspota ni explotador a un gobierno cuyas leyes laborales sean infringidas, no cabe hacerlo con la Corona española. Puede decirse que se vio sobrepasada por la incontenible avaricia humana, pero no que haya declinado en momento alguno el sentido moral de protección al indígena. No fue así en la era criolla. Montaner reconoce que *el exterminio y el atropello de los aborígenes se mantuvo y hasta se agravó tras el establecimiento de las repúblicas...* También lo reconoce Rodó. Aparte de la abundante literatura indigenista que apenas hemos citado, lo confirma Antonio Lezama, en su *ensayo sobre el origen de la idiosincrasia rioplatense*, donde examina el manido tema del *exterminio*. Sus conclusiones, respaldadas por certeras y documentadas observaciones aventan la última duda.

Afirma que contrariamente a lo que de larga data se ha venido sosteniendo, el supuesto proceso de europeización del nativo es contrario a la comprobación histórica: antes que ello operó la *americanización* del europeo. Sus páginas refieren la mezcla biológica de aborígenes y europeos que dio lugar a un vasto mestizaje que los censos, lejos de tomar en cuenta, pasaron totalmente por alto. El mestizo, como el propio español, tenía a todos por españoles. De este modo parecía haber desaparecido el aborigen cuando, en realidad, ambas estirpes humanas se sumían en una nueva. Volveremos sobre el punto de la mano de Concolorcovo.

El tópico del robo de las riquezas - el oro y la plata de los yacimientos - es más que discutible. Tanto quizá como los cálculos de las cantidades extraídas y las que efectivamente llegaban a España, al margen de la consideración de si ello constituyó un beneficio o condujo a su ruina. Las opiniones al respecto datan del siglo XVII. Abundan ciertamente en el XVIII entre gobernantes y gente de pensamiento. Mas no es esto lo que importa sino el significado real de la extracción con referencia a si puede llamarse robo o qué. Examinemos con realismo el hecho atendiendo a dos aspectos básicos.

Una versión corriente estigmatiza al español sosteniendo que obtenía los metales de los indígenas a cambio de cuentas y abalorios, hablando de abusos. El nativo que se sentiría feliz con tales operaciones no lo pensaba así. El *valor* que damos a un objeto es subjetivo. Él no daba *valor* al metal; sí el español. Por mucho que se quiera introducir juicios morales en la cuestión, no tiene vuelta. Estamos ante culturas dispares. El europeo apreciaba la plata y el oro en función del servicio que prestaba como medio de cambio del que se hallaba escaso su creciente comercio. Le confería, por ello *un valor* que no tenía para quienes no sentían su necesidad. Si aplicamos el criterio primario de esa versión, los causantes de la decadencia que acarrearían los metales a España - según algunos historiadores - serían sus proveedores. En esta línea de razonamiento los incas serían los causantes de la decadencia española del siglo XVI. En un caso como en otro hay completa arbitrariedad de juicio. En el primero no tiene el significado moral que se adjudica a ese trueque. En el segundo la responsabilidad no está obviamente en el metal ni en quien lo suministra sino en el empleo que se haga de él, anexo, en el caso de España, a otros factores.

Pasemos a lo del *despojo o robo* que se hacía a América, a sus habitantes. Hay aquí una abstracción a varias puntas. No vale la pena detenerse a examinar la variedad de conceptos mezclados en la cuestión que puede reducirse sustancialmente a ¿cuál el beneficio de los naturales de no haber explotado los europeos las minas? Los yacimientos hubieran quedado - más menos - en el seno de la montaña. ¿En qué se perjudicaron los naturales por su extracción? Absolutamente en nada. Así pensaba Concolorcovo. Más: consideraba que el español había beneficiado sobradamente al indígena al enseñarle técnicas que estaban quizá a miles de años de poder descubrir, así como suministrarle a cambio, útiles herramientas que desconocía. Tales eran *los abalorios*.

Uno de los grados de abstracción en estos planteos radica en imaginar que para la gente que habitaba estas tierras, la extracción de los metales y su traslado a Europa, significaba poco menos que privarlos del sustento. Absurdo. Las minas, desperdigadas en un vasto casi inimaginable desierto, no tenían otro *valor* que el subjetivo que el que le otorgaba el europeo sin consecuencias perjudiciales

para las poblaciones que ignoraban en general su existencia. Para aquellas que habitaban, en reducido número las comarcas mineras, *nada significaba* su explotación que, por otra parte, no podrían haber desarrollado en gran escala con sus medios y técnicas.

Del perjuicio sólo cabría hablar en lo atinente al empleo de la mano de obra indígena en las tareas de extracción. Difícil imaginar que no hubiera de recurrirse a ella. Esto, en principio, no sería condenable. Lo fue por el tratamiento indebido que los particulares aplicaron a la explotación de los yacimientos contra las leyes vigentes. Capítulo ya examinado. Cuando tratemos de los testimonios contemporáneos de Concolorcorvo analizaremos la cuestión con más detalle. Cabe destacar, ahora, la concordancia de Lezama sobre el particular, con la salvedad de que su análisis es más radical aún. Pone de relieve la apreciación del nativo por el herramental europeo que cambiaba por el metal que no apreciaba tanto. Lezama va más lejos y concluye que el español procuró, en primer lugar, asegurarse el dominio político de estas tierras impidiendo a otros países su acceso a ellas. El segundo objetivo fue obtener una renta que asegurara y justificara mantener ese dominio. Mientras que el primer objetivo se cumplió con relativo éxito, el segundo fue, a mi juicio, un rotundo fracaso en lo que al área sudatlántica se refiere y, probablemente, para el conjunto del dominio español. Añade que a pesar del esfuerzo sostenido, *contrariamente a la opinión generalizada, creo que si medimos en trabajo humano (horas de trabajo invertidas) el valor de lo intercambiado entre la América sudatlántica y la península ibérica – y también con Europa en su conjunto... terminaron perjudicadas.* Razona finalmente el cuidadoso investigador:

*no hay duda de que América recibió muchísimas más horas de trabajo que las que exportó. ¿Cuánto costaron, en horas de trabajo, las flotas del descubrimiento que concentraban todo el saber y el esfuerzo tecnológico de la época? No sólo el costo del saber acumulado, pensemos en las velas tejidas a mano, en los clavos forjados uno a uno, etc. ¿Cuántos cargamentos de palo brasil – que había crecido espontáneamente y que sólo había que cortarlo – compensan la pérdida de una sola embarcación? No sólo el barco en sí, también las costosas vidas de sus marineros criados en la carísima Europa, comparada con los mínimos costos de vida – casi silvestre – en la América... (Inmecesario detenernos en los múltiples ejemplos que expone. Su impresión final apunta a que) España y Portugal terminaron empobreciéndose, no porque no supieron manejar los tesoros americanos, ( ) sino porque gastaron mucho más de lo que tenían en una inversión que nunca fue redituable.*

Otro cargo hecho a España es el del desprecio hacia las actividades comerciales y el trabajo manual. Cargo desaprensivo por donde se le mire, dado que ello venía de antiguo, tanto como la esclavitud practicada por unos seres humanos contra otros. Sabido es, que estas tareas eran relegadas entre los griegos a gente considerada inferior. Y de antes aún: jamás se vio a un faraón, o algún integrante de la casta sacerdotal egipcia, inclinado escardando un sembradío. Tal categoría surgía de la comparación con aquellos que disfrutaban de una posición social superior – llamémosle más cómoda – derivada del poder alcanzado por un hecho bélico, por la posesión de ciertas riquezas como la tierra, contada entre los principales, u otras circunstancias. De tales cosas derivaría la concepción de nobleza, a la que se vedaba el acceso al trabajo común. Aristóteles dixit. Los romanos acentuarían la idea de los griegos. El hecho achacado a España era común a la cultura de la Antigüedad. La modernidad, hasta hoy, no está libre de esta rémora. Es en España donde se produce, precisamente, una reacción explícita contra esta actitud en tiempos de Carlos III.

Hemos visto que hacia 1771 – hecho de enorme repercusión social – este esclarecido monarca decretaba la hidalguía de todos los oficios. Una consecuencia derivada fue la de que la aristocracia española comenzara a interesarse en el comercio, y no como dice Montaner al tratar de las compañías de ultramar, con anterioridad a esa fecha. No hay, en esta materia, siquiera un resquicio para mantener el cargo imputado por la leyenda negra. A ésta, como se sabe, contribuyó en primera línea Gillaume

T. Raynal, uno de los ideólogos de la Revolución Francesa. Su *Histoire philosophique et politique* (46) preparó el caldo de cultivo.

Llama la atención que los detractores de España, empecinados en esto del trabajo relegado al común, no reparan que la cuestión en poco o nada se diferenciaba, en el país de este libelista, de la de España y demás países. El historiador Georges Lefebvre en *La Revolución Francesa* (47) apunta que *los nobles no podían trabajar sin rebajarse, y cuando Colbert les abrió el comercio marítimo, no encontró gran acogida. Vivir noblemente era portar armas, pertenecer a la Iglesia o permanecer ocioso...*

## 10. ¿Oscurantismo?

Estaríamos ya en sobradas condiciones para hacer un balance de los cargos de los independentistas contra España, pero queda aún bastante por inventariar. Una de las más injustas tachas es la de su oscurantismo. Limitemos el comentario al siglo XVIII, el que menos debían ignorar los actores de Mayo. Casualmente es el siglo más brillante de España. Arranquemos de más atrás. Hacia el 1800 Alemania contaba 22 millones de habitantes; Francia 26; Inglaterra 9; España sobrepasaba los 10. La región del Plata rondaba un millón. Vale la pena tener presentes estas cifras en lo que sigue.

A Europa le llevó desde el XII al XIV, establecer en todo su territorio, con cientos de años de desenvolvimiento de su cultura y ciudades milenarias, cerca de 50 universidades. En España la de Salamanca data de 1218. La de Sevilla, 1254. La Complutense, 1293. De este año es el documento que menciona a la de Valladolid. La primera de Aragón de tiempos de Jaime II., es la de Lérida. La de Alcalá de Henares, 1508, es fundada por el Cardenal Cisneros, culminación de su mecenazgo.

En 1524 España establecía en Méjico una escuela de artes y oficios para los naturales. En 1536 se introducía la primera imprenta en América. En 1538 nacía en Santo Domingo la primera Universidad, aventajando en un siglo a la de Harvard, que daría a los Estados Unidos seis presidentes. En 1551, las de San Marcos, Lima, y la de Méjico. En 1553 teníamos la segunda Universidad de Méjico. Entrando en el siglo XVII tenemos la de Quito, 1620, la de San Fernando y la de San Gregorio Magno. La de Mérida de Yucatán, 1622; mismo año, la de Córdoba; al siguiente, la de Chuquisaca (Charcas.) En Guatemala el colegio jesuítico, 1625. La de San Carlos 1676. En 1639, en Nueva Granada se establecía la de Santo Tomás; en Chile la de Santo Tomás de Manila, 1645; Cuzco, 1692, y dejó alguna otra por el camino. Llegado el siglo XVIII no descansa el oscurantismo y sigue fundando universidades como la de Caracas en 1721; San Felipe en Santiago, Chile, 1738; la Real Universidad de Santo Tomás en Quito, 1786. Cerrado el siglo XVIII el oscurantismo contaba en América 24 Universidades, tantas como puertos habilitados para el comercio. Se llevaban editados siete mil libros e innumerables otras publicaciones. En las universidades españolas como en las americanas, un importante número de sus nativos – muchos entre los promotores de la secesión – estudiaban ya en aquéllas, ora en éstas. Ni en el Sur ni en el Norte del Continente faltaron imprentas. Esto, claro, no lo ignoraban los que las utilizarían contra España, pero no lo tienen claro todavía, algunos de nuestros intelectuales. Rodó no ignoró, obviamente, la existencia de las universidades y demás institutos de enseñanza creados por España en América. Lo atestigua un pasaje en su *Montalvo*. (Ob.597)

*La enseñanza, vinculada, desde el más remoto asiento de la conquista, en las órdenes religiosas, no se diferenciaba esencialmente de la de los centros de instrucción en que había competido el proselitismo de agustinos, franciscanos, dominicos y jesuitas. ( ) La limitación y los vicios de esta enseñanza eran tales como puede inferirse de los moldes tomados en la decadencia española; de la tardía y escasa comunicación con el mundo, y de la crudeza del fanatismo religioso.*

El tenor del pasaje es diminutorio de la calidad de la enseñanza e incurre, por ello, en uno de los tantos *anacronismos ideológicos* mezclados a la tradición independentista. Sabido es que la enseñanza

quedó, desde el Medioevo en manos de la Iglesia, depositaria, al mismo tiempo de valiosísimos documentos de la Antigüedad, por lo que se felicitan los historiadores. El hecho es general en Europa. No podía esperarse que España fuera excepción ni que escapara a las coordenadas de la mentalidad de los tiempos. No tan sabido es que Carlos III se empeñara en una profunda reforma universitaria así como en sacar la enseñanza, por diversos medios, del ámbito eclesiástico. Tras el retaceo, Rodó enumera las personalidades surgidas en ese medio.

*A pesar de ello, el reparto sin ley averiguada que distribuye las naturales superioridades del espíritu había dado a la tradición de aquellas escuelas hombres ilustres y de mente atrevida.*

¿No resulta algo forzado y hasta contradictorio lo que dice? El período referido abarca las dinastías de los Habsburgos y de los Borbones. La acusación de que España deseaba mantenernos en la ignorancia está contra toda evidencia. Hemos referido nuestra sorpresa al oír a un docto intelectual, egresado de la Universidad de la República, sostener en una audición radial que la primera imprenta la introdujeron los ingleses en América en 1806 y que España se había salteado el siglo XVIII. Quizá se tomó a pecho lo dicho por Ortega y Gasset: *Cuanto más se medita sobre nuestra historia, más clara se advierte esta desastrosa ausencia del siglo XVIII. Nos ha faltado el gran siglo educador.* Si aquella afirmación causaba sorpresa, ésta causa pavor.

Pedro Voltes, en *Carlos III y su tiempo* (48) reflexiona: *Queremos creer que Ortega se refiere a la desproporción entre lo imaginado y lo realizado, lo dicho y lo hecho, la doctrina y la práctica, que es evidente en el balance de la centuria. Meditada hondamente la frase no hace tabla rasa de los incontables logros que ésta aportó.* Agrega que de compartir su *sentido literal y superficial* desistiría en el acto de escribir el libro que dedica, precisamente, a la inmensa obra llevada a cabo en la segunda mitad de la centuria por Carlos III.

Por nuestra parte creemos – y esperamos estar demostrándolo – que el XVIII ha sido *el gran siglo educador*. En lo que al insigne monarca se refiere conviene precisar que fue un innegable impulsor de la reforma universitaria en la esfera toda a que llegaba su influencia. La Universidad se caracterizaba por su carácter democrático, frente a los Colegios, en que se educaba la nobleza. Reclutaba en ella el monarca la intelectualidad reformadora para integrar su gobierno. A nadie escapan las consecuencias de este hecho. Mas su acción no se confinaba a las aulas. *Las sociedades económicas* se extendían por toda España en procura de impulsar las más diversas actividades, relacionadas con la educación, la agricultura, la industria, las ciencias. La educación pragmática en acción. Justo es decir que el paradigma de todo este febril impetu progresista español del siglo XVIII no es Carlos III solo, sino él con su escogido equipo de ministros, cuya labor dio a la nación ese particular perfil que el movimiento independentista, más que no conocer, desconoció, despreció u ocultó, con el propósito de cohonestar sus miras.

Lo dicho podría acompañarse con una mirada de nombres cuyas obras ilustres abarcan los más diversos campos, desde un Cervantes en la literatura, un Quevedo, un Lope de Vega; o, en la pintura *el Españolito*, José de Ribera; un Zurbarán; el gran Velásquez; un Murillo, en el siglo XVII, o un Goya en la segunda mitad del XVIII, hasta alcanzar el XIX, y tantos otros que dejamos en la penumbra, que no en el olvido, cuyas creaciones pueden verse todavía en los profusos museos alojados en las construcciones de grandes arquitectos alentados por Carlos III, como Sabatini, por nombrar sólo uno en este campo.

Antes de entrar en una somera revista de las grandes personalidades de este período, añadamos algo a nuestro comentario sobre las afirmaciones de Rodó. Detengámonos en *La educación y la cultura*. Éste es título que Rafael Sánchez Mantero da al capítulo en su libro sobre Fernando VII al punto específico de la enseñanza en España durante el siglo XVIII hasta las dos primeras décadas del XIX, ya en el período independentista. (49) Revela en él la gran preocupación por la enseñanza, durante esas

décadas, de algunas figuras prominentes de la intelectualidad, acorde con la que venía desde Carlos III. Cita, en primer lugar, a Gaspar de Jovellanos que en 1808, como miembro de la Junta Central, producía sus *Bases para la formación de un Plan General de Instrucción Pública*. En sus páginas se destacaba *la importancia de las enseñanzas técnicas y científicas al lado de las humanidades y la necesidad de que el Estado se hiciera cargo de la enseñanza*. Su muerte en 1811 interrumpió la marcha de sus proyectos mas no la conciencia de la forma en que habíanse de atacar los problemas estructurales de la sociedad hispana.

Así, Manuel José Quintana, otra de las grandes cabezas del movimiento liberal español, elaboraba en 1813, un *Informe de la Junta creada por la Regencia para proceder al arreglo de la Instrucción pública*. Quintana, que dedicó su vida a la reforma del sistema educativo, declaraba entonces que *las sociedades subsisten hoy día por la civilización () y la instrucción pública es su elemento primario y esencial*. Como *Director General de Estudios* y luego durante el *Trienio Liberal* llevó, con otros convencidos, sus esfuerzos hasta establecer una notable reforma pedagógica inspirada en los principios de la *Ilustración* y en su experiencia recogida en Francia como emigrado. En España, – nos dice Sánchez Mantero, – la escolarización no alcanzaba aún el nivel de su entorno europeo, a pesar del tenaz *esfuerzo de Carlos III para impulsar la creación de escuelas primarias*. Y lo que importa más al asunto: *Las Cortes de Cádiz decretaron el establecimiento en cada pueblo de una escuela y las del Trienio (1820-23) reemprendieron la ejecución de esa medida... También, mediante la aprobación en 1823 del Proyecto de Reglamento General de Primera Enseñanza se regulaba el funcionamiento de las escuelas y se creaba la figura del maestro de primeras letras*.

Rodó nos habla, en la páginas del *Montalvo, de los vicios de la enseñanza en los moldes tomados de la decadencia española, de la tardía y escasa comunicación de España con el mundo y de la crudeza del fanatismo religioso*. Tres conceptos dignos de análisis están implicados en su aseveración.

¿De qué decadencia se trata? España – como diversos países europeos – enfrentó diferentes crisis que determinaron vaivenes económicos y sociales. Su verdadera decadencia comenzó no en los tiempos a que se refiere Rodó sino a aquellos en que Montalvo desarrolla su lucha contra los déspotas de su país mediado el siglo XIX, en pleno paraíso independentista. A la *Revolución* hubiera correspondido aventar el sistema educativo troquelado durante la indeterminada decadencia. La auténtica decadencia *hispanoamericana* comenzó en 1810, o si se prefiere, con la invasión napoleónica a la Península.

Al margen del caos provocado por ésta, la decadencia se inició en España propiamente en 1814; al reasumir el trono Fernando VII todo volvió a fojas cero, desatando, peor aún, una suerte de ola de terror oficial propiciado por la camarilla de que se rodeó. La obra de los constituyentes de Cádiz, se hizo trizas. No podemos entrar en detalles pero a quien conozca las peripecias del liberalismo español a partir de ese momento no le será difícil compartir nuestra opinión. Admitase que el oscurantismo sí empezó entonces y siguió, con el breve intermedio de la *Segunda República*, hasta la muerte del general Franco cuya mentalidad no difería en mucho de la de aquel enrevesado y retrógrado monarca. Dos borrones en los anales españoles.

La España del siglo XVIII anunciaba un porvenir floreciente. La mentalidad liberal expresada en la Constitución de 1812 se consolidaba: llegado el *Trienio Liberal* casi diez años después, la tendencia educacionista plasmaba la idea de la enseñanza primaria universal y gratuita. Necesitaríamos nosotros medio siglo más para alcanzar este esencial como obvio peldaño con José Pedro Varela. Anotemos, empero, que Varela tenía, como Rodó, sus ideas distorsionadas sobre el movimiento encarado por España en la materia. Citemos nuevamente a Sánchez Mantero:

*El 29 de junio 1821 se aprobó el Reglamento General de Instrucción Pública, estableciéndose tres niveles: el de la enseñanza primaria, universal y gratuita; el de la enseñanza secundaria, cuya formación correría a cargo de los Institutos que se crearían en todas las capitales, y el nivel universitario, con diez universidades en la Península y veintidós en Ultramar y con la creación de la Universidad Central de Madrid como establecimiento principal para toda España.*

No se me diga que estas medidas resultaban extemporáneas. Por un lado continuaban el espíritu liberal de Cádiz, comprendido en la mentalidad y filosofía de los constituyentes de 1812 y de Carlos III. Por el otro abarcaban a América que no había culminado su proceso separatista y hubiera estado (y de hecho estaba) desde una década atrás, en condiciones de revisar sus propósitos y adherirse a la onda modernista ya inaugurada en España.

En cuanto a la crudeza del *fanatismo religioso* hemos visto que no era privativo de España ni de ese tiempo. Además, para entonces, mucha agua había corrido bajo los puentes. Baste recordar la filosofía de tolerancia expresada por el dominico Francisco de Vitoria, en el siglo XVI, (como pronto veremos) recogida y puesta en práctica por las medidas adoptadas en la Constitución de aquel sí que glorioso año de 1812.

En cuanto a la incomunicación de España con el resto del Continente creemos haber dicho lo suficiente para corregir, con Sarrailh, la tan falsa como manida versión histórica. Empero volveremos particularmente sobre ella.

¿Debiéramos pasar lista rigurosa ahora al conjunto de sabios españoles, descubridores, geógrafos, escritores, investigadores, científicos, economistas, políticos, pensadores y gentes laboriosas que dedicaron su vida al progreso del mundo hispánico? La tarea rebasa nuestro marco. Escojamos algunos nombres raramente pronunciados por labios americanos, a pesar de su relevancia cultural desmistificadora de la leyenda. Veámoslos en orden cronológico.

Citemos al castellano cardenal **Francisco Jiménez de Cisneros** por su gran cultura humanista adquirida a su paso por la Universidad de Salamanca, entre otras, siendo el fundador de la de Alcalá de Henares, en 1508, a poco de desaparecida Isabel la Católica a la que sirviera desde 1492. Antes de morir, había hecho imprimir, hacia 1517, la famosa *Biblia Poliglota Complutense*.

Una figura insoslayable es la del dominico **Francisco de Vitoria** (ya en el siglo XVI) que, cual Sócrates, nunca publicó un libro, lo que no le impidió que sus ideas marcaran una notable huella a través de sus discípulos que las difundieron en las Universidades de Alcalá, de Méjico, en la de Filipinas y en América. Su vasta obra quedó en manuscritos, borradores de sus *lecturas* y explicaciones de clase, notas, comentarios, exposiciones y conferencias. No dejó una página de la *Summa* de Santo Tomás de Aquino sin comentar. Muerto Vitoria en 1546, sus obras se publicaron por primera vez en 1557, en Lyon. La importancia de su labor intelectual gira alrededor de la renovación de los estudios teológicos en Salamanca, largamente sobrepasada por sus aportes filosófico-políticos que le señalan como *el fundador del derecho internacional*. La gestación de su pensamiento arrancó de un nuevo planteamiento de la filosofía tomista, aplicado a la conquista y al dominio político español de América, lo que obliga a un alto, para centrarnos en su doctrina política.

Aunque reconoce la autoridad de los Santos Padres, a los que cita reverente, no considera herético apartarse de ellos, por donde abre una gran picada hacia la libertad individual. Interesa a nuestro propósito mostrar que España no vivía en el supuesto sopor medieval. Si ello no se ha vuelto evidente aún, se hará patente a través del pensamiento de de Vitoria, de su penetración del espíritu de las leyes y la difusión por sus discípulos, de los debates que originó en su tiempo y las acciones que inspiró. Rastro de sus ideas se encuentra en las obras de todos los que en un momento u otro, se opusieron a las tiranías de buena fe.

La doctrina de este filósofo parte de la concepción de que existe un *orden natural* de derechos del hombre, propio de su naturaleza e independiente del *orden sobrenatural*, o de la *Gracia*, con el que no debe mezclarse. Este orden no puede jamás anular los derechos innatos de la persona, ser racional, libre, moral y responsable. Tal conjunto de derechos refiere a lo material como a lo espiritual. De su filosofía se desprende una serie de consecuencias como el de la propiedad individual. No está, en última instancia, por la de la comunidad (relacionada con el Estado.) Surge claro asimismo, en el orden espiritual, el derecho a la verdad, al honor, a la libertad de pensamiento y de expresión y a adoptar la religión que plazca a cada cual. Si no era herético disentir con la opinión de los Padres menos lo

sería escoger las creencias, acorde con el otro derecho supremo de perfeccionar la inteligencia. A ésta corresponde la elección. De aquí la proclamación de la más alta tolerancia en la materia. ¿Estarían ajenos Artigas y quienes le rodeaban a esta corriente, al proclamar en las Instrucciones del Año XIII, la promoción de *la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable?*

No habría necesidad de seguir para demostrar cuánto el pensamiento gestado en España se adelantó – y aun algún paso más allá – a los filósofos del siglo XVII que verían plasmadas sus ideas en la *Revolución Francesa* una centuria después. Pero hay bastante más en de Vitoria. Ve en el hombre su condición social, condición que abarca a todos los humanos por igual, y de la que derivará su teoría del Estado de la que, a la vez, surgen otras importantes concepciones. La sociedad, así, es civil, política, natural, estando comprendida en el derecho natural. Su organización responde a una necesidad de los seres humanos tendiente al bien común, el que ampara los derechos del individuo y lleva al establecimiento de una autoridad cuyo fin primordial, a la vuelta, no es otro que el de velar por el bien general debiendo consagrarla la mayoría y aceptarla la minoría, dado que no es imaginable el consenso permanente. De aquí que el Estado, como la autoridad, no tienen finalidad propia, fuera de la señalada. El uno y la otra son un medio para remediar *la miseria hominum*. En esta miseria original del hombre se halla el fundamento remoto del Estado.

De ahí la razón de la ayuda mutua, de la asociación humana. Pero no hay, a todo esto, una única norma de organización social. Esta ha de variar en función de las circunstancias de cada pueblo. La norma genérica es la libre elección de la forma de gobierno que cada agrupamiento humano quiera darse atendiendo a los fines esenciales de la asociación: seguridad, orden, mutua protección, libre elección del estatus jurídico. La última meta – justicia y amor al prójimo mediante, – es la perfección moral y material del ser. Eso constituye la *res publica* y para ella existe, no más, el Estado y sus conductores. No es difícil hallar las huellas de esta filosofía en las páginas de *Ariel*. Pero de Vitoria no elabora sus ideas en el limbo. De modo que habrá de reflexionar sobre el hecho por demás frecuente del apartamiento del conductor de la finalidad que le ha trazado *el pueblo, causa material del Estado*.

Se ha señalado el énfasis de este pensador al establecer su premisa: *potestas secularis est tota re publica, est apud totam plebem*. El principio de la soberanía popular da, así, en tierra con la idea medieval de que el *Emperador* o el *Papa* puedan ser *el señor del orbe*. Por primera vez en la Historia se expresa de este modo el reconocimiento de la soberanía popular: *el pueblo se gobierna por sí*. De este derecho natural a la *autodeterminación* nace el fundamento del derecho internacional en el mismo sentido. Al menos, uno de sus fundamentos. También surge de él, el derecho constitucional. Cabe advertir que este derecho de autodeterminación no se corresponde con el concepto moderno de la soberanía popular, porque no es el pueblo su fuente.

La existencia del Estado responde a fuerzas superiores representadas por una necesidad social superior ineludible. De Vitoria ubica la fuente en Dios. Se sigue que el pueblo no puede suprimir el Estado. Empero es el pueblo el que da el poder determinando la forma de transmitirlo. No se trata del *contrato*, a la manera de Rousseau. El pueblo continúa siendo responsable solidario del ejercicio del poder, ya que será él quien padecerá por sus desvíos. Es clara la concepción ética de la idea *pueblo-Estado*.

Acortando camino, volvamos al punto en que el rey – dado el régimen monárquico como fruto de la elección por determinación del pueblo – se aparte del cumplimiento de sus deberes y avasalle, pongamos por caso, el derecho natural de sus gobernados. De Vitoria estatuye el principio, indubitablemente, de que *la República no es para el rey, sino el Rey para la República*. Rechaza él la guerra salvo la vindicatoria de algún derecho lesionado ya que el avasallamiento del derecho conduce o degrada al hombre a la condición del esclavo y al príncipe a la del tirano. Por tanto, frente a tal situación, la acción de la fuerza es admisible.

De ahí a la conclusión de **Juan de Mariana** en cuanto al derecho a combatir al tirano, no hay distancia. De Vitoria lo asienta con todas las letras. Es el mismo principio aplicable al derecho internacio-

nal y naturalmente de enorme trascendencia histórica. El conjunto de su pensamiento, esquematizado aquí, puede resultar obvio y sin mayor importancia al hombre desprevenido de hoy día. Significa en aquel entonces un importantísimo paso en la evolución del pensamiento político en el mundo.

No dejemos de lado, por otra parte, la preocupación de este filósofo concerniente a la problemática de la legitimidad de la conquista de América hasta el punto de hacerle decir que se *le helaba la sangre* al pensar en ella. Por mucho tiempo se mostró renuente a las consultas de los *peruleros* apoderados de ciertas riquezas durante la conquista del Perú. No hallaba manera de excusarlos de *impiedad y tiranía*. Deseaba evitar que le acusaran por condenar a la monarquía por la conquista de las Indias. Pensaba, en verdad, que los cristianos no podían ocupar aquellas tierras, aunque fueran poseídas por *infieles*. Era, pues, congruente con la base de sus ideas, contrarias al empleo de la fuerza, ni aun invocando pecados de sodomía o antropofagia. Considera el derecho de los indios sobre sus tierras como irrenunciable, y del mismo modo su derecho a gobernarse por sí mismos. Rechazaba, pues, la pretensión de los juristas y teólogos de entonces de que *el Emperador no es dueño del mundo, ni por derecho divino ni humano*. Sólo cabía posesionarse de tierras descubiertas que se hallaran deshabitadas, sin dueños. Fiel a sus principios, no consideraba pecado que el aborigen resistiera la imposición de una religión ajena. Abría una brecha en su doctrina sólo en aquellos casos en que los españoles se vieran impedidos en su derecho al libre tránsito, a establecerse o comerciar - derecho que tenía por primordial. Admitía el derecho español a la evangelización, a la defensa de los voluntariamente convertidos, de los inocentes y por motivos humanitarios. Estas ideas expresadas en el siglo XVI, difíciles de hacer efectivas en un mundo que hasta hoy no ha dejado de ser *barbaro*, eran parte de la conciencia en ciertos estadios de la cultura española.

Al hablar de barbarie nos viene a la mente los dramas vividos por la Humanidad por causa de las civilizadas naciones europeas: guerras, persecuciones, atropellos en pleno siglo XX, relacionados con el neo colonialismo. No rechazamos, en lo que venimos diciendo, las acusaciones que puedan participar de ese carácter en el pasado sino que discutimos inexactitudes y tergiversaciones de hechos, incomprendiones e interpretaciones livianas o interesadas. Rechazamos, sobre todo, la falta de ponderación histórica, el anacronismo ideológico de ciertos juicios, el sesgo ingenuo o malicioso. Para ponderar justamente aquellos hechos entre el siglo XVI y el XVIII, traigamos a colación otros bastante cercanos, pasando por alto, al presente, como ejemplo de barbarie, la devastación de naciones por intereses petrolíferos entrado el siglo XXI.

Jorge Abbonanza recuerda en un artículo periodístico (50) los antecedentes, entretelones y los procedimientos de Holanda en la *colonización de las Indias Orientales, un dominio que a partir del siglo XVII se prolongó en Java, Sumatra, Borneo, las Molucas y las Célebes durante 350 años con rasgos de discriminación, aplastamiento cultural, trabajo esclavo, represión policial y despotismo capaces de dejar atrás cualquier exceso cometido por el imperialismo español, francés o británico en la materia*. Y añade: el bisabuelo del actual monarca belga, fue en los comienzos del siglo XX el culpable de uno de los mayores genocidios de nuestra época, cometido contra la población nativa del Congo...

Otro periodista, Carlos María Domínguez, dice: (51) *En 1880 las fuerzas francesas habían iniciado la colonización del Congo. Cinco años más tarde Leopoldo II, el rey de Bélgica, compró el estado y el coronel Thys inició la construcción de una línea de ferrocarril de 400 km. para drenar sus riquezas: goma, marfil y resina de copal. La política belga difundía que se proponían salvar a los congolese de los traficantes árabes de esclavos. ( ) Se trató de una formidable empresa política y comercial que acabó con la vida de entre cinco y ocho millones de nativos (las dos terceras partes de la población) gracias a un sistema de esclavitud y saqueo que obligaba a la población a trabajar sin borarios ni paga, cortaba la mano o el pie a quienes no cumplían la cuota productiva, aniquilaba a las aldeas morosas y mantenía secuestrada a la madre o a los niños de los trabajadores para asegurar su obediencia. Al puerto de Amberes llegaban valiosos cargamentos de marfil y cañcho, y de allí regresaban los barcos con armas y municiones.*

Tornemos a nuestro intento de despejar las tinieblas de la leyenda y recordemos al valenciano **Juan Luis Vives**, profesor de Humanidades que conoció a Erasmo, de fuerte influencia en España.

Destacóse Vives por sus obras tendientes a combatir el aristotelismo reinante en el siglo XVI y por sus inquietudes científicas, las que deben encuadrarse dentro de su *programa educativo*. Apuntó en él la necesidad de procurar el conocimiento por la vía directa y práctica de los objetos naturales. Fue casi contemporáneo de Leonardo da Vinci y a él se asemeja en este respecto. Sostenía Vives que la observación de la Naturaleza debía comenzar con la primera formación del niño en la escuela, sobre cosas sencillas, apartándolo de controversias que pudieren condicionarlo. Su prédica abarcaba la Física, la Agricultura, la Cosmografía, y la Medicina, a la que consideraba el modelo del saber práctico. Su humanismo no le vedó valorar la técnica, enfrentada de lleno a la tradición escolástica, despreciativa de los oficios manuales reservados a los siervos. Su penetración llegaba hasta tomar en cuenta los problemas de la alimentación, vestimenta y vivienda; todo lo atinente a la vida. Rechazaba el saber escolástico al que anteponía como más verdadero y valioso el del artesano y el del agricultor por su contacto directo con las realidades naturales, burlándose de las ideas platónicas y de otras invenciones de carácter metafísico. Vivió algunos años en Inglaterra y tal vez pueda vérselo como precursor de los empiristas por su afición a la experimentación y observación directa. Sus ideas contribuyeron a la renovación del espíritu y desarrollo científico en España.

Algo más conocido - por haber sido condenado a morir en la hoguera - es el nombre del teólogo y médico aragonés **Miguel Servet**, todavía en el siglo XVI. A pesar de haber entrado adolescente aún al servicio de un franciscano erasmista, abandonaría la fe tradicional, publicando a los 20 años *De Trinitatis erroribus*, libro que recibiría la condena de tirios y troyanos, es decir de aquellos reformadores con quienes tuviera frecuente contacto. Estamos en la época de la Reforma luterana. El camino que llevaba le enfrentó a un proceso por enseñar, todavía no cumplidos sus 30 años, astrología judiciaria. Ejerció, luego, durante más de diez años, hasta su muerte en 1553, la medicina en varias localidades francesas hasta que el misticismo panteísta, junto a ciertos sesgos naturalistas y materialistas de sus escritos, le condujeron a ser condenado como hereje por Calvino.

Si bien lo que importa a nuestra finalidad es su obra científica, viene al caso citar su peripecia como ejemplo de la intolerancia - ausencia de espíritu científico, por no decir ignorancia, - reinante en *Europa*, no privativa de España.

A pesar de morir de 42 años, Servet se nos presenta como un extraordinario trabajador intelectual en la línea del humanismo científico empeñado en la revisión renacentista del *saber clásico*, desplegado en nuevas ediciones, traducciones y comentarios de antiguos textos expurgados de inexactitudes y errores debidos a los trasiegos medievales. Su mentalidad se sintetiza en su afirmación (se ocupó de geografía y astronomía en sus clases en París) de que *no puede llamarse geógrafo quien carezca de formación matemática*. Prestando gran importancia a la cartografía publicó junto a decenas de mapas de Ptolomeo, otros tantos suyos. Liberado de todo dogmatismo frente a las obras que analizaba, fue corrigiendo los errores que la experiencia le indicaba, aclarando las descripciones confusas de las nuevas regiones descubiertas. Su obra relevante, en este sentido, es la que redactó sobre España, generando una nueva imagen en comparación con Francia.

Sus aportes fueron importantes también en el campo de las investigaciones médicas. Lo que le dio mayor nombre científico fueron sus estudios sobre la *circulación pulmonar*, que constituyó la más significativa rectificación del siglo XVI al pretendido saber fisiológico de procedencia árabe. A pesar de que su mentalidad seguía en pos de la escuela galénica, sus descubrimientos se debieron a sus observaciones anatómicas. Volcadas en su *Christianismi Restitutio* pudieron expandirse en Europa no obstante la destrucción de su libro. Al fanatismo de Calvino y de la Inquisición católica, por fortuna, escaparon dos ejemplares.

Vengamos al teólogo e historiador jesuita español **Juan de Mariana**. Como Servet, ya en el siglo XVII, se distinguió por su espíritu imparcial, libertario e independiente, virtudes que mostraría en el desempeño de sus funciones en el tribunal de la Inquisición. Acusado Benito Arias Montano de herejía por la revisión que hiciera de la edición sirfaca del Nuevo Testamento, Mariana lo declaró inocente.

Trabajó, a su vez, en distintas obras que le aparejarían duras censuras, acusaciones y hasta persecuciones bajo Felipe II y luego bajo Felipe III. Una de estas obras – *De rege et regis institutione* – hubo de ser quemada a manos del verdugo por dictamen del Parlamento de París lo que, una vez más, conduce a la evidencia de la mentalidad general de la época.

La obra dio alas a su nombre. Dilucida en ella la cuestión del derecho a castigar a un rey con la muerte, resolviéndose, - lo que recuerda las conclusiones de Francisco de Vitoria – por la afirmativa, justamente en los casos en que el monarca se aparte gravemente de sus obligaciones, es decir, cuando se convierta en *tirano*.

Esta línea de pensamiento avanzada para su tiempo la sigue el granadino, también jesuita, **Francisco Suárez** que alcanza a vivir parte del siglo XVII. Su obra filosófica fue extensa, particularizándose en la exégesis de la *Suma Teológica* de Santo Tomás. Pronto rebasa su propósito abarcando objetivamente el estudio del pensamiento antiguo, pasando por el Medioevo hasta sus días. Como de Vitoria sostiene Suárez que la ley natural supone el derecho natural. Ello implica que la sociedad que se acoge a ella, tiene su origen en la naturaleza humana. Coincide igualmente en que la comunidad puede elegir la forma de gobierno que más le acomode y que el gobernante está sujeto a la voluntad del pueblo. Admite que la autoridad provenga de Dios pero pertenece a la sociedad, no a una persona, ni a un monarca. Y como Juan de Mariana, pero sin andarse con melindres, puesto ante la situación del rey vuelto tirano, no hesitó: el pueblo puede – y debe – derrocarlo en pro del bien común.

El pensamiento de Suárez influyó en la jurisprudencia moderna por su aporte al campo del derecho de gentes que no provendría del derecho natural ni de la ley positiva sino de las costumbres aceptadas en las diferentes naciones. En cuanto a la jurisdicción del poder temporal y el de la Iglesia se pronunció por la separación, admitiendo la intervención papal en aquellos asuntos donde se viera afectada la espiritualidad de las almas.

Sus postulaciones en materia de política internacional nos traen el eco, otra vez, de Francisco de Vitoria que, avanzándose en meditaciones sobre las guerras, propone el arbitraje internacional de carácter imparcial para impedir las: un tribunal con potestades suficientes para sancionar a las naciones culpables en tales casos.

Entrando ahora en el siglo XVIII topamos con la figura del gallego **Fray Benito Feijóo**, hombre – según destacan sus biógrafos, - de gran estatura, proporcionada a su amor al estudio y sabiduría. Quienes se adentraron en el conocimiento de su vida y costumbres llaman la atención sobre que siendo amante de la vida retirada en la provincia, resultara *el primer divulgador de 'las luces'*. Amaba la vida apacible, la lectura y el silencio de las bibliotecas, como manifiesta en sus *Desagravios de la profesión literaria*. Inclinado a la soledad no rehuía la sociabilidad con personas ilustradas, de agradable y chispeante conversación, y era dado a las controversias. Así, el número de adversarios y detractores logró equilibrar el de sus admiradores. Los adversarios fueron tantos que el rey Fernando VI, prohibió se le molestara o atacara públicamente, lo que da idea del movimiento intelectual en la España de mediados del siglo XVIII.

Fue Feijóo, ante todo, ensayista. Su contribución al género nacido en las postimerías del siglo XVI con Montaigne, ha sido ampliamente reconocida por la crítica. Según ésta, el ensayo – género discursivo – sólo es apropiado para escritores ilustrados, seguros de su saber y, sobre todo, independientes, apegados al criterio de la verdad obtenida por la razón y la experiencia.

Tal vez valgan estas palabras de Rodó para iluminar su manera: *el ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, (con un) curso voluntarioso y errabundo...* - que aplicara él al estilo de Montalvo. *Literatura mixta*, le llamaría el mismo Feijóo, que no es novedosa en su tiempo. La obra de Feijóo, en este sentido fue catalogada como *épica de la inteligencia* en pugna con el error del vulgo y las supersticiones que encuentran su caldo de cultivo en la ignorancia. Su sentido del ensayo, libre de sujeción a un estrecho método de especialización sistemática, se acerca más al estilo escogido por Rodó que al habitual entonces en Europa. Su figura, contraria al oscurantismo, se apoyó siempre en

la mirada crítica, cualquiera el tema que desarrollara al margen de toda escuela tradicional. Y no hubo uno que escapara su pluma, desde la Astronomía o la Geografía y la Música, hasta las Matemáticas y la Medicina, siempre bajo el común denominador de combatir el error vulgar. No en vano era admirador del empirista Francis Bacon con lo que viene de suyo su antiaristotelismo y su antiescolasticismo. El estilo de este escritor proficuo, apartado del autoritarismo y adherido en cambio a la información científica, humanística y didáctica, no carente de humor, es nuevo y sugerente y establece un nuevo modo intelectual en España.

En el terreno religioso libró combate contra los milagros supuestos, apariciones y supersticiones como la del fin del mundo. Difícil creer, a pesar de su eclecticismo y espíritu escéptico ligado al erasmismo, que pudiera aceptar la existencia de *milagros*. Caminaba en esto sobre el filo de la navaja bajo la mirada de la Inquisición.

En el campo de la educación brilló por sus variados escritos sobre la enseñanza, sobre la mejora de la disciplina y programas universitarios, al tanto de los progresos, día a día, del mundo académico europeo, despreciando el prejuicio de la peligrosidad de la ciencia a la que se atribuía espíritu de herejía. Del mismo modo práctico se ocupó de la Medicina sin dejar de censurar a los practicantes contemporáneos, afectos a la aplicación de los antiguos remedios. Por su parte se inclinaba a los remedios caseros, a la medicina natural y a la observación particular de cada paciente. ¡Un verdadero adelantado!

Su inquieta e incansable pluma transitó asimismo la senda artística estando, claro, contra el preceptismo, a favor de la libertad y en desacuerdo con el neoclasicismo. Fue partidario de la naturalidad literaria, basada más en la inspiración personal que en la sujeción a reglas preestablecidas. Consagra en su obra aquello de que *el estilo es el hombre*, eludiendo vocablos y giros extraños, afanándose por la prosa sencilla, funcional al objeto que se persigue, sin renunciar al empleo de imágenes.

Su preocupación por *la función literaria* le llevó al enciclopedismo. Para facilitar la consulta de sus obras las editoriales las publicaban acompañadas de un ordenamiento alfabético de los temas. El éxito de venta de Feijóo no tuvo casi parangón en el siglo XVIII. Sus libros se agotaban prontamente, reeditándose, lo que sorprende en un ámbito escasamente alfabetizado como España y demás países europeos. El hecho muestra el despertar y crecimiento de una excitación intelectual de la que participó América, aunque se haya querido negarlo. Sus obras completas suman 14 tomos, publicados hacia 1765. El número de ejemplares ronda el medio millón. Dedúcese de ello que prácticamente todo aquél que se hallare capacitado para leer, tuvo conocimiento de sus escritos, traducidos a todos los idiomas europeos importantes. La confirmación del clima efervescente en España está dada por el cúmulo de escritos controversiales; su número bordea dos centenas. En suma: Feijóo es considerado, más allá de juzgarse un gran agitador de la cultura española de su siglo, y propulsor del pensamiento ilustrado, el primer representante de una nueva filosofía, del método experimental e indeclinable crítico de los prejuicios vulgares. Ello no excluye a *los novatores* que le precedieron o fueron sus contemporáneos en el afán de reformas y difusión de los conocimientos.

Pueden sumarse más elementos que desvirtúan la errónea imagen propagada sobre la cultura española. Bastaría para ello recorrer algunas páginas del hispanista Sarraih. Esta somera revista de algunas de sus figuras relevantes de la historia de España, - nuestra historia, claro, - es el pie para mostrar lo infundado de la leyenda en América, cuyos propulsores tan necesitados se hallaban de mirarse en ese espejo, como muchos que se tienen por cultos hoy. La cuestión, empero, está lejos de haberse agotado.

#### 11. Más sobre oscurantismo.

A **Jorge Juan Santacilia** lo hemos encontrado ya a propósito de su participación en la expedición científica franco-española para medir el arco meridiano terrestre, cuya ulterior finalidad era

contrastar las teorías sobre la forma de la Tierra, particularmente la de Newton. Aparte sus valiosas *Noticias Secretas*, nuestra literatura histórica pasa por alto su ingente labor científica abarcativa de varios escenarios, demostrativa de las inquietudes reinantes en la España en acelerada evolución.

Jorge Juan halló, hacia 1746, obstáculos de orden dogmático para la publicación de sus *Observaciones astronómicas y físicas*. El Inquisidor General exigía que junto a su exposición de las teorías de Newton y Huygens, basadas en el movimiento de la Tierra, el autor estipulase: *sistema dignamente condenado por la Iglesia* y alguna otra similar ocurrencia. Hoy nos reiríamos ante tal salida. Pero hoy no es ayer: la mentalidad ha cambiado, justamente por el empuje de hombres de esta talla.

Darwin, todavía un siglo después, no las tenía todas consigo al publicar su teoría sobre la evolución. Mucho retardó darla a conocer por esto de los prejuicios religiosos. Ocurría en Inglaterra, no en España. Al fin la obra de Jorge Juan salió a luz y nada menos que a costa del Real Erario, por orden del Marqués de la Ensenada, primer miembro del Consejo de Estado. ¿Cómo fue ello? Gestiones de aquí y de allá, con intervención del jesuita Andrés Marcos Burriel y otros. Se transó agregando: *aunque esta hipótesis sea falsa*. Y sin embargo, *éppur, si muove*. El marqués no cejó en su interés en divulgar los nuevos conocimientos. También las figuras políticas de entonces se involucraban fuertemente en impulsar las ciencias.

El marino no debió conformarse. Años más tarde produjo un admirable alegato sobre los sistemas de Copérnico y de Newton: *Estado de la Astronomía en Europa*, publicado después de 1773, año en que muere.

El Marqués de la Ensenada no era hombre de dormirse sobre sus laureles ni tampoco de los que apoyaban la Ciencia para llenar el ojo, descuidando el carácter utilitario de sus funciones. Ya lo hemos visto. Considerando la situación naval de España - deficitaria por falta de gente especializada en su industria - comisionó al mismo Jorge Juan para que realizase un viaje a Inglaterra con otros dos idóneos. Carácter de la misión: reservado. Finalidad: adquirir información y traerse consigo algunos destacados constructores de barcos. El diligente marino contrató a tres de los mejores. Y como era de la misma pasta que aquél que no dormía en los laureles, trazó un *Plan* para la organización de la *Construcción de Navíos* y apoyo logístico industrial correlativo, acompañado de un *Proyecto de Dirección de los Arsenalas*. Ascendido a capitán de navío presidió la *Academia de las Guardias marinas de Cádiz*. Vale la pena consignar la fecha: 1752. No gobernaba aún Carlos III, sino su hermano Fernando VI. Jorge Juan comenzó por rodearse de una pléyade de eminentes profesores entre los que se contó Louis Godin, astrónomo francés al que conociera en la expedición científica al Perú, a quien ofreció la dirección de la Academia. Así rodeado de científicos formó una suerte de tertulia literaria, a la manera de la *Real Sociedad de Ciencias de Madrid*, de acuerdo al proyecto del ministro de la Ensenada, para la que redactaría su reglamento, con la ayuda de Antonio de Ulloa. No terminó ahí su trayectoria.

Viajó por toda España cumpliendo diversas comisiones, organizó, en Cádiz, un observatorio astronómico, propuso otro similar a Carlos III para Madrid, se empeñó en el estudio teórico-experimental de la construcción naval y maniobras en la bahía gaditana poniendo a prueba modelos contruidos a ese propósito. Compuso un *Compendio de Navegación* - teoría y práctica - dando a luz varias de sus observaciones novedosas... No es del caso detallar los resultados de sus trabajos; resumamos añadiendo que Jorge Juan fue acogido como miembro de la *Royal Society de Londres* y de la *Real Academia de Ciencias de Berlín*, correspondiente en España de la de París, y consiliario de la de San Fernando. Su obra científica tampoco queda ahí.

El nombre de **Antonio de Ulloa** ha aparecido siempre asociado al de Jorge Juan y, entre nosotros no se le conoce más allá de su coautoría en las *Noticias Secretas*. Sin embargo, como su compañero, constituyó una personalidad científica de primera categoría. Fue militar, marino, matemático y naturalista. Antes de su participación en la Expedición científica había viajado ya a Cartagena de Indias teniendo apenas 13 años, y permanecido en América durante un trienio como modo de preparación. A los 21 años, elevado a teniente de fragata, se embarca con Jorge Juan.

En oportunidad de uno de sus retornos a España en una nave francesa, fue hecho prisionero por los ingleses. En las Islas se le dejó libre, lo que le permitió ampliar sus conocimientos. Un exembajador, a quien conociera en Madrid, le presentó al presidente de la *Royal Society*. Asistió así a sus reuniones incorporándose finalmente a ella. En 1746 se reencuentra con Jorge Juan en Madrid. Con la ayuda del marqués de la Ensenada preparan su conocida obra fundamental en que cabe a Juan redactar las observaciones de carácter físico-astronómico mientras Ulloa se ocupa de la *Relación histórica del viaje...* Como en el caso de su compañero, participó en diferentes empresas y obras acordes con el camino emprendido. Entre ellas, la construcción de arsenales, la nacionalización del arte relojero, la reorganización del *Colegio de Medicina y Cirugía*, así como la creación de un *Gabinete de Historia Natural* y jardines botánicos, proyectando con su amigo una academia de ciencias. Del mismo modo que enviara a Juan a Inglaterra, el marqués de la Ensenada comisionaría a Ulloa para recorrer los países europeos a fin de recoger conocimientos técnicos y científicos, lo que le permitió asistir e integrarse a las Academias en diversas capitales con las que estaba relacionado.

En 1758, bajo el gobierno de Carlos III se le nombró gobernador de Huancavelica, Perú, a la vez que superintendente de su famosa mina de mercurio. Halló obstáculos en su función, pero no dejó de producir un informe sobre la mina. Cuatro años más tarde, al firmarse el *Tratado de Fontainebleau* por el que España recibía la soberanía de la Luisiana Meridional, fue gobernador de la región, comprendiendo luego la Florida. Vuelto a España participó en el proyecto del *Canal de Navegación y Riego de Castilla*. Corto aquí con sus ajetreadas actividades funcionales para dar paso a lo que más interesa a nuestro tema, su dedicación científica.

Se abocó también a la enseñanza de la electricidad y el magnetismo. Realizó estudios y demostraciones relativas a la circulación sanguínea de peces e insectos, valiéndose del microscopio de reflexión solar. Todo ello sin abandonar su vocación de naturalista. En este campo produjo un informe sobre los árboles de canela americanos.

Añadamos algo sobre el **marqués de la Ensenada** del que hemos destacado ya su amor a la Ciencia. Fue uno de los ministros más allegados a Fernando VI, por lo que podemos apreciar que el impulso que él representara era ya vigoroso antes de Carlos III. Desempeñándose en los ministerios de Marina, Guerra, Indias y Hacienda, llevó a cabo una reforma fiscal relevante, considerada de importancia tal como para haber sustraído a su país del sistema económico feudal. A tales efectos realizó el *Catastro de la Ensenada*, tenido hasta hoy como referente de su tiempo. Se le considera *padre de la marina española*, reconociéndosele haber mejorado las comunicaciones con América. A su cargo estuvo la construcción del *Canal de Castilla* y otra serie de obras de singular carácter, entre las que se cuentan las reformas de universidades y la creación del citado *Colegio de Medicina de Cádiz*. No sorprende, así, la protección que dispensara a las gentes de estudio y saber. ¿Nos preguntaremos, una vez más, si éste es otro de los exponentes del oscurantismo de que habla la leyenda?

Hagamos un alto para advertir a través de los datos recapitulados, que estos hombres representativos de la cultura administrativa hispana, peninsular como americana, presentan una semejanza que bien recuerda la de los hombres universales del Renacimiento. Y que su acción no se limitaba solamente al encierro del laboratorio, sino que trascendía a la faz social. Nada de ello condice con la imagen de la leyenda de una España huérfana de inquietudes científicas. Por el contrario expandía su influencia en América por boca de los propios funcionarios del rey e impulsadas por él mismo.

La figura de **Félix de Azara** ha merecido ya amplia atención. Destaquemos ahora el valor de su obra científica recordando que llegó mediante la observación casi a las mismas conclusiones de Darwin, constituyéndose en una suerte de precursor del evolucionismo. Esto no ocurría por casualidad, sino por la posibilidad que la daban sus conocimientos y formación cultural adquirida obviamente en España. A su nombre, en este sentido, cabe agregar los de Mutis, Cavanilles, y Olavide.

El gaditano **José Celestino Mutis** comenzó el estudio de la medicina en el *Colegio de Cirugía* de su ciudad natal, completándolo en la *Universidad de Sevilla*, realizando prácticas de botánica en el *Jardín*

de *Migas Calientes* interesándose, a la par, en la astronomía. A los 28 años lo hallamos ejerciendo como médico del virrey del Nuevo Reino de Granada; un año después, enseñaba Matemáticas en el Colegio de Rosario de Santa Fe, siendo el primero en explicar la física de Newton y la teoría copernicana del heliocentrismo en América. Sin abandonar su disciplina científica, colaboró Mutis en la actividad minera, mejorando los métodos de extracción e industrialización, enviando a uno de sus ayudantes a Suecia para compenetrarse de los más modernos procesos de fundición. En 1759 había advertido en Madrid la resistencia del estamento médico oficial frente a la inoculación de la vacuna de Jenner contra la viruela. Ello no le impidió realizar una firme campaña de extensión.

Director de la Comisión Científica para el estudio de la flora ecuatorial, se desempeñó durante un cuarto de siglo, visitando la región y acumulando materiales y miles de dibujos de plantas desconocidas que, por su número, no han visto aún la luz pública. Humboldt elogió su biblioteca botánica como la segunda del mundo. Le cupo, además, un papel importante en el desarrollo de la medicina, a la que incorporó el estudio de la anatomía por medio de la disección. Le quedó tiempo aún para impulsar las *Sociedades de Amigos del País*. En su casa de Bogotá tuvo lugar la primera reunión de una de estas sociedades culminada en la construcción del *Observatorio de Bogotá*. Además de ser el primero en explicar a Copérnico y defender exitosamente su teoría frente a una denuncia de la orden dominica, se constituyó en árbitro de la ciencia moderna en su medio adoptivo. Su obra, que podían haber culminado sus varios discípulos – **Jorge Tadeo Lozano**, **José Joaquín Camacho**, **Francisco Antonio Zea** y **Francisco José de Caldas** – se vio interrumpida al involucrarse éstos en el turbión de las luchas civiles de Colombia.

Durante el reinado de Carlos III organizó Mutis una expedición científica, con algunos de sus colaboradores, para estudiar la flora americana, centrandó su interés en algunas plantas medicinales, en particular en el árbol *Cinchona*. Este naturalista era un declarado seguidor de Linneo, a quien había enviado un ejemplar de quina de Loja, entablando desde entonces relación con él y sus discípulos, a alguno de los cuales conociera en Madrid. Como ocurriera con Azara, se veía en la necesidad de corregir algunas informaciones del Maestro. La sistematización del conocimiento de esta especie era asunto complejo, debido a las diferencias interespecíficas casi imperceptibles entre las variaciones que presenta por causa de su fácil hibridación. Las cualidades medicinales de la corteza de la quina se conocían desde el inicio del siglo XVII; empero la primera descripción sería de esta planta la haría La Condamine en 1738 cuando, durante la expedición franco-española al Perú, localizara la planta en los bosques próximos a la ciudad de Loja. Para entonces existían cientos de descripciones – actualmente se reconocen sólo 12. Partiendo de la información del científico francés, Linneo (1742, *Genera Plantarum*) dio lugar a una serie de descripciones erróneas de la quina. Diversos botánicos europeos, incluido Cavanilles, consideraban como quininas a un variado número de plantas procedentes del Caribe y hasta de Asia.

Los primeros en sistematizar con acierto la clasificación de la planta proveedora de alcaloides, concretamente la quinina para el tratamiento del paludismo, fueron los españoles Mutis, **Hipólito Ruiz** y **José Pavón**, integrantes de la expedición al Perú. Los participantes de la realizada a Nueva Granada, Francisco Antonio Zea y Francisco de Caldas contribuyeron a la tarea. El libro de Ruiz (1792) – verdadero tratado de *Quinología* – distinguiría y describiría siete especies de quininas, detallando sobre sus propiedades químicas, informando sobre el sistema de explotación y comercialización. En 1801 ampliaría sus investigaciones con José Pavón sobre cuatro nuevas especies peruanas. La gran obra *Flora Peruviana et Chilensis* da cuenta de todo esto, pero no pudo seguirse adelante, como era el propósito, en razón de los sucesos napoleónicos. Mutis, sin desmayar continuó acumulando conocimientos sobre la valiosa planta tras su expedición a Nueva Granada. Publicaría, así, en Bogotá, su *Arcano de la Quina*. Los europeos consideraban las diversas especies de *Cinchona* como una sola: Mutis circunscribió a cuatro las especies medicinales. A raíz de las connotaciones americanas, sus trabajos, algunos inéditos, se conservarían en el *Jardín Botánico de Madrid*, fundado por Carlos III.

Todos estos estudios de origen español dieron pie a la profundización de las investigaciones de la quina en los siglos XIX y XX, por diversos científicos europeos, para su más eficiente aplicación. La labor de nuestros ilustrados ancestros hispanos tendió a evitar que el cultivo de la quina, hasta entonces depredatorio, se hiciera en forma científica, sin talar y descortezar los árboles in situ. Al empezar el siglo XVIII estos científicos sumaron sus quejas y propuestas a las de Juan y Ulloa – en las *Noticias Secretas* – para racionalizar la explotación y extender su cultivo a otras regiones americanas e inclusive a la Península.

El ímpetu del espíritu y desarrollo científico y técnico, – de lo que constituye ejemplo el tema en que nos hemos detenido a propósito de Mutis – se vio interrumpido, como se anotara, por el doble aluvión de acontecimientos bélicos que destruyeron primero a España y luego a América por obra de los *independentistas*. El desarrollo y explotación sistemática, tras diversos avatares clandestinos de plantas y semillas de esta especie de alto valor terapéutico fue a dar, en los siglos siguientes, a manos de los ingleses y particularmente holandeses. ¿Hubiera sido así de llegar América a un oportuno entendimiento con España? Esta, como otras incontables pérdidas de todo género, ¿al oscurantismo de quiénes se debió?

Otro valenciano contemporáneo de Mutis, y cómo él botánico, **Antonio José Cavanilles**, opositor a cátedras de Filosofía y Matemáticas, halló su camino en el libre estudio de las Ciencias Naturales, frecuentando el de la Física y de la Química. Viviendo por un tiempo en París comenzó, en sus alrededores, a examinar de cerca diversas plantas de su Jardín Botánico hasta terminar por formarse sólidos conocimientos en la materia. De retorno en Madrid en 1789, Cavanilles fue comisionado por el Gobierno para estudiar la flora española recorriendo la Península. Los materiales que recogió los reunió con los provenientes de América. A esta gestión obedeció su obra en seis volúmenes sobre la materia, con nuevas especies – dibujadas por él mismo – llegando a reunir más de 700. Sus descripciones se caracterizaron por detalles debidos a la observación microscópica concernientes a la morfología y a la textura vegetal. Otro fruto de sus viajes fue un nuevo libro, redactado en lenguaje popular, comprendiendo aspectos geográficos, demográficos y de agricultura y fruticultura. Uno de sus tantos aportes se refiere al cultivo del arroz que hasta entonces, por motivos de seguridad y salubridad, no se plantaba en tierras pantanosas. Tras un detenido estudio Cavanilles revertió los procedimientos, aconsejando inclusive prohibir la explotación tradicional.

Es de imaginar que siguiendo un plan *oscurantista*, el Gobierno de Carlos IV ordenó la fundación de los *Anales de Historia Natural*, luego llamados *Anales de Ciencias Naturales*. Además de participar en esta tarea, Cavanilles dirigió su publicación, en la que también colaboró. Entre sus artículos hay uno dedicado a un remedio contra la rabia, en base a noticias que recogiera en tierras valencianas. Así dejó en estampa ciertos conocimientos que era necesario probar pero que no quiso silenciar en prevención de que pudieran resultar útiles para continuar las investigaciones. No había nacido Pasteur aún. Nombrado Cavanilles director del *Jardín Botánico de Madrid* introdujo mejoras de orden científico y técnico; perfeccionó los métodos de conservación de plantas de otras regiones y para facilitar la enseñanza de esta rama del conocimiento publicó una obra simplificando el sistema de Linneo.

A todo sumemos sus inquietudes al margen de la Botánica. En París, rodeado por ilustrados españoles, ante la publicación de un artículo, *Espagne*, en la revista *Nouvelle Encyclopédie* hubo de asumir la representación de su grupo. El autor afirmaba que España se había hallado ausente por siglos en cuanto aportes a la cultura europea lo que resultaba muy grueso en el último cuarto del siglo XVIII viniendo de un francés. Este atribuía el hecho, principalmente, al fanatismo religioso y a la ineptitud de sus gobernantes. Desconozco la respuesta exacta de Cavanilles a Nicolás Masson de Morvillers, – nombre del publicista – pero estoy seguro de que éste se pasó por alto el descubrimiento de América, todo lo que motivó dentro de la cultura española y su expansión por el mundo. Del mismo modo, en materia religiosa dejó en el olvido la *Noche de San Bartolomé* en su país, así como sus

incontables e implacables luchas religiosas durante el siglo XVI y el subsiguiente y la existencia de la Inquisición en Francia, tema que encararemos, por integrar también la leyenda negra.

Un brevísimos repaso de la situación religiosa de Francia parece necesario como forma de ponderar históricamente la de España. Ya con anterioridad a la *Matanza de San Bartolomé*, en la noche del 23 al 24 de Agosto de 1572, el protestantismo francés se hallaba imantado por las ideas calvinistas. La intolerancia religiosa estaba a la orden del día. Las primeras represiones políticas – bajo este signo es preciso verlas – venían desde Francisco I, contemporáneo de Felipe II. Diversos edictos se fueron sucediendo en tal sentido. En 1542 la Sorbona daba a luz la primera lista de libros prohibidos. A Francisco I le sucedió Enrique II cuyos edictos represivos no le fueron en zaga. De ese entonces (1547) data la *cámara ardiente* instaurada por el Parlamento para juzgar a los *herejes*. A pesar del nuevo *edicto de París*, dos años después, *la herejía* en vez de disminuir se acrecentaba con el viento de las guerras sin pausa, de las pésimas condiciones económicas, – fiscalización sin tasa, pobreza campesina, descontento general, – sumado a la incierta situación política. Enrique II, ante este cuadro, y particularmente por temor al calvinismo, logró del Papa el establecimiento de la Inquisición en Francia. Se ensanchaba la sima entre católicos y protestantes. Las guerras de religión eran, además, y quizá ante todo, guerras civiles. Hubo, en 1562, un *edicto de Tolerancia*: su lectura nos muestra en qué consistía. Casi no pudo aplicarse. La *Matanza de Vassy*, lo impidió. Por allí comenzaba la primera guerra de religión. Ahorrémonos las peripecias político-sociales, olvidadas por el autor del artículo que diera lugar a la controversia con Cavanilles, para recordar sólo que Catalina de Médici, entonces regente, tramó asesinar al Almirante Coligny. Su fracaso determinó la revuelta de París: llegado el turno de los cabecillas hugonotes, aumentaron las muertes. Aquí tenemos ya la *Noche de San Bartolomé*, una horrorosa carnicería humana. Digamos, antes de extraer la moraleja, que la sexta guerra de religión, terminó con el *edicto de Poitiers*, antecedente del de Nantes de 1598. ¿Concluía así un siglo de disturbios político-religiosos, gracias a la habilidad de los reyes franceses en contraposición a la ineptitud de los españoles?

¡Qué esperanza! Durante todo el siglo XVII seguirían los conflictos. Hasta agravados pese a la conversión forzosa decretada por Luis XIV, las emigraciones, la supresión del edicto de Nantes en 1785 y varias otras rebeliones y perturbaciones sociales. La Revolución del '89 puso fin a la era bélica... para abrir otra de nuevas hazañas guerreras, sólo que al por mayor ahora. Esta la desataba, un monarca incompetente como Luis XVI. Hemos sugerido que la obra de Carlos III – y en cierto modo sus antecesores inmediatos – impidieron que en España ocurriera un hecho similar, considerando precisamente su carácter progresista en los más diversos sentidos. Convengamos que al señor Masson de Morvilliers le faltó perspectiva y también memoria.

La moraleja prometida es doble. Los hechos no se ven de cerca como de lejos, particularmente cuando a su juicio se mezclan los patriotismos. Lo que pueda haber ocurrido en España, – y vale para este caso como para todos los que transitan a lo largo de la leyenda negra – ocurría en Francia. En la comparación resulta peor, ya que en cierto modo el siglo XVIII español se considera un siglo de paz y progreso y no así para otros países europeos.

En el siglo XVI, para no ir más lejos, en Inglaterra, por razones o sinrazones parecidas a las que hemos visto, la hija de Enrique VIII, María Tudor, hizo ejecutar a quien había dificultado su ascenso al trono. Como al parecer no le bastó, estableció una fiera persecución contra los protestantes, revocando las leyes de tolerancia de su hermanastro Eduardo VI, que concluyó – recordemos – con la vida de 300 personas.

Nos resta aún mencionar a algunos otros hombres relevantes de España, más o menos próximos al movimiento independentista de América. Quiero nombrar al considerado como político español, aunque nacido en Perú, y licenciado en la *Universidad de San Marcos* de Lima, **Pablo Olavide**. Iniciado en la carrera judicial, fue asesor del Tribunal del Consulado y oidor de la Audiencia en esa ciudad. Tras el terremoto que la arrasó en 1746, se vio acusado de ocultación de la herencia de su padre, muerto en la trágica circunstancia. Viajó a España para justificarse frente al Consejo de Indias; condenado,

poco después recobró la libertad bajo fianza. Pudo al tiempo volver a ocupar cargos públicos y tras viajar por varios países europeos, relacionándose con notorias figuras de la Ilustración, convirtió su casa en centro de reuniones con la elite lugareña. Estas vinculaciones permitieron al *indiano* ocupar puestos administrativos en el Gobierno. Adhería él a la política reformista de Campomanes y del Conde de Aranda, los grandes ministros de Carlos III. En 1767 – año de la expulsión de la orden jesuítica de España y de América – Olavide asumía la superintendencia de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena.

Tal hecho y el de confiarse semejante empleo a un americano es razón para traer su nombre. El emprendimiento de Sierra Morena no es algo colgado de las nubes. Es el mayor proyecto de colonización agraria intentado por Carlos III, respondiendo a su sistema progresista. Para flexibilizar los movimientos a Olavide, se le nombraba, al mismo tiempo, asistente corregidor de Sevilla e intendente del ejército de Andalucía. La Corona no se paraba en pequeñeces cuando de realizar obras de aliento se trataba. Olavide bregó al frente de la trascendente empresa hasta 1775; elaboró dos de los más representativos y destacados proyectos del reformismo ilustrado. El Plan de Estudios de la *Universidad de Sevilla*, – verdadera reforma en la que se empeñaba el monarca y el Informe sobre la *Ley Agraria*, preocupación de diversos miembros del gobierno, principalmente a Jovellanos. La cosa iba en serio.

El trabajo de Olavide no quedó en eso. Abarcó varios otros sectores, como el ordenamiento de la hacienda municipal y el abastecimiento de la población, la reforma y secularización de la asistencia social, planes de urbanismo, comprendiendo las obras públicas, gestiones culturales de diversa índole, todo, sin descuidar el proyecto principal de Sierra Morena, que no se le presentaba como un campo florido sino como empresa llena de escollos y problemas. Al cabo de cuatro años había fundado 40 núcleos de población y colonizado una región antes basta y huera de habitantes. La aventura iba viento en popa pero chocaba con arraigados intereses de sectores poderosos de la Corte que montaron una verdadera campaña de difamación contra el pujante Olavide, llegando hasta denunciarlo a la Inquisición. Olavide volvió a ser juzgado; se le encarceló y se confiscaron preventivamente sus bienes. Debilidad imperdonable de Carlos III. Tras dos años de cárcel inquisitorial sufrió ocho años de reclusión en un monasterio.

La condena levantó una ola de indignación no sólo entre los ilustrados españoles sino entre la intelectualidad europea. Su salud, que no era buena a esta altura, ocasionó que se le trasladara a Murcia y permaneciera en estaciones termales. Oportunamente logró huir al extranjero. La Revolución Francesa le sorprendió en París. El régimen jacobino le encarceló por extranjero sospechoso de colaborar con la aristocracia. Caído el régimen de terror instaurado escribió la *Historia de un filósofo desengañado*, cuyo éxito de ventas le permitió regresar a España donde se le rehabilitaba en forma pública.

De la actuación de Olavide podemos desprender no sólo la política de Carlos III en materia agraria, sino evidenciar asimismo la ausencia de impedimentos a los americanos para desempeñar puestos de jerarquía, en tanto fueran capaces.

Las figuras cuyas trayectorias y obras hemos recorrido someramente, dan para formar un perfil de la España nada coincidente con el que inventaran sus rivales y nos transmitieran sus hijos, trocados en enemigos, en América, al inicio del siglo XIX. Muchas otras podrían complementar el cuadro en lo que a impulso científico y progresista se refiere, pero demos paso, ahora, a las de los que desde las alturas políticas piloteaban el barco. Sabido es que Carlos III se rodeó de hombres estudiosos que no fue a buscar, precisamente, entre la rancia nobleza, sino donde los hallara de valor, sin exclusión de los humildes estratos sociales.

Siguiendo en orden cronológico, consideremos a un personaje gravitante, que hace excepción a lo dicho, ya que era de origen aristocrático: Pedro Pablo Abarca de Bolea, a quien la Historia nombra como **Conde de Aranda**.

Recio estadista, tuvo que ver con la expulsión de los Jesuitas que conceptuó como perturbadores de la estabilidad política. Cuéntase entre los principales gestores – si no el primero – del reformismo

ilustrado, propiciando la obra de los que iremos viendo. De azarosa vida política destacaremos sólo el aspecto que nos interesa. Hombre firme en sus concepciones, innovador siempre, dueño de una fábrica, concedió la jubilación a sus obreros.

Fue quien propuso la formación de varios reinos en América, - suerte de confederación - presididos por príncipes de la familia, unidos por pactos que impidieran infiltraciones de los enemigos de España con miras al desmembramiento americano. Esta reformulación política, aparece en cierto modo implícita en la Constitución de Cádiz, que habría podido dar lugar a una gran Confederación con España, una Commonwealth panhispánica. Sobre este personaje ni una línea en los escritos de Rodó.

Otra figura importante, proveniente de una familia asturiana hidalga pero de pobres recursos económicos fue **Pedro Rodríguez de Campomanes**. Muerto el padre fue confiado a un tío canónigo que le encaminó hacia el estudio de la filosofía y los idiomas griego y árabe. Joven aún, en tiempos de Carlos III, completado el estudio de leyes, era nombrado para los consejos de Hacienda y de Castilla. Entre las diversas actividades a que dedicaría su vida, aparte de la política, encontramos la de economista e historiador.

El primer trabajo que le dio nombre - 1764 - versó sobre la abolición de la tasa que pesaba sobre el comercio de granos, de enorme importancia entonces, seguido por el *Tratado de la regalía de amortización*, problema también preocupante, que daría pie a medidas tendentes a frenar el poder de la Iglesia. El Gobierno se hallaba empeñado en evitar, particularmente, la concentración de manos muertas y de reducir la jurisdicción de la Inquisición. Le cupo, así, reformar la administración municipal y hallarse al frente de los preparativos de la colonización de Sierra Morena con Olavide, acorde a su propósito de aumentar el uso de tierras aprovechables. En tren de limitar los latifundios y mejorar la relación entre la actividad agrícola y la ganadera, se establecieron leyes inductoras de arrendamientos a largo plazo y protectoras de la pequeña propiedad. Entre sus vastas labores dirigió la *Sociedad Económica Matritense*; presidió luego el *Concejo de la Mesta*, para lo que llegaba bien pertrechado como economista y por su larga experiencia. La tarea le enfrentaba a los intereses ganaderos del latifundio en manos de la nobleza, espinosa cuestión.

Como nada fatigaba a Campomanes, en 1783, cumplidos los 60 años, sería gobernador interino del *Consejo de Castilla*, puesto en el que permaneció durante tres años. Al morir Carlos III, presidió las Cortes de 1789. Su informe sobre el restablecimiento de la sucesión de las mujeres se aprobó por unanimidad, aunque no se hizo público. Bajó los brazos cuando ya no le respondían sus ojos. Rodó cita a Campomanes sólo una vez indicando su *entusiástico utilitarismo*.

Este político ejemplifica la clase que acompañaba a Carlos III. Sus méritos no se reducen a su múltiple actuación política; sus intereses fueron más amplios contándose entre los entusiastas promotores de la ciencia moderna y de los estudios de geografía y agronomía. Cuenta entre sus trabajos una geografía de Portugal con especial atención sobre las carreteras e instalaciones militares. Ratificó su vocación participando en un proyecto de diccionario geográfico de la Academia de Historia. Tuvo que ver asimismo con la educación; su afán en este terreno se tradujo en una reforma del plan de estudios de la Universidad de Salamanca por el que se convertían dos cátedras de Filosofía en una de Matemáticas y otra de Física. Para la Facultad de Medicina proyectó un anfiteatro anatómico, con instrumental y elementos necesarios a su desarrollo, así como un Jardín de Botánica.

El *despotismo ilustrado* - cuya influencia en materia agraria le cupo fomentar - puede comprenderse mejor si atendemos a que la población rural constituía el 90% y que su nivel de alfabetización era bajísimo, como en toda Europa. También se comprende, así, que se expresara este criterio en *para el pueblo pero sin el pueblo*, si bien cabe destacar que fue en España, donde, de diversas maneras el pueblo tuvo mayor participación que en otros países.

Francisco Antonio Moñino, conocido como **Conde de Floridablanca**, oriundo de Murcia había estudiado en Salamanca para abogado, profesión que ejercería por un tiempo con su padre. Nombra-

do por Carlos III fiscal del Gobierno castellano, desempeñó un importante papel en los conflictos con la Iglesia, a la sazón de grave carácter. En 1767 tuvo intervención en la expulsión de los jesuitas. Logró un buen progreso de las relaciones de España con América con su empeño de limpiar los mares de la piratería que la afectaba. En su país tuvo intervención en la construcción del *Observatorio y del Gabinete de Historia Natural*, así como en el establecimiento del *Banco de San Fernando* y de la *Compañía de las Filipinas*. Entre sus preocupaciones se cuentan el fomento de la agricultura y la ejecución de diversos importantes edificios públicos, caminos y canales. Durante su gestión se repararon más de mil kilómetros de camino construyéndose otros tantos y unos 300 puentes.

Su política exterior tuvo aciertos y desaciertos que le depararon censuras hasta producir un clima de animadversión por la creación de una *Junta de Estado* que centralizaba el poder en sus manos. Al frente de los descontentos se halló el ministro conde de Aranda empeñado en su caída. Sus acciones políticas, acompañadas de panfletos acusatorios de robos y deslealtad al nuevo monarca Carlos IV, se orientaron a ello. Pese a la insistencia de Floridablanca para retirarse el rey no lo consintió. Tras sufrir un atentado cayó finalmente en desgracia siendo sustituido por el Conde de Aranda, siguiéndosele un proceso del que, tras sufrir encarcelamiento e incomunicación, fue absuelto. Su grandeza de carácter, a pesar de las ingratitudes llevó a Floridablanca a morir con gloria, en Sevilla, saliendo de su retiro en un convento franciscano, para presidir ya octogenario, la lucha por la independencia de su país. Terminaba el año de la invasión napoleónica a España.

El **Conde de Peñaflorida**, vasco de origen fue músico y escritor distinguido por su erudición además de gran aficionado a la Física. Completó sus estudios en Toulouse. No lo traemos aquí como político activo sino como un ejemplo, entre muchos otros, de un particular ganado por el espíritu ilustrado, comprensivo de la necesidad de expandir la educación, tarea a la que dedicó su vida. Resumió en su persona el amor a las Ciencias y al Arte. Volvió a su patria con la idea de crear academias y sociedades de carácter intelectual como las que había visto en el extranjero. Estableció una tertulia en su casa, en la que se trataban problemas relacionados con las matemáticas, la física, la historia y otros asuntos de orden social. Siguiendo un ordenado programa de temas tomaría pie allí la formación de la primera *Sociedad Económica* de España.

Su obra más conocida, *Los aldeanos críticos*, expone las ideas de los nuevos tiempos opuestas a las doctrinas tradicionales, en una suerte de polémica entre la filosofía antigua y el conocimiento experimental. Los principios de la Ilustración arraigaban en el País Vasco hasta convertirse en modelo para España. Su obra teatral se combinó con la música y comparte el carácter didáctico de otras típicas de la ilustración, tratando de interesar a figuras importantes del medio en la creación de la dicha *Sociedad Económica*.

Salteando el orden cronológico, que correspondería a Jovellanos, detengámonos en otro personaje del siglo XVIII de especial actuación entre la gente inquieta del círculo de Carlos III. No es otro que el famoso ilustrado **Francisco de Cabarrús**, descendiente de dos familias dedicadas al comercio. Nacido en Francia, fue enviado al País Vasco español, de donde pasó a Zaragoza inquietando el ambiente con sus avanzadas ideas. Establecióse luego con un comerciante francés en Valencia, casándose con su hija sin los permisos tradicionales, lo que no era infrecuente entonces, pero impidióle su regreso a Francia. Su suegro le envió a Madrid, con su hermano dueño de una fábrica de jabón. Le nació en la capital su hija Juana María Teresa, más tarde de fama internacional, por sus actividades así como por casarse con Tallien, - tras divorciarse de su primer marido. En Francia, entregada a la fiesta revolucionaria se vio en prisión donde le conoció. Estaba allí comisionado por la Convención. Al quedar libre Teresa se convirtió en su segundo esposo. Pasado *el Terror* llegó a celebrar en su casa las reuniones más brillantes del momento, alcanzando una influencia política que le permitió salvar a numerosos perseguidos. Vuelta a divorciarse y a casarse, contó entre sus amistades a madame Recamier, a la emperatriz Josefina y a varios generales de Bonaparte. Recuerda por su carácter al de su padre.

Salvado este paréntesis anecdótico que marca un tanto el clima de la época, volvamos a Cabarrús, ya incorporado a los grandes negocios en cuyo medio brillaría.

Relacionado con un primo, hijo de un banquero con intereses en la Compañía de Caracas, con negocio en granos, aprendió cómo ganar dinero. Retribuyó al primo vinculándolo con sus relaciones de Madrid y constituyéndose de tal modo en corresponsal de la importante *Casa de Bayona Veuve Lalanne et fils*. Pero Cabarrús trasciende ese horizonte.

Jamás dejaría de lado el mundo de la cultura y las ideas integrándose pronto a la *Sociedad Económica de Amigos del País en Madrid* y a la tertulia del conde de Campomanes. Ya ambientado consigue un importante préstamo y funda su propia compañía comercial asociándose con unos y otros en diversas actividades que extiende por España y Francia, en la que mantuviera sus conexiones. La guerra independentista de Estados Unidos le brinda la oportunidad – dada su relación con el ministro reformista Miguel de Muzquiz – de firmar un favorable contrato financiero para abastecer al ejército aliado. Representa, en ese momento, a tres firmas importantes, un banco francés con sede en Madrid, y luego a otras de Francia y Holanda a efecto de cumplir el contrato. Las medidas de Necker contra los vales reales españoles le crean grandes dificultades de las que sale finalmente airoso. Se naturaliza entonces español y forma una nueva empresa. Nombrado consejero de Hacienda concibe crear el *Banco de San Carlos*, proyecto que había propuesto a Campomanes y luego a Floridablanca. Presentaría sus ideas en un memorial al rey para formar un Banco Nacional. Tras sortear los obstáculos de competencia que suelen menudear en tales ocasiones, toma medidas positivas, aunque no exentas de alguna sombra. Su nombre, sin embargo, cobra prestigio lo que le permite elevar otra memoria a Carlos III para terminar con la Deuda Nacional y el desorden impositivo.

Cabarrús, liberal adelantado para su tiempo, es visto como un hombre práctico por su realismo y eficiencia y entre otras actividades gubernativas participa en la creación de la *Compañía de Filipinas*, sentándose entre sus directores. Tanto éxito, apuntan sus biógrafos, le depara el aumento de los enemigos. En 1788, muerto Carlos III, dimite la dirección del Banco de San Carlos.

Nombrada una comisión para examinar su situación financiera, el informe resulta favorable sin que faltaren rumores sobre sus esplendideces. Al año siguiente, dentro del marco de la filosofía ilustrada publica su *Elogio a Carlos III*. A la sazón había un nuevo ministro de Hacienda a quien Cabarrús no le caía bien. La antipatía era recíproca. El hecho es que sale a luz el contenido de una carta suya en que tilda al ministro poco menos que de jefe de una pandilla de contrabandistas, lo que le cuesta la cárcel. Considera la medida un atentado, no sintiéndose ya español. Tres años después, caído Floridablanca, se vería rehabilitado y dos más tarde Godoy le nombraba embajador en París; quizá por la posible influencia favorable a España de su hija Teresa, amiga de Barràs.

En los umbrales del siglo XIX, bajo Carlos IV, funda como consejero de Estado, una nueva compañía de comercio en Barcelona. Realizada la invasión francesa, y sentado José Bonaparte en el trono español, Cabarrús acepta ser su ministro de Hacienda. La *Junta Central* le declara reo de alta traición.

Nos hemos detenido en este ilustrado cuya imagen nos trae la doble evocación de ciertos personajes del Renacimiento y de la actualidad. Pero no sólo por ello. El quehacer de este hombre, con sus luces y sombras, provee una visión del momento comercial y financieramente agitado de la España del último cuarto de siglo XVIII que contradice la leyenda de un país sepultado en las simas de la ignorancia y el oscurantismo. Los avatares relatados nos muestran, por el contrario, una España pujante, con problemas de todo orden y con una nueva economía tratando de ponerse a la par de las naciones adelantadas de entonces.

Para el cierre de esta revisión de algunos de los actores de la Ilustración en el poder ocurrirá a cotejar las veces que sus nombres son citados por el hispanista Jean Sarrailh en su obra *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Así me resultó esta lista: las Casas, 1. Mutis, 14. Olavide, 20. Azara, 27. Peñaflores, 34. Cavanilles, 36. Floridablanca, 39. Cabarrús, 46. Feijóo, 50. Campomanes, 58. Carlos III, 63. Jovellanos 170. Esta última cifra no ha de ser casual. La tapa del libro de Sarrailh porta el

retrato del gran asturiano en que Goya le representa pensativo, la cabeza apoyada en una mano y con un papel en la otra. Jovellanos se cuenta entre los personajes más admirados por el hispanista francés. No sin razón. De la revisión puede desprenderse, quizá nuestro acierto o desacierto en la elección de los personajes que desmienten la idea que desde hace dos siglos se nos inculca.

La vida de *Gaspar de Jovellanos* es la del ejemplar estudioso con un abanico de actividades. Su figura resume el espíritu del siglo XVIII. Fue literato, poeta, anticuario y magistrado por un lado. Hombre político y economista, por otro. Sus estudios conocieron las ciudades de Oviedo, Ávila, Osma y Alcalá. Aquí estudió también teología pensando en tomar el estado eclesiástico. Algunos amigos advirtiendo sus talentos, le disuadieron logrando que se asentara en Madrid donde tendría un provechoso porvenir.

Desde sus primeros pasos en las funciones públicas evidenció sus tendencias progresistas. Llegado a oír de la Audiencia en Sevilla se presentó en los tribunales sin peluca. Era el primer español que contravenía la inveterada costumbre. En esta ciudad se vinculó al ambiente intelectual ilustrado en que se destacaba la figura de Pablo Olavide. Alentado por las conversaciones que allí se desarrollaban comenzó a cartearse con algunos pensadores franceses. Ávido de acceder a cuanta fuente de conocimiento le fuera posible aprendió los idiomas italianos e inglés, siendo partidario de que la educación – de cuya reforma hizo bandera – se impartiera en castellano y no en latín. El inglés, pensaba, serviría a la gente para introducirse en la literatura técnica imprescindible para el progreso. A la causa de la educación añadió la de la reforma de la justicia y la economía. Al tanto de los adelantos científicos procuró la educación práctica de propietarios y labradores mediante cartillas técnicas sobre cultivos, máquinas y herramientas, pensando en que no se hallaba lejano el porvenir de nuevas plantas, semillas y frutos. También se ocupó de las matemáticas y la física, contribuyendo con sus estudios a la mejora de la base tecnológica de la minería en su región.

Hacia el momento en que Carlos III emitía la *Pragmática de Libre Comercio* se trasladó a Madrid donde se sumó al activo movimiento político y cultural en plena renovación llevándole a integrar la *Sociedad Económica* local, la *Academia Española*, la *Academia de Historia* y otras. Caído Olavide y encarcelado Cabarrús se vio Jovellanos reducido a inspector de minas y caminos en su suelo natal. Allí prepararía los materiales de su informe sobre la ley agraria. Dejó fundado, además, el *Instituto Asturias de Náutica*. Reivindicado volvió a Madrid desempeñando nuevos cargos, pero la amistad que le dispensaba Cabarrús, sumada a sus opiniones en materia de economía, le atrajeron inquinas que terminaron alejándole del Gobierno. Vuelto a los caminos se le vio recorrer provincias enteras durante más de una década, levantando cuanta información le fuera posible sobre usos y costumbres, a la par de estudiarlas desde el punto de vista geográfico, productivo, industrial y comercial.

El temperamento serio y leal a la causa de su país, ya en otro ministerio, no le permitió callar la necesidad de reformar la administración pública, que empezaba por eliminar del gobierno a Manuel Godoy, favorito de Carlos IV y más de la reina. El resultado era de esperar: no volvió a los caminos pero sí a su confinación en Asturias, aunque como consejero de Estado. El momento, en pleno curso la Revolución Francesa, que había provocado temores en España, no estaba para desafíos... Hallándose en circulación un cierto número de ejemplares del *Contrato Social* de Rousseau, en español, con un prólogo elogioso suyo, Jovellanos decidió comunicarlo al Gobierno, el que le ordenó recogerlos y enviárselos. El episodio, Godoy mediante, terminó en el exilio de Jovellanos en Mallorca. Exilio y prisión en la que estuvo siete penosos años mas sin que por ello desistiera de sus empeños literarios. De allí surgió *Memorias de Bellver*, nombre del castillo en que se le recluyó.

Recuperado el trono por Fernando VII, obtuvo su libertad. Muchos de sus amigos, así como Cabarrús, prestaron su concurso al monarca que llegó a hacerle más de una proposición. Todas las rechazó con altivez el ilustrado asturiano, coherente con su conducta anterior. Era de los que no había hesitado en negarse a colaborar con la Constitución de Bayona. Jovellanos había sido el paladín entre los propulsores de la *Junta Central de Gobierno* que organizara la resistencia al francés, trasladándose de

Madrid a Sevilla y luego a la isla de León. Brilló su personalidad entonces en cuanto a la determinación de los deberes de la Junta y la necesidad de reunir las Cortes. Del gran respeto general que alcanzó da cuenta Lord Holland, representante inglés que como tributo de su admiración quiso poseer su busto. Jovellanos, cuando los ejércitos franceses dominaban la Península hasta su último reducto de Andalucía, fue quien logró volver a reunir a los dispersos miembros de la Junta y hacer que los poderes fueran a la Regencia. Anciano, fatigado por sus incesantes trabajos e ingratitudes recibidas, agotadas sus fuerzas, se retiró a su provincia natal. El recibimiento clamoroso de sus paisanos fue el bálsamo a sus amarguras. Antes de morir, - en la pobreza, un año después, - dejó escrita su *Memoria en defensa de la Junta Central*.

El panorama de la cultura en América - frente al que acabamos de relevar en España - no aparenta ser el que se desprendería de una política oscurantista. Henríquez Ureña, afirma en su citada obra que

*en el siglo XVIII hay extraordinario interés en la ciencia, y en todos los países de América aparecen hombres dedicados a su estudio, que leen cuanto se produce en Europa y hacen trabajos que fueron contribuciones útiles para la constitución de la ciencia moderna, especialmente observaciones astronómicas y geográficas...*

Pasa revista a diversas figuras, a lo largo de varias páginas, en sus diferentes regiones. Varias, oriundas de la Península, adquirirían fama universal, como Alonso de Ercilla, autor de *La Arcañca*; Mateo Alemán, iniciador de la novela picaresca española con su *Guzmán de Alfarache*; el dramaturgo Tirso de Molina, creador de *Don Juan*... Ya desde el siglo XVI comenzaban a ser notorios escritores nacidos en América, y para fines de la centuria hay centenares. Unos son hijos de matrimonios de europeos; otros, descendientes de indios, o mestizos de indio y Europeo. Entre otros el autor de los *Comentarios Reales*, el Inca Garcilaso de la Vega y, avanzado el siglo XVIII, José Basilio da Gama, autor del poema *Uruguay* (1769). No deja sin mención el hecho de que antes de concluir el siglo XVI, ciudades como Méjico y Lima contaban con teatros permanentes, donde se representaban obras, tanto de autores europeos como de autores locales. Con el tiempo todas las ciudades importantes tuvieron teatros públicos.

Corto aquí con su investigación en campos como la música, - hacia 1700 se componen óperas en Méjico y en el Perú; en 1750 se organiza la primera orquesta sinfónica (en Caracas) - en arquitectura, en pintura, en escultura, alfarería, orfebrería y demás. (52)

Concluamos esta escapada por el siglo que saltó España con la opinión de Vicens Vives. Refiriéndose a Carlos III nos dice que *llevó a la práctica una política económica sumamente liberal* y que el principio del siglo XVIII, - abarcando ahora desde el arranque de los Borbones en España - *fue el comienzo de una era fecunda*. Complementemos el concepto: tal liberalismo fue practicado dentro de casa. Para afuera, como los demás países, practicó el nacionalismo, proteccionismo o mercantilismo, o como mejor se guste decir. Recuérdese que el primer Habsburgo, Carlos I, dos siglos antes, atendiendo a su sistema imperial, al permitir las exportaciones de lana, *había impedido el desarrollo de una industria textil dinámica*, generando, a cambio *bordas de vagabundos, de mendigos, de parados*, que se desplazaban de una ciudad a otra a pesar de la *reglamentación restrictiva*, (expresadas en las *Ordenanzas* para organizar la caridad pública y privada), además de las protestas de la Corte.

Cabría, en esto de las políticas liberales, llevadas al campo económico, recordar la reflexión de Chateaubriand, de que ciertas verdades abstractas, bajadas al campo de la realidad pedestre, suelen convertirse en absurdos. Este es uno.

Veamos la otra cara de la moneda. Prevenidos estamos contra la defensa dogmática del proteccionismo. También contra la ligereza de olvidar que cada momento histórico requiere la aplicación de sistemas flexibles y acordes a sus circunstancias. Sin que obste a nuestra inclinación a la libertad en general, pautemos que en materia económica ella es el ideal... en un mundo ideal. Para no ir más

lejos atengámonos a un ejemplo precisamente en la España bajo Franco. Es sabido que según su modo de entender la economía, contra la opinión de sus técnicos, su fórmula para levantar la nación era la autarquía. Por razones de política internacional, la influencia norteamericana, iniciada en 1948 le llevó a una apertura. El período 1950-75, constituyó la época de mayor crecimiento económico, sin quiebres, con el consiguiente aumento del nivel de vida, de la entera historia del país. De 1961 al 64, ya instaurado el sistema, el aumento medio anual, del producto bruto nacional fue del 8,7%. (53)

De aquí sería fácil desprender que del liberalismo y no del proteccionismo es la génesis del progreso económico. No tal. Lo que permitió a España crecer no fue la apertura económica sino el momento en que lo hizo, esto es, cuando las velas de la economía europea comenzaban a hincharse al soplo de una prosperidad basada en una poderosa unión cada día más orgánica hasta formar la gran Comunidad de hoy. España marchó, allí, como vagón de cola. Es patente que el cambio estructural sociológico de la España actual no es debido a las virtudes del sistema político impuesto hasta la muerte del dictador.

Introduzcamos los matices. Es notorio que España se halla recostada sobre el mayor lago salado del mundo con clima mediterráneo envidiado por la mayor parte del Continente en la época del despertar turístico universal, a favor de un formidable aumento de riqueza y acumulación de capitales. Una Europa más opulenta que nunca le aparejó una singular posición. Pero lo que hoy opera, no operó así antes. Aunque para la Academia económica no resulte ideal aquella cuasi autarquía, tengamos claro que fue una base nada deleznable para lo que se siguió.

Volviendo a América, la solución válida en sus circunstancias de 1800 estaba más próxima a la economía practicada entre 1950 y 1975 que la que implantó luego el sistema revolucionario de sur a norte. Bajo este prisma ha de verse el liberalismo económico entonces. Obsérvese que el *gap* producido entre América y los países desarrollados, - con sus terribles consecuencias sociales posteriores, merced a la senda seguida desde su segregación del tronco hispano y la política librecambista adoptada, - va resultando más agudo cada día. Este problema ha de analizarse en el marco de nuestras circunstancias específicas.

No glorificamos el librecambismo. Su saldo actual - con los pies en la tierra - va determinando el aumento acelerado de la desocupación en muchos países, con el angustioso cuan dramático costo humano y sus anexos de insalubridad, marginación, desmotivación vital y delincuencia. ¡No se niegue esto con sofisticadas dialécticas! Ante las abismales diferencias de potencial entre unas y otras regiones, los beneficios de este tipo de libertad deben sopesarse - matizándose soluciones intermedias - hasta lograr una ecuanimidad no visible ni cercana. Se requiere un equilibrio ético, un sentido de justicia, del que las naciones más poderosas no hacen gala. Corresponde a las naciones con menores medios, aguzar su ingenio para evitar los extremos a que conduce la libertad de una sola vía, o en lenguaje popular, de *calle flechada*. Dejemos en paz, a Adam Smith o recordémosle por su finalidad de lograr el bien social; olvidemos el cuento de hadas del mercado como mágico dispensador del bienestar. Mucho que debatir da este tópico que tampoco puede eludirse en relación al pensamiento de Rodó. Creemos, tomando en cuenta la meditada ponderación que mostrara siempre, que ésta sería la forma en que vería los hechos actuales. Los grávidos acontecimientos de la última década del siglo XX - en Rusia - y en la primera del siglo XXI - en Norteamérica - han puesto definida y definitivamente en tela de juicio los sistemas. No incursionaremos aquí, obviamente, sobre las profundas meditaciones a que dan lugar. Digamos con Vaz Ferreira que ningún sistema que se cierre por arriba, es bueno. Bueno es no encerrarse en doctrinas de clase alguna. También lo enseñaba Rodó.

Los independentistas y seguidores, adjudicaron al siglo XVIII, los caracteres del siglo XVI, conocido como *el Siglo de Oro* de España, curiosamente también llamado *el siglo de los pícaros y de la miseria*. ¿Ignoraban quizá que la idea por la que bregaban (e impusieron) era la misma con la que se manejara Carlos I en la triste centuria de la rebelión comunera? Esto es lo que numerosos escritores de nuestra tierra dejan en la sombra en nuestra historia y es, justamente, lo que nosotros nos empeñamos

en sacar a la luz. No contra Rodó, sino siguiendo, respetuosos discípulos, su prédica filosófica de la verdad.

Entremos pues al balance de la España del siglo XVIII tras discutir el rótulo de *Despotismo Ilustrado* aplicado a los gobernantes de este tiempo. Un parangón entre los gobiernos borbónicos, sin siquiera particularizarnos en el de Carlos III y otro designado bajo el mismo rótulo permitirá comprender nuestras objeciones. Escojo para el caso el gobierno de Catalina II de Rusia. Entre las razones para ello está la de corresponderse con el período del rey español. Como a éste le apoyó inicialmente la nobleza, a Catalina respaldó la nobleza rusa. A los dos se les considera dentro del *Despotismo Ilustrado*. Podría agregarse que ambos – como por otra parte todos los monarcas de la época – procuraron consolidar el poder centralizándolo. Y aquí concluyen las similitudes.

Catalina, a los 33 años, tras el sospechado magnicidio de Pedro III, y sin más títulos que el de ser su viuda, es dueña del poder. Mientras Carlos procura por todos los medios limitar la gravitación de la alta aristocracia y de la Iglesia durante su gobierno, Catalina sostiene el suyo mediante un pacto con el ejército y la alta nobleza a la que concede nada menos que el monopolio de la compra de tierras, incluidos los siervos y todos los derechos judiciales con poder absoluto sobre sus vidas. No desconocía la emperatriz las obras de los escritores ilustrados franceses. Se carteaba con ellos y llegaría a contar a Diderot entre sus huéspedes. Curiosamente declaraba su adhesión a las doctrinas ilustradas y más curiosamente se la ha a considerado representante de esta filosofía. Sólo lo fue por el lado de sus reformas administrativas con el exclusivo objetivo de centralizar el poder. Su laicización del Estado apuntó por igual en esta dirección. Con la secularización de los bienes eclesiásticos, los siervos de sus propiedades – casi un millón – pasaron a ser del Estado.

Por demás confusa es la aplicación de las directrices ilustradas en lo que a educación y a la condición servil se refiere. Toda su legislación favorece abiertamente al orden nobiliario endureciendo la condición servil, a lo que se añaden las incesantes y desmedidas donaciones de tierras y siervos de la zarina a la nobleza terrateniente. El resultado del deterioro de vida de los campesinos corrió paralelo con el aumento de la tensión social hasta desembocar en la *revuelta del* episodio que referiremos, teniendo por el mayor conflicto social de la Rusia de entonces, que mostró a las claras en qué consistió el iluminismo de Catalina. Con este somero apunte, sin entrar en la vida particular de la zarina, tenemos suficientes elementos para discernir que no todo lo que se propala como *Despotismo Ilustrado* tiene la misma significación.

Reiteremos que uno y otro monarca se presentan como polos históricos. El español dejando atrás el régimen feudal, pugnando por llevar la educación y el bienestar a los habitantes de sus reinos, particularmente al sector campesino, bajo un claro espíritu cristiano, así como por la implantación de industrias y de nuevos métodos en diversos terrenos. El latifundio en poder de la aristocracia y desorbitadas extensiones de tierras en manos de la Iglesia – más del 50% y más del 16%, respectivamente, – eran, con el instituto del mayorazgo, un factor de cristalización social, incalculable rémora para la economía española entonces. Carlos III fue consciente de ello, como lo evidencia su firme política en contrario.

La vasta empresa se hacía levantando a las clases medias y a las más desfavorecidas, frenando los privilegios de terratenientes y clérigos. La declaración de 1771 de que ningún oficio desmerecía la hidalguía dio el cimiento a una benéfica reorientación social. El hecho al que no se presta habitualmente mayor atención, unido al conjunto de la obra de Carlos III, revela una avanzada filosofía social abarcativa del ámbito peninsular y el ultramarino. De no haberse interrumpido la magna tarea por el desborde napoleónico torciendo el curso de la marcha de España, hubiera continuado la obra en América. De habernos plegado a la Constitución de Cádiz, su ritmo podría seguramente haberse acelerado. Otra vez: ¿de qué lado estuvo el oscurantismo?

## 12. El campo en el siglo XVIII.

Una pincelada sobre el campesinado de Europa del siglo XVIII completará el cuadro. Resaltaremos, en él, – por las razones que oportunamente se verán – la situación del paisanaje francés que antecede a la Revolución de 1789, cuya causa eficiente, podría tal vez, hallarse en las desesperantes condiciones en que vivía, a pesar de haberse eliminado algunos derechos feudales.

Jovellanos, autor de poesías y obras de teatro, enamorado de la Naturaleza, gran observador, gran pensador, como muchos otros integrantes del equipo de Carlos III, dedicó su vida al estudio y a procurar que los adelantos científicos de la época se difundieran entre sus coterráneos. Hagamos aún pie en sus escritos – así como en los de Cavanilles, Campomanes, Cabarrús, y lleguémonos hasta Concolorcorvo – para compenetrarnos de la situación del campesinado en España, como en Europa en general y, ¿por qué no del de América? La realidad de la vida fuera de las ciudades era además de dura, miserable, cuando no aterradora.

Si bien desde el Renacimiento se habían sumado nuevas tierras y mejorado los métodos de cultivo, estamos aún muy lejos del nivel con que se cuenta hoy en las regiones más avanzadas del mundo, tras sucesivas revoluciones del conocimiento científico y técnico. Quien haya penetrado un tanto en la *Revolución Francesa* y sus anexos, no desconoce las hambrunas, las epidemias, los precarios o nulos medios sanitarios – a pesar de contarse Francia entre las más adelantadas al respecto – con que vivían las sociedades agrícolas. Innumerables son los escritores de ese tiempo, preocupados por la situación, mas limitémonos a espigar pasajes de algunos de ellos.

Jovellanos señala la lejanía de los pueblos de los lugares de trabajo. *Sus casas, o sea chozas miserables, parte caídas, parte amenazando ruina, semejan un esqueleto de población...* Los habitantes son pobres por la situación y calidad del suelo y mucho más por faltarles la propiedad. *Todos son arrendatarios, y a fuerza de sudores apenas sacan con qué pagar al dueño...* (*Rayas de pan rociadas con poco aceite y anegadas después en agua hirviendo forman la comida; cuando se añaden algunas judías y porción de grasa es día extraordinario.* En las arroceras reina la miseria, las enfermedades y la muerte.

A principios del siglo XVIII, casi hasta su mitad, frente a ciertas epidemias, se llegaba a prohibir las plantaciones de arroz. En vano: las enfermedades continuaban segando vidas. Cavanilles, observando la alta mortalidad recuerda la *pestilencial epidemia* de 1784. Si esto ocurría en la zona valenciana, el azote no era menor en otras. Apunta Cabarrús: *La esterilidad de las cosechas se había combinado con la epidemia de las tercianas para asolar aquella infeliz Mancha...* Y otra vez Cavanilles refiriéndose a los campesinos: *Por desgracia se reparten las cosas de tal modo, que el cultivador carga con el trabajo y otros perciben la mayor parte de los frutos. Pocos le quedan al arrendatario después de pagar los derechos a la Iglesia, al Estado y a los señores territoriales después de satisfacer los arriendos (...) y aun aquellos se disminuyen por la nube de pedigueños importunos que acuden de los conventos a las eras, lagares y molinos de aceite...* (*Es muy grande la porción de frutos que perciben los eclesiásticos y comunidades religiosas y tan considerable la que se reparten los señores y ricos propietarios, que apenas tienen con qué subsistir aquellos hombres a cuyos sudores y fatigas se deben las cosechas.* Por si fuera poco, el cultivador se venía enfrentado a *insolencias de los peones del campo*, que llegaron en algún caso hasta a atropellar y herir al religioso de un monasterio por no querer pagarles por un tiempo no trabajado. El que esto relata ve en ello *una prueba de la flojedad y haraganería de los jornaleros...* un mal bastante antiguo que, lejos de haberse corregido con las providencias suaves y moderadas de la ciudad en diferentes épocas, ha llegado en nuestros tiempos a un desorden escandaloso.

Sarrailh – de quien venimos tomando estos apuntes – reflexiona al respecto que *es posible que así sea; pero, ¿cómo no comprender el estado de ánimo de esos desgraciados, cuya inercia es la única arma posible contra un destino siempre adverso?* Y añade, refiriéndose a la zona meridional de España: *Andalucía, pese a los hecbizos de su nombre, no parece haber sido tampoco una tierra prometida, por lo menos para aquellos que la cultivaban. Sin hablar de sus partes montañosas y salvajes, de difícil acceso, en donde Carlos III trata de hacer circular la vida mediante caminos carreteros y de establecerla mediante algunas colonias efímeras hasta los mismos valles y llanuras, no obstante*

su prodigiosa fertilidad... () La razón es que aquí también la propiedad está mal distribuida y los latifundios impiden a quienes los trabajan poseer un humilde terreno...

Jovellanos, como Carlos III y su equipo ministerial, denuncian y combaten el latifundio. El asturiano lo hace con su informe sobre la *Ley Agraria*. La Corona con espíritu progresista y afán de poner freno a la nobleza y a la Iglesia, ambas clases propietarias de inmensas extensiones improductivas o mal trabajadas.

Campomanes, – autor del *Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, comprendiendo en esta designación a aquél que emplea sus brazos en el trabajo – comparte la visión de la mísera vida en las campañas denunciando que para el jornalero las condiciones son peores que para el obrero urbano. De modo similar opinan Cabarrús y Ward – que aunque francés uno e irlandés el otro, ha de considerarse españoles por su desempeño en la Corte.

Empero no todo son nubes en este gris panorama; aquí y allá asoma, entre el celaje, un sol brillante. Tal el caso del principado de Asturias, bien poblado, con centros urbanos placenteros, circundados por campos labrados y prósperos, que contrastan con las ásperas regiones castellanas. Allí la vida se desliza dichosa y en armonía. Al empezar cada año el propietario reúne a las familias de sus caseros con la suya en un banquete. Fiestas, romerías, ferias, danzas y cantos llaman a las gentes que regocijadas brindan una escena de sorprendente color al forastero. No obstante, Jovellanos no cesa en su empeño de recomendar a sus paisanos persistir en el esfuerzo, en perfeccionar sus métodos y no dejar palmo de tierra sin trabajar.

Similar a la situación de Asturias la del País Vasco, donde se goza de fueros que aumentan su libertad, – de la que son celosos sus habitantes – que propician el trabajo traducido en buenos caminos, agradables viviendas, pulcritud e higiene por doquier y abundancia de producción agrícola, pareja con la industrial. Todo en un régimen de administración independiente y sabias añejas costumbres. Los viajeros ven en ese suelo montañoso un parecido con la antigua Arcadia; hallan a sus pobladores, si bien no opulentos, felices y amantes de su país, menos sujetos a los poderosos. Abundan el trabajo y la alegría por doquier.

Fuerte contraste con las tierras de Extremadura donde reina el latifundio en propiedades ya señoriales, ora eclesiásticas. Otra vez el labrador famélico, el pequeño propietario sin recursos, oprimido por cargas e impuestos, empujado a la postre a vender su tierra. El desgraciado pasa a engrosar la fila de los jornaleros ocupados únicamente en tiempo de cosechas, obligado a permanecer ocioso fuera de zafra. La desocupación, el hambre que lleva a la enfermedad y a perecer en la desesperanza, es el paisaje de las regiones valencianas, del campesinado manchego, del proletario aragonés. Son tierras de minifundios y de gentes que dejan la vida en las arroceras. No es distinta la suerte del riojano empeñado en las viñas de sol a sol.

Contra estos males que aquejan al país en momentos en que ya la ciencia y la experimentación pueden librarlo del lastre medieval que sujeta al hombre de la gleba a una vida de penurias, combate un ejército de funcionarios. Las *Sociedades Económicas*, impulsadas por el equipo ilustrado que capitanea Carlos III abren las puertas del conocimiento y el entusiasmo por el cambio, a los particulares. Sin darse tregua ese ejército aumenta los instrumentos que trocarán la faz de España. Tarea, por cierto, que no es de un día.

El estado general del campesinado europeo no era más favorable. Pasemos a contemplar el otro extremo. Rusia nos muestra los más crudos aspectos. Sabido es el fasto de la Corte de Catalina II, sus ambiciones de poder y el grado que alcanza. ¿De dónde provenía el dinero para su sostén y mantenimiento de sus guerras? ¿De dónde saldría sino de la incesante desmesura impositiva en un país casi puramente agrario? Revela Angustias García Usón, en un ensayo sobre la vida de la Emperatriz, el resultado de tal política: reducción de las exportaciones y del comercio interior afectando, más que a nadie, a la inmensa masa campesina, ya abrumada y sometida a la *miseria creciente de la servidumbre y el trabajo forzado*.

¿Qué escapatoria tendría ese pueblo sino lanzarse a la insurrección? (54)

*En todos los lugares del imperio comenzaron los campesinos a tomar las armas. () A ellos se unían los siervos que trabajaban en las fábricas donde vivían en condiciones terribles. Los campesinos tenían pavor al trabajo en las fábricas, pues () eran inhumanas. Cualquiera falta () era severamente castigada; se golpeaba y azotaba a los trabajadores y a los que trataban de escapar se les amarraba con cadenas o con fajas de hierro sujetas al cuello, lo que les impedía dormir.*

Recordemos, a todo esto, que estamos en pleno siglo XVIII y Catalina una gobernante *ilustrada* con su poder asentado en la nobleza. La desesperante situación empuja a levantamientos por todas partes, inicialmente sofocados sin mayor esfuerzo. Hasta que surge un personaje, no precisamente letrado pero con vigor e imaginación suficientes para aglutinar a las masas hambrientas e indignadas. Emiliano Pugatschef es el caudillo carismático que, valido del rumor esparcido entre los campesinos de que Pedro III, el zar muerto, se hallaba con vida, oculto y a salvo de las garras de la zarina, se presenta como su encarnación. Hace correr la voz de que es el protector del campesinado. A pesar de la extrema ignorancia en que vivían los cosacos, muchos no le creen pero como la esperanza es más fuerte que la racionalidad, le siguen. Las revueltas que se propagaban como el fuego a favor del viento en el bosque, habían encontrado una cabeza. En el otoño de 1773, a siete años de la rebelión de Tupac Amaru en América, las hogueras encendidas en puntos distantes se juntaron en una gran deflagración. Emiliano no se andaba corto en prometer; apelaba a todo recurso a su alcance de modo que pronto al labriego se suma el obrero de las urbes. El ritmo de la rebelión se acrece con el surgimiento de caciques en todas las aldeas sumando fuerzas a las del supuesto Pedro. Y ya tenemos formado así un gran Estado Mayor para el apoyo logístico del gran levantamiento.

La guerra del pueblo, cerrado como un puño, iba contra el gobierno, es decir, contra la nobleza. La noticia del estallido la recibió Catalina en medio de una imponente fiesta cortesana. Contra el brillo de los caireles se alza en las vastas estepas la voz: *¡tierra, agua, pesquerías!* Se suceden los encuentros bélicos y las derrotas de las tropas imperiales. La emperatriz, desde la cumbre de su soberbia pone precio a la cabeza de Emiliano: 250 rublos. ¿Valía más una cabeza campesina? Pero al grito de *¡Viva Pedro!* el ejército rebelde crece. El gobierno acumula efectivos. El nuevo Espartaco es vencido al fin.

El proceso recuerda, en efecto, al antiguo esclavo que tuviera a Roma en jaque durante dos años. Tras la derrota Emiliano, acosado, lucha para rehacer sus huestes, moviéndose de una a otra región hasta rehacerse, promoviendo nuevas subversiones e infligiendo nuevas derrotas al poder. Moscú, asustada, – como Roma en el siglo I, enfrentada a los esclavos, – apela a sus mejores generales y ejércitos contra aquel diablo. Los jefes de la rebelión caídos sufren terribles represalias.

La recompensa, acreditando que la cabeza del líder ruso valía algo más que aquella exigua cifra, sube ¡ a 100 mil rublos!

Demasiada tentación para los desgraciados indigentes. El general en jefe declara en un manifiesto que los rebeldes aprehendidos serán ejecutados. Se le cortarán las manos y los pies; sus cabezas como sus miembros serán expuestos en la vía pública, aldea por aldea. Los que no pasen por esto serán colgados de una horca en su lugar natal. Las galeras son el castigo menor; nadie se salvará del satánico azote. Otros serán paseados por diversas poblaciones golpeándoseles en cada una, si es que no se les cortan las narices. ¡Así se las gastaba la ilustrada Catalina en el siglo XVIII!

Tras una nueva derrota en que Emiliano se salva cruzando un río a nado, surge el Judas. Los treinta denarios pueden más que la fuerza de la esperanza. Un grupo de compañeros le apresa y le entrega. El ilustrado gobierno ruso le encierra en una jaula de hierro y le exhibe por todo Moscú. Senteñado se le descuartiza en la plaza Bolot. Una muchedumbre presencia el espectáculo. Una noble dama se jacta de tener la fortuna de contemplar, desde su carruaje, hasta *el último detalle...*

Ocurría en 1775. No cerraría el siglo sin que pudieran verse cruentos horrores en la Vendée, en uno de los vaivenes de la Revolución en que la guerra civil cobraría caracteres de exterminio. Al grito de *todos al agua*, morirían miles de personas; otros serían ajusticiados en las cárceles. No faltaría algún oficial – no importa de qué bando – que declarara jamás haber hecho, sin que pereciera en medio de tormentos, apelando aun a enterrarlo vivo, hasta el cuello, martirizando su cabeza. Se recordará también que, en Francia, en ocasiones, los ricos pagaban altos precios para obtener las mejores ubicaciones desde donde contemplar cómo se guillotinaban carradas de víctimas, lo que hace exclamar a Kropotkin: ¡*Cruenta llaga de la Revolución!* ¡Otra vez cuestión de *sensibilidad* de cada época!

En España Carlos III repudiaría, en su momento, la orden del virrey contra Tupac Amarú.

Y, a todo esto, ¿qué de América? La preocupación que existe en la Corona respecto a las campañas de la Península, rige asimismo para este Continente. El campo americano constituye un arduo problema, agravado por las distancias inconmensurables, por la falta de medios, por la ausencia de poblaciones en dilatadísimas extensiones donde para moverse de un lugar a otro se ponen semanas de penosas marchas auxiliándose de mulas, bueyes y caballos. Sometidos al esfuerzo de las improbables condiciones de los vírgenes lugares, los animales llegan derrengados o mueren en los caminos, luchando contra la sed y el hambre al menor error de cálculo en el aprovisionamiento que ha de hacerse antes de emprender la marcha. Lo de morir por el camino no debe dar a pensar que hubiera caminos, fuera de los que por un azar brindara la topografía, es decir, alguna llanura que facilitara el andar, de no hallarse anegada por las lluvias. Con todo, la vida del campesino en América, – si atendemos a lo que nos dice Concolorcorvo, al que pronto seguiremos, y a los atinados aportes de Lezama – es mejor que la del Europeo. Sus fundamentos coinciden con las observaciones de diversos viajeros, entre los que nombraremos a William H. Hudson.

Puede sorprendernos su mentalidad por lo que dice. Por europea y más por sajona. En 1885, este escritor anglo argentino, de padres norteamericanos, afincado en el Plata desde 1832, presenta un personaje ciudadano de un imperio civilizador, arribado con *aquella antigua superstición* que le imposibilitaba creer en una relación feliz con gentes de condición tan distinta a la de sus *ultra civilizados* compatriotas. Al tiempo de recorrer la campaña se le va limando la *antigua superstición*, hasta confesar su desengaño. El trato *delicioso y agreste* – declara en *La tierra purpúrea* – no lo habría encontrado en esta región, de haber sido conquistada y colonizada por Inglaterra, volcada a enderezar todo lo que hallara avieso según sus ideas. *No habría podido subsistir aquel sabor característico con la prosperidad material que produce la energía anglo-sajona*, y así espera con toda su alma que jamás conozca este país dicha prosperidad. En realidad, lo que disfruta Hudson, no es más que la soltura y libertad con que se mueve por estos lares sin el agobio de las normas europeas aunque no faltaran aquí, en tiempos republicanos, los tiranuelos burocráticos. Téngase presente que Hudson era contemporáneo de Sarmiento, Alberdi y demás encumbrados poseídos por *la antigua superstición*.

Veamos lo que declara Lezama, buscando en la profundidad histórica de nuestra región, el embrión de nuestra idiosincrasia actual. Abundan en su investigación las observaciones de cómo se produjo, – mucho más allá de lo que se supone – la integración humana entre europeos y aborígenes hasta creerse que éstos desaparecen. Los primeros en arribar y permanecer viviendo entre los nativos solían ser los náufragos sin exclusión de los que desertaban de la marina o se sumaban por diferentes motivos. *Para el náufrago (y demás nombrados) el tener suegros y cuñados poderosos le permite ocupar rápidamente un lugar destacado dentro del grupo, lo que sumado a su mayor capacidad oratoria que podemos suponer debido a su mayor acumulación de experiencias es otro elemento fundamental para las culturas indígenas...* Les permite influir en las decisiones de éstos. ¿Cuál sería la razón para que el europeo abandonara su condición de tal, en el sentido de no plantearse más la vuelta a Europa? ¿Por qué optaban por hacerse iberoamericanos y no retornaban a Europa? Veamos su respuesta.

*No es por hacerse ricos. ( ) El clima, la abundancia de comida y la facilidad para mantener relaciones sexuales deben haber marcado una enorme diferencia a favor de permanecer en América, libres de las imposiciones religio-*

sas y del omnímodo peso social de la vieja civilización. *La razón fundamental para volverse iberoamericano radica – a su juicio – en el incomparable régimen de libertad personal en el que pasan a vivir. Para la inmensa mayoría de los europeos, allá no se podría sobrevivir si no se estaba incluido en algún régimen de sujeción personal... ( ) venían de un mundo en el que los mecanismos de control social estaban en permanente desarrollo... ( ) Aquí, en la América sudatlántica, se es libre por donde se le mire y, a diferencia de Europa, esa condición no limita ni el acceso a la comida ni a la reproducción. Para la experiencia europea, aquí reina la anarquía: es el paraíso.*

Tomémonos ya de la mano de Concolorcorvo, así llamado por el color de su tez. Para andar por estas regiones nada mejor que hacerlo en su compañía. Calixto Bustamante Carlos Inca, – tal su nombre – es el autor de una guía para los viajeros de aquella edad, *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*. Lo de *inca* apela a su origen nativo. Nacido en el Cuzco, acompaña a un *visitador* español en una travesía Buenos Aires-Lima, pasando por Montevideo... a lomo de mula. Su libro, donde a ratos brilla la chispa satírica y el ánimo mordaz, abarca, además de las peripecias y distancias que va marcando de posta en posta, la descripción de variados escenarios y seres diversos. Por encima de su interés literario, su obra es una de las piezas históricas más valiosas en la materia. Es de 1773 y nos viene como anillo al dedo para cotejar la situación española a ambos lados del Atlántico.

Desmintiendo la opinión del vulgo, de que *viajero y embustero son sinónimos*, nos da de modo realista y si se quiere ingenuo, espontáneo, un sinfín de datos que nos ayudarán a desterrar la leyenda negra en varias de sus más repetidas falsas pretensiones. Transitemos sus páginas con la morosidad que su alto valor testimonial amerita. Ya en la apertura del libro nos muestra su estilo poniéndonos en guardia contra las noticias de los viajeros que han ido acopiando datos, de unos en otros, pero no siempre en la verdad, diciendo que *así como no estorban las barbas para llorar, no impiden las canas para mentir*. A lo largo de la travesía anota los ínfimos poblados, las más de las veces simples postas de correo útiles para alimento y recambio de los animales, y breve reposo para los humanos. Va así marcando la distancia que separa a estos hitos, la que suele oscilar entre tres o cuatro, a diez y seis leguas, máximo que permite la geografía avanzar en un día. No me detendré en accidentes, penalidades y detalles pintorescos, invitando en cambio a la lectura de la obra a quienes quieran adentrarse en la vivencia de las condiciones del medio americano: apenas unas pinceladas para contrastar o asemejar estas campañas con las peninsulares.

*A las cuatro de la tarde se da principio a caminar y se para segunda vez... Mientras se procede a la remuda de bueyes habrá de alimentarse con chocolate, mate o alguna fritanguilla ligera, ( ) porque en caso de estar la noche clara y el camino sin estorbos volverán a uncirse los bueyes y caminar hasta que el sol comience a apretar al siguiente día. Previene el guía contra el error de los viajeros que llevan caballos propios, porque a la noche se buyen a sus querencias o los estropean los rondadores. Lo más seguro es ajustarse con el dueño o mayordomo de la tropa, a quien rara vez se le pierde caballo y muchas veces se le aumentan con los que están esparcidos por el campo y agregan los muleros por género de represalia.*

Asistirá el caminante a una escena frecuente en las inmensas campañas donde los ojos se pierden sin divisar un hombre, un rancho, un árbol sino excepcionalmente. En tal caso algunos de los que integran el grupo montan a caballo y se adelantan a reconocer unos ranchos que ahora entrevén y a sus *campestres habitantes, regularmente ( ) mujeres, porque los hombres salen a camppear antes de amanecer y no vuelven hasta que el sol los apura y muchas veces el bambre, que sacian con cuatro libras netas de carne gorda y descansada*. Pero también se come la carne cansada. ¿A qué se llama así? *En algunas poblaciones grandes, como es Buenos Aires, sucedía antes y sucedió siempre en las grandes matanzas, arrean una punta considerable, desjarretándola por la tarde, y tendidas en la campaña o playa aquellas miserables víctimas braman hasta el día siguiente, que las degiellan y dividen ensangrentadas; y a ésta llaman carne cansada... y yo envenenada...* – añade.

Habrà de estarse prevenido para el cruce del próximo río cuyo caudal pone en duda al caminante que nunca ha visto operar a estos *bueyes rocines* con las carretas cargadas, y tanto que teme que no puedan con las olas que se levantan. Son carretas construidas con *la nerviosa y fuerte* madera del quebracho y del lapacho. Allá van... se detienen primeramente, tímidos ante el agua... Ya entran. No se asustan

ahora por que el agua les tape hasta los ojos; únicamente sus orejas asoman. Es recia la topada. *No pueden arrastrar la carreta pero la mantienen de pecho firme hasta que pasan a su socorro las cuartas, a las que ayudan con brío...* Los animales están en perfecto entendimiento con los peones que los alientan con sus voces llamándoles por sus nombres. Si se enredan con las cuartas, listos, acuden a desembarazarles... Han cruzado al fin y Concolorcorvo exclama: *¡Ha sido para mí este espectáculo uno de los más gustosos que he tenido en mi vida! Al principio creí que aquellos pacíficos animales se abogaban indefectiblemente, viéndolos casi una hora debajo del agua y divisando sólo las puntas de sus orejas...*

Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero van quedando atrás: son cerca de 40 jornadas, casi 250 leguas... con vueltas y revueltas buscando los vados. Han recorrido, pues, cerca de 1500 kilómetros. Ahora hacia Salta: una semana de andar, más de 70 leguas. Es territorio de ferias y de internada de mulas, su principal comercio. Todo en este contorno, hasta el Perú, se mueve a lomo de mula. Se saldrá para la *gran feria que es la asamblea mayor de mulas que hay en todo el mundo.* ( ) En un valle pegado a la ciudad se juntan sesenta mil mulas y más de cuatro mil caballos. La feria tiene lugar entre el fin del verano y el umbral del otoño; lástima, porque es tiempo de aguas, y el colosal número de bestias que transitan en un corto tramo de suelo húmedo hace lastimosa toda tarea y la mar de incómoda la estadía de los compradores que no encuentran dónde establecer tiendas y pabellones. El ejército de mulas se encerrará en vastos corrales levantados con madera de los bosques circundantes.

Casi todos los muleros, arreadores y dueños han estado en la creencia de que el mal del vaso que imposibilita y mata muchos animales se debe a una epidemia. Concolorcorvo anota el error. La cosa, según se ha probado por la experiencia, obedece a las internadas de las mulas en potreros cenagosos donde tras un tiempo se les ablandan los cascós... Una ignorancia similar se descubre en cuanto a los animales que mueren por lo que hoy llamamos meteorismo, por causa de la ingesta de ciertas leguminosas – tréboles – que provoca su hinchazón. Entonces los prácticos les llamaban *garbanillos* y *yerbas malas* y evitaban estos campos porque de comer sus pastos, especialmente cuando húmedos por la mañana, las bestias morían sin remedio.

Este es un mundo muy particular. A la gran feria de Salta concurren interesados cordobeses, europeos y americanos de distintas partes. Las mulas tienen su origen en las campañas de Buenos Aires y allá se crían, - arte y ciencia, diría Jovellanos, - hasta los dos años; se alimentarán hasta convertirse en fuertes animales en tucumanos potreros y trabajarán en el Perú hasta morir. Pero avancemos... avancemos... Arribamos ahora al Tucumán.

*Si la centésima parte de los pequeños y míseros labradores que hay en España, Portugal y Francia, tuvieran perfecto conocimiento de este país, abandonarían el suyo y se trasladarían a él: el cántabro español, de buena gana; el lusitano en boahora, y el francés très volontiers, con tal que el Gran Carlos nuestro Monarca, les costeara el viaje con los instrumentos de la labor del campo y se les diera por cuenta de su real erario una ayuda de costas, que sería muy corta, para comprar cada familia dos yuntas de bueyes, un par de vacas y dos jumentos, señalándoles tierras para la labranza y pastos de ganado bajo de unos límites estrechos y proporcionados a su familia, para que se trabajasen bien, y no como actualmente sucede, que un solo hacendado tiene doce leguas de circunferencia, no pudiendo trabajar con su familia dos, de que resulta, como lo he visto prácticamente, que alojándose en los términos de su hacienda, una o dos familias cortas se acomodan en unos estrechos ranchos que fabrican de la mañana a la noche, y un corta ramada ( ) y preguntándoles que por qué no hacían casas más cómodas ( ) respondieron que porque no los echase del sitio o hiciesen pagar un crecido arrendamiento.*

¿Ha escrito esto, acaso, un ilustrado salido de alguna Sociedad Económica, o un ministro del gabinete de Carlos III, de paseo por América y que de regreso a su tierra lleva la idea que el monarca pondrá prontamente en práctica? ¿O creemos que Concolorcorvo ha estado en España y se ha contagiado del espíritu que reina en las alturas del Gobierno? Porque lo que él propone es lo que en esos precisos

momentos se gesta allá en Madrid. Eso es lo que venía procurando y llevando a efecto España. Lo topamos en la Banda Oriental cuando nos introdujimos en lo que se llamara *el arreglo de los campos*. Está en línea en el tiempo y en la filosofía con que el infortunado Olavide lo intentaba en Sierra Morena.

Observa y reflexiona el caminante que acompaña al visitador español:

*No conoce esta miserable gente, en tierra tan abundante, más regalo que la yerba del Paraguay, y tabaco, azúcar y aguardiente, y así piden estas especies de limosna, como para socorrer enfermos, no rehusando dar por ellas sus gallinas, pollos y terneras, mejor que por la plata sellada.*

No le seguiremos en el relato de cómo se alimenta *el gauderio*; así llama al que nombramos gaucho. De sobra sabemos el estropicio de ganado de la época para obtener el alimento al paso, o para fabricarse botas con el cuero de las patas del vacuno o del equino. Sí, en cambio, en su reflexión de cómo verían con envidia y asombro este trágico espectáculo, - *que se representa de enero a enero*, - los campesinos europeos, *aquellos pobres que jamás comen carne en un año a su satisfacción*. De ahí pasa el caminante a comparar el modo industrial de alimentarse del labriego europeo que sólo ve la carne para las navidades, acompañada de otros productos que su labor arranca a la tierra y que dan condimento y gusto a su alimento. *Gusto de que carecen estos bárbaros...* ( ) *Así están contentos, pero son inútiles al Estado, porque no se aumentan por medio de los casamientos ni tienen otro pie fijo y determinado para formar poblaciones capaces de resistir cualquiera invasión de indios bárbaros.*

Encuentra que para contener al indio, - *que se contará de cincuenta contra uno, si se libra la tarea a la acción de ejércitos para ganar espacios - no hay otro arbitrio que el de que se multipliquen nuestras poblaciones por medio de las casamientos, sujetando a los vagantes a territorios ( ) capaces de mantenerlos ( ) obligando a los hacendados de dilatado territorio a que admitan colonos perpetuos hasta cierto número.*

Algo que pone de manifiesto la psicología ya no del indio frente a la plata, tenida por gran riqueza por el europeo, sino del propio habitante de las campañas americanas, surge de la observación del caminante escritor que halla que esta gente no es inclinada al robo. Con recuas de plata y barras y oro atraviesan todo el reino con tan débiles custodias que pudiera ponerla en fuga

*o sacrificarla un solo hombre, (y) sucede que dos arrieros solos caminan dilatadas distancias con diez cargas de plata, sin novedad.* Escuchemos una charla entre el visitador Alonso con su acompañante descendiente de incas al arribarse a la villa del Potosí.

-Ya, señor Concolorcorvo, está Vd. en sus tierras... Esos cerros que rodean la famosa Potosí están preñados de plata y oro, de cuyos beneficios usaron poco sus antepasados que, no teniendo comercio con otras naciones, formaron unos grandes ídolos de oro en templos de plata, como asimismo los muebles de sus incas y caciques. Discurro que las grandes riquezas que dicen enterraron y arrojaron a las lagunas, a la entrada de los españoles, fue artificio de los indios o sueño de aquéllos, o a lo menos mala inteligencia.

- Todo puede ser, que no soy yo dado a creer en lo primero que se cuenta. Pero, ¿adónde va Vd.?

-Pues... meditaba que más plata y oro sacaron los españoles de las entrañas de esta tierra en diez años que sus paisanos en dos mil, desde que se establecieron. Por lo demás, a Vd. corresponde hablarle de estos lugares.

- No contradigo lo que vuesa merced afirma don Alonso, pero no he de aportarle mucho más de lo que un hombre que ha corrido mundo pueda saber. Comenzaré por decir que esta imperial villa, emplazada sobre una media loma que divide el cerro mediante una quebrada, la fundaron quienes vinieron muy temprano. Por ella es que bajan las aguas a los lavaderos del metal. Su población la forman forasteros que van y vienen. El frío que aquí sentimos proviene de su elevación y de los cerros nevados que le forman un círculo. No quiera exponerse a él en días ventosos; más le vale refugiarse en

alguna de sus casas abrigadas a fuer de su estrechez y ayuda de los muchos sahumeros y mates de agua caliente que no le faltarán. Las mujeres nunca los dejan de la mano: es el modo que tienen de agasajar a los hombres en todo momento. Vuesa merced me había preguntado cuántos de mis antepasados trabajaron desde el descubrimiento de sus riquezas...

-Sí, sí, eso quería saber yo... Muchas versiones he oído durante mis largas andanzas.

-Pues vea... serían unos 15 mil, entre los que extraen el metal y los que se emplean en el beneficio de la plata en las haciendas de más abajo. Por lo que entiendo su número se fue reduciendo a la par de la decadencia de ley en los metales hasta llegar a no más de 3500 hoy por hoy. En su mayor parte son mujeres con sus hijos. En todo unas 12 mil almas, con los que se quedan voluntariamente y se emplean en el honrado ejercicio de Chalcas que son unos ladrones de metales que acometen de noche las minas, y como prácticos en ellas, sacan los más preciosos, que benefician y llevan al banco de rescate que tiene el Rey.

-Tengo oído que estos permitidos piratas sacan más plata que los propietarios mineros aunque el Cerro esté hoy en decadencia... Se han descubierto otros...

-A pesar de tanta riqueza no verá vuesa merced en esta villa edificio suntuoso salvo la actual caja de moneda costada por el Rey. Hasta la casa del superintendente está formada por habitaciones estrechas. No se pasa hambre aquí... La villa está siempre bien abastecida por los productos de los dilatados valles. El congrio seco tiene un precio cómodo, llega fresco de la costa de Arica sin corromperse, la puna no permite infecto alguno.

-¿Y qué me dice, señor Concolorcorvo, de los habitantes de este lugar?

-¡Ah, dos cosas le digo! Mucha discordia suele haber entre los principales vecinos, casi tanta como el lujo que se gastan en vestir. Hay dama común con más vestidos guarnecidos de plata y oro que la Princesa de Asturias. Bien... dejemos ya la conversa... Estamos llegando al puente. Le diré que la idea de este puente ha sido muy buena, pero no se pudo perfeccionar en un *reino y provincia* abundante en plata pero escasa de colonos y frutos.

Haré pie en la última expresión textual. El autor, a lo largo de todo su relato no ha empleado la palabra colonia. Aquí aparece la de *colonos* junto a la de *reino y provincia*, al igual que en los documentos de la época. Colono es, también, la designación dada a los que iban a habitar la Sierra Morena. Cuando surge el término es siempre en este sentido.

A continuación aparecerá, ya llegando los viajeros a Oruro, - que *sigue a Potosí en grandeza, situada en medio de una dilatada pampa* ( ) *la mayor parte salitrosa y cenagosa* - una referencia a las producciones del fértil valle de Cochabamba, que la abastecen. Allí *el azúcar, el vino y otras bebidas asimismo la aceituna, pasas y almendras*. He aquí cómo lo que dice la leyenda negra respecto a la prohibición de plantar vides y olivos en América se ve desmentido una vez más. Y digo así porque referencias de esta clase se repiten con frecuencia en el itinerario del visitador y su acompañante. Tal lo consigna Concolorcorvo a su paso por Córdoba. *Los mendozinos proveen a esta ciudad* ( ) *de harinas y siempre de vinos, que regularmente venden a menos precio que en Buenos Aires. Los de San Juan de la Frontera llevan mucho aguardiente en odres. El que llaman resacado, o de cabeza, es tan fuertemente activo que mezclándole dos partes del común, muy flojo, tiene tanta actividad como el regular de la Andalucía y Cataluña.*

De haber, pues, existido tal prohibición, nadie le llevaba el apunte al parecer lo que, en todo caso, vendría a desmentir alternativamente lo del despotismo de la Corona. Woodbine Parish anota que *teniendo en vista* ( ) *el fin de proteger los intereses españoles se renovaron algunos edictos que habían caído en desuso, que restringían el cultivo y mejoras de diversas producciones de las colonias, tales como las viñas*. No obstante, cuando en su obra pasa a describir las distintas regiones del Virreinato informa que en Mendoza *el cultivo de la viña se ha generalizado tan extensamente*. (55)

Otro ejemplo del sentido con que se desarrollaba la administración española estará dado a renglón seguido, por lo que cuenta Concolorcorvo sobre el correo del lugar.

*Este oficio de correos estaba en arrendamiento a un buen viejo... Tenía cuatro mitayos, que no tenían más utilidad y provecho que el de arrear mulas, esto es, quitarlas a los pobres arrieros para el despacho de correos y pasajeros y encerrarlas en un gran corral escoltadas de ministriles del corregidor y alcaldes, que entre todos componían una competente cuadrilla de ladrones, porque recogiendo cuatro veces más mulas de las que se necesitaban, se veían precisados sus dueños a rescatarlas a fuerza de plata, que repartían entre sí aquellos inhumanos satélites, quedándose encerradas para el servicio de los correos las mulas de los más pobres y por consiguiente las más flacas y estropeadas. No hay voces verdaderamente con que explicar esta tiranía.*

Obviamente se generaban situaciones de desabastecimiento: *una queja tan general y tan bien fundada de vecinos y forasteros, obligó al visitador a solicitar un vecino honrado que se hiciese cargo de la maestría de postas, para poner fin al exceso. Pudo reparar así en alguien muy a propósito para el caso: un español, descendiente por línea materna de legítimos caciques y gobernador de indios*. Mas habría de topar con dificultades creadas por los interesados en perpetuar la turbia cuestión.

Salen así a luz en la narración, la renuencia cuando no la franca rebeldía, para con el cumplimiento de las ordenanzas reales en lo que se ven mezclados jueces y autoridades menores. Don Alonso, experimentado en tales lances no se sorprende; y a la pregunta del acompañante de a qué se debe el cambio de unos hombres (que el supone *de apacible trato*) *se conviertan en ásperos y soberbios*, responde que *no hay tal mudanza: la mayor parte de los hombres es una tropa de locos*... Finalmente el Cabildo, a pesar de la oposición del corregidor, querellante en la cuestión por falta de pagos adeudados, junto con los mitayos del anterior encargado de correos, admite al nuevo maestro de postas.

No todo tiene el oscuro color de lo engorroso en la realidad hispanoamericana, sino - como nos empeñamos en demostrar - ostenta todos los tonos del arco iris y aún algunos más. Un caso pone de relieve la variedad de situaciones humanas. Rumbo al Cuzco, al que llegará la cruzada del visitador Alonso, tras recorrer 21 postas y una distancia de 126 leguas equivalente a una travesía por tierra, mayor que la del extremo sur al extremo norte del Uruguay, - da con una circunstancia totalmente contraria a la que acababan de vivir. Recala la caravana en una villa de *mucha vecindario, la mayor parte de españoles y mestizos*, próxima a una laguna, donde *algunos indios tienen sus balsitas de totora, con que pescan unos pequeños peces* ( ) *de que hacen comercio para las provincias interiores*. Esta villa habría excedido en pocos años a la de Potosí de no ser por la inundación de la mina allí explotada. Se hallaba ahora descaecida por ello y por *la muerte del magnánimo asturiano San Román*. Este *gran hombre* bienhechor de la comarca - consigna Concolorcorvo - había levantado una enorme fortuna trabajando los metales, dado su parte a sus compañeros, más 500 pesos a cada uno, y dejado las canchas llenas de ellos para obras de la comarca a la que beneficiara de diversas maneras, *antes que acabase sus días* (por lo que) *todavía llora aquella villa*..

Algo que nos hace pensar, entre otras noticias que va apuntando el invalorable cronista, es su relato sobre el pueblo de Combapata. Lo cito por si alguien, hastiado del estrés de estos tiempos quiere refugiarse en él y comprobarlo... *Con sólo tomar sus aires, sanan y convalecen bombres y mujeres*... ( ) Un español de 80 años, de buen aspecto, le refiere haber conocido a varón de 145 años, y a mujer de 137, *apostando a quien corría más*. Anota sus nombres y apellidos (seguramente por si a alguien se le ocurre consultar sus partidas de defunción.) Otros dos longevos españoles le notician sobre cuatro indias de esa edad, habitantes de un pueblo que no pasaría de cien. Se cuentan, de 140 años, no menos de seis individuos. La marca, anota, excede la de San Juan del Poye, en el reino de Galicia, donde trece aldeanos rondan los 116. Cita el caso de un minero de Aporoma, de 130 años que camina con zuecos y así va a la mina.

Estos hechos me traen a la idea de las pretendidas muertes que provocaba el trabajo de las minas entre la población indígena, según extendidos decires. No parecen ser inventados por Concolorcorvo que los relata sin segundas intenciones.

Llegamos, pues, al Cuzco. *Los criollos naturales decimos Cuzco*. El ojo implacable del cronista no deja detalle que le desconforme sin apuntar. Observaremos aquí únicamente aquello que tenga que ver con nuestro rechazo a la mitología que se nos inculcaba desde tiempos escolares. Los juicios que veremos parten de un inca y no de un español. Refieren a los primeros llegados de esta nacionalidad y luego a la vuelta de Colón a España y su regreso.

*Estos grandes hombres fueron injustamente, y lo son, perseguidos de propios y extraños. A los propios no los quiero llamar envidiosos sino imprudentes en haber declamado tanto contra unas tiranías que, en la realidad, eran imaginarias, dando lugar a los envidiosos extranjeros, para que todo el mundo se horrorice de su crueldad. El origen procede desde el primer descubrimiento que hizo Colón de la isla Española ( ) Colón no hizo otra cosa en aquellas islas que establecer un comercio y buen amistad con los príncipes y vasallos de ellas. Se hicieron varios cambios de unos efectos por otros, sin tiranía alguna, porque al indio le era inútil el oro y le pareció que engañaba al español dándole una libra de este precioso metal por cien libras de hierro en palas, picos y azadones, y otros instrumentos para labrar sus campos...*

El hecho, cuenta según los testimonios de entonces, es que de regreso Colón no halló uno de sus hombres con vida. Habían muerto a manos de los indígenas que, viendo a cada español con capacidad de sacrificar mil indios, diéronse a proclamar que los que habían quedado fueran muertos por una multitud en defensa de su honor y haciendas. Los españoles, que no aceptaron lo que oían, entraron en desconfianza y entendieron que debían tratarlos con un rigor que les hiciera temer en adelante el castigo. Siempre acorde a lo que relata Concolorcorvo, *los piadosos eclesiásticos enviados por Carlos I, hallaron inhumano el trato y escribieron a la Corte con plumas ensangrentadas, de cuyo contenido se aprovecharon los extranjeros para llenar sus historias de dicitos contra los españoles...* ( ) *Cierto moderno francés dijo que aquellos encerraban a los indios siete y ocho meses en las minas, sin ver la luz del día, para que sacasen los metales de plata y oro para saciar su codicia*. Prosigue el cronista alegando que los indios nunca supieron, ni sabían entonces, beneficiar las minas ni extraer el metal sino dirigidos por los españoles, con su concurso y el de los mestizos. Refuta - seguramente a Raynal, - sobre la crueldad e inhumanidad españolas, - con argumentos tomados de sus propios escritos, en que habla del trato benigno que dispensan a los esclavos negros y que estas cosas *no nacen de falta de crítica de los franceses, sino de sobra de malicia*. Agrega que lo mismo cuadra a *italianos e ingleses que más disfrutaban las conquistas de los españoles*.

Enardeciéndose prosigue este inca con la defensa del español, de los *piadosos Monarcas de España suprimieron las encomiendas, acaso mal informados...* Narra, la discordia entre el legítimo emperador inca y su hermano bastardo y cómo Capac acordó con Pizarro negociaciones de paz que haría, por su parte, acompañado de un ejército de doce mil hombres desarmados. Enterado Pizarro de que *traían armas ocultas y por consiguiente un designio de mala fe, eligió el medio de ser antes agresor que berido*, lo que terminó con el apresamiento del Inca. Reflexiona que Manco Capac podría haber opuesto 400 indios a cada español. Su ejército era de 80 mil hombres. *Dejando aparte una multitud de reflexiones, que destruyen la tradición y particulares historietas, afirmo que Manco fue un hombre de mala fe, traidor y aleve, porque habiéndole propuesto Pizarro que diese orden a sus generales para que se despidiese sus tropas ( ) hizo todo lo contrario, como se justificó por sus quipus, y mucho más por las operaciones de los jefes; pero lo que acabó de irritar a los españoles fue la aleve muerte que mandó ejecutar en su hermano, el verdadero inca, que desde el Cuzco había salido a tratar con Pizarro de buena fe*.

Tampoco tiene en mucho, este descendiente de incas, la tradición de *los vulgares españoles* de la promesa del tirano de llenar una sala de oro. La considera *una entretenida fantástica*. También la versión de sus congéneres indios de que, muerto su emperador, el inmenso tesoro fuera enterrado en los altos de Huamanga: una simple *quimera, la más extravagante*. Arguye razones que lo demostrarían, entre otras que aquél *sólo era dueño de los pueblos y tierras desde Quito a Piura...* La creen verdad *los españoles poco instruidos en la sustancia de las minas*.

Continúa Concolorcorvo rebatiendo cargos: *dicen que dicen y que ( ) oyeron decir, que los españoles se servían de los indios tratándolos como a esclavos...* Buena es su observación de cómo se forman las historias. No deja sin analizar, para separarse del *dicen que dicen*, la cuestión de los salarios, ya se trate de negros o indios, calculando que a menos que quieran vivir con lujos, les sobra para vivir, si no destinan sus salarios a la bebida. En todo caso, de existir algún abuso, hace presente que en *el reino* hay muchos extranjeros que no proceden de mejor manera y que, además, gradúan a los españoles como demasiado indulgentes.

Al referirse a los obrajes, - las fábricas de textiles - afirma que las autoridades se han dejado influir más por el ruido que por las nueces y creen que son como en las minas de azogue en España, en las que trabajan *los forzados*. Los obrajes, en cambio, son amplios, con buenos espacios entre telar y telar y comodidad para las diferentes tareas y para que los trabajadores puedan allí prepararse la comida, estando sus precios correctamente reglados. Y protesta: *Quisiera preguntar a los señores europeos, asiáticos y africanos qué alimento dan a sus forzados, que trabajan triplicadamente que éstos*. Concluye que aquellos difícilmente ven la carne y que su alimento y demás condiciones constituyen una suerte de crueldad y castigo. En el obraje americano los forzados son delincuentes, ladrones o deudores sin medios para pagar sus deudas, lo que logran con el trabajo. Con los delincuentes se toman medidas de seguridad pero si son aplicados pasan a ser pagos como el trabajador voluntario, aliviándoseles las medidas.

*Y ésta es toda la tiranía tan ponderada de los obrajes y obrajeros... ( ) obligados a darles sus raciones competentes de comida, vestirlos de las telas que trabajan, curarles sus enfermedades, y todos los derechos eclesiásticos hasta enterrarlos.*

*El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo.*

¿A quien pertenece esta frase? A la leyenda en primer lugar, aunque haya estado escrita por la mano de Rodó. De este modo, sus juicios sobre el indio - que ya vimos a propósito en el *Montalvo* - girarán sobre la creencia inculcada por la leyenda negra.

El estilo de Rodó en esas páginas resulta deslumbrante. Literariamente y por su tonalidad de honda vibración al darnos su pintura sobre *esa triste vasta plebe cobriza* me cautivó en mis inicios juveniles. Su autoridad intelectual, contribuiría a grabar la impresión en mi ánimo del abusivo e injusto tratamiento a los americanos, aborígenes o criollos, oído desde la infancia.

Esta declaración me obliga a otra: con el paso de los años, dada mi afición a la Historia, comenzaron a surgirme dudas ya no sobre ese pasaje sino sobre lo que *dicen que dicen que hemos oído*. Así espoleado, se me impuso revisar todos y cada uno de los cargos que legendariamente se hacían a España. El tiempo iría trayendo luego, junto con el hurgado de información y más información, el afinamiento del criterio y el aprendizaje de la ponderación del hecho histórico. Y así llegó el momento de pasar revista a cada una de las acusaciones. Obviamente ni todo era negro, ni todo blanco. Pero, ¡oh, sorpresa! lo que emergía del estudio sistemático de la denigración del sistema español sobre América resultaba remotamente lejano de lo que se pretendía.

Estos pensamientos me trajeron a contrastar la pintura de Rodó sobre el indio con la que nos hace Concolorcorvo. Este descendiente de incas pone algunos trazos sobre el indígena en boca del visitador Alonso Carrió, a quien acompañara en su travesía a Lima. Pero es de creer que, al no refutarlos, constituye su propia opinión. Se afirma en sus páginas que *los repartimientos* con arreglo a arancel son los que mantienen a los indios en sus tierras y hogares. No es dado el indio a la previsión ni al ahorro. *¿Pensarán acaso que los indios aborran algún dinero o aumentan algunas juntas de bueyes o herramientas?* Pregunta el visitador. Respuesta: *Si así lo piensan están muy engañados*. Cree este testigo, - que ha gastado una vida establecido o recorriendo el reino de Méjico y el de Nueva Granada y, al momento las vastas tierras cordilleranas hasta el Perú, - que llevado por *su genio desidioso e inclinado solamente a la embriaguez, el indio se dejaría comer por los piojos si no fuera por el crédito que se le da para su vestido, mula y herramientas.* (

) *Tal es su inclinación a la bebida que para satisfacerla venden la mula o vaca y muchas veces los instrumentos de la labor del campo, contentándose solamente con sembrar un poco de maíz y algunas papas, que les sirven de comida y de bebida, y asegurar el tributo para que los caciques y gobernadores no los molesten ni pongan en los obrajes, que aborrecen únicamente por el encierro.*

Y va más lejos en su apreciación en el sentido de que si el aborigen no tiene deudas, no trabaja ni para sí mismo. *Los indios son de la calidad de los mulos, a quienes aniquilan el sumo trabajo y entorpece y casi imposibilita el demasiado descanso. Para que ( ) se conserve con algunos bienes es preciso tenerle en un continuo movimiento proporcionado a sus fuerzas...* Cuenta el relator que don Alonso Carrió hablaba de esto con fastidio; no obstante insiste en inquirir su opinión; quiere le explique qué significa el escepticismo que le imputa a los lugareños. Replica él que el indio duda de todo. Preguntado por lo que sea, responderá siempre "así será"... Concolorcorvo comparte su opinión. Afirma, por su parte, que en ningún tiempo los españoles robaran a los indios, - ni tenían qué, dada su miserable forma de vivir. Dice: *mis paisanos no son robados, sino robadores de los españoles.* A lo que añade, refiriéndose a la condición en que vivían los aborígenes: *en tiempos de los monarcas y caciques estaban en peor condición ( ) porque los tenían reducidos a una servidumbre de mucha fatiga...* ( ) No tenían más medios que sus brazos para trabajar la tierra, ni conocían otra carne que la de las llamas, vicuñas y alpacas. *Los españoles introdujeron el útil uso del vacuno, caballo y mular, de las ovejas, herramientas para la labor de los campos y minas, con redes y anzuelos para aprovecharse del producto de los ríos y del mar, así como todo el instrumental europeo que aliviaría sus tareas.*

Habla de la crueldad del nativo, que no tiene piedad ni para sus padres, esposa o hijos. Las mujeres, asegura, son vengativas hasta lo inhumano. Cuenta que habiendo un corregidor ordenado a unos indios azotar a un esclavo negro suyo, éstos tras aplicarle por 85 veces el flagelo, entraron a dudar si los latigazos eran ese número u 86. Juraba el negro, entre lamentos, que eran 86. Ante la duda decidieron los verdugos comenzar la cuenta de nuevo.

Solicitado el visitador por alguna virtud del indio reconoce que *se le ha visto presentar el pecho para defender a sus bienhechores, y con mucha preferencia a sus compadres.* Lo cual no obsta a que los considere taimados. *Atendiendo a la piadosa máxima de nuestros Reyes, - dice - que encargan repetidas veces se conceda la paz a los indios que la pidiesen, aunque sea en medio del combate y casi derrotados,* una y más veces recurrirán al engaño y a la traición. En la cuenta de las virtudes agregaría otro hecho. Los indios que, en Lima, se abocaban a trabajos mecánicos y de mantería, escapan al perfil que ha venido trazando del indígena, mostrándose industrioses. Termina comparando a la generalidad con los gitanos de su tierra, *sutilísimos ladrones - (que) si se apareciesen en el Cuzco y Guamanga tuvieran mucho que aprender y mucho más en Quito y Méjico, que son las dos mayores universidades que fundó Caco.*

Toca al pasar un problema que se me presentó siempre como un enigma. El de la población existente en América a la llegada de los españoles. A lo largo de años fui topando, al respecto, con las cifras más dispares dadas por los diferentes autores hasta entrar en una seria confusión que me condujo, a la postre, a dos cavilaciones. Una relacionada con los medios de que pudieran valer para averiguarlo. Mi conclusión fue que podrían saber tanto como yo que en verdad poco o nada sé, fuera de los cálculos que me sugiera el sentido común. La preocupación me venía por el lado de cómo se las arreglarían los españoles, aun poseídos de la mayor saña y medios para llevar a cabo lo que la leyenda les imputa. Concluí en que estábamos más cerca de la patraña que de la verdad. Al releer estas páginas de Concolorcorvo que mantienen una saludable frescura se me aclara la dudosa cuestión. También al leer a Lezama.

*Se asombran los estadistas de que a la entrada del señor Toledo - (Virrey del Perú, siglo XVI.) - se hubiesen hallado ( ) siete millones de indios. ( ) Si actualmente hay un millón de indios, según dicen algunos, ( ) ignoran de qué frutos se mantenía aquella multitud...* Nótese que todavía en el último cuarto del siglo XVIII estos cálculos se basaban en alegres decires. El pasa revista crítica a los diversos factores en juego para el sostén de tal población - desde la baja fecundidad, los grandes inconvenientes derivados de una complicada agricultura, limitada por lo inapropiado del suelo, por los precarios medios de producción, - ausencia

del hierro, de la rueda y de la tracción animal, trabas para el empleo del agua, escasez de especies cultivadas, el clima y otros factores adversos. Entre éstos el régimen impuesto por el Inca y los caciques. Considera asimismo Alonso Carrió la ausencia de *reliquias*, esto es, vestigios de poblaciones, decisivo elemento que dilucida el asunto. Señala aún que el sistema de cultivos en quebradas estrechas no podía aportar suficientes elementos de consumo; los valles, bien cultivados, podrían dar algo más, pero no mucho. La mejora de ellos se debe a los españoles que han vuelto el terreno inculto en fructífero, mediante acequias y aguas traídas de largas distancias. Con el beneficio de estas tierras más ganó que perdió la masa indígena.

En fin, el régimen de trabajo impuesto por España dista como el día a la noche a lo que marca la leyenda. Considerando, como lo hace Concolorcorvo, - que murieran en las minas un cierto número de indios, - el resultado es magro. En todo caso, concluye, esto no procede del trabajo que tienen allí, ni del contacto que tuvieron con los metales y el azogue, y menos de la piedra, sino *del libertinaje en que viven, pernoctaciones voluntarias y otros excesos.* Admitiendo que cada año murieran en las minas dos mil hombres, sumados a los que lo hicieren fuera, el número resulta insignificante en relación al número registrado en tiempos del virrey Toledo. De raciocinio en raciocinio - que omitimos - llega una vez más a que la leyenda no pasa de intencionadas fantasías.

Distinto es el cuadro de Méjico. Empero, la cifra de 40 millones de habitantes que se le atribuye en la época, no alienta la seguridad sobre ella. Dos detalles llaman mi atención en este invalorable libro de Concolorcorvo cargado de informaciones de primera mano. El uno es el de la referencia a la muerte de su tío en España. ¿Qué importancia podría tener en relación con el tema que tratamos? Pues, sorpresas nos guarda el camino.

El referido tío, nativo de América, había vivido por años en España desde tiempos de Fernando VI, gozando de un buen empleo en la Corte, nada menos. Hacia el fin del libro surge esta otra, para mí, también sorpresiva referencia. Don Alonso Carrió desalienta a Concolorcorvo a describir Lima, meta de la travesía. Menciona que Jorge Juan, y Antonio de Ulloa, lo han hecho *ya con plumas de cisne.* La extrañeza no está en ello, sino en que lo dicho revela su conocimiento de las *Noticias Secretas* que, si bien escritas hacia 1747, no se publicarían hasta mucho después. ¿Estaría la explicación en que el informe de los dos marinos obraba en conocimiento del visitador que con frecuencia ha explicado algunos hechos más benignamente que sus autores? ¿A qué versión nos atenderemos? ¿A la de la leyenda, tramada por los enemigos de España, o a la de Juan y Ulloa, denunciantes de toda coyuntura que les pareciera abusiva para los indígenas, acorde con el espíritu de la Corona, que ellos representaban? ¿Acaso con la de Rodó, inmerso en un medio envenenado por quienes buscaban escudar sus ambiciones de poder denigrando a España?

No seguiremos ya a Concolorcorvo en sus razonamientos ni en los que hace sobre la conquista de Méjico aunque habría mucho más paño para cortar. Conformémonos con invitar a los americanos de nuestro tiempo a la lectura de documentos de la naturaleza que encierran sus páginas espontáneas. Si, cuando menos, no destruyen hasta la última brizna la insidiosa leyenda contra los civilizadores de la América, nos alertan contra las trilladas acusaciones del independentismo y nos despiertan el espíritu crítico frente a las historietas fabricadas con designios políticos propios como la niebla para ocultar o disimular el entronizamiento de pertinaces oligarquías, de las que no se salva país alguno de nuestro sacrificado Continente.

Nos habíamos prometido un aparte sobre el campo en Francia al momento de la Revolución del '89, sobre la que habíamos dejado pendiente el reconocimiento o el rechazo de su carácter de *revolución*. Consideraremos este aspecto en primer lugar. Haremos luego un paralelo de la situación que la motivó con la de España contemporáneamente, lo que nos habilitará para reflexionar una vez más sobre la realidad pintada por intereses y fantasías y la realidad sin estos ingredientes. Relacionamos esta reflexión en particular con el campo porque, para esa época, era la manera primordial de vivir;

las sociedades eran agrarias ante todo y de la política relacionada dependía la paz o la guerra entre gobernantes y gobernados.

Nuestra reluctancia a dar el título de *revolución* a cualquier movimiento político, ha quedado implícitamente expresada en el transcurso de estas páginas; se asienta en el convencimiento de que la serie innumerable de conflictos motivados por intereses personales o de grupos, generalmente concebidas por bajos intereses de personas, pequeños grupos, o sectores, ya políticos, ya militares o de cualquier otro orden, han carecido históricamente de carácter y proyección social. Siempre ha sido visible, en esta materia, la acción de ciertas minorías. Al punto que ya es un tópico la idea de que *las revoluciones las hacen las aristocracias*. Y en esto, podría decirse, radica la carencia, precisamente, de su esencia revolucionaria.

La *Gran Revolución* - como la designa Kropotkin - hace justamente excepción a esta regla. No constituyó, a diferencia, de la supuesta revolución de Mayo, algo concebido y maquinado por una minoría determinada afanada por el poder y el lucro... Brotó, en cambio, de una situación social insostenible, en las ciudades, como en el campo, extremadamente penosa para millones de personas. Se produjo como cuando explota un polvorín, al saltar una chispa. La yesca estaba pronta por la acumulación de una larga serie de iniquidades contenidas en el régimen feudal y su adlátere, el sistema monárquico arbitrario e inhumano - sin retórica - que, al margen de las circunstancias puramente climáticas que pudieran afectar a una gran colectividad agraria, determinaba por su irracional inoperancia el hambre crónica de millones de labriegos sometidos a una extorsión impositiva extrema. Justificamos su consideración aquí para compararla con la calumniada situación de España y por el pretendido papel en el surgimiento independentista en América.

Entre los innumerables estudiosos de la paradigmática revolución distinguimos por su lucidez, rigor documental y precisión de conceptos la obra de Kropotkin. Espigaremos en sus páginas algunas ideas, comenzando por el reconocimiento de sus fundamentaciones. Quizá no hubieran disgustado a Rodó los razonamientos de este prominente anarquista.

*La abolición de los derechos feudales y la readquisición de las tierras comunales, usurpadas a los municipios rurales desde el siglo XVII por los señores laicos y eclesiásticos: tal es la esencia misma, el fondo de la Gran Revolución, que impulsó el levantamiento de los campesinos. ( ) Sin eso, la Revolución no hubiera tenido jamás la profundidad que alcanzó. Ese gran levantamiento de los campos, ( ) fue lo que permitió ( ) realizar el inmenso trabajo de demolición... ( ) Ese levantamiento, en fin, es lo que constituye (su) carácter propio y lo que la distingue profundamente de la Revolución de 1648-57 en Inglaterra. (Subrayado del autor.)*

.....  
 ..  
*Los campesinos ingleses no se levantaron como ( ) en Francia para abolir los tributos feudales y los diezmos, o para recuperar las tierras comunales; y si las bandas de Cromwell demolieron cierto número de palacios que representaban verdaderas fortalezas del feudalismo, no atacaron ( ) las pretensiones feudales de los señores sobre la tierra, ni siquiera el derecho de justicia feudal que los señores ejercían sobre sus vasallos.*

Tenemos pues el planteo: es el problema territorial el fondo de la problemática determinante de la vida campesina en Francia, como en otras partes de Europa. Los vocablos que con más frecuencia topamos al recorrer este período - desde antes de la caída de la Bastilla - son el hambre, *las hambrrunas*, el trigo, la harina, la falta del pan, alimento básico de entonces, conmociones sociales por todas partes. En los alrededores de París, meses antes de la Revolución, no era posible hallar en sus bosques liebres ni conejos. Los campesinos los habían exterminado. No es esto decir que París se hallara exenta del mal del hambre ni del espíritu de rebeldía contra un sistema fiscal extorsivo. Revueltas, muertos y heridos, entre el pueblo y la soldadesca estaban a la orden del día. Sin ignorarse lo que representó la

capital en la Gran Revolución, ésta no hubiera adquirido el volumen y la extensión sin el campo. En el campo francés corrió como pólvora encendida.

Y aquí llega el momento de comparar este cuadro con el que ya hemos visto de España.

Mientras Luis XVI apenas atendía a las mínimas sugerencias de Turgot y de Necker para evitar la explosión del polvorín - la situación del erario - ¿cuál el panorama de España? Exactamente el contrario en lo que a la cuestión territorial - *esencia misma, fondo de la Gran Revolución*, - se refiere. *Sociedades Económicas* por doquier, enmarcadas en una vasta política trazada por mentalidades modernas, apuntando a disminuir los latifundios, constante esfuerzo por limitar los derechos abusivos, las exenciones y ventajas de nobles y eclesiásticos. El sistema feudal en España, amordazado, con perspectivas de grandes cambios. El acceso a la tierra, contrariamente a lo que ocurría en Francia, era impulsado por los gobernantes mediante colonizaciones abiertas no sólo a los peninsulares sino a quien lo deseara, viniera de la región europea que viniera. La expansión de la educación era una bandera desplegada al viento, propiciada desde las alturas; el estímulo a la industria, al trabajo, era la orden del día.

El descontento general, motivado por condiciones objetivas indiscutibles, fue la raíz del levantamiento general de Francia. ¿Tiene ese colosal movimiento social, una verdadera revolución, alguna similitud con las condiciones en América? ¿Existía aquí incontenible hambre de tierras, usurpadas durante siglos a las comunidades, hambre de pan, hambre de justicia, repulsa a una casta nobiliaria que disfrutara de exasperantes privilegios? Nada de eso puede denunciarse en América. Tampoco es verdad - aunque esto es ya harina de otro costal - que el arranque independentista se inspirara en la Revolución Francesa.

¿Estamos justificados al decir que Carlos III y su ilustrado equipo evitó la revolución que en Francia ponía término al feudalismo, acompañada de una devastadora ola de muertes, incendios, destrucción de propiedades privadas?

¿Y América? En América no había hambre y menos de tierras. Carlos Quijano, en la segunda mitad del siglo XX, no se cansaba de decirlo. Concolorcorvo nos decía que el campesino americano, con todas las limitaciones que se quieran, podía ser envidiado por el paisanaje europeo. Al mismo tiempo nos refiere los esfuerzos y aportes de España para la mejora de vida de estos hombres perdidos en vastas extensiones. La política contra el latifundio en América respondía a los mismos cánones, con sus matices circunstanciales, ensayados en la Península. Apelando a la participación de los hombres nacidos de este lado del Atlántico, que estudiaban en España, y a aquellos que se distinguían de alguna manera ya estudiando en las universidades que desperdigaba en el nuevo Continente, o por cualquier otro motivo, la Corona les impulsaba desde puestos eminentes, a difundir los adelantos de la agricultura. Por otra parte, fuera de este aspecto, lejos de oponer reparos al conocimiento, lo fomentaba en todos los aspectos. Cuando Rodó, en *Montalvo*, (Ob.597) habla de la decadencia española, en relación a los moldes de la educación, ¿de qué decadencia nos habla, a qué tiempos se refiere? No pueden ser los de Carlos III, precedentes al tiempo de *Maya*.

He simplificado un cuadro de compleja pluralidad de elementos concurrentes, procurando batir las distintas campanas que componen la verdadera melodía. Cada uno juzgará. *Nilil obstat* a decir que lo hasta aquí comentado no agota la cuestión.

### 13. De la Inquisición.

Escabrosa cuestión ésta de la Inquisición, traída y llevada por los denostadores de España. Requiere como tantas otras envueltas en la penumbra del conocimiento a medias, ser iluminada desde varios ángulos.

Si preguntáramos a alguien con cierta cultura qué le sugiere el término *inquisición*, es probable que junto a la idea de destemplanza de la Institución conocida como el *Santo Oficio*, nos hablara de crueldad, persecuciones y muertes, para añadir prontamente, de seguir hurgándole, la creencia de que

España *la inventó* y sólo en ella existió. El dislate, entre nosotros, deriva de la tradición nacida con el independentismo. La ignorancia va siempre unida a las tinieblas. Veamos de ponderar históricamente este manido asunto comenzando por ubicar la Inquisición en sus orígenes medievales.

Nació en 1184 y no en España, que no se hallaba aún constituida como nación. Se asentaban, entonces, en la Península diversos reinos no siempre acordes entre sí. Para acercarnos al entendimiento de esta realidad atendamos al tiempo en que se forma, sus circunstancias y motivaciones, la mentalidad imperante, el estado de civilización de la sociedad en que se da el fenómeno, la sensibilidad de entonces. Si ha de hablarse de *tinieblas*, éste es un momento adecuado.

Estamos en el umbral del Renacimiento, en el despertar de la mentalidad científica, aún no consolidado del nuevo espíritu que emerge. Para calibrar el tenor mental predominante recordemos que avanzado el siglo XIX – unos ochocientos años después - Darwin no las tenía todas consigo en cuanto a publicar el resultado de sus investigaciones. Su tesis sobre el evolucionismo chocaba contra las *Sagradas Escrituras*, llevaba al rompimiento de seculares inercias y hábitos mentales amuralladas tras una autoridad arbitraria y dogmática. La Humanidad se hallaba inmersa aún en un clima cultural cenagoso, lleno de oscuridades e incertidumbres; para decirlo en una palabra, de ignorancia en la que permanecían extensos sectores aún por encima del nivel popular. Distábase de haber salido de la Edad Media. Puede concebirse el marco en que aparece la Inquisición.

Ni llegado el Renacimiento a su plenitud, se ha abierto totalmente el camino de la Ciencia. Valga aquí la reflexión sobre Darwin. La Iglesia, por motivos que no es del caso indagar permanecía asida a dogmas y viejos moldes, reacia a considerar cualquier novedad en materia de conocimientos. Los desvíos de la propia prédica en su seno originaban de más en más resistencias, proclamas, protestas y rebeliones. Este marea, iniciada con los primeros rayos de luz del humanismo, fue abarcando, en toda Europa, cada vez mayor número de adherentes quejosos contra la relajación de la moralidad y costumbres del clero, su baja cota intelectual, la negligencia en su labor y sobre todo su acumulación de riqueza y poder. El todo dio pábulo a una onda de disconformidad hasta conformar un movimiento de repulsa popular. Una manifestación de tal disentimiento tomó cuerpo en Orleans en 1022; otra, en Arrás en 1025, hasta generalizarse, ya sin pausa, en Italia y Alemania. Predicadores ambulantes, dedicados a la práctica de la pobreza y la mendicidad, mostrarían el espíritu de rebelión, amparándose en la idea de la vida austera de los apóstoles y de Cristo. Suficiente para que la Iglesia los considerara herejes. Todo de poca monta comparado con la efervescencia del siglo XII. Valdenses, cátaros, luego albigenses y otros de nombres no tan notorios, fueron llevados a la Iglesia a ver amenazada *la unidad cristiana*. Las tibias medidas iniciales fueron endureciéndose. Visto que no detenían el descontento ni el flujo herético las exhortaciones pacíficas y morales, - ni tampoco los concilios, como el de Letrán de 1179, - se recurrió a la excomunión, lo que significaba poner en entredicho las posesiones de los nobles. Alguno respondió con el asesinato de un legado pontificio.

Corría ya el siglo XIII. En una de las Cruzadas albigenses se halló a su frente un señor de la época. La jornada terminó – 1209 - en la *Masacre de Beziers*, donde los muertos alcanzarían a la friolera de siete mil. La cuestión venía mezclada con pretensiones territoriales. La represión armada, no obstante su éxito, no pareció bastar a la Iglesia que la complementó con los tribunales de la Inquisición. Se trata de un proceso cuyo origen quizá se halle en la *Decretal Ad Abolendam* de 1184. El caldo estaba pronto no sólo para *las denuncias de sospechosos* sino también para encomendar el castigo al brazo ejecutor del poder temporal. El mismo Concilio de Letrán, ahora en 1215, propiciaba el clima. Excesos y atrocidades de los que se tomaban demasiado a pecho estas cosas, solían terminar en sus asesinatos. El obispo sentenciaba; el poder secular confiscaba los bienes del hereje.

Ante el fracaso de someter las conciencias, la Iglesia, por medio de Gregorio IX, - 1231 - tomó el camino contrario al que el buen juicio hubiera aconsejado. En vez de restringir o eliminar los tribunales, que operaban aquí y allá, los difundió a su ámbito todo. Aunque no es del caso mezclarnos en esta cuestión, sí lo es percibir que las cuestiones espirituales se intrincaban con las de orden político, lo que

suele convertir un problema más o menos sencillo en una ecuación de varios grados. Así, en vez de corregir lo que motivaba un primer nivel de disidencias, se cortó el hilo por lo más débil: se apeló a la fuerza, expediente a que siempre se acude cuando se parte de dogmas que se pretenden inapelables.

Tenemos pues, en el siglo XIII, universalmente instalada, *la Inquisición*. En los años siguientes aparecerían los *manuales* del protocolo para enjuiciar a los acusados de herejía. El más completo sería el de un dominico, inquisidor de Toulouse, 1321. Para este siglo XIV tenemos la Inquisición en los reinos latinos de Europa, excepto en Castilla, en Inglaterra y países escandinavos. Sus tribunales se instalarán sucesivamente en Aragón, Navarra, Portugal, Barcelona, Valencia. En el siglo siguiente desaparecen en Aragón surgiendo en Castilla. Valdenses de Durango son quemados en ella por orden real. Aquí la preocupación no pasa sólo por los herejes católicos; se mixtura con la problemática de judíos y musulmanes, cuya convivencia se desarrollaba no sin altibajos pero dentro de un cierto equilibrio social, (quebrado en 1212 tras la batalla de las Navas de Tolosa.) Durante el gobierno de los Reyes Católicos los moros se hallaban reducidos a no mucho más que el reino de Granada. A la matanza de judíos en España se sumaba la complicación, generalizada a casi toda Europa, hasta nuestros días, de los problemas de orden racial o, si no quiere decir así, la conmixción de comunidades con distintos hábitos y creencias. La tolerancia, en el macrohorizonte de la Historia, no se ve como un don otorgado a nuestra especie. Su ausencia suele ser lo habitual.

La llegada al poder de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, se produce en medio de estas turbulencias, agravándose por la resistencia de los nobles – y del rey lusitano - hasta convertirse en guerra civil entre 1474 y 1479. La violencia, durante este período, se vuelve extrema en la región castellana; las masas desatadas apuntan a un nuevo blanco: ya no a los judíos en sí, sino a los *conversos* o *cristianos nuevos*, aquellos que tras los pogromos de 1321 se habían convertido masivamente al cristianismo.

La palabra pogromo, de origen ruso, - *exterminio*, - no aparece en la Historia hasta 1881 en que, asesinado el zar Alejandro II, el poder concibió cambiar el blanco, desviando el cauce del descontento popular hacia las colectividades mosaicas. La suma de las matanzas de esta índole han dado carta de ciudadanía al término en los textos modernos, donde se registra con lamentable harta frecuencia. A partir de esa fecha, en Rusia especialmente, (generalizándose a Europa) hubo un auge de antisemitismo cuya saña arrojó tres cuartos de millón a las costas norteamericanas. Lo que ocurrió en el siglo XX en Alemania, con nuevos matices clericales, socialistas y neodarwinistas, huelga ser mencionado. En 1391 ocurre algo similar que habilita el concepto. Un alto en este punto es indispensable para el mejor entendimiento de la problemática española en relación a la inquisición y muerte de judíos, así como de su expulsión que abarca asimismo la de los moros.

Desterremos desde ya la idea del vulgo de que estas cosas eran exclusividades de España.

El origen de esta fobia se halla al inicio del Medioevo en razón de haber proclamado la Iglesia deicida a la comunidad judía. Esta animadversión irracional tuvo antecedentes, con altibajos, en Roma. El *Código de Teodosio* registra gran número de disposiciones enderezadas a limitar el poder de los judíos, que fueron de buen recibo en la jurisprudencia germánica de los siglos V y VI. Lo mismo cabe decir respecto al Imperio carolingio. Así se fue desarrollando el proceso que determinó el prejuicio que convirtió en clásica la imagen del judío asimilada a la idea de la riqueza y la avaricia y categorías anexas al manejo del dinero que iba concentrándose en sus núcleos por razón de las limitaciones laborales y prohibiciones diversas a que estaban sometidas sus colectividades. El judío pasó a ser el chivo expiatorio de cuanto conflicto social se produjera en el seno de la siempre ponderada civilización europea. Al punto que no se comprende cómo la expresión *cabeza de turco* no pasó a ser *cabeza de judío*. Digamos de paso que ni la premisa en relación al dinero es históricamente apropiada atendiendo a que en la realidad pocos eran los judíos realmente ricos, con poder económico y social. La verdad es que, mayoritariamente, pertenecían a los estratos más bajos de las ciudades, ubicados entre el proletariado artesanal.

Dejo aquí este vasto tema traído para mostrar una vez más que ciertas tendencias aberrantes no son patrimonio exclusivo de España. Volvamos a los hechos ocurridos hacia los tiempos de Isabel y Fernando, próximos al descubrimiento de América. Surgen estos reyes en momentos en que la virulencia antijudía – en medio de una intensa agitación social en Castilla – buscaba un *obivo expiatoria*. A la mano, estaba la comunidad de los judíos conversos, una gran masa como resultado de los pogromos de 1391, proceso continuado a lo largo del siglo XV. Ahora la cuestión era considerarlos *advenedizos sospechosos*. Sospechosos de secretas prácticas religiosas. No faltarían notables predicadores embarcados, con otros grupos de las oligarquías locales, en esta trágica campaña durante aquel lustro de violencias civiles. Fernando e Isabel, enfrentaban este problema entre otros que hacían incierto su reinado. Se veían en la precisión de crear un nuevo orden social y político, pacificar la sociedad o ver esfumar su poder ante la alta nobleza adversa. Tal el contexto histórico.

El recurso al que apelaron fue la vieja institución de la *Inquisición* a cuyo carácter medieval darían un giro convirtiéndola en instrumento político. En Sevilla se hallaban los dos monarcas cuando la marea contra los conversos hacía oír sus furibundas voces. Poco les preocuparía, quizá, el contenido de las acusaciones. El quid estaba en cómo intervenir para contener esta pleamar que iba anegando peligrosamente las urbes castellanas. Ni Isabel ni Fernando carecían de sagacidad; la solución estaba ante sus ojos: *la inquisitio* debía pasar a sus manos. El Papa Sixto IV dio su venia para extender los dominios del cristianismo... pero el Inquisidor General, figura clave, sería nombrado por los monarcas. La máquina tendría conformación piramidal. El moderno perfil político del proyecto quedaba armado y aureolado como una misión divina.

El Estado designaría, pues, a la máxima autoridad del nuevo tribunal, investido de un doble poder, eligiéndose sus miembros entre los ministros adheridos a la estrategia política de sus mandantes. Al Inquisidor General le acompañarían seis Consejeros. Llegar a este cuerpo significaba alcanzar la cúspide de una carrera dentro del aparato administrativo gubernamental. El *Consejo de la Suprema*, como se le conocería, tendría bajo su égida a todos los tribunales del Reino, integrados con las élites lugareñas ávidas de lograr prestigio, trampolín necesario para escalar las más altas posiciones ya del Gobierno, ora de la Iglesia. De remate la Institución extendería una inmensa red de colaboradores – una verdadera milicia – escogidos entre las capas sociales medias que serían sus *ojos y oídos*. No se negará a estos reyes modernidad: regímenes actuales han puesto en boga similares aparatos.

La Inquisición, formalmente establecida en España en 1478, con su original vuelco llevaba a la fecha, siglos de existencia en otras partes. En la década siguiente expandió sus tribunales – unos 23 hasta su culminación – casi sin resistencias en Castilla; no así en Aragón, donde se llegó hasta la violencia contra los propósitos del rey Fernando. Su presión sobre el Papa culminó con el nombramiento de fray Tomás de Torquemada como primer Inquisidor. Su nombre se convirtió en símbolo del horror.

El procedimiento, tras la acusación del delito de herejía, se sintetiza en la indefensión absoluta del reo. De entrada se le consideraba culpable a menos que demostrara lo contrario, a lo cual obstaba su incomunicación, el secreto del proceso y su aislamiento destinado a derrumbarlo psicológicamente. Si acaso se topara con algún hombre de hierro, quedaba aún el recurso del tormento. Se distinguen cuatro etapas en este proceso de tres siglos y medio, hasta la muerte de Fernando VII, (1834) ya en-crespada la ola liberal. En la inicial, – 1483 a 1520 – la actuación de los tribunales fue intensa. En esas casi cuatro décadas pasó por los tribunales más de la mitad de todos los acusados en los 350 años que duraron, todos ellos conversos.

La expulsión de los judíos, cuando Colón descubría América, no menguó. El rigor fue disminuyendo en la medida que aumentaban los bautismos produciéndose una lenta integración con la sociedad cristiana. Algunas cifras del período dan idea de la magnitud del hecho que la conciencia humanista hoy reprueba aunque haya que enjuiciarlo dentro de los parámetros de la época. Otras naciones, que se vanagloriarían de su *cultura*, lo superarían con creces. A 12 mil personas alcanzó el proceso en Toledo; en Valencia, 2500. En Sevilla, en 1481, se registran 2000 personas sacrificadas

en la hoguera. Muchos otros miles salvaron la vida, pero no sus bienes. La confiscación era una de las armas punitivas con el significado de la ruina de los conversos y una sombra indeleble sobre los desgraciados. Sombra histórica sobre los reyes.

Los tribunales, actuando principalmente en los centros urbanos, contaminados del espíritu de sus luchas internas, se sumaban a la arbitrariedad contra los judíos, ejercida sobre uno u otro de los grupos en pugna.

La segunda etapa, que abarca poco más de un siglo, asentado ya el sistema, se caracteriza por su organización para propagar mensajes no sólo religiosos sino de índole política y cultural, fundamentalmente el modelo auspiciado por el Concilio de Trento. Extiende su actividad contra los protestantes y las prácticas de brujería y hechicería popularizadas y contra los moriscos – musulmanes convertidos, – vistos no sólo bajo el cristal de la herejía, sino como un peligro político. Sus comunidades se localizaban en Aragón y zonas costeras de Granada y Valencia, firmes y compactas en sus creencias y costumbres. Sabido es que los musulmanes habían predominado durante siglos en esa parte del mar Mediterráneo (mientras Génova y sobre todo Venecia lo hacían en la parte oriental.) El fantasma del judaísmo dejaría lugar al fantasma islámico. Nadie sacaría de la cabeza a un cristiano de entonces la sospecha de que los moros allí no serían capaces de colaborar con los de afuera, tratándose de una comarca marítima de vital importancia para el comercio local. Sobre esta base, y por la pertinacia musulmana de no adoptar las prácticas cristianas, la Inquisición apuntaría sus baterías de 1560 a 1609 contra los moriscos hasta decretar su expulsión.

La tercera etapa hasta 1725 cubrió una centuria. La acción inquisitorial se dirigió contra los *crisianos novos*, antiguos conversos refugiados en Portugal, cuyos descendientes habían alcanzado, después de todo, altas posiciones en Castilla. Las familias portuguesas, habían vuelto por millares a la tierra de sus ancestros. Uno de sus problemas – aparte de que mantenían solapadamente su religión – pasaba a ser el del dinero que prestaban a Felipe III, consolidando una posición demasiado exitosa como para no excitar a ciertos grupos. La monarquía se movía entre dos aguas pero no resistiría indefinidamente la presión de los quejosos. Esta brega inquisitorial llenó las cárceles de *marranos*, – nombre que recibían los de ese origen – entre los que predominaban, ahora, comerciantes de medianos recursos, que no los negociantes o financieros de relieve vinculados al gran tráfico atlántico. Si confrontamos estos episodios con otros de época posterior quizá sospechemos un fuerte cariz económico, no faltando en este terreno favoritismos y rechazos.

El español Francisco Contreras Pazo relata – en una nota titulada *La Magia de Rodó* – (56) un episodio que bien vale como ejemplo del cambio de sensibilidades y evolución de los tiempos. En escena el inquisidor dominico, el rey Felipe IV, el egregio pintor Velásquez, y un sobrino suyo: estamos próximos al siglo XVIII.

Sabida es la maestría de Velásquez. En pocas de sus obras se expresa su arte con una excelsitud comparable a la de su *Venus del Espejo*. A su excepcionalidad como motivo en su época, – un desnudo femenino – se une el inusitado sesgo de presentar a la diosa como una mujer común. La genialidad del artista no está únicamente en su inspiración sino en la intelectualización del motivo. Tal el carácter de su arte. En el cuadro se percibe además de la finura de los matices dentro de los colores claros en contraste con su fondo oscuro, la estética de la pose femenina. Recostada de torso, su naturalidad parece transmitir la sensación de su tensión muscular. Ello diferencia nitidamente el lienzo de la *Venus* de aquella otra pintura colecticia de Giorgione y el Tiziano, donde la mujer es presentada de frente, en actitud laxa. Estas figuras hacen inevitable la comparación con la *Maja Desnuda* de Goya. Ninguno de ellos presenta la delicadeza y el intimismo de la obra de Velásquez, en el que el rostro de la mujer se refleja veladamente en el espejo.

El hecho es que el pintor, temeroso de la reacción del ambiente ante su singular obra pictórica, la había mantenido a buen resguardo. *Nadie conocía la existencia del prodigioso cuadro sino su mujer y su sobrino* ( ) *que todo se lo debía*. Velásquez era aposentador del Rey, cargo que ambicionaba el sobrino. *Y así las*

*cosas un día le ordenaron (al pintor) que se presentara en la Cámara Real. Allí estaban Felipe IV y un inquisidor, un fraile dominico. Estaban acusándole cuando bajaba por la escalera (el sobrino.) Instantáneamente Velásquez lo comprendió todo. Se produce un intercambio de palabras entre los presentes. Se vio al dominico – prosigue el narrador de la anécdota – jesusear al oído del Monarca y muy luego, retirarse apresuradamente.*

A Felipe IV, cuya inclinación a las beldades, (recuérdese *La Calderona*, la más famosa entre ellas,) tendrían sin cuidado el desnudo de mujeres. Tras sermonear al taimado sobrino, nada pasa. Le imaginamos despidiendo al Maestro con una sonrisa, mas no por una inteligencia implícita en la cuestión, sino porque la sensibilidad y la rigidez de épocas anteriores eran ya historia pasada. De otras cosas debía ocuparse la *Inquisición*.

Este cambio progresa en la última etapa que abarca el período Borbón del siglo XVIII, caracterizado por un creciente liberalismo en todos sus aspectos. La *Inquisición*, para entonces, había ya mermado su papel, hasta perder prácticamente su virulencia. Recordemos, con Lezama, que *la Inquisición nunca llegó a sentar sus bases en el Río de la Plata*. Los independentistas – con el anacronismo que caracterizó sus acciones – harán caudal de esta institución en relación al oscurantismo atribuido a la monarquía y a sus prácticas arbitrarias, en lo que no le faltaría razón si su crítica se dirigiera al sistema en sí y no confinado a España y, en este ámbito, lo hicieran atendiendo al rasgo socio-político con que se desarrolló. La crítica se invalida por tendenciosa al pretenderse la *Inquisición* como un producto de la *tiranía* española. Fue ante todo un instrumento de la Iglesia cuya aplicación tuvo lugar en diversos países europeos más tempranamente y siempre conectado con circunstancias propias de cada lugar. En verdad las prácticas del poder – podría decirse que en todos los tiempos – de no contar con este monstruoso montaje, ha contado con otros, conducentes a los mismos fines. Modernamente los hemos podido apreciar, hasta hoy, sólo que más refinados, en los países atrasados en su desenvolvimiento social, como en los más avanzados. Téngase presente el macartismo en Norteamérica en pleno siglo XX, los recientes hechos públicos en relación a los presos en la cárcel de Guantánamo y otros monstruosos sucesos europeos hasta el presente.

En cuanto a la nota de indudable crueldad empleada por la *Inquisición* en todas partes, digamos que no le fue privativa. Aparece universalmente, cualquiera sea la sociedad desde la Antigüedad hasta nuestros días, variando, como recordaba Azorín, con el transcurso de su evolución cultural... hasta un cierto punto. Es nota privativa del poder, – unido a la fuerza – antes que de otros factores. No requiere esfuerzo demostrarlo: basta recorrer la Historia en cualquier época.

El expediente de descuartizamiento practicado contra Tupac Amará puede rastreado tanto en España como en otros lugares y otros momentos, o castigos iguales y aún peores. Dejando atrás las atrocidades que al por mayor nos suministra el libro de Lamartine sobre *La Revolución Francesa*, podríamos volver al ejemplo del negro azotado por los ministriles incas del corregidor, o por esas mismas fechas, al que nos daba Catalina II, en el castigo impuesto a Emiliano Pugatschef a raíz de su sublevación.

En la historia de América sobreabundan los crímenes de toda clase, en unos u otros bandos, desde Mariano Moreno, pasando por Lavalle, sin olvidar los de Bolívar con su guerra a muerte y particularmente el episodio de Pasto... Paremos de contar. No se trata de escribir una historia negra sino de dar al César lo que es del César... O sea, no atribuir lo que ha sido desde el fondo de los tiempos anexo a la condición de nuestra especie o, cuando menos, a una parte de ella, al español. Tal la intención de lo que podamos haber aportado en estas páginas para esclarecer el punto y dejar trazadas ineludibles coordenadas.

## II. LA MITOLOGIA INDEPENDENTISTA.

*...a vosotros, los que colaboraréis en la obra del futuro, fijad vuestro punto de partida, no ciertamente para destruir, sino para educar el espíritu del que encontráis en pie. – José Enrique Rodó.*

### 1. Primera fuente donde abreva Rodó.

Uruguay, tierra de José Enrique Rodó, jura su Constitución republicana veinte años después de la llamada *Revolución de Mayo*, de la que Buenos Aires emergiera, dentro de los movimientos independentistas de América, como la cabeza de la rebelión del sur. No es esta ciudad, ciertamente, la primera que trata de apropiarse el Poder. Una minoría formada por criollos como por españoles, casi todos miembros de elevado rango de la Administración, crea la onda que se levanta contra España. Su afán es desprenderse de los lazos de la metrópolis. En la contienda entablada nadie se para a averiguar la racionalidad del paso que se da. Se quiere emprender el vuelo propio y no hay tiempo para reflexionar sobre la real necesidad o la conveniencia americana al respecto, ni sobre los medios posibles para impulsar una decisión común. Cada uno mira por lo suyo y de todas partes surgen voluntades de poder. ¿De qué se trata, qué idea marca el derrotero, qué intereses mueven a los actores?

Lo indagaremos tratando de abarcar el cuadro en amplitud y profundidad. Lo justifica el hecho de que el Rodó juvenil – tal cuando escribió *Ariel* – encontrara la agitación de *Mayo admirable e inmortal*. Veamos si hubo fundamento para tal apreciación.

Desde ya digamos que hay elementos que permiten conjeturar que con el paso de los años y de su maduración intelectual, al par del avance de sus estudios, su romántica ilusión habría ido cediendo lugar a una apreciación más objetiva. Esos elementos se desprenderían de algunas de sus páginas americanistas en que la imagen del Continente se va ajustando, mostrándose en su cruda realidad. Si alguna vez pasó por su mente el atisbo de abjurar de aquella admiración en *Ariel – la inmortal revolución* – no la explicitó. Llevaba en lo hondo la estampa primigenia del héroe revolucionario reflejado en su ensayo sobre Bolívar.

Cuando la aventura se había consumado y la idea de la independencia era la única salida honorable para los gestores de la catástrofe – agarrados todavía al afán de centralizar el poder – sólo una figura se irguió genial para dar el rumbo sensato al barco. Estoy nombrando a José Artigas. Su visión, la dirección que él intentó imprimirle, habría dado sentido a una revolución carente de una dirección seria y de un objetivo levantado. Y aquí volvemos a topar con el misterio de Rodó. ¿Por qué lo digo?

Hay una breve página suya – *La Grandeza de Artigas* – (Ob.1208) que ahonda el misterio de su mente en relación al Movimiento de Mayo. Extractemos los puntos que trata:

\*... nuestro credo revolucionario de 1813, fórmula profética integral de los destinos de la América libre...

\*... aspiraciones a la autonomía económica y política...

\*... original grandeza de Artigas, clave de su significación histórica: haber profesado con inquebrantable fe, cuando todos dudaban, los principios de la independencia, la federación y la república...

\*... Por eso es grande Artigas, y por eso fue execrado...

Estas pocas frases encierran un profundo, certero e indiscutible juicio histórico de Rodó y permiten deducir su comprensión de la problemática planteada a partir del 25 de Mayo de 1810. Si la Revolución no era una solución apropiada a las disconformidades que pudieran tenerse con el gobierno de Madrid – si es que de ello se hubiera tratado – si, creyéndola tal, era inoportuna; si sus miras eran confusas y su conducción errática y arbitraria de parte de Buenos Aires respecto a las provincias, concedamos que cabía aún un golpe de timón salvador del rumbo. Este golpe salvador lo intentó Artigas. Pero demos vuelta el asunto y mirémoslo por el otro lado. Tendremos ante nosotros los términos de ese misterio que fue el pensamiento de Rodó sobre un hecho tan trascendente como el

que trazó nuestro destino histórico, para bien o para mal. El hecho en sí puede provocar aprobación, entusiasmo, admiración... Alternativamente, rechazo, reprobación... Cuando menos, dudas. Veamos su breve escrito de 1915.

Rodó halla en las Instrucciones del '13, *la fórmula integral* del destino de América, de su libertad, de su independencia.

•Reconoce un sistema de *autonomía* que daría a las partes integrantes de la nación, la necesaria libertad política para acomodar sus economías, según las circunstancias propias de cada una.

•La *concepción federal* - o confederal - comprende esa autonomía, base de ecuanimidad y solidaridad con las provincias sin fácil acceso al mar, poniendo a su disposición los puertos (y sus rentas) para su parejo desarrollo. Anexo a este principio, *independencia* de España y de todo otro poder extranjero, conformando un régimen republicano, cuyo significado sería liberarnos de un poder central inhibitorio de nuestras opciones para comerciar con quien quisiéramos y crear un sistema democrático en que los ciudadanos participasen en el poder, estableciendo su control, comenzando por dividirlo en Ejecutivo, Legislativo y Judicial, equilibrándolo, de modo de garantizar la libertad individual. Eso significaba el régimen republicano.

•Esta formulación *integral* es lo que da pie a considerar grande a Artigas, la que le otorga su alto valor histórico, enfrentado a la prepotencia de Buenos Aires dimanada de la posesión de un puerto a manera de embudo, utilizado en provecho propio y en detrimento de las demás provincias. La lucha por *la fórmula integral* conduce a la grandeza del *padre del Federalismo*, - como le nombra Fermín Chávez, en su *Vida y Muerte de López Jordán* - y ello es causa de su execración.

Hasta aquí hemos sostenido que la Revolución nos condujo a la dependencia, contraria a la libertad. Al margen de la conveniencia o no del paso dado, la fórmula artiguista - de considerar oportuno el tiempo para darlo - nos habría conducido, de acuerdo al sentido de *las Instrucciones*, a la conquista de un destino libre. Los autores de la Revolución no practicaron *el credo*, lo que se supone el artículo de fe en el destino libre de América. Lejos de cumplir con el designio de abatir el poder central, trataron de sustituirlo con otro más tiránico - si aquel se consideraba como tal - al punto que el tucumano Juan Bautista Alberdi acusaría a Buenos Aires de querer reemplazar a la metrópolis, y explotar las provincias en su beneficio. De hecho sucede hoy. No vacilaron los *revolucionarios* en incurrir en toda clase de arbitrariedades. Frente a los hechos sangrientos con que se inició la *Junta de Mayo*, cabe preguntarse sobre el derecho que se atribuía sobre el Paraguay. De entrada intentó doblegarlo por la fuerza, lo que costaría a Belgrano dos derrotas sucesivas. Vencida en todas partes, *la Revolución* se vería tonificada por quien daría la primera batalla exitosa contra los españoles: Artigas, con su triunfo de *Las Piedras*.

Mariano Moreno, en su *Plan de Operaciones*, había recomendado procurar su concurso y el de Rondeau, lo que significaba el reconocimiento del nombre de Artigas en la Banda Oriental. Ignoro los méritos que viera en Rondeau. Belgrano fue nombrado para comandar las operaciones en nuestra Banda pero ante sus fracasos militares en el Paraguay se le suplanta. ¿Quién si no Artigas, debía ser designado? Rondeau tomaría el lugar de Belgrano. Primera de las afrentas que sufriría el Conductor oriental. Hombre de inteligencia y honor, debió rumiarlas en silencio. Estaba a la vista que el nuevo poder, en el menor de los casos, no difería del anterior.

Mas como la suerte seguía adversa a Buenos Aires, temiéndose el avance de las fuerzas españolas del lado del Alto Perú, la *Junta de Mayo* decide entregar una pieza en el tablero de ajedrez en que juega la partida. Sacrificará un peón: la Banda Oriental a la que no ve - nunca vio - más que como eso, un peón insignificante. De haber dejado obrar a Artigas, Montevideo habría caído en su poder luego de *Las Piedras*, acorde a su intención. La Junta frustró su propósito y, aparte de no entregarle el mando que a todas luces le correspondía, le alejó del Sitio de Montevideo pactando turbiamente con Elio la entrega del territorio, y el retiro de su jefe natural a la otra Banda del río Uruguay.

La nueva afrenta, ahora, no es sólo a él, sino a todo el pueblo que, con más instinto que la elite dirigente le proclama, a partir de entonces, - como quien recoge el guante de un desafío, - *Jefe de los Orientales*. Es el momento preciso en que nace la idea del federalismo como solución pragmática a los avances centralistas de Buenos Aires. La creencia de que tal concepción partió de que llegara a sus manos un ejemplar de la Constitución norteamericana no tiene mayor asidero.

En adelante Artigas se debatirá entre la obediencia militar y *el compromiso* con su gente. No lo interpreto yo; lo siente y lo dice él cuando expone al Paraguay la problemática originada. La *Junta de Mayo* había ya dejado su lugar a un triunvirato, en su marcha hacia la concentración del poder. La entrega de la Banda Oriental había hecho nacer la necesidad de establecer la autonomía, frente a la arbitrariedad indudable de la provincia con autoritaria vocación de amo. La práctica revolucionaria, ya era visible: atentaba contra la autonomía - tradición, por lo demás, de los reinos españoles, - de las partes que formarían la República. Del credo de Artigas surgiría la libertad y la independencia, para volver viable la nueva entidad que se pretendía. Atribuir la concepción del federalismo al hecho incidental del conocimiento de la organización política de los Estados Unidos equivale a desconocer el sentido de la Historia y a subvertir las consecuencias de un episodio por demás claro. Se confunden causas y efectos. Ante la demasia del poder de Buenos Aires - así han de haberlo sentido las cabezas pensantes que rodeaban a Artigas - hubo de deliberarse sobre el destino que nos aguardaba. Al nombrarse *Jefe de los Orientales*, pasaba a ser la encarnación de la idea. Luego, ante la misma necesidad comprendida por las demás provincias, su base representativa se ensancha: se le erige en *Protector de los Pueblos Libres*. Yerra el historiador Adolfo Saldías (57) al decir que se autoproclamó. Aunque si así hubiera sido la cosa no cambia, el reconocimiento se lo hacían varias provincias.

No fue así en el caso de San Martín quien, en Perú, se autoadjudicó el título de *protector*...

El éxodo de un pueblo, abandonando todo por seguir a quien siente como su *Conductor*, atravesando un vasto territorio de acuerdo a los precarios medios de traslado con que se contaba, ¿enseñaría algo a aquellos hombres ensoberbecidos por la autoridad usurpada? ¡Sorprendente: el bíblico episodio no roza ni ligeramente su sensibilidad! Sus móviles espurios les cegaban. La frase no es un recurso retórico. El grandioso suceso - sí que inmortal y digno de admiración - lejos de llamar a la reflexión a la elite, la llevaría a urdir las más alevosas intrigas contra Artigas. Establecido su campamento en el Ayuí, prontamente concurre a él Manuel Sarratea, miembro del Triunvirato del que Rivadavia es secretario. Entre las figuras porteñas históricamente repudiables para la Banda Oriental se cuentan estos dos personajes junto a Pueyrredón y Alvear. Difícil saber, entre los cuatro, quien sobrepasa a quien. El siniestro Sarratea, como representante del Gobierno, desarticula mediante sobornos el ejército artiguista, arrebatándole sus tropas veteranas. Como no le basta para destruir a quien emergía con un prestigio no alcanzado por ningún otro actor, intenta hacerlo asesinar. El poder espurio teme, sobre todo, al poder popular. Fracasado el intento le proclama traidor y promueve la desertión de sus soldados. Artigas - atento siempre al interés general - trata de negociar. Dice al tenebroso Sarratea: *Un lance funesto podrá arrancarme la vida, pero no envilecerme*. Es la forma de llamarle vil al comisionado de Buenos Aires. Colmada su paciencia toma medidas drásticas: le despoja de sus caballadas y exige su retiro del Ejército. La indignación contra el maligno sujeto llega a tanto que Rondeau y French reúnen una junta de guerra. Esta declara no concordar con la nota de traidor sobre *la benemérita persona* de Artigas y expulsa a Sarratea y su séquito militar de esta Banda. En nuestros anales el episodio se conoce como *la Precisión de Yi*. No obstante, queda al mando del ejército Rondeau, que no Artigas.

Recuerda Eduardo Acevedo (58) la polémica pública, en 1820, entre el doctor Tomás Manuel Anchorena y el mismo Sarratea sobre el intento de asesinar a Artigas. Alega el tortuoso personaje que cuando lo del Ayuí, había concurrido con órdenes expresas del Gobierno de *prender al jefe oriental y enviarlo a Buenos Aires*, absteniéndose de ello para evitar las previsibles escandalosas consecuencias. Anchorena replicó que las instrucciones dadas eran pacíficas, que el propio Sarratea había sido quien indujera al Gobierno a atacar a viva fuerza a Artigas al formalizarse el segundo sitio a Montevideo.

y que además de titularle traidor había intentado asesinarle por medio de Fernando Otorgués, su pariente, lo cual estaba documentado en carta que todos habían conocido. Del lance da testimonio igualmente el coronel Ramón de Cáceres en sus *Memorias*. Entre las ofensas que infiere Buenos Aires a Artigas no puede olvidarse una que pone en evidencia la moral de aquellos hombres. Como cada uno juzga a los demás por su propia moral, Buenos Aires no tendrá empacho en enviarle un número de militares enemigos suyos... ¡para que los ajusticie! Nueva lección. Perdura el eco de sus palabras: *Artigas no es verdugo de Buenos Aires*. Su estatura histórica estará en consonancia siempre con su conducta cristiana y su clarividente mentalidad de *estadista*.

Al acertado e indisputable juicio de Rodó sobre Artigas caben algunas observaciones. Omite señalar algunos rasgos típicos del *héroe* cuya grandeza está fuertemente ligada, en primer término, a su incomparable e insobornable condición de gran *estadista*. No queda ahí la omisión. Cuando ha prodigado a un caudillo como Fructuoso Rivera elogios que ciertamente estaba lejos de merecer, resulta parco su juicio en cuanto a la invariable conducta humana de Artigas, no sólo predicada, sino llevada a la práctica, particularmente en relación al aborigen y al criollo desvalido de la campaña. Su condición humana, excepcional en el escenario en que se mueve, queda todo el tiempo por debajo de su merecido destaque. Puede aseverarse lo mismo en cuanto a su integridad moral, a su sentido del honor, a su entrega desinteresada a la causa de su pueblo y el reconocimiento de sus potestades.

En más de una oportunidad se le ofrecería la independencia de la Banda Oriental como modo de neutralizar, precisamente, su grandeza de miras. En el rechazo de tal soborno radica también su grandeza personal y, una vez más, su visión de estadista. Su influjo sobre la población de la campaña era tal que el comandante de la armada española Salazar afirmaba, en un informe al gobierno, que si Artigas hubiera querido proclamarse rey de la provincia, todos lo habrían seguido. Artigas repudiaría, como ofensa a su honor, las solicitudes del Gobernador de Montevideo y hasta del Virrey del Perú, con ofrecimientos de los más altos rangos. Napoleón ha dicho que todo hombre tiene su precio. Olvidó que toda regla tiene excepción.

Tampoco quiso, así, a secas, la independencia de la Banda Oriental. Tal vez avizoraba ya el error de la *Revolución* iniciada y que el único camino salvador se hallaba en la unión, como modo de construir una república de verdad. Espíritu preclaro, avizoraría que de la desunión que provocaba Buenos Aires vendrían infinitos males y ningún bien. A diferencia de los promotores del golpe de *Mayo*, y los que le siguieron, no tenía Artigas ambiciones personales. No escapaba a su comprensión que el único modo de avenir a las provincias estaba en respetar sus autonomías manteniéndolas unidas bajo un régimen federal sin la mácula de las injusticias que se achacaban a España. Su inteligencia política, su formidable inteligencia de estadista moderno - éste, rasgo fundamental de su personalidad histórica - sin claudicar de los intereses de su lar, supo conciliarlos, consigna federal mediante, con el canon de una equidad política insoslayable. Levantó, a la par, por primera vez, sin dobleces, la bandera de la independencia, pero para que existiera sin disgregación, y sin arbitrariedades como aquella de anular el puerto de Montevideo, ensayada por Belgrano desde el Consulado de Buenos Aires, política cardinal practicada luego contra todas las provincias por la dirigencia de la seudo revolución. El reloj del tiempo histórico se opuso al cumplimiento de la aspiración artiguista. Faltaba en aquel tiempo la madurez de los pueblos inhabituados al ejercicio de sus derechos políticos, situación no muy diferente hasta hoy, ya que la práctica democrática no ha pasado de una formalidad. Sería éste el primer obstáculo, sumándose a ello la tradición lusitana, pertinaz oteadora del horizonte platense y la influencia, desde antes y por mucho después, de la corona británica.

Sólo un ánimo remontado podía sortear estas intrincadas vallas, pero lejos de eso, la visión menguada y las mezquindades de los dirigentes porteños, actuando de consuno, llevaron a la Banda Oriental, en definitiva, a la separación de la unidad que desde 1776, distinguía al virreinato del Río de la Plata. La secesión no fue solitaria. Desde el albor mismo del intento independentista se concretaba el espíritu centrífugo comenzando por el Paraguay. Del mismo modo, tres lustros después, el del Alto

Perú - hoy Bolivia. La posible nación se partía en cuatro, convertidas en hojas secas lanzadas al viento de la Historia, a merced de la codicia del poderoso de turno. Una mentalidad ciega es, en suma, responsable de la funesta aventura.

Concluye Rodó en que la grandeza de miras de Artigas en choque con la pequeñez de la dirigencia revolucionaria provoca su *execración*. Esta claro que en su *salvadora fórmula integral* radica esa grandeza, en contraposición a la miopía dirigente. Cualquier valor que tuviera la empresa intentada cae al confrontar su idealidad con la realidad. Es ésta la que nos pone ante el dilema de admirar su grandeza o la causa de su execración. Los agentes concretos de su infamación son los actores surgidos de *Maya*. Obviamente no parece posible admirar a los execradores y al execrado. La grandeza de Artigas reconoce aún otros fundamentos ausentes en el juicio de Rodó. ¿Se compensan acaso con lo que agrega sobre ella en su *Bolívar*? Ensayo capital para desentrañar su criterio histórico por un lado y para calar hondo, por otro, en la realidad de la peripecia independentista.

## 2. Visión romántica de Bolívar. Realidad de Artigas.

*Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores es necesario observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos. - Bolívar.*

Al entrar en el problema de la vida y la obra de Bolívar cabe recordar este pensamiento citado por Rodó mismo en el ensayo que le consagra. Es el criterio con que nos hemos venido manejando.

En el discurrir de estas páginas hemos insistido en la propensión romántica de Rodó, emergente de sus primeros contactos con el ambiente intelectual que le rodeaba, de cuyos supuestos, fuertemente grabados en un alma por demás sensible, no es dable imaginar que pudiera sustraerse en su temprana dedicación a las letras. En ninguna de sus páginas, pensamos, se verá mejor esta inclinación, que en las fervorosas que dedica a quien la *biografía* americana ha erigido en héroe continental. *La Grandeza de Artigas*, como su *Bolívar*, donde Rodó se juega a fondo, son de 1915. Del mismo año un artículo que publica en *La Prensa* de Buenos Aires en el que oportunamente haremos hincapié. Podemos conjeturar que a la altura de la vida en que escribió aquella página, ese ensayo y el artículo, su criterio estaba ya maduro. Ello ahonda el misterio de su pensamiento, a menos que nos lo expliquemos como que su espíritu no había podido desprenderse por entero de ciertos resabios románticos aposentados en él desde su niñez. Resultará, lo que decimos, más claro a medida que avancemos.

Fácil es colegir que en la valoración de Bolívar, visto como *el héroe*, subyace la premisa de que fue el *libertador* de varios países, lo que conlleva en sí la idea de la *independencia* - o más propiamente - la de la separación de España como una gran conquista o gran paso adelante en nuestro destino histórico. Nuestro punto de vista, el del historiólogo, no se acuerda con el del historiógrafo. Corresponde a éste relatar los hechos; pertenece a aquél, su valoración. No nos inclinamos a aceptar, sin más, el entusiasmo del militante de una idea que produce una obra de altos quilates literarios pero sin un preciso análisis de la compleja materia que encierra. El ensayo no tiene carácter histórico ni biográfico. No estuvo esa intención dentro de su plan. Expresa en esas páginas su militancia ideológica en el derrotero que se trazara para levantar la imagen de América. No obstante ambos sesgos están presentes y llaman a la crítica desde esos dos ángulos, tratándose particularmente de un pensador. Como tal encaramos a Rodó. Ante su magnífico ensayo, literariamente hablando, sólo cabría ponderarlo como aquél donde su prosa brilla con los destellos, ya vistos en el ensayo sobre Montalvo, de una preciada joya de arte y estilo. Su impactante primer párrafo es prenda de ello:

*Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza.*

Sigue, a estas líneas, que *pocas figuras subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica*. No nos paremos a juzgar de la exactitud de sus vistas. Prosigamos con el examen del carácter literario. Llevado por su estro y por el criterio

valorativo de la tradición en que navega su espíritu, sublima la personalidad de Bolívar en su *genio*, que aparece como desquite de *toda la luz y el color escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al yugo colonial*, concentrada en *una vida individual y una conciencia única*:

***Virtualidad infinita, el genio está perennemente a la espera en el fondo de la sociedad humana, como el rayo en las entrañas de la nube. Para pasar al acto, ha menester de la ocasión.***

Sin doblegarnos ante la magia de su estilo ni ante la mitología recibida, nos sentimos obligados a tomar el escalpelo de la crítica y a someter al análisis los conceptos con que abre su ensayo. Sin negar algún acierto de carácter abstracto en lo que estampa con artística seguridad, hallamos qué encierra poca sustancia verdadera. Detengámonos en algunas de sus afirmaciones, dejando la consideración de la grandeza de Bolívar para el final.

¿En qué consiste *el imperio de las simpatías heroicas* como norma valorativa, fuera de una extrema sensibilidad romántica? Ciertamente lo heroico, en el caso, pasa por las sonoridades épicas del clarín. ¿Es el carácter militar de las acciones del venezolano lo que despierta simpatías? Si llamamos a las cosas por su nombre, diremos que se habla de la guerra. Guerra, muerte, desolación, miseria. Nada más contrario, dígame de paso, al criterio de civilización. Aléguese que *el héroe* hizo la guerra llevado por el impulso de la justicia, rebelado contra el *yugo colonial*. Lo que estos dos vocablos quieren significar deberá probarse de modo indiscutible. Por de pronto nosotros discutimos lo del *yugo* (referido al poder ejercido por España en América) y asimismo que se tratara justamente de un sistema *colonial*, en el sentido que hemos venido desgranando. Es el sople bélico, en definitiva, el que ha de *transfigurar la vida de Bolívar por la gloria*. Algo de esta *súbita exaltación hay en el heroísmo de Bolívar*, concluye Rodó. Cedámosle la palma en esto. Y nadie en tal sentido, si la gloria consiste en ganar batallas, podrá igualarlo ni superar su audacia, su habilidad, su energía y tesón.

***En su primera campaña como general, Bolívar había marchado mil doscientos kilómetros a través de un país primitivo y montañoso, había ganado seis batallas, destruido cinco ejércitos y reconquistado toda la parte occidental de Venezuela. Todo ello en el espacio de noventa días.***

Si *yugo* hubo de parte de España no fueron los Bolívar quienes soportaron su peso. No los de su clase sino, en todo caso, la raza aborigen, *el indio que continuó formando la casta conquistada, el barro vil sobre que se asentara el edificio social*, como dijera en su *Montalvo*. Pasa Rodó, enmarcado ya el personaje por altas notas de prestigio, a hablarnos de su vida que no fue precisamente la del que dobla su espinazo en la gleba, ni gasta sus ojos en la investigación, o empeña su alma en altruista misión. Falsa es la imagen tradicional del criollo postergado. Bolívar, puede decirse casi literalmente, nació en cuna de oro. Sus antepasados ocuparon altas posiciones en la administración. El primer Bolívar fue nombrado regidor perpetuo de Caracas - y hasta se contó en la familia con títulos de marqueses y vizcondes. La riqueza adquirida por la familia, - criolla tras aquel trasabuelo arribado en el siglo XVI, también de nombre Simón, - era colosal. Su patrimonio abarcaba negocios de diversas clases, casas y terrenos en Caracas, nueve viviendas rentables en La Guaira y extensiones de tierras de tal magnitud que sólo una comprendía casi por entero un valle, abundante en riquezas minerales, y una mina de oro. En otro valle, el de Taguaga, poseían una plantación de cacao; una de añil en el valle de Suata; en los llanos, de límites casi inalcanzables, haciendas con ganados de diversas clases. A una o dos jornadas de Caracas, la hacienda de San Mateo, refugio de la familia dos o tres veces al año, con plantaciones hortícolas,

frutícolas y caña de azúcar, molino de agua y destilería de ron; una organización completa de personal, animales, depósitos y herramental consiguiente. El número de esclavos allí pasaba de doscientos. No extraña que la primera juventud de Simón transcurriera en Europa y hasta en la Corte, en la vecindad de los reyes, compartiendo juegos con Fernando VII.

De ello nada nos dice Rodó: su pluma vuela de abstracción en abstracción. El *pingüe patrimonio* lo mezcla con *el lustre de la cuna* y ambos con *todos los dones de la inteligencia y de la cortesanía, realizados por el fino gusto literario y la pasión del bello vivir*. El ditirambo crece y avanza con expresiones como *varón estético, gesto estatuario de noble ademán, de la actitud gallarda e imponente, que puede parecer bistrionico a los que no bayan llegado a una cabal comprensión de su personalidad...* De dejarnos llevar por su inspiración poética creeríamos a Bolívar nacido de matriz de diosa y hombre mortal; su pintura lo acerca más a las divinidades helénicas que a aquellos hombres que poblaran la vasta y basta Venezuela.

*En Madrid, hacia el año 1803*, - apunta Thomas Rourke, - *existía un grupo de aristócratas sudamericanos, ricos, ociosos y nulos...* Bolívar conoció y se asoció a todos aquellos sudamericanos, asistió a sus reuniones secretas... El Gobierno español, como única medida, - en una muestra de su autoridad *tiránica*, - ordenó que los sudamericanos salieran de Madrid. Bolívar había viajado a España por segunda vez para visitar a Bernardo de Toro, padre de su esposa, muerta a pocos meses de su casamiento. Tras esa medida del Gobierno, - 1804 - siguió a otras ciudades y luego a París, donde participó en la vida de salón, conociendo a altos personajes entre los que se contaron nada menos que Talleyrand, Humboldt y el joven Beauharnais, hijo de Josefina. Asimismo sería presentado a Madame Recamier, a Madame Staël y a otras figuras de rango. Ese año Napoleón se coronó emperador. El joven viajero habría estado presente en la catedral donde se cumplió la ceremonia. El acto, como la adhesión de las muchedumbres, - según sus palabras - le había impresionado. Su vida en París transcurriría en el mundo elegante, no sin excesos que afectarían su salud. Recorrió otras ciudades europeas - Viena entre ellas - llevando siempre vida de príncipe. Lo más importante de su aristocrática gira estuvo en su encuentro en Londres con Francisco de Miranda, con quien trabó estrecha amistad. Cuando Simón no alcanzaba los 25 años, Miranda frisaba los 60. Tras intensa y azarosa vida militar - su nombre figura en el *Arco de Triunfo*, en la capital francesa, - era el sudamericano más conocido en Europa, pero casi desconocido en su propia tierra.

De las conferencias que mantuvo con Miranda sacó en limpio dos ideas. Una, la necesidad de que para lograr la independencia era imprescindible - lo que llamaríamos modernamente un *sponsor* - el concurso de algún poderoso país extranjero... Obviamente a cambio de algo. La otra se vinculaba al sueño de Miranda de formar un imperio gobernado por los Incas. De tal quimera brotó la convicción de que el gobierno que se estableciera en América podía ser todo, menos democrático. Ya por la incapacidad de sus pueblos de practicar el sistema, dadas su incultura y la heterogeneidad racial, como por su inmadurez política. No obstante el don de avizorar el porvenir que le atribuye Rodó, no pudo Bolívar predecir la realidad que le esperaba: arar en el mar. Es el indisputable hecho objetivo a cuya conclusión él mismo llegó. A su dramática relación con Miranda volveremos.

Cuando se enfrenta a San Martín, esa condición de semidiós hace que se le imponga - *la conciencia de la superioridad y de otra parte, el leal y noble acatamiento de ella*. A lo largo de toda su carrera San Martín - y ésta sí es gloria inmarcesible en un mundo donde todos se atropellaban - se negó a las reucillas civiles, eludió mezclarse en las luchas mezquinas manteniendo en alto siempre el objetivo de la independencia, según la entendió. Militarmente hablando, ¿fue superior Bolívar a San Martín? La respuesta es dudosa. No lo es tanto la que puede darse a esta otra interrogante: ¿de que lado estuvo la mayor nobleza al ceder el paso ahorrando una vergonzosa nueva contienda por una gloria que habría dejado de ser tal de producirse la puja?

Naturalmente caben muchas lecturas respecto a este episodio. Ateniéndonos a los hechos en sí, al momento del encuentro de Guayaquil, las acciones de San Martín, en cuanto a su popularidad en Perú, - debe consignarse - venían en baja, como consecuencia del fracaso de su intento de liberar el

bastión realista de Tacna y Arica. Se sumaban a ello los infundios de que aspiraba a coronarse rey. La verdad es que se hallaba sin el apoyo logístico de Buenos Aires, su antigua base; reinaba entonces Rivadavia con su política aislacionista. A esta apreciación del español Madariaga se suma la del argentino Rodolfo Terragno que por su parte señala el obstinado propósito de Bolívar de anexar el reino de Quito a la gran Colombia lo que determinaría su estrategia político militar frente a su rival. Al conocer las intenciones de San Martín declaraba: *No hay poder humano capaz de hacer perder a Colombia un palmo de su integridad territorial.*

No se hable, pues, de *nobles acatamientos*, sino del buen criterio de San Martín de comprender que el liderazgo no era compatible frente a una idiosincrasia como la del venezolano.

Atendible es la comparación entre las carreras y las personalidades de las dos personalidades en relación a los ambientes donde actuaran. Encuentra Rodó que el venezolano se vincula fuertemente al suyo, en sus cien peculiaridades, mientras que

*San Martín podría salir de su escenario sin descaracterizarse, sin desentonar dentro de otros pueblos y otras epopeyas. Su severa figura cambiaría, sin inconveniencia, el pedestal de los Andes por el de los Pirineos, los Alpes o los Rocallosos.*

En suma, lo asimila al eficiente militar de escuela que se atiene a normas de carácter académico más que a las impuestas por la chispa de la inspiración en un medio agreste. Desfilan a su lado Turena, genio previsor y seguro; Washington, de quien podría ser conmillón y discípulo; no desdeciría junto al *abnegado Hoche*, ni ante el prudente Moreau en las guerras europeas.

*En cambio, la figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada y trunca. Bolívar, el revolucionario, el montonero, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente... todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreductible que supone e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso.*

Encuentra la *representatividad de la eterna unidad hispanoamericana* en este héroe que *nos apasiona y nos subyuga*. Agrupemos estos conceptos, discutibles en sí, junto a otros que estampa poco después. Cuando habla de la revolución del sur, contrapuesta a la del norte, señala como militar, naturalmente a San Martín, pero también a Belgrano, contrastándolos con los caudillos, un Artigas, un Güemes, un Estanislao López. Aunque las comparaciones puedan lucir en el juego de artificios literarios, confunden. Una, por sobre todas, resulta inaceptable: *¿Artigas más San Martín: eso es Bolívar!* Los signos por mí cuenta. Trasparecen aquí, varios conceptos erróneos e inclusive una grave inexactitud.

¿Qué se quiere decir cuando se afirma que Bolívar *será siempre el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoamericana*? Pase lo del héroe visto a través del prisma romántico, aunque adjudicarle este sentido a su personalidad – fuera de la acción militar – nos resulta duro de admitir. La heroica carrera se ve cargada de oscuras sombras. Cuando se quiere encontrar en ella una representatividad que involucra a todo el Continente, adosándosele la idea de lo hispano, restalla inevitablemente el concepto, como cuando se pretende atribuir un carácter admirable a ciertos personajes de Mayo.

Otrosí digo respecto la frase donde se da por sentada la *eterna unidad hispanoamericana*. Si hay una unidad, fuera de la geográfica, o la política que dejó de ser tras la ruptura del sistema español, ¿en qué consiste? ¿Es la unidad de la lengua? No ha servido por cierto para suplir la unidad política perdida, única salvaguardia a la sazón que tenía América frente a los tornados internacionales y las acechantes apetencias que se cernían sobre ella.

Por las razones apuntadas no vemos que la personalidad de Bolívar pueda apasionarnos y menos subyugarnos. No es ello ya dudoso sino que, simplemente, lo rechazamos. Sorprende el mérito militar atribuido a Belgrano. Basta atenernos a sus propias confesiones para percibir – si su trayectoria no

nos lo mostrara más con vocación comercial, a lo sumo política, que con inclinaciones militares – para convencernos de la impropiedad del ejemplo elegido. Puede adicionarse sus notorios fracasos en Paraguay. A la inversa, cuando se refiere a Artigas, parece conferirle la condición exclusiva de caudillo comparable a la de Güemes o López, siendo que las demás prendas de su carácter, así como su pensamiento y sus acciones, lo sitúan muy por encima de la idiosincrasia del caudillo. Artigas poseyó, y en grado excelso – lo que se olvida – capacidad militar, pero de él no hay que hablar sino como *estadista*, ideólogo, conductor de hombres y de naciones. Su genio militar no pudo negarlo ni el general Mitre, uno de sus máximos detractores. En su *Historia de Belgrano* prodigó más denuestos al *Protector de los Pueblos Libres* que elogios a su biografiado. Empero su personalidad militar carece de importancia al lado de su grandeza como estadista. He ahí su heroísmo.

La más contestable y poco feliz aseveración, es ésta de encontrar en Bolívar la suma de Artigas y San Martín. Asombra que Rodó haya podido incurrir en tan liviana interpretación, siendo que siempre se cuidó de no pasar por alto la condición personal, psicológica, de los personajes que retrató. Transportado en alas de su estro no se detuvo a razonar el significado de su aseveración. La base del error está en el pensamiento que le lleva a decir respecto a Bolívar que *como entendimiento político, nadie, en la revolución de América, lo tuvo más en grande, más iluminado y vidente, más original y creador...*

No es éste el héroe en el sentido, tantas veces mal interpretado, de Carlyle. Poco importa la fortuna que uno u otro de sus actores haya podido tener en lances militares; escaso o ninguno el mérito adjudicable a quien pueda haberse distinguido por su verba o por su pluma, incluido el propio Bolívar. Carentes de significación aquéllos que se hayan lucido en el tortuoso proceso de las componendas políticas o diplomáticas; menguado el valor de los sueños de independencia desprendidos del balance riguroso y sensato de la oportunidad y conveniencia de intentarla, sin medir sus costos y sin apelar, antes, a todas las vías no cruentas ni revulsivas de una sociedad en ciernes, incapaz al momento, de constituir una nación. Salvo al precio – predecible y predicho – de amasarla con sangre. La inmediata consecuencia de la inestabilidad y endeblez de algo así creado, sería entregarnos inermes a un poder que sustituiría con peores alternativas, al que se destruía. Pesa sobre Bolívar, Miranda, Alvear, Pueyrredón, este baldón. El *liberalismo* al que se abrazaron no era instrumento apropiado para América. Ni en sentido político, en ese momento, ni menos en sentido económico.

El balance, a casi dos centurias del inicio de la aventura – que podía hacer igualmente Rodó hace un siglo – lo tuvieron Bolívar, y demás protagonistas del drama desatado, al final de sus días. Quizá lo sospechó, o mejor lo palpó asimismo Artigas, durante su prisión en el Paraguay. Liberado al morir Rodríguez de Francia se negó a volver a su tierra amada, a la que entregó su vida y sus bienes. Tuvo la amargura de ver distorsionada la única idea que pudiera haberse llamado justificativa de aquel lance disgregador de nuestra nacionalidad española. Como señalara Rodó mismo, en Artigas se reunieron las tres condiciones básicas – *la fórmula integral* – que propugnó como dignas del intento de emancipación: *Independencia*, (no fementida sino verdadera;) *República*, (sinónimo de justicia social al dar participación en el poder a todos;) *Federación*, (equivalente a establecer un equilibrio entre las partes integrantes de la nación, sin predominio ni privilegios de una sobre las otras.) Si pudo haber un sello que se constituyera en entidad representativa de un ideal – no más – a la fórmula artiguista habría de apelarse. El fue su único sostenedor. No obstante a quien adjudica Rodó tal representatividad es a Bolívar al atribuirle un entendimiento político por nadie igualado, así como una clarividencia por demás discutible.

Para tales asertos se apoya en su carta de Jamaica de 1815. *Asombrosa carta, ardiente de relámpagos proféticos, en que predice la suerte de cada uno de los pueblos hispanoamericanos después de la su independencia...* Unas y otras aseveraciones, a la luz de una desapasionada reflexión, nos resultan desajustadas. Quien, como pide Bolívar, se ha adentrado, para ver de cerca el movimiento secesionista de América, y contemplar de lejos a sus personajes, no puede aceptar tales apreciaciones.

Nadie quizá haya escrito tanto como él entre los actores de la gesta secesionista. Cada uno de sus pensamientos ha quedado estampado en el papel, lo que permite seguir su trayectoria sin excesiva dubitación. No tanto así – por lo menos en tiempos de Rodó – con Artigas. Para respaldar lo que digo, y para refutar lo que antecede, no apelaré a minuciosas especulaciones ni iré lejos a buscar mis argumentos. Recurriré simplemente a una o dos páginas del propio ensayo de Rodó.

En cierto momento llega Bolívar al poder. Encuentra Rodó entonces que

*... asoma ya en su política esta idea de la unidad continental, que ha de constituir el supremo galardón a que aspire cuando vencedor y árbitro de un mundo. La realidad inmediata negóse a acoger su sueño; mil fuerzas de separación que obraban en el roto imperio colonial, desde la inmensidad de las distancias físicas, sin medios regulares de comunicación, hasta las rivalidades y las desconfianzas de pueblo a pueblo, ya fundadas en una relativa oposición de intereses, ya en el mantenimiento de prepotencias personales, volvían prematuro y utópico el gran pensamiento; ( ) ni siquiera la unidad parcial de Colombia alcanzó a subsistir.*

Para desvirtuar las iniciales afirmaciones bastaría por sí este reconocimiento que desgarrar el velo romántico y da paso a la proverbial lucidez de Rodó. Aceptemos que la concepción de la unidad continental conlleva, sin más, la virtud perenne de la idea. El galardón no pasaría de allí. La unidad estaba radicada en la organización administrativa y la autoridad política, defectuosas cuanto se quiera pero existentes y perfectibles. Más valía tratar de mantenerlas que echarlas por la borda, rota en pedazos.

¿No es esto lo que sugieren las palabras de Rodó con que encabezamos la segunda parte de este estudio en que recomienda a la juventud fijar el punto de partida no para destruir sino para construir a partir de la obra recibida?

Hubiera sido la primera señal de buen entendimiento de parte de Bolívar proceder de tal modo cuando tuvo a su alcance un acuerdo con España sobre la base de la Constitución de Cádiz en 1812. De creerse que sólo existió una posibilidad, téngase en cuenta que, años después, vuelto al trono Fernando VII, el virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, ( ) recibió orden de España para intentar un armisticio sobre la base de la Constitución de Cádiz, que había sido refutada durante el Trienio Liberal (tras el movimiento encabezado por Rafael de Riego). Por entonces los realistas peruanos habían consolidado su situación en el Alto Perú... La propuesta española consistía en que se aceptara la Constitución y América enviara sus representantes a las Cortes. Recuérdese que representantes de América en mayoría la habían votado años atrás. Las negociaciones las llevaron San Martín y el virrey Pezuela. Depuesto éste por un motín de la oficialidad liberal, hubo una segunda entrevista con el nuevo virrey José de la Serna, más liberal. Ambos entrevistaron un avenimiento basado en una regencia en América, en tanto se conseguía un príncipe Borbón de Europa. Finalmente desacuerdo. Y no porque San Martín y Buenos Aires rechazaran la idea de volver a ser gobernados por un monarca: el gozo se fue al pozo cuando San Martín quiso someter lo acordado en principio a la dirigencia de Buenos Aires.

La siguiente aseveración de Rodó erige a Bolívar en lo que nunca pudo ser, árbitro de un mundo. Las disensiones a su alrededor fueron tantas que hasta hubo de enjuiciar militarmente a Piar, uno de sus grandes colaboradores, teniendo que mirar a otro lado por similares desacatos... Hasta el extremo de tener que retirarse del escenario de la lucha. Todas sus acciones y logros se vieron siempre en un marco de inestabilidad e incertidumbre. Cuenta para nuestro razonamiento que la realidad circundante se oponía a sus propósitos, no digamos su sueño. No está claro el ideal que perseguía. Cierta – y esto debía anticiparlo quien recibe la calificación de ser el mejor entendimiento político del medio, – que infinitas fuerzas surgían contra la finalidad de constituir una unidad, idea o ideal, que pocas cabezas podían albergar y sólo como ilusión. En doscientos años no se consiguió.

Porque, en efecto, no sólo las inconmensurables distancias y la ausencia de medios eran el gigantesco e invencible obstáculo para las comunicaciones, sino que las sociedades de entonces se verían

presas en rivalidades, desconfianzas mutuas, incomprensiones, intereses contrapuestos, veleidades personales alejadas a todas luces de la idea superior de la conveniencia de la unión. Como surge de las palabras de Belgrano, cada uno trabajaba para sí, sin atender a otra razón que la del momento que le permitiría adquirir o conservar una ventaja personal. Una reflexión semejante se halla en una correspondencia de Napoleón con sus hermanos. *Cuando se ve todo esto de cerca hay que confesar que los hombres no valen la pena de molestar tanto por merecer su aplauso. ( ) Todos van detrás de su propio interés y quieren medrar a fuerza de horrores y de calumnias.* Sabría bien lo que se decía quien hizo de la Revolución Francesa lo que los independentistas hicieron con la que ellos mismos generaron.

El escenario del Sur no desemejaba del que exhibía el Norte en las alturas. Si bajamos al llano y contemplamos el nivel social imperante, encontramos que distaba de lo que podemos llamar civilización. En el Sur sobran los ejemplos de salvajismo; los del Norte parecen rebasar lo humanamente imaginable. Si éste era el cuadro – que por mil conductos y en mil lugares se descubre en la América de entonces, como en la del tiempo de Rodó, hasta hoy, en que persiste la miopía intelectual y política – ¿en qué consistía el entendimiento del hombre levantado al pedestal del ídolo?

Entendimiento es inteligencia, anticipo, a partir de la realidad que se enfrenta, previsión de lo que ha de seguir. Ni Bolívar, ni las primeras figuras de la fragorosa empresa, tuvieron la clara noción de las fuerzas anárquicas que su acción desataba, ni una conciencia elaborada de lo que podía esperarse del medio. El Norte sobreabunda en demostraciones de cómo las masas se movían empujadas, ya en un partido, mañana en otro, por motivos ajenos a la idea de independencia. Ni qué decir de la mayoría de los dirigentes que surgían a distintos niveles movidos las más de las veces, no por ideales, sino por conveniencias personales, tironeando unos en un sentido hoy, en el contrario luego, si un soplo adverso cambiaba la marcha de los acontecimientos. No podemos, ni debemos tampoco forjarnos, bajo la consigna del patriotismo, un celeste cristal para observar los fenómenos ocurridos. El romanticismo no tiene lugar en la problemática histórica, que es de lo que aquí se trata.

Si tomáramos el caso de la revolución en Méjico la imagen podría resultar aún más dolorosa.

En cuanto a la capacidad iluminada y vidente con que corona Rodó a su héroe, cabe, por lo dicho, ponerla en tela de juicio.

Sus vaticinios de la carta de Jamaica no son otra cosa que lo que cualquier político sumergido en su medio, entonces como ahora, puede hacer. No escatimamos inteligencia a Bolívar; juzgamos sine ira e studio. No hay que andar mucho para comprenderlo: *ni la unidad de Colombia alcanzó a subsistir.* Es Rodó mismo quien apunta el hecho. ¿No debió preverlo el iluminado vidente? Su biógrafo, Thomas Rourke, anota por su parte que su predicción de que *Venezuela y Nueva Granada se unirán en una sola nación bajo un gobierno estable* no fue acertada y que *sus propios esfuerzos para verla cumplida fracasaron.* Sobre parte alguna de América podía tener mejor visión Bolívar que sobre su tierra, donde casi todos los hilos pasaban por sus manos. Dejando a un lado este aspecto puramente adjetivo, atengámonos a las cualidades del héroe. En otra parte de su carta establece:

*la misma Europa por política debería haber preparado y realizado planes para la independencia sudamericana, no tan sólo porque ella es necesaria para la conveniente balanza del mundo, sino también es un medio seguro para obtener bases comerciales en este lado del océano.*

Ahora es Bolívar quien lo dice... No se enteró que lo que ocurría en América respondía, precisamente, a planes forjados en Europa, respondiendo a intereses que no eran los de quienes habitaban estas tierras, como diría O'Donnell.

Páginas atrás hemos enumerado algunas de las guerras que tuvieron en permanente conmoción a la civilizada Europa durante siglos. Si Bolívar hubiera tenido ese cuadro a la vista y, siendo un catador de la Historia, se hubiera abocado a considerar los egoísmos y provincianismos con que cada una de

las naciones se movió siempre, tal vez sus conclusiones no resultarían las que allí estampó. Entre otros pensamientos más o menos peregrinos o teñidos por preocupaciones circunstanciales o intereses motores de sus acciones, sostenía que él, con una reducida ayuda de Inglaterra, *podría libertar la mitad del mundo y colocar el universo en un estado de equilibrio*. Evidentemente Bolívar perteneció al momento en que ese mundo se vio anegado por el espíritu romántico. Su desmedida pretensión hace dudar de su equilibrio mental. Dad a ello el nombre que os parezca.

No es pecado en Bolívar descreer del sistema federal como forma de gobierno de sociedades que no habían aprendido *las virtudes que caracterizan a los verdaderos republicanos*. Señala con razón que los modelos consultados al efecto, nada tendrían que ver con la realidad social en que debíamos desenvolvernos. Serían concepciones de

*visionarios bien intencionados, que imaginando fantásticas repúblicas pensaron obtener la perfección política, presuponiendo la perfección de la raza humana. ( ) Fuimos ( ) esclavos repentinamente elevados, sin conocimiento ni experiencia, a desempeñar un papel en el mundo como administradores, diplomáticos, magistrados y legisladores. Si hubiéramos siquiera manejado nuestros propios asuntos antes, algo habríamos sabido sobre la naturaleza y la acción del Estado... El puro gobierno representativo no es adaptable a nuestro carácter, costumbres y condiciones presentes...*

Me inclino ante su lucidez. Parece, ahora, un filósofo más que un Estadista pero se muestra sensato. Si Rodó le hubiera atribuido una capacidad vidente retrospectiva nada tendríamos que objetar.

Si algo hay que lamentar en lo que dice, es que esos pensamientos no hubieran precedido a su acción. ¿No es posible concebir que antes de lanzarse a la aventura que costaría un verdadero genocidio – en el que específicamente le cupo alguna vez ser el solo responsable – qué no se hubiera ganado? De haber sido más reflexivo, él como todos cuantos se lanzaron a la aventura que despedazaría al Continente, ¿no hubiera sido más apropiado que los colosales esfuerzos acumulados en una salida bélica se hubieran orientado a una vasta negociación de las regiones americanas con España para avanzar en lo que se quisiera sin destruir la unidad hispanoamericana? Suena paradójico asimilar su nombre al del promotor de la unión de América.

Para la nación que deseaba formar entre Venezuela y Colombia, quería un gobierno fuertemente centralizado. No resulta discutible – dado el paisaje ante sus ojos, recogida la experiencia que indudablemente no le faltó, – que tal había de ser la característica del Gobierno. Detrás de la idea está la fuerza. Pero, a esa altura, ¿cabía otro método para gobernar a las multitudes desprendidas de toda norma social? El mismo confiesa que no puede *creer que bajo las presentes condiciones, Sud América pueda ser gobernada como una gran república*. No obstante asegura que dado que considera eso imposible, no aspira a ello, *pero menos aún desea una monarquía*. República no, monarquía tampoco. ¿Qué entonces? Finaliza su carta previendo *un grande y permanente Congreso* a establecerse en Panamá, *para tratar y discutir los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo*. No digamos que hubiera acierto de su parte en cuanto a esto tampoco. La cruel realidad se lo haría saber: esa realidad le había llevado a la derrota de su vida. Se hallaba en Jamaica porque su pueblo le había dado la espalda y ni sus compañeros de armas creían en él. ¿En qué queda lo del árbitro de aquel mundo? En nada afectan estos hechos su grandeza, si se la atribuimos bajo una mira romántica; es el destino más o menos conocido de muchos grandes hombres. Mas, si cambiamos de cristal, y miramos con ojos realistas, tal vez concordemos con lo que fue su propio sentimiento (y seguramente también el del Artigas): *¡benos arado en el mar!*

Desgranemos aún, en relación a los atributos políticos de Bolívar, su concepción sobre la organización de las nuevas naciones, no digamos repúblicas, dado que no era ésa su visión. Dejemos la palabra a Rodó:

*El régimen del consulado vitalicio que Bolívar preconizaba, no podía resolver ni el problema de la confederación de estos pueblos, ni el de su organización interior. Era un desvirtuado simulacro de república; pero en este punto debe decirse que si Bolívar no llegó a la aceptación franca y cabal del sistema republicano, con su esencialísimo resorte de la renovación del cargo supremo, sostuvo siempre – y es indisputable gloria suya – el principio republicano en oposición a la monarquía, de cuyo lado lo solicitaban las opiniones prudentes y valiosas, y que era el ideal de gobierno con que venía del Sur, en cumplimiento del programa político de Buenos Aires, la triunfadora espada de San Martín.*

Antes de corolar este pasaje, confrontando el pensamiento político de Bolívar con el de Artigas y de hecho con el de San Martín, veamos cómo se pronunciaba éste respecto a la federación, que Rodó tiene como uno de los pilares de la grandeza del ideario artiguista. Demos la palabra, ahora, a San Martín, dirigiéndose a las provincias:

*Habéis trabajado un precipicio con vuestras propias manos, y acostumbrados a su vista, ninguna sensación de horror es capaz de deteneros. El genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación: esta palabra está llena de muerte, no significa sino ruina y devastación. Pensar establecer el gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y antipatías locales, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente a los gastos del gobierno general, fuera de los que demande la lista civil de cada Estado, es un plan cuyos peligros no permiten infatuarse, ni aún con el placer efímero que causan siempre las ilusiones de la novedad.*

Las palabras de San Martín, traen los ecos en esencia de las de Bolívar. No les faltaba razón al apuntar las causas que impedían establecer una verdadera federación. Cabe pensar que también debieran haber reflexionado sobre esta realidad antes de lanzarse a la acción. Concluye Rodó el párrafo que interrumpimos para dar cabida a la idea de San Martín sobre el asunto:

*La república íntegra y pura tuvo en la América revolucionaria, desde el primer momento de la Revolución, un partidario fidelísimo y un mantenedor armado: nada más que uno, y éste fue Artigas; pero aún no se sabe bien, fuera del pueblo que vela dentro de su alma esa tradición gloriosa, porque acontece que alguno de los aspectos más interesantes y reveladores de la revolución del Río de la Plata, o no están escritos o no están propagados.*

Justa afirmación: Artigas único sostenedor de la República, y *esa tradición gloriosa* no es casualmente la de Mayo, sino lo contrario de su ideario en acción. Tal tradición no la encarnó su mejor figura, San Martín, ni en el Norte, Bolívar. Rodó comprende la necesidad de una revisión histórica. Y lo dice sin cortapisas:

*Una fundamental revisión de valores es tarea que empieza en la historia de esta parte del Sur; y cuando esa revisión se haya hecho, mientras pasarán a segundo plano figuras pálidas y mediocres, se agigantará como figura de América, la del caudillo de garra leonina que en 1813 levantaba, por bandera de organización, íntegra y claramente definido, el sistema republicano, que Bolívar opuso luego, aunque en forma menos genuina, al programa de San Martín.*

Sea: esto hay que escribir y propagar. Esforcémonos en cumplir con el mandato. Tal vez Rodó mismo hubiera llevado adelante el impostergable trabajo de no haber muerto en la flor de la vida. Es nuestro conato al tratar de situar conceptualmente el valor de los protagonistas del separatismo de América. Tuvo Rodó en su mira tres grandes figuras. Son las que han absorbido nuestra atención.

Si de su grandeza debemos juzgar, pongámonos de acuerdo en la pauta o clave desde la que ha de proyectarse el juicio. Los cánones corrientes para apreciar a un personaje histórico, suelen mezclarse sin diáfanos distingos. Evitemos las conmixtiones para obtener un juicio claro.

En el estudio de la Historia rebosan los relatos de batallas y guerras. Constituye ello, a la inversa del *Study of History* a la manera de Toynbee, la simple historiografía donde no debieran entrometerse los juicios de valor. No obstante éstos se cuelan y sobreabundan partiendo de premisas interesadas. Tales juicios reflejan, en múltiples ocasiones, el sistema valorativo de quien la escribe, sus ideas, sus militancias, sus intereses, que a menudo tienden a convalidar a los vencedores. De este modo, sin ir más lejos, en el Río de la Plata, los relatos históricos nacieron por mano de los unitarios, hombres de ciudad, más arrimados a las fuentes de estudio, que quienes se le opusieron, gente que sin carecer de cultura o inteligencia, se halló dedicada a otros menesteres. Las figuras más representativas de esta corriente registran tempranamente el nombre de Sarmiento; culminan con el de Mitre. La pauta valorativa de esta escuela fue políticamente la idea de la centralización del poder que beneficiaba a su clase. Los que compartían su normativa formaron el santoral histórico. Los que se opusieron marcharon al *Purgatorio*, cuando no al *Infierno*. Algunas de estas historias se convierten en hagiografías. No escapa el Bolívar de Rodó, casi, a este criterio.

La moralidad – y ni qué decir de los valores cristianos – está ausente, aunque de tanto en tanto asoma aquí o allá. Tal el caso del propio Mitre en la *Historia de Belgrano*. Infatigable en su prodigalidad de adjetivos denigrantes (y calumniosos) sobre Artigas, que salpica por cientos en sus páginas – *terrible caudillo, encarnación de los instintos brutales, artiguismo antinacional y segregatista...* – de pronto deja asomar una consideración moral sobre su conducta que, dígame de paso, echa tierra sobre sus afirmaciones. Vencido el tenebroso e impopular Alvear en Fontezuelas, se produce aquel episodio en que el nuevo director envía a Artigas varios prisioneros, caracterizados por su odio hacia él, para que los fusile. Reconoce Mitre que el *crudo caudillo tuvo la nobleza de rechazar el horrible presente de carne humana que se le brindaba, diciendo que no era el verdugo de Buenos Aires*. No emite, en cambio, epíteto alguno sobre Belgrano cuando le son enviados dos prisioneros *a los que mandó fusilar por la espalda... y ( ) cortadas sus cabezas, se les puso un rótulo en la frente en que se leía en grandes letras, "por perjuros"*. San Martín, por su parte, no se quedaría atrás en materia de crueldades. El primer artículo de su *Código de Deberes Militares* teza que *todo el que blasfemare el santo nombre de Dios o de su adorable madre e insultare la religión por primera vez sufrirá cuatro horas de mordaza por el término de ocho días, y por segunda vez será atravesada su lengua con un hierro candente...* (59)

No se señalan casos semejantes en quien consideraban la encarnación de los *instintos brutales*.

La figura de Artigas, finalmente, nada cede ante la de Bolívar. Como *caudillo* – dígame *conductor de su pueblo* – lo superó en raigambre popular. Nada tiene que envidiarle en cuanto a visión política; nada, tampoco, en cuanto a capacidad de estadista. Su idiosincrasia republicana, vale decir democrática para su tiempo, trasparece inmaculada sin quiebres ni agachadas. No siendo equiparables sus afanes federativos, resta a favor del héroe del Sur, el desprendimiento y el desprecio de toda ambición personalista, su sacro respeto a la soberanía de los pueblos y su vena de piedad y justicia para el aborigen. En el terreno militar, su energía podía dar a Bolívar lauros sin disputa, mas la pericia de Artigas en este terreno, no le va en zaga. Mitre, el historiador militar más enconado de su gloria, hubo de mezclar su nombre con el recuerdo napoleónico para juzgarle. Sólo le faltó fortuna y escenario mayor; le sobró, a trueque, desidia a su alrededor. Sin un átomo de vanidad nacionalista digo que Artigas, frente a cualquier comparación, gana los lauros de la fraternidad, hidalguía y dignidad, conciencia humana. Los mantuvo en el fragor de la lucha sin renunciamentos. No pesan genocidios en su foja; lucen la clemencia, la idea de la justicia y de la equidad.

El ensayo que Rodó dedicó a Bolívar de románticos acentos, es el hilo que corre soterrado en sus escritos y aflora con aquel entusiasmo temprano de su infancia. Referida al héroe de las *Piedras*, en cambio, escribió sólo la mencionada breve página que tituló *La Grandeza de Artigas*. Claro que la

grandeza no requiere de un cúmulo de palabras para reconocerse. Cuéntase que tenía en mente un estudio sobre *el Protector de los Pueblos Libres*. No lo habría llevado a cabo por aparecer en esos días *La Epopeya de Artigas*, escrita por su amigo Juan Zorrilla de San Martín. No dejaremos de lamentar que no realizara su proyecto. No obstante ésa, su breve página, esclarece con serena ecuanimidad la calidad visionaria del caudillo que desborda el género. Hace justicia a su obra civilizadora al par que pone de relieve, con conciencia histórica y perspectiva, la proyección fecunda de quien amalgama la visión culta del ciudadano con el sentir que late en la sangre robusta del hombre hecho a la rudeza del medio social.

Nos hemos detenido ya en esa página en relación a las derivaciones de *Mayo*. Veámosla bajo otro prisma. En su época el nombre de Artigas golpeaba fuertemente las conciencias. Muchas cosas habían cambiado para entonces, pero ciertos rasgos no habían aún desaparecido. De 1915 data el breve escrito publicado en *El Siglo*, decano a la sazón de la prensa nacional, con más de media centuria de existencia y en cuyas hojas se registra un largo período de nuestra historia, en gran parte a cargo de la intelectualidad combativa de la época de labranza nacional. Hallaremos otros conceptos expresados por Rodó sobre Artigas en ese mismo ensayo sobre Bolívar. Oportuno detenernos en ellos.

Sobra decir, para quien recorra la obra de Rodó, que su filosofía está del lado de la vertiente unitaria asimilada a la idea de civilización, pródigamente simbolizada en Rivadavia. Así como Rodó es hijo de su tierra, también lo es de los valores consagrados por la revolución del siglo XVIII. Resulta por demás tangible, al encararse con el pasado rioplatense y su atmósfera, la persistencia de su temprana visión sobre el héroe venezolano. Profundizando sus escritos se encuentra que la exaltación de las figuras del unitarismo está en contra de los más elevados valores que sostiene en *La Grandeza de Artigas*.

¿Podía él, desde el ángulo que acabamos de dejar al descubierto, levantar a Bolívar sobre Artigas? *La grandeza en el pensamiento*, desde la mira rodoniana, es el valor más alto al formular el juicio del personaje histórico. Sumémoslo a su concepción. Una vez más: si Artigas es grande por su adhesión íntegra y pura a la república, su grandeza brilla por encima de la de Bolívar que muy medianamente se plegó a la idea. Si en su momento la posibilidad republicana se veía enturbiada por un sin fin de factores negativos, su capacidad de ver el porvenir debió prevenirle para orientar su pensamiento y su acción. Si, en cambio, la idea de independencia en aquel momento era viable, sus ansias no fueron más lejos que las de Artigas.

Bolívar aparece pendiente de los británicos. El héroe del Plata, no se doblega ante el poderoso inglés. Aún frente a la premiosa necesidad pone coto a sus pretensiones. Bolívar quiere entregarle la región de Panamá (y otras) a cambio de su posible ayuda. Iba por cierto más lejos que Moreno, dispuesto a entregarle la isla de Martín García y un puerto libre para su comercio.

Puiggrós – a quien en su citado libro de más de 400 páginas – no le ha pasado una vez por la imaginación la alternativa de un arreglo inteligente con España, en vez de la revolución separatista y que no encuentra palabras para elogiar a Moreno, – se pronuncia, en cambio, de este modo refiriéndose a la propuesta concesión:

*Las consecuencias del traspaso de esa isla al dominio británico habrían sido tremendas. Ubicada estratégicamente en la desembocadura de los ríos Paraná y Uruguay, daría a Inglaterra la llave del comercio platense, al mismo tiempo que un punto de apoyo formidable para su flota y pieza de primer orden para su juego político y diplomático.*

En otras palabras: mayor dependencia a cambio del *reconocimiento de la independencia* por parte de Inglaterra. Moreno sabía donde aprieta el zapato...

Por fin, si la federación es parte esencial de la fórmula integral que le levantó sobre sus contemporáneos, concedamos nuevamente que en este aspecto calzó Artigas coturnos históricos más altos que Bolívar.

Debidamente cotejados los argumentos esgrimidos por Rodó se observa un desencuentro de ideas en su visión de los próceres de la supuesta emancipación. Si acierta al decir que San Martín no tuvo otra preocupación que la de la independencia, no deduce que la acción de Bolívar antes que propiciar la unión inducía a la separación, al producir la conmoción continental. Artigas, aún incitado a la desunión, se opone a ella. Se refirió siempre a su causa como la *causa de América*. Si su afán se restringió a la cuenca del Sur, fue por imperio de las circunstancias. Su federalismo no nació de una teoría, sino de una necesidad fáctica determinada por el avasallamiento de su pueblo. Nació de la entraña viva de su realidad. ¿Tuvo siquiera la posibilidad de encarar alguna otra solución frente a ella? Lo demás, en relación a la independencia *soñada*, se reduce a los avatares militares que cuentan relativamente, referidos a la grandeza del héroe verdadero.

Hay otros dos aspectos soslayados en su valoración. Uno, su condición fundamental de gran estadista expresada en su *Oración de Abril*, en sus *Instrucciones de 1813* a los diputados al Congreso de las Provincias así como en su política económica proteccionista, mientras Bolívar, Sarmiento y compañía, ambicionaban abrir el Continente al mundo, sin medir consecuencias. Ocurre hoy bajo los vientos de la globalización y el neoliberalismo. El otro aspecto lo consagra su programa social, plasmado en su *Reglamento de tierras de 1815*. No mengua su gloria que fuera el mismo que España, que por su brazo estaba llevando a cabo.

Otro factor acrece la estatura de Artigas. Las acusaciones sobre su brutalidad y barbarie las desmienten su constante humanidad, vívida en su no menos constante inquietud por los derechos de los *naturales*. Nadie como Artigas amó al aborigen. Cabal expresión de este sentimiento, que lo distingue sobre personajes y figurones del momento, es su carta al gobernador de Corrientes en sentido de no olvidar que los primeros derechos a él correspondían. Jamás los tuvieron en cuenta las elites revolucionarias. Por el contrario, la obra propulsada por Artigas en este sentido, sería contradicha y destruida por la acción pertinaz del espíritu unitario infiltrado en los primeros gobernantes de esta Banda, con hondas proyecciones en nuestra configuración nacional hasta el día de hoy.

La humanidad demostrada por Artigas en su trayectoria, comparado con la que exhibe Bolívar, contrasta fuertemente. A uno le siguió un pueblo entero. El otro hubo de valerse de la violencia para reclutar soldados. Valga su tremenda confesión a Santander:

*Trato de levantar tres batallones de gente del país, mas no servirán de nada, porque al mover un cuerpo de un lugar a otro se desertan todos... ( ) he agotado el manantial de mi rigor para juntar los hombres y el dinero con que se ha hecho la expedición al Perú. Todo ha sido sobre violencia. Los campos, las ciudades han quedado desiertos para tomar 3000 hombres y sacar 200 mil pesos. Yo sé mejor que nadie hasta dónde puede la violencia, y toda ella se ha empleado. En Quito y en Guayaquil se han tomado los hombres todos, en los templos y en las calles, para hacer la saca de los reclutas. El dinero se ha sacado a fuerza de bayoneta... ( ) Los que vienen de Quito dicen que desde aquella ciudad a ésta no se encuentra un viviente, de miedo de la miserable leva que se ha mandado a hacer. ( ) Yo hago mi confesión general todos los días, o más bien examen de conciencia, y a la verdad tiemblo de mis pecados hechos contra mi voluntad, hechos a favor de la causa, y por culpa de los godos.*

Deteniéndonos en la conmoción a que se sumó Bolívar contra *los godos*, - sobre quienes descarga el peso de su conciencia - se comprueba que los miles y miles de gentes que arrastró a la lucha estaban lejos, ya no de seguirle, sino siquiera de comprender de qué se trataba. Igualmente se comprueba que no siempre contra *los godos* era su contienda. Unas veces éstos estaban de su lado; muchas otras

eran los nacidos en su tierra los que peleaban en su contra. El odio que parece despertarse en él contra quienes se le oponen adquiere, en ocasiones, caracteres dantescos. En una de ellas instruye a sus subordinados para que fusilen *a todos los rebeldes y a los desertores del ejército de Colombia*. En otra reclama que se le envíen los oficiales españoles prisioneros y, en cuanto *a los demás prisioneros, desbárgase Vd. de ellos del modo que le sea conveniente y más expeditivo*. Tales hechos y actitudes llegan, para más de un historiador, al grado de oprobio en el caso de la ciudad de Pasto, en 1823. Detengámonos a ver con proximidad, como él quería, este episodio.

Bolívar ordena a uno de sus oficiales que se retire lentamente del lugar. *La intención* - declara - era hacer salir *a campo abierto* a los habitantes de Pasto, alejándolos de la ciudad, para batirlos de modo que no pudiera *volver uno solo*. El éxito coronó su *grandeza*: *800 cadáveres de pastusos quedaron en el campo, pues no se dio cuartel*. Se reveló vencedor tan sanguinario que aun sus hagiógrafos retroceden ante su determinación. Es juicio extendido que esta acción constituye una página negra en su historial. Su orden era el exterminio de la población y su sustitución por gentes traídas de otras partes. En adelante no se permitiría metal alguno en el lugar; todas las familias y los hombres que se presentasen serían deportados a Guayaquil; los que no, fusilados. (60)

No hemos de creer, frente el callejón en que se metiera, que estamos ante un alma salvaje al modo de Boves que mataba por placer. La conciencia que le atenazaba, reveladora por momentos de su confusión interior, está estampada en sus cartas. Una de 1824 al marqués de Toro esclarece su drama y desasosiega cuando le oímos hablar de su elevación personal:

*Puedo asegurar a Vd. francamente que lo pasado parece un camino de flores y que mis dolores existen en los días futuros. El porvenir es mi tormento, es mi suplicio... ( ) Mis tristezas vienen de mi filosofía... ( ) Si estoy triste es por Vds., pues mi suerte se ha elevado tanto que ya es difícil que yo sea desgraciado.* (61)

Cuando se refiere a su *suerte* ha de leerse lo que él sentía como su grandeza. El mismo día - visperas de Ayacucho - escribe a otro de sus allegados, tras su afirmación de no ser desgraciado:

*En esta infausta revolución, tan infausta es la derrota como la victoria; siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte; los españoles se acabarán muy pronto; pero nosotros, ¿cuándo? Semejante a la corza llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio; porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña. Dichosos lo que mueren antes de ver el desenlace final de este sangriento drama.*

Como puede apreciarse, material había para un estudio a fondo de la personalidad y las acciones de Bolívar sin derivar a una suerte de hagiografía. Todavía puede recordarse la vida alegre de aquel joven que paseaba por Europa que, con el correr de los años, se le había ido convirtiendo en drama. Real drama reflejado en sus cartas y otros escritos. Para penetrar en la entraña de esta indudable tragedia, previo a sus palabras sobre el final de su vida, demostrativas de su desencanto, tracemos el marco de la situación a que había conducido la peripecia independentista a estos países. Sigamos a Madariaga.

*Los problemas desconcertantes que se le erizaron en el país al descoyuntar el sistema que los españoles habían ido montando durante tres siglos precisamente para conllevarlos, ocupaban su ánimo y le quitaban el reposo. Ya le informaba Sucre de que los indios preferían volver al tributo de los tiempos españoles, del que los patriotas los habían "libertado", ya Paez le imploraba restableciese el sistema judicial español, ya él mismo se convenía cada vez más de la influencia estabilizadora de la Iglesia y de la imposibilidad de gobernar a Colombia sin una monarquía o una monocracia... ¿Para qué había luchado tanto?*

No sólo él veía la situación anárquica creada. Las altas esferas compartían su visión. Sobran documentos que muestran cómo se temía que los desastres aumentarían en vez de poder encauzar la sociedad dislocada hacia un orden razonable, salvo auxilio de Europa. Confiesa a un diplomático allegado - Bresson - que si no hubiera sido por sus compromisos creados por su filosofía liberal habría renunciado a la *máscara republicana* yendo más lejos en el establecimiento de un poder real. Más lejos que lo que intentara en la Constitución de Bolivia. No le preocupaba - escribe - *ya su gloria* sino que le faltaran fuerzas para seguir la lucha: *todo era preferible al estado actual de las cosas, y que si España no estuviera dispuesta a hacer un esfuerzo, sería mejor que se ayudara a España a reconquistarlos y volverlos a colocar en la clase de colonias*. No desdican estas palabras de las que estampa en la *Carta de Jamaica: la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli...*

Son palabras del propio Bolívar y no fuera de contexto. Frente a este terrible reconocimiento, no se nos podrá decir que incurrimos en un anacronismo ideológico por creer lo mismo.

Convencido el diplomático francés de su sinceridad, le pide que esboce sus ideas sobre la posible intervención europea. De ahí surge el programa de establecer en Méjico una monarquía con un príncipe europeo a su frente. (Un francés se vería mejor acogido aunque no excluye a un español.) Considera que en Méjico, se daban las condiciones apropiadas: *nombres, nobleza, fortunas*. En los otros se cuenta con la aquiescencia del clero y sobre todo del ejército a un rey; en los demás todo es piso inestable. Para éstos últimos reservaba *instituciones más fuertes y duraderas, como senados hereditarios*.

El relato, que hemos glosado, corresponde a Bresson, que le pidió poner por escrito sus proposiciones. A ello se negó pero tuvo dos nuevas entrevistas en que ratificó su programa. (Enero de 1830.) La situación en Venezuela era en extremo crítica. A poco Rafael Urdaneta se convertiría en dictador. Todo aconseja a Bolívar retirarse de la escena. Corrida la voz de que lo haría, *los mercaderes británicos abrigan bondad inquietud ante la posibilidad de que tomara el poder el partido liberal o "violento" que abiertamente expresaba su deseo de echarlos a todos, por considerar dañosa su competencia para los intereses de los mercaderes nacionales*. Los diplomáticos consideraban que *el país se hundiría en la anarquía, poniendo en peligro los vastos intereses de los súbditos británicos invertidos en bienes y especulaciones por todo el país*. A pesar de que Bolívar se hallaba dispuesto a asumir la presidencia, los acontecimientos le empujan en otra dirección. Ante la insistencia de un diplomático interesado, declara hallarse

*tan asqueado del carácter tornadizo y caprichoso de sus compatriotas y de las calumnias que se amontonaban con él ( ) que la restauración del dominio de España, por despótico y tiránico que fuera, sería una bendición para Sudamérica puesto que aseguraría su tranquilidad y que se arrepentía amargamente de la hora en que se le había ocurrido creer a los colombianos dignos de ser liberados de tal dominio...*

Algo así como volver a fojas cero, tras los torrentes de sangre vertidos y las ruinas acumuladas.

Esto es lo que nos ha hecho recordar que Bolívar había llegado al convencimiento de que había arado en el mar expresado en sus amargas palabras de 1830, año de su muerte. *La única cosa que se puede hacer en América es emigrar...* - agregaría. Nunca, como en ese momento, habría sido más profético. Y ello es, también, el balance que sus confesiones nos ahorran.

Honradamente creo que Rodó estuvo lejos de conocer los documentos que el tesón investigativo de Salvador de Madariaga y otros estudiosos han venido sacando a luz al cabo del tiempo. De haber estado a su alcance posiblemente su visión heroica del separatismo americano más que *gloriosa* habríale dejado un sabor amargo en su espíritu.

Finalicemos con la valoración de Rodó sobre Bolívar, sobre la secesión americana, y sobre los entusiasmos intelectuales a su alrededor, destacando aún otro aspecto que suele olvidarse y aun desconocerse retornando al Sur.

Como lo ha señalado Enrique de Gandía, no todos los criollos estuvieron del lado del independentismo, ni todos los españoles peninsulares del lado realista. Según Kirkpatrick, citado por Félix Luna, desde el inicio de la contienda hasta 1819, España envió a América 42.000 soldados. En 1820 quedaban 23.000; sólo un tercio eran europeos. Señala el autor que de los 9000 realistas que combatieron en Ayacucho apenas 500 eran españoles peninsulares. Cifras que dan para meditar...

Volvamos todavía al movimiento de Mayo. Factor fundamental del levantamiento fue Cornelio Saavedra, nacido en Potosí, Alto Perú, comandante de la única fuerza militar de alguna importancia existente en la región platense, fuertemente ligado por su función e intereses al virrey. Convertido en pieza clave del tablero, aquél nada podía sin su ayuda. Sumaba a esa condición la de terrateniente y comerciante. El *Cuerpo de Patricios* lo integraban voluntarios, estancieros, propietarios urbanos y parientes. Su intervención el 22 y el 24 de mayo, en las reuniones para derrocar a Baltasar Hidalgo de Cisneros, fue decisiva. La primera Junta que se constituyó le nombró su presidente.

Otro militar de carrera, fue el brigadier Miguel de Azcuénaga, oriundo de Buenos Aires.

Ambos, como los demás integrantes, surgieron de una lista confeccionada en casa de los Rodríguez Peña por un grupo minoritario vinculado fundamentalmente al comercio, entre los que se contaban Manuel Belgrano, Juan José Paso, Juan José Castelli, y Mariano Moreno. Los cuatro abogados, los cuatro nativos de Buenos Aires.

Manuel Belgrano, cuya trayectoria ya conocemos en parte como secretario vitalicio del Consulado y propulsor del proyecto de sustituir a Liniers por Joaquina Carlota, la hermana de Fernando VII, añadía a su profesión de abogado la de armador, con intereses en el tráfico marítimo y fluvial y partidario de la libertad de comercio. Se contó entre los que incitaban a Liniers a no entregar el mando al nuevo virrey. En la misma línea se encontraba Cornelio Saavedra.

Juan José Paso se había distinguido en la reunión del 22 de mayo por su refutación al fiscal Villota. Se le distingue también por su participación en la entrega de la Banda Oriental a Elío cuando el armisticio de octubre de 1811 determinante del Éxodo.

Juan José Castelli, venía de una familia de terratenientes por línea materna y había actuado en el Consulado de Buenos Aires como secretario interino. Estaba entre los primeros que consideraran que el gobierno de España no existía ya y que los americanos debían estar representados en el gobierno central.

Mariano Moreno se hallaba relacionado, por su profesión, con las actividades comerciales y con Martín de Alzaga, quizá el más poderoso e influyente comerciante del virreinato. Un año antes había intentado formar una junta al estilo de la que se estableciera en Montevideo. Moreno se había destacado por su defensa del librecambismo con la *Representación de los Hacendados*. Nombrado secretario de la Primera Junta propondría el *Plan de Operaciones*, e impondría la muerte de Liniers y otros gobernantes opuestos a ella desde Córdoba. Su acción radical, a poco de formada la Junta, provocaría un divisionismo con Saavedra quien en sus *Memorias* le considera un jacobino, llamándole *demonio del infierno*. Relevado del cargo y comisionado a Londres, meca de todos los *independentistas* sudamericanos, moriría en el viaje.

Las dos tendencias que surgen prontamente en el movimiento recuerdan en cierto modo, las que se produjeron entre girondinos y jacobinos, en la *Revolución Francesa*. Eliminada la monarquía, los girondinos olvidaron todo propósito que beneficiara al resto de la población que había contribuido con su esfuerzo, su hambre y su sangre al logro de su meta, dejando de lado lo declarado hasta entonces a favor del pueblo. Especialmente al campesino acuciado por poner fin al sistema feudal. Su afán de ahí en más sería el de afirmar sus propiedades, adquirir las tierras expropiadas a nobles y emigrados, hasta admitiendo una monarquía constitucional en la que la burguesía obtenía el poder y privilegios contra los que antes se luchara. El proceso insumió algunos años con diversos vaivenes. Quien no se ajustara a este marco pasaba a ser considerado *un anarquista* para los girondinos.

En el proceso independentista, alcanzado el poder por los mejor ubicados en la escala militar y administrativa, conseguida la libertad de comerciar a su antojo con los ingleses, Saavedra y seguidores no tuvieron otra aspiración, y trataron, como los girondinos, de morigerar los métodos radicales propugnados por Moreno. Si por la mente de algunos pasara la idea de formar un régimen republicano, nada se tardó en soslayarlo para correr atrás de monarcas extranjeros. En vez de anarquistas tendríamos ya *salvajes unitarios* y *salvajes federales* según la designación del momento, - jacobinos y girondinos, si se prefiere.

Comerciantes de importancia eran otros dos miembros, Domingo Matheu, y Juan Larrea, catalanes alzaguistas ambos. Matheu, a quien pronto arruinaría el comercio con Inglaterra, al punto de concebir liquidar su patrimonio en Buenos Aires y volver a España, se vio impedido de hacerlo por los acontecimientos que sobrevinieron. Fue de los que contribuyeron al sostén financiero del movimiento de mayo y de los que votaron contra la permanencia del Virrey en el poder. Juan Larrea contribuyó como él a dicha financiación. Como Belgrano era armador vinculado a los intereses del tráfico marítimo y fluvial.

Manuel Alberti, sacerdote franciscano, se contó entre los que el 22 de mayo votaron por la sustitución del virrey.

Puiggrós sostiene que *los hacendados y comerciantes criollos encabezaban la revolución*. Ciertamente. Pero olvida la participación esencial de los militares y de algunos españoles representados en la misma Junta. La imprecisión se torna ardua cuando agrega que representaban *en el momento los intereses generales de la sociedad a través del partido patriota*. Esta afirmación, como lo demostrará el curso de los hechos, es contraria a la verdad histórica. Fuera de los grupos minoritarios relevados, el resto de la población, lejos de beneficiarse con el cambio político provocado, pagarán con su sangre, postergación y sufrimientos, hasta hoy, las consecuencias de desintegrar la nación, para convertirse, en la realidad, en un apéndice del Imperio Británico.

Si dirigimos la mirada al Norte el encuadre y las consecuencias, son similares. La posaremos solamente en unas pocas figuras relevantes por su actuación, espigando algunos hechos que nos permitan formarnos una idea sobre quienes se vincularían a los primeros movimientos de rebeldía.

Retrogrademos al encuentro en Londres entre Bolívar, en plena juventud, y Francisco de Miranda, veterano de varias guerras europeas. Para la mejor comprensión del significado de esta relación, y las etapas subsiguientes, preguntémosnos quién es este caraqueño que a los 25 años exhibía en España el grado de capitán en el *Ejército de la Princesa*.

El joven americano había cursado estudios de matemáticas y geografía y de idiomas, inglés y francés, en la Universidad de su ciudad natal, habiendo participado ya en algunas contiendas militares en África. Luego, como capitán del ejército de Aragón y edecán de su general, lucharía contra los ingleses en la Florida, ascendiendo a teniente coronel. En 1783 se le encuentra en Norteamérica donde vive el tiempo necesario para estudiar el proceso de su independencia. Allí concebiría la de su América. Su carisma personal le facilita relacionarse con descolantes personalidades del medio: un George Washington, un Alexander Hamilton, un Lafayette. Ha pasado los 30 cuando con su proyecto independentista a costas arriba a Inglaterra en procura de ayuda. Fallido su propósito, dedica su tiempo a ampliar sus estudios y a viajar. Es difícil hallar una ciudad o país importante de Grecia e Italia y de Escandinavia a Rusia, que no haya visitado. En 1792, hombre ya maduro, en pleno auge la *Revolución Francesa*, Miranda recalca en París. Sus atractivos personales le brindan amistades que propician su nombramiento de mariscal de campo. Las exitosas batallas en que interviene le convierten en General de los Ejércitos de Francia.

Por causa de una denuncia de traición de un militar francés pasa dos años en prisión. Liberado, llega a conocer a Napoleón. Reunido en París con quienes comparten sus ideas sobre América desarrolla su plan en función del cual vuelve a Londres y más tarde a Norteamérica, siempre en busca de apoyo para su proyecto. En Nueva York logra entrevistarse con el presidente Thomas Jefferson y con

su secretario de Estado James Madison pero otra vez sin frutos. Corre 1805, año capital en la historia del mundo: las armadas unidas de Francia y España son destruidas en Trafalgar por la escuadra inglesa. El eje del poderío marítimo se asentará, en adelante, en Inglaterra como ya se dijera.

¿Habría sido esto lo que decide a Miranda a organizar con algunos amigos, desde Haití, una expedición contra el territorio venezolano? Lo cierto es que, al año siguiente, arribado al puerto de Ocumare, con unos pocos y endeble barcos, como un Quijote peleando contra los molinos de viento, es batido por los españoles. Logra salvar su vida y, rehecho, con la misma fe y empeño del *Caballero Andante*, vuelve a su intento. Con más suerte esta vez la ciudad de Coro es desalojada por las fuerzas realistas. ¿Qué ha hecho en definitiva? Sólo escribir en el agua.

1807: Retorna a Inglaterra, más inclinada ahora a prestar su ayuda. Pero los Hados determinan otra cosa; la invasión napoleónica lo trastorna todo. Las enemigas de siempre se han vuelto aliadas: los ejércitos de Albión pelearán al Corso en tierras de España. Miranda en Londres sigue procurando contactos en suelo americano, entre las altas personalidades de entonces.

1810: también Bolívar está ahora en la capital británica. Se produce el encuentro entre el empecinado independentista, cargado de años, y el joven aristócrata, cargado de sueños de gloria. Uno y otro son hombres de carisma. Miranda no obstante peinar ya canas, no ha salido de su etapa romántica. Bolívar está en el ápice de ella. Ambos acarician una misma grande idea, pero sin meditar en la magnitud y consecuencias de la empresa. Sólo así, dadas estas condiciones psicológicas, puede creerse que el joven Simón convenza a don Francisco para regresar a su tierra y reemprender la lucha, en la que antes fracasara por falta de apoyos siquiera locales.

La expectativa de Miranda de verse acogido como un héroe y recibir la adhesión de sus paisanos, comienza a enfriarse tan pronto pone pie en tierra y enfrenta la realidad venezolana. Los británicos, jugando a dos bandas, han trasladado a ambos en sus barcos: a Bolívar como representante de la Junta. Oficialmente no respaldan a los sudamericanos pero les oyen y facilitan sus movimientos. Claro, no con miras altruistas. La amistad trabada entre Miranda y Bolívar y otros venezolanos embarcados en la misma empresa, - Andrés Bello, entre ellos, - llegaba a tanto, que el veterano militar les dejará su casa de Londres.

Para fines de 1810, cuando Bolívar arriba a su lar, los españoles ya habían tomado medidas bloqueando el país con su flota y establecido su centro de operaciones en dos puntos - Coro y Maracaibo - donde contaban con la abierta simpatía de sus habitantes. El tío de la juvenil esposa de Bolívar, el anciano marqués de Toro, a la cabeza de 3000 hombres había sido batido por un cuerpo formado por menos de 2000 españoles y lugareños realistas. El marqués huyó a Caracas.

Bolívar y Miranda llegaban juntos a La Guaira, a unos treinta kilómetros de la capital, a la que se accedía por una única senda desde el mar; un camino mezcla de piedra y arcilla, apisonado por los animales durante trescientos años. La marcha penosa, siempre cuesta arriba, bajo un duro clima tropical, debe haber hecho pensar a Miranda en una realidad quizá no esperada, acostumbrado como se hallaba al ambiente europeo. ¿Cómo podría transportar en esos lugares llenos de vericuetos y dificultades, por donde no pasaría un carro, cañones, ejércitos con sus bagajes de guerra? Su escuela era la de un militar hecho a la europea. No le faltaría entendimiento para anticipar los obstáculos que le aguardaban. Eso sí, arribado a Caracas pudo observar que en ella abundaba la riqueza entre sus habitantes; no difería, en este aspecto, de las ciudades que había conocido en Europa. Había allí teatros, visitados por cantantes venidos del Viejo Mundo, y otros esplendores.

El problema de su real situación comenzó a plantearse cuando comprobó que lo que tenía ante sí no era el horizonte que le pintara su joven amigo. La Junta allí constituida en autoridad, no distaba de la que pusiera su cabeza a precio pocos años antes. Ese recuerdo flotaba en el ambiente junto al hecho de que él era un representante radical de la lucha por la independencia, mientras la Junta mantenía la fachada de la fidelidad a Fernando VII. Dos tendencias la dividían: los que participaban de sus ideas; y los que se oponían a una ruptura franca con España. Bolívar, sin integrar la Junta, se

las arregló para solucionar el inconveniente. Un sacerdote chileno, contra la oposición del clero, le prestó ayuda: Francisco de Miranda, *el campeón de la libertad*, sería nombrado teniente general. Luego sería elegido diputado de la nación. El Congreso de marzo de 1811 recibiría su juramento de fidelidad al monarca, junto al de una cuarentena de otros miembros. Jurar costaba nada.

Los biógrafos de Bolívar han tratado de desentrañar el momento en que la nave de la amistad entre estos dos venezolanos comienza a hacer agua. Evidentemente que hubo de ser aquél en que el veterano militar palpa la realidad de cerca y la halla por demás distinta, en todo sentido, a la prometida por el joven en quien confiara. No se le escapa la falta de reconocimiento a su persona. Además, - ya lo había percibido en su aventura de un lustro atrás - el sentimiento de independencia lejos de ser unánime, ni siquiera general, se confinaba al ámbito de los que disfrutaban de las mayores riquezas en el país. Y no en todos por igual, lo que no anunciaba nada promisorio.

Le aqueja la inexistencia de poderosos ejércitos dignos de ser dirigidos por un hombre de su trayectoria y competencia. Opinan otros que sus temperamentos estaban destinados a chocar finalmente: Miranda, con años y desengaños a cuesta, aprendía ahora a medir con más objetividad la realidad. Sentía haber caído en una trampa tendida por un mozalbeta sin experiencia. Tal vez creería verse en una leonera. Su visión sobre el entusiasta y seductor joven de Londres, empezó a cambiar: *su pueril teatralismo*, que antes le hacía sonreír en los salones, le fastidiaba ya sin poder evitarlo.

El 5 de julio de 1811 el Congreso Nacional, declara en Caracas la Independencia de Venezuela. Una semana después, un levantamiento al grito de *¡Viva el Rey!*, es sofocado en su paso hacia la capital. No eran más de sesenta españoles y criollos. Hechos prisioneros en su totalidad, unos fueron desterrados y otros morían fusilados en la plaza principal a la vista de la población.

Para entonces se producía un nuevo conato en la ciudad de Valencia. Pero otra vez se dejaba de lado a Miranda partidario, en esta materia, del rigor absoluto. El encargado de sofocar el tumulto volvería a ser el anciano marqués de Toro. El resultado del encuentro bélico era de esperar y ahora sí, aunque con relucencia, el Congreso hubo de nombrar a Miranda General en Jefe del ejército. Si bien esto podía alimentar su orgullo, le aguardaban más disgustos que satisfacciones. La oficialidad joven, criollos en su mayoría, que no confiaba en Toro, tampoco a él prestaría su adhesión. No se ocultó que se hallaba reclutada entre los hijos de familias ricas, *mimados e indolentes y todos amigos entre sí*, sin preparación. Estaban allí únicamente por una razón de *honor social*. La peonada de sus haciendas formaba la tropa y obedecía antes a sus patrones que al nuevo comandante. Por su parte, el general, miraba por sobre el hombro a los pardos y mulatos que la integraban. Más bien despótico en sus maneras, no se dignaba hablarles. Percibía rechazo antes que aprecio por sus conocimientos y por el prestigio conquistado en los campos europeos. Bajo las condiciones del bloqueo español el Gobierno marchaba a los tumbos. Desde que se cortara el importante subsidio que recibía periódicamente de Méjico, acrecían los déficits. En este aspecto el viejo luchador tampoco tenía respaldo.

A todo esto Bolívar, con su aparatoso comportamiento, había ido suscitando en Miranda una indisimulada antipatía, al punto de declararle ante el comité ejecutivo *un joven peligroso*, negándose a confiarle responsabilidades y pedir que se le retuviera en la capital. Por su parte el zaherido *joven peligroso*, no se recataría de decir que el otro era *un viejo militar agotado, que no conocía Venezuela como nación ni como centro social*, seguramente olvidando que él mismo lo había traído. Miranda no se andaría corto en su réplica: le tildaba de *persona pretenciosa, de insaciable vanidad... ¡verdaderamente peligroso!* Hubo de mediar el marqués de Toro para apaciguar los ánimos proponiendo llevar a Bolívar como ayudante. La expedición contra la ciudad de Valencia resultó inicialmente un desastre: Miranda se vio sorprendido por una estrategia de guerrilla que no esperaba: tuvo 800 muertos y 1500 heridos, entre ellos el antiguo compañero de Bolívar en sus andanzas por Madrid, Fernando de Toro, que perdió una pierna.

Bolívar, - primera vez que entraba en acción, - se portó con bravura, arriesgando su vida en todo momento. Miranda reorganizó su ejército, se retiró, y puso sitio a la ciudad que un mes después se

rendía. El viejo general, ante el comportamiento de Bolívar, lo envió con un número de prisioneros a Caracas, como emisario de la noticia, y no objetó ya que se le nombrara coronel.

Quiso Miranda continuar la campaña contra los centros realistas de Maracaibo y Coro, pero el Congreso ordenó su retorno a Caracas: grueso error que un simple capitán de fragata, el español Monteverde, aprovecharía al año siguiente para iniciar desde allí una asoladora campaña. Durante meses, hasta diciembre de 1811, el Congreso trabajó en la Constitución que se aprobaría entonces. Junto a la firma de Miranda se lee su acotación de que no la consideraba *adaptable a la población, hábitos y costumbres de los Estados y puede resultar, no instrumento de nuestra unión en un grupo consolidado o cuerpo social, sino de nuestra desunión, arriesgando nuestra común seguridad y nuestra independencia. Expongo estas observaciones en cumplimiento de mi deber*: ¡Miranda, agotado su romanticismo, se volvía vidente!

Vino luego el terremoto de 1812. La mayor parte de las ciudades adictas a la independencia quedaron destruidas; en pie casi todas las ciudades realistas. Los venezolanos, implorando el perdón divino, gritaban por las calles, *¡Viva España!* Nuevamente Monteverde aprovechaba el caos para seguir con su campaña de saqueos y muertes. Mujeres y niños incluidos.

Mediado el año se produce un hecho capital en la vida de Bolívar, el episodio de Puerto Cabello. Algunos autores - Rodó entre ellos - lo pasan por alto. Salvador de Madariaga lo cataloga como *el hecho clave en la vida de Bolívar. Lo ocurrido - dice - se desprende del relato que el propio Bolívar hizo a Miranda en su informe del 12 de julio de 1812*. Para entonces Miranda se había convertido, por decisión del Congreso, en la suprema autoridad, con poderes dictatoriales. De él partió el orden para que Bolívar ocupara el mando de Puerto Cabello. La pérdida de la ciudad - reflexiona Madariaga - no fue estratégicamente considerada de importancia. Al menos Miranda no se la dio pensando quizá ya en negociar la paz porque *había perdido la fe en la república*. El desastre de Puerto Cabello habría sido la oportunidad favorable para manifestarlo. No se omite el hecho de que contrito coronel sostuvo su defensa durante una semana hasta quedar sólo con ocho oficiales, sin que le quedara un soldado siquiera. Muchos habían desertado. Las autoridades civiles rindieron la ciudad.

La opinión en Caracas, cuando llegó la noticia, giraba alrededor del convencimiento de que la negociación era inevitable. No cobraba estado público porque nadie se atrevía a hablar del asunto por temor a Miranda... Hasta que él mismo, en una conversación, dejó caer la idea en forma indirecta. Había a su alrededor quien deseaba fervientemente la capitulación. Así, pues, fue inducido a convocar una Junta General donde discutir lo que se veía como una necesidad palpable. La Junta se reunió con importantes miembros del Poder Ejecutivo. Miranda habló sin ambages: a pesar de haber procurado siempre la emancipación, *conocía ser ya imposible conseguirla ni sostener la guerra sin exponer las provincias a su última ruina, y por consiguiente proponía como único remedio el restablecimiento del antiguo Gobierno, capitulando con el ejército real bajo las condiciones favorables que hacían esperar los principios liberales que regían en la metrópoli*. Eran los tiempos de la Junta de Cádiz.

Entregada Caracas a Monteverde, retiróse Miranda a La Guaira con su equipaje, dispuesto a alejarse del escenario para el que, durante tantos años, había soñado, a su manera, la libertad. Madariaga relata, con detalles, la forma cómo Miranda fue hecho prisionero por Bolívar y otros dos, para ser entregado a España. En este punto seguiremos la información de Rourke, historiador norteamericano. Llegado Bolívar a Caracas, escribió a Miranda:

*...¿Cómo puedo tener yo el valor de escribirle después de haber perdido la fortaleza que se confió a mis manos?... No debe censurarse si he salvado mi honor; lástima que también salvé mi vida y no la dejé bajo los escombros de la ciudad... Mi espíritu está tan deprimido que ya no tengo valor para mandar a un solo hombre. La vanidad me hizo creer que mi deseo de triunfar y mi ardiente celo por la causa de mi patria suplirían el talento para mandar de que carezco y ruego a usted colocarme bajo las órdenes del más bajo oficial... Cumplí con mi deber, mi general. Si un solo soldado hubiera permanecido a mi lado, habría luchado contra el enemigo, pero me abandonaron y nada*

*pude hacer para contenerlos... ¿Cómo es, mi general, que no me he vuelto loco al perder la más importante fortaleza del país? Por piedad, no me obligue usted a verle... Estoy deshonrado...*

Madariaga aporta un documento suscrito por Monteverde, referido a quienes le entregaran a Miranda:

*Yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Casas, ni el de Bolívar y Peña, y en su virtud no se han tocado sus personas, dando solamente al segundo sus pasaportes para países extranjeros, pues su influencia y conexiones podrían ser peligrosas en estas circunstancias.*

El documento se tiene por definitivo para juzgar la cuestión. A éste sigue otro suscrito por Heredia, cercano a los protagonistas del episodio, que sirve de base al convencimiento de Madariaga de que la entrega de Miranda respondió a un plan deliberado de sus autores *para congraciarse con el Gobierno español y pasarse al otro campo — exactamente como Casas, Peña, Juan Toro y docenas de los probombres del partido republicano de su tiempo.*

*Estando presente en La Guaira, a cargo de Casas nombrado en su momento por Miranda, cuando bajó Miranda para embarcarse, (Bolívar) fue uno de los que tramaron y ejecutaron la prisión de este hombre desgraciado, íntimo amigo suyo, y a quien se gloriaba antes de haber persuadido de que viniese a Venezuela; acción infame, cuya negra mancha no podrá jamás lavar su reputación. Por mediación de D. Francisco Iturbe, tesorero de diezmos, consiguió pasaporte de Monteverde, y salió para Curazao a principios de agosto de 1812, manifestándose convertido de las ideas revolucionarias y decidido a pasar a servir de voluntario en el ejército inglés de lord Wellington, para volver a la gracia del Gobierno de España. Esta disposición de su ánimo, que sus amigos más íntimos me han asegurado que era sincera, se mudó enteramente luego que supo en Curazao que a pocos días de su salida mandó Monteverde secuestrar sus bienes, con cuyos productos contaba para sostenerse decorosamente en la nueva carrera.*

El escritor español sostiene que esta manifestación coincide con la intención mostrada por Bolívar en la correspondencia con su hermano Juan Vicente *sobre la conveniencia de entenderse con España*, así como con otros dos textos suyos. Uno — dirigido a Iturbe, el alto funcionario español bajo cuya garantía había salido de La Guaira — refiere a su proyecto de pasar al ejército de Wellington en España, en lucha contra Napoleón, temiendo que su plan pudiera verse desbaratado. La carta está datada el 10 de setiembre de 1812:

*Si por allá llegaren algunos chismes contra mi conducta política o contra mis procedimientos, puede Vd. combatirlos con la seguridad de que son falsos. Esta advertencia la hago no porque me ocurra que pueda suceder, sino porque tengo entendido que aquí hay muchos malquiritos de los hijos de Caracas que desean obtener favor del gobierno con delaciones.*

Una semana después vuelve a escribirle para que nombre un administrador de sus bienes y sus intereses y alquile sus casas de Caracas. Le solicita enfáticamente que procure el desembargo de las propiedades de su fallecido hermano, que él heredaba y que no olvide que *estoy pronto a hacer todos los sacrificios posibles, por lograr ponerme en posesión de dichos bienes.* Madariaga abunda en el tema con riguroso espíritu investigador. No lo haremos nosotros en una tarea que asumimos con pesar. Apelamos a sus investigaciones por tratarse de uno de los hombres de mayor probidad intelectual entre los pensadores del siglo XX.

No es nuestro ánimo presentarnos como iconoclastas, ni respecto a Bolívar, ni a Rodó. Hemos llegado a este punto no con esa intención sino apreciando y valorando el idealismo con que nuestro escritor empuñó lo mejor de sus energías en procura de la unidad de América. Este es el quid. En nuestra juventud acogíamos con el entusiasmo propio de ella sus esfuerzos por este elevado ideal. Los años y el estudio de la Historia nos han enseñado que no se levanta edificio sólido sin severa disciplina de verdad, lo que equivale a decir, de intransigente realismo. También, y cada día más, con la comprensión de la suprema necesidad de que América alcance una suerte de unidad que compense la unidad perdida y el desequilibrio *vital*, si se me permite llamarlo así, con el resto del mundo. Un mundo que se desarrolla con peligroso ritmo de vorágine, dejando atrás a inmensas masas de seres humanos y ya no en lo que al bienestar material se refiere, sino al que Rodó, con imperecedera razón levantó por encima de todo, el bienestar espiritual.

Dicho en otras palabras, nuestra finalidad, al emprender este trabajo, no es académica, sino pragmática. La unión perdida del mundo hispánico — de la tradición hispánica por la que bregaba el Maestro — no está definitivamente perdida si entendemos claramente que su reconstrucción reconoce como punto de arranque la verdad histórica. Tal nuestra brújula. Si se falsea, no hay porvenir posible para la meta ansiada por Rodó y por más de una generación que bebió en la fuente de su prédica. La empresa, como él la concibió, tiene una raíz ética que vive aún, quiero creerlo, en el espíritu hispánico. ¿Por qué, pues, no comenzar por buscarlo allí, donde él señaló la esencia de nuestra comunidad, nuestro idioma, y la cuna de donde proviene: España?

### 3. Clima socio político de Mayo.

Entre las *Evangélicas* de Pedro B. Palacios, que publicara bajo el sugestivo seudónimo de *Almafuer-te*, el escritor argentino nos ha dejado una página digna de recordación. Asienta en ella la idea de que la Historia es, para los que presencian su desarrollo, un escenario donde los verdaderos actores del drama no se ven sino como sombras detrás del telón. Percibimos sus movimientos, el ruido de sillas cuando entran, cuando salen, pero no logramos enterarnos de lo que efectivamente discurren. Algo así fue lo que ocurrió en 1810 a aquellos que clamaban a las puertas del Cabildo porteño *¡el pueblo quiere saber!* Cierzo es que hasta hoy la generalidad sigue sin conocer las reales motivaciones de aquellos acontecimientos. Seguimos columbrando sombras que se mueven y oyendo voces sin desentrañar qué se trataba.

Diversas y graves son las consecuencias del caos socio político generado a partir del exabrupto de Mayo, ante todo un golpe de Estado fuera de razón debidamente fundada, si, como quería Bolívar, nos introducimos en los hechos para verlos de cerca. Ello contribuirá a esclarecer el rumbo que se tomó y el puerto a que se arribó...

Hemos sobrepasado el clima que antecedió a la expulsión del Virrey Cisneros. Detengamos el paso, ahora, en algunos de los hechos concatenados a partir del momento que van dando perfil a la nueva situación.

• Buenos Aires entabló de facto una guerra civil — con el subsiguiente desquicio social, — inicialmente contra España; luego contra las provincias. Lo primero se comprende desde que éramos una parte de la nacionalidad hispana: el *Virreinato del Río de la Plata*. Lo segundo resulta del fermento llamado a las provincias para formar un congreso del que saldría la forma de gobierno de una entidad que misteriosamente se proponía independizarse so capa del nombre del rey. No terminaba el mes de mayo cuando la Capital a todas luces se erigía en un centro de poder irrestricto.

• Pronto nació una constante guerra civil que recrudecería desde *la aventura presidencial* de Rivadavia en 1826 y el asesinato de Dorrego en 1818. Luego de tres lustros de desquicio persistía el propósito centralizador intentando imponer una constitución que supeditaba las provincias a las conveniencias

de la capital. Desde el arranque, Paraguay había mostrado la imposibilidad de que Buenos Aires se erigiera en amo del Virreinato. Sucesivamente lo irían mostrando todas las provincias.

\*Durante el proceso, la capital llevaría su iniquidad hasta promover la intervención de Portugal en la Banda Oriental, hasta arrastrarnos a una Guerra contra Brasil bajo el gobierno de Rivadavia y, caído éste, bajo el de Dorrego. La azarosa conducción política del *Movimiento* precipitaría la región a la apertura del comercio – temprana implantación del liberalismo económico – dando carta blanca a los intereses británicos que campearían sin freno en el Plata, hasta convertirse en la clave decisoria de la separación de la Banda Oriental, hecho a todas luces perjudicial – por no decir nefasto – que nos dejaría a merced de las apetencias extranjeras, debilitando la región. Un coletazo de ello fue la pérdida de las Islas Malvinas.

\*En 1828, la unidad platense, ya en guerra con Portugal, tras el asesinato de Dorrego, gobernador federal de Buenos Aires, se sumergía en el caos total. Frente a la anarquía interna creada, se ensayaría la salida desesperada con una suerte de dictadura a la romana apelando a la persona de Juan Manuel de Rosas. Esta perdería poco después ese carácter para asumir el de una dictadura intemporal con la suma del poder en sus manos, si bien convalidada legislativamente en todo momento.

\*La mordaza de hierro con que Rosas intentó contener el desborde político que ocasionaba semejante crisis, con la anuencia general de la sociedad que le rodeaba, surtió el efecto de extender la guerra civil.

\*Una de las fuerzas en pugna – a más de treinta años de aquel 25 de mayo *glorioso* de 1810 – ya desasida de toda noción de una auténtica nacionalidad, traería la intervención y los bloqueos extranjeros a la región. Esa fuerza era el mismo núcleo de intereses que había prendido la mecha de 1810 y que seguía, en el mismo tren, de espaldas a la conveniencia general.

\*El proceso desatado, llevando al desmembramiento – a la balcanización – de una región potencialmente poderosa, centrifugaba a Paraguay, a Bolivia, – que también entraría en guerra contra Rosas – y a la Banda Oriental, con el arrastre de las Misiones que pertenecían al Virreinato. Ello tras una guerra interna en nuestra Banda que, dominada por el espíritu del *unitarismo*, la mantendría anulada durante diez años. Es la *Guerra Grande*: marca indeleble en el destino de la naciente República.

\*En el Norte los resultados no irían en zaga. Los Estados Unidos de América quedaban dueños de hecho de la región caribeña. Méjico perdería a poco, una inmensa parte de su territorio supeditándose su estructura económica a la influencia del coloso vecino. La cosa fraguada era una carta de Jamaica al revés. Aunque previsible la pasión ciega de su autor le impidió verla.

\*Conclusión: alegando – rebeldía sin causa – ser colonias, nos convertimos precisamente en lo que no éramos: factorías al servicio de los poderosos. No nos cansemos de decirlo y grabarlo en las conciencias. El hecho persistente hasta hoy. Por no poner más que un ejemplo, detectable en el ansia generalizada de los gobernantes de turno de procurar *las inversiones extranjeras* en nuestros lares. Analicémoslas en qué condiciones se hacen ellas y comprenderemos que no estamos alejados de la aventura que iniciara Bernardino de Rivadavia con el famoso *empréstito* británico. No se fomenta el capital propio ni las propias inversiones.

De este nefasto farrago de palpables hechos históricos separemos algunos de los que nos conciernen más de cerca. Estos, como los que quedan consignados, no podían estar enteramente fuera de la comprensión de Rodó.

Cuando se pasa del conocimiento epidérmico del *Movimiento de Mayo* se descubre de todo... menos elementos que puedan concitar nuestra admiración o, en todo caso, si en algún momento nos asalta ese sentimiento, no es justamente por las razones que operarían en Rodó. Para trazar el cuadro que despeje un tanto las tinieblas con que la mitología vernácula ha confundido aquel período, sigamos al historiador argentino Enrique de Gandía que lo ha profundizado en *Orígenes desconocidos del 25 de Mayo de 1810*. El autor se cuida de introducir la palabra *revolución* en el título. Estima que lo que ocurrió ese día no tuvo tal carácter. Ni siquiera – considera – existía en el ánimo de los impulsores

del movimiento la idea de una separación de España. Lo que no significa que tal propósito no pasara por otras cabezas pero absolutamente sin eco, incluidos los esfuerzos de Francisco de Miranda que se perderían *en el vacío o se estrellaron contra la indiferencia* y otros oscuros intereses.

Este autor no duda sobre que *la independencia* no respondió a la acción de aquellos a quienes se tiene por sus precursores, ni a rebeliones indígenas, (que jamás apuntaron a ella) ni a *problemas económicos, todos solucionados antes de 1810*. La separación de España se produce, en definitiva, por la confluencia de una serie de hechos que no obedecen a la voluntad particular de individuos ni de grupos, sin desconocer su irracional acción coadyuvante. Se trata de un proceso de circunstancias donde al margen de las de orden exógeno, encontramos la mezcla de pasiones, intereses, apetitos de poder, acciones militares, sin faltar las diplomáticas inmiscuidas y propulsoras del festín. Entre las causas de origen ideológico distingue Gandía el movimiento intelectual iniciado con el advenimiento de los Borbones a España en 1700, que considera no liberal sino absolutista y contrario a la tradición democrática de los Austrias. Estas inusitadas afirmaciones corren por cuenta de Gandía. Las consignamos para mostrar meramente la complejidad de la interpretación de los hechos históricos. A nuestro juicio, y al de la generalidad de los historiadores, son los Borbones quienes inician el período liberal. Más, es lo que caracteriza a España durante todo el siglo XVIII.

Es Carlos V, primer monarca de la Casa de Austria, quien rompe, en todo caso, una tradición *república* si asignamos al término el sentido que le daba Aristóteles. El movimiento comunero de Castilla es el mojón de arranque del absolutismo marcado por la batalla de Villalar que prefigura el perfil de los Habsburgos en España. El aire liberal comienza a correr a partir del reinado de Felipe V, el nieto de Luis XIV, con el inicio del siglo XVIII, culminando el período Carlos III. La política instaurada por los Borbones es lo que habilita la idea de la inoportunidad de *Mayo* cuyas veladas finalidades comerciales y hambre de poder no justifican la aventura. Escudriñemos ahora las opiniones internas en la antelada de 1810. Convencionalmente las llamaremos *partidos*.

Según Enrique de Gandía, descartados algunos esbozos separatistas sin trascendencia, el único que entonces habría tenido este pensamiento era el vasco Martín de Alzaga. Alcalde de primer voto, poderoso comerciante, por su riqueza como por sus amplísimas vinculaciones en toda la región del sur americano. Es Alzaga quien forma a su costo un cuerpo expedicionario para rescatar Montevideo de manos inglesas; y es él mismo quien impone a Liniers las estipulaciones de la entrega de la ciudad.

Su plan, que Gandía califica de democrático, *tenía como fin visible establecer una Junta popular de gobierno y como fin oculto declarar la independencia del virreinato*. El plan abortó el 1º de enero de 1809. Pero para entender el proceso ubiquémonos en el momento histórico que se vivía en España, de ambos lados del Atlántico. El detonador de la situación fue la conducta del ministro Manuel Godoy en connivencia con Napoleón que, soto capa del *Pacto de Familia* de los reinos borbones, habilitaría la entrada de los ejércitos franceses camino a Portugal.

El recordado hecho de Trafalgar había precedido en un año al intento inglés de invasión del Plata en 1806. Inglaterra ya potencia industrial, ávida de mercados, y sin contrapeso en el dominio de los mares, entraba en la disputa de América con España. Pronto, sin embargo, al ser invadida ésta, de enemigas se volvían aliadas. ¿Cómo repercutían estos hechos en el Río de la Plata?

Ante el temor de una caída definitiva de España, sin monarca al frente, surgían diversos *partidos*. Unos, inclinados a pasar al dominio del francés, en caso de ser enteramente dominada la Península. Entre los afrancesados se contaban los hermanos Pueyrredón, particularmente Juan Martín. La mayoría de este partido la formaban empleados y abogados. El virrey, ¡vaya situaciones que depara la historia! – era justamente francés y, como tal, sospechoso. De su lado estaba la fuerza militar, no por otro interés que el de conservar sus puestos y prebendas. A su frente se hallaba el comandante Saavedra. Aparte de esta resistencia a Liniers, existía el encono que despertaba su poco menos que licenciosa administración propensa a toda clase de concesiones al elemento militar, así como sorda,

ciega y muda - además de cómplice - ante el contrabando inusitadamente activo. Inicialmente Alzaga y Liniers mantenían una amistad sin sombras. Pero ante los nuevos sucesos Alzaga concebía que la salida de los grandes problemas en ciernes, se hallaba en la formación de Juntas, como en España, acorde con la tradición democrática cuyo origen Gandía adjudica como costumbre entre los Austria. Nosotros insistimos en señalar este carácter democrático bajo Carlos III.

Mientras, Liniers contaba con el sustento militar. Saavedra es quien desbarata el intento de formar una Junta en sustitución del Virrey en enero 1809. Apoyaban a Liniers, los beneficiarios del contrabando en gran escala. Alzaga tenía a su lado dos personalidades de relieve: Mariano Moreno, y otra no tan notoria: la de Benito González de Rivadavia, el ya nombrado progenitor de nuestro archiconocido Bernardino Rivadavia, a la sazón en controversia con su padre.

He aquí delineados dos *partidos*, con ideas políticas bien definidas: *Alzaga quería la renuncia del virrey ( ) y la formación de una Junta popular de gobierno. Secretamente aspiraba a convocar un Congreso en Buenos Aires con diputados de los Cabildos del interior y proclamar la independencia del virreinato.* Le respaldaba el Cabildo y el teniente general Pascual Ruiz Huidobro, representante de la Junta de la Coruña, llegado con orden de formar una Junta similar en Buenos Aires. El partido de Liniers, obviamente, se oponía a cualquier Junta que se asemejara a la formada en Montevideo (por influjo de Alzaga sobre Elío, en setiembre de 1808.) Se aprestaba a resistir su sustitución por el nuevo virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, arribado de España. Belgrano, partidario de poner el virreinato bajo el dominio de la infanta Carlota, estuvo presente a los conciliábulos. Repasemos su *Autobiografía*. En ella declara habérselo propuesto a Saavedra en una primera reunión secreta, pero éste difiere su contestación.

Asistió a la siguiente reunión con la promesa de que *se trataría de contar con los pueblos. Sumamente contento sin embargo de que conocía la debilidad de los que iban a componer la junta, la divergencia de intereses que había entre ellos y particularmente la viveza de uno de los comandantes europeos que debían asistir, sus comunicaciones con los mandones, y la gran influencia que tenían en el corazón de Saavedra y en el de los otros por el temor.*

Saavedra manifestaría allí en un discurso bastante metódico y conveniente, que debía empezarse por no recibir a Cisneros. Le siguió un comandante europeo con infinitas ideas oponiéndose a la propuesta y *contraído a decir agravios contra la audiencia por motivos particulares.* Los demás asistentes, *entrados en conferencia sólo trataban de su interés particular ( ) y no buscaban otros medios ni arbitrios que conservar sus empleos. ( ) No es posible* — pensó entonces Belgrano — *que estos hombres trabajen por la libertad del país...* que no consistía en separarse de España, sino - para él - ponerse bajo el patrocinio de la infanta Carlota Joaquina, casada con Juan VI de Portugal. Todo quedaría en familia. De independencia... nada. Gandía afirma que *el temor de estos hombres a la independencia era terrible; temblaban por temor de que el virreinato quedara bajo la égida de Alzaga.*

La reunión, a pesar de su sigilo, llegó a conocimiento del Cabildo. Discutido el asunto resultó claro que lo que querían los comandantes y oficiales de los diferentes cuerpos era que *no se innovase.* Esto es, que no se les removiese de sus empleos, ni se les residenciase: se resistiría hasta la muerte que viniese Elío a inspeccionar su gestión. Tales los intereses en juego.

Tenemos aún *el partido pro-inglés*, el más viejo del ruedo. No faltaron personajes de enjundia dispuestos — en todo tiempo desde entonces — a entregar a los ingleses lo que no les pertenecía. Entre éstos se contaban el obispo Benito de Lue y Riega y Juan José Castelli, luego integrante de la *Primera Junta de Mayo*. Ambos, tras la invasión, se pusieron a la orden del inglés. Castelli y algunos de sus adláteres, no titubearon en pasarse al partido juntista cuando el viento tornó. Entre éstos, Saturnino Rodríguez Peña y Manuel Aniceto Padilla, que habrían facilitado la fuga de Beresford a Montevideo, cuando prisionero en Buenos Aires tras las invasiones inglesas. Esta gente perseguía una peculiar *independencia*: convertir el virreinato en un protectorado británico. Establecida la Junta, Mariano Moreno, su secretario, mostraría similar proclividad en su *Plan de Operaciones* queriendo entregarles la isla Martín García. La tendencia era compartida por otros miembros. Existen abundantes documentos de lord Strangford reveladores de la existencia del partido anglófilo. Uno, atribuido a Rodríguez Peña, ponía

en claro su intención: estipulaba las fuerzas que Inglaterra trasladaría al Plata y contraponía *esos sueños republicanos visionarios* al práctico expediente de *una independencia racional*: significaba *quebrar las cadenas que atan el comercio.* El *Movimiento de Mayo* no habría quedado sordo ante este *sueño práctico*. En eso estaba el motor de todo.

*Los sueños republicanos visionarios* de Alzaga y su grupo habrían sido los que dieran el impulso que llevó a *Mayo*. Un fuerte ingrediente de este intento lo constituía la reacción contra las pretensiones de los carlotistas.

Los elementos previos al *Movimiento de Mayo* pueden distinguirse en estas tendencias: los que adhieren a Liniers y los militares que le acompañan afanados en conservar sus posiciones, opuestos a la formación de juntas; los que temerosos de Francia quieren expulsar al virrey francés poniéndose bajo la protección de la infanta Carlota; los encabezados por el español Alzaga, con el propósito de establecer una república independiente y aún los que tienen sus miras de arrullarse bajo el ala de Inglaterra, entregando lo que no les pertenece, ansiosos de comerciar con la dueña de los mares, formar una junta y resistir al nuevo virrey.

Cuando finalmente se constituye la *Junta de Mayo*, en medio de estas dispares tendencias, Saavedra, - fuerza armada - opuesto inicialmente a la Junta, la preside. El objetivo, sustituir la autoridad del nuevo virrey Cisneros estaba logrado. Por iniciativa de Moreno, se pasa a las provincias la mencionada circular convocándolas a enviar sus diputados que, sumados a la nueva autoridad, darían al Virreinato la forma de gobierno que a todos conviniera. Llegados los delegados provinciales Moreno cambia el rumbo: comienzan así las disensiones internas. Surgen ahora dos corrientes: la morenista, centralizadora del poder, impulsora de la muerte de Liniers y varios otros funcionarios españoles, y la de Saavedra que le considera un jacobino (aunque firma la sentencia contra el virrey depuesto.) En adelante la finalidad será mantener el poder a sangre y fuego. *La Junta* se convierte en *Junta Grande*, luego en un Triunvirato, y tras él, en otro, hasta concentrar el poder en un Director Supremo. Siguen diez años de lucha interna por el poder, enfrentando a unos grupos con otros y a Buenos Aires con las Provincias. ¡Y qué lucha!

¿Qué sigue en el balance? La situación la conocemos bien. Buenos Aires no ha dejado de ser el puerto de recalada de las aventuras financieras comenzadas por Rivadavia, tónica de lo que vendría. *Olivado de la guerra* (iniciada en 1826 contra Brasil) *puso exclusivamente su empeño en nacionalizar las riquezas minerales, previamente entregadas a una Compañía británica de la que era presidente,* además de serlo, de su país. Nos lo dice José María Rosa. (62) *¿Era esto la independencia?*

Somos países dependientes, retóricas a un lado. De democracias no se hable a los pueblos porque éstos han sido gobernados, desde aquel 1810, por camarillas perpetuadas en el poder hasta hoy. La democracia efectiva pertenece al mito. Podrá decirse: son fatalidades de la Historia, ¿qué podíamos hacer?

No discutiré lo de las fatalidades. Ensayaré a responder, en cambio, esa interrogante, volviendo a 1812. El ejercicio servirá para confrontar la razonabilidad del *Movimiento de Mayo*.

Accorralada la España peninsular por los ejércitos franceses se refugió el movimiento liberal en Cádiz, en la Isla de León. Surgió allí, una Constitución liberal. Tal que no pudo tenerla la Francia de la Revolución. Esta constitución retrotraía la soberanía al pueblo. Si a los hombres de *Mayo* preocupaba el abatimiento del poder absoluto, ahí pues estaba el instrumento para lograrlo. El ejército español se volcó del lado del absolutismo de Fernando VII, pero nada hubiera podido hacer contra América de plegarse ésta a la Constitución de Cádiz. Alguna de nuestras figuras notorias - y muchos otros americanos no tan notorios - estaban, entonces, en España. Ya hemos dicho que fue votada con una mayoría de delegados americanos. También quedó dicho que era bien conocida entre nosotros. No se ignoraba que cada sección o provincia o parte de América era declarada solemnemente en pie de igualdad con cada uno de los reinos o provincias de la Península. Descarto las aspiraciones de libertad económica porque, como asimismo lo hemos anotado, existía ya de tiempo atrás para América.

Había desaparecido el monopolio del puerto de Cádiz y España tenía por entonces firmados tratados de Comercio con Gran Bretaña, lo que interesaba al partido anglófilo. La llave de los problemas – si había alguno que motivara un levantamiento – estaba en nuestras manos sin necesidad de recurrir a las armas. ¿Por qué no negociar? Sería infinitamente más razonable que la siembra de cientos de miles de cadáveres en nuestro suelo e infinitamente más económica, desde todo punto de vista, que la contingencia armada. ¿Por qué no se apeló a ello?

Teníamos la llave pero faltaban cabezas o sobraban los intereses mezquinos. Se prefirió destruir la admirable – ¡sí admirable! – organización de nuestra gran nacionalidad, construida durante varios siglos, para satisfacer apetitos individuales y de facciones sin conciencia histórica. ¡Esta es nuestra fatalidad! Y éstas, nuestras páginas, destinadas a cimentar el fomento de esa conciencia. En este sentido podemos sumarnos a la prédica de la unidad hispanoamericana de Rodó en la que advertimos una incoherencia. Lo hacemos a sabiendas de las enormes dificultades existentes ahora para lograrla. El reloj de la Historia no se atrasa en vano. Tratemos este asunto.

Lenta y difícil es la tarea de construir. Valga un símil: todos sabemos el tiempo que llevó levantar las pirámides de Egipto y las vidas que costó. También sabemos que en un tiempo brevísimo podrían destruirse. Esta certidumbre es ingrediente indispensable de la conciencia histórica. El derrotero seguido por América, con la complacencia patética, y profética a la vez, de Sarmiento, ha sido en la realidad convertirnos en lo que no éramos, en colonias abastecedoras y dependientes de los países aventajados por un desarrollo secular al que, entonces, podíamos habernos integrado como gran nación. Esto es lo que nos prometía el porvenir en el seno de la España en el siglo XVIII. Su modernización política estaba encarada en la Constitución de Cádiz de 1812, que hubiera sido una de las más avanzadas del mundo en aquel momento de haberle prestado nuestro concurso, y que portaba en sí, el germen de una confederación transatlántica. En la Constitución, en cierto modo, estaba implícita la idea de una organización federal. Mayo, como todo el movimiento secesionista, eufemísticamente llamado independentista, nos dañó la brújula. Se careció de conciencia histórica y de miras levantadas para entender aquel presente y avizorar el futuro.

No contribuye a la formación de nuestra más que nunca necesaria conciencia histórica seguir fingiendo que el pretendido rapto independentista es digno de admiración y homenaje. La mitología forjada de héroes y próceres, en sustitución de un cabal entendimiento, - un cabal sinceramiento - de nuestra Historia, sigue constituyendo el lastre que nos desvía el rumbo. No cabe duda que el razonamiento y el sentimiento de Rodó de retrovertir América a su *unidad política* son acertados. En función de su acierto está la confesión del erróneo camino seguido. La medida del desacierto, a trueque, está dada por la consolidación de los intereses locales de cada una de las partículas en que nos dividió aquel rapto, que hacen, hoy día, improba y dudosa la tarea.

Dije antes que la visión sobre la situación de nuestro Continente fue variando en Rodó. Exploremos este aspecto de sus escritos. Tengo para mí que más de una vez vislumbró – a pesar de sus expresiones laudatorias – la trampa en que habíamos caído mas ¿arribaría a una conclusión como la nuestra? ¿O se lo impedirían acaso las cadenas que lo mantenían en la *cárcel de las ideas* recibidas en el albor de su vida? ¿O tal vez temería enfrentar a una sociedad pacata por un lado y de fieros intereses entronizados por otro? Frente a la situación creada, ¿Habría optado por resignarse a lo pasado pisado asumiendo que lo mejor sería bregar constructivamente por rehacer lo destruido? En todo caso no hizo explícito su reconocimiento del error histórico.

El nuestro es ya otro tiempo. Mucho se habla de la educación. Vale. Pero ésta comienza por saber dónde estamos parados y por qué, lo que equivale a adquirir conciencia histórica. Rodó hizo una milicia de su labor de escritor. Nosotros hacemos lo propio. Es hora de levantar velos históricos. En nuestra época, a diferencia de la de Rodó, no queda el menor resquicio para continuar con una mitología de falsos héroes. Sólo queda espacio para llamar al pan, pan, y vino al vino.

Mayo tuvo su *Plan de Operaciones*. El Dr. Mariano Moreno fue su autor. No vaciló aquel hombre, tenido por el *numen de Mayo*, en derramar la primera sangre, ni dudó en apelar a una maligna sutileza de medios para instaurar una situación de fuerza. No obstante todo su saber, este culto universitario de Chuquisaca, como los demás con intereses en el comercio de la época, carecía, como ellos, de conciencia histórica y, claramente, de la conciencia telúrica de un caudillo como Artigas. Jamás vendería él, *el rico patrimonio* de sus compatriotas al bajo *precio de la necesidad*. Tal la expresión que consagra esa conciencia. Mariano Moreno estampaba en el *Plan de Operaciones*, con la mayor soltura y sin el menor sonrojo, la entrega de la isla Martín García, al león británico. ¿A trueque de qué la entrega de tal punto estratégico apenas iniciada *la revolución*? Pues a cambio de la ayuda sigilosa que pudiera prestar al movimiento que ya se desmoronaba por dentro. ¡Qué menguado sería el entendimiento de la Historia y de la política inglesa por parte del secretario de la *Junta de Mayo*!

Por las muertes que provocó Moreno, Saavedra le tuvo por *jacobino*. Diversos historiadores comparten el juicio. Los unitarios se tienen por *liberales* porque, según ellos – Rodó también – discuten, hablan, publican, son amigos de la libertad de expresión. (Ob. 687) No son jacobinos cuando apelan al asesinato ni cuando decretan muertes al por mayor. Rosas es tirano y jacobino cuando hizo fusilar a unas decenas de personas; Rivadavia, es civilizador cuando decreta la muerte de 33 individuos por una supuesta conspiración contra el gobierno encabezada por Alzaga, el verdadero héroe de las invasiones inglesas, y el real promotor de una revolución independentista. Rivadavia no sólo hizo fusilar a Alzaga en 1812, muerto ya, lo hizo colgar. Faltó sólo cortarle la cabeza y enastarla en una pica.

Bien, este Rivadavia, secretario del primer Triunvirato, es el que disolvió la Junta – un golpe de Estado – que actuaba como Poder Legislativo; éste es el que ahogaba en sangre la sublevación del regimiento de Patricios; éste, a quien se exalta como liberal. Su incorporación al nuevo gobierno – según Manuel Gálvez (63) – *provoca el verdadero nacimiento del Partido Unitario, caracterizado por el desprecio de los demás pueblos del país; por el europeísmo, y el doctrinarismo; por el afán de ilustración y la indiferencia a la campaña*. Con todo, aclara, su figura no se consolidará hasta después de la caída de los *directoriales* en 1820, momento en que se convierte en jefe de la facción. Hasta entonces eran una agrupación que coincidía en *opiniones, sentimientos e intereses*. Éstos inspiraban y determinaban sus acciones sin sujeción a principio alguno, más que al de su conveniencia inmediata.

Rivadavia, *aristócrata y enemigo de la plebe, gobierna para la clase dirigente*. En 1815 es designado para buscar un rey – ¿en nombre de la República? – en las Cortes de Europa, donde pasa cuatro años. De regreso pretende imponer las modalidades que ha visto en ellas. No concedía entrevistas a quien no se presentara con medias de seda. Este, y otros absurdos *hacen reír a sus contemporáneos*. *En realidad Rivadavia es un mediocre infatuado... insensible a nuestras realidades, pretende implantar aquí lo que allá había visto... opina Gálvez. Sería cosa de no acabar* – ahora es la palabra de San Martín en 1847 – *si se enumerasen las locuras de aquel visionario; la admiración de un gran número de mis compatriotas creyendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea con sólo los decretos que diariamente llenaba lo que se llamaba archivo oficial*. Todavía San Martín: *Los autores del movimiento del 1º de diciembre, (1828, fusilamiento de Dorrego) son Rivadavia y sus satélites... (Constan) los inmensos males que estos hombres han hecho, no sólo al país sino a toda la América con su infernal conducta*.

Domingo Matheu, integrante de la Junta de Mayo, llama a Rivadavia, *el segundo incendiario*. (Moreno sería el primero.) Recuerda que *todo Buenos Aires estaba contra Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana*. En cuanto al *Movimiento de Mayo* no vacila en estampar: *Diremos a posteriori que no hubo revolución ni movimiento popular, lo que hubo fue una necesidad social y doméstica para asegurar la personalidad pública, y en cuanto al exterior por el comercio o subsistencia comercial, porque entonces toda transformación o reforma serían revoluciones* Añade que existía temor de que Napoleón terminara apoderándose de España.

Manifiesta Rosas a López, gobernador de Santa Fe, tras el levantamiento de Lavalle, a cuyas espaldas, como afirma San Martín, estaba el grupo rivadaviano: *...creo que están con ellos los quebrados y agiotistas que forman la aristocracia mercantil*.

Importa consignar, aparte lo dicho sobre el civilizador Rivadavia y acólitos, sus descarnados métodos. Una carta de Salvador María del Carril a Lavalle, sobre el crimen de Dorrego, al que le incitara, nos los muestra:

*... la posteridad consagra y recibe las deposiciones del fuerte o del impostor que venció, sedujo y sobrevivió y sofoca los reclamos y las protestas del débil que sucumbió y del hombre sincero que no fue creído... si es necesario envolver la impostura con los pasaportes de la verdad, se embrolla; y si es necesario mentir a la posteridad se miente y se engaña a los vivos y a los muertos, según dice Maquiavelo.*

A continuación el discípulo de Maquiavelo aconseja al desgraciado general Lavalle fraguar un acta sobre un juicio inexistente de la condena y muerte de Dorrego. Es la escuela iniciada por Moreno en su *Plan de Operaciones* diez y ocho años antes; es la idiosincrasia de estos hombres. *No es posible comprender a Rosas si se ignoran los crímenes de sus enemigos...* - reflexiona Gálvez. Tal reflexión, al parecer, no estuvo al alcance de Rodó.

Carlos María de Alvear, que desembarcó con San Martín, en Buenos Aires, en 1812, fue un hombre de formación europea, de *la clase culta*, refinado y maligno; alcanzó todos los grados militares y todas las posiciones políticas e intrigó, en base a los recursos de su clase, en el ámbito oscuro de la logias, hermanado con él en la de Lautaro. Antes ya, se habían echado a correr la sangre y las tramoyas bajo el cielo de los caudillos, provocando la reacción de hombres apáticos cual Rondeau, y de hombres íntegros e indoblegables como Artigas. El tío de Alvear, Gervasio de Posadas, nombrado Director Supremo, es el personaje que declaraba traidor al jefe oriental, poniendo precio a su cabeza en 6000 pesos. ¿Sería, al cambio de entonces, ese precio, mayor que el que Catalina pusiera a la del rebelde Pugatschef? No sabemos. Sí que mayor era la ignominia.

El mal antes que rastrearlo por la senda del caudillo, debe buscarse en el atropello centralista de la capital desde el mismo mes de Mayo de 1810. Uno de sus grandes hitos, lo constituye la conducta del otro malvado, el Director Juan Martín de Pueyrredón, enfrentado a Artigas. José Luís Busaniche inicia su *Estanislao López y el Federalismo del Litoral* con esta punzante reflexión:

*Es un punto incontrovertible en la historia argentina ( ) que la toma de Montevideo por los portugueses en 1817 y la ocupación extranjera de la Banda Oriental por diez años consecutivos, fue tolerada y más aún, fomentada por los gobiernos de Buenos Aires con el objeto de aniquilar al caudillo Artigas y sus adictos del litoral, halagando a la monarquía portuguesa, en el designio y la esperanza de coronar en el Río de la Plata un príncipe europeo, única solución que la oligarquía porteña encontraba para hacer efectivos los principios de la Revolución de Mayo.*

Este crimen de lesa patria lo documenta el propio Mitre en la citada *Historia de Belgrano*. La entrega de la Banda Oriental al portugués era, para el supuesto *inculto* caudillo, de una transparencia tal que, en medio del estoicismo de no ceder un palmo al invasor, le arranca aquella tremenda requisitoria, de indignados acentos ciceronianos, sin par en nuestros anales:

*¿Hasta cuándo pretende V.E. apurar nuestros sufrimientos? Ocho años de revolución, de afanes, de peligros, de contrastes y miserias debieran haber sido suficientes pruebas para justificar mi decisión y rectificar el juicio de ese Gobierno. Ha reconocido él en varias épocas la lealtad y dignidad del pueblo oriental, y él debe reconocer mi delicadeza por el respeto a sus sagrados derechos, ¿y V.E. se atreve a profanarlos?... Promovida la agresión de Portugal V.E. es altamente criminal en repetir los insultos con que los enemigos consideran asegurada su temeraria empresa. En vano es que quiera su Gobierno ostentar la generosidad de sus sentimientos, ellos están desmentidos por el orden mismo de los sucesos y éstos llevan el convencimiento a todos que V.E. se complace más*

*en complicar los momentos que en promover aquella decisión y energía necesarias que reaniman el ánimo de los libres contra el poder de los tiranos. De otra suerte, ¿cómo podría V.E. haber publicado el pretendido reconocimiento de la usurpación de la Banda Oriental? Crimen tan horrendo no tiene ejemplo, y sólo pudieron realizarlo manos impuras! ¿Y V.E. se atrevió a firmar ese reconocimiento?... Ese reconocimiento será un eterno oprobio para su nombre.*

El caudillo, alejado de aulas y gabinetes donde se tejen sinuosas perfidias, ha contabilizado uno a uno los hechos. Llevado por lo que su sagaz inteligencia y su dignidad de carácter, le dictan, le imputa aún:

*¿Y V.E. es todavía el Supremo Director de Buenos Aires? Un jefe portugués no habría procedido tan criminalmente... He dado yo a V.E. más de una vez el ejemplo. ¿Y V.E. se atreve a insultarme? ¡Oh! ¡Qué dulce es el nombre de la Patria y qué áspero el camino de la virtud... ( ) Mis palabras tienen el sello de la sinceridad y la justicia, y si V.E. ha apurado mi moderación, mi honor reclama cuando menos mi vindicación. Hablaré por esta vez y hablaré para siempre. V.E. es responsable ante la Patria de su inacción y perfidia contra los intereses generales. Algún día se levantará ese tribunal severo de la Nación y administrará justicia equitativa y recta para todos...*

A esa histórica condena se suma la palabra de Bernardo Monteagudo enrostrando al *culto* Director sus calumnias, la mala fe, la infidelidad a sus principios, llamándole *ingrato a su patria, hipócrita por costumbre, vicioso por compleción e incapaz de ser virtuoso sino en apariencia...* Si Vd. fuese sensible - le increpa - la memoria de los tiempos pasados debería cubrirle de rubor... He ahí la visión de otro de sus contemporáneos, más tarde secretario de San Martín en Perú.

Artigas, el gran conductor, ha estampado una catilinaria de fuego contra aquella estirpe de hombres de ciudad que le combatieran, los mismos que atacaban a Rosas. No tiene otros títulos que los conquistados por su brazo, los que los pueblos le discernieran: *Jefe de los Orientales*, y el más alto de todos: *Protector de los Pueblos Libres*. También el execrado Rosas tenía sus títulos otorgados por el pueblo por oponerse a aquella secta.

Los oficios del Jefe de la *Liga Federal*, atravesando ríos y llanuras, llevados por chasques en alados potros, forman un repositorio de dignidad grabado en páginas de bronce. Pero son sus acciones, claras como sus escritos, las que denotan el hondo contenido humano que late en este ser levantado contra primarios intereses subalternos. Sus ideas e instintos, por encima de traiciones y adversidades, marcaron el norte histórico, más allá de las amañadas historias. Esos instintos abrieron brecha hacia nuevas formas políticas a las que los hombres *civilizados* de la ciudad, se mostraban refractarios.

Cabría abundar en la convulsionada historia rioplatense en que está inserta la formación de Rodó, diciendo que su motor primordial no fue el espíritu turbulento del héroe de campaña. Agotado el fenómeno del caudillismo por la irrupción de ejércitos gubernamentales tecnificados, el caudillo campesino se subordina, más de una vez, al prohombre de la urbe, al sagaz doctor. Para aprehender las raíces, el trasfondo social del momento, acaso resultara útil recorrer la historia de España donde por las incesantes luchas en el decurso de siglos, se engendra una psicología inquieta, acentuada luego en la guerra por la independencia contra Napoleón, de la que dan testimonio los *Episodios Nacionales*, de Benito Pérez Galdós. Esa guerra deja tras sí una estela militar, una similitud de movimientos armados y el caciquismo. No diferente, en sustancia, del fenómeno sociológico ocurrido en América por causa, ahora, de lo que no merece otro nombre que el de guerra civil. Con una perspectiva más vasta, pero igualmente ilustrativo, es *El Ocaso del Imperio Español en América*, de Salvador de Madariaga, cuya temática gira alrededor del transplante de aquella idiosincrasia a este Continente. El rebrote de la planta en terreno fértil.

Recapitemos. La *Revolución de Mayo*, la llamada gesta de *la Independencia*, se llevó a cabo acotada por los estrechos horizontes de sus protagonistas, hombres de ciudad, movidos más por resortes pasionales que por serena reflexión. También por la energía primitiva que nace de la tierra, encarnada en otros hombres que, a pesar de no poseer el saber de las aulas tenían claro el entendimiento de la justicia. La pugna entre unos y otros surgió a partir del momento que la circular de la *Primera Junta*, por inducción de Moreno, cancelara la propuesta de incorporar las provincias a la Revolución en igualdad con Buenos Aires.

Fue la primera señal del centralismo que la capital intentaría implantar. Es decir *la clase dirigente, que había entrado a la revolución considerándose heredera de derechos provenientes del viejo régimen sobre el destino de los pueblos*; la clase que decretaría *el desprestigio de Artigas desde 1812*. Así vendrían los tiras y aflojas, los golpes de Estado, los engaños, las falsas promesas, los subterfugios, las traiciones a hombres, ideas y principios, la gran mixtificación y la rebatija por el poder, que se quería absoluto. La respuesta fue el federalismo. Y la revolución que empezó con sangre, en sangre se encharcó, retrasando la evolución política, social y económica de América. ¡Cuidado con las *revoluciones!*

#### 4. La generación romántica del '37.

Toda el alma de Rodó vivió sumergida en los quehaceres de la generación del '37.

La escuela unitaria será la que arrojará a nuestras playas la flor y nata de la intelectualidad argentina. Es esta escuela la que crea una situación sin salida, la que combatirá a Juan Manuel de Rosas, desde fuera, refugiándose principalmente en Montevideo. Le harán la guerra desde todos los frentes. Con las armas, con la intriga, por medio del periódico, del libelo, del libro, fijando los estereotipos mentales de la población. Junto a todo esto portan la fermentación civil y con ella, la *Guerra Grande*. Se rebasan fronteras, se producen desplazamientos políticos. Y lo más grave: abren las puertas a la intervención extranjera en acecho del creciente mercado centro y sudamericano, creado paciente y costosamente por España. Esta generación dejará por cierto en la tradición cultural - en el diario, en el ensayo, en la novela, en la modalidad política, en mil y una maneras, - un cúmulo de incitaciones que culminan en la conformación de dos Partidos enconados entre sí. El del *Gobierno de la Defensa* y el *Gobierno del Cerrito*, corrientes que plasman en dos partidos políticos, el *Blanco* y *Colorado*. Es ésta la gran cantera de los hechos estratificados en una tradición, a la que Rodó sólo en parte se sustrae. Ese ambiente, penetra como por ósmosis en su alma y de algún modo le absorbe y encadena. He ahí, empero, el germen de su americanismo, de su *dolor americano*. Como a Unamuno dolía España, a Rodó duele América.

En este proceso social está la fuente de su primera formación que le liga entrañablemente con la tradición de *la Defensa*. Esta influencia trasparece nítida en su discurso, *Perfil de Candillo*, leído en el *Club Rivera*, en 1907, que no podemos eludir. (Ob.685 ss.)

*... la santidad patricia de Suárez, el genio militar y tribunicio de Pacheco, la sabiduría política de Santiago Vázquez, la pluma vengadora de Florencio Varela, el valor caballeresco de Francisco Tajés, la abnegación espartana de Marcelino Sosa, la legendaria personalidad de Garibaldi; la Defensa de Montevideo, pensamiento y acción, inteligencia y heroísmo, tribuna gigantesca y baluarte ciclópeo, lengua inspirada de civilización y brazo armado de libertad; la Defensa de Montevideo, lo más grande que se haya realizado en suelo americano a partir del último cañonazo de Ayacucho, aunque entren en cuenta la convención suprema del suelo de Méjico para rechazar de sí el imperio de Maximiliano.*

La enumeración de personajes, desde Joaquín Suárez - que en su calidad de primera figura del Senado, terminado el segundo mandato constitucional de Rivera, luego de su entrada en Montevideo, en 1839, preside el gobierno durante la Guerra Grande - hasta Garibaldi, prototipo byroniano del héroe libertario...según la leyenda forjada sobre su figura. Pasando revista a ministros, estadistas,

periodistas y militares, a los que adjudica una nota distintiva, subjetiva en más de un caso, muestra su devota vocación por este período histórico, en que se labra el surco de un simbolismo ideológico y político del ideal de libertad asimilado al momento histórico de *la Defensa*. De esta página sobre Rivera, señalaré tramos característicos de su forma de percibir la historia y la realidad, de su modo de pensar y encarar los valores que forman el pasado uruguayo y conforman una zona inexplorada de su personalidad que, con pesar, es preciso desflorar.

Corrientemente la crítica - de fronteras adentro, como de fronteras afuera, - ha centrado su atención en el aspecto estético de las páginas de *Ariel*, de *Motivos de Proteo*, de una que otra página de *El Camino de Paros*, y aún de *El Mirador de Próspero* (del que se dijera ser su mejor libro.) Pero nadie, que yo sepa, hasta que Silva Cencio y nosotros lo hiciéramos en la década de 1970, ha querido iluminar con intensidad y extensión, el pensamiento político de Rodó. El concepto idealizado de *la Defensa*, inicia el discurso dándonos el matiz demarcatorio de su sentir sociopolítico de sesgo romántico.

*Yo nunca fui oficioso cultivador del tema patriótico; yo nunca fui sobrado solícito en pregonar las glorias marciales; pero, por suerte mía, todas las sutilezas de mi afición a pensar no han alcanzado a amortiguar en mi pecho ni a paralizar en mi lengua las fibras que responde a estos afectos venerandos: el sentimiento de la patria, sin el cual no hay corazón de hombre que sea más que un vil saco de polvo, y la admiración del heroísmo guerrero, energía sublime, rayo ejecutor, por cuyo medio se comunica la nube, que es la idea, con el suelo, que es la realidad.*

Reflexionemos sobre este período de la nacionalidad aún informe.

Los vínculos que conforman sobre un territorio, una nacionalidad, eran mucho más laxos que los que al cabo de generaciones viviendo en él, tejen de unas a otras, la urdimbre de intereses y sentires colectivos. La idiosincrasia de aquellos hombres no es ya la nuestra. Antes había primado, aunque tal vez difuso, el sentimiento de pertenencia a una gran nación, España. Había *los españoles europeos y los españoles americanos*. Las referencias de unos y otros no eran a este o a aquel país, sino a América, como parte de España. Estaban entre ellos todos, los más encumbrados y los menos favorecidos por las circunstancias. Los intereses, no sólo económicos, sino militares y políticos, - humanos, en una palabra, - jugaban de una región a otra como en cada una de ellas. Americanos y peninsulares, militaban en un bando como en el otro. Los partidarios del separatismo no eran exclusivamente criollos ni viceversa. El sentimiento de la nacionalidad, norma de valor para juzgar a los gobernantes, lo que sería la opinión pública, era laxo. En un territorio extensísimo y poco poblado, con posibilidades de información y comunicación en extremo lentas y dificultosas, totalmente dispares a las de hoy, no podía esperarse otra cosa. No existía una ciudad que igualara en población, siquiera, a la de la Florencia del siglo XIII, que rondaba ya los cien mil habitantes. La población del Continente dispersa en desmesuradas regiones sin conexión entre sí, no llegaba a ser una fracción significativa de naciones como Inglaterra, Francia, España, o regiones como Italia.

Incurriríamos en un desenfoque histórico o falseamiento ideológico, de no recordar con Bloch *la atmósfera mental* al emitir un veredicto sin atender a las circunstancias de la época a que se enfrentaba la conciencia de aquellos hombres. Si se enjuiciara con la severidad que una conciencia nacional actual exigiera, las vinculaciones de Oribe con la Argentina - con Rosas, supuesto pretendiente a la reconstitución del virreinato, - o las de Rivera con el Brasil, - eterno cortejante de la Banda Oriental, - mal parados quedarían nuestros ancestros. Parecido cabría decir, si en vez de tomarlos como objeto del juicio histórico, tomáramos a otros, individualmente o en grupos o partidos nacientes. Nadie estaría, bajo esa luz, en situación de arrojar la primera piedra. No sería ése un miraje ecuánime. Puede sospecharse que menos lo era el de Rodó sumergido en la mitología que se tenía por Historia.

De aplicarse un riguroso criterio ético al período, pocas figuras históricas salvarían la prueba. Ciertamente Artigas se contaría dentro de esta minoría, como San Martín bajo este lente. Artigas, con

todo, se levantaría con el tiempo - y sobre su tiempo - como faro el más luminoso, alumbrando la comarca sin pérdida de brillo moral e intelectual hasta nuestros días. No es casual, ni sólo fruto de circunstancias, su reconocimiento por la posteridad, que le rescata de los escombros en que le sepultura la maledicencia. Su virtud cardinal fue la de gran estadista - grande entre grandes. Tampoco obedece al azar que la tradición se inclinase a falsear su ideal político, designándole *padre de nuestra nacionalidad*. Ni qué decir respecto a su auténtico espíritu federalista triunfante a la postre, - aunque relativamente - en el Río de la Plata. ¿Lo será acaso, algún día, en el porvenir de esta América?

Los hombres y acontecimientos que pautaron el germen de nuestra nacionalidad - generando una tradición - tienen mucho que ver con la formación de Rodó. En la fuente americana, - no en Francia, ni en Europa, - están los jugos nutricios de su espíritu. En ella braccó desde que vio la luz. Su personalidad no se comprendería sin atender a los hechos que llevan a la Guerra Grande y a la figura capital que influyó en ella dominando la entera escena del Río de la Plata: Juan Manuel de Rosas.

Despejados los velos, ocultamientos, prejuicios e intereses acumulados en la leyenda forjada justamente desde Montevideo contra él, surge el personaje clave como conclusión de un proceso. La abrumadora leyenda, de negra se tiñó de rojo, por obra de las elites políticamente gravitantes, desalojadas del poder y asentadas principalmente en esta orilla del Plata. Explorado el tiempo donde arraigan alma y pensamiento de Rodó a vuelo de pájaro, sin divisar los detalles del panorama sino apenas los grandes accidentes que le orientan, - el verde de un árbol frondoso aquí, el charco espejeante allá, un hilo de agua viboreando acullá - descendamos sobre el paisaje.

La *Guerra Grande*, terminada con el tratado de paz del 8 de octubre de 1851 - *ni vencidos ni vencedores* - había operado un cambio en algunos aspectos de las jóvenes repúblicas del Sur. Montevideo conocería de cerca la gravitación de los poderes de Francia e Inglaterra, a cuya protección se había acogido. Lo mismo, vale anticiparlo, ocurriría con las repúblicas del norte de esta América que soñaban, no se sabe qué independencia relacionándose estrechamente con los comerciantes y financistas británicos.

El Gobierno de la *Defensa*, tras desterrar en 1848 a Rivera por buscar una solución nacional en trato con Oribe, procuraría luego la alianza con el Brasil, y con Justo José de Urquiza, gobernador a la sazón de Entre Ríos, cuyos intereses personales se hallaban encontrados con la política de Rosas sobre la navegación fluvial. Así, producida la *Triple Alianza* con Brasil, encabezada por el gran terrateniente entrerriano, derrotan al otro gran terrateniente, quizá el número uno de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas. Tras su victoria en Caseros, febrero de 1852, pasa Urquiza a presidir la *Confederación de las Provincias*. La capital, vueltos a ella quienes le incitaran a la lucha, le rechaza ahora. Se prepara la segregación de Buenos Aires, que la convertirá en Estado independiente, detentador del flujo de riqueza aduanera que le depara su privilegio geográfico sobre las demás provincias.

Uruguay, dueño de un puerto propio, no sujeto a Buenos Aires, se da un nuevo presidente. Primero, en forma interina, en la persona de Bernardo P. Berro, poco antes ministro del Gobierno del Cerrito.

Antes de continuar con la secuencia política, ámbito de las primeras percepciones históricas que contribuirán a moldear el espíritu de Rodó, echemos una mirada a otros aspectos de esa sociedad, en la que para una gran parte de la población, Rosas es *el tirano*. En realidad son sus enemigos quienes sin títulos ni autoridad para ello, así le presentan. Los dirigentes de Montevideo crean y fomentan esa designación. Rosas es el enemigo que interviene apoyando con un ejército al derrocado presidente Manuel Oribe. Facilita su triunfo sobre Rivera en *Arroyo Grande* posibilitando un nuevo *Sitio de Montevideo*. A la intervención de Rosas se mezcla la de Francia, la de Inglaterra, de antiguo ya mezclada, y la posterior alianza con Urquiza y con Brasil, mediante tratados impuestos en 1851, que cuestan amplios territorios al Uruguay.

Durante su estadía en el Río de la Plata, el naturalista Charles Darwin nos deja un apunte que nos permite apreciar la *intimidad* del espíritu del momento. Inestimable testimonio por hallarse el científico desligado de intereses personales en la sociedad en que accidentalmente se encuentra. Escribe en su

*Diario* - octubre 1833 - que, hallándose cerca de Buenos Aires, le sorprende una revuelta impidiéndole regresar a su barco. Se dirige al campamento de las fuerzas de Rosas de quien no tenía buena impresión. Tampoco sus tropas le impresionan favorablemente. Ningún recurso le vale para embarcarse hasta que *al mencionarles la condescendiente amabilidad que había tenido el general Rosas para conmigo, cuando le había visto en el Colorado, ni siquiera las artes de magia podían haber cambiado las circunstancias más rápidamente que estas palabras*. El comentario revela indirectamente que quienes se le oponen le temen comenzando a huir de Buenos Aires.

El hilo conductor de la madeja no escapó a Darwin. Detrás de aquel movimiento se hallaba la mano de doña Encarnación Ezcurra de Rosas, en perfecta inteligencia con quien, anticipa el inglés, llegaría a ser el centro del poder de las Provincias Unidas. Poder que el mismo Rosas reverenciara y acatará desde antes de disponer de él en forma absoluta. Este desbande de los que hasta entonces lo tuvieron en sus manos, sugiere la idea de lo que podían esperar en adelante sus enemigos. Éstos - y es el hecho que nos interesa - eran los que, reunidos en Montevideo, desencadenan un movimiento que planifica los bloqueos extranjeros a Buenos Aires y toda actividad intelectual y política de propaganda, erigiendo a Rosas en símbolo de la tiranía.

Forman así el clima de la ciudad acogedora que coronan con acciones bélicas efectivas, generando la guerra que Rivera declara al gobernante argentino. Rodó bebe desde que nace en esas aguas *envenenadas* por la pasión antirrosista.

Víctor Pérez Petit, (64) amigo íntimo y biógrafo de Rodó, atestigua de viva manera los primeros pasos de su encuentro con la tradición. Relata que en la biblioteca paterna tropieza con *El Iniciador*, aquel periódico que refleja el movimiento intelectual ocasionado en nuestro país en 1838 por la afluencia de los emigrados argentinos. En éste, como en *El Nacional*, como en *El comercio del Plata*, se encuentra su vinculación raigal con la generación que constituye el nervio motor de la intelectualidad y la acción política de la época.

Dejos palpitantes del impacto que producen en su espíritu los escritos de protesta del grupo juvenil liderado por Echeverría pueblan sus artículos de la *Revista Nacional*. Refundidos casi veinte años después como *Juan María Gutiérrez y su época*, constituyen el testimonio de sus emociones y afecciones iniciales. Recoge este denso trabajo en *El Mirador de Próspero*. En sus páginas muestra la gama, amplia aunque no total, de sus inclinaciones literarias, críticas, periodísticas, ensayísticas, en las que señorea constante el vuelo filosófico, junto a inquietudes estéticas, históricas, políticas y sociales, así como su espíritu americanista. No falta, empero, la nota afectiva. Todo tiene su raíz en aquel hervidero del tiempo que le precede apenas en unas décadas.

Anticipó Rodó, en ese ensayo, el quehacer crítico en el Plata y, quizá, sin exceso, en América. (Ob.690)

*Tan grandes en interés heroico y áspera energía como los mismos tiempos de la Independencia, aquellos que vinieron inmediatamente después con un prestigio más complejo, y en cierto sentido más humano, como tiempos de más varia sensibilidad y de más armónico concurso de actividades y de sueños. Con la psicología guerrera concertóse en ellos la psicología romántica. Y este universal fermento del romanticismo, exaltando el amor de la literatura, que sólo en desiguales ráfagas había cruzado por el tema de la anterior generación, inspira entonces los primeros eficaces anhelos de una cultura literaria propia y constante.*

Se percibe allí su acendrada dedicación al estudio del período y explícito *el fermento romántico* que también le impregnaría.

Los tiempos de la Independencia no son sobrepasados en *interés histórico y áspera energía*, por el conmovido romanticismo que Esteban Echeverría embarca con sus maletas desde Francia, cuando éste comenzaba a perder su efervescencia dando paso al positivismo. Es normal que los grandes

movimientos de la actividad humana, en cualquier campo, se trasladen con cierto retraso de un lugar a otro. La revolución industrial, conformada en Inglaterra a mediados del siglo XVIII tardó cincuenta años en asentarse en el continente europeo y cincuenta más en saltar el Océano, aposentándose en Estados Unidos. El movimiento sindical que se desarrollaba paralelamente, iba reduciendo las jornadas de trabajo a ritmo de 14 horas a 12, 10, luego a 8. Los cambios de pensamiento y sensibilidad, así como la valoración de los hechos históricos, botaban de Europa a América siguiendo pautas aproximadas en el tiempo.

Rodó se educaba en un ambiente donde el valor más alto de la libertad política se veía encarnado en la generación romántica. Esta gesta puebla desde temprano su imaginación. Aunque su temperamento penseroso se inclinó a la serenidad que no depara la acción, sino la labor silenciosa del gabinete y la investigación, unidas al espíritu científico, su vena se ligó siempre a la inflamada acción heroica, a las manifestaciones de recia energía, cuando ya en Europa había campeado, de un extremo al otro, un nuevo empuje, ahora de carácter filosófico y, si se quiere, de preocupación social. Su predilección tiene asiento en la complejidad de esa urdimbre que teje un más hondo sentido humano, enriqueciendo la sensibilidad por la variedad de inquietudes del ámbito ciudadano, del *burgo*. Más podría decirse de esa actividad del burgo, mal comprendida y hasta calumniada por sus propios beneficiarios. No incursionaré en profundidad en este venero del Rodó adolescente: basten sus primeros trabajos críticos para iluminar el sesgo.

Valgan unas palabras sobre José Mármol, que se contó entre los románticos, de aquel romanticismo importado por Echeverría, refugiado también en Montevideo. Autor de la novela *Amalia*, sus páginas se suman a la lucha contra Rosas. Junto a ambos, el nombre del quizá más enconado enemigo de Rosas: Florencio Varela. Su amplia gama literaria, en verso como en prosa, como en la oratoria, jamás abandona el acento clásico. Su hermano, Juan Cruz, es igualmente pródigo, aunque más versátil y flexible. Ambos, combativos periodistas que, si no ostentaran otros títulos para el recuerdo, lo tendrían por el parentesco con el gran reformador de la enseñanza uruguaya, José Pedro Varela, hijo de otro hermano arribado con la emigración.

Reviven en estas páginas de Rodó los nombres de *Marcos Avellaneda, el futuro mártir de Metán*, cuya muerte se atribuye a orden de Oribe al servicio de Rosas. Asimismo el de Rivera Indarte, el de *las tablas de sangre contra Rosas*, luego de haber sido su ferviente seguidor. El de Marcos Sastre, que por su condición de fundador del *Salón Literario*, con Echeverría, - si no hubiera mejores razones para exaltar su nombre - propiciara en sus inquietas veladas la conjunción de quienes no descansarían hasta derrocar al tirano. El de Miguel Cané que compartiera responsabilidades con el promotor de la *Asociación de Mayo* y el del precoz periodista pronto desterrado y pronto vuelto a la lid, Andrés Lamas, más tarde controvertido e infatigable político, diplomático, escritor, enemigo por antonomasia de Oribe y amigo en igual condición, de Rivera.

Lamas, por su proficua acción en los más variados terrenos, siempre anexos a la esfera gubernamental, fue hombre conspicuo de la *Defensa*, tanto que se le reconoce como gestor del *Tratado de la Triple Alianza* y firmante del referido tratado de 1851 con Brasil. Si por sus vaivenes políticos merece reparos, recibirá en cambio el agradecimiento por su ahincada tarea histórico-poligráfica en la que se destaca. A él se debe el rescate de documentos históricos cuya finalidad y cuyo valor él, solitariamente, comprendió en medio de la general desaprensión. Su obra, su interpretación del desempeño progresista del primer presidente argentino, tuvo indudable influencia, dentro del efluvio ambiental irradiado por aquella generación, sobre el joven Rodó.

Debe destacarse el nombre de Alberdi quien, creyendo posible, con irrealismo, - nota contraria a la que caracteriza su personalidad de pensador político años después, - un acercamiento a Rosas *invitándoles en el prefacio de su exposición de Lermínier, a ser el brazo que llevase a ejecución la obra de regeneración social y política en que aquella juventud soñaba*. (Ob. 697) Esta actitud del tucumano origina la impugnación de Lamas en que se estampa la enemiga inconciliable de la libertad con el despotismo, según su aprecia-

ción: *No hemos roto la cadena que nos ligaba al León de Castilla, para recibir la coyunda de un hombre que poniendo su planta criminal sobre el seno despedazado de la patria, se eleva sobre ella y nos dé el sosiego de los esclavos: que esa no es la paz que deseamos; que vale más la libertad peligrosa que apacible esclavitud; que el remedio a la anarquía no puede ser dictadura.* (65)

Alberdi, surgió junto a Echeverría, entre aquellos que integraron la generación de 1837, casi todos nacidos alrededor de 1810. Su gravitación intelectual en el medio amerita detenernos en él por su importancia desde diversos puntos de vista. Rodó le cita profusamente aunque su atención se inclina más al aspecto literario que a su trayectoria como *pensador*, auténtica condición que acertadamente le reconoce, contraponiéndole a Sarmiento a quien, desacertadamente, llama *estadista*.

La cultura de Alberdi, - proveniente de una familia culta - transitó el estudio de las leyes, anexo al gusto por la literatura y la música. Ejecutante de piano y flauta, fue compositor de minuetos, vales y cielitos, populares en los salones de la época y hasta escribió dos pequeños tratados sobre música. Su juventud un tanto desordenada le mostró más devoto de *la vida frívola*, según su propia expresión, dedicado a *las diversiones y pasatiempos del mundo*, que a las tareas universitarias. No obstante hizo su carrera de abogado en Montevideo, revalidada más tarde en Chile.

No es esa luz juvenil la que ilumina, en definitiva, la imagen histórica de Alberdi. Su inquietud le lleva a las *lecturas libres*, lo que en la década de 1830 no era otra cosa que sumergirse en la poderosa corriente romántica y sansimoniana que venía de Francia, liderada por Echeverría, en la que la literatura se sobrecargaba de acentos políticos. También Alberdi pasará años en París. Su actividad intelectual es intensa desde 1837 destacándose por el encendido discurso que pronuncia en el *Salón Literario* de Marcos Sastre, donde evidencia de entrada sus preocupaciones sociales. Al año siguiente está colaborando en la elaboración del *Dogma Socialista* con Echeverría. Para entonces, próximo a culminar su carrera, asentado Rosas en el poder, prefiere obtener su título en Montevideo por no prestarse al protocolo del juramento de fidelidad a *la Federación*. Le separan del rosismo fuertes convicciones. Se considera *heredero del espíritu de Mayo*, al que los seguidores del *Dogma* piensan *regenerar* considerándolo tergiversado por la profunda conmoción de las luchas por el poder. Su ideario político - lo que llama *mi sistema* y otros llaman *su metafísica* - parte de una concepción del mundo moderno, en el que no se concibe un país sin un plan constitucional y con plena conciencia de su ubicación en él, lo que constituirá la directriz de su acción. El máximo ideal al que se puede aspirar es *el estado constitucional que no tiene fin sino programa* que, entiende, ha de ser *objetivo y progresista*.

Tras su viaje de unos meses a Europa residirá Alberdi en Chile durante diez años. Allí producirá sus mejores obras, entre las que se destaca *La República Argentina a los 37 años de la Revolución de Mayo*, un vigoroso análisis que llamará la atención de Rosas. Sus cortas estadías en Génova, Ginebra y París, y sus contactos con ciertas personalidades despiertan en él ideas que van haciendo virar su inicial tendencia idealista hacia la comprensión material de las cosas. Desemboca así en la Economía, a la que concede creciente importancia y estatuye como *ley fundamental*. Sobre ella deberá descansar el sistema constitucional.

En 1852 ha escrito ya su obra consagratoria, *Las Bases*, - para la organización política de su país - bien acogida y ponderada por Sarmiento como por Mitre. Esa organización deberá apoyarse en un ejecutivo fuerte y centralizador. La Constitución a la que se arribará, inspirada por su obra, se basará en el principio federal. ¿Se compagina éste con el principio centralizador? Hay quien recuerda, al contrastar la situación argentina cien años después, el manifiesto pensamiento de Mariano Moreno en el sentido de que *las manos de los hombres todo lo corrompen*.

¿Qué nos dice Rodó de Alberdi? Junto al análisis literario de su obra releva sus inquietudes como pensador abocado a la tarea de evaluar la obra y la filosofía que inspiró la revolución.

*Entre los colaboradores de El Iniciador, ninguno de personalidad más resaltante que Alberdi. La crítica satírica de costumbres, instrumento de los más eficaces para los fines*

*del periódico fue, en la literatura de su tiempo, iniciativa suya. En diversos artículos, - cuadros de costumbres. - son, sin duda, de las mejores y más duraderas páginas que por aquel tiempo inspiró, en España y América, la imitación de las de Figaro y constituyen el más aproximado trasunto de la manera del genial escritor, en su parte de observación y de ironía, aunque ningún parentesco presenten con otros aspectos, quizá más característicos y dominantes de su obra. Faltaba en Alberdi aquel fermento romántico que entró por mucha parte en la complejidad del alma de Figaro: el pesimismo ingénito con que solía desleír en lágrimas acerbas la pastilla de color de la sátira. En la naturaleza literaria de nuestro escritor no era nota que vibrase muy alto el sentimiento; y por otra parte su profunda fe en la virtud de las ideas que dieron inspiración y norma a su crítica no parece quebrantarse jamás, como en el maestro, (Larra) por la desconfianza o la duda. En la crítica literaria, Alberdi debe ser considerado el más eficaz cooperador del gran propósito de Echeverría ( ) Aquel gran propagador de ideas no tuvo nunca, entre sus condiciones eminentes, el sentido del color ni la vena del sentimiento contemplativo; y aun dejando de lado lo inocente e infantil de la forma, estas páginas quedaron muy distantes de lograr un trasunto duradero de la maravillosa realidad. ( )*

*La crónica dramática de la Revolución de Mayo, ( ) representaba ya un estimable esfuerzo en el sentido de reconstituir la verdad de la historia, al mismo tiempo que por la sutil penetración en el proceso íntimo de los sentimientos y de las ideas, por la animada reproducción de la exterioridad característica de los hechos. Debe considerarse esta Crónica, no sólo el primer ensayo eficazmente encaminado a desentrañar la filosofía de la Revolución, sino también, ( ) como el primer intento de proceder con cierto auxilio del arte en el estudio y reconstrucción de lo pasado. (Ob.703/4)*

Se recuerda también al tucumano, por su célebre aforismo de *gobernar es poblar*, que ha merecido diversos juicios según el punto de mira. Rodó la trueca, con fervorosa razón, en *gobernar es educar* si le leemos bien en Ariel:

*En América gobernar es poblar. Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. Gobernar es poblar asimilando, en primer término; educando y seleccionando después. (Ob.225)*

Quizás este juicio no esté muy lejano al criterio con que José María Rosa encara la cuestión. En su cruda opinión, tras la larga aventura de *Mayo* que de algún modo culminaba en Caseros, *ya no había pueblo*. Los sobrevivientes se refugiaban *a malvivir en el ocio de las orillas de las ciudades como una masa extranjera*. Esa masa ya no constituía *un problema político: solamente de policía y cárcel*. Olvida esclarecer que aparte de haber sido diezmada la población por las levas, las muertes a campo abierto y demás formas de morir cuando se quiebra el equilibrio social, habíala privado del hábito del trabajo y del saber y la salud que éste conlleva, por la anulación fáctica de todo lo que fuera embrión de industria, apoyada con el criterio teoricista de los alucinados en servir de fuente de materias primas para el extranjero. Este encandilamiento no era privativo de Sarmiento. Se refleja también en las páginas de Alberdi que decía en sus *Bases*, ¡nada menos! que *hemos de componer la población para el sistema de gobierno, no el sistema de gobierno para la población*. ¿No es esto tomar el rábano por las hojas, o poner la carreta delante de los bueyes? Alberdi pensaba que era *necesario cambiar nuestras gentes*. Las que aquí existían, las consideraba ineptas para la libertad. Es el problema al que lleva el pensar por abstracciones. Oportunamente nos detendremos en algunos pasajes similares de Sarmiento.

En los juicios que Alberdi emitió en relación a *la filosofía de la Revolución* a que se refiere Rodó encontramos certeras apreciaciones; otras, en cambio, resultan ingenuas o irrealistas. Y no se trata de dudar de la raigambre de este honrado luchador. En *Pensamientos*- libro póstumo - pueden espigarse unas y otras. (66)

Nacido en 1810 Alberdi obviamente no tuvo la vivencia de Mayo. Su juventud coincidió con el gobierno de Rosas, cuando ya había corrido mucha agua bajo los puentes. El ambiente en que se formó le inclinó hacia el unitarismo. La versión imperante de los interesados en justificarse por las acciones emprendidas contra España le captó como a Rodó. De este modo fue para él artículo de fe que América no constituía más que un conjunto de colonias. Ya en esta senda no duda de que habíamos recibido una estructura a este propósito, donde unos estaban para *gobernar del modo más absoluto*, los otros, el pueblo, *para obedecer del modo más ciego e ilimitado*. América, continuando su razonamiento, estaba condenada, por ello, y de antemano, al destino a que la revolución la condujo: *El Gobierno será omnipotente y absoluto aunque se denomine el Gobierno de la República, y la obediencia de su pueblo será pasiva y absoluta aunque se llame una República*.

No sorprende, a quien esté habituado a observar cómo las primeras impresiones y enseñanzas recibidas en la primera edad pueden omnibular aún en la madurez hasta las mentes más preclaras. Alberdi nació oyendo que su tierra era una colonia; sus estudios jurídicos e históricos pudieron cambiarle esta idea pero la inercia pudo más. Lo mismo en cuanto a que España formó un sistema político con la finalidad de explotar (al modo que lo hicieron los británicos) los dominios adquiridos. El impresionante fenómeno, tal vez único en la Historia, de que España asumió América como una misión civilizadora en el mejor sentido de la palabra, no fue siquiera columbrado por su mente, que en tantos otros respectos se mostró incisiva e investigadora. Quienquiera que conozca ya no profunda sino someramente la historia de nuestra América puede percibir a simple vista que ésta da un rotundo mentís a la tesis de Alberdi. Belgrano tuvo mejores oportunidades que él para enterarse de la realidad y no se enteró.

El curso de la historia americana muestra en efecto las continuas rebeliones y resistencias que desde todos los ámbitos y en todo tiempo, encontró el gobierno español desde que su descubridor asentó un pie en él. Hubiera bastado para entenderlo que la disconformidad es ingénita a la condición humana. Su omnibulación tiene esa cara y otra: la de una ciega admiración hacia el mundo sajón. Quizá haya que buscar la raíz de esta propensión en el ascenso y éxito del positivismo en la época en que vivió. Si bien Rodó - que mucho bebió en las páginas de Alberdi - no logró superar la idea de nuestra condición colonial y del oscurantismo en materia de la educación, sí se desprendió de la hispanofobia, llegando a amar intensamente la tradición emanada de nuestra nación matriz. En cuanto a la segunda fijación de Alberdi, casi diríamos que la reacción contra el positivismo de Rodó tal vez haya que buscarla en el encendido fervor que halló en él, a ese respecto.

Alberdi contrasta la idea expresada sobre nuestra estructura socio-política, afirmando que otra habría sido la suerte corrida por nuestra América si sus gobiernos hubieran caído en manos de ciudadanos formados y habituados en el ejercicio soberano de su propio Gobierno...Hasta aquí poco habría que disputarle. No así cuando agrega, refiriéndose a los Estados Unidos, que *sus pueblos se gobernaban a sí mismos, es decir, eran libres aun siendo colonias de Inglaterra...*

Al lado de estos confusos pensamientos hay en Alberdi otros reveladores del pensador aquilatado. Así cuando se refiere a los gestores de *Mayo*: *Los revolucionarios argentinos son hombres sin ideas. No las tienen fijas sobre nada, y la única necesidad que los gobierna es la de ocupar el Poder para vivir de él vida grande y cómoda, con poco trabajo*. No dista de la tesis que sostenemos. El estaba cerca de aquellos a quienes denosta para saberlo de primera mano.

También resultan agudas sus reflexiones sobre la manida acuñación de Sarmiento sobre *civilización y barbarie*. Sostiene que la guerra - *de noble y gloriosa que fue contra España - ha degenerado en vilipendiosa y bárbara ( ) pues ha sido la guerra de la patria contra la patria. ( ) La guerra ha sido la barbarie - un crimen público. ( ) La guerra del país contra el país (no) se dividió en guerra civil de las campañas y guerra civil de las campañas y guerra civil de las ciudades. El país entero fue indivisible y solidario en esta guerra de caudillaje oscuro ( ) que tuvo por teatro el territorio entero ( ) ciudades como campañas.*

Nosotros hemos designado este fruto de *Mayo* como *guerra de todos contra todos*.

No teniendo otro objeto ni razón de ser que la posesión del Gobierno del país — sigue Alberdi — los partidos en que el país se dividió, (- unitario y federal -) nadie conoció jamás partido de las ciudades y partido de las campañas. El inventor de esta división, desconocida en la historia argentina, es el autor del 'Facundo', caudillo de la Rioja que representó la campaña de su provincia por la sencilla razón de que su provincia se componía toda de su campaña, no teniendo su ciudad-capital más población que 1500 habitantes... ( ) los caudillos que representaron estas guerras lo fueron de las ciudades a la vez que de las campañas. Hubo caudillos rurales y caudillos urbanos; caudillos de las campañas y caudillos de las ciudades; pero no dos caudillajes... ( ) no hubo dos barbaries en ese sentido; que la guerra civil, en que consiste la barbarie, existió en las ciudades lo mismo que en las campañas. No hay 'montoneras' en la ciudades en el sentido de aglomeración de hombres a caballo; pero hay ( ) aglomeraciones de hombres a pie ( ) clubes, cafés, motines, logias, pronunciamientos, motines, revoluciones... ( ) Estos caudillos de las ciudades se pretenden representantes de la civilización porque visten frac, montan en silla inglesa, hablan y se presentan según modas importadas de Londres y París... ( ) y acisan a los 'caudillos de las campañas' de representar la barbarie porque visten 'poncho y chiripá', van siempre a caballo y no usan silla inglesa. Concluye su refutación a la Teoría del Facundo:

*La verdad es que la barbarie y sus representantes están en Sud-América dondequiera que estén los talleres y fábricas de la guerra civil empleada como industria para ganar fortunas, posición, ventajas y medios de vivir vida opulenta y confortable sin trabajar en el comercio ni en la industria manufacturera, ni en el pastoreo, ni en la agricultura, que son las únicas fuentes del trabajo que enriquece, engrandece y eleva a las naciones civilizadas... ( ) se sigue que las campañas representan mejor la civilización argentina que sus ciudades sin fábricas, ocupadas por el mundo oficial, que se compone de trabajadores improductivos y estériles...*

Al iluminar, una vez más, el perfil de estas personalidades que la mitología nos ha vendido como pensadores, próceres, héroes de la civilización, con todo el respeto a que puedan ser acreedores por la parte positiva de su obra, descubrimos grandes conos de sombra regularmente ocultados. No obstante sus agudas observaciones, ¿qué podemos pensar, ante su desbarre de civilizar el poblándolo con anglosajones? ¿Cómo conciliar sus ideas de repudio a la barbarie cuando nos enteramos que él ha sido secretario, nada menos, de Juan Lavalle, *espada sin cabeza*, al decir de Echeverría? ¿Cuánto amenguan tales hechos la estatura histórica de estos hombres? Sobre todo, ¿con qué títulos podían combatir a Rosas?

Si hecho el balance del aporte de los hombres de Mayo nos topamos con este saldo abrumador, no mucho más encontramos en quienes querían regenerar su tradición. Así lo ve el historiador que venimos citando:

*La Argentina de Caseros, 'para realizar la República ciertamente' había llamado a los anglosajones por la pluma de Alberdi... Si 'la libertad era una máquina que como el vapor requiere maquinistas ingleses', el gobernar es poblar, exigía una repoblación con 'las razas viriles del norte de Europa', después de la previa despoblación de criollos 'incapaces de libertad'. Pero el gran tucumano resultó un gran ingenuo. No vinieron 'los obreros ingleses que trabajan, consumen, viven digna y confortablemente' a hacer una república anglosajona apta para el funcionamiento correcto de las instituciones políticas copiadas. Ni siquiera con la promesa de consentirles 'hasta el encanto de vuestras hermosas y amables mujeres'; en cambio, aprovechándose de las franquicias se coló sin invitación por los puertos de Buenos Aires y Rosario una muchedumbre famélica de napolitanos y gallegos ante el estupor racista de Alberdi, que clamaba en 1871 contra la tergiversación del gobernar es poblar ('poblar es apear, corromper, embrutecer, cuando se prueba con las emigraciones de la Europa atrasada') se quejaba.*

Lo que no entendió Alberdi, ni entendieron los prohombres de la época, dominados por el teorismo de las aulas y los espejismos de la civilización europea (léase anglosajona) que les deslumbraba,

lo tenía por demás claro Artigas, conocedor de la América profunda, hombro a hombro con el gran sabio Azara, portador de las ideas de España sobre el particular, como hemos visto. Quizá su criterio hubiera mejorado de haber podido leer la obra de William E. Hudson que se publicaba en 1885 bajo el sugestivo título de *La tierra purpúrea que Inglaterra perdió*. Aparte del espíritu imperialista que revela en su novela autobiográfica, podría haber interesado al tucumano el capítulo V — *Una colonia de caballeros ingleses* — no precisamente los trabajadores con que soñara. Allí se ven los *high lifers* poseídos del afán de adquirir tierras de fácil renta sin mayor trabajo personal, en medio de sus *viriles* borracheras. Rescatemos, empero, entre esas nubes que encapotan la memoria de Alberdi, un rayo que esclarece su personalidad: Alberdi fue el justiciero fustigador de Mitre por la *Guerra del Paraguay*, que trajo la devastación y exterminio de su pueblo. Merecen recordarse sus juicios sobre este candente problema.

Paraguay, de entrada, no aceptó ser gobernado por Buenos Aires. Al verse agredido procuró su seguridad mediante el aislamiento lo que pronto le llevó a la dictadura de Gaspar Rodríguez de Francia. Robertson reproduce lo que éste le dijera en el sentido de haber propuesto al comisionado Woodbine Parish un tratado de libre comercio directo con Inglaterra. "El ministro inglés rehusó tratar con Paraguay, sin duda porque Buenos Aires lo exigió como condición de su propio tratado..." al que arribó en 1825. Así encerrado el país, el doctor Francia apeló a "establecer monopolios fiscales en los grandes ramos de la industria comercial para tener finanzas y recursos públicos." "Esos monopolios ( ) eran cosa parecida a los talleres nacionales de la revolución francesa de 1848; al *Banco del pueblo* de Proudhon." ( ) "A la muerte de Francia, quiso el Paraguay sustituir ese sistema por el del libre comercio, pero Buenos Aires lo resistió y declaró la guerra al Paraguay (sic) porque quería salir de su aislamiento."

... "Así el aislamiento del Paraguay que se atribuye al doctor Francia y al señor López, es obra de Buenos Aires, que al uno y al otro ha obligado a quedar encerrados por la misma razón que tuvo encerradas a las provincias hasta 1852, en que ellas abrieron los ríos y los puertos al comercio del mundo..."

El pensamiento de Alberdi sobre el asunto, se sintetiza en éstas palabras: *Toda la historia moderna del Paraguay, desde 1810 hasta 1865, se reduce a un pleito de cincuenta y cinco años con Buenos Aires sobre su soberanía*. Extendamos su juicio agregando que lo mismo ocurrió respecto a todas las demás provincias del Río de la Plata. Es una de las maravillas que nos deparó el pretendido independentismo. Acierta también cuando enjuicia la *Triple Alianza* contra el país hermano.

El nefando episodio de la Guerra del Paraguay merecería este lapidario juicio de Rodó, que en esto vio claro: (*Ob. 1209*)

*... horror que, aunque no entró sin duda en el plan deliberado de los vencedores determina para ellos grave responsabilidad, y se sobrepone, como efecto moral de la victoria, al propósito de liberación, sincero en algunas - no ciertamente en todas - las voluntades que prepararon la Alianza o la aceptaron, o la dirigieron en la guerra.*

En otros aspectos también Alberdi vio claro. Así cuando opina que la supuesta independencia no tiene su causa en la acción militar de los americanos, como pintan los historiadores con grave daño al ocultar su origen verdadero: ( ) *el interés y la acción de Europa, a favor del libre acceso de la América, para su industria, su marina y su comercio*. Contundente afirmación sin posible réplica. No tan así lo que agrega: *lejos de ser un peligro, es el sostén de su independencia*. Nadie le discutiría que... *entre el pasado y el presente hay una filiación tan estrecha que juzgar el pasado no es otra cosa que ocuparse del presente*. Si así no fuese la historia no tendría interés ni objeto. Buena es su siguiente profunda observación:

*el historiador, las más de las veces, no es libre de leer los documentos con sus propios ojos. Tiene que leerlos con los ojos del país. No es libre de entenderlos con su entendimiento propio; tiene que entenderlos con la inteligencia del común. En este sentido*

*puede publicar los documentos; pero no es libre de hacerles decir lo que dicen. La verdad está prohibida implícita y tácitamente como una brutalidad, si es desagradable para el amor propio del país, o poco favorable a la gloria de sus grandes hombres. ( ) El objeto es la gloria, no la verdad.*

Tal habría ocurrido a Mitre con la *Historia de Belgrano* a cuyo minucioso análisis dedica Alberdi muchas implacables páginas. ¿Podremos aventurar que lo mismo ocurrió a Rodó con su visión sobre los acontecimientos rioplatenses, dejando a otros aquella revisión que haría bajar de su pedestal a tantas figuras para levantar otras? El propio Alberdi ofrece incontables pasajes en que su juicio se extravía, condicionado por las mismas circunstancias que apunta, como hemos visto; también cuando discurre que Buenos Aires tuvo el tacto de no proclamar a las provincias sus 'colonias', con la franqueza que lo hacía España. En verdad no podría producir el brillante pensador un documento para apoyar el aserto de que España consideraba sus reinos como colonias.

Sobre el proceso de *Mayo*, no se equivoca al afirmar que fue una *inacabable cadena de golpes de Estado*; sí al agregar *del pueblo* - que nada tuvo que ver en el primero contra el Virrey ni los sucesivos... hasta bien entrado el siglo XX.

En fin, sea como sea, puede considerarse a Alberdi como uno de los más sanos y sagaces críticos de aquel momento, un hombre cuyo pensamiento evolucionó sin cesar, sin cristalizarse en sus juicios prematuros, a medida que la universalidad de la vida le iba descorriendo los velos que opacaban la realidad. Fue, en fin, un hombre que resistió las tentaciones de riquezas y honores, muriendo pobre y apenado en París. Prueba de su constante evolución es su juicio final sobre Rosas, de 1864:

*El ejemplo del general Rosas, de refugiado digno, resignado, laborioso, en Europa no tiene ejemplo sino en la vieja historia de Roma, (viviendo) del sudor de su trabajo de labrador, sin admitir favores de extraños. Ni el mismo San Martín llevó con más dignidad su proscripción voluntaria.*

A la muerte de Rosas declaró: *Yo combatí su gobierno. Lo recuerdo con disgusto.* Pasajes, citados por O'Donnell. (67)

La trayectoria de Alberdi difiere de la de aquellos otros hombres, enervados con sus retóricas, - entre ellos Juan María Gutiérrez, llegado a rector de la Universidad - que declamaban abstracciones ajenas a la realidad de las poblaciones de la región. Ya en su adultez intelectual, preferían ignorar la situación en que había encallado la Argentina. Reconocer sus errores implicaba abandonar cómodas posiciones económicas - *gobernadores, periodistas, jueces y abogados del capital foráneo, llegados a las cátedras, repetirían sin convicción, las frases aprendidas de sus maestros* - afirma aún el crítico historiador José María Rosa. Ante tal cuadro social, hacia 1880, - concluye - no podía llamarse *nación* la Argentina, porque faltaba *conciencia, cultura y pueblo nacionales*; nos hallábamos ante un conglomerado sin identidad. Dicho de otro modo, la obra de *Mayo* nos había llevado a perder nuestra antigua identidad hispana de la que nos habla Rodó en su brillante artículo *Iberoamérica*, (Ob. 688) en que algo de esto se atisba y en el que me detendré más tarde.

Hecha esta ineludible aparente digresión, sigamos con aquella generación que tampoco supo, ya sobre la marcha, rectificar el rumbo, por apego a esa tradición, por desconocimiento y desamor al común pasado hispánico, y por haber malinterpretado su presente, hipotecando de tal modo el porvenir. Si no es posible rescatar de la sombra todos los nombres que forman como la red por cuyos conductos corre el turbión ígneo de las pasiones junto al pensamiento de la época, recordemos una vez más el del siempre descollante, contradictorio, paradójico y egocéntrico Domingo Faustino Sarmiento, - *el general de papel* - que tuvo influencia política en el medio a la par de sus inquietudes en materia de educación.

No olvidemos tampoco los periódicos que electrizaran la atmósfera ya alterada por el rumor ominoso de las armas, comenzando por aquél cuyo título expresa su sentido histórico: *El Iniciador*. Le siguen: *El Arriero Argentino, El Investigador, El Moderador, El amigo del País, El Recopilador, El Museo Americano, El Defensor de las Leyes, El Nacional, La Moda*. Quizá haya que remitirse a la Cádiz de 1812, para topar con una efervescencia periodística en que sus publicaciones, durante el intento de subyugación napoleónica, sobrepasaban en número a las de Madrid.

Ninguno de esos impresos arrebató a *El Iniciador* un ápice del sentido de su nombre, si se atiende, más que al aspecto cronológico, a su gravitación en el aquel ambiente. Pongamos, en todo caso, para disputarle la consagración definitiva, por la precedencia y por ser suya la palabra *primera de escritor uruguayo en que se sienta el influjo de las tendencias de emancipación espiritual formuladas para estos pueblos por Echeverría*, el nombre de *El Nacional*. Lo fundaba Lamas dos años antes, apenas de 19 años, que *terminó para el diarista adolescente con el silencio forzoso y el destierro*. [Ob. 697] Toda la agitación ideológica se refleja en esas páginas brotadas al calor de la contienda, y por ello de mayor valor documental que el escrito literario, no siempre expresivo de la realidad, o el libro, concebido en el escaso sosiego del momento. Todas las pasiones que bullen en esos corazones románticos, activadas por el ardor de sus cabezas cargadas de idealismos y aspiraciones, todo ese cúmulo de intereses humanos que reverberan y perduran en una tradición, es lo que confronta Rodó en sus escritos juveniles, a través de ese tumulto periodístico. La influencia que ello pueda determinar más que precisa, - aunque se hayan señalado dos nombres principales: Juan María Gutiérrez y Andrés Lamas, - es difusa. Algunas líneas pueden destacarse.

Si buscamos la influencia de Juan María Gutiérrez, que a primera vista parecería fundamental por el espacio que ocupa en su obra, percibimos que pronto desaparece sin dejar más huella que la de la aversión unitaria a Rosas. Acaso deba admitirse una influencia fermental en sus exploraciones literarias de rescate. Su labor en tiempos en que no existía acervo cultural propio, - declara Rodó - donde lo poco que hubiera no tenía raíz profunda ni original. Podría, a lo sumo, haber abierto un rumbo americanista. Señala el estilo sereno de Gutiérrez o, por mejor decir, un criterio sereno, que le singulariza por contraste con los juicios febriles del entorno. Tal manera, más afín a tiempos de maduración cultural, de valores destilados que no en proceso, se excepciona en cuanto a su juicio sobre España, y todo lo que porte su sello. La ofuscación política es la tónica de estos espíritus entre los que descuella el propio Gutiérrez que en su extravío llega hasta negar la lengua madre, como se recordará. No comparte Rodó, obviamente, esta actitud.

Tornemos a Andrés Lamas. Nacido en 1817, era el más joven del gran triángulo ideológico de la época, con Alberdi y Sarmiento, quienes nacen respectivamente en 1810 y 1811. Este terceto exalta a los primeros actores de la *Revolución*. Son los que fabulan la Historia, los que dan pie a una *Mitología de Mayo*... *Historia arreglada*, - califica el propio Alberdi; *mentiras de designio*, explica Sarmiento; *historia amañada*, en fin, concluyen algunos estudiosos. A confesión de parte, relevo de prueba.

Fue Lamas el último en abandonar la escena de este mundo en 1891, aunque políticamente la dejara antes. Los tres sobreviven a los restantes miembros prominentes de la generación romántica. Lamas, si una influencia tiene sobre Rodó, fuera de ese carácter difuso con que pudiera haberla ejercido todo el quehacer intelectual de aquellos hombres, la tendría en una dirección diferente a la de Juan María Gutiérrez. Y no derivaría de su sobrevivencia hasta el tiempo de Rodó. Se ha indicado la participación precoz de Lamas en la actividad política que era para entonces como decir toda la labor pensante. De este hecho surgiría tal vez una influencia formativa sobre el escritor. Le reconoce como *el publicista de un espíritu nuevo*. Acertada observación: el primero que, en su medio, y desde muy joven, removió con energía las ideas, contribuyendo - antes que los integrantes argentinos del movimiento alcanzara el auge de su acción, - a determinar nuevos rumbos. Nadie antes que él trazaría el norte de la educación para el pueblo como llave de una cultura propia, reclamada como necesidad inmanente de nuestras nacionalidades, irrenunciable base de una verdadera independencia. Percibió Lamas nuestra

condición social, sin clases extremadamente diferenciadas que pudieran dificultar la implantación y desarrollo del sistema democrático, afirmando que:

*...la democracia es una necesidad americana, necesidad del momento, porque entre nosotros todo está dispuesto para el gobierno democrático, para el gobierno de los principios populares... Las masas, si no adelantadas en civilización, lo están bastante en la escuela republicana.*

Tal apreciación – cierta en cuanto a la necesidad, dudosa en lo demás, a la luz de los hechos históricos, con su trasfondo romántico, - va por cuenta de Lamas quien al par reclamaba, para que el pueblo pudiera llamarse *ilustrado, el cultivo de la ciencia y las artes*, entendiéndose, los oficios. Aquí, cuando menos, si no hubo una influencia precisa, sí hubo precisa coincidencia:

*La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa...*

Son las palabras con que Rodó estatuye su granítico aserto en *Ariel*. Es el sentir expresado por Lamas cuando afirma: *Un pueblo ignorante no será libre sino cuando el conocimiento, la educación le hayan dado una razón, una conciencia propia: que sepa cómo y por qué y para qué vive*. No resisto hacerme la pregunta de si habremos alcanzado esa etapa siquiera hoy.

Se dan la mano ambos pensadores - lo fueron - en su admiración por Rivadavia, aunque existen disparidades de visión. Rodó, contra la aseveración de Lamas, y con su irreductible cuán orgánico rechazo al espíritu sectario, señala la sombra que empaña el intento de Rivadavia para fundar una democracia liberal y culta, que no supo hacer sin el *exclusivismo* de partido, lo que por otra parte y por mucho tiempo, sentó escuela por estos lares.

Andrés Lamas no supo, no pudo o no quiso sustraerse al espíritu del unitarismo. Rodó estamparía frases como *la grande época unitaria, la grande época de Rivadavia*, considerando con entusiasmo romántico *la tendencia de cultura y noble idealidad que habría movido desde el primer instante*, - según él - *el espíritu de la Revolución de Mayo*, que habría producido el *breve pero magnífico florecimiento* que personifica en Rivadavia. (O.583) En un artículo sobre *El Iniciador de 1838* habla de las reformas de *la enseñanza colonial* debidas a su impulso. (Ob. 839) Su admiración, no obstante, no le impide señalar *su exclusivismo de partido*, o su *liberalismo enconado*. En su página sobre *la grandeza de Artigas*, que funda en sus *principios de independencia, república y federación*, cuando las cabezas más altas vacilaban en su fe, está implícita su mayor reserva sobre Rivadavia al recordar su peregrinaje por las cortes europeas en procura de un rey. Está claro que la llamada *revolución* no tenía rumbo cierto.

En efecto, Rivadavia, pasaría cuatro largos años en Europa en pos de Francisco de Paula, el hermano de Fernando VII (!) para coronarlo rey en el Plata. Ocurría a la caída del *Primer Triunvirato*. ¿Dónde estaban los principios de independencia y república? No es de echar al olvido, tampoco, su gestión para la anexión del Virreinato a Portugal por Juan VI. ¿Dónde así, *la noble idealidad de Mayo* concediendo que haya existido en el algún momento?

El *magnífico florecimiento* que Rodó cree hallar en tiempos de Rivadavia empalidece a la luz del revisionismo histórico. Lejos lleva esta senda que no podemos obliterar. Pautemos, al introducirnos en ella, que la comunión de sentimientos de Rodó con Lamas y sus coetáneos, radica en la pretensión de la proyección civilizadora del gobierno de Rivadavia. Contra tan generoso supuesto es necesario poner en el otro platillo de la balanza las permanentes derivaciones nocivas de su acción política y su falta de moralidad en el manejo de los bienes públicos así como su corta visión de estadista. Ante el hecho de que una mayoría aplastante de los contemporáneos de Rivadavia rechazaron su gestión, cabe pensar que Rodó careció de la documentación crítica que fue apareciendo durante el siglo XX y

que manejaron estudiosos como Scalabrini Ortiz y José María Rosa, entre otros. A estos dos historiadores seguiremos para completar la figura histórica de Rivadavia, en el marco en que hemos venido reflexionando.

La visión de José de San Martín, en su tiempo, sobre *aquel visionario, insensible a nuestras realidades*, que creía poder implantar *la civilización* europea en la Plata *por decretos* - ya recordada - esclarece su imagen. Pero para mejor apreciarla a la distancia, abramos por cualquier parte el libro del revisionista José María Rosa, *Rivadavia y el imperialismo financiero*, haciendo votos de no pasar de un párrafo apenas. Tomemos el que habla de su renuncia presidencial, - junio de 1827: *dejó el cargo () en medio de un tremendo caos político, diplomático, moral y financiero. No quedaba en caja ni una onza de oro, ni un peso de plata ni un billete de papel: deudas, solamente deudas*. Y una guerra civil en ciernes de vastos alcances y no escasa duración.

Alvaro Melián Lafinur, favorable a Andrés Lamas, en el prólogo a su libro sobre Rivadavia, escribe:

*Conviene tener presente () para explicarse el espíritu con que Rivadavia, vuelto a Buenos Aires, iniciaría su acción reformadora y liberal, el deslumbramiento, puede decirse, que produjera siempre en él la renovación económica, cultural y política realizada en España por Carlos III y IV, en los comienzos de su reinado y sus grandes ministros. Campomanes, Jovellanos, el de Aranda, y sobre todo Floridablanca se le antojaban los verdaderos paradigmas de un estadista como él aspiraba a ser...*

De ser cierto ese *deslumbramiento* de Rivadavia ante el notorio hecho, ¿a santo de qué seguir con la supuesta revolución contra España? En 1812 Rivadavia era una suerte de factotum en Buenos Aires, algo así como un árbitro de la situación. En ese año, precisamente, campeaba en el mundo hispánico la verdadera revolución liberal representada por las Cortes de Cádiz, con su propuesta Constitución: ¿le sirvió de algo?

Apoyándonos en el indispensable lema de Tácito, hemos examinado el sentir de la generación anterior a los Gutiérrez, los Echeverría, los Lamas, en relación a lo que daban en llamar el *sistema colonial*, proclamando sus engranajes políticos como obstructores de la savia social e individual y hablando impropriamente del *absolutismo* en tiempos de Carlos III con ignorancia del verdadero espíritu ilustrado de su gestión. Ese menguado sentir - no ya razonar - fue el que preparó el terreno de la mentalidad que imperaría desde entonces secularmente.

La generación de *El Iniciador*, que siguió a la de los gestores de Mayo, tuvo entre sus representantes algunos que alcanzaron a comprender con visión más ajustada, cómo nuestra cultura continuaba la española. No obstante, el artículo de fe era combatir lo español al barrer, sin detenerse a examinar su obra tricenaria. Así ven en Rivadavia, el espíritu civilizador, el progreso, que identifican con la *Revolución*. El gobierno de *la Defensa* actúa con esas coordenadas: centra su admiración en lo europeo, no sin cierta paradoja. Rosas pasa a encatnar *la tiranía, el absolutismo español*, velando el trasfondo de los intereses en juego, las motivaciones individuales, los afanes facciosos. Para estos hombres Rosas traiciona, en cuanto personificación del *poder absoluto*, el sentido libertario de *Mayo*. No vale la pena ahondar en la endeblez de la argumentación. Este alegato de poder arbitrario, cae al comprobar que sus objetores buscaban sustituirlo por el no menos absoluto y sí que arbitrario, del de Buenos Aires.

De la generación del '37, la figura descollante es Esteban Echeverría. Levantándose sobre el furor sanguinario de la lucha de los partidos apuntó a establecer los principios orgánicos que permitieran asegurar la libertad, la mejora y el bienestar de los habitantes de la región, en lo político como en lo social. Poeta, filósofo, sociólogo, se centra en los medios conducentes a ese objetivo. Antes que se desatara la contienda que dividiría a unitarios y federales, había escrito *Los Consuelos* y *La Cautiva*. En su afán de expandir sus preceptos sobre el ideal de *Mayo* su pluma recorrió todos los géneros y apeló a toda forma de publicidad a su alcance. A semejanza de los enciclopedistas del siglo anterior, trabajó con miras a una *Enciclopedia Popular* en la que plasmaban las ideas orientadas a la felicidad de los

pueblos. Su estilo rompió, como los románticos, con todo lo que recordara la tradición clásico-latina; olvidó las figuras de Horacio y de Virgilio y erigió a Lamartine en ídolo; dio la espalda a los manidos motivos europeos, abocándose a lo que tenía ante sus ojos: las pampas, los campamentos militares fronterizos para contención de los malones: el escenario es, ahora, el desierto donde acuden las monteras a dirimir sus pleitos, - ya no los salones donde se dan cita las aristocracias empolvadas.

Como muchos de su generación Echeverría se halló en 1828, a sus 23 años, - al margen de la vorágine que desatará la muerte de Dorrego, que alcanzaría su máximo furor siete años después, al recibir Rosas *la suma del poder*, en medio del incendio generalizado de la región. Entre 1825 y 1830 vive en París, en contacto con la literatura y la inquietud social particularmente intensa en Francia, donde brillan las personalidades representativas del romanticismo en auge, y pensadores de la talla de Considerant, Saint-Simón, Fourier, Leroux, por nombrar sólo algunos cuya influencia es notoria en sus escritos.

Con el bagaje recogido vuelve al Río de la Plata donde se encuentra con un agitado mar político. Su actividad se ciñe, a partir de entonces, a buscar una solución política que ponga fin a las desavenencias locales que tienen a la sociedad en vilo. En su mente está trazado el plan que difunde entre sus allegados, Juan María Gutiérrez en primer lugar, junto a Juan Bautista Alberdi y a Vicente Fidel López. Suman cuarenta los jóvenes que, en una noche de junio de 1837 se reúnen para oírle exponer sus ideas basadas en la equidistancia de los dos partidos enfrentados, federales y unitarios. El fruto de las sesiones que se suceden, constituye lo que se ha conocido como el *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*. Esta suma de pensamiento comprende los principios de un sistema socio-político hasta entonces nunca expresado en el ambiente. Echeverría formulaba un credo y levantaba una bandera, asentando una doctrina: soberanía del pueblo, sufragio y democracia, libertad de prensa, impuestos justos, creación de un Banco, de una moneda y del crédito público. Se ocupaba igualmente del agro, de los problemas de población, municipios, policía, ejército. Todo bajo el signo del lema de la Revolución Francesa: *libertad, fraternidad, igualdad*.

No abundaremos en las declaraciones abstractas en que todos podemos estar de acuerdo. Destaquemos que el intento se inspiraba en la buena fe y en la ingenuidad de la posibilidad de acordar la sociedad - una sociedad revuelta y no preparada para ello - alrededor de grandes principios. El de justicia, el del respeto de todos los derechos a lo que, naturalmente, habría de concurrir el fomento y difusión de la educación. Esta etapa Rodó la convertirá en la expansión y en el amor a la *alta cultura*, hito fundamental e ineludible de su prédica, ante el cual algún crítico ha fruncido el ceño. ¿Será acaso un mal aspirar a ella? Hay detrás de estas declaraciones de neto corte romántico - por su idealidad, por su fe en la ingénita racionalidad y bondad del ser humano - una nota discordante con aquella terrible fobia de Juan María Gutiérrez a todo lo español. Un párrafo del *Dogma* tan sólo nos muestra el tenor de aquella literatura:

*La América independiente, sostiene en signo de vasallaje los cabos del ropaje imperial de la que fue su señora y se adorna con sus apollilladas libreas: la democracia engalanada con los blasones de la monarquía absoluta; un siglo nuevo embutido en otro viejo; la América revolucionaria envuelta en los pañales de la que fue su madrastra.*

En menos palabras: América se ha desprendido políticamente de España, no de su mentalidad. No avanza al ritmo de los nuevos tiempos. No han cambiado sus costumbres ni su legislación. Diría por mi parte que han empeorado y que ello no es por causa de España. La desigualdad de clases que la Revolución remediaría permanecía intacta. Hasta quizá pueda decirse que las desigualdades sociales se habían agravado porque ya despuntaba una minoría cada vez más rica y poderosa mientras que por otro lado la pobreza se extendía y acentuaba entre las capas populares fruto de la política económica implantada desde *Mayo*.

El *Dogma* habla del oscurantismo del pasado. Lástima que Echeverría haya pasado un lustro en París en vez de en España, como antes Belgrano. Tal vez habría comprobado, con ojos más abiertos que él, bajo el reinado de Carlos III, un todo distinto a lo que esas críticas implican.

Prosigue él, hablando de los tiempos tenebrosos - se entiende los de Rosas - en que su sola voluntad dicta la legislación a favor de una clase, borrando todo principio democrático. Ante ello la nueva generación debe emprender la reforma de las costumbres, apelando a la educación y las leyes, que consagrarán, con otras libertades, la libertad de cultos. Casi un cuarto de siglo antes, - lo hemos recordado - Artigas, en sus Instrucciones del año XIII, había estipulado que *se promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable*. También establece:

*Como el objeto y fin del Gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los Pueblos, cada Provincia formará su Gobierno, bajo esas bases, a más del Gobierno de la Nación.*

¿No configuran éstas, sus palabras, la idea del federalismo? Y, en lo que sigue sobre la tolerancia religiosa, ¿no está concordando con la tolerancia proclamada por Artigas en sus *Instrucciones del año XIII*?

La sociedad religiosa - estatuye el *Dogma* - ha de ser independiente de la sociedad civil, poniendo fin a *la liga del poder y del altar*, de que se valen los tiranos para someter a los individuos. Echeverría sostiene que la libertad de conciencia y el dogma de la religión del Estado son inconciliables: el Estado no debe tener religión, concluye.

En cuanto a la aplicación de los principios democráticos la visión de este grupo convocado a regenerar la sociedad tiene su criterio propio sobre el papel del *sufragio* y de los *representantes* del pueblo. Las masas son consideradas inconscientes, volubles y carentes de luces por falta de educación. Pueden expresar *la opinión pública*, pero no *la razón pública*. Si bien el principio se restringe, así, a una elite educada, el legislador debe proponerse por todos los medios, levantar el nivel de la masa de modo que este *sufragio calificado* pueda extenderse universalmente. La falta de esta universalización de la cultura es la causa de la perversión democrática. Reconozcamos, sin demagogia, que no está lejos de la verdad y que ésa es la primera fuente cierta de Rodó.

No extraña que afirme que la anarquía de su tiempo es hija del caos precedente. Faltóle precisar que esa anarquía reinante habíase iniciado en 1810. Los odios, las inquinas, los sentimientos encontrados, no eran obra de su generación, sino herencia. Era necesario romper de una vez la cadena para impedir su infinita transmisión. Las facciones formadas a partir de aquel año, la morenista, la saavedrista, la rivadaviana, - el unitarismo - como la facción rosista, todas sin excepción, son vistas como privadas de inteligencia. *El Dogma* no distingue entre los que componen las diferentes sectas políticas. Dos principios se han venido enfrentando sin que uno doblegara al otro. La conclusión de la *Asociación de Mayo*, inspirada por Echeverría, saca en conclusión de *lógica inflexible* que ambos principios son necesarios a la sociabilidad argentina. El análisis lleva a asimilar al unitarismo con las normas coloniales y su correlato tendente a la centralización, a la uniformización total del territorio bajo una única autoridad. Lo que no impedirá a los unitarios considerar a Rosas el representante del absolutismo anterior en vez de ver en él su propia imagen.

Por el otro lado, el principio federal tiene su razón de ser en la diversidad palpable de las provincias, con sus rivalidades que atribuye a la siembra realizada por el sistema español, al que llama *tiranía colonial*. La demagogia republicana no habría hecho más que reproducir la norma, en lo que juega papel importante su aislamiento y las dificultades de comunicación. No es ajena a ella el que *la Revolución* dejara en manos de las provincias una cuota de soberanía traducida en la posesión de los gobiernos locales en ese momento. Llegados a este punto los adherentes a la *Asociación* imaginan, para la preservación de la libertad de cada provincia, *la fusión armónica de los dos principios: solución inevitable*

y única. El partido nuevo es el llamado a realizar la conciliación. Claro que el tal partido carece de los medios prácticos para realizar la obra encaminada a plasmar en una Constitución, base ecuaníme de la vida de los pueblos (provincias) que debe soldar entre sí. El brazo fuerte para lograrlo no habría sido nadie más que Juan Manuel de Rosas.

*Hombre afortunado como ninguno, todo se le brindaba para acometer con éxito esa empresa. Su popularidad indiscutible: la juventud, la clase pudiente y hasta sus enemigos acérrimos lo deseaban, lo esperaban...*

Hecho curioso: el joven culto arribado de Europa, al cabo de una década de vivir en Buenos Aires, no ve en Rosas al monstruo que luego pintarán los unitarios en tanto se radicaliza su lucha contra los federales. Echeverría aprecia en aquel hombre popular las virtudes que muchos le reconocen; llega a ver en él, al posible salvador de la República. El propio Rosas acoge a la *Asociación de Mayo* con simpatía, al punto que hace llegar sus felicitaciones a su impulsor. Los jóvenes integrantes encaraban su acción como intelectuales, sin mezclarse con los políticos federales ni unitarios.

Sucede a todo aquel que pretende la sacrilega actitud independiente, con suerte, ser ignorado. O relegado. Con menos suerte, como ocurriría a este grupo, ser considerado por unos y otros, proclive al partido opuesto. Esto, lo más frecuente, ocurrió a los bien inspirados románticos en momentos en que la temperatura de la lucha política subía sin pausa, extremándose de ambas partes. Pronto los federales *unitarizarían* al grupo, al tiempo que los unitarios lo *federalizaban*. Es de decir aquí, hecha abstracción de los valores intrínsecos del *Dogma de Mayo* y de la sana intención de sus propulsores, que todo él está rodeado de un halo romántico que desconoce la fuerza de los intereses y de las pasiones en juego. Los soñadores y los inexperientes suelen confundir, en su impaciencia, lo real y lo ideal, sin medir la distancia y los obstáculos que separan lo uno de lo otro. Rodó verá reproducirse este proceso en el desenvolvimiento político, años más tarde, en su propio ambiente entre la corriente principista y el caudillismo.

No erraba la *Asociación* al proclamar la educación en los múltiples planos en que la proponían como medio para alcanzar el sagrado fin de la armonía política y social; no habría mejor camino para ese fin, - pensaban - que la democracia. Erraban al no calibrar que el logro de esa meta estaba fuera del horizonte visible. Se saltaban el largo proceso educativo requerido para ello. Se hallaba ausente la comprensión de que tal ardua, prolongada y costosísima tarea requiere la formación de riqueza y un lento proceso. Los hombres de *Mayo*, con su política errabunda y con su corta visión económica - o sus largos apetitos de enriquecimiento inmediato y privativo de su clase, - habían creado la estructura de la pobreza en vez de la riqueza con su liberalismo de puertas abiertas al extranjero, que cegaba las fuentes del trabajo y el desarrollo locales. No se han inventado lentes para la miopía intelectual.

Reconoce Echeverría que *La fuerza de las cosas invirtió el plan de la asociación. La revolución material contra Rosas estaba en pie, aliada a un poder extraño*. Justamente al poder que trababa el progreso real de las nacionalidades emergentes - agreguemos. Los jóvenes románticos concebían provocar la fusión de las fuerzas en pugna con su prédica... ¡Y no eran tiempos para ello, ni estaban dadas las condiciones para la siembra! Con todo, *es necesario desengañarse: no hay que contar con elemento alguno extranjero para derribar a Rosas. La revolución debe salir del país mismo: deben encabezarla los caudillos que se han levantado a su sombra. De otro modo no tendremos patria...* Lo decía ya fuera de Buenos Aires. El, como muchos de sus compañeros se extrañaban a Chile, como Sarmiento, o a la Banda Oriental, como Alberdi, Mitre, Juan María Gutiérrez. Otros a las provincias donde encontraban eco a sus ideas mas no calor. Diferente en Montevideo donde encontrarán a los unitarios que formaban de tiempo atrás el núcleo de resistencia. Miguel Cané y Andrés Lamas, dedicado al periodismo desde muy joven como sabemos, editaban *El Iniciador*. Sabemos igualmente que la colección del periódico estaba a la mano de Rodó. En ella pudo, adolescente inquieto, imbuirse de las ideas del *Dogma Socialista*, y de su aliento romántico.

De acuerdo con lo que la publicación del *Dogma* le deparó a Echeverría, pudo Rodó haber hecho la experiencia en carne ajena sobre la suerte que espera a los independientes. Pero acaso esta vocación pertenece al fuero de lo que llamamos mandato imperativo. No renunciaría, ni el uno, ni el otro, a la visión independiente, hasta donde le dieran sus medios. Y así fue que Echeverría, *unitarizado* por los federales en Buenos Aires, se encontró *federalizado* en Montevideo por los unitarios. Estos, alarmados, creyendo que minaba sus murallas, le consideraron un *aismático*. En sus corrillos, a él y a sus seguidores, se les colgaría el Sambenito de la excomunión: *unos locos, unos románticos*. Por otro lado se apeló a la sibilina consigna: nada de discusión pública sobre el *Dogma*; ignorarlo era lo mejor. Mejor aún la lápida del silencio.

El ostracismo a que los unitarios condenaran a Echeverría le haría tal vez meditar sobre el hecho de que el gobierno tiránico de Rosas le había permitido desarrollar su prédica y asimismo en la atención que el *tirano* le prestara, mientras los cultores de la libertad de pensamiento y expresión (con que Rodó identifica a los sostenedores de Rivera), es decir, los unitarios, cerraban la puerta a cualquier tipo de debate. En opinión de Saldías estos hombres habían quedado cristalizados en la Constitución rivadaviana de 1826, sin que la resistencia universal que levantara les mostrara el callejón sin salida en que habían metido a la República.

Echeverría vio que su error radicaba en que algunos del grupo habían hecho suya la causa unitaria. El incidente le llevó a comprender que los unitarios perseguían la restauración del poder de que habían gozado, sin tener una doctrina, ni entender la suya. Lo sintetizó diciendo: *¡un abismo nos separa!* El soñador que sembraba sin cosechar, comenzó a ver a Rosas con ojos ya sin velos: los unitarios eran retrógrados, egoístas, no tenían reglas, ni principios, ni doctrina. Del unitarismo diría, en fin:

*...nos aconsejaba el retroceso. Ese sistema devoró a sus padres y a sus hijos. Hace once años que Rosas, en castigo, lo puso a la vergüenza pública, y ahí está sirviendo de escarnio... ( ) El partido unitario no tenía reglas legales de criterio socialista, (léase social) desconoció el elemento democrático, no tuvo fe en el pueblo, y creyó poder gobernar sin éste. Rosas tuvo más tino. Echó mano del elemento democrático, lo explotó con destreza y se apoyó en su poder para cimentar la tiranía. Los unitarios pudieron hacer otro tanto para fundar el imperio de las leyes.*

Mucho zumo contiene este fruto como para pasar sobre él sin un comentario. Si, como se ha dicho, Echeverría ejerció alguna influencia sobre Rodó no es por esta vertiente que ha de buscarse. Antes de condenar a Rosas, debió tener estas reflexiones; el peso de la tradición se lo impidió. A esos once años se sumaban otros tantos desde *Mayo*, pero los actores eran los mismos. Al menos en los propósitos sustentados por los de 1810; idénticos los procedimientos, denunciados por Artigas y por San Martín. Ahora la denuncia es de Echeverría. Enumera allí los principios todos contrarios a aquellos que cimentaron *la grandeza de Artigas* según la evaluación de Rodó. El *tino político* que reconoce en Rosas, es el mismo que tuvo Artigas, otra vez según Rodó. En cuanto a que cimentara su tiranía, si así fuere, ¿quién más culpable que los que habían generado el clima que llevara a la población de Buenos Aires, a su campaña, a las provincias, a la misma Banda Oriental, a luchar contra los usurpadores de la soberanía queriendo fundar un poder absoluto y perpetuarse en él? Concluye Echeverría, confirmando esa culpa por contraposición: que los unitarios hubieran podido hacer lo que Rosas para aventar la tiranía. Empero se deja fuera, en ese párrafo, la nefasta alianza unitaria con los intereses extranjeros para lograr sus poco remontadas aspiraciones.

No dejemos de decir que no obstante los esfuerzos de Echeverría por levantarse sobre las pasiones de su época, arrastraba algún resabio de la elite unitaria, visible aquí y allá en sus escritos. Valga éste entre otros ejemplos: pasada casi una década desde que redactara el *Dogma Socialista* recuerda su proceso en la *Ojeada Retrospectiva*, dedicándola a varios personajes a los que considera *mártires de la Patria*, entre los que, inexplicablemente, nombra a Lavalle. Allí mismo, cuando habla de las facciones,

al citar a la *federal*, la adjetiva como apoyada en las masas populares y era la expresión genuina de sus instintos semibárbaros, mientras distingue a la unitaria como una minoría con buenas tendencias. Huelga señalar lo inexacto de ambos juicios.

La historiología refrenda el sentir de que nadie como Echeverría alzó una bandera, expresada en una doctrina, sin hallar quien la combatiera abiertamente. Sus principios serían recogidos años más tarde en la Constitución argentina, plasmada finalmente en la fórmula federal. Tres lustros más tarde, en el año de Caseros, Juan Baustista Alberdi, daría a publicidad sus célebres *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, continuación y maduración de la obra intelectual de la *Asociación*. Sus principios son los que recogió el Congreso de 1853 en esa Constitución.

Es conveniente aún una precisión. La denominación de *Dogma Socialista* no debe llamar a engaño. Nadie del grupo echeverriano fue socialista en el sentido en que comenzaría a entenderse el término a partir de mediados del siglo XIX en que aparece. Nos dice Kropotkin que *la concepción del Estado capitalista, a lo que trata de reducir hoy el socialismo la fracción socialdemócrata del gran partido socialista, no dominaba como domina hoy* (fines del XIX) *puesto que los fundadores del 'colectivismo' socialdemocrático, Vidal y Pezquer, escribieron entre 1840 y 1849*. No obsta ello a reconocer que los precursores de la Revolución *estaban imbuidos de las ideas que forman la esencia misma del socialismo moderno*.

La observación de este autor es, por sí, decisiva para determinar que la designación del *Dogma* como '*socialista*' no refiere al sentido que luego cobró la palabra. Pero si no fuera bastante a esclarecerlo podemos recurrir a Oreste Popescu (68) quien en el libro que dedica al estudio del pensamiento de Echeverría destina a este asunto un buen número de interesantes páginas.

Sus reflexiones, abarcativas de variados aspectos del tema, se centran en considerarlo desde la posible antinomia del socialismo y el liberalismo. Encuentra que la creencia de que Echeverría fue socialista no fue corriente sólo entre el hombre de la calle sino *desgraciadamente* entre *destacados hombres de letras*. La idea habría sido lanzada inicialmente por De Angelis, con *fervente apoyo* en los escritos de José Ingenieros más tarde, por cuyo *intermedio descendió a la gran masa del pueblo*. Para discernir en definitiva la cuestión, el escritor rumano apela a la regla de rigor: definir *la esencia del socialismo*. Concluye que

*Aunque hay mucha confusión sobre el particular, los economistas más destacados están unánimemente de acuerdo en precisar que la esencia del socialismo consiste en la abolición de la institución de la propiedad privada...*

En ningún momento Echeverría y su grupo, considerándose continuadores del espíritu de *Mayo*, encararon el significado de *socialista* sino como sinónimo de '*social*'. Sus preocupaciones, con toda la impregnación de las ideas pregonadas por Leroux, Considerant, Saint-Simon, Sismondi y otros pensadores de su tiempo, que podrían agruparse latamente bajo el común denominador de solidarismo social, son de este orden. No pasan, ciertamente, por la aseveración de que los medios de producción y la propiedad de la tierra deben pertenecer exclusivamente al Estado. Recordemos con Popescu que... *en 1837 la palabra socialismo apenas si tenía vida. Sólo después de la aparición del libro de Reybaud, 'Estudios sobre los reformadores socialistas modernos' (1840-1843) tuvo dicha palabra intensa circulación. En todo caso es falsa la alegación de que en aquel entonces la palabra socialista tenía una acepción bien definida. En su sentido original la palabra socialismo se confundía por lo común con la palabra social*. A mayor abundamiento reflota el testimonio de Leroux al respecto: *Soy yo el que primero me he servido del término 'socialismo'. Era un neologismo entonces, un neologismo necesario; forjé esta palabra por oposición al individualismo*.

Concluye el autor, tras su largo examen, que Echeverría no fue individualista, ni liberal, ni socialista, con lo cual quiere significar que no es posible encerrar su riqueza de pensamiento en ninguno de estos casilleros. En tal sentido puede convenirse que Rodó halló en él una fuente de inspiración afín a su temprana madura personalidad. Igualmente convengamos en que el inspirador del *Dogma* fue un adelantado para su tiempo. Baste para ello leer el manejo de la problemática social en sus páginas.

Echeverría, murió con apenas 46 años. Corría 1851. No pudo ver el fruto de sus esfuerzos. Alberdi le hizo justicia:

*Todas las novedades inteligentes ocurridas en el Plata y en más de un país vecino, desde 1830, tienen por principal agente y motor a Echeverría...*

Juan María Gutiérrez, también correligionario de Echeverría, dirá en 1873, que su compañero fue

*el argentino que primero derramó la doctrina de la nueva constitución en la conciencia dormida de los que llegaron a recordarse un día esclavos maniatados por la tiranía, porque el empirismo - digamos el solo afán material - había extraviado a la sociedad...*

Claro que esta afirmación pasa por alto que Artigas había iniciado la lucha matriz por esa Constitución ya en 1813.

Rodó, nacido y educado dentro de las coordenadas de su tiempo, absorbió el clima creado con la perspectiva desde la que puede entenderse la iracundia de Juan María Gutiérrez y su generación, que consideraban sinceramente a Rosas como el continuador del *principio de reacción*, aunque no faltaran quienes, con menor dosis romántica y mayor de realismo, lo hicieran por cálculo político. Rosas representaba, según su manera de ver, la contrarrevolución. De igual modo Oribe, su aliado, y hasta Rivera en cuanto caudillo de la campaña.

*La civilización*, en una simplificación risueña, está en la *avitas*. Veremos oportunamente las aseveraciones de Manuel Herrera y Obes en su polémica con Bernardo Prudencio Berro. La campaña, a trueque, de la mano de Sarmiento en su *Facundo*, será el ámbito de *la barbarie*. De esta falacia brotará la admiración por lo europeo confusamente asimilado a la idea del *progreso*. De la filosofía de Rivadavia curiosamente surge el menosprecio de lo hispano, que él mismo revivía con su ideario centralista y el ceremonial cortesano que imponía para poder ser visitado cuando ministro. Lo hacía precisamente cuando la hispanidad tomaba el rumbo opuesto.

Hasta aquí hemos procurado exponer la sensibilidad o, si se quiere, los valores con que se manejaban los protagonistas surgidos tras la conmovión independentista. Al cerrar esta faz del período cuya proyección trazó la senda de los acontecimientos y de algún modo la personalidad de Rodó, hagamos un alto reflexivo. La controversia sobre los hechos y los actores de entonces no ha cesado aún. A favor de la decantación que opera el tiempo, ensayemos sintetizar una posible visión al margen de intereses ideológicos o sectarios de cualquier orden.

Entre 1810 y 1820 se ha sembrado el caos en el virreinato. En adelante las cosas no irán mejor. Con la muerte de Dorrego en 1828 vuelve el horror. Rosas es llamado al ruedo hasta que, finalmente, se le confiere *la suma del poder*. Seguirán veinte años más de guerra civil. Buenos Aires contra las Provincias; Montevideo, en guerra contra Rosas. Consolémonos: a la postre se han constituido las Repúblicas. ¿Qué Repúblicas? Ya lo hemos visto. La unidad poderosa, a pesar de la tragedia de la comunidad hispana a principios del siglo XIX – en ambas márgenes atlánticas – ha devenido en un mosaico de simuladas de repúblicas, tenues concentraciones de poder en términos internacionales; fuertes concentraciones oligárquicas en permanente querrela. Francamente: ¿qué hemos adelantado en todo el siglo XIX y en todo el siglo XX? Tal vez pueda apuntarse una disminución del grado de disputas oligárquicas, con un mejor entendimiento entre ellas. ¿Cuál el puerto al que arribamos? La condición de América la pinta Rodó en su tiempo, en un artículo de 1912, *El caciquismo endémico*. Tras enumerar una serie de *césares absolutos, siluetas de terror y arbitrariedad*, pasa revista a la situación lamentable de los simulacros republicanos, de la que el Continente, *donde las elecciones son un mito*, sale mal parado. (Ob. 1075) Estas reflexiones de Rodó nos traen a la memoria otras de Julián Marías en oportunidad de comentar *la nueva Constitución* de España, (en 1977) cuando la asunción del rey Juan Carlos Borbón. De su meditación extraigo, en relación a nuestro tema, la pregunta que él mismo se hace:

*¿Cuántas verdaderas repúblicas existen en América? Aparte de los membretes del papel impreso de los documentos oficiales, la sustancia republicana se ha evaporado de la mayoría, que son meras dictaduras.*

Refiere a las autotituladas *democráticas o populares en que nadie tiene derechos políticos, en que el poder está en manos indiscutibles de un hombre o una camarilla*. Añadamos que en muchas otras, que no pretenden esos títulos, tampoco se siente ni practica el espíritu republicano y en las que igualmente el poder reside en oligarquías hereditarias, por más que el hecho se enmascare con elecciones y variados artilugios. En sustancia, las decisiones son, en definitiva, ajenas a la voluntad mayoritaria al margen del conocimiento de la institucionalidad que condiciona esa voluntad. (69)

Estampa Julián Marías, en el mismo artículo, unas palabras que corroboran lo que hemos venido sosteniendo al transitar el siglo XVIII. Contraviene aquella afirmación de Alejandro Dumas de que *más allá de los Pirineos comienza África*, como si España fuera extraña a Europa. Expresa que *España es un país europeo, absolutamente europeo, la primera nación moderna que ha existido, vieja de cinco siglos; pero que además es algo que no son otros, (-) - es el núcleo originario de una realidad histórico social no menos efectiva que Europa: una comunidad de los pueblos hispánicos*. Huelga decir, una comunidad que nos comprende.

### 5. Juan Manuel de Rosas: ¿la barbarie?

Entre las derivaciones del desconcierto iniciado en 1810, al cabo de dos décadas, no fue la menor, la entrega de la *suma del poder* a Rosas. El desesperado atajo hace patente la incompetencia e inmadurez políticas del manejo de la *res pública* y nos obliga a reflexionar sobre los acontecimientos en el Río de la Plata próximos a la vida de Rodó. Es necesario, pues, traer al escenario a quien ocuparía el primer plano durante casi un cuarto de siglo suscitando una polémica latente todavía.

Se leen con no poca persistencia, en las páginas de Rodó, expresiones como éstas: *Santos Lugares, el alcázar de la tiranía; la tiranía de Rosas; la bárbara tiranía de Rosas; tocaba (-) la dominación de Rosas en sus extremos de atroz ferocidad; el Tiberio de América; el Rosas siniestro*. Las alusiones a su figura son siempre de este tenor. Denotan su milicia política y su postura filosófica, con más vocación literaria que historiológica. Algunas de estas calificaciones, cierto, pertenecen a sus escritos juveniles. La de los *Rosas siniestros* es de 1912, cuando podríamos considerar su personalidad ya madura. No digo *crystalizada* porque como bien pensó y predicó, principalmente en sus *Motivos de Proteo, mientras se vive la personalidad está en el yunque*. No obstante, su temprano concepto sobre Rosas no varió hasta entonces. Y ello nos enfrenta a tener que ver de cerca esta personalidad cuya gravitación incidió en el Montevideo de mediados del siglo XIX, condicionando por casi diez años el desarrollo del país, con sus terribles aunque no bien sopesadas secuelas en diversos campos.

Ello mucho tuvo que ver Fructuoso Rivera, que declaró la guerra a Rosas. Nos obligará a otro apartado para verlo de cerca.

Rodó cita a Rosas diez y seis veces. Todas dentro de un marco monocorde de sombras y sangre... En verdad ríos de sangre fueron los que corrieron, mas no por causa de Rosas sino del movimiento cesionista, del que él fue un producto. La separación no fue sólo de los reinos americanos de la España europea, sino asimismo de ellos entre sí y la discordia de las provincias con Buenos Aires y entre ellas mismas. Sin cortapisas debe reconocerse este penoso hecho histórico.

En América, como en la *civilizada* Europa, poco o ninguno era el valor dado a la vida, sobretodo a la ajena. Renan afirma, relacionado con la formación de la conciencia, que tal desprecio por la vida, es la condición propia del salvaje. De ser así, habrá que concluir que no habíamos sobrepasado la edad de la barbarie. Sí, sangre corrió a raudales. Si cierta fuera la idea que Sarmiento sostenía todavía en la década de 1860, de que la sangre de los gauchos sólo sirve para abonar la tierra, el suelo americano habrá de contarse entre los más fértiles del mundo. Con todo, se tiene a Sarmiento, por gran

educador. Acharcar el torrente de sangre a Rosas es una de las grandes falacias que pueblan nuestra mitología. Si de salvajismo se trata, los unitarios de Buenos Aires son sus iniciadores en una como en la otra orilla del estuario platense. Suya es la mayor cuota. El exterminio del contrario - como en la guerra - era el lema, acorde con los valores - o desvalores - de ese tiempo. Cupo a Mariano Moreno estrenar su práctica.

No fueron precisamente caudillos de barbijo los que, vencido Rosas, degollaron al coronel Santa Coloma, *en la capilla de Caseros, por la nuca, para hacer más largo el suplicio, con público preparado, y augures de la civilización se regodearon con aquel espectáculo, como Sarmiento*, al decir de Busaniche. Era ese partido *el más diminuto que haya conocido la República pero también el que había trabajado con mayor tesón y con mayor falta de escrúpulos entre todos los partidos* que agitaron la sociedad. Si respecto a Rosas, cual hombre de campaña - sin olvidar su origen ciudadano - se puede hablar de instintos sanguinarios, no menos habrán de invocarse los de sus opositores, ciudadanos natos, aunque más arteros. Así lo pregona el estigma histórico de la muerte de Dorrego, la de Benavides y tantos otros hechos reprobables, como ciertos métodos del mendocino. Si el gobierno de Rosas se liga, como se ha dicho, a una clase terrateniente y se apoya en sus concesiones a ella; (70) si de Rosas pudo decirse que su antiimperialismo reconoce el desapego del mercado inglés al tasajo de sus saladetos; aunque de Rosas pudiera afirmarse que de ser otras las condiciones de sus intereses, distinta habría resultado su conducta política; si cabe recordar su esquivéz para reunir la Constituyente que formalizara el mecanismo federal; si se admitiera, sin más, que su política aduanera fuese en detrimento de las rentas provinciales; si de Rosas todo esto se sostuviese para desvestir su figura histórica, difícil resulta negar que su papel revela, un sentido más digno, más hábil y viril que el de los *instruidos* de la ciudad. La ferocidad de éstos fue palmaria en la muerte de Liniers, Alzaga, Dorrego y tantos otros, así como el intento de asesinar a Artigas. Pero no quedan en eso las inconsecuencias de los hombres de *Mayo* con su supuesto *credo revolucionario y civilizador*.

La triste trayectoria de estos hombres porta la mácula de su odisea por las cortes europeas en busca de *un rey* para la tierra que habían destrozado *para independizarse del rey español*. Su ridiculez rompe las marcas al concebir hasta el coronamiento de un rey un inca. Belgrano, sinceramente convencido, proponía a Juan Bautista Condorcanqui, hermano de Tupac Amaruc, ¡en junio de 1816! en las sesiones secretas del Congreso de Tucumán. Junto a esta tacha, entre muchas otras de aquellos seudo dirigentes tenemos la más ignominiosa de todas: haber entregado la Banda Oriental al portugués.

El mismo historiador es elocuente al afirmar que *se han hecho sudar las prensas para infiltrar en las generaciones nuevas los odios partidarios de antaño...* Pero hay hechos que no pueden desfigurarse con toda la tinta del mundo. Un ejemplo de ello sería la confusa posición de Belgrano formando un partido a favor de Carlota, de modo de mantener la monarquía tal cual, pero que convocara a las *Cortes de Indias para establecer y proclamar una regencia conservadora*. Habría así, según pensara, un gobierno que aleccionaría a la decadente Europa!, *sin prestar oídos a los silbidos de la serpiente que quiere inducirnos a la democracia*. Tales las ideas de un personaje de primera línea, cuyo peso en el proceso de segregación no puede ignorarse. Con el mismo propósito cita Rodríguez Peña los nombres, junto al de Belgrano y su pariente Castelli, de Antonio Luis Beruti, Mariano Moreno, Juan José Paso, Cornelio Saavedra, Hipólito Vieytes y su hermano Nicolás. Todas figuras prominentes de *Mayo*.

Los unitarios conspiraron en todas partes, por todos los medios y todo el tiempo contra Rosas. Al asesinar a Dorrego, gobernante legal, evidenciaron que no vacilaban ante nada para adueñarse del poder. Esta es la razón por la que las clases humildes, tanto como otros hombres encumbrados, no dudaron en dar a Rosas la suma del poder. Era la solución que veían como forma de contrarrestar al minúsculo grupo causante, - desde Moreno y Rivadavia, pasando por Lavalle y sus impulsores, - de la ola de muertes que terminarían desatando el devastador incendio de la región. Penosos hechos que pusieron en jaque a las provincias prostituyendo el sentido libertario que pudiera haber tenido aquel imponente.

Rosas se convirtió históricamente en el mayor tópico del Río de la Plata, el que más y más duraderos odios levantó a su paso, así como fervientes adhesiones. Fue el más calumniado y perseguido hasta después de su muerte. Hasta hoy... No hay una calle en toda la Argentina que lleve su nombre mientras que los que derramaron la sangre de Dorrego lucen el suyo en el mismo corazón del país y en muchas otras partes donde su estulticia la hizo correr a mares. Rosas llegó al poder con plena conciencia del enemigo a quien tenía que enfrentar y anunció la estrategia de rigor con que lo enfrentaría, no distinta de la que se estilaba en la época.

No paró de correr la sangre durante sus años de gobierno. Resulta difícil en una visión imparcial – reiteremos – imputársela exclusivamente. Tal vez corresponda la cuota mayoritaria a los unitarios entre los que abundaban los doctores, a quienes sólo les separaba de Rosas la frialdad de sus cálculos. Ejemplo, Salvador del Carril, cuyas recomendaciones a Lavalle no son de olvidar. En esa *tinta que hicieron sudar las prensas*, con que se envenenara la savia mental de varias generaciones, quizá pueda hallarse la explicación del largo encono de Rodó, saturado con ella desde la infancia, contra esta figura que más luces que sombras muestra en la Historia. Representa Rosas el centro de una leyenda unitaria que no sólo envolvió a la Argentina sino a nosotros mismos que hemos bebido involuntaria e inconcientemente esa tradición, cuando niños, al mediar el siglo XX.

Algo parecido ocurriría al historiador Adolfo Saldías nacido en el Buenos Aires en 1849. Su infancia transcurrió pareja con la oscura leyenda que comenzara a gestarse tres lustros antes contra Rosas. Sus años mozos, por consiguiente, los vivió en el auge de la leyenda. No habría un día, como sucedería a Rodó, en que no oyera una diatriba contra él. El odio destilado por el unitarismo, señoreaba la ciudad por Mitre y sus acólitos. Llegaría a tanto que, Buenos Aires, al no poder doblegar a las provincias con la intención plasmada en la sonada constitución de Rivadavia, rechazada desde 1826 por todo el país, se separaba de ellas. Perteneció Saldías a la generación del '80, acendrada en el liberalismo de la época de Mitre, vencedor de Pavón. Hallábase, habiendo seguido la carrera de Derecho, en el centro de la caldera hirviente en que las grandes figuras argentinas discurrían sobre el brillante porvenir del país, bajo la triunfante consigna del liberalismo. Liberalismo, a no engañarse, económico no político.

*Advenidos tras los rezagos románticos de Caseros – Mitre, Adolfo Alsina, Vicente Fidel López, - educados en las escuelas de Sarmiento y la Universidad de Juan María Gutiérrez, los jóvenes del '80 tenían la gran responsabilidad de ser la primera promoción del liberalismo triunfante en 1852.*

Tal dice José María Rosa, en su prólogo a la documentada *Historia de la Confederación Argentina*, originalmente titulada *Rosas y su época*, iniciada por Adolfo Saldías en 1881, - a cuatro años de la muerte de Juan Manuel de Rosas - complementada con un segundo tomo en 1884 y un tercero en 1887. Tiene esta obra dos incomparables valores. Haber dispuesto de la enorme documentación de primera mano que Rosas, hombre prolijo y de orden en sus quehaceres, supo salvaguardar tras su derrota de Caseros. Su hija Manuelita, le haría entrega del preciado tesoro histórico, tras leer su primer libro. El otro inusitado valor está en que el valiente investigador proviene del círculo de Bartolomé Mitre, encarnizado y omnipotente enemigo del exilado de Southampton. A nuestro propósito se agrega el hecho de haber roto Saldías los férreos barrotes de la *cárcel de ideas* que aprisionaban a los hombres de su generación, lo que no pudo hacer Rodó, casi contemporáneo suyo. No hay constancias en su obra de que haya conocido el documentado libro del valiente historiador. Nació Rodó, en 1871, cuando Saldías iniciaba sus estudios universitarios.

Entrábamos en las décadas triunfales tras la batalla de Pavón, luego que Urquiza dejara las manos libres a Mitre. Campeaba en la Universidad, como en las cabezas dirigentes, el dicho liberalismo económico, aquel del *dejar hacer, dejar pasar*, el que, ya sin las trabas ni cautelas de Rosas, *consolidaba el dominio de las empresas europeas*. Al decir de José María Rosa, *la Argentina de los '80 había dejado de ser de los*

*argentinos, pero los jóvenes de la Universidad no podían saberlo*. Este dominio de afán material, como señalara Rodó en su *Ariel*, nos venía del Norte, ya marcada la Argentina por el sello inglés infiltrado desde antes de 1810, en el cenit setenta años después. Había sido, en opinión del historiador, primeramente espiritual. Ahora lo abarcaba todo. El colonialismo es un fenómeno que comienza por la conquista de la mente. Aquellos hombres, por poquedad espiritual, - y no por causa de España - fueron proclives a uncirse al yugo por sí mismos. Tal el ambiente en que se formara Saldías.

La política de unos u otros, era la misma cosa, dos caras de la misma moneda: - dos partidos, el mitrista y el alsinista. Los dos grupos se consideraban ser *todo el país*, siendo sólo la clase acomodada. Para ésta era *la libertad conquistada*. Se trataba de una dura oligarquía de la que salían los abogados ascendidos *democráticamente* en la medida que sirvieran al régimen instaurado, vale decir, que los reales *triunfadores* eran aquellos que entraban al servicio de los Bancos extranjeros. Dice Rosa en su prólogo:

*No había 'pueblo'. Los criollos habían sido exterminados, amedrentados o rebajados hasta el aniquilamiento por los vencedores de Caseros, y sobre todo de Pavón... Las matanzas cometidas por Flores, Iseas, Irrazábal, Sandes, Arredondo y tantos otros coroneles de Mitre, desangraron el interior; el exterminio a carabina de los últimos montoneros (el Chacho, Felipe Varela o López Jordán, impotentes caudillos de una Argentina que irremediablemente se iba); el suplicio del cepo colombiano para impedir nuevas montoneras y estabilizar las oligarquías aldeanas; los contingentes de 'voluntarios' que morían a millares en los esteros paraguayos, y la absurda guerra de cantones de fronteras contra los indios bien armados y bien montados (Martín Fierro no es un poema de imaginación) hicieron todo lo demás... ( ) No se pudo, desde luego, acabar con un pueblo íntegro en esa masacre continua de criollos que va de 1861 a 1877, (de Pavón a la conquista definitiva del desierto) la página más negra de nuestra historia. Pero aquello que quedó no contaba.*

Esta pintura de la Argentina, - válida para América - se resume en el artículo de Rodó publicado en el *Diario del Plata*, *El caciquismo endémico*, de 1912, en el que refiere *nuestro desprestigio*, a cien años de *Mayo*, frente a los países europeos *por aparecer las repúblicas americanas como semillero de revoluciones, como países fecundos en motines, disturbios y 'masacres' de todo tipo*, añadiendo que *la fama viene de atrás*. Importa lo que sigue: como en otras páginas suyas, aparece lo que nos da razón para pensar que Rodó estaba ya, o empezaba a estar, de vuelta en sus entusiásticas admiraciones de *Mayo*: habla de la opinión que se tiene de América:

*Pero basta una recorrida a vista de pájaro por nuestras nacionalidades, para que surja la consideración, bastante triste, de desencanto acaso, de que la extinción del prejuicio está lejana aún. (Ob.1075)*

Esa opinión del extranjero no es un prejuicio; se basa en hechos objetivos. Baste para comprenderlo su denuncia de que *en Perú se ejecutaba a obreros inermes cuyo único delito consistía en la protesta contra el rudo trato de los caporales y la mezquina retribución de un jornal mísero*. Quizá recordara lo que escribió en *Montalvo* sobre la Revolución y la suerte del indio tras ella; ¿no la conectaría, al mismo tiempo, con que la suerte del criollo no era mejor, corrido ya un siglo, en manos de la dirigencia que seguía actuando bajo su estandarte?

Explica Rosa cómo se había escrito y enseñado la Historia del primer tercio del siglo XIX en la Argentina. *El amañó* era posible hasta ese momento, apoyándose en los materiales de la leyenda negra aportados por Inglaterra y *los Estados Unidos* - dice él - mediante una hábil manipulación contra España. Se trataba ahora de negar la presencia de un pueblo, para poder presentar *a los caudillos populares, con Artigas a la cabeza*, como bárbaros y anarquistas, exaltando a Rivadavia como paladín de la civilización.

Pero en ese peldaño se topaba con un problema infranqueable: ¡Rosas! ¿Qué hacer para ocultar la estatura de un gigante cuya personalidad y proyección se mostraban, en más de un aspecto, en paralelo con las de Artigas? Ambos, hombres honrados, tendrían sus execradores oficiales: Rivera Indarte es para Rosas lo que un Cavia para Artigas. ¡Excelentes materiales para una historia de bolsillo escrita por corifeos!

Rosas, como Artigas, gobernantes legales con un respaldo popular por nadie igualado en su época, celosos vigilantes del patrimonio nacional, no lo empeñaban ni vendían al precio de las más crueles necesidades. Uno iluminado verdaderamente por la estrella federal, el otro invocándola, y por ello acosados hasta el exilio, en el que, coincidentemente, morirían octogenarios como réprobos alejados de los pueblos que, paradójicamente, los aclamaban. En fin, defensores por igual de la nacionalidad contra el avasallamiento extranjero, expresado entonces, en la supuesta libertad de comercio. No es necesario abundar para comprender que no es posible una libertad ecuánime sin igualdad de las partes. Tal ecuación, para aquel momento, era inimaginable. Como sigue siéndolo hoy, precisamente por causa de una revolución titulada *liberal*, cuyo resultado fue entregar nuestra soberanía al arbitrio de los poderosos de afuera.

No puede decirse que el fuerte de Rodó lo constituyera su visión político económica. Su liberalismo se centró en el aspecto de las libertades políticas, - más teóricas que reales, después de todo, acaso hasta hoy. Sus afirmaciones dan la impresión de desconocer los efectos de la libertad en el engañoso territorio de la economía. Tratando de *La Tradición Intelectual Argentina* - joven aún, en 1903, - estampa estos asertos de románticos ecos:

*... el pensamiento de la colonia, sobreponiéndose, en un arranque audaz, a sus tentativas inciertas, se remonta a la plenitud del racionalismo viril y de la exposición maestra con que la Representación de los Hacendados, que es la tarima sobre que se afirmó muy luego la tribuna de la Revolución. (Ob. 582)*

Tómese en cuenta esta atribución a la gigantesca iniciativa de Mayo. Es de pensar que no conoció la contundente argumentación profética que Yañiz opusiera con simple racionalidad y seguramente sin pretensión de maestría, a lo abogado por Moreno a favor del librecambismo... entiéndase con el inglés. Tampoco ha comprendido, en consecuencia, lo que otros percibirían, más tarde claramente:

*La libertad del comercio del 53 trajo la invasión de manufacturas inglesas... que significó el cierre de los talleres protegidos hasta entonces por la política aduanera de Rosas.*

Puiggrós que como sabemos se inclinó a ver en Moreno al genio de Mayo, señala en la *Representación una falla muy marcada* dado que al defender el comercio libre en nombre de los hacendados, ( ) sostenía que las importaciones de las mercaderías inglesas no arruinarían las producciones locales, lo que era a todas luces equivocado... Él mismo concluye en que la embrionaria industria local no pudo resistir la ola de artículos mejores y más baratos que introdujo Gran Bretaña.

Es lo que efectivamente sucedía tras la profecía de 1809, del síndico del Consulado de Buenos Aires, Gregorio Martín Yañiz, que ya veremos. Durante el gobierno de Rosas había regido la nueva ley de aduana que, sostiene Saldías, estimulaba el comercio marítimo y de las provincias interiores, al reducir el derecho de buques de cabotaje y abolir el gravamen sobre los frutos del país que ingresaban por Buenos Aires, por agua o tierra. A todo esto, concluye Rosa, la Argentina del '80 no era una nación, sino una colonia adiposa y materialista, como consecuencia de los setenta años de libertad corridos desde aquel lluvioso día de Mayo.

Saldías había escrito, antes de la obra que comentamos, un *Ensayo sobre la historia de la Constitución argentina hasta 1851*. Como le ocurriría a Rodó con los héroes mitológicos dibujados por los románticos del Plata, estaba subyugado por la admiración a Mitre y por su amistad con Sarmiento. Educado,

también como Rodó en el ambiente unitario, su talento no se hallaba aún maduro. Un año después de ese ensayo (1878), y tras recibir el espaldarazo de Mitre, todavía se expresaba el joven abogado con frases como *la negra noche de la tiranía*, refiriéndose a Rosas. El ámbito intelectual en que se movía, particularmente en lo que tenía que ver con los estudios históricos, se había visto sacudido por una polémica entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, autor de *La Revolución Argentina*, (posteriormente titulada *Historia de la República Argentina*.) Barros Arana, llevado por el entusiasmo había encomiado la obra. Mitre - que habiendo desarrollado un método de crítica histórica documental al escribir su *Historia de Belgrano y la Independencia Argentina*, - envía una carta al chileno señalándole las debilidades de su colega. No sin razón porque, como es sabido, los diez tomos de López, más que un tratado histórico, componen una larga evocación literaria basada en la dudosa memoria de su padre, testigo de los hechos que cuenta, pero con una sobredosis de imaginación y fantasía llenando los huecos a que no accediera en la investigación. Todo revestido de pintoresca prosa, colorido y ágil tratamiento de los personajes. Lo que suele decirse, una novela, escudada en lo que consideraba él, *una filosofía*.

Barros Arana, - ¡váyase a saber por qué! - publicó la carta. López, enconado con Mitre desde 1852, sufrió un nuevo rasguño... Cuando apareció el *Belgrano*, auspiciado por su rigor metodológico y científico, le devolvió la andanada: *Mitre manejaba, sí, muchos documentos, pero no los sabía leer*. ¿Significaba que los leía a su manera o les hacía decir lo que no decían?

Se comprende que Saldías no perdería una letra de la polémica entre los dos colosos... Analizó los métodos seguidos por uno y por otro, y se entusiasmó de veras con la técnica de Mitre. Y se convirtió en discípulo. Entre sus héroes se contaba el general Belgrano: el libro de Mitre era la cúspide de lo escrito hasta entonces. (No en opinión de Alberdi que le dedica acerbas críticas.) Pero... ¿por qué se detenía en 1820 habiendo todavía tanto paño que cortar? Seguramente habló con Mitre, ocupado ya en otras historias... En fin, resolvió llenar el vacío dejado por su admirado Maestro. Y así empezó su aventura.

Concibió, sin dificultad el título. ¿Cabía otro, en su mentalidad de entonces, que el de *Historia de Rosas y la tiranía argentina*? Y todavía, poseído, pensó en la que le seguiría: *¡Mitre y la libertad argentina!* Sin los signos, claro, que yo agregó. De pronto le asaltó una pregunta: *¿Qué sé yo de Rosas, aparte de las Tablas de Sangre del famoso Rivera Indarte y de lo que cuenta José Mármol en su novela Amalia?* Y se respondió: *¡Nada sé!* lo que, a no dudarlo, es el mejor principio de cualquier investigación...

Colectó habladurías, cuentos, panfletos, y cuanto papel hubiera a su alcance. Comprendió, desde su altura de conecedor de leyes, que todo aquello resultaba un material deleznable para quien intentará un análisis riguroso de los hechos. La verdad, como el agua, se le iba entre los dedos. Recurrió al periodismo de la época, fuente que creía más seria. Nueva sorpresa... Pero, ¡alto! Tuvo una vislumbre y topó con algo que parecía valer la pena: ¡el *Archivo Americano* de de Angelis! El repositorio del antiguo secretario de Rosas resultó una prodigiosa cantera: *¿este Rosas endiablado, este gancho sanguinario, este bárbaro de las pampas, pudo ser tan meticuloso en la guarda de documentos? ¿Qué orden en sus papeles, qué meticulosidad, que buena letra la suya, y qué cuidada y fluida redacción la de sus escritos! ¡Si parece que se hubiera propuesto comparecer bien pertrechado para su defensa histórica!*

Comenzó a apasionarse. Poco a poco se le iba haciendo la luz en aquel universo hasta entonces oscuro e ignorado por él. Allí constaban los documentos oficiales. Uno por uno, los de Rosas, los de sus enemigos, los del ámbito interno como los extranjeros, los que le favorecían y los que le detractaban. Eso sí, éstos rebatidos con alucinante prolijidad. *¡Ob, qué hay aquí!* - se dijo un día al hallar los debates de los Parlamentos ingleses, franceses, brasileños. *¡Caray, podía prestarse tanta atención a un gobernante de un país americano tenido poco que menos que por un salvaje en dos Continentes!* Esa noche no durmió el abogado Saldías. Ni ésa ni muchas otras. La luz del alba le hallaba escudriñando documentos. *¡Ah, sí, sorprenderé a mi Maestro con lo que escribiré! ¡Haré como él: ni una palabra que no pueda respaldar con un documento! ¿Podré? Mis trabajos que me dan de comer, ¿me dejarán el tiempo necesario para desentrañar los misterios que aquí se encierran?* Esto habrá pensado.

En 1877 Alsina le ofreció una diputación. ¿Le distraería de la obra que llenaba ya su cabeza? No, siguió a menor ritmo, pero sin desmayos. Página sobre página, corrección sobre corrección a medida que nuevos descubrimientos de hechos e iluminaciones se lo imponían: el timero de papel ascendía. Al fin el primer tomo estuvo pronto. Antes de darlo a la prensa meditó sobre *sus descubrimientos*. Después de todo Rosas no era el monstruo por el que se le tenía. Los rasgos de crueldad que se le atribuían no se diferenciaban de los de aquellos hombres que habían asesinado a Dorrego... ¿Era correcto titular esa muerte como *asesinato*? Pues... sí, él como hombre de leyes no podía ocultárselo. ¿Y lo de la tiranía? ¿Podía darse el nombre de tirano a un gobernante que posiblemente en su fondo no había deseado ese sitio y que había sido llevado a él por las mayores personalidades de la época en forma prácticamente unánime? ¿No había sido todo el tiempo un gobernante legal? Pero, ¿qué había detrás de aquel consenso? Llevaba años escribiendo, meditando, analizando, volviendo una y diez veces sobre cada punto. Iba de asombro en asombro, porque cada asunto, casi sin excepción, ofrecía una lectura distinta de la que le daban los unitarios, entre los que él mismo se contaba. Durante esos años había bregado con sus papeles pero de hecho no había logrado leer de corrido lo que ahora formaba su libro. Preocupado aún por la duda de si no estaría interpretando mal el sentido de esa montaña de documentos tomó una decisión: los ordenaría, volvería a razonar sobre su contenido y luego leería de cabo a rabo lo que había escrito. Los agrupó por capítulos... ¡Ah, consultaré con don Domingo! - debió haberse dicho. - ¡No me negará una opinión franca, le conozco bien! Con Mitre había hablado más de una vez, pero su cortedad le había impedido ir a fondo en las cuestiones dudosas. El general reticente, esquivo, se había encogido de hombros más de una vez, como si pensara que su trabajo no valía la pena, que *la cuestión Rosas* era cosa juzgada y que... más valía dar vuelta la hoja. Pero Saldías no pensaba ya así.

Don Domingo le recibió con su fogosidad proverbial. Por sus conversaciones estaba al tanto de lo que escribía. Cuando Saldías comenzó como a disculparse por levantar los velos que habían tenido oculta una realidad histórica que le desasosegaba ahora, el cuyano le cortó. Imaginemos el diálogo que seguiría:

- *Amigo mío, estaba usted presente el día que dije a Ramos Mejía que no tomara como oro de buena ley todo lo que hemos escrito contra Rosas. Usted sabe... en la lucha política no decimos lo que hay que decir, sino lo que las circunstancias permiten. Yo mismo, en Facundo... ¿No le he dicho alguna vez que se trataba no de un libro de historia sino de un libro de combate? Usted es joven... los años le enseñarán. No se tome a pecho eso de la verdad. Hoy la verdad parece una, mañana otra. ¡Publique sus conclusiones y no ande con vueltas! Eso sí, aténgase a las consecuencias... ¡Este es un medio muy pacato! Le aconsejo no se lo muestre al general hasta que esté impreso...*

- *Eso pensaba, señor. ¡Creo que le sorprenderé: he seguido escrupulosamente su método!* - respondió ingenuamente Saldías.

- *El general ha sentado un precedente revolucionando la ciencia histórica con su Belgrano. Yo no me aparto del modelo. En adelante ningún historiador se atreverá a escribir como lo ha hecho Vicente Fidel López...*

Sarmiento lo acompañó hasta la puerta palmeándole amablemente en el hombro, sonriendo socarrón.

- *Habló usted, joven, de sorprender al general...* - dijo como disfrutando de algo que ya veía. - *El que se va a llevar una sorpresa es usted. El general está, aunque entero todavía, ya viejo para asimilar ciertas cosas. Su libro de usted va a ser, por lo que deduzco, un hueso duro de roer... ¡y no sólo para él, pero publíquelo!*

Confuso, el joven historiador, sin saber que revolucionaría la ciencia histórica de su país, regresó a paso lento por las calles de Buenos Aires. ¡Este don Domingo! El general se sentirá satisfecho de ver que su escuela empieza a contar con discípulos. Es un hombre avezado... ¡El primer ejemplar impreso se lo dedicaré! La candidez no es ajena al investigador.

Su sorpresa no fue menuda al leer la carta que Mitre le enviara tras leer su libro. Creció de punto al verla publicada en *La Nación* el 19 de octubre de 1887. Eran momentos en que Rodó, de 15 años cumplidos, sufría la zozobra de los tacones militares por las veredas de Montevideo. Gobernaba Máximo Santos. Año atrás, en oportunidad de un fallido atentado contra el general, el adolescente

había escrito una carta - que no remitió al falsario presidente, - repudiando su Gobierno. Sincera es la repulsa de Rodó a toda tiranía. Hombre ya maduro, ¿olvidaría la observación inicial de su crítica a *El Terruño*? He encabezado este trabajo con ella. Dice allí: *el escritor, como toda obra de hombre, está vinculada al medio social en que se produce*. Añade que no es posible rehuir la circunstancia que nos impone una relación - *solidaridad y colaboración, con las cosas que tenemos a nuestro alrededor*. (Ob.1024) De aplicar ese criterio sus opiniones sobre Rosas no habrían sido tan seguras.

La carta de Mitre desconcertó al novel historiador... Bien eso de hacer historia con documentos y seguir la norma de Tácito, lo de escribir *sine ira et studio*... Pero el caso de Rosas era distinto, se trataba de *un tirano*. Había *nobles odios* de por medio... Sarmiento, que leía el mismo diario y al mismo tiempo que él, acomodándose las gafas a la luz tempranera de la mañana para disfrutar mejor de la lectura, volvía a sonreír con la misma socarronería con que le había advertido que se atuviera a *las consecuencias*. En éstas pensaba en ese momento el joven discípulo, no sin turbación y enojo. Su punto de vista, decía el Maestro en la carta publicada en su diario, era *falso y atrasado*. ¿*La verdad falsa y atrasada?* - se dijo apabullado el ingenuo cuyos ojos comenzaban a abrirse al hecho de que *la historia la escriben los vencedores*. ¿Y quién era él, para enmendarle la plana al Mitre, un vencedor? Repasaba mentalmente sus aseveraciones: había llamado *traidores a los unitarios* por buscar alianzas con los extranjeros. *Pero ¿no lo habían hecho contra su patria? ¿No se había negado el general Paz, un unitario, a aceptar las componendas de Rivera y su comparsa de unitarios, por atentar contra la integridad nacional?* Después de todo, ¿se habría dignado el general a leer el libro o lo habría tirado a un rincón tras hojearlo?

Fue un día amargo para Adolfo Saldías. Se acostó más temprano que de costumbre sin poder dormir. Cansado de revolverse en el lecho se levantó y salió a caminar por las calles de *la ciudad de los buenos aires*. La brisa de la madrugada le refrescó. Al regreso, cuando el sol iluminaba ya los techos de las casas bajas, formó una resolución. *¡Si, tiene razón don Domingo, el general está viejo!* (No se le ocurrió pensar si alguna vez habría sido joven.) *Aunque nadie me lea en adelante, escribiré lo que me falta. Este es un mandato imperativo de mi conciencia: la verdad debe saberse, esta injusticia debe corregirse. ¡Cuanto menos, los restos de Rosas deben traerse al país!* Fatigado, pero tranquilo, se acostó. A la tarde se hallaba otra vez frente a sus papeles. Los restos de Rosas tardaron más de un siglo en volver a su suelo: retornaron recién en 1989. Hay rencores tenaces como el granito.

La reprimenda pública de Mitre tendría, en efecto, sus consecuencias. Una pesaría al viejo patriarca mismo.

Saldías se vio primeramente ante un gran revuelo... Miradas esquivas, saludos apresurados, conversaciones soto voce cuando el osado aparecía en los lugares acostumbrados. Luego... el silencio. El silencio amedrentado y el silencio calculado. Algunas voces de adentro le llegaban: *¿Saldías quería levantar a los tiranos de sus tumbas?* Otras venían del extranjero, de aquellos que no tenían intereses creados ni temían el juicio que el patriarca había lanzado desde la altura: éstas eran palabras de aliento. Entre las cartas, una que venía de Inglaterra le sorprendió. La abrió con manos trémulas. Manuelita, la hija del *tirano*, le decía que sus verídicos escritos la habían conmovido. Algunos contemporáneos de Rosas, personajes y testigos de la época, le brindaban un efusivo reconocimiento por su honradez y valentía. Bernardo de Irigoyen, privadamente, le testimoniaba el valor histórico del libro... que se vendía... El mismo Irigoyen le sugirió cambiar el título. El nombre de *Rosas* se suprimiría, mejor aludir sólo a la *Confederación*. Los dos tomos siguientes tuvieron rápido reconocimiento por los historiadores de España, de Méjico, de Brasil.

Adolfo Saldías había fundado el *revisiónismo histórico*. ¡Albricias: es lo que pediría el propio Rodó años después!

No logro explicarme cómo Rodó, al día con lo que se escribía en América, no se haya enterado. *La Historia de Belgrano*, es citada varias veces por él en sus artículos. Quizá parezca que me detengo en demasía en una cuestión colateral. Más bien debe considerarse la personalidad de Rosas no con este

carácter en relación a Rodó, sino, precisamente, como un símbolo central de las motivaciones que agitaron el ambiente en que nació y vivió nuestro escritor.

Suprimido Rosas de la escena no se entendería gran parte de nuestra historia. Por ejemplo, la presencia del grupo unitario refugiado en Montevideo, reducido en número, pero de vasta influencia local e internacional; y la efervescencia intelectual que despertó en la aldea de aquel entonces. Tampoco se entendería, sin esa actividad, la evolución del pensamiento histórico, político y filosófico de nuestra sociedad que iremos viendo. Los juicios de Rodó sobre el período y sus personajes aparecen condicionados. ¿Se explicaría, en primera y última instancia, por el ocultamiento y la tergiversación que se hizo de la historia del antiguo virreinato del Río de la Plata?

Rodó murió a los 45 años, cuando su gran personalidad y acendrada cultura no habían rendido aún lo mejor de su savia. El clima pueblerino, a pesar de su prestigio, le fue adverso. La política lo ocupaba todo. Quien algo valía se volcaba a ella, o era nadie en el medio. Y la política en la que actuó con un temple similar al de Saldías, aunque en otro plano, ataba las manos y la mente. De haber vivido veinte o treinta años más, de acuerdo a la tendencia que mostraba su pensamiento y su acción, nunca motivada por bajos intereses, le hubieran permitido cerrar el ciclo de un modo seguramente distinto. ¿O hubiera tenido que permanecer en el ostracismo con que los intereses políticos sentencian a los independientes y a quien se opone al mandamás de turno?

Rosas reclama aún atención. Sabida es su resistencia a aceptar la Gobernación de Buenos Aires, convertido por sobrados méritos propios en la primera figura de la Provincia. Su preeminencia no le venía por pertenecer a logia alguna; la había adquirido por su eficiencia en la conducción de sus empresas, así como por sus hechos militares para la contención de las acciones depredadoras de los indios en el territorio, impulsados y organizados, a las veces, por delincuentes segregados de la ciudad y su consecuente gravitación personal en el medio. Sus campañas habían ganado a la Provincia inmensos territorios asegurando un cierto margen de tranquilidad. Su prestigio obedecía a su intachable conducta y a la confianza que se le dispensaba. Hombre respetado dentro y fuera de su Provincia, Rosas no era un advenedizo, ni un caudillo del montón. Echeverría supo verlo. Unía, a su capacidad de acción y de organización, el pensamiento sagaz del que ha formado su cultura en el trabajo, sin declinar el estudio. Su pronta penetración le hacía conocer a los hombres. Sus servicios para ocupar la Gobernación por segunda vez no le eran solicitados por su partido, - que no lo tenía, ni existían partidos formalizados, - ni por el populacho, sino por los legisladores de la Provincia, por sus más altas figuras. Sus representantes, provenientes de las más variadas actividades, figuran en las páginas de Saldías. El asesinato de Dorrego por los unitarios fue el detonante de la conmoción que no tendría ya límite ni pausa en las provincias. Las conspiraciones estaban a la orden del día en todas partes. La anarquía, comenzada a poco de la primera Junta de Mayo, culminando en 1820, asomaba nuevamente su sombría faz. ¿Por qué pensarían en Rosas aquellos hombres prominentes?

Hemos dicho que Rosas era buen conocedor del ser humano. Sabía, como Artigas, de *la voluntad veleidosa* de los hombres, así como del ambiente reinante y las reducidas posibilidades de un solo individuo para sosegar el caos ya arraigado. No echaba en saco roto las mezquindades y retaceos del Gobierno durante su campaña en el sur, ni la capacidad de intriga y artimañas de los unitarios. Recordaré, con permiso, que a similares conclusiones arribaría Simón Bolívar en el Norte al abogar por una monarquía, una dictadura, - con la cual fuera investido más de una vez - o un emperador. La anarquía campeaba de un extremo al otro de América. Nadie que conozca regularmente nuestra historia podrá negarlo. Si ocurre es por lo que alguna vez sostuviera el peruano Luis Alberto Sánchez, la exigüidad de expertos en la historia de América.

Es posible que las dudas de Rosas estuvieran más que fundadas cuando ante el reiterado ofrecimiento de la Gobernación vacila o, mejor dicho, declina el honor. Respecto a su reclamo de la suma del poder para gobernar en el caos en que se veía sumida la sociedad, no ignoraba el valor del respaldo de la opinión. Por tanto pidió a la Legislatura, antes de asumirlo, que *todos y cada uno de los ciudadanos*

*de esta ciudad, de cualquiera clase y condición que sean, expresen su voto precisa y categóricamente sobre el particular, quedando consignado de modo que en todos tiempos y circunstancias se pueda hacer constar el libre pronunciamiento de la opinión general.* No se ha señalado, que separamos, el significado *democrático* de este hecho. Rehuía convertirse en la cabeza visible de una facción. Del total de los titulados como electores - 9320 ciudadanos - sólo ocho votaron en contra. Sarmiento, nada apegado a melindres para desacreditar a sus adversarios, reconoció en el *Facundo* la plenitud y legalidad de la votación: *nunca hubo gobierno más popular, más deseado, ni más bien sostenido por la opinión...*

Bien podía haber recogido Rosas las palabras de Artigas, en la *Oración de Abril: mi autoridad emana de vosotros y cesa por vuestra presencia soberana*, en cuanto a la forma en que se le confería la autoridad suprema, como a la de resignarla. Varias veces lo hizo y le fue renovada. ¿Puedese así llamar *tirano* a Rosas?

Rosas no saldría mal parado en la comparación con el impulso que Rivadavia dio al caso de Alzaga, en que se cegaron más de treinta vidas, siguiendo el no lejano ejemplo de Moreno. Del mismo tenor es su intervención en el del *Motín de las Trenzas* en que tocó a Belgrano hacerse cargo del *Cuerpo de Patricios* dictaminando que los soldados se cortaran las trenzas, ingenuo distintivo de sus integrantes. A Rondeau tocó sofocarlo. La represión fue implacable. Rivadavia que ya tenía algún golpecito de Estado en su cuenta *liberal* (cuando la supresión de la *Junta Grande*), había estipulado que sabría mostrar *la raya a donde deben tocar los principios liberales*. Once cabezas fueron arrancadas de su lugar como demostración de autoridad. Así de liberal era ¡por unas trenzas apenas!

Pregunta: ¿es ésta la filosofía de un *liberal* o la de un *jacobino*? Nueva pregunta: ¿se justificaba el procedimiento ante un hecho que ni remotamente apuntaba a derrocar al gobierno? Se trataba meramente de la aspiración de unos pobres hombres apegados a un signo de orgullo militar. Si su golpe de Estado de noviembre 1811, comienzo del centralismo tramposo de Buenos Aires al disolver la *Junta Grande*, - órgano legislativo entonces, donde tenían asiento los representantes de las Provincias, - se hubiera frustrado, el *Triunvirato*, del que era *el alma*, ¿hubiera corrido él igual suerte? Quizá no, porque este tipo de acciones se practicaba sobre los débiles y no contra los encumbrados. Si llamamos civilizado y civilizador a Rivadavia, ¿cabe llamar tirano a Rosas?

Unitarios y federales actuaban bajo el imperio de una misma mentalidad. ¿Difiere el pensamiento centralizador del poder de Rivadavia del de Rosas? Mientras Rivadavia era resistido, Rosas era acogido con unánime reconocimiento de la necesidad de entregar la autoridad a quien pudiera poner coto a la inseguridad reinante. Se alaba a uno; se vitupera al otro por lo mismo.

Rosas manifiesta su pensamiento al asumir el poder: *nadie ignora que una facción numerosa de hombres corrompidos ( ) ha introducido por todas partes el desorden y la inmoralidad; ha desvirtuado las leyes, hechas insuficientes para nuestro bienestar; ha generalizado los crímenes y garantido la impunidad; ha hecho desaparecer la confianza necesaria en las relaciones sociales y obstruido los medios honestos de adquisición; en una palabra, ha disuelto la sociedad ( ) La experiencia de los siglos nos enseña que el remedio de estos males no puede sujetarse a formas, y que su aplicación debe ser pronta y expedita.* Sus palabras colman la expectativa - no cuesta adivinarlo - de una población sobresaltada por el caos.

Un escrito de un hombre del pueblo, - y para mejor español liberal - que no se pierde en especulaciones abstractas o interesadas, nos mostrará la verdad palpitante de aquel momento. Oigamos, a la manera actual de un reportaje, el testimonio de Benito Hortelano, periodista español contemporáneo de la reina Cristina, viuda de Fernando VII. Compongo el imaginario diálogo a partir de sus *Memorias*. (71)

-Entre Vd., don Benito, que ya le he presentado. ¡Siéntese! Me ha faltado decir cómo llegó Vd. a América.

-¡Oh, sí! Verá Vd.: yo, como uno de los tantos que vivíamos en Madrid al mediar el siglo XIX, cuando Espartero frustró a la reina entenderse con los carlistas, a lo que siguió la dictadura de Narváez, hube de salir de mi tierra. Andaba por Burdeos con un par de paisanos míos, una mano atrás y

otra adelante, cuando unos vascos que regresaban de América nos hacen saber lo bien y mucho que se ganaba por estos lugares. Saberlo y decidirnos a probar suerte fue todo uno. Cansado estaba yo, imprentero y periodista, de soportar tiranías.

-Deduzco, don Benito, por lo que me dice, que habría sufrido Vd. persecuciones, seguramente a causa de su oficio. ¿No le informarían esos vascos de que habla, de que en Buenos Aires no andarían mejor las cosas?

-¡Pues verá Vd., señor detective! De las persecuciones que yo y muchos sufrimos, no tenga Vd. dudas. Y antes que pregunte el por qué de ellas, me adelantaré a decírselo. Estaba yo, como sabrá Vd., entre los enemigos del absolutismo, lo que se llamaba *patriota a la moderna* o, si lo prefiere, un *liberal progresista*, muy al tanto, por lo demás, de todo aquello de los *pronunciamientos*. Diré, pan de cada día por entonces, así como *golpes palaciegos* y *encubramientos de caudillos militares*. Mal, por otra parte, de aquellas como de aquellas regiones, porque lo que se hereda no se hurta, amén de *politiquerías parlamentarias, asonadas populares y turbulencias callejeras*...

-Tengo entendido que todo le informaban parientes que Vd. tenía en la Corte...

-¡Sí señor, así era! Y por mi oficio, como Vd. le llama, ninguna comidilla de la familia real se me escapaba. Sumo Vd. eso al gracejo con que yo manejaba esas cosas (aunque no me quede bien decirlo), aparte de que donde ponía yo el ojo, ponía la bala... Ahí tiene Vd. la causa por la que tuve que ausentarme de mi querida Madrid. Mis crónicas... alguna habrá Vd. leído... eran bastante desembozadas y, sabe Vd., eso no suele caerle bien al poder. Sobre todo cuando éste es usurpado. Y por ahí voy yo a eso otro que Vd. ha insinuado de Buenos Aires.

-Sí, pienso que no serían tan buenos los aires por acá llegando Vd. durante el gobierno del tirano Rosas...

-¡Alto, amigo, despacio por las piedras! ¿Qué es eso de la tiranía de Rosas? Tan malo no sería su gobierno (y de esto tendré gusto en informarle hasta donde llegan mis conocimientos) cuando de toda Europa aflúan gentes a esta activa ciudad. Tan así que momento hubo que en ella habitaban más franceses, italianos, vascos, alemanes, flamencos y americanos de otros lugares, que criollos. Y eso que entre éstos nos contarían, por la lengua, se entiende, a los españoles de allá. ¡Vea Vd., era un tiempo de vacas gordas, se ganaba bien, la vida era muy barata y no faltaba trabajo ni tranquilidad! Sepa Vd. que con la quinta parte de mis salarios podía yo ahorrar los otros cuatro quintos. Claro está, sin despilfarrar la plata, sólo con ser un tanto cuidadoso con lo que se ganaba.

-Bien, no me sorprende lo que Vd. afirma porque he podido leer documentos de diplomáticos franceses de ese tiempo coincidentes, así como que se habían afincado en Buenos Aires arriba de diez mil franceses. También algún otro de un alto personaje de la Defensa de Montevideo - Manuel Herrera y Obes, que Vd. habrá oído nombrar - asegurando que *Buenos Aires estaba en pie de una prosperidad admirable, que era, por entonces, el centro de todo el comercio del Río de la Plata, por causa justamente de la intervención francesa*. Pero dejemos esto. ¿Me dice Vd. contra todo lo que por aquí se creía y se cree hasta hoy, ¿que la vida era tranquila?

-Pues, ¡qué cree Vd.! Llegué yo en el último día de 1849 a Buenos Aires y... ¡se lo confieso!, mi primera impresión al desembarcar con mi pobre y magro equipaje, no pudo ser peor. Centenares de metros hubimos de andar en un agua cenagosa para arribar a la orilla. Pronto no faltaría quien nos calentara las orejas, a mis amigos y a mí, hablándonos soto voce de las cosas del tirano. ¡Verá Vd.!

-A eso quería ir yo, don Benito: tirano, Vd. Lo dice. Nada mejor para mi trabajo que su testimonio directo.

-¡Y qué directo, amigo! No tardaría yo, tan pronto como pude establecerme con venta de libros, entre las bandolas de la Recova de la Plaza Victoria, un poco después en las que serían las calles Alsina y Bolívar, con mi imprenta y también librería, en entrar a la propia casa de Rosas en Palermo, donde nadie jamás me impidió nada ni me molestó. Y eso a pesar de que aquellos que dije me musitaban de degüellos y otras lindezas. ¡Deje Vd. esas músicas de la tiranía!

-¡A ver, hábleme de esas prevenciones que le hacían a su arribo!

-¡Pues, verá Vd.! Como en todas partes hay gentes... los que están con el gobierno y los que están contra él. Estos eran los que querían amedrentarnos con esas falsedades. Muchas se decía pero en lo que a mi toca, nunca vimos eso de matar gente por millares. Según mi cuenta, los muertos (y esto habrá sido antes de que yo llegara) no pasarían de ochenta personas. ¡Créame, a lo que sé, los que combatían a Rosas no se las gastaban menos que él! Le decía... nunca tuve problemas a pesar de que andaba por toda la ciudad sin prestar atención a esas ridiculeces de la época. Así como andaba en Madrid caminaba yo por las calles y así iba a Palermo.

-¡Pare ahí, que no le entiendo! ¿Qué quiere decir Vd. con lo de las ridiculeces? ¿Se refiere a que no usaría Vd. los distintivos que se dice que Rosas obligaba a llevar a todos?

-A eso me refiero. Nada de vestirme yo con chalecos colorados ni colgarme divisas ni cintajos, en el pecho o el sombrero como hacían hombres y damas pese a que, como español, se suponía que tenía que hacerlo. Y, nadie, le aseguro, ignoraba mi nacionalidad. No quise usar tales cosas y *todos me respetaron: los altos empleados, el jefe de Policía, los comisarios, y hasta los que se decían de la sociedad de la Mas-horca (sic...)* Jamás me preguntaron por qué no usaba divisa. Refiero lo que conmigo pasó. Ignoro lo que habrá pasado a otros.

-Dígame, de paso, el que después fuera el general Bartolomé Mitre... ¿fue empleado suyo?

-¡Y cómo no! Se desempeñó como redactor en una de mis publicaciones; era teniente coronel. Pero déjeme seguir con esto de la tiranía que Vd. y muchos otros, atribuyen al general Rosas. Dígame Vd. sin más: *¿puede haber tiranía de un hombre sobre un pueblo que está armado en masa? Comprendo la tiranía de los reyes que apoyados en miles de bayonetas mercenarias tiranizan a los pueblos desarmados y además de desarmados sin castillos, ni ciudadelas y otras fortificaciones colocadas estratégicamente en las grandes ciudades, apuntando sus cañones a la población, y al menor síntoma de insurrección popular son barridas con la metralla las principales calles y bombardeadas las casas desde los castillos, con lo que es, si no imposible al menos muy difícil derrocar a un tirano.*

-Cuenta Vd. de la época en que Europa se vea sumergida en las revoluciones sociales, allá por mitad del siglo... Tendría Vd. esas vivencias para comparar con lo que por aquí veía.

-Vd. lo ha dicho: por mi profesión y por mi ánimo siempre atento a todo lo que ocurre, estaba yo al tanto, y más por lo que me tocara presenciar durante esos años en Francia. Pero no me haga soltar el hilo de lo que le decía que bastante picorcillo me ha quedado en el pecho oyéndole lo de la tiranía. Pregunto a Vd. *¿sucedia esto en Buenos Aires? No, porque esta capital es abierta, no tiene castillos ni ciudadelas, ni aún edificios que puedan servir de defensa u ofensa. Los tiranos no consultan al pueblo, éste no es nada. ( ) No es más que una manada de esclavos y deben trabajar para sostener las cargas del Estado para pagar a sus verdugos... ( ) Están a la voluntad del tirano para que de ellos y sus bienes dispongan como se les antoje, hasta que llega un día en que, cansado de sufrir se lanza a las calles y, no teniendo armas, se vale de las naturales o se apodera de las de sus verdugos, pulverizado a éstos y su jefe. Rosas subió al poder por la libre y espontánea libertad del pueblo, por el voto universal como no ha habido ejemplo en ninguna nación, firmando el pueblo en un libro en que constaba el acta de las facultades extraordinarias, delegando en la persona del general Rosas todos los derechos e inmunidades... ( ) Estará Vd. enterado de esto por los escritos del propio Sarmiento...*

*¿Abusó Rosas de estas facultades? No, porque no se abusa de lo que es propiedad de uno. ( ) Sin embargo de estas monstruosas facultades, Rosas conservó todas las formas republicanas... ( ) Conservó el derecho del voto universal, reunió las Cámaras periódicamente según las leyes, sometió todos sus actos a la deliberación y sanción de las Cámaras, discutiendo éstas con toda independencia... ( ) A pesar de su poder dictatorial, cada vez que terminaba el período gubernamental depositaba el mando en el Poder Legislativo... ( ) Tenía armada la Guardia Nacional que en los países constitucionales es la garantía y salvaguarda de los derechos del pueblo que tiene las armas para oponer resistencia al monarca o presidente que se atreva a conspirar contra las libertades públicas... Rosas dio cuenta ( ) de la inversión de los fondos, presentando todos los años los Presupuestos de la Nación. Rosas conservó el Poder Judicial con toda independencia, observando en el nombramiento de sus miembros todas las leyes en la materia. ( ) Conservó el crédito público... Respetó el Banco y Casa de Moneda, no abusando de ese establecimiento de crédito y cuando necesitó su auxilio pidió a*

las Cámaras su autorización. Y Rosas por fin defendió con tesón, talento y dignidad el territorio que se le había confiado haciéndose respetar de las naciones lejanas, fuertes o débiles: conservó la independencia intacta...

Rosas gobernó 21 años legalmente, siendo reelegido periódicamente por los representantes del pueblo. ¿Tuvo él culpa de gobernar tanto tiempo? Luego, Rosas no era tirano; el pueblo se encontraba bien con su gobierno cuando no lo derrocó... ¿Le he fatigado a Vd. con mi cháchara? ¿Le sorprende con lo que digo?

-Nada de eso, don Benito. Me ha recitado Vd. casi punto por punto lo que dice en sus Memorias.

-¡Ah, muy bien: eso le prueba a Vd. que no quito punto ni coma a mis recuerdos! Y le diré algo más: ya que se ha tomado Vd. el trabajo de leerlas, sabrá, como doy a entender en esos papeles, que no siempre escribe el impresor lo que desea. ¿Sabe Vd. cuándo escribí eso que le he contado?

-Creo que lo hizo hacia 1860. ¿Por qué me lo pregunta?

-Dice Vd. bien. De la fecha desprenderá Vd. que nada pesaba sobre mí que me obligara a decir lo que digo. Lo que a Vd. digo es lo que decía a quien quisiera oírme cuando Rosas, sin poder alguno, estaba lejos, cuando gobernaba Urquiza, a quien los mismos porteños le imploraran su derrocamiento y luego le hicieran la vida imposible. No le preguntaré si me cree. Las pruebas de mi sinceridad las tiene Vd. al canto...

¡Silencio: hora de meditar! También hora de hacer el balance histórico de Rosas.

¿Basta lo expuesto hasta aquí para tener la imagen completa de Rosas? Nuestro último registro de las reflexiones de alguien que, ajeno a las pasiones del momento, vivió en aquel ambiente, podrían inducir la impresión de contarnos entre los partidarios de Rosas. Ni partidarios ni refractarios. El juicio histórico va por otros carriles. Practiquemos otra cala en la superposición de las circunstancias propicias a contradictorias conclusiones para lograr esa imagen cabal.

Dejemos de lado los elementos que nos muestran a Rosas como el más unitario de los unitarios; aceptemos los argumentos de los revisionistas argentinos que lo exaltan como defensor de la nacionalidad frente a los imperialismos voraces; reconozcamos sus virtudes personales, su inteligencia - o si se prefiere, su habilidad - para el manejo del poder; pasemos por alto su engañosa política respecto a la Banda Oriental, constituida ya en República, así como su falso lábaro federal, y abramos esta fundamental interrogación: ¿fue Rosas, un Estadista? ¿Pudo su indudable gravitación personal proyectarse más allá de sus artimañas y sus astucias orientadas a la conservación del poder? Hagamos el balance desde la mira de lo que es legítimo reclamar a un gobernante que dispuso del poder por tan largo tiempo: su carácter de estadista.

Comencemos por afirmar sin hesitación que Rosas, teniendo casi las capacidades para serlo, la histórica oportunidad de un respaldo popular excepcional, no lo fue. ¿De qué careció, pues, el hombre de quien se esperaba mayoritariamente que pacificara la amplia región platense, para negarle el más grande lauro histórico que los revisionistas no dudan en otorgarle?

La respuesta es: le faltó visión remontada. No tuvo la comprensión de la idea federal artiguista, ni captó la ineludible necesidad de una Constitución que pusiera a la enorme nacionalidad que se levantaba en el sur de América en la senda de la pacificación y el trabajo que la engrandecieran. Le fue ajeno el entendimiento de un necesario equilibrio. Tal equilibrio, a la altura que había llegado el separatismo independentista, sólo cabía asentararlo en el sistema federal, a la vista del reclamo universal de justicia levantado desde los tiempos de Artigas en las provincias. Cuando menos cabía realizar un serio intento que a él llevara.

Ambas afirmaciones pueden sorprender a quienes recuerden el abundante abono con que hemos sostenido que no eran tiempos de Constituciones ni de condiciones adecuadas para la conformación de un Estado federal. ¿Nos contradecimos?

Vayamos por partes. ¿Era Rosas un tarambana, un aturdido, un hombre ligero? Por cierto no, sino un hombre grave, serio, capacitado en muchos respectos. Pero, claro, un hombre con limitaciones. Consideraba él que había llenado su deber y que los sucesos le daban la razón. Anchorena, uno de sus allegados, le decía en una carta que todas las provincias estaban en tal estado de atraso, de pobreza, de desunión entre sí y todas juntas profesaban tal odio a Buenos Aires, que era como hablar de una quimera el discutir sobre el establecimiento de un gobierno federal. Del mismo modo en lo que a establecer una Constitución se refiere, Rosas, por su parte, sostenía que no hay otro arbitrio que el dar tiempo a que se destruyan en los pueblos los elementos de discordia promoviendo y fomentando cada gobierno, por sí, el espíritu de paz y tranquilidad.

Sin esta premisa - consideraba - no existen los *amientes* para avanzar en misiones pacíficas y amistosas ( ) sin bullas ni alborotos, que permitan negociar razonablemente entre los gobiernos hoy esta base, mañana la otra, hasta colocar las cosas en tal estado que, cuando se forme el Congreso, lo encuentre hecho casi todo... ( ) Esto es lento a la verdad, pero es preciso que así sea, y es lo único que creo posible entre nosotros después de haberlo destruido todo y tener que formarnos del seno de la nada.

Atendidas las abigarradas circunstancias que hemos venido transitando estas reflexiones de por sí muy sensatas, y muy sensatamente expresadas, parecen resultar irrefutables y más bien le presentan con los rasgos de un estadista y no como una mentalidad obtusa, ciega a la realidad, como ocurriera con Rivadavia.

Pero si profundizamos la cala en su acción efectiva y otras opciones que pudieran haber estado a su alcance, podemos hallarnos frente a la impresión contraria. No es casual nombrar en este punto a Rivadavia, pues la falla de Rosas es la misma en que había incurrido el primer presidente argentino. El cerebro de éste estaba imbuido de *unitarismo*. No reconocía otra vía que la del supremo poder ejercido por Buenos Aires, esto es, la apropiación total de las rentas de su puerto y su manejo exclusivo por la provincia privilegiada por la geografía. No es distinto el caso de Rosas.

A pesar de todos los pesares y de la mesurada exposición de sus ideas sobre la situación imperante de pobreza, ignorancia y odio generalizado hacia Buenos Aires, Rosas debió haber comprendido que el problema radicaba en haber puesto la carreta delante de los bueyes. En otras palabras: ¿a qué se debía principalmente ese estado de las provincias sino al monopolio ejercido por Buenos Aires de las rentas fiscales? Aquí y en ninguna otra parte radicaba el quid de la posible pacificación general que pusiera a la región en la senda del progreso para la que estaba capacitada. Ciertamente se trataba de una tarea lenta. Pero éste era el camino. Siguiendo su misma línea de pensamiento podía Rosas haber dado las necesarias seguridades a las provincias de que, mediante sucesivos pasos, se llegaría a una Constitución de corte federal, comenzando por aflojar el rígido estatuto del manejo de las rentas portuarias y demás pasos conducentes a su desarrollo, trabado no sólo por esto sino por medidas arancelarias. No era preciso, para emitir estas señales, un Congreso. Bastaba ir arribando a medianos y concretos acuerdos, como él mismo lo declara, en esta dirección. De tener presentes las pragmáticas artiguistas del año XIII hubiera sido suficiente. Artigas, en su *Oración del 5 de Abril*, cuyo espíritu era compartido por las provincias, lo estipulaba clara y taxativamente:

*Toda clase de precaución debe prodigarse cuando se trata de fijar nuestro destino; es muy veleidosa la probidad de los hombres; sólo el freno de la Constitución puede afirmarla. Mientras ella no exista es preciso adoptar las medidas que equivalgan a la garantía preciosa que ella ofrece.*

Si esta granítica estipulación dejara alguna duda en el espíritu del gobernante, hubiera podido él recurrir a la otra recomendación de la misma alocución de Artigas: ¡la energía es el recurso de las almas grandes! Y he aquí la clave de por qué Rosas no logró alcanzar la estatura histórica del estadista: le faltó grandeza de alma, careció de la visión de águila del Protector de los Pueblos Libres. En esta designación están grabados los dos conceptos fundamentales que el poderoso del momento ignoró: el honrado

sistema de proteger a los pueblos de la gran comunidad emergente que contenía en sí y el respeto de la libertad de cada uno de ellos. Sin este requisito nada sería posible.

Cierto es lo que ha apuntado Stewart Vargas de que *el federalismo nació y murió con Artigas*. Está contenido por entero en sus *Instrucciones* a sus delegados al Congreso de 1813. Uno de los medianos acuerdos a que podría haber llegado Rosas con las provincias hubiera sido el librar los puertos de la Confederación como primer paso, mientras no se alcanzara la plenitud de la distribución equitativa de las rentas del de Buenos Aires, lo que no significaba librar la navegación de los ríos irrestrictamente al extranjero. No estamos diciendo que esto se lograra de un día para otro, pero abierta la senda desaparecían o se amenguaban las justas inquinas que motivaban la guerra contra Buenos Aires: contra Rosas en cuanto mantuviera la tesitura unitaria.

La tardía incompreensión de Rosas al respecto, cuando ya no había nada que hacer por su parte es lo que le priva del gran papel histórico que Echeverría columbró para él, que cabe aquí repetir, como epitafio sobre su tumba:

*Hombre afortunado como ninguno, todo se le brindaba para acometer con éxito esa empresa. Su popularidad indiscutible: la juventud, la clase pudiente y hasta sus enemigos acérrimos lo deseaban, lo esperaban...*

## 6. Fructuoso Rivera: ¿la civilización?

La personalidad histórica de Rosas enfrentada al unitarismo no se terminaría de entender sin detenernos en lo que ocurría del otro lado del gran río que separaba a Buenos Aires de la Provincia desprendida del antiguo virreinato por obra y gracia, precisamente, de la conducción política de la secta combatida por quien era llamado – aunque con dudosa legitimidad – líder de la *Santa Federación*. Ello trae a un primer plano la figura del antiguo teniente de Artigas, Fructuoso Rivera. Imposible encarar esta tarea sin tropezar a cada paso con el nombre de Rosas y de Manuel Oribe.

No será éste – cuya gravitación no es menor a la de Rivera en nuestro pasado – quien ocupe el centro de nuestra atención en este tramo de nuestras reflexiones. Con todo algunas pinceladas, provenientes de distintos historiadores complementarán su controvertida personalidad a la que hasta aquí poca atención hemos dado.

Rodó menciona a Oribe sólo dos veces. (Ob. 708 y 1125) La primera refiere al momento en que pone sitio a Montevideo. La segunda en su discurso sobre la *Reforma de la Constitución*, recordando las reflexiones de Francisco Bauzá en el sentido de la inconveniencia, en aquellos tiempos, de haber apartado a los militares del ámbito parlamentario. Considera allí que de haber sido Rivera senador bajo el gobierno de Oribe, *se hubiera evitado la guerra civil que comprometió al país en aquel dedalo de complicaciones internacionales*. No hay una opinión, un juicio de valor, en toda su obra sobre Oribe, posiblemente porque no se inclinaba, Rodó, a remover las brasas todavía ardientes del pasado o porque de hacerlo su admiración por los personajes de la *Defensa* habría sufrido un duro embate, como al parecer le sucedió con el transcurso del tiempo. Busquemos de llenar este hueco.

Reconocida internacionalmente en 1830 la independencia de la Banda Oriental, constituida en República, asume su primera presidencia Fructuoso Rivera. Caudillo artiguista, sin la altura de miras del único grande que la tuvo, es personaje típico de la sociología de la época. *Don Frutos*, así llamado por los contemporáneos, se constituirá en cabeza y símbolo del Partido Colorado en el que militará Rodó. Cumplido su período, le sucede Manuel Oribe, – quien a su vez será esas dos cosas para el Partido Blanco.

Rivera ocupará en adelante el cargo de *comandante de la campaña*, – clave del poder fáctico, según asegura Sarmiento en *Facundo*. A los dos años, – 1836 – al querer privársele de la comandancia, Rivera se levanta contra su sucesor, que renunciará el cargo bajo protesta, sobre lo que no puede caber duda. Esto, en sociedades políticamente separadas pero entrañablemente enlazadas desde lo hondo

del tiempo y la geografía, aparejará, a poco, con el sostén de Juan Manuel de Rosas a Oribe, la *Guerra Grande*. El antiguo Virreinato del Río de la Plata se convierte en campo de *Agramante*, poblado por múltiples *Orlandos furiosos*. En la Argentina gobierna Rosas. De este lado, un grupo de *cultos* unitarios que resisten el poder legítimamente otorgado a Rosas – justamente por su causa – hylan, infatigables, un rosario de intrigas para derrocarlo. Así nace el unitarismo dentro de las murallas de Montevideo: en apoyo de quien ha subvertido la legítima investidura de Oribe y de quienes quieren, a la vez, desinvestir al legítimo gobernador de Buenos Aires. Son los hombres leídos, los cultos representantes de la *civilización*, en cuyo nombre, ha de imaginarse, mataron a Dorrego. Y como tales representantes, dan principio a la mitología que hace hablar a varios historiadores de una *historia mistificada*, nacida con una infundada *hispanofobia*, pareja con la sarta de leyendas sobre España, sobre Artigas, sobre Rosas y sobre cuanto se opusiera a las apetencias unitarias de poder engendradas por *Mayo*. La guerra civil, asolando todo el antiguo virreinato se agrega a la mitología de Mayo.

*Nuestra historia parece haber tenido la santa misión de callar todo lo malo, o sea, muchas verdades, y enseñar solamente fantasías, dibujar héroes con nimbo y hablar de hechos imaginarios en su pureza e idealismo.*

Palabras de Enrique de Gandía, que dirá en relación a como se escribió nuestra historia, *novela en vez de historia*.

Al margen de parcialidades o visiones interesadas sobre Manuel Oribe, discutida figura de fuerte gravitación histórica en el destino de nuestro país, lo primero a decir sobre él es que fue militar de escuela y ordenado gobernante. A Pivel Devoto corresponde este juicio: *Oribe adelantándose a la época quiso organizar el Estado*. Por los hechos conocidos, previos a la toma de su Presidencia, aparece contando con una suerte de unánime opinión del patriciado montevideano, tal vez fatigado ya de los dispendios y desarreglos de Rivera. La visión externa sobre él puede resumirse en las palabras de Thomas Samuel Hood, cónsul británico: “los gastos públicos han sido grandemente reducidos y, en proporción levantado el crédito del Gobierno...” que se hallaba, al asumir Oribe el cargo, al borde de la bancarrota. El propio Andrés Lamas, personaje relevante del momento, tres lustros después, expresaría: “No vio Vd., no tocó Vd. como toqué yo con el alma despedazada todo lo que habíamos perdido en la sustitución de la Administración de Oribe?” Contundente viva opinión de quien no fuera sino duro adversario político del presidente caído, que corroboraría otra en el mismo sentido de 1836 en que afirma que su elección había despertado en todos la idea de la unión de los partidos que pondría fin a las penosas circunstancias del momento, esto es, la dicha bancarrota que amenazaba al Estado. Oribe, un hombre honrado, con sanos y firmes propósitos administrativos, nombraría a Juan María Pérez para el Ministerio de Hacienda, cuya trayectoria en el cargo, renunciado bajo el gobierno de Rivera por no poder realizar su plan de organización técnica de las finanzas, garantizaba la supresión de las disipaciones y prodigalidades.

La gravedad de la situación era de tal carácter que, en lo inmediato, urgía obtener un préstamo del exterior. Ya empeñadas todas las fuentes de recursos domésticos, no se percibía otro camino posible para consolidar la deuda pendiente y convertir los préstamos contraídos por Rivera con intereses del 30% anual. Este auxilio para salir del paso se enlazaba con la firma de un *Tratado de Amistad, Comercio y Navegación*, en perspectiva con el gobierno inglés. El Ministro declaraba al Senado el plan a seguir y los pasos dados que habían venido mejorando la situación pero el préstamo seguía siendo de extrema importancia. Mas el *cónsul inglés* (continuaba) *haciendo la guerra más infernal al crédito del Gobierno ( ) con el siniestro objeto de confundir nuestra época con las anteriores...* La cuestión radicaba, por parte del inglés, en otorgar el crédito siempre que el Gobierno de Oribe se allanara a conceder en el tratado una serie de privilegios al par de su perpetuidad. El tratado naufragaría frente a la firmeza soberana esgrimida por

Oribe. Ello no impediría, sin embargo, que el Cónsul declarara a su Cancillería que *las medidas generales adoptadas por el actual Gobierno — no obstante las grandes dificultades financieras del Estado — se han caracterizado por un evidente deseo de promover el bienestar público, mediante la aplicación de principios elevados y dignos de elogio de libertad y justicia.*

No era éste el tenor con que la generalidad de los gobiernos americanos se conducía en la materia.

Por otra parte Oribe venía limando mediante disposiciones legales una serie de asperezas con las provincias argentinas, derogando, entre otras medidas, decretos de Rivera que dificultaban de diversas maneras el cabotaje.

Creemos que esto basta para dar una semblanza del gobernante Oribe. ¿Qué justificaría el alzamiento de Rivera?

Nada parece más fuera de lugar que semejante paso en la situación por la que atravesaba el país y frente a la austera conducta adoptada por Oribe. Es de imaginar que sus medidas, fuera del incidente de la supresión de la Comandancia de Campaña, que de hecho Rivera no ejercía, - magnificado históricamente - irían tocando de algún modo intereses del círculo de Rivera. Pagaría muy caro nuestra nación este golpe de Estado.

Hasta aquí hemos seguido los lineamientos generales de Stewart Vargas, apoyándose en documentos aportados por Luis Alberto de Herrera, Felipe Ferreiro y Raúl Montero, Bustamante; hemos procurado limitarnos a señalar hechos más que apreciaciones personales sobre el desenvolvimiento del gobernante Oribe.

Añadamos, a mayor abundamiento en este respecto, un comentario de Bonavita *Si Oribe ( ) votado unánimemente por la Asamblea, (no hubiera sufrido bien pronto la influencia de Rosas,) habría podido cumplir brillante gestión de gobierno, porque su legalismo y bonradex prometían una administración ejemplar, de la que necesitaba el país, después del período de Rivera, que, (personalmente honesto,) no conoció nunca su disciplina ni su severidad administrativa.*

Excluyamos del concepto lo que hemos enmarcado con sendos paréntesis. Lo de la influencia de Rosas no atañe al hecho del golpe de Estado perpetrado por Rivera con el soporte de una camarilla. La influencia se habría producido, en todo caso, después. Lo de su honestidad es asunto más que dudoso. Es posible que jamás haya despojado *personalmente* a nadie de nada. Pero el juicio sobre Rivera y su peculiar *honestidad* no cabe hacerlo bajo el ángulo personal, sino sobre su conducta como gobernante. Tampoco atañe a la cuestión del perfil histórico del personaje, que es lo que aquí tratamos, la generosidad sin límites con que Raúl Montero Bastamente lo pinta en sus *Estampas*, contribuyendo a su leyenda sin una palabra sobre su nefasta influencia política.

Aquiles B. Oribe, se detiene concretamente en algunos de sus actos relevantes como gobernante, coincidiendo en la escrupulosidad de sus normas administrativas y detallando cifras que muestran la gravedad del problema financiero que dejaba el gobierno de Rivera sin otro fundamento que sus actitudes personales. Así muestra la forma en que Oribe acrecienta la renta pública al par que disminuye el déficit heredado. Contribuye, por otro lado, a la paz social levantando el decreto por el que Rivera hiciera confiscar los bienes de Lavalleja promulgando, además, una ley de socorro y amnistía a los proscritos. Decreta la fundación de la *Universidad*, y de la *Junta de Higiene Pública*, que suma a una larga lista de disposiciones positivas tendientes a la organización del incipiente Estado. Destaca este autor que *la instrucción pública fue siempre su atención predilecta.* (72)

El mismo juicio puede leerse en Saldías quien señala que Oribe procuraba *conciliar las opiniones, contemporizando aun a costa de su propia seguridad, llamando a las funciones públicas a los hombres capaces y honorables, fundando una administración recta, controlada y escrupulosa, que ha servido de ejemplo en ese país, como que formó contrastes con las que se sucedieron.*

Dejando ya de lado este relevante aspecto de la trayectoria de Oribe que pone de relieve lo injustificado de la acción levantista de Rivera, pasemos a otro juicio del historiador Saldías: *en su larga y agitada carrera política ( ) se distinguió por sus raros talentos militares, dignos de mejor aplicación, y en la que a mérito de la consecuencia especiosa que se imponen los partidos armados e intransigentes en la lucha, fue más de una vez implacable en el terreno de las represalias que caracterizó la guerra civil argentina, cuyos éxitos más o menos trascendentales conquistó él mismo como general en jefe del ejército de vanguardia de la Confederación...* Esta vertiente de Oribe es ya harina de otro costal.

Despojado Oribe de su cargo presidencial se alía con Rosas. A su servicio librará una campaña de años contra el unitarismo. Este grupo, en que se destaca Lavalle, unido a Rivera, desconoce al legítimo presidente uruguayo, tanto como al gobernante legal de Buenos Aires y de las Provincias, fomentando levantamientos, bloqueos extranjeros y sangrientas batallas.

Oribe, triunfante en su vasta campaña se halla al fin preparado para volver las cosas a su sitio en su país. Pero no se precipita; actúa con su habitual cautela. Rivera, en vez de esperarle en su propio territorio, donde contaría con apoyo logístico, se interna en Entre Ríos uniendo sus fuerzas a las de Corrientes, única provincia que no aceptaba la autoridad de Rosas, y a las de Santa Fe, momentáneamente a favor de los unitarios. Nadie podía imaginar semejante estrategia de parte del general baquiano. Saldías cuenta la anécdota de que Rosas hace creer al ministro inglés de visita en su casa, que su ejército se halla sin caballos, seguro de que el inglés pasaría la información a Rivera. Tal la explicación de la confianza con que cruza Rivera el río con todas sus fuerzas sin dejar retaguardia en previsión de una adversidad. Afirma el historiador que *jamás procedió Rivera con tanta celeridad, ni con mayor aturdimiento, sin tomar en cuenta que entraba en tierra hostil con una masa indisciplinada sin cohesión ni unidad, que es lo que constituye el verdadero poder de un ejército, y sin conocer personalmente a sus jefes.* La batalla de Arroyo Grande concluyó el 6 de diciembre de 1842 con la huida de Rivera del campo de batalla arrojando su chaqueta bordada, su espada y sus pistolas...

La versión del general César Díaz, militante del Partido Colorado - téngase presente respecto a este episodio y a sus juicios sobre Rivera - no contradicen a Saldías. En sus *Memorias* apunta que *Rivera no conocía la guerra regular y que nunca había hecho más que acaudillar montoneras, obró ( ) según los principios de su escuela...* y, acorde con ello, no tomó las indispensables medidas precautorias en caso de desastre, ni siquiera *para mantener el orden interior de la república.* (73)

En febrero de 1843 Oribe inicia el *Sitio de Montevideo*. Una guerra de nueve años, en *la más angustiosa y tremenda de las situaciones por que pueda atravesar un pueblo.* (Ob. 1083) El asedio a *la muy fiel y reconquistadora* - según el blasón otorgado por la Corona española por su papel en la recuperación de Buenos Aires de manos inglesas - rememoraré la leyenda griega. Montevideo será llamada *La Nueva Troya*. La guerra llega a su fin el 8 de Octubre de 1851: *sin vencidos ni vencedores.* Los unitarios desde ella, promoverían la intervención de Francia e Inglaterra cuyos intereses se verán enfrentados por Rosas.

Durante este período Justo José de Urquiza había hecho carrera en Entre Ríos, convirtiéndose en Gobernador, además de ser el mayor terrateniente y señor feudal de su provincia. Había actuado por años de acuerdo con Rosas, (a regañadientes, con resquemores comerciales.) Tras despejar el territorio oriental, poniendo fin al *Sitio*, se dispone a abatir a Rosas. Le vence en Caseros en febrero de 1852, con apoyo oriental y brasileño. Llega así el fin de la larga permanencia del caudillo porteño. Le suplantará el de Entre Ríos. Ambos son ganaderos, ambos de corte feudal, ambos titulados federales. Se abre en el Río de la Plata, no obstante, una era liberal, no en el sentido político ni filosófico, sino económico. Mas no se instaura el federalismo. Ni aún después de adoptarse la Constitución federal, tras algunos años. Mientras Europa y el mundo evolucionaban hacia el industrialismo en pos de Inglaterra, acrecentando su poder, nuestra región retrogradaba a una suerte de medievalismo. La voz de Gregorio Martín Yañiz clamaba desde la tumba; el reloj de la Historia se paraba sin remedio.

Vista a vuelo de pájaro la situación que generara la Guerra Grande, cuyos personajes motivaran tanto a Rodó, excepción hecha de Oribe, pecaríamos de ligeros si, pronunciado un juicio sobre su

positiva acción como gobernante, calláramos todo comentario sobre su acción política, esto es, fundamentalmente, sobre su relación con Rosas.

Una primera aproximación nos lleva a sopesar las consecuencias de su alianza con quien dominaba la escena platense y fácil es deslizarse por la pendiente de que fueron altamente negativas para el país metido en un callejón, durante más de una década, en la que sus recursos humanos y de todo otro orden se verían paralizados. Sobre Oribe se ha hecho pesar la acusación de no haber sido un instrumento en manos del poderoso Rosas, sin comprender que sus miras no eran otras que la de paralizar – acorde con la sempiterna política unitaria – el puerto de Montevideo. Difícil resulta eludir esta interpretación de los hechos. No obstante hay que decir claramente que no estaba en la mente ni en los planes de Oribe realizar tal política. Fue Rivera, rodeado del unitarismo instalado de este lado del río, quien provocó esta situación. Más difícil resultaría creer que Oribe – o cualquier otro gobernante con definida personalidad política, encendida por el afán de poner al país en vías del orden y el progreso – se resignara a un inmovilismo inane. Como se ha recordado múltiples veces, las fronteras socio-políticas distaban de haberse consolidado; argentinos y uruguayos no constituían todavía nacionalidades perfectamente definidas; hombres de uno y otro lado seguían mezclándose en ambas orillas. ¿Podía renunciar el gobernante defenestrado, ascendido al primer puesto del Estado por la unanimidad de la élite descolante, a sus propósitos de restauración de la legalidad corrompida por un movimiento en definitiva militar? ¿Podía prever las consecuencias indirectas derivadas de su alianza? Nadie, honestamente, puede afirmarlo.

Más bien parece la situación creada una de las tantas emanaciones nefastas del *movimiento de Mayo* emprendido sin una nítida meta fuera de la posesión del poder unido a diversas modalidades de intereses, algo así como una fatalidad inscripta en el Destino de unos pueblos sin rumbo. Es posible concebir que Oribe, de no verse tronchada su carrera política, hubiera pasado a la Historia como un grande estadista; no es posible, en cambio, afirmar que lo haya sido. Su signo se lo impidió.

Hemos considerado la fórmula federal nacida circunstancialmente como solución política en el aquelarre platense. Gandía opina que *el federalismo estaba insito en el régimen español en América*. La Constitución de Cádiz era el paso que hubiera conducido antes o después a él, a pesar de haberse afirmado que las Cortes no se separaban en su concepción del centralismo. Varias vías llevan a pensar en esta posibilidad. Una observación de la ecuatoriana Federica Morelli, citada por Mazzone, lleva a este camino. Señala esta historiadora que los revolucionarios quiteños reivindicaban *la estructura federativa del imperio, entendido como un conjunto de comunidades autónomas que se autogobernan*. (74) Era un hecho destinado a culminar en una gran federación con América. No tan viable sin ella. La secesión cortó el proceso.

Hay que insistir en que la fórmula federativa resultaría *ideal* en una situación ideal en una América escindida de España: aparecía la picada salvadora en el campo de lo abstracto, pero no en el estado social de aquel momento. No estaban dadas las condiciones para su implantación, como no estaban dadas para su independencia. A esta convicción arribaría Bolívar. Coherentemente sostenemos que la federación hubiera sido factible con España mediante un estatuto. Una suerte de *Commonwealth*, actuando España como salvaguarda internacional frente al vuelo de los buitres que sobrevolaban los mercados mundiales. Volveremos al asunto cuando tratemos las Cortes de Cádiz de 1812. El destino que le cupo a la América fragmentada, - no distinto al que le cupo a España en el siglo XIX tras el regresivo gobierno fernandino, - fue el de ser expoliada por propios y ajenos. Los buitres viven siempre al acecho...

Retomemos ahora el hilo de la Guerra Grande. En Argentina, Sarmiento esquematizaba la lucha - famoso paralogismo - poniendo de un lado *la barbarie*, - los caudillos - y del otro la *civilización*, representada por la ciudad, siendo que la barbarie, en todo caso, imperaba en uno como en el otro bando.

En Uruguay, con dos gobiernos, el de la Montevideo sitiada, y el de la fuerza sitiadora, en el Cerrito de la Victoria, - con su puerto y aduana en el Buceo, y su dominio de la campaña, - la tesis histórica del autor de *Facundo* venía como anillo al dedo para fundamentar la posición del *Gobierno de la Defensa*. De allí surgirán, por la pluma de Manuel Herrera y Obes, - de vasta actuación política, ministro de Gobierno y Relaciones, entonces, - pinceladas que dan color al cuadro. En la polémica periodística con Bernardo P. Berro, opositor de Rivera desde un principio y también ministro de Gobierno (de Oribe), estampará Herrera y Obes, estos conceptos:

*... los dos elementos opuestos - el ( ) reaccionario y el que innovaba con la revolución, - se personificaron en dos inmensas clases de la sociedad, que bien pronto se encontraron sobre los campos de batalla, dándose el nombre de partidos políticos, lo que no era ni es todavía, otra cosa, que los principios de la sociabilidad americana... Y así el principio reaccionario se levantó defendido por las clases incultas de nuestra sociedad, y el principio revolucionario por (la) clase ilustrada ( ). Para él, las murallas que cercaban Montevideo representan los principios de la libertad y de la civilización; a cambio, el ejército sitiador de Oribe, - que llama de Rosas, - simboliza los principios de la tiranía y de la barbarie, pasando al filo de su cuchillo toda cabeza que encierre una doctrina de civilización. Ese es el ejército de Rosas.*

A Rosas atribuye las inverosímiles palabras que siguen, contrarias a las ideas y conducta de Rosas, que se distinguió por su acatamiento a la autoridad desde antes de ejercerla: *Vamos contra la ciudad; nos rebelamos contra la autoridad y hacemos lo que nos da la gana...* Su culto de la tierra no fue el del absentista sino el de un ahincado trabajador. Del cuadro de época que nos pinta Saldías no resulta lo que afirman Sarmiento y Herrera y Obes, sino un desmentido total a la leyenda por ellos generada.

La visión del gobernante de *la Defensa*, encerrada en el perímetro de la ciudad, invoca los altos principios de la sociabilidad europea, valiéndose de la falsa oposición habilidosamente creada por Sarmiento. Sobre la civilización europea hemos visto el divertido paisaje de sus sempiternas guerras. Sigue Manuel Herrera y Obes:

*Hallaréis la revolución americana dentro de la ciudad de Montevideo, con todos sus principios políticos, sus ideas sociales, sus bases democráticas imperfectas; pero todo en acción, todo pronto para acudir a su defensa; por el pacto común de la inteligencia de todos los hombres; de la acción de todos los intereses; de la labor de todas las ideas. La revolución americana llamó en su auxilio a todos los principios sociales de la Europa: ved la Europa a las puertas de Montevideo... ( ) Figuraos en la plaza de Montevideo al ejército que la cerca; y, ¿qué divisáis entonces dentro de la Capital del Estado? La dictadura personal, sea bajo el nombre de Rosas o de Oribe, la clase bárbara de la sociedad sofocando con su mayor número la inteligencia y las intenciones de la clase civilizada; el comercio inteligente con la Europa, obstruido por una muralla de preocupaciones insensatas...*

No es tan simple, claro está, la formulación del enfrentamiento de esos partidos nacientes. Ni el uno representa lisa y puramente la barbarie ni el otro definitivamente la civilización. Ni Rosas ni Oribe eran dictadores sino gobernantes elegidos según las reglas del momento. Ambos por unanimidad de las legislaturas vigentes. Rivera era quien había volteado al Presidente de su país. Se excusará que no recurra en demasía a las réplicas de Bernardo P. Berro para desvirtuar esas falaciosas afirmaciones. Lo haremos sucintamente y sólo por mostrar su estilo.

*... entiéndase como se entienda la lucha de la civilización con la barbarie, - responde - ( ) de ningún modo, es aplicable a la cuestión en debate con las armas en la mano en el suelo oriental; esa cuestión es entre los que sostuvieron la autoridad legal cuando Rivera*

se rebeló contra ella y siguen sosteniéndola, y los salvajes unitarios que acompañaron esa rebelión y la continúan hoy en Montevideo... ( ) El Presidente de la República D. Manuel Oribe ejercía la autoridad constitucional de que se halla investido por la ley. Rivera se alzó contra esa autoridad para usurparla...

No es necesario más para saldar el pleito que, en efecto, no es de barbarie versus civilización. Aunque Rodó se vincula por su filiación política al *Partido de la Defensa*, al Partido Colorado, no creará en tal reduccionismo. Puede fundamentarse su oposición a tal criterio con las propias palabras de Herrera y Obes, sin acudir a las de su replicante: *una organización social inveterada por tres siglos no se aniquila en los combates como el poder militar; ni una revolución como la revolución americana no limita su empresa en el triunfo de la independencia política*. Confiaba él que tras la revolución política debía llegarse a la revolución social. Una revuelta política sin un cambio de mentalidad inducido y propiciado por el pensamiento y la acción convencida es nada. Nada sin un cambio social profundo. Su arraigo es obra de persistencia en el tiempo. El mismo gobierno de la *Defensa* no acepta la gravitación de un hombre providencial como eje a cuyo alrededor haya de realizarse la obra civilizadora; dice querer la participación democrática de todos los hombres en la marcha del bienestar colectivo, los principios de la libertad y de la dignidad humana. Ello, al menos, en la teoría. Y no vacila en expatriar a ese general que puede ocasionar el retardo de la obra en proceso.

*La mano del gobierno de la Ciudad acaba de arrancar al general Rivera del centro mismo de su poder y de su prestigio; y a una orden del gobierno de la Ciudad, el general Rivera abandona el país ( ) desterrado.*

El historiador José Luis Busaniche, relata el hecho diciendo que *pagaba Rivera – nuevo griego condenado al ostracismo – mediante su expulsión a perpetuidad, puesto a bordo de un barco francés (octubre 1847) por mostrarse dispuesto al entendimiento directo con su compatriota Oribe.* (75)

Creían aquellos hombres - y creen muchos todavía hoy - que lo que interrumpe el adelanto supuestamente rectilíneo de la sociedad obedece a la debilidad de los gobernantes sin percatarse del complejo devenir humano. El caudillo desplazado, radicado en Brasil, será llamado años más tarde. No alcanzará a gobernar porque la hora de la muerte se lo impide. La mentalidad no ha cambiado. Otros, no caudillos como él, tomarán su puesto, pero la embrionaria organización política y la idiosincrasia social, sumadas a los conflictos personalistas iniciados con Rivera, continuarán por décadas. ¿Es posible sustraer al hombre de su ámbito histórico? No nos cansemos de reconocer la verdad proclamada por Rodó de la vinculación del actor con su medio social.

La advocación de que el medio opera sobre el hombre desde que nace, de que influye en la conformación de su personalidad, parece adecuada para juzgar a quien tal regla establece. Decimos juzgar, que no enjuiciar. Hagamos el distingo. Juzgar significa acercarse a la obra con simpatía y tolerancia, aun en lo que con ella podamos disentir, sin callar las discrepancias; menos en una materia que toca nuestra historia, la del Uruguay, la del Río de la Plata, la de América. Silenciarlas como forma de reverenciar una figura de altos quilates, por temor a opacar su brillo sería - en el caso de Rodó - una apostasía, un escamoteo al espíritu de quien pudo decir, en la parábola de Gorgias, *por quien ponga su pie delante de mi última huella*. No es mi intención entrar en pugna con el Maestro, pero sí decantar uno de los grandes problemas - soterrado, pero grande, - que luce como un agujero negro en su claro ideario liberal humanista. Sería pasar por alto la enseñanza intrínseca de los valores que predicó, valores que acogemos y por cuya vigencia es necesario jugarse.

Asentado este rechazo a fórmula reduccionista de *civilización y barbarie*, esbochemos el panorama de la mentalidad de la época. Viene en nuestro auxilio el retrato pintado por el mismo Manuel Herrera y Obes del caudillo caído en desgracia ante las fuerzas dominantes de la ciudad. Partiendo de aquellos dos principios que llama *reguladores del movimiento social: el uno, el principio civilizador de la revolución america-*

*na; el otro el principio de reacción del pueblo colonial*, sustentados por la ciudad y el campo, explica que surge desde el fondo del desierto, se organiza y da un jefe, apoyándose en *la fuerza material*. Nos hablará, ahora, del prototípico caudillo erigido en aquella sociabilidad:

*Para obtener este rango, en América, se necesitaban tres cosas: primero, un corazón bien templado para contener en sí todo el principio bárbaro que la reacción envolvía; segundo, reunir a un carácter audaz hasta la insolencia, una organización fuerte y robusta; tercero, tener todos los hábitos, todas las tendencias, todas las condiciones del verdadero gaucho. A la ausencia de uno de estos elementos ya no se podrá concebir la idea del caudillo en América. Este no se improvisa nunca, porque el ejercicio de los músculos que revelan el temple del corazón no se obran jamás entre el misterio. El caudillo de campo se cria, se educa entre la intemperie de los desiertos y sobre el lomo de los potros. Allí se hace notable por la primera vez entre sus compañeros. Se empieza a respetarle, empieza a correr su nombre de rancho en rancho, de pago en pago, de extremo a extremo de las campañas. A medida que la distancia se aumenta, la fábula es más larga y romancesca, porque el caudillo entre nosotros tiene como trovadores de sus hazñas a todos los que pertenecen al círculo que lo aplaude. Después viene el 'momento'. Ese momento, al menor accidente en las ciudades, y las multitudes de la campaña ofrecen el mejor caballo al mejor de sus habitantes. Este es el caudillo, superior a los suyos, él emplea todas las facultades de su alma y de su cuerpo en el afianzamiento de su prestigio y de su poder.*

( ) *Empieza por lisonjear todos los instintos de sus representados, después, y por medio de un despotismo personal, él les inspira una subordinación sin límites. Su palabra es la Ley: su voluntad, el Juez, su mano el ejecutor. Afianzadas sus prerrogativas de mando, viene enseguida al frente del verdadero pueblo entre nosotros, a imponer y a avasallar a la ciudad donde reside en minoría el principio civilizador... Y he aquí un hombre convertido en pensamiento vivo y poderoso del principio reaccionario de la América.*

( ... ) *Bien estudiada la historia de la República, no ha sido sino uno, después que Artigas desapareció de la escena pública: y ese uno, no es otro que el general Rivera.*

La *Defensa*, no obstante lo escrito sobre *civilización y barbarie*, se organizó para defender la obra de este jefe que encarna el *principio reaccionario*, el que con la fuerza traída desde el fondo del desierto, había derrocado al presidente legal Manuel Oribe, el *principio civilizador*, instaurado en la ciudad. No hay mejor glosa, para rescatar el sabor de época, que el documento virgen. Herrera y Obes extrae de su paleta los colores más intensos para vestir al caudillo. El trazo severo con que su lápiz dibuja el perfil del hombre que en los campos señorea al paisanaje, es esencialmente verídico. Los rasgos que le adjudica coinciden con la visión de las pampas de Sarmiento. La figura del rastreador y del baqueano en sus caracteres personalísimos, se superpone a trechos, dándose la mano con la idea del efluvio moral del personaje y su sugestión sobre el medio. Con todo, peca por exceso a la vez que por omisión, incurriendo en el deslíz que señalamos.

La vibrante pluma del autor de *Facundo* avala en la imagen de Rivera la estampa clásica, misteriosa e imponente del baqueano, que reconoce el camino bastándole clavar la vista en el horizonte. Y si es noche, con mascar unas briznas de pasto sabrá el pago en que se halla. Ya aterroriza al ladrón, o da la victoria al general, siendo su fallo inapelable para el juez. Con todo eso no es todavía la imagen del caudillo. Atribuye todo a su acción disociativa olvidando las seculares condiciones sociales de que lejos están todos los habitantes de la ciudad de saber escribir, o siquiera leer. Se sobrecarga la influencia del poder material de las huestes campesinas, que tiene por avasallador. Oblitera los motivos que estimulan a esas rudas muchedumbres con fresco instinto de la justicia, inclusive social, para acompañar al caudillo, en pugna con el hombre de la ciudad. No siempre es éste idóneo gobernante. Poco es lo que puede atender de la incipiente aunque múltiple problemática nacional, más allá de la rentable actividad canalizada por el centro urbano. Imputa, sin excepciones, miras mezquinas al

caudillo. La omisión básica enraiza en la incompreensión, teñida de pasiones, de la esencia viva que tiene en Artigas la visión remontada del estadista, el atisbo del águila que abarca el paisaje desde las alturas; el hombre que distingue más allá del cerco inmediato, un horizonte por encima de las cabezas doctorales de la ciudad cuya mirada veía allende sus muros. ¿Cuál el rumbo que imponían los doctores a la Revolución?

Hasta aquí no tenemos sino una imagen abstracta del importante personaje que motiva ciertas incomprensibles manifestaciones de Rodó. Procuremos afinarla. Una visión hartamente concreta proviene de *sus propios aliados* (que) *van a retratarlo. Leblanc lo considera inaccesible a todo sentimiento de honor, de probidad o delicadeza*. Lo acusa de despilfarrar los dineros del Estado; le llama *miserable*. *Pasa los días en jugar, entregado al libertinaje*, con la concubina de turno, llevando una vida indolente y chabacana. Su ministro de Hacienda le ha advertido que si sigue con el despilfarro de miles de patacones que mes a mes le suministra para el ejército, le retirará su apoyo. El cónsul Baradère habla de sus prodigalidades, de que dispone a capricho de los tesoros del Estado y de las fortunas privadas; de sus negligencias, de que no soporta más yugo que el de sus pasiones.

César Díaz señala que tras la derrota de *Arroyo Grande* la situación de Montevideo era muy comprometida por causa del *genio dilapidador de Rivera*, que *tenía exhausta las arcas del Estado y era un obstáculo permanente a todo sistema de administración regular y económica*. Y que tampoco contaba con crédito, *porque la misma rapacidad insaciable que absorbía el tesoro nacional, había extendido su maléfico influjo sobre las fortunas particulares...* ( ) *Sustraerse al próximo peligro refugiándose en el extranjero, era el pensamiento más común entre los hombres que pertenecían a lo que entonces se llamaba partido colorado...* Más adelante relatará en sus *Memorias*, - al regreso de Rivera a Montevideo - su oposición al general Paz como jefe de la Defensa, *sus celos y su envidia, claramente manifestados en la ridícula objeción a su incapacidad, resaltando cuánta pequeñez y puerilidad había en sus aprehensiones*. Este prominente general, que en algún momento estará bajo sus órdenes, coincide en lo de sus despilfarros, y le tiene por falso y sin moral... Asevera que ni idea tiene de lo que significa eso y aún que *bajo su administración llegó la inmoralidad al más alto punto... dudo que en pueblo alguno se haya visto tan entronizado el peculado y, en cierto modo, la rapiña*. Gálvez, a quien seguimos, agrega el juicio de la *Revue des Deux Mondes*, ironizando sobre el personaje que representa a la civilización. Dice: *Don Juan Manuel le conoce bien; en tiempos de Rivadavia don Frutos pudo huir de Buenos Aires mediante dos mil pesos que él le prestó y no volvió a ver*. Rosas le habría apodado *pardejón*, - no por su tez - sino parangonándolo con el *padrejón*, el macho toruno, por sus perversas y traicioneras inclinaciones. *Pardejón* sería una corrupción frecuente del vocablo.

Saldías, en su *Historia de la Confederación* describe a Rivera de un modo muy dispar con la versión de Rodó. Cuenta sus peripecias en la lucha con Oribe para derrocarlo *librándose a los excesos habituales en él, y pretendiendo justificarlos con el hecho de que Oribe había embargado las estancias de individuos que formaban en las filas riveristas*. Apoya sus dichos en un *oficio del presidente Oribe*, cuyo original obra en su archivo. Añade que la propiedad y la vida de los que no estaban con él, le inspiraban las mismas consideraciones que las instituciones contra las cuales se rebeló siempre. Así, burlando las persecuciones de las fuerzas de Oribe, iba saqueando los pueblos en su tránsito. En Mercedes impulsó una contribución de cuatro mil pesos y fusiló al preceptor de la escuela pública don Mateo Gurruchaga porque era partidario del gobierno. Remata su juicio señalando que la campaña de Rivera contra el presidente Oribe se basó en la connivencia y ayuda francesas.

Nada de esto puede sorprender en quien tras la batalla de Tacuarembó abandona a Artigas, pasándose al bando portugués. El reconocimiento de su *pase* y servicios a Portugal deparan al futuro primer presidente del Uruguay, la condecoración de *Barón de Taenarimbó*, así como a Nicolás Herrera, de su círculo, acérrimo enemigo de Artigas, el de *Conde de Rosario*, dejando por el camino otros varios nombres de los que integraron el grupo del *Lazo Verde*, pertenecientes a la *Orden del Cruzeiro*, fundada cuando la coronación de Pedro I.

Dejemos de lado, asimismo, el bochornoso episodio de Salsipuedes, que corona su figura y devela los intereses detrás del caudillo que Rodó, increíblemente, clasifica entre *los grandes*. Pero no olvidemos que estamos ante quien, en complicidad con los unitarios, genera una guerra que mantendrá a su país en jaque durante casi una década. Podrá decirse que ella no hubiera sido posible sin Oribe. Cierto. Pero, sin apartarnos del método trazado de contemplar en todo momento *la mentalidad de la época*, repitamos: ¿podría vituperarse a un presidente derrocado por la fuerza, que busca restaurar la legalidad, sabiendo, como sabía, quién era Rivera y qué podía esperarse de su alianza con los unitarios? No hay, pues, otro *grande* que Artigas.

Oigamos todavía a Sarmiento. Al margen de su dudosa conducta en diversas circunstancias, algún mérito tiene. El de su constante lucha por la educación el primero, seguido por el de su habilidad literaria y de su capacidad de observación. El itinerante Sarmiento, que estuvo en todas partes, comenzando por su exilio en Chile, se encontró alguna vez en Montevideo, donde conoció a Bartolomé Mitre, a Echeverría y demás expatriados, siguiendo luego a Río de Janeiro. Llevaba una carta de presentación para el encargado de Negocios de Uruguay. Este le invitó a cenar. Así conoció a Rivera. En *Facundo*, uno de los 52 volúmenes que dejó escritos, describe al caudillo pero ahora no en los campos, sino en las tertulias palaciegas.

Sarmiento, nunca corto para referirse a los demás, le encuentra fastidioso, insípido, vacío y jactancioso. Habrá pensado - discurre el historiador García Hamilton - *en lo bruto que son los pueblos* - Se le ocurrió al sanjuanino expresar en voz alta su idea de que el conflicto uruguayo podía solucionarse simplemente mediante la intervención de Francia e Inglaterra. - *Si no se trata conmigo* - diría Rivera - *todo lo que se haga es nulo. ¡Montevideo soy yo!* Cuenta que frente a su presuntuosidad hubo de disimular la risa con un pañuelo. En otra reunión, en casa del embajador inglés, encontraría al representante francés y nuevamente a Rivera. Lo recuerda hablando siempre de sí mismo, verbosísimo, presentándose en todo momento como primera figura. Es de imaginar el fastidio de don Domingo a quien don Frutos no le daba ocasión de oírse. Entre otras anécdotas una en relación a la reina de Portugal: al mencionarse su nombre *Rivera saltó: - Pude haberme casado con ella: el emperador don Pedro me lo propuso...* Luego se reirían con el francés, opinando que Rivera no era más que un *bavard* - un simple charlatán. (76)

Confrontemos estos datos con los que suministra Montero Bustamante en su mencionado libro de *Estampas*. (77) No sin decir que su autor trueca el concepto de ditirambo - *antigua concepción poética en honor de Baco* - sustituyendo al dios romano por Rivera. Lo que dice el autor de *Facundo* lo transmuta de este modo: *Sarmiento, aunque con acrimonia, se admira de oírle opinar y hablar de sí mismo, en la embajada de Francia, en Río de Janeiro, en rueda de diplomáticos y hombres de Estado*. Poco más adelante anota que *Sarmiento le encontró en la mesa del caballero Hamilton, en la embajada de Inglaterra, en rueda de diplomáticos: Rivera parecía encontrarse a gusto entre esa gente; discurría locuzamente sobre cuanto tema se tocó y habló de sí mismo con dignidad e imperio*. En la misma página recuerda, en tren de elogio, las palabras de Estanislao López sobre su héroe: *No hubo diplomático europeo a quien no engañase, y algunos casos con bastante ingenio*. La versión de García Hamilton referidas a su jactancia de ser él mismo Montevideo, las trueca en esta expresión: *'Montevideo no puede pactar. Montevideo soy yo.'* *El inexperto joven* (su ocasional interlocutor) *se burló de esta explosión de cólera, pero, pocas semanas después, el desterrado se presentó en Montevideo, sublevó a la guarnición y nuevamente asumió el comando del ejército nacional*.

Los severos juicios del Gral. Paz, en sus *Memorias*, sobre Rivera, su panegirista los reduce a esta expresión: lo recuerda *severo y poseído de su investidura en ocasión de actos oficiales*. A pesar de haber titulado José María Rosa ésas, como *sus desmemoradas Memorias*, a nadie escapa que las páginas de este prominente militar de escuela provienen de alguien por encima la cultura media de la época y suelen reflejar con bastante objetividad los acontecimientos y el carácter de aquellas personas en que su pluma se detiene. En función de ello, a y a modo de cotejo con otras fuentes sobre Rivera, nos permitiremos espigar algunos de sus comentarios al respecto.

José María Paz (78) refiere un encuentro con Rivera en su campamento de San José. *Todo parecía aquel campo menos que ejército o campamento militar. (...) Se veían algunos cañones, que por lo desierto del campo parecían abandonados... (...) lo que más importaba era una muy regular banda de músicos contratados, que costaban al Estado más de cuatrocientos patacones mensuales, y que no tenían más trabajo que tocar cuando comía el General (Rivera) y a la hora de la retreta... (...) Me recibió con su acostumbrada afabilidad... (...) Desde nuestras primeras conversaciones ya me manifestó contra el general Lavalle el más profundo resentimiento. Paz le expone su plan inútilmente. Le señala los peligros a que se exponía de no apoyar a Lavalle: 'General, si el ejército libertador es destruido tendrá usted encima quince mil hombres que puede mandar Rosas contra su país.' Respuesta: 'No me importa, que mande veinte, pues estamos los orientales acostumbrados a batir los numerosos ejércitos de Buenos Aires'.*

Rivera quiere retenerlo en su campamento mas Paz, aguarda el arribo de su familia a Colonia, e insiste en dirigirse allí, separándose de Rivera, sintiendo que sus relaciones no eran ya amistosas. Relata que la correspondencia que se le dirige al campamento le es abierta e inclusive que se la ha sustraído una carta en que su esposa la decía que traía un mensaje de Arana – ministro de Rosas – creyendo que podía servirle para sus intrigas. *Ya antes había sido violada esa misma correspondencia en Mercedes. Lo que le pedía Arana era que no se mezclase en política, ofreciéndole una misión diplomática en el extranjero precisamente con ese propósito. En otra parte renuncia a su propósito de ocuparse extensamente de Rivera porque éste está conocido, tan definida, tan explicado que poco más podría decir. Se limita, entonces, a delinear su personalidad señalando que su ignorancia es grande, por más que el roce con personas instruidas y cultas le haya dado ciertos ribetes (adquirió desde su niñez esos hábitos de prodigalidad y despilfarro que ha conservado siempre. Dotado de una imaginación viva, de una vista penetrante, de un carácter sagaz, de una audacia genial, debió desde su juventud distinguirse entre sus compañeros en las bazañas de la carpeta y demás actos de una vida ociosa y medio vagabunda... (...) me dicen que su padre tuvo bienes de fortuna, que no gastó seguramente en proporcionar a su hijo una educación científica y esmerada.*

*Adestrado (...) en esas intrigas vulgares, y alentado con el suceso, las ha aplicado constantemente en su cargo. De aquí que ese espíritu de falsedad, esa poca fe en sus promesas y esa dilapidación en los intereses de la comunidad, que no ha mirado sino como mira los suyos propios. Cómo pudo ascender con tan limitados principios a la altura que llegó, se explica por el estado de nuestra sociedad, por la situación excepcional del país y por otras mil circunstancias propias de la época; además no le faltaban cualidades relevantes que lo recomiendan, ni méritos de que no se puede menos que hacer el justo homenaje.*

*Como necesita tanto de la indulgencia ajena, es muy tolerante, lo que ha sido un suplente de la libertad en sus varias administraciones. Un hombre que mira los bienes de fortuna tan en poco y que ha tenido tanta facilidad en adquirirlos, los malbarata del mismo modo; esto le ha valido la fama de generoso, y la merecería seguramente si hubiese dado con más justicia y discernimiento. No ha sido así; pues generalmente los que han utilizado de sus prodigalidades han sido pillos o malvados que han tenido el arte de lisonjear sus debilidades. Además un hombre que no tiene moralidad, ni aun ideas exactas de lo que ella significa (...) todo lo confunde en su mente, resultando una mezcla indigesta de actos diversos y contrarios. Así (...) piensa que es liberalidad el más desenfadado despilfarro y que es un medio de premiar servicios de complacer a los que quiere agradecer, ponerlos en una posición donde ellos puedan por medio de especulaciones sórdidas o de robos positivos, apropiarse la fortuna pública.*

Es de recordar que esta modalidad de Rivera hizo escuela y hasta nuestros días hemos tenido que contemplar similares actitudes de políticos profesionales en ambas márgenes del Plata.

Concluamos con sus reflexiones ya no por lo que definen la personalidad de Rivera sino el perfil de una época. Añade que *bajo su administración llegó la inmoralidad al más alto punto que pueda imaginarse; dudo que en pueblo alguno se haya visto tan entronizado el peculado y en cierto modo la rapiña. Confrontemos este hecho con lo que ocurriría bajo Rosas a quien jamás nadie pudo imputar cargos ni remotamente semejantes. Para probar lo que dice, añade que basta indicar que el vicio había levantado con tanta altanería su cabeza, que el hombre probo era despreciado y mirado como un cuitado, un imbécil, un inepto para la carrera pública. Pienso que es lo sublime del vicio, cuando éste se enseñorea hasta hacer avergonzar y esconderse a la virtud contraria, y esto es lo que sucedía en la capital del Uruguay, sin que haya un ápice de exageración.*

Luis Pedro Bonavita nos da un retrato vívido del héroe de las cuchillas uruguayas. Con amables colores literarios se esfuerza con bonhomía en pintarnos una imagen cuasi doméstica, romántica y popular, sin ocultar sus desarreglos personales que podrían resumirse, en parte, en una frase que corría por entonces: *Rivera cargó la Presidencia en el anca de su caballo... Cargaba algo más: su tálamo.* En este enfoque, claro, calla los aspectos más sombríos de esta personalidad los que, por encima de la anécdota simpática, cuentan para la Historia. (79)

Pero al lado del aspecto anecdótico del caudillo cuya participación en batallas y escaramuzas guerreras sólo superarían figuras de la talla militar de Bolívar, - de quien se dice que tuvo en su haber quinientas batallas - existe el lado sombrío que un historiador como Eduardo Acevedo no pasaría ciertamente por alto. En el *Alegato* hace el proceso de Artigas en el Paraguay que, de acuerdo a los reclamos de la prensa de la época, podría haber culminado con su repatriación. Durante la primera presidencia de Rivera había habido algún conato al respecto. Durante la segunda en 1841, muerto Rodríguez de Francia, se produce un cambio de notas con el nuevo gobierno del Paraguay del que surge que no habría obstáculo para su regreso al país. Hacia fines del año Rivera envía un emisario a Asunción con ese definido propósito. Se desconoce el contenido de los oficios que le remite pero no la actitud asumida por Artigas. En los documentos queda la constancia específica del Gobierno paraguayo de haber ofrecido la posibilidad y ayuda para su retorno sin que él manifestara su voluntad en tal sentido. Enviados los pliegos de Rivera al interesado, el sí verdaderamente grande en el infortunio y en la trágica expiación de la grandeza, los devuelve sin siquiera abrirlos, reiterando al Gobierno paraguayo su deseo de morir en el ostracismo, de lo que éste deja también expresa constancia a fin de que no se crea que el exilado tuviera impedimentos para comunicarse. El hecho concreto es que Artigas no se digna contestarlos. Los diarios de Montevideo - comenta el historiador - que tan entusiastamente se habían ocupado de la repatriación no llegaron a conocer el resultado tan negativo del presidente Rivera, o conociéndolo quisieron evitarle al primer magistrado la divulgación del gravísimo desaire que acababa de sufrir.

Acevedo no deja el episodio allí. Retrotrae la cuestión al relato del coronel Ramón de Cáceres en sus *Memorias* sobre la *Batalla de Tacuarembó*, la que en definitiva obliga a Artigas a retirarse de la escena. En esas páginas Cáceres declara que debido a la conducta de quien *había sido su teniente favorito*, tras la batalla, *no quería ni oír hablar* de él. Esto bastaría. Es de pensar que Artigas no llegó a conocer las insidias de Rivera con Francisco Ramírez, el lugarteniente de Entre Ríos. A éste había confiado Artigas la suma de 50 mil pesos. Pasado a Buenos Aires (probablemente sin más afán que el del protagonismo personal) pelearía a su Jefe con las armas. El oficio de Rivera, en el que le incita contra su antiguo jefe, contiene expresiones tales como que es un *bandido*, a quien hay que *exterminar*, así como *cortarle la cabeza* y demás. Tales las expresiones del *lugarteniente favorita*.

Existe otro relato concerniente al tema. En 1846 su hijo José María le visita cuando vivía ya bajo el gobierno de Francisco Solano López, próximo a Asunción. *El Constitucional* de Montevideo relató lo que le habría dicho Artigas sin develar la fuente de la información que más tarde Isidoro De María, su director, aclararía. El relato, sin más, coincide con los últimos episodios de la trayectoria de Artigas. Es de suponer que el hijo habrá intentado una vez más traerse al padre ya octogenario pero sin éxito. La repulsa de Artigas era irrevocable.

Tal vez algún otro dato ilumine la cuestión. Antes de entrar al Paraguay, en plena derrota, acompañado apenas por un reducido número de fieles, salen al paso del Caudillo dos caciques ofreciéndole unos centenares de hombres para proseguir la lucha. Él medita durante un rato y finalmente resuelve desistir de la lucha. No es de imaginar que aquél cuya entereza le hacía capaz de pelear con *dientes y uñas* al lusitano, y hasta *con perros cimarrones*, empeñando bienes, vida y honor en la Revolución, diera un paso atrás por la adversidad bélica. Tenía que haber algo más poderoso que un contraste para hacer desistir al hombre más tesonero de la región: la amarga conciencia de comprender que había arado en el mar. Lo comprendería antes que Bolívar.

Quizás un comentario de Eduardo Acevedo nos ponga en la pista de la tremenda razón de su decisión.

*Todos los hombres culminantes de Montevideo habían abandonado las banderas de la Patria para plegarse a la conquista portuguesa, cuando la campaña estaba sobre las armas defendiendo heroicamente el territorio nacional. La actitud de Rivera, ya en las postrimerías de la legendaria lucha, era simplemente la última victoria de esos prohombres, a quienes el teniente de Artigas acompañaba luego con su voto de miembro del Congreso Cisplatino a incorporar la Provincia Oriental a la Corona portuguesa.*

¿No eran estos hombres quienes le dieran la espalda en el Congreso de Abril del año XIII? ¿Los mismos que se dejaron imponer la segregación de la Provincia cuando él, si hubiera querido declararse rey de la Banda Oriental habría sido aclamado por la mayoría de ellos? El hecho mencionado está documentado por las autoridades españolas. Su proceder era coherente con su historial irreductible a la más tenue insinuación del deshonor. Tampoco estaría ajena a su pertinaz decisión final lo que claramente discierne el mismo historiador.

*Tenía que rechazar, pues, Artigas la idea de grandes honores que se le ofrecía en Montevideo. La obsecuencia a su apostolado le obligaba a morir en el destierro. Y acaso pudo ratificarlo en su decisión el espectáculo entristecedor de la guerra civil, en que sus viejos y heroicos tenientes aparecían despedazando al pueblo para disputarse las piltrafas del mando!*

¿Habría más honda amargura para el hombre pundonoroso que tras realizar los más abnegados esfuerzos para evitar la desmembración de América sufriera los más insidiosos ultrajes y calumnias durante diez años del proceso revolucionario?

Ante la opacidad de estos mezquinos personajes dejemos hablar la voz de la Historia, esta vez, por la pluma de Sarmiento, otro de sus enconados enemigos. Homenaje le rinde al columbrar que *si los españoles hubieran penetrado en la Argentina en el año 11, acaso nuestro Bolívar hubiera sido Artigas si este caudillo hubiera sido como aquél, tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educación.* El parangón de Sarmiento entre Artigas y Bolívar sería equitativo sin esa reserva. El concepto que Sarmiento tenía de la cultura se apoyaba en el supuesto de que no la poseía quien no leyera libros. Tal cultura puede, muchas veces, resultar funesta. Sirva el manido ejemplo de Sarratea, *personaje de salón, toda su vida un mal sujeto, según los mismos historiadores argentinos, como dice Carlos María Ramírez. (80)* Sobre el particular razona Eliseo Salvador Porta, fino escritor y estudioso observador de nuestros campos: *...la cultura no se aprende en los libros sino que estos son útiles en la medida en que faciliten el desarrollo de la berencia vital.* Y añade: *Uno de los postulados de esa falsa cultura es suponer que lo agrícola es civilización y que lo ganadero es barbarie. (81)*

La Revolución de Mayo estaba dirigida, casualmente, por doctos y leídos. Son los que dieron la espalda a Artigas. Distinguióse entre ellos Nicolás Herrera, padre de Manuel Herrera y Obes y abuelo de Julio Herrera, que llegara a Presidente de la República. También Santiago Vázquez, a quien Rodó se refiere como hombre de gran talla, *tal vez el primero de nuestros estadistas.* (Ob.1125). No parece condecir este atributo con algunos de sus actos, sin ir más lejos su participación en el complot para asesinar a Artigas. Al recibir la noticia de contarse con la mano ejecutora del proyecto de Sarratea exclama: *'Ya somos felices',* al tiempo que monta a caballo y se dirige a su encuentro para comunicarle su felicidad.

El tratamiento que dispensa Rodó a Sarmiento no digamos que es caluroso pero no puede conformar a quien, tras verle llamar *apóstol de la educación y civilizador* — contrasta con los hechos nada educativos y menos civilizadores en que participó, y topa con sus afirmaciones ante el senado argentino en la misma década en que despreciaba la sangre gaucha. He aquí sus palabras:

*Cuando decimos 'pueblo' entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues, no ha de verse en nuestra Cámara ni gauchos, ni negros ni pobres. Somos la gente decente, es decir, patriota.*

Este sentir no desdice de lo que entendía él por *civilización* cuando se proponía el exterminio de los aborígenes patagónicos. Sus palabras son representativas de la filosofía política del unitarismo. O'Donnell las reproduce tomándolas de artículos publicados por *El Progreso*, 1844, y repetidas en *El Nacional* en los años 1857, 1878 y 1879.

*Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado.*

Rodó menciona a Sarmiento cincuenta veces en sus páginas. Fuera de que en una de ellas le califica de eminente sociólogo (Ob. 234), en otra como *el estadista* (Ob. 507) y aún como *apóstol de la educación* (Ob.1159), sus juicios se refieren más que nada a sus cualidades literarias, reconociendo con precisión que *en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural* (Ob. 513); o *poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semi-bárbaro, de producción atropellada y febril* (Ob.590). Señala que *Facundo es mezcla de historia novelada y de intuitiva ciencia social.* (Ob.723)

La verdad corre por otros carriles. Del civilizador Sarmiento puede recordarse su jactancia de haber condenado a un ladrón de ganado a ser fusilado en la plaza principal del pueblo, debiendo, tras ello, descuartizarse su cadáver exponiendo su cabeza y restos en los caminos de acceso.

Si no bastara esto para completar la imagen histórica de quien se ganó el apelativo de *el loco Sarmiento* puede recordarse su campaña, exilado en Chile en la década de 1840, incitando al país a apoderarse de la Patagonia como forma de establecer sus derechos sobre el estrecho de Magallanes.

Mediante el sesgo de la Historia, esto es, de la interpretación de los hechos que constituyen su sustancia, se desdibujan figuras no menos sanguinarias que Sarmiento, tales como Lavalle y el culto general José María Paz. Se resaltan las acciones de unos, se callan las de otros; se magnifican unas, se reduce la dimensión de otras. El primero, en su campaña contra Estanislao López, gobernador de Santa Fe, proclamaría que *jes preciso degollarlos a todos!... ¡Muerte, muerte sin piedad!* El segundo, según testimonio de un de sus oficiales, Domingo Arrieta, en *Memorias de un soldado* — citado por O'Donnell, — declara en relación a su *campaña de la sierra* la consigna del general: *¡Mata aquí, mata allá, mata acullá, mata en todas partes, no había que dejar vivo a ninguno de los que pillásemos y al cabo de dos meses quedó todo sossegado!* La cruzada dejó dos millares y medio de muertos.

Los crímenes se perpetraban por ambos bandos — saqueos, violaciones, torturas, entre las que se contaban empalamientos, descuartizamientos y degüellos al por mayor. Frente a este hecho incuestionable, ¿qué sentido tiene la expresión de Rodó: *la grande época unitaria?* (Ob. 691) ¿No sería más ajustado, en todo caso, hablar de *la grande época de la gesta federal?* ¿No estaría más de acuerdo con su convicción declarada de *la grandeza de Artigas?*

Con este panorama a la vista, ¿habrá que deducir que la lectura resulta contraproducente o que no basta a la verdadera cultura? La de Artigas hincó sus raíces en el humus fecundo de una vasta experiencia del medio en que se movía. Si esto no bastara de por sí, su inteligencia afinada en la acción y elevada a alturas inusuales por la responsabilidad moral asumida ante su pueblo, haría lo demás. Su organización moral se basaba en el honor, elemento que desconoce Sarmiento. Su moral y su sentido

del honor respondieron siempre, sin hesitación, a la confianza depositada en él, al compromiso asumido con su gente.

No era dado a Sarmiento, preso en *la cárcel de la idea*, discernir que a la cultura no se llega sólo por los libros, sino que se obtiene mediante un largo, complejo proceso de circunstancias las más variadas, donde la lectura es uno - no el único ni quizá el principal - de los tantos medios que contribuyen a ella. El libro es el depositario de las más dispares culturas, primeramente; luego, su difusor, pero, ¡señores! la experiencia, lo que llamamos *la universidad de la calle, o de la vida*, si se prefiere, suele ser la mejor escuela, según estipulara alguna vez el propio Rodó.

El caudillo encierra la sustancia de la sociabilidad del tiempo que transcurre desde la *Revolución*, el siglo XIX, hasta la primera década del XX en que, cabe decir, comienzan a dibujarse signos de cambio. Aquella imagen, literariamente trazada por los unitarios, es básicamente falsa. Lo certifica el propio juicio de Herrera y Obes sobre Rivera que al completar su figura desvirtúa el aspecto predominantemente silvícola con que los caudillos pasarían a la historia por obra de la pluma astuta del hombre de la urbe. Otros hitos de honda raigambre sociológica muestran que esos hombres instruidos, entrañados en los valores - o desvalores otra vez - de la época, no fueron ajenos a la acción depredadora de sus acusados. Cedamos la palabra al Ministro de *la Defensa*:

*... haremos una distinción en el General Rivera. Al frente del poder material del país, jamás ha ensangrentado la tierra con el puñal de los tiranos, jamás ha abusado de su prestigio personal, para enlutar su Patria, por la satisfacción de esas venganzas bárbaras que han sido la savia de existencia en el corazón de otros caudillos.*

En todos los rincones de su suelo, él era el mejor jinete; él, el mejor baqueano; él, el de más sangre fría en la pelea; él, entendiéndolo, es cierto, la patria a su manera, el mejor patriota. Su nombre da pie a las fábulas que se cuentan a los niños y a las historias que relatan los viejos; su nombre se teje en los pagos de uno al otro confin del territorio, viva encarnación del pensamiento y el sentimiento de la campaña. La campaña es su partido, su familia, su casa. Tras las nubes de polvo que levantan los cascos de su caballo, su prestigio de héroe legendario alborota enjambres de hombres que le siguen ciegos, sin preguntar qué rumbo lleva, seguros de que él, y sólo él, lo sabe mejor que nadie, y que, al cabo, poco importa dónde. Así, reflexiona en conclusión:

*Algo muy de muy serio, de muy fundamental en la sociedad, debía representar ese hombre con prerrogativas tan ajenas al resto de sus compatriotas, y lo representaba en efecto. Ahí está toda la historia política de la República.*

Quien tales cualidades reconoce en Rivera, calla ciertas conductas. Sobre todo la que tuviera con Artigas. No en vano había estado entre quienes urdieran la malla que ocasionara el ostracismo del que se había erigido en recio escollo del centralismo porteño. Segregándolo del escenario trastornaban la historia platense. El autor de esas líneas, en fin, compartía intereses con el caudillo, por encima de los valores proclamados, olvidando que, en cuanto caudillo, Rivera representaba *la barbarie*.

No sirvió a Rodó, en 1907, su ponderado sentido histórico. En *Perfil de un Caudillo*, discurso en celebración de la toma de las Misiones, - recordó al vencedor de *Guayabos* y de *Rincón*, prestándole su comprensiva visión de la fuerza social que encarnara el caudillo en el alba de la nacionalidad. Confirma en él esos rasgos definitorios de su personalidad frente a las masas, señalados por Herrera y Obes. Le llama *patriarca de los tiempos viejos*, (*grande y generoso Rivera*), para rematar en:

*Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos en que ardía como en el antro de los ciclopes, el fuego con que se forjan las naciones, bien que las fronteras se movían sobre el suelo de América a modo de murallas desquiciadas.*

*Estos, éstos fueron los caudillos gloriosos. Porque así como hay especies vegetales que, persistiendo a través de las distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran a medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanos en los climas fríos, de igual manera la talla del caudillo se empequeñece a medida que él se aleja de la veneranda semibarbarie de la edad heroica y se aproxima a la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías de la formación nacional, donde representan una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos a las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión. (Ob.687)*

Alguna vez tuve la impresión, - ¿equivocada? - de que Rodó retacea a Rivera, entre líneas, la condición que le atribuye enmarcándolo no entre aquellos de los tiempos primitivos, sino entre los menores que en la lid de la construcción política medran a la sombra de la fuerza. Empero, en ese discurso le confiere el lauro de... *grandeza... corazón grande y generoso*.

Me pregunto si Rodó no estaba al tanto de su conducta frente al general Paz cuando los unitarios trataban por todos los medios de levantarlo a la dirección de la guerra en el litoral contra Rosas. El hecho desmiente *la generosidad* que le atribuye. A Rivera sólo cabe el adjetivo de generoso en el dispendio de los bienes ajenos. El forzado apartamiento del general cordobés, - luego llamado a levantar las defensas del Montevideo sitiado, - al que quizá se debiera, finalmente, la derrota sufrida por el mismo Rivera en *Arroyo Grande*, es óbice para dudar de la inteligencia que le concede. A lo que no podía estar ajeno Rodó es a su conducta política, tras la batalla de Tacuarembó, a su acción en Salsipuedes, como tampoco al golpe de Estado contra el presidente Oribe, máculas de su sinuosa carrera política, más allá de cualquier mérito que se le adjudique. Tales incomprensibles juicios nos hacen ver a Rodó, con hondo pesar, atado en exceso a la tradición que le envolvió y restan talla a su valiente criterio de independencia demostrado en graves encrucijadas de su carrera como hombre público.

De 1830 a 1870, las interrupciones de la legalidad en el país son tantas como años corren entre esas fechas. El conato inicial, en 1832, corresponde a Juan Antonio Lavalleja. Nadie como él reunía insignias para ser nombrado primer presidente del Uruguay. Desconforme con las maniobras del círculo de Rivera que le privan del sitial, se subleva. De ahí hasta la *Revolución del Quebracho*, 1886, - año en que asistiremos al despertar de la conciencia política de Rodó, de apenas 15 de edad, - se agregan diez y ocho nuevos quebrantos. Para el momento en que pronuncia ese discurso de 1907, sólo tres años después de los cruentos movimientos bélicos que culminan en Masoller, se cuentan doce más. El último estertor de la larga serie es de 1910.

No se comprende que quien repulsa al *caudillismo menor*, - tras tanta sedición, motines, levantamientos y cuartelazos, rebeliones, sublevaciones y subversiones, sin motivación más profunda, muchas veces, que el personalismo desaprensivo, la indisciplina heredada, la falta de hábitos civiles, - brinde homenaje a Rivera, causante con su golpe de Estado, del que derivaría a la postre la *Guerra Grande*, la peor conmoción de nuestros anales. Cupo a Rodó, en su propio tiempo vivir dolorosamente las distorsiones políticas que condujeran a atentados personales, a otros golpes de Estado y a otra guerra civil. (82)

Es moneda en curso atribuir a los caudillos, - promotores de innumerables situaciones anómalas, hecho común, por lo demás en toda América, - el germen de la disolución social con harta olvido de otros muchos factores en juego. En su breve página sobre *El Caudillismo Endémico*, Rodó limita su juicio a este solo elemento. (Ob. 1075) Su rechazo a esta clase de menguados caudillos que caerían en el campo de la teratología, tiene su razón de ser en el alto sentido civilista de no alentar un mal ya grave de por sí. Pero no debe saltarse, y menos desconocerse, la sociabilidad que incubaba el mal, no engendrado únicamente por la acción discolá de los caudillos. Hombres de ciudad serían, asimismo, sus gestores directos o indirectos, como ha quedado patente hasta aquí.

Los unitarios argentinos, hombres de ciudad, considerándose los portaestandartes de la civilización europea, proclamada como patrimonio exclusivo y excluyente, son los que desataron las tormentosas oleadas de nuestra historia. A la luz de la gran culpa que arrastran, empalidece la imagen de los caudillos. Es ahora el historiador Busaniche quien lo destaca al decir:

*El unitarismo, la clase culta, que decía Paz, la mejor clase de la sociedad, que proclamaba Lavalle, la clase distinguida, que decía el otro, tenía que tomar desquite y hacerse dueña del poder a costa de todo.*

El asesinato perpetrado por Lavalle en el gobernador legal Dorrego, sin formalidad alguna, - fue promovido por doctores, no por caudillos. El general civilizado José María Paz, en nada asimilable al perfil del caudillo, lo celebra con un banquete. Este prominente unitario, con parte del ejército nacional, levantaría desde Córdoba, a varias provincias contra el gobernante legal Rosas, elevado al poder por el sentir casi unánime de sus contemporáneos como apremiante necesidad, tras esa muerte. Recuérdese una vez más que Rosas no usurpó el gobierno sino que fue llevado a él como solución al callejón creado por el unitarismo.

Para más de un historiólogo Rosas no resulta el auténtico representante del Federalismo. Caben dudas en ese sentido como en el contrario. Un unitario, recuerda Pivel Devoto, califica a Rosas como *el Artigas porteño*. Acaso la visión resulta un poco gruesa. Parangonado con Artigas, más allá de toda discusión, no surge, ciertamente, como su continuador. Difícil sortear la tentación de considerar a Rosas como un nuevo servidor del centralismo porteño, con un cambio de atuendo político. De haber rodado los acontecimientos de otro modo, puesto Artigas en la circunstancia de Rosas, ciertamente no hubiera demorado el proceso de la Constitución federal. No obstante hay que decir, en consideración a la ambivalencia de los hechos en el terreno práctico, que posiblemente no estuviera descaminado Rosas al pensar que la Constitución no cambiaría las férreas características de la situación socio-política, aunque no lo expresara de este modo. ¿Le cabe pues a él la imputación de no haber puesto a funcionar el auténtico mecanismo federal que hubiera arrancado de cuajo al unitarismo?

Así lo habría reconocido al coronel Chilavert, su lugarteniente en la víspera de la batalla de Caseros: *... esta batalla será decisiva para todos. Urquiza o yo, o cualquier otro que prevalezca deberá trabajar inmediatamente la constitución nacional sobre las bases existentes*. Se refería al *Tratado de San Nicolás*, - 1831 - que establecía la base federal. Es Saldías quien lo documenta. De haberse empeñado en esta tarea a su tiempo, su federalismo sería asimilable al de Artigas, habría culminado su gesta y tal vez, sólo tal vez, podría haber dado sentido al intento de *Mayo*. Dicho esto, vuelve a asaltarme el convencimiento, de que Bolívar sintió en carne propia, de que América no estaba preparada ni para la independencia, ni para desarrollar en su estado sociológico del momento, un complejo sistema federal. Tuvo buenas razones para pensar - y declarar, como se recordará, - que *el separatismo americano había servido únicamente a la apertura del comercio*. En lo demás, sólo para sumergir al Continente en la anarquía, retrogradando en siglos las agujas del reloj histórico de América.

En lo que concierne al federalismo de Rosas, en suma, puede pensarse que los personajes históricos se expresan de dos maneras: por sus palabras y por sus hechos. La visión que originan las palabras es dudosa. El juicio que determinan los hechos ofrece mayor seguridad. ¿Cómo ha de creerse federal a Rosas cuando toda su acción se encaminó a consolidar el centralismo, el poder que generaba el manejo monopólico de las rentas portuarias de Buenos Aires? El general José María Sarobe, en su documentado libro *Urquiza* sentencia: *Urquiza era un federal de verdad; Rosas, en cambio, un pseudo federal* ( ) *Urquiza quería llegar a la organización nacional cuanto antes; Rosas, disfrazando sus falaces propósitos con engañosas declaraciones, procuraba retardarla todo lo posible*. Había declarado a Santiago Vázquez, *emisario confidencial del Uruguay*: *"todos dicen que yo soy federal y yo me río."* Cita, de las *Memorias* de Pedro Ferré, el haberle propuesto, como a otros gobernadores provinciales, *"...es preciso que finjamos haber variado de sistema, de-*

*clarándonos federales como por convencimiento."* Afirma que sólo procuraba la dominación de las provincias exponiendo detalladamente su plan. (83)

En definitiva la *Revolución de Mayo* constituye un yerro histórico de enorme magnitud. El juicio no puede dejar de comprender una de sus derivaciones: la idea de la federación, en tanto no estaban dadas las condiciones socio-políticas para establecer el sistema con eficacia. La expresión *fórmula salvadora* no pasa del plano teórico. Era, sin duda, la única salida, apelación suprema, a una situación constituida de necesidad. La implantación del federalismo en la Argentina, resultó en la realidad una suerte de feudalismo cuando a la sazón tendía a desaparecer en Europa. Manteniéndonos unidos con España se hubieran propiciado las condiciones para ir acercándonos a esa etapa. En abono de mi anterior aserción citaré, por lo impactante, el hecho de que en una provincia argentina, en un cuerpo deliberante de 16 miembros, 14 pertenecen a una misma familia... en el siglo XXI.

¿Cabe extender el criterio de aquella imposibilidad a la oportunidad misma de establecer constituciones? Apelemos otra vez al juicio de Uslar Pietri. En un breve artículo, *La Constitución como utopía*, examina la cuestión señalando el hecho de la ausencia de una constitución *sacralizada* en Inglaterra lo que no le impediría, a lo largo de siglos, funcionar como nación. Viene de suyo que esta singularidad provendría de una realidad política y social asentada históricamente. Contrasta el autor la situación con la de Hispanoamérica de este modo: (84)

*La Constitución que adoptó Venezuela en 1811, ( ) la primera de América Latina, fue una pura creación del idealismo político y de las convicciones morales de una minoría. Nada tenía que ver con la situación histórica del país y estuvo condenada desde su origen, a no ser cumplida. A una sociedad que durante tres siglos había vivido en un régimen de castas, en un orden vertical de autoridad, sin ninguna forma de representación, ni igualdad o libertades públicas, se la pretende transformar abruptamente en una república democrática, igualitaria, celosa hasta la impotencia del reconocimiento de todos los derechos que había proclamado la revolución en Francia.. ( ) Era una pura y genuina utopía.*

El razonamiento vale para España y Francia. Miranda, ese año y ante esa misma Constitución, consideró un deber declarar su inviabilidad. No pudieron esas viejas naciones, tras siglos de prácticas políticas monárquicas, establecer la práctica republicana. Uslar Pietri extiende el caso de Venezuela a los demás países americanos con el *resultado inevitable* de la *acefalía, el desconcierto y la anarquía, primero latente y después en abierta guerra civil*. El régimen democrático en estos países no sería fruto de una *evolución de los usos y las mentalidades, sino una brusca improvisación*, sin conexión con la realidad sociológica imperante:

*No sólo Bolívar sino muchos de los hombres más distinguidos de la revolución se dieron cuenta del peligroso abismo que se abría entre lo que proclamaban las leyes y la situación histórica de los nuevos Estados. Ninguna de estas condiciones pudo ser efectiva, se mantuvieron inaplicables, descatadas y convertidas en paradigmas morales, mientras el caudillismo militar establecía, al margen de las leyes, su elemental y eficaz sistema de dominación.*

¿Diremos que Rosas - hombre experimentado y pragmático - carecía de sagacidad para comprenderlo?

Menos clara aparece otra cuestión respecto a Rosas. Tal su responsabilidad en el origen de la *Guerra Grande*, su intervencionismo fuera de lo que no era ya su país. Es de creer que el pleito de Oribe con Rivera, al fin pleito entre orientales, se podría haber zanjado sin las nefastas consecuencias que tuvo esa contienda que aparejó la intromisión europea en el Río de la Plata y atrasó al Uruguay en su desarrollo económico, social y demográfico. Sin su participación, que movía el fiel de la balanza a fa-

vor de Argentina contra el Imperio de Brasil, - lo reconocen historiadores argentinos - éste no habría intervenido, a su vez, contra Rosas. La *Triple Alianza* que le derrocó habría buscado, desde este punto de vista, restituir el equilibrio. Sin el concurso brasileño probablemente no se habría producido su derrota de Caseros que en 1852 le obligó a dejar el gobierno y exilarse en Inglaterra por el resto de sus días, dejando el campo expedito a sus enemigos, al extranjero y a nuevas cruentas luchas civiles. Sin embargo, honradamente, es difícil imputarle toda la responsabilidad por acontecimientos en definitiva no gestados por él, sino de este lado del Río de la Plata.

Tampoco es fácil esquivar la imagen del *Rosas tirano* para quienes crecimos en un ambiente de fobia rosista, inducida por la propaganda unitaria que primaría entre nosotros aún durante varias décadas del siglo XX.

El fenómeno se matizó, tal vez, últimamente. En parte debido al revisionismo en la Argentina así como a que otra problemática ocupó la mente de las nuevas generaciones, sumada a la pérdida del vigor humanista de nuestra cultura, en lo que mucho tuvo que ver el clima generado antes, durante y después del golpe militar de 1973, coincidente con una corriente similar, iniciada un decenio antes en nuestro Continente. Su resultado fue instaurar el neoliberalismo, acompañado por el desenfreno de un imperialismo cultural de nuevo cuño, aupado en el teoricismo de *la mano invisible* del mercado que todo lo arregla. No faltaron al sarao los medios al servicio de la chabacanería y la avaricia materialista. A esa política económica implantada en el país a partir de 1960 debemos como remate, un progresivo estado de pobreza, antes desconocido en nuestra sociedad. Pero esto es ya otro cantar.

## 7. Después de la Guerra Grande.

Acerquemos el momento en que el encuentro de Caseros entre Rosas y Urquiza pondría fin al Sitio de Montevideo y dejemos en manos de los viajeros que visitaban América, el pincel que ponga la nota de color y emoción en el lienzo triste de aquella era entre sitiados y sitiadores. Recurramos a una página de Pível Devoto.

Personajes prominentes de ambos bandos, militares incluidos, mantendrían, en esos años, comunicaciones proclives a una solución al margen de la influencia extranjera. *Las treguas se produjeron con harta frecuencia...* Herrera y Obes refería epistolarmente a Lamas que *hacía 384 días que no se oía un tiro*. Corría 1848. Hacía el fin del sitio, el presidente Joaquín Suárez reanudaba las hostilidades suspendidas durante más de dos años. Imaginemos la situación.

*Trazar el cuadro que presentaron en ese momento los alrededores del puente que servía comúnmente de límite a los dos territorios hostiles, es cosa casi imposible. Hay que imaginarse una multitud compacta de hombres y sobre todo de mujeres y niños corriendo al encuentro unos de otros; llamándose a grandes gritos en cuanto se veían, confundiendo, abrazándose, llorando, riendo, gritando: se habría dicho un tropel de gente con la cabeza perdida, tan grande era la alegría de volverse a ver... Durante los cinco días que duró la convivencia de estas dos poblaciones que desde hacía tanto tiempo se consideraban enemigas, no hubo que deplorar ningún incidente enojoso, ni una discusión, ni una riña entre los soldados que fraternizaban entre sí franca y cordialmente, aun los legionarios extranjeros, objeto de tanto odio por parte de los sitiadores, porque eran el brazo fuerte de los sitiados. Al tercer día, la mayoría de los oficiales de Oribe que tenían parte de su familia en Montevideo se dirigieron allí sin armas, a consecuencia de un acuerdo previo para pasar el día y fueron fraternalmente acogidos. Al día siguiente el mismo Oribe vino con todo su estado mayor sin armas, hasta una casa conocida bajo el nombre de Las Figuritas, situada a más de 600 metros de la ciudad, y todo el día la multitud de adentro y de afuera se agrupó alrededor de él. El admitió a todo el mundo y estuvo de un humor encantador y con la mayor afabilidad. Parecía decir a todos: "helo aquí, este terrible cortacabezas, miradlo bien, no es tan malo como se le ha sospechado.*

En verdad la querrela de familia de los orientales podría haberse arreglado entre orientales. Del mismo modo que la entablada entre los hispanos de uno y otro lado del Atlántico podría haberse solucionado en el seno de la familia hispana.

Un viajero francés presenció desde el Cerrito en 1845, el descenso de *una larga cabalgata compuesta principalmente por señoras, en tanto que una hilera de vehículos salía de la ciudad y se dirigía rápidamente hacia la otra. La sufrida ciudad... parecía sorprendida por un temblor de tierra, o por la erupción de un volcán. () En la conmoción del suelo, en la inmersión de la lava, algunas fortunas permanecen en pie; las otras han quedado aniquiladas.* En una carta de diez años después se recuerda, como hito en la vida de quien la escribe, tal acontecimiento, a pesar de todo, de esta manera: *Hemos sufrido un sitio de nueve años y meses sin trabajar, pero no le ha faltado ni un día la comida a mi familia, pues si no han tenido abundancia, tampoco conocido necesidad.* (85)

El poder de Rosas es el eje sobre el que gira la historia rioplatense desde que el Uruguay asoma a la vida de nación y deja de serlo desde el tratado del 8 de Octubre de 1851. Tras el interinato de Bernardo P. Berro, en marzo de 1852, es electo presidente Juan Francisco Giró. Dotado de condiciones encomiables, no reunía empero las requeridas para el momento, en opinión de Pível Devoto. Llegaba al poder por sus vinculaciones con la tradición del Cerrito. En setiembre de 1853 le desplaza un movimiento encabezado por el Gral. Venancio Flores, colorado. Como al parecer los triunviratos porteños no traerían malos recuerdos, la cuestión culmina en la formación de un Triunvirato a integrarse con Frutos Rivera, - olvidada ya su expatriación de 1847, - Juan Antonio Lavalleja, Jefe de *los 33 Orientales* en 1825, postergado en 1830, encabezaría varias intentonas contra él en 1832. El fogoso don Venancio era el tercer miembro. La cena era exclusiva para caudillos militares, dueños de la situación.

Para caracterizar a Venancio Flores - cuya trayectoria militar y política dejó honda huella en su tiempo y en el que le siguiera - adelantemos, a lo que se dirá, un documento de su puño y letra. No sin antes registrar que Rodó apenas lo cita una vez incidentalmente (Ob. 1170) y otra en una hoja suelta de noviembre 1900 - dirigida *A la Juventud Colorada*, en procura de la unificación del Partido Colorado. Aparece en ella su firma entre muchas otras, de las que destacamos las de Juan M. Lago, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil, Emilio Frugoni, Jacobo D. Varela... (Ob.1046) en la que se señalan diversas figuras históricas. Del caudillo no se dice más que habría conducido un cuadro de héroes *hasta el fondo bravío de las selvas paraguayas*. No creemos atribuible a su redacción el escrito. Como hemos visto el episodio de la guerra contra el Paraguay le mereció el calificativo de *horror*... Cito de mi archivo el texto escrito por Flores manteniendo su ortografía. En la parte superior izquierda muestra signos masónicos.

"Sr. Don Andrés Lamas:

*Señor mío: me es incompatible mirar con indiferencia la desgracia del país; un enemigo fuerte y poderoso que tenemos al frente no me orroriza, ni me infunde temor, pero sí me lo infunde su conducta y administración presente. Vd. se ha constituido el árbitro de las fortunas de este heroico pueblo; lo roba, lo insulta, lo humilla al extremo, y se complace en abatirlo, y por desgracia se cree el único hombre a quien los demás deben rendirle homenaje; Vd. se equivoca, pero por el patriotismo que lo ha sufrido hasta hoy - no ha querido dar un paso violento, porque el enemigo no tuviese un motivo para alucinarse y mejorar su situación; pero hoy sin embargo, cansado este heroico pueblo sacrificado infructivamente y verter a torrentes la sangre de sus hijos; y que todo esto se mira con indiferencia, estoy resuelto si necesario fuere a que llegue el día de clavar un puñal en el pecho del monstruo que lo devora (y este es Vd.) vea como marcha de hoy en adelante - el pueblo pide satisfacciones y es preciso dárselas - Vd. se ha considerado el árbitro de las fortunas de este digno pueblo; a dispuesto de ellas a su antojo, las a prodigado entre media docena de hombres, no ha dado Vd. al pueblo un solo manifiesto de la inversión de estos caudales; llegó el momento que debe darlos y de no, prepárese y esté alerta. Ya harto de sufrimientos no crea Vd. que es un rebaño de ovejas, el pueblo que ha indultado e insultado; es un pueblo compuesto de: veneméritos compatriotas, y este patriotismo los ha hecho callar hasta este momento, en que uno de sus hijos no ha podido soportar su atrevimiento. A esta su contestación será satisfacer al pueblo y cambiar de marcha. De Vd. s.s.s. Flores (firmado) - Abanzada Mont. Set. 16, 844."*

Pivel alude a este documento explicando la situación de Lamas así: *En 1844, Lamas fue al Ministerio de Hacienda que encontró en estado deplorable. Ya estaban enajenadas las rentas de aduana de 1845 y el papel sellado de 1846. Naturalmente, los expedientes a que tuvo que recurrir fueron malos y le dieron una terrible reputación...* ( ) *Lamas renunció y se retiró a la vida privada conservando su puesto de Juez de lo Civil.* (86)

La muerte sorprende a Rivera durante su regreso del exilio. Poco ejerce la función Lavalleja arrebatado también por la muerte. Queda Flores solo hasta su renuncia - 1855 - en medio de la agitación ciudadana. Al año se restablece la institucionalidad: Gabriel Antonio Pereira asume la presidencia del país. Los conatos de fusión que intentan Flores y Oribe no logran aquietar las aguas.

No sería sin ciertas desconformidades que llega Pereira al poder. El año de 1858 enlutará de rojo la República con uno de los más cruentos acontecimientos de nuestra historia de no pocas consecuencias ulteriores. El hecho se recuerda como la *Hecatombe de Quinteros*. Venía precedido en dos años de otra matanza, la de Villamayor en Argentina, bajo el gobierno de Pastor Obligado, siendo su Ministro de Guerra Bartolomé Mitre, por Buenos Aires, separada a la sazón de la Confederación. Inocultablemente la vinculación de los partidos uruguayos y argentinos continuaba. El eslabón que los unía era su mentalidad.

En la Argentina, Urquiza, presidiendo la Confederación representaba el federalismo para las provincias; el antirosismo para los

unitarios. Buenos Aires se segregaba de la nación enfrentando una vez más a las Provincias. Centralismo contra autonomía. El apego al poder, es más duro y difícil de destruir que la comadreja de nuestra campaña... se finge muerta, pero...

En esta orilla, Pereira, aunque sin color político, era el resultado del *Pacto de la Unión*. Pacto de caudillos. Oribe de un lado, Flores del otro. La política de fusión en que se empeñaba Pereira, como antes Giró, no había funcionado. Su sostén era Urquiza, Oribe mediante, a pesar de haber sido combatido por el entrerriano para derrocar a Rosas. Contra el gobierno de Pereira, se levantaba ahora César Díaz, apoyado por Buenos Aires. Al ser derrotado por las fuerzas gubernistas termina fusilado con numerosos oficiales. El general Anacleto Medina, que le había dado las seguridades de estilo de la época, - retirarse a Brasil con su oficialidad, - incumple su palabra alegando (diríamos hoy) *obediencia debida*. Cruel momento para muchas familias de Montevideo que imploraban por sus vidas. Amargo sabor el de Quinteros, donde dejaban la vida 150 hombres jóvenes. Se saciaban viejos rencores; nuevos se levantarían. Así lo reflejaba Busaniche: (87)

La *Matanza de Villamayor* y la *Hecatombe de Quinteros*, nuevas muestras de la avanzada civilización del siglo, a cargo de la ciudad contra la barbarie, abrirían, entre los partidos uruguayos y argentinos una honda brecha que en pocos años más se hará sentir irremediablemente y traerá como consecuencia la guerra del Paraguay. Si en Quinteros hubo salvajismo, no lo hubo menos en Villamayor. Pero en Buenos Aires el odio banderizo justifica este último hecho y un coro de ultrajes y vituperios de toda especie levantábase amenazante con motivo de la deplorable hecatombe. Mientras en Buenos Aires celebrábase "grandes funerales" por las "inocentes víctimas" de Quinteros, en Paraná, capital por entonces de la Confederación, se acriminaba al gobierno de aquel Estado como instigador de la injusta invasión de César Díaz y como causante directo de la catástrofe.

En una hoja suelta, destinada *A La Juventud Colorada*, Rodó, en 1900, señalando las disidencias que profundamente hieren al organismo vigoroso de nuestro Partido, se refiere a uno de los más trágicos de los martirios uruguayos diciendo que su *bandera roja* ( ) fue salpicada por sangre heroica en Quinteros.

A Gabriel Pereira sigue Bernardo Prudencio Berro. La sangre de Quinteros traerá la *Cruzada Libertadora*: la invasión de Venancio Flores. Como cuando derrocara a Giró, con el respaldo del Brasil. Y van dos. Ya no se sabe las agitaciones que ha tenido el país naciente. La nueva campaña guerrera, jalonada de hechos militares, culmina en el *Sitio de Paysandú*, sostenido por un puñado de partidarios del gobierno blanco, a cuyo frente se señala el Gral. Leandro Gómez. Otro *Sitio*, otra *Defensa*, otro luctuoso hito histórico. Entregada la plaza tras un bochornoso bombardeo del aliado brasileño de

Flores, es fusilado el general con los escasos sobrevivientes de su plana mayor. Esta es la *Hecatombe de Paysandú*: diente por diente... ¡*Heroica Paysandú!* - cantarán los vates populares.

Corre el caluroso febrero de 1865: entrada triunfal de Flores a Montevideo. Gobernará como presidente de hecho hasta 1868. Le sucede otro general: Lorenzo Batlle. A poco cae asesinado Flores. Es en otro febrero. Igual suerte corre Bernardo Berro. Su cabeza es paseada en un carro. ¡*Amargo febrero* aquél, - otro - nuevo ejemplo de civilización! Todo en el mismo día. Los partidos se despedazan, destrozando el país y se descabezan entre sí.

El gobierno de Lorenzo Batlle que inaugurará la era hegemónica casi centenaria de los *colorados*, transcurre con sobresaltos. Marzo del '70: otra convulsión armada. Ahora la cruzada no será *libertadora* sino la *Rebelión de las Lanzas*. Su jefe visible, Timoteo Aparicio mantendrá en conmoción el país, como antes Flores con su *Cruzada*, durante veinticinco meses. En el '72, bajo la presidencia interina de Tomás Gomensoro, se firma la *Paz de Abril*: el partido gobernante reconocerá al Partido Blanco la jefatura política de cuatro departamentos... Bueno, es un pasito adelante. ¿Estará bien, o generará nuevos problemas? Las normas electorales eran, a 42 años de fundada la República y a 62 de Mayo, aún precarias. ¡Claro, no había habido tiempo, con todo el trasiego del poder ensayado de 1810 hasta esa fecha, de cultivar el espíritu democrático! En verdad éste no existía, tal la razón. Como sea, lo acordado aseguraba algunos representantes legislativos por esos departamentos. Peor es nada.

Es el año en que nace Rodó. ¿Diríase por ello que estuvo ajeno a los acontecimientos hasta aquí reseñados?

Todo lo contrario. Estas son las fuentes donde Rodó se sumergió si no en cuerpo, sí en alma. Su espíritu vivirá desde niño hechos y sentimientos que fueron dando lugar a la sociabilidad en que se desenvuelve. La mentalidad, las modalidades engendradas por el clima de disputas y soluciones sangrientas estaban vigentes. Sucesos similares seguirían durante su adolescencia y juventud.

Las repercusiones del levantamiento de Timoteo Aparicio se sentían en la Legislatura treinta años después, siendo Rodó ya diputado. El movimiento, con todo, tendrá un sesgo algo distinto que comportará un reclamo electoral y participación en el poder. Esta problemática mantendrá agitada la conciencia política del país en adelante. Una de las primeras preocupaciones políticas de Rodó, sin ser aún legislador, girará en torno a ella.

Marzo '73. José E. Ellauri es el nuevo presidente electo. Los motines del '75 truncarán su período. Recomienza la historia. Otra vuelta de tuerca: la conmoción viene ahora caracterizada por un movimiento político intelectual: el *Principismo*. Se trata de una reacción - otra - contra el sistema imperante, es decir, contra la gravitación del caudillismo. ¿Nos veníamos olvidando de él?

Los principios que juegan no comportan novedad. Se quiere la legalidad, gobiernos inspirados por altos móviles administrativos. Eran las aspiraciones de Oribe y de Rosas. La corriente, que pasó antes por la forma embrionaria de la *fusión de partidos* sin lograr su cristalización - fórmula tal vez inadecuada como en los no lejanos tiempos de Echeverría - mantiene sus visos belicistas. Una vez más la tenaz realidad social se sobrepone a la buena voluntad de algunos hombres y a los afanes idealistas de otros. La urdimbre que nos ataba a los partidos argentinos y a la influencia brasileña era demasiado intrincada y presente. Anteponíase el personalismo a las soluciones racionales, perdurando el *caudillismo menor* que distinguiera Rodó del *caudillismo mayor*, promovido por las fuerzas imperativas del desorden civil. Las pasiones desmadradas obstaculizaban la civilidad y el trabajo.

La reacción representada por el *principismo* tiene su auge entre 1872 y 1875, bajo el gobierno de Ellauri y se encarna en las cámaras legislativas. Sus motivaciones son palpables frente a las consecuencias del desquiciado período político anterior. Aunque su acción resulta aparentemente efímera, su importancia - considerando el conjunto histórico - pide consideración.

José María Castellanos - citado por Oddone refiriéndose a la *Paz de Abril* estipulada con Timoteo Aparicio en 1872, que inicia el empuje principista, ( 88) - comenta que la solución lograda no era *la más ajustada a los principios ni satisface las aspiraciones de los que creen que los derechos acordados por las leyes pueden*

ser materia de pacto esencial...pero es necesario convenir que el desconocimiento de todos los derechos políticos del partido caído era el principio sostenido por el partido en el poder. No cambiaba pues la mentalidad. Aquella paz, - conluye - a pesar de pactar lo obvio, es un avance, una gran conquista, que efectivizaba, al menos en parte, algunos derechos civiles. Tal carácter de la *Paz de Abril* crea un clima propicio para el principismo latente desde el fin del sitio de los nueve años. Sin la manifestación expresa de las normas reclamadas reflejada en la prensa y los agrupamientos políticos de entonces, no habría alcanzado la nitidez que da perfil al principismo, acompañado por una ola de optimismo ciudadano en pro de la regeneración del sistema político. Rodó, en un artículo en *El Orden*, febrero 1898, contribuye al destaque del ambiente de fraternidad en las nuevas Cámaras de 1873. (Ob. 1038)

El periodismo de la época permite apreciar un más claro entendimiento de la dinámica necesaria a los partidos. Se reacciona, por ejemplo, contra la política de fusión varias veces emprendida. *La fracción principista que se aglutina en torno al diario El Siglo bajo la dirección de José Pedro Ramírez insistía en proclamar su adhesión al partido colorado de la Defensa*. Se recuerda en sus páginas que la fusión iniciada en 1851, hasta la revolución de julio del '52; la intentada en 1855, concluida con el desenlace de Quinteros de 1857; la fusión desprestigiada, la fusión antipática, la fusión maldiciada, la fusión inmoral como la llamaba el doctor Juan Carlos Gómez... no es solución posible de esa dinámica, entre otras razones porque el hecho contradice la naturaleza misma de las cosas:

*Todo partido ( ) responde a una necesidad social, a una tendencia más o menos instintiva, a una aspiración más o menos inconsciente... Ningún partido nace fuera de tiempo, ni muere sino cuando debe morir, ni vive sino cuando tiene razón de ser; son la obra del tiempo y de los acontecimientos y es necesario dejar el tiempo y los acontecimientos realicen su obra providencial de transformación...*

Son los primeros signos de una evolución que anuncia el advenimiento positivista.

El concepto expresado por *El Siglo* - revelador del sentimiento imperante - es el que compartirá Rodó cuando décadas después se vincule a este diario como periodista. Hombre de fe republicana comprende la necesidad de la existencia de partidos, con lo que comienza un cierto desprendimiento de la mentalidad unitaria del ambiente. Tiene clara su misión: cada partido ha de poder expresar los diferentes puntos de vista de los grupos formados a partir de distintas afinidades sociales, económicas, filosóficas. En *Rodó, Acción y Libertad*, he tratado extensamente su actuación política. En suma fue él quien anticipó la brega, en el seno del Partido Colorado, por el voto secreto y la participación en la conducción pública del partido adversario. Esto, antes de convertirse en figura conocida y respetada dentro y fuera de su medio, como hemos dicho. No le veía él, como antaño los unitarios, cual enemigo al que hay que exterminar, sino como una parte de la sociedad a la que debe escucharse. Extremaba el concepto hasta reclamar la participación de las ínfimas minorías.

Otro órgano periodístico de ese tiempo, *La Paz*, concordando con la prédica de *El Siglo*, afirmaba:

*Se propende a la regeneración de los partidos levantando sobre ellos la propaganda independiente de las ideas y no encerrándoles en el círculo abrumador de la tradición que sólo sirve para mantener una agrupación disciplinada y personalísima.*

El principismo - señala Oddone - se escinde en dos corrientes. Una, representada por *El Siglo*, su elemento aglutinante, se contrapone a la intransigencia partidista con su bandera de tolerancia. Reclama el cambio de la política que, en ambos márgenes del Plata ejercen los partidos gobernantes, esto es la exclusión del adversario a quien no ven como el complemento social necesario, al que se debe sumar a la gestión contemplando sus intereses. Se le radiaba cuando no se trataba de exterminarlo. He señalado cómo Rodó disenta con la tendencia de Andrés Lamas y de Rivadavia por querer llevar adelante su acción *civilizadora* con exclusión de todo otro partido. La política centralista rivadaviana es en

sí el paradigma del exclusivismo. Rodó, levantándose sobre el medio, considera que este sesgo empaña la carrera del primer presidente argentino. Valga como ejemplo de su espíritu crítico independiente.

Los sucesos desde el derrocamiento del presidente Oribe en 1836, son claramente demostrativos de la situación vigente hasta el inicio de la década de los '70. Tras la *Guerra Grande* y la *Batalla de Monte Caseros*, parecía asomar una nueva era, la posibilidad de una mecánica política distinta. *El Siglo*, aleccionado por el fracaso de la política de fusión, - irreal y opuesta a la sana y vivificante dinámica del enfrentamiento democrático - pide la regeneración de los partidos, o sea, trocar el espíritu jacobino por el espíritu liberal. La fusión no era el instrumento adecuado para este logro. Quiere la consagración de los principios pero sin renegar de la tradición, sin romper con el pasado, evitando el quiebre de *la solidaridad histórica*, para usar la elocuente expresión de Bloch.

Y ésa, no otra, es la tónica del pensamiento de Rodó. La coexistencia de los partidos se sostendrá por la tolerancia, por el respeto mutuo, por la comprensión levantada y superior de la doctrina que los reconoce como emergentes de una necesidad social. *El Siglo* es su portavoz liberal. La otra corriente regeneradora parte de la premisa del giro radical del principismo que apunta a la prescindencia del pasado y a la formación de un nuevo partido desasido de los anteriores. Desarraigada de la realidad es esta corriente sostenida por *La Paz*. Así, con los pies en la tierra, razona *El Siglo*. Dentro del Partido Colorado queda José Pedro Ramírez al frente de este periódico y del *Club Libertad*, que agrupa a los liberales consecuentes con la tradición del partido, afanados en la renovación por lo alto de las miras y procedimientos políticos. Con similares aspiraciones, pero cifrando el ideal más arriba, se propugna el olvido y cuenta nueva.

Carlos María Ramírez en *La Bandera Radical* y José Pedro Varela, en *La Paz* - grandes amigos - se dan la mano en el *Club Radical, asociación nueva e independiente que no reconoce solidaridad con ninguno de los partidos del pasado*. El rechazo de la política partidista, según el programa, es categórico y absoluto: se exige una reforma de la Constitución como medio de mejorar los derechos individuales y la situación del país.

El común denominador de estas corrientes es su sesgo social orientado a una meta: libertad y felicidad del individuo y de la nación mediante normas de paz, tolerancia y respeto. Difieren en cuanto a los medios para tan ambicioso fin: el sector liberal elude encasillarse en la declaración de normas demasiado rígidas; el sector radical, en vez, pregona prescindir de la tradición, aferrándose a principios incommovibles que pronto le harán naufragar por incapacidad de maniobra en el piélagos poblado de traicioneros arrecifes.

En 1913, en su cincuentenario, *El Siglo* edita un número especial. Publica un largo artículo firmado por Julio Herrera y Obes, vinculado ya a José Pedro Ramírez. Julio Herrera y Obes, hijo del ministro de *la Defensa*, Manuel Herrera y Obes, cuyos juicios sobre el caudillismo y sobre Rivera conocemos - había sido presidente en 1890. Vinculado siempre al Partido Colorado, a su sector principista liberal. Pasa revista en él a descollantes figuras nacionales y a los acontecimientos políticos desde su fundación. Al interés del juicio singular - expresado en brillante prosa - del combatiente que mira atrás, desde la perspectiva de una vida batalladora, se añade su visión sobre actores de la época con los que Rodó tendrá que ver. El autor moriría ese mismo año.

*Nuestros héroes predilectos de la historia moderna, denotando la atmósfera que respiraban aquellos hombres, eran los Girondinos de la revolución francesa, poetizados por Lamartine. Aquel modo de pensar y de sentir, no era una modalidad personal, no era un hecho exótico y extravagante, era el producto lógico del medio ambiente moral que dominaba todavía, en todo el mundo y que llegaba hasta nosotros en alas de la filosofía, de la literatura, del arte, de la ciencia, de la historia, saturando los espíritus con sus misteriosas y trascendentales emanaciones.*

¿Declinaba acaso la modalidad jacobina iniciada por Mariano Moreno y continuada por Rivadavia? No en el sentir de Rodó. El jacobinismo, cuyo espíritu hallara siempre su rechazo, no había muerto y se expresaría de diversos modos en el devenir de nuestro ambiente. Más de una vez alcanzarían a Rodó sus dolorosos efectos en su carrera política. También después de su muerte, sumado ello a la ignorancia, a la desidia, a la menguada pasión partidaria y a los diferentes avatares *ideológicos*. Entre ellos el memorable episodio del *Centenario de Cádiz*, en que Rodó, durante el segundo gobierno de Batlle y Ordóñez, - ante la expectativa general, siendo quien reunía los máximos galardones intelectuales para representarnos, - es postergado.

Aquella observación de Julio Herrera y Obes referida al modo de pensar y sentir, no constituía un signo personal; traslucía una conciencia social, una manera de captar y reflejar la problemática del mundo que, con matices de una personalidad a otra daba, a todas, una suerte de lumbré común. La distancia asemeja a unos y otros como pertenecientes a una misma edad. Hay que acercarse al lente para distinguir las singularidades. Sus reflexiones decantadas en la acción de un pasado de vicisitudes y en la responsabilidad práctica del ejercicio del poder, le permiten articular los hechos entre sí. Como ejemplo, su juicio sobre el gobierno del Gral. Lorenzo Batlle, contemporáneo a la *Revolución de las Lanzas*, al que combatiera desde su diario. No resultará casual que José Batlle y Ordóñez, hijo de aquél, batallara contra él más tarde, sin darle cuartel ni aún después de muerto.

Rodó, que en vida no escatimara críticas al *colectivismo*, rechaza la falta de reconocimiento póstumo del Gobierno como acto jacobino, aludiendo a la pequeñez del gesto en un homenaje a su memoria: (Ob.1080)

*Consciente de su altura, no le estorban a su lado los que tenían talla como él: y resplandeciendo con luz propia, no temía el destello de que otras frentes eclipsase, allá en lo alto, la aureola que irradiaba la suya. En oposición a esos títulos preclaros, puede condensarse y ensombrecerse cuanto se quiera el recuerdo de sus errores, aun cuando hubiera de denominárseles sus culpas. Su pedestal quedará inmune; inmune su significación fundamental. No importa que odiosidades injustificables, cuya influencia - triste es comprobarlo - se manifiesta todavía, escatimen a su memoria ilustre demostraciones que se han prodigado en el país a tanto afortunado advenedizo y a tanta encarnación de la mediocridad.*

Lo que entonces decía lo había experimentado en carne propia. Lo que no sabía es que el mismo escamoteo de su nombre, de sus valores, ocurriría con él una vez desaparecido de la escena.

Se comprende que no resultaran armónicas las relaciones ente el presidente Lorenzo Batlle y *El Siglo* - prosigue J. Herrera y Obes - aunque *su gobierno no hubiera adolecido de los vicios y defectos que lo sombreaban. Nosotros queríamos un gobierno perfecto, que fuese la realidad inmediata de nuestros ideales, y la condición de lo ideal y de lo perfecto es, no ser de este mundo.*

Nada mejor que su visión para iluminar la mentalidad que diera pie a las *Cámaras Bizantinas* en medio de un tardido romanticismo y dentro del marco concreto de una sociabilidad morosa para trocar la hábitud primaria de la fuerza por el equilibrio ponderado de la norma jurídica. Con sus pasiones y sus lastres revolucionarios de seis décadas, convulsionada siempre, - ¿podrían los actores políticos zanjar la distancia, aparentemente corta y sin embargo abismal, entre la aspiración y la realidad?

*La Revolución había terminado en los dominios de la guerra [la de Timoteo Aparicio del '70] pero continuaba en los procedimientos y en los medios para llevar a la reorganización política de la nación a la normalidad institucional. Todos los poderes públicos estaban marcados en su origen con el sello revolucionario. ¿El Cuerpo Legislativo era acaso la expresión de la soberanía popular? La campaña toda se hallaba bajo el dominio de los caudillos militares, que la guerra había dejado preponderantes. ¿Cómo po-*

*dría el gobierno, saliendo de esa fuente y operando en esos elementos, ser rigurosamente constitucional?*

Tal declaración sobre el gobierno de Lorenzo Batlle equivale a un enjuiciamiento retrospectivo del principismo. Interesa no por lo que atañe a esa gestión política, sino por el reconocimiento de la mentalidad joven de aquel momento alejada de la realidad, posibilitando el advenimiento al poder de mentalidades groseramente desaprensivas de la normativa legal, codiciosas del poder, aunque así expresado pudiera resultar un juicio esquemático sobre el militarismo. Dirá aún sobre aquel gobierno, Julio Herrera y Obes:

*Del punto de vista teórico de la legalidad y de los principios, teníamos razón los que exigíamos al gobierno el cumplimiento estricto de las leyes pesara a quien pesare, cayera quien cayese y costara lo que costase. El punto de vista práctico, del punto de vista de la realidad de los hechos y de la posibilidad, tenía razón el gobierno, cuando se subordinaba a las imposiciones de la situación. La necesidad es ley ( ) con frecuencia ( ) sobre las ( ) leyes escritas, y cuando esos casos excepcionales se producen, la justicia verdadera consiste en determinar con exactitud y equidad, dónde empieza y dónde acaba esa imposición de los hechos, que deslindan lo racionalmente posible de lo que es.*

Oímos la voz del hombre que ha madurado su cultura en la dura lid del realismo político. Es el *principismo* configurado por un actor de primera fila que pone en sobrerrelieve la mentalidad emparentada con el tardío romanticismo introducido por Echeverría de Europa, continuada por sus huestes juveniles. Tal actitud no condecía en la arena política con las costumbres arraigadas a partir de la lucha separatista. Como observara Darwin, en la escuela guerrera, en las vastas y desoladas campañas, la ley no solía ser la de la clase social en que impera el orden intelectual del racionalismo.

No obstante, esa modalidad, o sensibilidad, para encarar las relaciones del poder real con el medio, había ganado a la generalidad de los que en la ciudad se dedicaban a la política. Sabemos ya que se había iniciado antes y que no había cambiado con el curso de los serios acontecimientos que tuvieran en vilo a las sociedades de América durante más de medio siglo. No debe dejarse pasar, empero, que desde las tiendas de campaña de la revolución de Aparicio, o mejor, desde su imprenta volante, se hicieran oír los ecos sonoros del principismo. Su portador era el periódico *La Revolución*.

Mediado 1872, ve la luz *La Democracia*. Su prédica principista asoma en el primer número. La fundación del *Club Nacionalista* le sigue un mes después. El programa de esta corriente, como el de la *Revolución de las Lanzas* se concreta, por encima del acento principista, en el reclamo de *participación* en el poder. Lograda en parte al haberse obtenido cuatro jefaturas departamentales con la *Paz de Abril*. La plataforma es ahora: renuncia a la senda armada; lucha de partidos con elecciones limpias; relego del pasado al juicio de la posteridad, no debiendo ser motivo de enconos políticos; reorganización del país mediante *conquistas liberales que han de dignificar a los hombres y a los partidos*. Manifestaciones similares - el principismo presente - se verán en el proceso eleccionario del '72 bajo el interinato de Tomás Gomensoro, levantando la bandera del orden, la legalidad y la plena libertad de pensamiento y de reunión: civismo, no la violencia. *Cuanto más difícil es una situación*, decía plasmando la inquietud principista, *tanto más eficaces son los principios para salvarla*. Despertaba una conciencia cívica pero sin desvanecerse el ánimo de abstención en las elecciones de que surgen las *Cámaras Principistas*.

Grande es esta abstención del lado del Partido Blanco. El *Club Nacional* la proclama frente a las denuncias de irregularidades en la inscripción electoral que crecen con la proximidad del comicio. En el Partido Colorado, que había estrechado filas para vencer, acorde a la manifestación de José Pedro Varela, su grupo radical, habrá abstención también. Crisis interna y escisión del *Club Libertad*, aflojándose la tensión ante la ausencia del adversario que hacía más claro el triunfo. Apuntaba Varela la continua división y subdivisión de las fracciones *basta el infinito* sin que haya *dos opiniones conformes...*

*un solo centro político que tenga alguna constancia... Desde los más austeros principistas hasta los más reaccionarios y personales... levantaron por única bandera... la guerra al partido blanco... Vencido éste... el vínculo de unión del Partido Colorado desaparece.*

Por su parte, José Pedro Ramírez, cabeza visible del *Club Liberal* ante el reclamo de un más acendrado principismo (a causa de haber condescendido a la formación de una lista mixta con los no principistas) declara que *los partidos que luchan con su organización ( ) y aspiran a presentarse unidos en la lucha, tienen necesariamente que hacer concesiones a las exigencias de círculo y a la veleidad de opiniones. ¿No son, acaso, elásticos los principios?* En otra ocasión había sostenido Ramírez que *el Partido Colorado y el Partido Liberal eran sinónimos... La calificación de liberal significaba la bandera política, el programa y los principios, ( ) el color de la divisa no constituye doctrina...*

Las promesas de Tomás Gomensoro se estrellan ante las maniobras electorales de un coronel del gobierno, motivando la renuncia de Julio Herrera y Obes, ministro a la sazón de Relaciones Exteriores, denunciando el *dirigismo*. El proceso no hace sino mostrar la inmadurez política de un pueblo que aspira a organizarse en cauces democráticos, poniendo en juego a algunas figuras relevantes del momento. La abstención impediría al principismo llevar la mejor parte. Mas no lleva la peor. Eso sí, motiva que José Pedro Ramírez deje la dirección de *El Siglo*, la que asume Julio Herrera y Obes.

Entra en escena una generación armada con nuevos instrumentos intelectuales. Es la que integra las *Cámaras Principistas* del '73 a las que se refiere Rodó en su citado artículo en *El Orden*. (Ob.1038) Resultan las más brillantes, al par que las más *retóricas* y menos positivas en cuanto a su acción política, según la tradición. El brillo no siempre va de la mano con la eficiencia. Constituyen, empero, un avance civilista. Sugieren el inicio de una comprensión de la necesidad de hallar normas de convivencia social, de procedimientos políticos que, aun distando del perfecto encuadre democrático, comienzan a acercarse, mostrando una doble faz. Por un lado, el levantamiento armado, la apelación a la fuerza. Por otro, una tendencia intelectual caracterizada por el sesgo moral de zanjar las diferencias sociales por la ley.

La *Paz de Abril*, hito histórico en la evolución democrática uruguaya permite apreciar, en algunos conceptos de su articulado, la voluntad de sujetarse a una norma constitucional, dentro de cuyos alcances cada sector de opinión podrá manifestarse como partido orgánico, ejerciendo su influencia en relación a su respaldo electoral.

Este nuevo Poder Legislativo se enfrenta a tener que elegir al presidente de la República.

El Dr. José María Muñoz volvía al país luego de haberse alejado durante tres lustros por causa de la revolución referida. Por su trayectoria, como por su personalidad, era el candidato indiscutido del *Principismo*, la figura que descuella con mayores posibilidades, frente a la de Tomás Gomensoro. El juego político deja a ambos por el camino: José E. Ellauri es el llamado a ejercer el Poder Ejecutivo. Renuncia dos veces, sabiéndose sin respaldo parlamentario. Acepta, al fin, ante un despliegue militar insólito en la Plaza Matriz, frente a la Casa de Gobierno. Marzo del '73. El militarismo ha mostrado sus uñas. Volverá a mostrarlas, exactamente un siglo después, bajo diferentes circunstancias, pero con la misma estulticia.

En el '75 lo tendremos en el poder tras los motines de enero. Permanecerá en él hasta el inicio de un nuevo proceso institucional civilista en que retoñará el árbol surgido de la simiente principista. Los motines de ese enero conmoveron fuertemente la aldea. El coronel Lorenzo Latorre, ministro de Guerra de Ellauri, asumía la presidencia de facto durante tres años. Luego, elegido constitucionalmente, sigue hasta su voluntaria y sorprendente renuncia en 1880, en medio de una crisis económica, que no es causa cierta ni probada de su retiro. Como la máquina está ya montada y en movimiento, toma su lugar el ministro que ocupara igual cartera que él, - general Máximo Santos, tras el interinato de Francisco Vidal. El período asume carácter: el militarismo se adueña del país... Estamos ante el despertar - digamos precoz aunque no tanto para la época ni para el medio en que él se movía - de

la conciencia política de Rodó. El testimonio nos lo brinda un escrito suyo a raíz del atentado contra Santos en 1886.

Retrovisemos la situación. En un raptó de humor criollo el Dr. Juan Carlos Gómez, según recuerda Julio Herrera y Obes, llamará *el candombe*, a la situación producida, *Partido Candombero* a la agrupación que se forma a raíz de los sucesos, y *candomberos* sus adherentes. Se iniciaba 1875. El *Principismo* pugnaba en el Parlamento por leyes garantes de los derechos individuales, esfuerzo persistente de esa Legislatura. Con motivo de una elección de alcalde, en sí sin trascendencia, la plaza principal de Montevideo se convierte en emboscada de muerte para algunos jóvenes

La azarosa elección de Ellauri movería el germen del *caudillismo menor*: Habla Agustín de Vedia:

*El gran crimen del 15 de enero fue precedido por hechos sangrientos que anunciaban y preparaban un resultado oprobioso. El 10 de enero, en derredor de las urnas electorales destinadas a consagrar el hermoso triunfo de las instituciones, los representantes grotescos del elemento viciado que arrojan de sí los partidos que aspiran a la dignificación del país, los hombres de siniestra nombradía en el crimen, armados de trabucos y puñal, se lanzaron sobre el pueblo congregado pacíficamente, manchándose en la sangre generosa de jóvenes distinguidos... y allí, a diez pasos de la autoridad oficial, en aquel centro de la culta ciudad, jenseñaronse en sus víctimas inermes y desnudaron sus cadáveres aún tibios y palpitantes! (89)*

¡Rosas había desaparecido hacía un cuarto de siglo: estamos ahora, a 70 años de Mayo ante la escena de la *civilización!*

Cinco días después, en un ambiente agitado, los jefes militares, tras acantonar tropas frente al Parlamento, (en el antiguo Cabildo, testigo de los sucesos del día 10 de enero,) declaran caduca la autoridad de Ellauri. Nombran en su lugar a Pedro Varela gobernador interino al tiempo que expulsan de la Legislatura a quienes puedan significar oposición. El mal paso está dado. En la ilegalidad todo puede pasar. No hubo que esperar la ignominia. La expulsión de los representantes de la oposición no bastaría. Quince ciudadanos, que habrían de resultar peligrosos a los gestores de la situación de facto, son apresados y, sin más, metidos en la bodega de la tristemente famosa *barca Puig*. Rumbo: la Habana. El expediente a que se recurrió ha quedado grabado en nuestros anales históricos. Los métodos no cambian: se han perfeccionado gracias a *la civilización*. Un siglo después, como hemos recordado, otros militares optimizaban el recurso con una innovación: el pasaporte ahora era directo para el otro mundo.

Entre los embarcados se contaban José Pedro Ramírez y su hermano Octavio; Julio Herrera y Obes; Agustín de Vedia, que nos dejará el relato de la aventura de los forzados en un memorable libro; Juan José de Herrera y los cuatro hijos de Venancio Flores. Los primeros, vinculados a *El Siglo*, de pura cepa principista. Juan José Herrera y Agustín de Vedia, directores de *La Democracia*. Los hermanos Flores, temidos más que por su principismo, - Eduardo Flores dirigía *La Idea* con su hermano Segundo y con Anselmo Dupont - por sus antecedentes militares revoltosos, por sus aptitudes y conexiones. El clima tornábase sombrío. El libro de Vedia recoge las denuncias de los desterrados.

Ministro del gobierno de facto es Isaac de Tezanos, *colorado neto* o *candombero*, aunque alegara alguna vez haberse hallado con los blancos en el *Sitio de Paysandú*. Este sujeto compone, con otros, la lóbrega galería de personajes siniestros. Veleidoso y oportunista, de revolucionario de Venancio Flores había pasado a una amistad truculenta y enconada con él. Esta inquina no era menor respecto a los principistas y hacia el mismo Ellauri. Su impudor político no conoció límites. Se había contado entre los promotores en los sucesos del 10 de enero. Es el sujeto a quien alude José Pedro Ramírez en un pasaje del libro de Vedia. Más que a Latorre es a de Tezanos a quien se atribuye la idea de la deportación a La Habana. Claro, el otro puso la firma.

*...esos abusos de autoridad, estos atentados inauditos no son una completa novedad en mi país. Bajo el dominio de los gobiernos de partido que se han sucedido desde 1852 hasta 1872 se han dado ejemplos repetidos de "destierros administrativos" que en ningún caso y bajo ningún principio se encuadran en el régimen constitucional...*

La semblanza completa de este sujeto nos la da Fernández Saldaña, (90) sin omitir el episodio de su enconamiento con el general Flores que vale la pena recordar sucintamente y que introduce un rayo de luz en la sombría imagen que el autor nos brinda sobre el hombre a quien comienza calificando como de *temperamento apasionado y tornadizo que le ha ganado celebridad no precisamente envidiable*. Dice respecto al referido episodio:

*Díscolo y desavenido con todos, absoluto y unilateral, separóse de la revolución (florista) cuando vio que su jefe aceptaba el apoyo del Brasil - en la diplomacia y en las armas - "por lo cual dejaba el general Flores de ser colorado para tomar puesto entre los traidores del país"...*

Las condiciones a que se ven sometidos los deportados se inspiran en una inquina de baja extracción personalista. En los regímenes de aguas revueltas la escoria sube a la superficie. Había allí una explosión de resentimiento contenido y de venganza regodeada por los circunstancialmente situados en los aldeaños de la fuerza.

El propio Ramírez, - pasaje citado - refiere las prisiones de Estado de 1855, 1858, 1861 y 1863, 1869 y en 1871. En el caso se suman curiosos destierros administrativos... ¡Azaroso vivir en un país así! Los gobiernos de esos diversos momentos aprehendían a los ciudadanos sin formalidades legales extrañándolos arbitrariamente, librándolos a su suerte para que se dirigieran, adonde mejor pudiesen. *Hoy el gobierno de don Isaac de Tezanos ha creído que eso no era bastante; ha querido hacer ostentación de su desprecio por las leyes; de su reacción contra las sanas ideas que se propagaban con éxito desde la Paz de Abril de 1872, de su resolución firme de inmolarlo todo, derechos individuales, nociones de justicia, respetos sociales, opinión pública, en aras de una invocación de partido explotada con tanta habilidad como cinismo, y ha practicado con una quincena de ciudadanos un acto de verdadera piratería*. Al socaire del poder, se habían ido produciendo, además, diversos desmanes.

A pesar de ello hay indicios que transparentan que la revolución encabezada por un caudillo - Timoteo Aparicio - favorable al proceso de democratización del poder, tenía eco. El tenor del sentimiento ciudadano era de expectación pacifista; se quería la normalización política que prometía un acuerdo con el gobierno interino de Gomensoro, al dejar el general Lorenzo Batlle la presidencia. No surge, en cambio, ni aquí ni en general, en las manifestaciones literarias de los principistas, el recuerdo de la parábola evangélica de que no son aptos odres viejos para vino nuevo. No comprendían, entonces, en medio de sus amargas cuan motivadas quejas, que el espíritu nuevo, - el fermento principista - abriéndose camino en una sociedad democrática incipiente, se volcaba en un molde rígido no preparado para soportarlo. Afirmar Toynbee: *una fuente de desarmonía entre las instituciones de que está compuesta una sociedad es la introducción de nuevas fuerzas sociales - aptitudes, emociones o ideas - que la serie existente de instituciones originariamente no estaba destinada a llevar*. De ahí - señala - el efecto destructor de la unión incongruente de cosas nuevas y viejas. (91) Tal la situación al entrar la sociedad uruguaya en el último cuarto del siglo XIX: ideas que pujan por acomodar nuevas aspiraciones sociales en viejas estructuras.

El Año Terrible de 1875 trae a escena la figura del coronel Lorenzo Latorre. Quizá bien inspirado, - y no ajeno en cierto modo al espíritu principista en que militara - contrarrestada ya la Revolución Tricolor hecha sin banderías políticas, asume la suprema autoridad con el lema; *no puedo ni me propongo hacer un gran gobierno, pero os respondo que haré un gobierno honrado y decente*. Se adivina en sus palabras el espíritu del Positivismo que afirmará ahora su preeminencia desde el poder. Diría, asimismo, que no gobernaría

con ladrones. Que en el caso que así sucediera el sería el único responsable. Tal vez ésta sea la clave de su extraña renuncia: *Al retirarme a la vida privada, llevo el desaliento hasta el punto de creer que nuestro país es un país ingobernable*.

Aunque quedan dudas sobre ciertos logros económicos y su grosera actuación, le ha de reconocer la Historia, sin cortapisas, el haber posibilitado a José Pedro Varela su reforma educacional de vasta proyección nacional. A Latorre, por otra parte, no le faltaron en vida ni póstumamente, acerbos enemigos y críticos enconados. Ángel Floro Costa, a quien no cabe considerar principista, trató de estigmatizarlo en un folleto, apuntando: *Como la de Rozas, como la de López (el caudillo de Santa Fe) y como la de Urquiza, su tiranía ha sido, ante todo, una tiranía especulativa, industrial. (92) El Siglo*, en marzo 1876, luego de pasar revista a las condiciones históricas, de donde Latorre pudo salir honrado o deshonrado ante la posteridad, había estampado esta memorable profecía: *Tomando la fuerza material por único punto de apoyo podrá dominar, encadenar y martirizar el país. No podrá gobernar*.

La profecía se cumpliría, confesada por el propio actor, exactamente cuatro años después.

### 8. José Pedro Varela y el militarismo de la época.

Se sostiene que el gobierno de Latorre mejoró la campaña y asimismo la gestión financiera y administrativa del Estado. Puede discutirse. Lo que no es posible discutir es su acierto de nombrar Inspector de Instrucción Pública a José Pedro Varela. Sobre las grises sombras del militarismo se yergue luminosa su figura mientras que el recuerdo de los sátrapas militares yace bajo el polvo del olvido y la repulsa. La reforma escolar de Varela se proyecta con indisputable relevancia más allá de su ámbito, de su tiempo y del hecho menudo de que este principista radical, aceptara colaborar con un gobierno de facto.

El ofrecimiento, hecho por medio de José María Montero, allegado a Latorre, antiguo amigo de Varela y compañero en las lides periodísticas en *La Paz*, le enfrentó a un drama de conciencia. La invitación no fue un acto casual ni con propósitos políticos subalternos. Montero conocía su permanente preocupación por la educación. Varela había ya publicado sus dos tomos sobre *La educación del Pueblo* (1874), que luego complementaría con *La Legislación Escolar*. Afortunadamente Varela, que en principio rechazara la oportunidad, - tal vez ganado ya por el espíritu positivista - decidió al fin aceptar el desafío que le costaría la amistad de muchos de su ambiente, (hasta negarle el saludo), comenzó a desempeñar el cargo en marzo 29, 1876. En agosto 27, 1877, entraba en vigor la *Ley de Educación Común*. Consigno con precisión ambas fechas porque difícil será encontrar en el historias de nuestra nacionalidad un hecho de similares benéficas y vastísimas proyecciones para la nacionalidad uruguaya.

El valiente acto de Varela que con su gesto abnegado hasta el sacrificio de su apellido marcó el destino del país por sobre la histórica polémica con otro amigo, principista de primera fila, Carlos María Ramírez, también compañero en la dirección de *La Paz* y en el *Club Radical*. Es de recordar que José Pedro pertenecía a una familia porteña, desterrada por Rosas a esta orilla. Era hijo de Jacobo Varela y sobrino de Juan Cruz Varela y de Florencio Varela, escritores y periodistas contados entre sus más acérrimos, de quien consideraban el peor tirano. El padre de Rodó - comerciante - había trabajado en unión con el último de los nombrados, según testimonio de Víctor Pérez Petit. José Pedro Varela - cuya perspectiva personal le llevaba a una carrera liberal y a la política, - había cedido a las instancias del padre para colaborar en la barraca de su padre, mas sin abandonar su afición al humanismo, como evidencia la publicación de su primer libro y su intensa labor periodística.

La primera etapa de la polémica entablada con Carlos María Ramírez tuvo lugar en el Club Universitario, continuándose en las páginas de *El Siglo* al publicarse su *Legislación Escolar*. Del inolvidable duelo de alto rango dice bien Arturo Ardao: *...por su solo desarrollo social ( ) es ya una preciosa introducción al alma de la época*, no sin haber afirmado antes que *el episodio constituye en la forma en que ha quedado documentado, una insuperable muestra de un modo o estilo de actividad intelectual que fue típico de nuestro siglo XIX*,

en su segunda mitad y que, permítasenos recordar, se prolongará todavía en el XX cuando Rodó, tan poco dado a la polémica, sostiene con Pedro Díaz la que luego daría origen a su opúsculo *Liberalismo y Jacobinismo* en 1909. ¡Qué tiempos aquéllos! Hoy, cuando mucho, nos limitaríamos a unos chabacanos chispeos televisivos, a algún desganado titular de diario, o quizá alguna difusa mención radial entre una abrumadora tanda de avisos comerciales. Por supuesto, lejos de obtener información, tendríamos una cabal desinformación, como suelen servirnos impunemente estos medios.

El planteo entre el reformador y Carlos María Ramírez era esencialmente teórico, - señala Ardao - y en última instancia filosófico, por el que se estaba transformando radicalmente la cultura y la inteligencia nacionales; el conflicto entre el tradicional espiritualismo romántico, de cuño histórico-político, y el insurgente positivismo evolucionista, de inspiración científico naturalista.

Recordemos únicamente esto por el momento, para abonar una vez más el hecho de la transformación que se venía operando en la sociedad uruguaya. Sin perjuicio de volver sobre el punto cuando abordemos el movimiento filosófico que, de algún modo, podría considerarse culminante hacia 1900, año en que aparece *Ariel*, cuyo trasfondo enraiza en este proceso, contrariamente a lo que se ha sostenido más de una vez, presentándole como fruto de lecturas especulativas europeas. *Ariel*, como gran parte de los escritos de Rodó, moja sus raíces en ese *espiritualismo romántico* que hemos subrayado, sin desdoro del sentido de su prédica, vigente más allá de nuestra América y al que el mundo *globalizado* deberá de prestar atención, cuanto antes mejor.

La polémica Ramírez- Varela no versó, como pudiera creerse, sobre la participación de Varela en el gobierno de Latorre. Ardao interpreta que *la nacionalidad entera sumida en profunda crisis, y no tal o cual actitud personal, tal o cual reforma, fue, en verdad, la gran cuestión debatida*. El principismo del Reformador haría aparecer incongruente su colaboración con Latorre si se olvidara su evolución del *espiritualismo* que distinguía a los principistas, hacia el *positivismo* que comenzaría a predominar a partir de él. Si del gobierno de Latorre, al margen de toda discusión puede salvarse la *Reforma Escolar* abriendo la puerta a un positivismo que frenaba los excesos teóricos, ya sería bastante. La herencia recibida por aquel gobierno en el orden político, retrasando por cierto el proceso civilista iniciado con la *Paz de Abril* de 1872, comenzaría a disiparse lentamente a partir de la reforma. Sin ella el cambio se habría demorado *sine die*. Atengámonos a lo que dice el inglés: *los hechos hablan más alto que las palabras*.

La deuda de Latorre ante la Historia, al asociar su nombre al de José Pedro Varela, acaso esté paga. De otro modo no sería sino uno más de nuestros tantos opacos personajes públicos. En cambio, esa otra deuda que el país contrajo con el hombre de luminosa visión, no está saldada. Sin ambages: el país, cargando aún las rémoras de la mentalidad oligárquica, sigue sin pagarla.

El vacío de Latorre lo llenó Francisco A. Vidal, - uno de nuestros tristes personajes, presidente a la sazón del Senado. En febrero de 1882 renunció. Su período abarcaba hasta marzo del '83, pero no resistió la coacción de su Ministro de Guerra, Máximo Santos. La violencia sobre la Prensa y la ausencia de garantías individuales continuaron. El empuje civilista, - contenido, no detenido, - seguía su marcha, dentro de los límites tolerados por la autoridad proclive a apoyarse ahora en la opinión pública.

Asomaban los brotes de la siembra principista. Tres grupos se perfilan nítidamente. El *Partido Constitucional* - vástago del tronco radical principista del '70, en el que cuentan algunos de los deportados a la Habana: José Pedro Ramírez y Aureliano Rodríguez Larreta entre otros, persistiendo en su antitradicionalismo partidista y en su brega por el restablecimiento institucional. Julio Herrera y Obes, - uno de los expatriados - al par que pugnaba por la organización del *Partido Colorado Liberal*, flexibilizaba su rígido principismo. El expresidente Lorenzo Batlle, y Francisco Bauzá, autor de *La Dominación Española en el Uruguay*, militaban en este sector. En el *Partido Nacional* Agustín de Vedia, el forzado de la barca Puig, impulsaba su programa del *Club Nacional* tendiente, ahora, a superar los logros de la *Paz de Abril*.

Máximo Santos se sale con la suya sustituyendo, como vimos, a Vidal, tras las intimaciones políticas impulsadas desde su Ministerio. Mientras el gobierno de Latorre se había desarrollado con una austeridad de la que da pauta su rechazo al grado de general, Santos se reviste de un boato desconocido hasta entonces. Si la Historia reconoce algo a Latorre, sólo vacío ve en el otro. Junto al desenfreno del lujo instauró un penoso clima de persecuciones políticas que pronto provocaría la fuerte reacción traducida en la *Revolución del Quebracho* en 1886. Este levantamiento armado se frustra por falta de organización logística sumada a otras falencias. Empero sus consecuencias indirectas marcan un hito: participaban en él tres partidos en gestación. Máximo Tajés, Ministro de Santos y formado junto a él, paraliza el movimiento derrotándole sin esfuerzo. Toma prisioneros, por lo demás, a sus hombres más conspicuos. Tres de ellos, pasando los años, ocuparán por su turno la presidencia de la República: José Batlle y Ordoñez, hijo de Gral. Lorenzo Batlle, Claudio Williman y Juan Campisteguy.

La violencia, una vez desatada, suele degradarse hasta alcanzar signos de barbarie. Santos, frente a la victoria, envía un telegrama a Tajés, en parte cifrado, ordenando segar las cabezas del levantamiento. Pero habían pasado los tiempos de *Quinteros* y de *Paysandú*. La propaganda de ideas - misión cumplida - había permeado las conciencias. Tajés, aunque de su círculo, desoye la orden criminal. A diferencia del desgraciado Lavalle.

1886. Año del *Quebracho*, al que podríamos llamar el *Año Bueno*, - por los hechos que pone en movimiento, en contraposición al de 1875, el *Año Terrible*. Año del gesto de Tajés, nunca bastantemente destacado que, a poco, cerrará el ciclo militarista. Tampoco se han relevado suficientemente sus consecuencias, no desemejantes, en otro plano, a las de la *Reforma Valeriana*. Año, también, del atentado del Teniente Ortiz contra Santos. El acontecimiento provoca una reacción del Rodó adolescente en quien alboreaba la conciencia política, como se dijo, en medio de su dedicación al estudio y a la lectura, alentado por las inquietudes del hogar. Esta reacción se traduce en el impulso de escribir una carta a Santos. Emir Rodríguez Monegal se refiere a ella así: (93)

... Rodó de 15 años escribe ( ) una carta al dictador; estampa allí su repudio formal del pistolotazo, pero apunta también su repudio al déspota y le recuerda magistralmente que el arrepentimiento del malvado lleva en sí su propio castigo: no ser creído. ( ) No envió la carta. Para sus quince años bastaba haber seguido el impulso de escribirla.

De más niño aún, ha bebido las aguas de una tradición de lucha por la libertad, entendida con los parámetros de *la Defensa*. Los periódicos existentes en su casa, las conversaciones de quienes la visitaban, las publicaciones del momento, iban labrando perdurables impresiones. Si sorpresa causa el agudo despertar de su conciencia política, manifiesta en la carta no enviada a Santos, mayor sería el asombro ante sus recordadas palabras cuando, escolar de 12 años, escribe sobre Bolívar revelando junto a su tempranísimo conocimiento, su vocación americanista y la noción de la importancia de la libertad.

Para mejor percibir el carácter que determinara al adolescente Rodó a expresar su repulsa al usurpador - entonces presidente *legal* mediante un artilugio - cuadra consignar la farsa política a que se prestara Vidal. En efecto, terminado su período en 1886, elegido Vidal en su lugar, Santos accede al Parlamento, primer militar que se sienta allí. Lo hace como legislador por el Departamento de Flores, creado ex profeso el año anterior. El presidente del Senado, alegando no poder ocupar el sitial ante la presencia del Jefe de su Partido, renuncia. Primer acto de la parodia cuya trama conduce a sustituirlo. El segundo acto está a cargo del Presidente de la República, Vidal, quien, sin rubor, también renuncia para que Santos, en su calidad de presidente del Senado asuma el Poder Ejecutivo. No existía por entonces el *Libro Guinness*, ni se hablaba aún de *repúblicas bananeras*.

El sainete se repetirá a los cuatro años. A partir de mayo 1886 - derrotada la *Revolución del Quebracho* en marzo - su voluntad sustituirá a la ley. En agosto, sin conexión probada con la nueva farsa a que

sometía al país, se produce el pistoletazo de Ortiz en pleno rostro de quien, entre sus arbitrariedades contaba unas cuantas más que las señaladas. Tal el clima en que vivía el adolescente José Enrique. En 1910, las impresiones que en aquel entonces le embargaran resurgen en estas palabras: (Ob. 1185)

*He alcanzado, de niño, los tiempos en que el paso de un batallón, por las calles públicas, alarde de una fuerza abominada, repercutía en el corazón de los ciudadanos con vibración angustiosa, de humillación mal sufrida, de sordos enconos...*

Santos buscaría rodearse de personalidades relevantes - Manuel Herrera y Obes entre otros - en pos de gestar un respaldo político de los hombres del *Partido Colorado* glorificando la *Defensa*, trayendo a la luz el recuerdo de *Quinteros* y la *Cruzada Libertadora* de Flores. Burda argucia. La pretendida tradición del Partido apelaba a la libertad explicitada mediante el agregado de *liberal*, de cepa principista. Sus conatos respondían, - ¿cómo esperar otra cosa? - a una astucia de bajos móviles - como lo evidenciarían sus maniobras para continuar presidiendo el país. Suficiente era su trayectoria como Ministro de Guerra para juzgarlo. Remataba su desprestigio, tras el atentado, proyectando una ley de imprenta para - no es preciso adivinarlo - cercenar la libertad de prensa. *La astucia es a la inteligencia, lo que la luz de una vela a la luz de una estrella*. Obviamente Santos no habría leído a Víctor Hugo o, en todo caso, no estaba tal reflexión a su alcance. El conato sobre la Prensa, sumado a los atropellos a que sometía a los opositores, desmoronó el edificio falto del cimiento necesario a todo gobierno con intenciones de acción perdurable. Santos estaba ya perdido ante la opinión. Sus principales ministros, el nombrado y José L. Terra, renunciaron. La soledad le iba cercándole, anticipando su destino paria político. Enfrentado a la excomuniación de la ciudadanía, apela a la única salida que pone una nota de decoro en su trayectoria: ofrece el Ministerio de Gobierno al máximo dirigente del Partido Constitucional, José Pedro Ramírez. Este lo acepta bajo condiciones irreductibles: abolición de la ley de Prensa implantada, respeto a la norma constitucional que imposibilitaría el continuismo presidencial, fijando el 1º de marzo de 1887 para la próxima elección.

Surge así el llamado *Gabinete de Conciliación*, consagrando de hecho y de derecho el triunfo del *Principismo*.

Alboreaba la faz positiva del proceso civilista uruguayo. Formado el Gabinete, noviembre 1886, - tras renunciar, se embarca el sátrapa para Europa. El nuevo presidente electo, general Máximo Tajes, mantuvo el Gabinete, produciéndose un cambio voluntario de sus ministros. Este es el punto de apoyo para la palanca que empleará Julio Herrera y Obes a fin de desmontar la máquina militar, calculando - y no se equivocaba - que quien la había montado pensaría volver y recuperarla. No entendía Santos que el tiempo no tiene marcha atrás. No así Tajes que, más a tono con la conciencia histórica que se abría paso, había dejado en claro, al negarse a la *Matanza de Quebracho*, que no confundía el camino. Cuando Santos intenta el regreso de Europa, no hesita en enviar a las Cámaras un proyecto de ley por el que se le destierra. ¡Quien a hierro mata, a hierro muere!

Tajes ha roto el círculo, ha cerrado una época y ha abierto otra.

Aquí cabe recordar unas palabras de Rodó en 1916. Enfrentado al proyecto de José Batlle y Ordóñez de implantar un Gobierno Colegiado cuyas características, instituían una oligarquía política en el poder, *un círculo de hierro*, en su opinión, dice: *Una voluntad personal salida del núcleo de una oligarquía, puede reaccionar en determinado momento, reivindicar la plenitud de su autoridad, formar vinculaciones nuevas, dar oído a los clamores de la opinión*. Añade que tal cosa no tendría lugar en una corporación cuyos miembros son elegidos dentro del mismo núcleo de pensamiento e intereses. ¿Habríale despertado esa idea la inusitada acción de Tajes? En efecto, este militar, se había formado en estrecha relación con Santos. Elevándose sobre las ambiciones de su círculo, oye el mandato de la conciencia popular, obstruye el paso de los facciosos y escribe con esa acción una luminosa página histórica.

Lo antes dicho sobre José Pedro Varela no cierra ni de lejos lo que sobre su espíritu y obra puede decirse. Arribamos a la postrera década del siglo XIX, acercándonos a la apertura de una nueva era. En el cruce de uno y otro siglo volveremos a Varela.

## 9. El misterio Rodó.

El desbroce de la selva que representa la obra de Rodó, nos ha traído a un sorprendente intrínquillo en lo que a su comprensión histórica del pasado, cuyos ardientes acontecimientos palpitaban aún en su hogar, vibrantes los ecos de las contiendas al calor de un fuego no apagado. Las derivaciones del sacudimiento independentista, en un tiempo de ritmo cansino, sobrevivían en una Montevideo más aldea que gran ciudad. No cabe comparación con el pulso febril de los hechos actuales, en que los medios, con su vértigo de noticias nos hacen olvidar las de ayer bajo la avalancha del hoy, en que las de afuera, mezcladas con las de adentro, forman una avasallante vorágine de imágenes y sonidos fugaces que rozan apenas nuestro espíritu sin dejar un trazo equiparable al de la huella que cualquier hecho, en aquel entonces, grababa en las conciencias.

El prisma de sensibilidad con que los jóvenes que se formaban a fines del siglo XIX era harto diferente del nuestro. Sobre nuestra sensibilidad presente todo resbala. Sobre la juventud contemporánea de Rodó, lejos de ocurrir así, ciertos hechos calaban los espíritus de un modo cuya comprensión no nos resulta directamente asequible. Para arribar a ella hay que imaginar la onda romántica que impregnaba la percepción hasta de los más prevenidos. Bajo esta luz la sorpresa pierde algo de su intensidad.

Decir *romanticismo* es decir de algún modo *idealismo*, en sentido espiritualista, como en el de pensar por ideas. Esta es la tónica vivamente impresa en su personalidad. No me cuesta admitir que esta manera de ver despierte resistencias. Las tuve. Años me llevó desprenderme de ellas y reconocer los hechos. Ciertas reflexiones contradictorias de Rodó - los valores con que juzgara a determinados personajes, - constituyeron una suerte de misterio para mí. Entre estos personajes, por una u otra razón, se cuentan Bolívar, San Martín, Rivadavia, Rosas, Rivera y varios otros de menor magnitud. La clave del enigma finca su raíz en ese aspecto extraño del escritor.

Catalogar a Rodó - tenido por *un clásico* - como un *romántico*, escandalizará a algún crítico. No osaré afirmar que Rodó fue un romántico pleno. Admitiré que la imagen de *clásico* fue la que, en principio, dificultó desentrañar el misterio. De no disiparse los velos de este *misterio*, su figura sufriría mengua, aunque no los valores que nos trasmirió. Esos valores sobrepasarían, sin embargo, esa zona oscura de su intelecto. Bastaría para fundar nuestro aserto el ideal que levantó, como nadie, de una América unida. Los demás valores humanísticos que su prédica tendió a inculcar están hoy más vigentes que nunca. Insistamos en ello. La idea de estos valores comporta una profunda abstracción que no se capta a primera vista. Del mismo modo su idea de América. A poco que se medite se comprenderá que tal vez nunca como hoy, nos hallemos tan necesitados de retornar a esos valores. Pertenecen a la vida, no a la metafísica. La necesidad suprema de una América una no requiere explicación.

Rodó ubicó con lúcida precisión la fuente de la poderosa onda que amenazaba la cultura humanista, encarnada en la tradición hispana. Nos alertó contra la correntada que venía del Norte despojada del trasfondo humanista de su matriz europea. No digamos que su prédica haya tenido éxito; tampoco que por ello ha perdido valor. Paradójicamente, lo contrario: el peligro que cual espada de Damocles pendía sobre nuestra América se ha expandido anegando en su incesante avance al mundo entero.

Muchos, leyendo su *Ariel* tomaron el alerta cual actitud antiimperialista. No surge ella del libro que rebasó fronteras y conmovió al Continente. Su advertencia todavía incomprendida iba mucho más allá. Por sobre los fenómenos político-económicos apuntaba a la defensa de las entretelas espirituales del hombre. ¿Será necesario citar al *rey hospitalario* de *Ariel*, como ejemplo del rescate del espíritu frente al avatar de la lucha diaria? ¿O acaso su apostolado por el ideal de la cultura helénica,

emergente del arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana debe apagarse? Su ideal de educación plasmó en esta frase de *Ariel*: *Aspirad () a desarrollar () no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser*; complementada con: *Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores*. Hablamos de ideales. No son de recibo las objeciones levantadas al ideal por una visión de corto vuelo. Cabría aún recordar dos de sus parábolas de alta significación.

La de *Gorgias*, comprensión de la imposibilidad de detener el devenir de los cambios que el tiempo impone; ejemplo, a la par, de la humildad del saber y de la relatividad de la verdad dinámica. Y la de *Los Seis Peregrinos*, símbolo de la acción firmemente enderezada a un fin sin olvido de que el primer y último imperativo, es la solidaria participación cristiana en el quehacer humano, encarnada en la figura de Idomeneo. ¿Podrá discutirse que el mejor modo de atajar el imperialismo es expandir la cultura? Sin este requisito esencial no es que sea posible el combate. Por esta senda transita su prédica pero no parece haberse comprendido su actitud hasta el punto de imputársele desconocimiento del fenómeno imperialista. No lo trató con especificidad en *Ariel* por subyacer en la idea anteriormente expresada de que el colonialismo comienza por la mente. Su defensa contra el usurpador empuje de Norteamérica, recrudescido en ese tiempo, apunta a la preservación de los valores humanistas. El avasallamiento de estos valores es el primer paso hacia la conquista material; la generalización de la cultura es la valla primera a oponerle.

Tengo a mano *Número*, de 1950, dedicado a *La Literatura del 900*. Se abre con una nota referida al *Cincuentenario de Ariel*. Una frase servirá para el despegue a este manido tema. *Rodó temió más la dominación cultural que el imperialismo militar*. De ahí no parecería posible derivar lo que Carlos Real de Azúa se anima a afirmar sin más: que *Rodó no sospechó el imperialismo económico*. La primera parte puede aceptarse sin hesitación y hace honor al Maestro. Creo haber dicho que el colonialismo – contracara del imperialismo – comienza por la mentalidad de las clases dirigentes. Difícil si no imposible dominar a un pueblo cuya cultura actúe como fuerte muralla ante cualquier subordinación que quiera imponersele. Al pueblo que tal cultura posee no le llevan por donde no quiera ir. La inversa la ejemplifica la América pretendidamente independentista del siglo XIX.

He aquí la motivación central de este libro, como fuera central en la prédica explícita e implícita en sus páginas, tanto como en su actividad política práctica. De ello nos ocuparemos al referir su publicación de 1915 en *El Telégrafo*. Cuando en *Ariel* sostuvo que los Estados Unidos eran una *plutocracia* ¿qué quiso decir? A buen entendedor pocas palabras. Mi respuesta a la pregunta es: lo dijo todo. No es necesario hacer gárgaras con el tópico imperialista. Lo que sigue tiene relación con lo dicho.

Veamos: Proudhon, sin quien Marx no se explicaría, afirmó con modestia que *Aristóteles ha demostrado que el orden político se encuentra ligado íntimamente al orden económico: los dos son solidarios*. Si el filósofo griego entendía, hace más de 2500 años, una verdad tan simple, sólo cabe agregar que el orden económico no se liga únicamente con el político; uno y otro se vinculan con todos los fenómenos del ámbito socio-cultural. No hablo de subordinaciones deterministas. Indico la existencia de relaciones indudables que asumen, dentro de sus abigarrados contactos de causa-efecto-cause, los más diversos elementos de la actividad social. Rodó no ignoró esta clase de fenómenos. Es oportuno advertirlo para completar su ubicación en el medio.

Mientras que por un lado se le acusaba de desconocerlo, por el otro se utilizó su nombre para levantarlo como campeón del antiimperialismo. La verdad es que Rodó no hizo gárgaras con el tópico que tuvo muy claro, como clara fue su posición al respecto. Cuando la intervención norteamericana en Méjico publicó el ya mencionado artículo de 1915 en *El Telégrafo*, Rodríguez Monegal se lo atribuye e inserta no sin cierta cautela en sus *Obras Completas* de 1967. Tengo su autoría por indiscutible. Aparte de su notoria vinculación al periódico, lo corrobora su léxico, el ritmo de la frase, el estilo cuidado, sus giros. Su posición queda certificada por su participación en una manifestación contra Norteamérica, que encabeza con su firma y su persona, lo que traté en *Rodó, Acción y Libertad*. Creo que nadie señalará este hecho hasta ese entonces en nuestro medio. Volveré sobre el asunto del imperialismo.

Obviamente no sólo en este aspecto fue evolucionando el pensamiento de Rodó aunque no haya alcanzado a captar, ¿o sí?, como tantos otros hombres de su época, los sutiles procedimientos de que se valiera el imperialismo internacional, – y se seguiría valiendo – en su penetración en América. Nadie osará disputar el origen de esta escuela a la vieja Albión. Las primeras facilidades se las brindaron justamente *los independentistas* desde antes de Rivadavia. Discurramos, en fin, sobre esas aparentes incoherencias del pensamiento de Rodó arrastrado por la atmósfera creada por la sensibilidad romántica.

Su pensamiento político liberal, inclinado a las fórmulas democráticas y su derivación lógica de la máxima participación posible de la generalidad en el poder, o al menos en su control, no parece congruente con la exaltación de figuras históricas de neto perfil contrario a esta tendencia. ¿Puede ser considerado Rivadavia, su grupo, su facción unitaria, representantes del liberalismo político? En mi entender, decididamente, no. Empero ésta es la forma en que inúmeros historiadores, historiadores y comentaristas en la materia, han presentado al progenitor del unitarismo a lo largo de más de un siglo. El propio San Martín, de decidida vocación monárquica, y como él Belgrano y demás egregios personajes del momento, ¿merecen elogio por su supuesta acción revolucionaria y ser considerados gestores de una independencia que no pasó de utopía? ¿Ignoraremos eternamente las consecuencias demográficas, sociales, políticas y económicas de sus conductas zigzagueantes que enterraban de hecho la independencia antes de nacer?

El pleito del unitarismo con Artigas, exponente de la lucha más pura del liberalismo político y social pondría a Rodó en una difícil encrucijada. La misma en la que se le vería al declarar a Bolívar el apoderado de la unidad hispanoamericana. El ensayo confronta al héroe del Norte con el héroe del Sur. De la confrontación surge un Bolívar *adjetivamente* grande. Enfrente, un Artigas *sustantivamente* grande. No debe descartarse la posibilidad de que se trate de una subliminal, sutilísima, estratagema del escritor.

Al margen de esta consideración puntual, el problema se da en numerosas situaciones a las que se ve enfrentado nuestro pensador cuya vocación por la Historia le atrapa de continuo. El discurso en que califica a Rivera entre los grandes caudillos es, en mi opinión, un caso singular en que la contradicción le deja mal parado. Porque, ¿puede admirarse a Artigas en la forma franca y decidida con que lo hace y alabar a Rivera y a quienes representaron el espíritu unitario, equivalente al más crudo antiliberalismo político y, un poco más allá, social y filosófico? Cabe la misma interrogante, con matices, respecto a Bolívar como a San Martín.

De estos equívocos está preñada la historia de América, y densamente, la del Río de la Plata. Rodó mismo reclamaba su revisión – lo reitero – para hacer que un día resplandezcan sus verdaderos héroes, en vez de aquellos levantados por los amanuenses de turno. Y ello hasta el punto de lograr que revisionistas – y algún no revisionista – afirmaran que en lugar de una historia seria y digna tenemos una mitología. En esta orilla fueron apareciendo – desde un Justo Maeso, un Carlos María Ramírez hasta un Eduardo Acevedo – para rescatar a Artigas del oprobio al que le sometieran los unitarios. En la vereda de enfrente, para dar vuelta las verdades consagradas por Sarmiento, Mitre y acólitos, surgieron historiadores honrados – desde Saldías a José María Rosa – para situar en su lugar desde un Rivadavia a un Juan Manuel de Rosas. El anhelo de Rodó, pues, ha tenido principio.

Desde la nueva perspectiva se vería a Rosas ascendiendo varios peldaños en su valía histórica, mientras veríamos bajar otros tantos, a figuras como Moreno, Rivadavia, Mitre y demás.

La intuición de la necesidad de ese revisionismo es una pista que muestra a Rodó ya en la duda sobre la tradición recibida, o más bien ante la certeza de las grietas de las murallas en que se encontraba atrapado. De haber vivido unos años más, ¿no habría acometido él mismo la tarea que reclamaba como hemos pensado?

Una parte del misterio la aventala la idea en que insistimos: la fuerte gravitación del medio desde su temprana edad. Su vigor resulta incontestable para quienes adentrados en los vericuetos de la Histo-

ría perciben que estudiosos, como Rodó antaño, y como tantos actuales, no han caído en la cuenta de la celada histórica que se nos ha tendido.

¿Se explicaría la exaltación de ciertas figuras locales por su militancia en el Partido Colorado? ¿Fue Rodó un colorado convencido, un colorado de corazón? Sobran en sus páginas pasajes suficientes para creerlo y para dudarlo. Encaremos el problema de los jóvenes con talento hacia fines del siglo XIX en el ambiente aldeano de Montevideo como de las ciudades de la América. ¿Qué porvenir intelectual, y aún económico, podía esperar a quien se destacara en el medio por los valores de su educación, cultura u otras virtudes?

La respuesta es: sumarse a uno de los dos partidos que normalmente se disputaban la escena para obtener las prerrogativas sociales y económicas que de otro modo no les sería fácil conseguir. O era uno, o era el otro, o ser marginado de la consideración pública a la que todo hombre de valor razonablemente aspira. Ya en esta ruta cabría interpretar que Rodó transigía con las diversas arbitrariedades de las figuras del partido en que militaba. La tesis resulta atractiva y llevaría a presentarle, - tal se ha hecho - como conservador. No examiné el asunto desde este ángulo en *Rodó, Acción y Libertad*. Su finalidad se centraba en restaurar su imagen, demostrando que su actuación le presentaba lejos de lo que se le atribuía. Nunca fue Rodó estatuario, sino un ser por demás sensible; no se hallaba, por ello de espaldas a la realidad sino, al contrario sumergido en ella, se tratara de la realidad local, la de América o la del mundo. En modo alguno conservador. A menos de confundir falazmente su espíritu prevenido, por su cultura histórica y social. Su rechazo a la demagogia era orgánico lo que, en más de un caso, le llevó al gesto valiente, reacio a trocar concesiones por popularidad. Al pasar raya, la suma da una inconfundible figura: la de un político activo, mesurado y responsable.

Todo esto contradice abiertamente la posibilidad de la tesis de que Rodó se doblegara al interés personal. Su temple de *independiente* le hizo arriesgar posiciones dentro de su partido por sostener ideas que contrariaban a los de mayor peso en su seno. Indiscutible ejemplo de su carácter ecuaníme e independiente lo tenemos en que antes de ser una figura consagrada, cuando era nadie dentro del Partido, se expresa sin cortapisas, lo que otorga relieve a su actitud. Su discurso de febrero de 1898, señala el carácter democrático del manifiesto nacionalista de 1872; en referencia al manifiesto constitucional de 1880, su repudio a los motineros de 1875; su reclamo de *extinción radical de ese sistema de usurpación del voto, de la mentira electoral* ( ) *que nos deprime en nuestra dignidad de pueblo libre*. No hesitó en proclamar la necesidad de *sustituir la privanza de los caudillos complacientes con el dominio de los hombres justos y capaces*. Coincidió con Batlle en que el gobierno debía ser el de *los mejores* pero, ya representante, con varias legislaturas a cuestas, sabría oponerse al líder, jugándose su entera carrera política en la cuestión del Colegio integral, por considerarlo la instauración de un régimen oligárquico. *El círculo de fierro*, sentenció lapidariamente. Tampoco vaciló en defender el voto secreto y la coparticipación en el poder cuando la consigna desde las alturas se manifestaba refractaria al justo reclamo. Neto fue su apoyo a la participación de las minorías en las asambleas constitucionales. Su trayectoria política no tiene quiebras: se le halló siempre en la trinchera de los que defienden los derechos y propenden al avance de la cultura. Insistamos: Rodó fue un político *independiente*, jamás genuflexo, enemigo de componendas, lo que expresó en aquellas recordadas palabras de no voltear nunca la cabeza para ver quién le seguía. No le preocupó jamás el rédito ocasional; resolvió siempre con acendrada conciencia liberal y racionalidad.

Por lo dicho, descartamos la posibilidad de que su exaltación de los valores que teóricamente surgirían de *Maya*, y sus personajes, obedeciera a interés subalterno. El vio, o creyó ver, en actuaciones como la de Rivadavia el móvil de la civilización y la cultura. Tal vez resulte difícil a los estudiosos de nuestra época calibrar las dificultades que opone una tradición recibida al cambio de los cánones valorativos. Lo que nos hace volver a la primera explicación aventurada, dejando sin resolver el misterio, que se nos agranda con su valoración sobre Bolívar. Porque, en efecto, resulta hartamente confusa la lógica histórica que le lleva a considerarlo la suma de Artigas y San Martín. El recuerdo de la impronta

del héroe venezolano en su espíritu de niño nos haría pensar que no logró zafar del carril romántico arraigado en su mente. Llegó, con todo, como queda dicho, a comprender la imperativa necesidad de una profunda revisión de las jerarquías históricas.

Esa reflexión pasó a constituir una pista para mi espíritu rebelde a la resignación de ver al Maestro en la sombra de la *cárcel de las ideas*. Llegado a este punto en pos de la llave del misterio, concebí entrar con paciencia en el dédalo de sus escritos. La dificultad de rastrear sus ideas no es poca. La tarea se facilita un tanto con la primera publicación de sus obras completas por Emir Rodríguez Monegal en 1957, y su reedición de una década después y, en 1971 por la de su *Actuación Parlamentaria*, debida a la invaluable labor de Jorge A. Silva Cencio. (94)

Hemos ya anotado el dispar carácter de sus escritos que forman una suerte de laberinto reacio al esclarecimiento del fondo sus ideas. La luz se intensifica a medida que, siguiendo un orden cronológico, se descubre una pincelada aquí, otra acullá, hasta ver definirse algunas líneas y surgir una constante: la de su lucha entre su emocionalidad y su racionalidad. No reniega él de la primera. En el prólogo que escribe para *América*, libro de Abel J. Pérez, (Ob. 1010) desliza que el complemento *emocional* hace más eficaz el fruto del análisis y de la reflexión, *porque es cosa averiguada que el corazón es también órgano de conocimiento*.

El romántico, renuente a aceptar las implicaciones de una realidad, lucha entre un soñado ideal y la imposición racional de la realidad. La trayectoria cronológica muestra altibajos en las dos tendencias que pugnan en el seno de su alma. Renunciemos a este orden - tras haberlo intentado - y sigamos la sinuosa trayectoria, espigando sus ideas en cuanto lugar aparezcan. Su página de 1904 sobre *Garibaldi* pone al desnudo su íntimo debate entre el *mito* y la realidad. (Ob.534)

*¿Para contribuir, acaso, a reducir la leyenda a los términos de la realidad? ¿Para quitar a aquélla alguna parte de su hechizo? ¿Es la obra implacable del análisis que reivindica los fueros de la razón, pasado el poder fascinador de la leyenda? Nos habla allí de ( ) este maligno crítico que se complace, dentro de cada uno de nosotros, en destejer la tela de nuestra fe y nuestro entusiasmo, nos argumenta con la idealización de la realidad...*

Y para terminar de mostrarnos el cuestionamiento de la tendencia idealizadora frente a la racionalidad:

*Después que pasa nuestro entusiasmo de los quince años por las teatralidades de la acción y de las garrulerías de la libertad vociferante y callejera, ¿cuántos ídolos de barro vemos caer de los altares de nuestra devoción! ¡Cuántas glorias efímeras pierden la fuerza con que nos atrajeron y el brillo con que nos deslumbraron!*

Sin embargo de que en el tono de su escrito predomina la emocionalidad, por no decir romanticismo, se encuentran allí esas líneas que la ponen en entredicho; traslucen su tendencia a no querer renunciar a la idealidad, con que estaba amasada su alma por sobre todas las cosas. Pero su realismo, que oscila, ya había emergido patente en *Ariel*: (el) *presente de América*, ( ) *a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen...* Lucha entre la tradición con la percepción de la realidad.

La pertinaz idealidad seguirá en controversia con la comprensión cada vez mayor del estado de nuestro Continente años después, en ocasión del Centenario de Chile, vuelto a su vocación idealista, expresa:

*El destino histórico de esta revolución, no fue alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran estar separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía vinculados por la comunidad de origen... ( ) Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea*

*de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanza de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo; cabe levantar sobre la patria nacional, la patria americana y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cual es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, sino porque contesten con el nombre de América... (Ob. 570-571)*

Bellas palabras, expresión de un deseo cargado de racionalidad... e idealismo. Pero cien años después, - hoy - la terca realidad deja sólo a flote la idea de que fuera de su emocionalidad poco o nada se acuerda con el suspirado anhelo. El mismo afán vuelve a surgir en *Magna Patria: un sueño cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa!* (Ob. 627)

Realismo y romanticismo otra vez. Realismo en el reconocimiento de que el sueño no está próximo. Romanticismo en el *¡Qué importa!* significativo de la resignación ante el incalculable tiempo que ha de tardar la realización del sueño. Nos preguntamos, transcurrida esa centuria: ¿llegará? ¿Cuándo? ¿Es debida a impaciencia nuestra duda, al cabo de ese tiempo? No, mera indicación del irrealismo del sueño. La historia precedente, despojada, ya de los velos del romanticismo, permitía columbrar el camino erizado de feudalidades, la imposibilidad de concretar lo que el interés del Continente clamaba y sigue clamando a gritos. No quiere ser duro este juicio sino meramente indicativo. Su sueño fue compartido por una juventud y por una *intelectualidad* madura en esta América, hasta unas décadas atrás. De encontrar el juicio a muchos nos caería el sayo. Lo confieso. Debo agregar que, a *nivel popular* existe el sentimiento de la unidad de América. Donde no existe, ni ha existido, es en las clases dirigentes...

La misión que nos encomienda Rodó - *asentar nuestro pie detrás de su última buella* - nos impulsa a expandir la verdad histórica que las obligue a rehacer la unidad. Las últimas décadas nos han aportado la enseñanza de algunos hechos cuya significación no nos era dable desentrañar. Es lo que he intentado demostrar aquí empenándome en traer al debate la idea de una revolución a destiempo, la falta de una conciencia histórica o su desvío de su cauce racional por facciones minoritarias adueñadas del poder, condicionando, desde entonces, la vida de los millones de pobladores de América. Esas fuerzas que en alguna medida ignoró Rodó se siguen ignorando... a pesar de las muchas declamaciones altisonantes.

En 1911, la evolución intelectual del Rodó, a quien cuesta aún desprenderse de los lastres transmitidos por el ambiente, sigue manifestándose en *La España Niña*. Comentando allí un libro nos habla de una (Ob.740)

*idea henchida de persuasión como de esperanza; una idea honda y preciosa, que me ha quedado en el alma prendida como una estrella, ungiéndola de luz y diciéndome por lo bajo cosas de consuelo y fe... Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos ( ) Yo la quiero embebecida, o transfigurada, en nuestra América, sí; pero la quiero también aparte, en su propio solar, y en su personalidad propia y continua...*

Todavía no ha alcanzado Rodó la comprensión del error histórico de su admirada revolución. Empero en *Iberoamérica*, de pocos meses antes - 1910 - (Ob. 689) la idea bregaba por abrirse camino. Dice allí que

*no necesitamos los sudamericanos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta; podemos llamarnos iberoamericanos, nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas...*

Asoma, como en otros escritos, la sugestión que de alguna manera reverberaba en su espíritu la idea de que algo que no debía romperse, se ha roto. Los dos fragmentos - que llama *dos naciones europeas* quizá no serían tales pues grande es el fundamento que aún las une. No surge allí una confesión explícita, pero su argumentación nos induce a seguir esta oculta pista.

Otro fuerte indicio de la comprensión que penetraba en su espíritu como un rayo de luz de la estrella que invoca, en relación a los frutos de *Mayo*, está dada en el ya citado artículo *Nuestro desprestigio*, subtítulo *El caciquismo endémico*. Es de 1912. En el pasa revista a la situación de los diferentes países sudamericanos.

*Allí tenemos en Méjico el desenfreno revolucionario en todo su vigor, hasta temerse para aquella república fuerte la deprimente intervención yanqui... ( ) En Quito ( ) el frenesí de las turbas ensañadas en los cadáveres de los prisioneros; y el ánimo se consterna ante esa regresión a épocas de barbarie o a las degollinas de manchúes en la China contemporánea. ( ) En el Paraguay se bate del record de los problemas políticos insolubles... ( ) En el Perú se ejecuta a obreros inermes cuyo único delito consistía en la protesta contra el rudo trato de los caporales y la mezquina retribución de un jornal irrisorio.*

Pero si tal panorama no le hubiera convencido aún, la prevista *deprimente intervención* de Méjico en 1915, le sacudiría entrañablemente. Es el hecho que motiva su citado artículo en *El Telégrafo*. En *El genio de la raza*, del mismo año, reitera la necesidad de permanecer fieles a la tradición hispana, como modo de afirmar *en el mundo una personalidad colectiva, una manera de ser que nos determine y diferencie. Fieles en la medida que no se oponga a la libre y resuelta desenvolvura de nuestra marcha hacia delante*. La frase, años antes, podría haberla coronado agregando: "a la que se oponía España." Antes tal vez. Pero ahora el giro de su expresión ya sugiere lo contrario.

Con lo dicho hasta aquí creemos haber demostrado que España, lejos de ser una rémora o un obstáculo para el desenvolvimiento de América, era motor de su progreso y escudo contra las voracidades circundantes. Salvada esa condición que impediría el avance, ¿estaba lejos de admitir Rodó que nada serio obstaba a mantener la unidad con España y que, en cambio, todo aconsejaba no innovar al respecto? Veamos lo que sigue: (Ob. 1213)

*La emancipación americana no fue el repudio ni la anulación del pasado, en cuanto éste implicaba un carácter, un abolengo histórico, un organismo de cultura, y para concretarlo todo en su más significativa expresión: un idioma. La persistencia invencible del idioma importa y asegura la del genio de la raza, la del alma de la civilización heredada, porque no son las lenguas humanas ánforas vacías donde puede volcarse indistintamente cualquier sustancia espiritual, sino formas orgánicas inseparables del espíritu que las anima y que se manifiesta por ellas.*

Sí, el idioma, el carácter, todo lo que en él se entraña, constituye primordial factor de unión de los pueblos, *el vínculo filial que los une a la nación gloriosa que los llevó en las entrañas de su espíritu (que) ha de permanecer indestructible*. Estamos cerca de develar el misterio. Se ve ya a España como gloriosa nación. Por de pronto sus palabras toman un rumbo en franca oposición con lo que pregonaban los epígonos de *Mayo*, aquellos hombres que tanto le influyeron en sus primeros años de vida.

En este pasaje de 1915 surge vigorosa una evidencia ignorada o cuando menos obliterada por aquellos que, en afán de elevar los supuestos ideales de *Mayo*, deprimían a toda costa la obra de España valiéndose de una leyenda negra carente de base histórica. Esta evidencia se ve robustecida por su reconocimiento de la herencia de civilización, la *sustancia espiritual* hispana, que Rodó añora de continuo, encontrando en el idioma común, *formas orgánicas inseparables*.

Es un paso más hacia la resolución del misterio. ¿Logrará Rodó, maduro ahora, descubrir la realidad que la cerrazón de la infundada leyenda enturbió y que la tradición que le circundó le impidiera ver en su juventud?

Sigamos con paciencia las notas de solidaridad con el pasado hispano que surgen en sus escritos hasta arribar a una publicación, con la que abre el año de 1915. El artículo aparece nada menos que en *La Prensa* de Buenos Aires. Se titula *La Tradición en los Pueblos Hispanoamericanos*. ¿Es una ironía del destino o acaso elegiría el lugar para que la confesión final repercutiera con más hondo tañido?

Declara en esta página a América sin una tradición propia a menos de cifrarla en *el porvenir*. Comprueba, al par, *un injusto menosprecio de la tradición* que nos ha legado España. Vano y funesto es *el desconocimiento de la continuidad solidaria de las generaciones; el de la concepción del pasado y del presente como dos enemigos en perpetua guerra...* Reconoce la fuerza benéfica de la tradición en Europa. En cambio, esa fuerza que equilibra socialmente no existe *entre los pueblos jóvenes de América...* y apenas si lleva consigo *un débil y precario elemento de conservación*. Rodó está enjuiciando, tangencialmente, en su análisis, la obra que en escritos más tempranos dijo admirar. No paran allí sus reflexiones. Avanza ahora ágilmente por el camino de la comprensión de que en nuestro Continente la falta de *valor dinámico* de la tradición no es debida sólo a su *escaso arraigo*.

Hay otra razón: el tránsito súbito que importó la obra de emancipación, determinando un divorcio y oposición casi absolutos entre el espíritu de su pasado y las normas de su porvenir. Admite que toda revolución importa, por definición, el cambio violento, lo que no ha de llevar, alega, a que el orden que surge deba renegar de los elementos que le han dado su esencia, rechazando así la unidad histórica de un pueblo. Más claro, la base de la unidad es nuestra hispanidad, unidad que ha roto la revolución. ¿Es algo nuevo en su obra? ¿Qué debe desprenderse de este sentir? Consideremos si lo que sigue nos abre la última puerta.

En la América española la revolución *abrió un abismo entre la tradición y el ideal*. Y agrega: *la decadencia de la metrópoli, su apartamiento de la sociedad de los pueblos generadores de civilización*, en nuestro afán de porvenir, nos llevó a copiar modelos *casi exclusivamente extraños, así en lo intelectual como en lo político, en las costumbres como en las instituciones, en las ideas como en las formas de expresión. Esa obra de asimilación violenta y angustiosa fue y continúa siendo aún el problema, el magno problema de la organización hispanoamericana. De ella procede nuestro permanente desasosiego, lo efímero y precario de nuestras funciones políticas, el superficial arraigo de nuestra cultura*, esa ausencia de auténtico republicanism que hiciera decir a Julián Marías que *la sustancia republicana* se evaporó en la mayoría de las divisiones políticas de nuestro Continente.

Adherimos a su interpretación ya implícita en *Ariel*. Destaquemos empero que la decadencia de España sobrevino con la invasión francesa coadyuvada por la actitud asumida por América en ese momento crucial. Su fundamento, aquí expreso, va más a lo profundo: ¿no nos lo muestra peseroso, hasta *la angustia*, frente a la cosecha de *Mayo*? Consideremos aún ese rasgo en su siguiente dubitación:

*¿Fue una fatalidad ineludible esa radical escisión entre las tradiciones de nuestro origen colonial y los principios de nuestro desenvolvimiento liberal y progresista? ¿No pudo evitarse esa escisión sino al precio de renunciar a incorporarse, con firme y decidido paso, al movimiento del mundo? A mí entender pudo y debió evitarse en gran parte, tendiendo a mantener todo lo que en la herencia del pasado no significara una fuerza indomable de reacción o de inercia, y procurando adaptar, hasta donde fuese posible, lo imitado a lo propio, la inonación a la costumbre. Acaso los resultados aparentes ha-*

*brian requerido mayor concurso del tiempo; pero, sin duda, habrían ganado en solidez y en carácter de originalidad. Los inspiradores y legisladores de la Revolución, repudiando en conjunto y sin examen la tradición de la metrópoli, olvidaron que no se sustituyen repentinamente con leyes las disposiciones y los hábitos de la conciencia colectiva, y que si por nuevas leyes pueden tenderse a reformarlos, es a condición de contar con ellos como con una viva realidad.*

Los epígonos de Mayo siguieron siendo una *fuerza hostil al sentimiento de tradición*. Y concluye:

*La persuasión que es necesario difundir, hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, es que ni la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las armas, pueden suplir en el ser de las naciones, como no suplen en el individuo, la ausencia de este valor irreductible y soberano: ser algo propio, tener un carácter personal (Ob.1203).*

¿No teníamos ese algo propio, un carácter definido perteneciendo a la nacionalidad española? ¿No es esto a reconocer que los pueblos surgidos del separatismo, se despojaron de la identidad propia, la que se adquiere a costa de sumar siglos de historia?

Rodó alude tangencialmente, en el artículo, a la prosperidad notoria en la Argentina – que parece hacer extensiva al Continente - tras la presidencia de fines del siglo XIX de Julio A. Roca y la de principios del XX, período en que el país más que duplica su población. De ahí sus palabras referidas a la riqueza y demás signos de prosperidad. Con todo ello no era tan así. En opinión de uno de los biógrafos del general Roca, la situación dejaba mucho que desear a pesar de los progresos. Entre otras razones porque, aparte del rechazado *unicato* con que se había desenvuelto políticamente ese período, impidiendo la plena expresión ciudadana, - *mal endémico* - la Argentina no había logrado *una economía independiente, originando, desde entonces* (en verdad venía de antes) *y por mucho tiempo, la subordinación a un único país importador...* (95) No nombra a Inglaterra ni dice que el país permanecía, cumpliendo los afanes de Sarmiento, como mero abastecedor de materias primas sin agregado de trabajo alguno.

¿Va quedando en claro cómo la conciencia de Rodó fue evolucionando y cómo su inteligencia crítica comenzó a ver que aquellas heroicidades que soñara de niño no eran tales, sino actos improvisados - u originados por pasiones subalternas - que en vez de llevarnos a una independencia real nos fue empujando a una dependencia de la que se beneficiaría sólo un grupo minoritario? La afirmación más que interrogante de que *pudo evitarse la escisión con España*, aventa la duda. Larga y trabajosa trayectoria para alcanzar esa conclusión. También dolorosa, porque no puede haber dejado de meditar Rodó sobre el tiempo en que su espíritu se halló encarcelado en una idea ataviada con heroicos colores, pero hueca como aquellos objetos devorados interiormente por las termitas. Su criterio histórico, a los 43 años, le hacía al fin levantar los velos de algunas verdades ocultas todavía un siglo después. Los revolucionarios habían repudiado en bloque, sin miramientos, una cultura milenaria actuando como el colegial que, al descubrir un error en su cuaderno, arranca intempestivo la hoja, en vez de enmendar el yerro. El símil comporta que la escisión pudo evitarse y que la enmienda podía hacerse sin incendiar la casa. ¿Rompe al fin la férrea prisión de la idea? ¿Imagina acaso que hubiera bastado sumarse a la Constitución de Cádiz, para tener firme bajo el pie el nuevo punto de partida?

Como sea, no cabía ya admirar el error que pudo evitarse. El yerro de nuestra partición de España, embarcada en el siglo XVIII en una esplendorosa carrera, la empujaría en el siglo siguiente a una deplorable situación. Nuestro yerro colaboró a la caída.

Brusca declinación, corte abrupto de un proyecto cuya dinámica nos llevaba a contarnos entre las primeras naciones del planeta. En vez de ello nos condujo al servilismo. No se diga, y no se crea, que este corte se debió a la invasión napoleónica del lar hispano. Ello fue un rudo golpe, sin duda, pero no hubiera pasado de un accidente histórico de no haber dado América la espalda a España. Si América

se hubiera puesto hombro a hombro con los liberales de Cádiz, Fernando VII se hubiera encontrado atado de pies y manos y la vuelta al absolutismo no habría tenido lugar en la Península y menos en estos reinos. Con toda probabilidad, habríamos evolucionado hacia una confederación transatlántica, a la manera de la Commonwealth británica, como ya reflexionáramos. No es difícil concebir que, vadeado el Rubicón que impedía a Rodó dar el salto final, haya meditado acongojado en lo distinto que habría sido el destino de la hispanidad. Su prédica americanista no habría tenido razón de ser o se habría producido en algún otro sentido. Tal el corolario implícito en su singular artículo publicado en Buenos Aires.

Rodó muere dos años después sin alcanzar la plenitud que su intelectualidad prometía. Mas antes de morir él mismo adelantó el pie sobre su última huella. De no haberse malogrado tan joven ¿qué nuevos pasos no habría dado? Conformémonos con el mandato de Gorgias para que sea nuestro pie el que no deje de avanzar.

Demos ya un giro a la problemática que nos ha traído hasta aquí y, consecuentes, sigamos mostrando desde otros ángulos el ambiente en que se formó Rodó, ahora en las postrimerías del siglo coincidente con un nuevo aire en la República.

### III. LA NUEVA ERA.

#### 1. Ocaso del siglo XIX.

Entre aquella manifestación de Rodó de 1886, repudiando al inescrupuloso Santos, y 1895, año en que comienza como crítico literario en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, hay un interregno. ¿Qué hace Rodó durante ese lapso extenso en la vida de un hombre? En esta etapa, habiendo abandonado sus estudios reglamentados, se sumerge en lecturas de todo orden, como evidencia su biblioteca, conservada, en parte, en la antigua Casa de Giró, (en Montevideo.) Conocido es su hábito de secuestrarse en la del Ateneo de entonces. Un reflejo de esta titánica labor de autodidacta se percibe en la mención, a lo largo de su obra, de más de mil quinientas figuras representativas de todo género de actividad humana.

¿Qué hechos de importancia se producen en el país durante el período?

Desaparecida la triste figura de Máximo Santos ocupa la escena el que fuera de algún modo su brazo derecho, el Gral. Máximo Tajes que ocupa efímeramente el poder para dar paso y nacimiento a una era civilista. Desde 1890 veremos al Dr. Julio Herrera y Obes presidiendo el país, mas ya no bajo la anterior luz del principismo.

Su trayectoria inicial principista se tornará de más en más, pragmática, lo que es en política sinónimo de realismo. Con él, sin que cesen las tribulaciones políticas comienza el tiempo propiamente institucional del Uruguay, una nueva era en varios sentidos.

Su asunción a la presidencia se hace bajo protesta del Partido Blanco. El novel magistrado le ha escatimado una de las cuatro jefaturas políticas logradas por el pacto del '72...

La tacha sube de tono ante la creación, durante esos años de varios departamentos. Empero, por otro lado, perteneciendo al Partido Colorado, da participación en su gobierno a personalidades constitucionales y nacionalistas. Su principismo de antaño, sometido a la ley de la necesidad de que habla hogaño, tiende al olvido al virar su política hacia el sectarismo y salvo esa nota, es exclusivista. Su *fación* se moteja con la designación de *el Colectivismo*. Pretende instaurar la *influencia directriz*. Digamos más bien que la reinstaura. ¿Imaginaremos que no levantaría prontas, enconadas y perdurables resistencias? Tal política le lleva a extralimitar la esfera del Poder Ejecutivo invadiendo la del Parlamento.

El poder nunca deja de ser cuesta arriba pero puede también convertirse en un despeñadero. Suele arrojar de las cumbres, al fondo de las hondonadas. El inteligente dinámico hombre de acción pasa por alto, en su nueva faz, que su *pragmatismo* pugna contra la corriente democrática en avance, por la que él mismo bregara; pierde las referencias esenciales. No calcula la frontal oposición del Partido Blanco dirigido por Juan José de Herrera, antiguo camarada de destierro. Y no es todo: tendrá que encarar la oposición, que asume carácter histórico, de su propio partido. José Batlle y Ordóñez, que en 1886 fundara *El Día*, hombre pertinaz en sus ideas, librará batalla contra él.

Algunos querían compararle, - alegando su superior orientación - a un Rivadavia. Valdría la comparación atendida a cómo terminó, al igual que él, de espaldas a la Historia. Triste destino el de ciertos hombres que pudiendo ser grandes caen del pedestal que ellos mismos han levantado. Pivel Devoto afirma que la posición en que se había colocado Julio Herrera y Obes, ya no respondía a la corriente de opinión: quería imponer una política selectiva, convencido de que el pueblo no tenía aún bastantes aptitudes de elector. Así quiso hacer efectiva la influencia gubernamental en los comicios. La picada abierta por el pacto del '72 posibilitaba, aunque se entendiera en forma progresiva, el ejercicio electoral limpio, con la intervención sin cortapisas de todos los partidos, de modo de poner fin a los vicios contra los que él mismo había luchado durante una vida. Bien debería haber recordado su cruento costo. El juicio sobre Herrera y Obes, por motivo de su superioridad intelectual, situado a la altura del objetivo histórico de su tiempo, ha de serle adverso en proporción a ésa, su condición. Y aunque en su ocaso político hubo de mantener su hidalgo señorío, erguida la frente ante la mezquindad política,

se cumplió, respecto a él, lo que Rodó, joven entonces, preguntándose por la suerte del *Colectivismo*, pudo anticipar:

*Los jefes de partidos personales son, entre los hombres, los que más hondo han sentido los golpes de la ingratitud. Don Julio Herrera y Obes experimentará (acaso lo estará experimentando ahora mismo) el duro peso de la ley. No quiso ser el centro de atracción de las voluntades animadas por el deseo del bien, y de los sanos corazones, cuando todo se le presentaba fácil para restablecer de una vez para siempre el imperio de las instituciones libres y levantar bien alto la bandera del Partido Colorado; y prefirió ser el núcleo a cuyo alrededor se congregaran los intereses bastardos y las mismas ambiciones, necesitadas de un cacique que diese unidad y fuerza a la tribu. Aquellos que le hubiesen rodeado si hubiera sido leal a sus promesas, le acompañarían todavía hoy, en la derrota o en el triunfo, porque el prestigio que radica en el bien realizado, nunca se desvanece entre los amigos del bien. (Ob.1039)*

A Julio Herrera y Obes sucede en 1894 Juan Idiarte Borda, hombre de su círculo. De aquellos polvos, estos lodos, de aquella siembra, esta cosecha. El nuevo presidente, prohijado por la política colectivista, continúa avivando las brasas de la disconformidad cívica soterrada desde la *Revolución de las Lanzas*, burlada en sus logros, desde el *Motín de 1875*. Ya era mucho el tiempo que ardían sin apagarse debido a que los dueños del poder gobernaban mirando al costado. La deflagración visible no se hará esperar.

La Revolución del '97 está en pie, llevada por Aparicio Saravia, el caudillo cuyo nombre invocaba el apellido de Timoteo Aparicio, caudillo del '72. Saravia, bandera y conductor de la acción del *Partido Blanco o Nacionalista* era la llama visible del descontento. Desaparecido en 1893 el *Partido Constitucionalista*, - sector del *Partido Colorado* - había maniobrado logrando la presidencia, mediante un desvío político, buscando enquistar la oligarquía en el poder. La elección de Idiarte Borda de tal modo, nada bueno auguraba. El grupo saliente declaraba no hallarse dispuesto a aceptar candidato alguno fuera del ámbito de la *Colectividad*. Durante tres semanas, ninguno de los candidatos propuestos obtendría el consenso necesario para alcanzar el sillón presidencial. Dentro del sesgo negativo del hecho, empero, aparece un signo positivo: el cambio originado desde la caída de Santos. El ejército, durante esos 21 días permanece en calma, en espera de la dilucidación del pleito político.

*Nadie se percató entonces de que si ese hecho podía producirse era porque la mentalidad civilista del país lo permitía, porque Julio Herrera y Obes había tenido la virtud de cimentar ya en forma incommovible, el principio de que el poder político debe estar por encima de la fuerza.*

No se negaba la buena inspiración de Idiarte Borda en cuanto a continuar la política *rivadaviana* - permitase el calificativo - en el sentido de impulsar obras de progreso material. Mas habrá de concordarse en que no tenía el nuevo presidente la talla requerida por el momento histórico en el que ponía su pie firme un hombre de incontenible empuje. José Batlle y Ordóñez se perfilaba ya como el llamado a liderar el Partido Colorado. Sus antecedentes del *Quebracho*, como su combate sin tregua contra la *influencia directriz* desde las alturas, permitían verlo. El Partido Nacional había desembocado en la abstención por efecto de las manipulaciones electorales del círculo gobernante. Era la revolución. A fines del '96 se constituía en Buenos Aires nada menos que una *Junta de Guerra*. Entre sus promotores destacaba, en el Partido Nacional, Eduardo Acevedo Díaz, el novelador de nuestra historia. Otra abstención se producía igualmente, la del sector de Batlle y Ordóñez. ¿Qué mayores señales de repudio? Comienza el '97. El horizonte se oscurece. Tormenta la vista: una asamblea en el caldeado Teatro Cíbils la anuncia. Los oradores se presentan con una opinión dividida. Unos justifican la revolución;

otros la condenan. Entre éstos, Batlle y Ordóñez que, a la vez, condena al Gobierno. En su discurso afirma los mismos conceptos que desarrolla Rodó en los dos artículos citados. Habla Batlle:

*Este que vive a nuestro lado, que se llama de los nuestros, que toma nuestro nombre, ha pretendido deprimírnos para imponernos su voluntad y cuando ha creído que su obra estaba completa, ha olvidado todas las consideraciones y ha conculcado todos nuestros principios...*

Niega que las Cámaras elegidas dos meses antes puedan invocar al Partido. Respecto al adversario añade con igual ardor:

*Dice el Partido Blanco que viene a restablecer las garantías individuales y las libertades públicas. Pero no le creamos! Viene, antes que todo, a derrocar al Partido Colorado! Y ese ataque, que un señor Idiarte Borda, en su vanidad delirante, cree que va dirigiendo contra su persona, y pretende repelerlo con el concurso de sus amigos particulares solamente, ese ataque es uno de los formidables que se han preparado contra nuestro partido - y si se produce, tendremos que repelerlo nosotros mismos...*

*El Siglo* opina que para conjurar la revolución en puerta es preciso oponer al lucro personal y al empobrecimiento que representa Idiarte Borda - condensado en su lema *administración y trabajo* - un amplio programa patriótico. Abúndase en *los derechos perdidos* y en *la oligarquía que el Nacionalismo se disponía a encarar con las armas*.

*La juventud nacionalista se ha puesto en movimiento, mostrándose dispuesta para sellar con su sangre los principios democráticos, ultrajados por la podredumbre colectivista...*

Añadía aún que aquéllos que se hallaban a sueldo de la oligarquía recibirían con buenos ojos ese movimiento. Reconvenía al Partido Colorado que comenzaba a organizarse para reaccionar recordando que la revolución estaba anunciada de bastante antes:

*La situación presente no ha brotado por encanto, con la invasión de Aparicio Saravia; se ha venido preparando lentamente, de tal manera que los males que hoy afligen al país no son otra cosa que la exageración de aquellos que le afligían ayer.*

Llama a los colorados independientes a sacudir su inercia en la línea de ideas que manifestaría Batlle y Ordóñez diez días después en la referida reunión del Teatro Cíbils; insistía en la debilidad del Gobierno señalando que cuando el absolutismo rebasa la medida acarrea fatalidades, e impetraba al mandatario que, inhábil e infatuado en su soberbia, olvidaba la hipócrita modestia con que meses atrás había hecho *tanta bulla*. Convertía, con su conducta, a cada hombre en un conspirador. Denunciaba la corrupción, la *caza del hombre*, (esto es, las levas forzosas, causa de la despoblación reinante,) sumada al aumento de impuestos y al de la alarmante burocracia. Aunque no se tenga la certidumbre de que la intención del gobierno fuera la atribuida, un signo característico de los regímenes *socialistas* era el de la desenfrenada extensión estatal. Remataba el concepto, afirmando:

*En nuestro país, gracias a los excesos de un régimen socialista incompatible con la libertad y a la prodigalidad de un favoritismo que no se cansa de crear empleos inútiles, el gobierno, cualquier gobierno, cuenta con una legión de empleados, análogo por su número al ejército de Jerjes.*

¡Ya entonces! El mal que, con ser antiguo es moderno, se fue incrementando. Según algunos, se enraizó a partir de 1934. Ese mal que genera una suerte de Corte versallesca, con privilegios insospechados en las altas jerarquías y alrededores, al margen de la ineficiencia burocrática, va detrayendo desproporcionada e irracionalmente la energía productiva del país. Es el cáncer que lo corroe, pie de la falta de desarrollo a que sus favorables condiciones sociológicas le llaman, de la mano de una política acorde a su circunstancia que no pasa, sin duda, por el neoliberalismo desatado a partir de la década de 1960. Y mantenida hoy bajo un gobierno *socialista*. No es decir que debamos cerrarnos a cal y canto en un proteccionismo ciego. Se trata de otra cosa: del abandono de la sensibilidad social, que hemos estando viendo ya durante cinco décadas y luego disfrazado bajo un *popularismo* que no parece entender la esencia del problema ni sus soluciones racionales.

Conmina *El Siglo*, en fin, al Partido Colorado Independiente a reaccionar contra esos desvíos que, entre otros peligros, aparejaba el de la revolución de Saravia. Pide que hablen sus prohombres, que levanten al partido verdadero frente al bastardo que explota al país. El Gobierno, aferrado a su rumbo electoral - nudo del resquemor revolucionario - se ve en la antesala de la revolución. Un *Manifiesto* - marzo '97 - explica sus causas: predominio de un círculo que lleva treinta años en el poder; falta de acceso de amplios sectores de la opinión pública, entre ellos el sector productor, motor y nervio de la riqueza nacional. Se enfatiza la cuestión de la *influencia directriz* que se pretende convertir en doctrina legal atentando contra la soberanía nacional. *Teoría maquiavélica que destruye por su base el sistema republicano.*

*Cansada está la nación de soportar directores que no establecen equilibrio entre las rentas y gastos públicos; desea la república supresión de impuestos indebidos que no vuelven al seno del pueblo en forma de servicios reales; cesación de los empréstitos como un medio continuo de vida, pues no constituyen en el presente y porvenir sino un legado esencialmente oneroso que una generación deja a otra...*

Nosotros, ciudadanos, entrado ya el siglo XXI, nos preguntamos: ¿han perdido acaso vigencia los reclamos de ese manifiesto, los hechos denunciados? Lento es, sin duda, el perfeccionamiento democrático.

La *Revolución del '97* iniciaba pues la marcha. Saravia, vencida la renuencia del Directorio del Partido, al que había ofrecido todos sus bienes, la encabezaba. Su hermano, Basilio Saravia, y Justino Muñiz, otro también caudillo nacionalista, están del lado del Gobierno. Los dos hermanos intercambiaban correspondencia durante el mes de mayo de ese año. (96) Escribe Aparicio:

*...Cualquiera que no supiese ( ) que eres un hombre honrado, creería que si no te gustan los opresores, no te disgustan los vateros. Lo estas probando: hoy el Partido Nacional moviliza un ejército que no viene a luchar por una divisa, sino porque prevalezca lo bueno y lo puro que aún nos queda, en ese derrumbe de instituciones y de hombres.*

Responde Basilio:

*Qué extraño es, pues, que yo, colorado, soldado hace 26 años, yo, vecino y ciudadano, me preste a defender al gobierno constituido de mi país, el que ha ofrecido garantías políticas como ningún otro ( ) yo soy soldado del orden y del respeto a todos los derechos... Lejos de luchar contra mi propia sangre creo que mi concurso, aunque humilde, viene directamente a beneficiar todos los intereses honrados de la nación...*

Los dos hermanos, enfrentados, en sendos campamentos, no lejanos entre sí, intentan convencerse mutuamente. Chasques corren veloces del uno al otro. Aparicio otra vez:

*El país hace mucho que está en ruinas; pesa sobre este suelo que adoramos los dos, la huella que han dejado los gobiernos que crees gobiernos de orden y que han sido gobiernos de licencia. (Cita a los presidentes blancos bajo los cuales la deuda externa era reducida: sólo 2 millones de pesos con B. P. Berro, frente a 130 millones en ese momento. Y sigue: ) ... el hada de la prosperidad vestía de esmeralda sus praderas feraces y llenaba los trojes de sus ciudades recién nacidas. Es por eso, hermano, que estoy donde estoy, y aquí estaré al morir...*

*No soy yo, hermano, ni es mi partido los que hemos convertido en sistema el fraude electoral; los que hemos saqueado la riqueza pública; los que hemos alejado a la inmigración de nuestras orillas donde hoy chispean los fuegos del vivac, los que hemos engendrado el pretorianismo en el cuartel y el utilitarismo en todas las fases de la vida cívica... ( ) la patria es la dignidad arriba y el regocijo abajo.*

Las emocionales expresiones vertidas por el caudillo, portan asimismo una fuerte verdad racional. Aquéllas y éste, cuentan en los grandes momentos de la Historia. Este, en la vida del Uruguay, es de esa clase. Y Aparicio Saravia muestra la rebelión contra los doctores que con títulos, luces - y sombras - adolecen del sentido de la ecuanimidad cívica y de la conciencia histórica que, quiérase o no, veníase haciendo carne en una buena parte de los de arriba, como en los de abajo, exigiendo la participación en el trazado y en la ejecución de los destinos del país, es decir, de las gentes.

No habrían de correr dos meses para que la tormenta bélica se desatara. Eduardo Acevedo Díaz, desde *El Nacional* no se había dado tregua en aprestar las armas con la pólvora de su prédica. El rayo fulminante hiere al Gobierno en *Tres Árboles*. Un caudillo de campaña le hace morder a un general del Gobierno el polvo amargo de un fracaso militar cuyo parte revela el desastre.

Sucesivos encuentros de marzo a julio del '97 no derrocan al Gobierno ni acallan el movimiento armado hasta la *Tregua de Aceguá*. Durante veinte días se negocia. Los revolucionarios exigen el compromiso de las Cámaras para sustituir al presidente por José Pedro Ramírez; llevar a ocho las jefaturas políticas departamentales reducidas entonces a tres, y el restablecimiento de los derechos civiles y políticos. Entre éstos, la reforma de la ley electoral, con garantías de sufragio, derecho primordial. La *Junta de Guerra* en Buenos Aires añadía la *representación proporcional*. Todo esto se va reflejando en la acción del joven político Rodó.

El Gobierno mantiene la intransigencia. Frío agosto: 20 mil personas recorren Montevideo. Claman por la pacificación del país. El periodismo opositor no se apea. Esta vez el gobierno no lo acalla como ocurría bajo los gobiernos precedentes. Antes de alcanzarse un acuerdo, a los montevideanos se ven sacudidos: Idiarte Borda cae muerto ante el balazo de Avelino Arredondo.

Septiembre 18. Juan Lindolfo Cuestas, presidente del Senado, recogiendo el reclamo popular, firma el *Pacto de la Cruz* y compromete la reforma electoral, dando entrada a las minorías que equivale a la representación proporcional. Mientras, se conceden verbalmente dos jefaturas más al Partido Nacionalista.

Es el momento en que Rodó comienza a actuar públicamente. Su personalidad pertenece al *hecho histórico*, es parte del drama que venimos mostrando a lo largo del siglo XIX. Aunque embebido en la tradición de la *Defensa*, su sensibilidad se halla alerta ante los acontecimientos contemporáneos. No aparece en la escena del '900 como brotado por generación espontánea del aire: sus estudios, su capacidad de meditación, su destreza para el análisis del avatar social y político, su sentido democrático de la justicia, configuran al pensador y hombre de acción que entra en la lid.

Su acción política soslayada persistentemente por el poderoso partido que más tarde le segregaría, así como quienes por solapadas razones ideológicas de cortos horizontes han buscado reducir su figura a la del *gran literato* queriéndole endilgar un diletantismo absolutamente contrario a quien, como nadie, estuvo dominado por la más seria preocupación por la cultura. Cuando no, la lápida del silencio sería la estrategia contra él. Para captar cabalmente la personalidad magistral de Rodó cabe volver a

los dos artículos de 1898 en *El Orden*, donde el joven crítico comienza a manifestar sus inquietudes cívicas y una conciencia política que hemos visto alborar en su edad escolar refiriéndose a Bolívar y en su carta recriminatoria a Santos.

El que podríamos considerar su primer artículo político - *La Juventud y el Partido Colorado* - es de febrero 10, 1898. Nueve días después, - en *¿Qué será del Colectivismo?* - se plantea el hecho de la disolución de las Cámaras colectivistas por Cuestas, sin intervención del ejército. Dice en el primero: (Ob.1036)

*De un lado, la representación inequívoca, indudable, del corazón y de los sagrados intereses del pueblo. Del otro lado, las disciplinadas huestes de una oligarquía que pugna por la imposible perpetuación de un entronizamiento y en la que se personifica un régimen que el país abomina y rechaza con todas las fuerzas de su alma, con todas las energías del legítimo interés herido y de la indignación, con el supremo e irrefrenable esfuerzo que la desesperación sabe arrancar de la propia debilidad del cansancio.*

Se observará aquí el bien decir, la forma cuidada, aunque no totalmente apartada del tono retórico de la época pero, al mismo tiempo, la densa urdimbre de ideas concretas, sin ornamentos literarios. La plasticidad para adecuar el estilo a la exigencia del tema es una de sus características. No resultará inextricable esa densidad para quienes nos hayan seguido reflexivamente en la lectura de la crónica y las interpretaciones documentadas hasta aquí. La transcripción muestra la culminación del proceso iniciado en el '70.

Mucha agua turbia había corrido entre esas fechas en el país, sin alcanzarse un verdadero estado de justicia electoral. Rodó, colorado, comprende las indiscutibles aspiraciones de esos movimientos. De ahí la alusión a la *fuerza del cansancio*; de ahí su denuncia de la *oligarquía* de espaldas a los derechos del pueblo que proclama *sagrados*. Rodó está dentro de la corriente del repudio a toda perpetuación en el poder y lo declara. Es el sentir que le llevará a enfrentarse con Batlle, años después, entendiéndolo que ése era el destino a que conducía el proyecto del Ejecutivo colegiado. Batlle como los hombres provenientes del Partido Constitucionalista y los del Partido Nacional, cerrados como un puño, participan en la ocasión del sentimiento de Rodó.

Hay otra nota en ese escrito: la expresión del espíritu liberal, constante en su conducta de vida y en su obra.

Reconoce, con justicia, la razón del adversario. Y no le ve, como Batlle, cual enemigo, sino como una agrupación con derecho a evitar el poder a perpetuidad en las mismas manos. Artigas, como se recordará, en 1813, había asentado el principio de que el poder sólo lo legítima la soberanía.

A través de los documentos sobre los avatares históricos del siglo se ha podido ver, junto a la corriente espiritualista, a ratos querido presentar como ausente o desligado de su realidad inmediata, de los intereses materiales. A pesar de que su obra muestra por demás no ser así, no perdamos la oportunidad de señalar que en el artículo comentado habla del *legítimo interés herido* de grupos que no son precisamente los que integran su Partido sino los del adversario. Se suma así a la defensa de una posición que considera justa por encima de banderías. El signo de su madurez política está en la gravedad que asigna a aquella revolución romántica, la proclamación de intereses concretos cuya vía se buscaba en la representación proporcional.

*Es el porvenir de la República el que se juega en la partida, de manera solemne. Cierta parte del porvenir está en nosotros. Nosotros nos adelantaremos para hablar en nombre del porvenir.*

Ha puesto en la balanza no el interés de uno u otro partido sino el del país todo. No habrá paz social mientras no haya justicia. No se exagera el problema: son los términos de la ecuación. Rodó habla en nombre del derecho a la vida que viene envuelto en el acontecimiento del mañana: se gesta

hoy el porvenir, como se gestó ayer el presente. Rodó es un avanzado que predica ya magistralmente a la juventud de su partido. No es el viejo que aconseja; es el joven de veinte y tantos años el que asegura que no se trata de *insensatas utopías ni idealismos impacientes*, atajándose del posible reproche de principismo retórico; no es el discurso de un romántico, sino el del pensador que otea, desde el presente, el futuro.

*Nuestras aspiraciones son las que están en todos los labios y deben estar en todos los corazones. Son, en una palabra, las del país, que no pide sino el decoro, el orden, la confianza, que ha necesitado hasta hoy para su prosperidad; que necesita hoy para su vida. Son las que invocan y han invocado siempre, lo mismo los hombres de buena fe, como inspiración de su propaganda y de sus actos, que los tribunos falaces y los desleales mandatarios, para burlarlas, traicionarlas y escarnecerlas.*

Conocemos ya su juicio sobre aquel gobernante que había perdido el rumbo. Es a sus declaraciones previas a su asunción al poder que se está refiriendo. Insistirá con las viejas aspiraciones:

*las dos manifestaciones supremas de la ironía y el sarcasmo en la literatura política de la República son las que han tenido su expresión, lo mismo en el manifiesto nacionalista de 1872, y en el manifiesto constitucional de 1880, y en el manifiesto colorado del mismo año, sinceros y espontáneos arranques del sentimiento nacional, que en la proclama de los motineros del 75 o en el programa presidencial de 1890 (Ob.1036).*

¿Dónde está el Rodó ausente; dónde el estilo ático de aquél a quien se ha querido ver encerrado en su torre isleña, alejada del bullicio de la muchedumbre; dónde, ese hombre torvo, ajeno a los intereses de sus semejantes; dónde, en fin, el conservador que la crítica sectaria pinta en gris? Esa entelequia está en la mente de los que la han fabricado por móviles políticos, o tironados por los hilos de ideologías dogmáticas, cerradas a la comprensión de la realidad o, por pereza investigativa, la aceptan.

Estamos ante el hombre que fecunda su saber en el laboratorio de la vida que él mismo propusiera por escuela. Su acerada espada, levantada por la diestra de *Ariel*, es la que alumbra en la ocasión como una tea ardiente y marca a fuego al régimen imperante. Sirva de advertencia para quienes lo quieran en sus filas. Teman desde ya esa pluma cuando se convierta en estoque. Porque quien lo maneja es indoblegable a las sugerencias de la ambición primaria, que permanecerá siempre fiel a la consigna de justicia que levanta. El partido, - piensa y declara - debe aspirar al gobierno efectivo, cierto, pero por el ascenso de sus mejores hombres, - como lo proclamaba igualmente Batlle - ejercitados en un régimen en que la probidad sea la norma, aventados la corrupción y el peculado desmoralizador. Quiere, sobre todo:

*...la extinción radical de ese sistema de usurpación del voto, de la mentira electoral, confesada y alardeada, que nos deprimen en nuestra dignidad de pueblo libre y que hará de nosotros, - incorporándose definitivamente al organismo de nuestra vida pública, como por derecho consuetudinario - el ludibrio y el escándalo de América.*

De América, sí. Podría haber apelado al juicio de las cultas naciones europeas o al de la poderosa nación del Norte que atrae todas las miradas por el progreso formidable de sus industrias, de su comercio y hasta, para los alucinados, por la práctica inveterada de sus instituciones democráticas. En cuanto a esto último él no comparte esa liviana creencia: tribútele el reconocimiento de sus virtudes, pero no olvida que se ha convertido en una *plutocracia*. ¿Qué no encierra, pues, esta invocación a *América*? En primer lugar, es ante nuestros hermanos, ante nuestros iguales, que hemos de rendir juicio. Es a ellos, en todo caso, a quienes debemos brindar ejemplo de vergüenza. A ellos dar cuenta de *nuestra dignidad deprimida*. ¿O no hemos pagado precio ya para constituir nuestra nacionalidad de *pueblo*

organizado y libre, con derecho a vivir la vida de las instituciones por sacrificios y por esfuerzos que se renuevan de generación en generación? Llegada es la hora de que la transición ansiada se verifique en la política del país. Contra la duda, y el escepticismo enervante, el joven tribuno afirma su fe en la capacidad institucional de los ciudadanos y del Partido junto al cual se ha estado en los días sombríos y difíciles, el que, frente a las iniquidades y las injusticias, ha levantado su voz siempre el primero. Así, con la fuerza que da el haberle permanecido fiel.

*... digámonle que para llamarse el partido de la libertad; para aspirar a perpetuarse (no en el poder) sino en la vida política de un pueblo (y no de cualquier manera sino) con la representación de los ideales más avanzados de la democracia, no basta levantar en alto la bandera de la Defensa, del Paraguay y de Caseros...*

Y en la actitud principista que hubo siempre en Rodó, sin mengua de la visión que no reniega del pasado, consciente del eslabonamiento inmovible de los hechos, pero sin admitir que pueda la tradición servir para eludir el deber imperioso del presente, afirmará ahora:

*Es necesario vincular de una manera efectiva esas tradiciones de gloria en el programa y con la acción del presente; es necesario seguir escribiendo en la realidad de la historia del partido; hace falta ( ) depurarlo de los infieles del credo... Sin eso, la invocación del pasado y de sus glorias ( ) será sólo retórica candorosa o embustera - de buena o de mala fe... ( ) La paz de 1897 - punto de arranque de una evolución que no puede fracasar ni interrumpirse sin precipitarnos en la ignominia y el desastre - recuerda al Partido Colorado con las palabras de su cláusula fundamental, la que le obliga a poner un límite seguro al sistema de la falsificación del sufragio, la más urgente y cuantiosa de las deudas morales que había contraído ante la historia y ante el país. (Ob. 1037/38.)*

Su juicio sobre el sentido histórico del pacto realizado entre el Gobierno y la Revolución, apenas meses atrás, está expresado con énfasis lapidario, sin medias tintas. De Rodó se ha dicho que es un ecléctico, un conciliador. También se ha insinuado, por oposición a ciertos *ismos* en los que no quiso enrolarse, que no era un espíritu democrático. La faena, lamentablemente, ha estado a cargo de críticos uruguayos, aunque salta a la vista que una de las convicciones más profundas de su ideario y de su conducta se asienta en la roca granítica de su fe democrática. No hubo en él pliegues políticos. Uno de los rasgos privativos de su carácter es el de que quien no *da vuelta la cabeza para ver quien le sigue*. Su *liberalismo* es orgánico. Puede discutirse si lo es por demás. Dijo, además, en un discurso de 1912 - y con esto queda bien en claro su concepto del individualismo:

*En esa independencia del criterio individual, y no la pasión de lo nuevo, la que ha salvado los fueros de la razón humana en todas las crisis de la historia, y es esa independencia del criterio individual la que nos impedirá enrolarnos en ningún propósito sistemático, en ningún dogmatismo, viejo ni nuevo.*

Y aunque resulte nimio aclararlo, se trata del *liberalismo humanista*, no del que a causa de su homonimia suele mezclarse malamente con el liberalismo económico. Este, como opuesto al proteccionismo, otrora el mercantilismo, si se quiere, resulta, en últimas instancias, lo contrario del liberalismo humanista. No es el lenguaje del ecléctico el que emplea en su artículo, como en todos los del mismo género. Ciertamente que desde el Renacimiento, - desde Maquiavelo, reflejando los métodos de los gobernantes de entonces, - la política se escindió de la moral. Un poco, no mucho más que lo que estuvo escindida siempre. Pero cierto también que en el plano doctrinario no existe la posibilidad de conciliar la prédica con la acción opuesta en la práctica. Doble discurso le llamamos hoy. Su lenguaje es contundente, sin elusiones ni malabarismos verbales. Condenó la acción del Colectivismo, cínica

en definitiva, en pugna con su prédica principista. En esto, como en otras materias, estuvo junto a Batlle y Ordoñez, enconado enemigo de *la influencia directriz*. Y contra él levantó su voz, cuyos ecos nos llegan aún, cuando aquél, en el poder, la quiso ejercer.

Si verdad es que la escisión de la moral en dos planos - de la que buen provecho han sacado siempre los cultores de *la razón de Estado*, desde Luis XIV hasta Bonaparte, sin olvidar los ejemplos que nos brinda la historia toda de los pueblos sajones de los últimos siglos, - es igualmente verdad que Rodó no se contó entre ellos. Su religión fue la de la ecuanimidad que atiende al interés de todos los individuos, grupos y sectores expresivos del complejo humano, en el sistema representativo republicano.

El otro artículo sobre *El Porvenir del Colectivismo* contiene conceptos complementarios y definitorios de su pensamiento cívico. No invoca, directamente, nada; no se dirige aparentemente a nadie. Parece pensar en voz alta. Y sin embargo, ¿qué lección no sienta, qué magisterio no anuncia aquella pluma juvenil que estrena sus armas en la lid pública? Las dos piezas periodísticas nos ponen ante una actitud política plenamente elaborada. ¿Qué altura, qué vuelo no alcanzará el ímpetu, el cálido espíritu de un joven ya maduro, cuando escriba dos años después, su *Ariel*, presentándonos una plataforma, un programa de alcance continental?

*Las agrupaciones políticas cuya cohesión no responde a la fuerza impersonal de una idea, a una aspiración distinta de las aspiraciones groseramente utilitarias que convierten en objeto de medro y lucrativo modo de vida la dirección de los intereses públicos; las oligarquías y los personalismos, no pueden tener jamás, en la derrota y el infortunio, aquella solidez colectiva, aquella energía resistente que es fruto de las influencias tonificantes de la convicción y de la fidelidad a una idea desinteresada. Ob. 1039)*

¿No nos trae su aserto resonancias de la carta de Aparicio Saravia al hermano hablando *del utilitarismo en todas las fases de la vida cívica*? Esta página de Rodó es un símbolo de su idealismo que no debe confundirse con falta de realismo. En verdad de verdades, ¿hay, puede haber, un realismo más eficaz en lo que a la vida de la sociedad concierne, que esta clase de idealismo? Dígame de las dificultades para implantar la ecuanimidad en la vida social, en la cual la política es una de sus vertientes, un reflejo de luces y sombras según el tenor de civilización y cultura que en ella se haya alcanzado. Dígame eso y no habrá contradicción ni réplica. Mas no se intente acallar esta prédica. ¡Predíquese el ideal aunque la realidad imponga una y mil veces la transacción!

Rodó escribe *Ariel* en 1900. ¿No lo estaba escribiendo ya cuando estampaba estos sentimientos?

En esas páginas periodísticas refiere a la figura de Julio Herrera y Obes anticipando un juicio histórico que comprende al Partido por él fundado, en cuanto pueda llamarse así aquél cuyo conato apuntó a consolidarse sobre actos políticos ya fuera de lugar y tiempo:

*El Colectivismo murió como partido desde el momento en que perdió sus posiciones en las alturas. El tiempo será rápido en la obra fácil de disolverlo y distribuir los elementos que lo formaron.*

Y así ocurrió. Su pluma combativa apresuraba el derrumbe de un error político. No había rencor personal en sus palabras por las que corre - a pesar del severo enjuiciamiento - como un bálsamo prestado por la corrección del lenguaje y la comprensión honda de las debilidades humanas. He ahí otras dos constantes de su personalidad que se traducen en la exaltación superior de la tolerancia infatigablemente preconizada. Ni rencor ni trazos de baja pasión. No hubo en su alma espacio para esta índole de sentimientos. Su espíritu empinado sobre el horizonte avizoraba la lejanía sobreponiéndose al tironeo mezquino del corazón, - como lo hizo en la hora de la muerte del estadista a quien combatiera. Ante la tumba del adversario, su discurso marcaría una tónica no frecuente de cultura política: sin descargarle de sus *errores*, ni de sus *culpas*, extiende un lenitivo piadoso sobre la memoria

del hombre público que, como ninguno o muy pocos de sus contemporáneos prevaleció por la triple eficacia de su talento, de la atracción personal y de la energía varonil. Prefirió mirar su lado luminoso con la tolerancia superior de los espíritus superiores:

*Poseía en su pluma, penetrante y ática, un instrumento de propaganda y un arma de combate que no han sido superadas en las lides de nuestro periodismo. Poseía en las seducciones de su cultura exquisita un medio de dominación que lo mismo se ejercía sobre las inteligencias cultivadas que sobre el ánimo de los hombres del pueblo. Y reunía a esos atributos selectos la voluntad entera del valor civil que le llevan a afrontar, impávido, persecuciones y castigos, cuando los ciudadanos eran entregados, en una barca miserable, a la furia de los elementos y cuando las imprentas caían despedazadas al golpe ( ) de la Mazorca. (Ob. 1080)*

Antes había dicho lo necesario para rescatar su memoria, si acaso hubiera podido eclipsarse, que su influencia moral e intelectual era una fuerza sin la cual no se explicarían treinta años de la historia de la República. Porque no sólo de errores se compone la vida del hombre caído

Un cambio, al fin, de los mirajes con que un grupo de intereses se oponía al otro, reduciéndose los problemas al enfrentamiento de los hombres entre sí; una edad en que, en vez de entenderse la lucha política como debate de ideas, se buscaba el exterminio del adversario o cuando menos, excluirlo implacablemente del gobierno, como en los tiempos florentinos del Renacimiento. Fue cambiando la escena en que el sentir democrático se hallaba ausente, comenzando a comprenderse que la obra es colectiva y no de unos pocos iluminados. La creencia romántica del principismo iba cediendo el paso a la realidad práctica; la fórmula de la democracia griega, donde se forjaron los primeros instrumentos de participación del mayor número, se perfeccionaba dando lugar a la esencia filosófica del sistema, consistente en la conciliación factible de los diversos intereses. La espada se inclinaba ante la toga; la ley sustituía la fuerza. El hombre de la *civitas*, engreído con que su saber libresco le permitía encarnar la *civilización*, despreciando al hombre de extramuros como representante de la barbarie, declinaba su simplicidad egocéntrica; dejaba de poseer la verdad. El *iluminismo* dogmático del siglo anterior, trocado en *jacobinismo* durante la Revolución Francesa, veíase permeado por el aliento nuevo del positivismo, cuyas raíces hundía en el racionalismo y en la ciencia.

Se abría paso, en suma, el liberalismo de cuño filosófico, decantado en el estudio sereno del pasado, en una mejor comprensión de la Historia, en la convicción de la falibilidad terrenal. El espíritu sociológico comenzaba a hacerse presente. Es el élan inspirador de la reforma educacional de José Pedro Varela incidiendo en ese campo, fermentando en la política. Los mejores componentes de las generaciones que subían a la escena acompañando ese proceso de maduración democrática, levantaban el estandarte de la *tolerancia* sobre la medianía reinante.

Obviamente hemos esquematizado el cuadro. Reminiscencias de los antiguos procedimientos, tentaciones de olvidar las enseñanzas del pasado, prepotencias anejas al poder, se mezclarían al nuevo soplo. Empero el clima reclamaba rehuir los desvíos. Rodó, desde temprano, contribuía a este clima.

Si Artigas pudo ser la representación pura del estadista, sin par en tiempos de gesta, sobresaliendo en el marco contemporáneo, insuperado en los anales rioplatenses y hasta en América; si Rivera con figura el prototipo del caudillismo, rémora militar de las pasiones y prepotencias, si Manuel Herrera y Obes pudo pretender el papel del civilizador frente a los que veía como bárbaros; su vástago, Julio Herrera y Obes, al fin, prefiguró al estadista positivista. No sin pagar tributo al pasado simbolizó la etapa de transición entre los viejos y los nuevos tiempos.

Dentro del proceso Rodó constituirá la imagen que mejor prefigura la etapa liberal, la tendencia equilibrada que concede al César lo que es del César, y a cada objeto su justo lugar en la escala de valores en juego. Sin desconocer el reino terrestre de *Calibán*, sin resbalar en un quijotismo idealista, sabe reglar su acción apegado a la realidad, con la mira puesta en *Ariel*, pero asimismo en el instante

diario, abriendo la senda a los que vienen detrás. Caerá en el camino, como tantos que le precedieran en la lucha, pero es el hombre puente entre el sentir del pasado y el sentir moderno. Es el adelantado, el que vendrá. Y no sólo por su acción en la arena política: buscará más ancho campo para expresarse y será el adelantado de su tiempo que, contra lo que se crea, no ha dejado de ser el nuestro. Es él, el hombre universal, el hombre antorcha de la nueva hora, el que representa la esencia de la libertad, en el sentido profundo, elaborado, de que hablara Proudhon al mediar el siglo XIX. Libertad solidaria entre los hombres, única posible y valedera, libertad de conciencia sin barreras, dentro de la libertad social, que excluye el voluntarismo arbitrario en la acción, volviéndola responsable, no irrestricta ni antojadiza.

Se entraba sí, en una nueva era. Es preciso ver este tiempo desde otros ángulos.

## 2. Proudhon. La cuestión social. La libertad.

Elijo a Pierre Joseph Proudhon, para iniciar el recorrido de esta etapa, porque de algún modo simboliza la intensa preocupación social que caracterizó el fin del siglo XIX y por su gran influencia en el pensamiento de la época rebasando el ámbito europeo y su tiempo. Traigo al autor de *Las Confesiones de un Revolucionario*, (para servir a la historia de la Revolución de febrero de 1848) así como de la renombrada *¿Qué es la Propiedad?*, además, porque aunque Rodó no simpatizaba con quien afirmó que *la propriété est la volée*, lo que fuera de contexto puede parecer una generalización exagerada, su pensamiento y sensibilidad, sorprendentemente, tienen muchos puntos de contacto con él. No veo en Proudhon meramente al anarquista, como se le consideró, sino a un pensador de profunda entraña liberal.

No obstante, la crítica de Rodó sobre este pensador resulta inhabitualmente enérgica por lo negativa: le llama *energúmeno antipático, lleno de bárbaros odios hacia el arte y hacia otras cosas delicadas y bellas que emblecen esta pícara vida*. Nuestro escritor ha expresado conceptos duros frente a ciertas situaciones; sus expresiones, en cambio, no suelen serlo. En el caso no condicen su calificación y su concepto, con la imagen de serenidad estatuaría que se le adjudica. Nos parece ésa, una frase de arrebato. Su juicio, debo decirlo, no me resulta ecuánime. El pensador francés, visto en perspectiva actual, resulta un pionero de la cuestión social. Su pensamiento original, sin el cual tal vez no se explicaría Marx dentro del pensamiento europeo del siglo XIX, sacude, es fermental.

En su fondo es sano y más liberal de lo que los encasillamientos sugieren. ¿Escaparía a la comprensión de Rodó la formidable proyección de su pensamiento? ¿Le fastidiaría acaso el *igualitarismo* con que se ha querido estereotipar a este batallador social? Volveré sobre este removedor de ideas. Quedémonos, a cuenta de una imagen más completa, con su idea de la libertad: (97)

*La libertad es de dos especies: simple, es la del bárbaro, del civilizado mismo, en tanto que no reconoce otra ley que la de cada uno en su casa, cada uno para sí; compuesta, cuando supone, para su existencia, el concurso de dos o varias libertades. Desde el punto de vista bárbaro, libertad es sinónimo de aislamiento; es más libre aquél cuya acción es menos limitada por la de otros; la existencia de un solo individuo en toda la superficie del globo daría así la idea de la más alta libertad posible. Desde el punto de vista social, libertad y solidaridad son términos idénticos: encontrando la libertad de cada uno en la libertad ajena, no ya un límite, ( ) sino un auxilio, el hombre más libre es aquél que tiene más relaciones con sus semejantes...*

¿No muestran estas reflexiones el drama histórico de la humanidad? La igualdad - para el pensador - estaría en el máximo de libertad individual, conciliable con la armonía social. Rodó sentía un profundo rechazo por *el rasero nivelador*, cosa diferente de la igualdad social que preconiza Proudhon. Como eximio exponente del anarquismo no causaría escozor a Rodó, más inclinado a este sentimiento que al socialismo, según declara en el ya parcialmente citado *Anarquistas y Césares*, publicado en *El Telégrafo*, en el que confiesa:

*Nunca quise mal a los anarquistas, que me parecieron siempre los más infantiles de los hombres. Si hubiera de parar en revolucionario social, a la anarquía, no al socialismo, había de atenerme. La anarquía es plenitud de libertad, y por lo tanto, como ideal, cosa tan apetecible y bella que no se concibe alma generosa que, en la región de los sueños no la ame. El socialismo, en cambio, es sacrificio de la personalidad a un orden y una dicha harto inseguros. Cuando hayamos de renunciar al sentido de lo real, sea para el ideal hermoso y no para la forma quimérica e ingrata de aceptar el yugo de la necesidad. Del anarquista puro y sincero emana una ingenua simpatía que procede de que el anarquista es, por su más íntimo carácter, un optimista radical, un fervoroso creyente en la bondad de la naturaleza humana y en la paradisiaca aptitud para campar suelta de trabas y de leyes... (Ob.1230)*

No arriba Proudhon a sus concepciones políticas llevado por la ingenuidad ni en su espíritu está la idea de la revolución por la violencia, encrucijada en la que se perdería, en la praxis, el anarquismo. Pensaba él que los atributos de la autoridad central debieran irse restringiendo progresivamente, constituyéndose, en cambio, diversas asociaciones, cada una destinada a una función autónoma, vinculadas con las demás colectividades sociales, sin limitación de fronteras. Entendía la anarquía como forma de gobierno que diera lugar a la expresión de todas las voluntades; el tope de la libertad individual a conciliarse con la máxima armonía social. La anarquía, entiende, es la soberanía del derecho, humanizando la fuerza colectiva, elevándola a un orden de reciprocidad. ¿Discreparía Rodó con estos conceptos?

El comunismo ruso tuvo siempre a Proudhon, enemigo del poder, en su índice ideológico.

En definitiva, ¿tuvo Rodó una visión completa sobre este inquieto hombre de pensamiento y de acción? Al margen de sus reservas ¿no percibió el efluvio liberal humanitario de sus ideas, el soplo de una personalidad generosa? Lleva su concepción, en lo económico, a que la libertad de comercio se traduciría, acorde con su concepto de la libertad solidaria, en el enriquecimiento de los pueblos mediante el intercambio. Hoy sabemos que no es estrictamente así. Para determinar las coordenadas en que se mueve el pensamiento de Proudhon, y aquilatarlo propiamente, transcribamos un tramo de una carta suya a Marx.

*Me tomaré ( ) la libertad de hacer algunas reservas que ( ) su carta me han sugerido. (...) creo que mi deber, el deber de todo socialista, es conservar todavía durante algún tiempo la forma antigua dubitativa; en una palabra, hago profesión, con el público, de un antidogmatismo económico casi absoluto.*

*Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, ( ) cómo esas leyes se realizan, el proceso (por el que) llegamos a descubrirlas; pero, por Dios, después de haber demolido todos los dogmatismos a priori no vayamos a soñar, a nuestra vez, con adoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, quien, después de haber derribado la teología católica, se puso enseguida, con grandes esfuerzos de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania no se ha ocupado más que de destruir la revocadura hecha por Lutero; no vayamos a preparar nuevas tareas para el género humano con otras capas de yeso. Aplaudo ( ) su idea de esclarecer todas las opiniones; hagamos una polémica buena y leal; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero, precisamente porque nosotros estamos a la cabeza del movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos demos de apóstoles de una nueva religión; aunque esta religión sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos y alentemos todas las protestas; denostemos todas las exclusiones, todos los misticismos, nunca consideremos una cuestión como agotada, y cuando hayamos gastado hasta el último argumento, volvamos a empezar si es necesario, con la elocuencia y la ironía. Con estas condiciones entraré gustoso en su asociación y si no, no. (98)*

Sospecho que Rodó no conoció este verdadero credo liberal de Proudhon. Del texto se desprende la duda de que Marx lo compartiera. Rodó no cita, entre la pléyade de autores que maneja en su obra, a Marx. Conocía las doctrinas y movimientos que agitaban al mundo. ¿Desestimaría a Marx precisamente por ese dogmatismo que rechaza Proudhon? Lo que antecede bien podría acompañar la publicación de una de sus más valiosas parábolas ya citada: *La despedida de Gorgias*.

Entramos ya en la cuestión del liberalismo filosófico. Gorgias, en trance de muerte, se despide de sus discípulos. Rehúsa en el momento supremo, el brindis del discípulo que invita a sus compañeros a permanecer fieles por siempre a sus enseñanzas. He aquí, en lo que sigue, su magisterio liberal:

*... la moral de mi parábola, ( ) va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez y para siempre ( ) Mi filosofía no es religión... yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad, que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro... no hay término final en el descubrimiento de lo verdadero, no hay revelación una, cerrada y absoluta; sino cadena de revelaciones, revelación por boca del tiempo, dilatación constante y progresiva del alma ( ) en el seno de la verdad infinita.*

Insistirá en el desarrollo de la idea en sucesivos capítulos de *Motivos de Proteo*. En uno de ellos explicitará las consecuencias del dogma en el terreno en que éste se halle.

*Desde el instante en que una idea se organiza en escuela, en partido, en secta, en orden instituido con el objeto de moverla y hacerla prevalecer como norma de la realidad, ya fatalmente pierde una parte de su esencia y aroma, del libre soplo de vida con que circulaba en la conciencia del que la concibiera o reflejara, antes de que la palabra del credo y la disciplina de las observancias exteriores la redujesen a una inviolable unidad.*

En *Los Seis Peregrinos* tenemos la doctrina en acción. Por un lado *Idomeneo*, espíritu de fe, abierto a la solidaridad y a los avatares que depara el día a día del camino. En el extremo opuesto, *Agenor*, el poseído por la misma fe sí, pero cabeza gacha, mirada ausente clavada en el más allá, marchando a su meta sin sentir el palpar de la vida que le sale al paso. Aquél, atento a todas las incitaciones; éste ciego y sordo a cuanto le rodea. Dos formas del ser humano. ¿Ha pintado Rodó, acaso, - seguramente sin proponérselo, - la conformación mental de aquellos dos luchadores sociales? ¿Quién se animaría a señalar la diferencia de espíritu entre las palabras de Proudhon y las palabras de Rodó? Podrían espigarse en esa carta dirigida a Marx varias otras importantes vertientes del pensamiento proudhoniano; limitémonos a señalar la idea de la tolerancia, que lo hermana, como nota característica, con el uruguayo.

La vertiente liberal de la personalidad de Rodó está en línea con la las ideas de Proudhon. Hay allí un común subsuelo donde se apoya el sillar de sus concepciones políticas, sociales. En *Rodó, Acción y Libertad*, y en páginas precedentes hemos explorado, aunque desde otro ángulo, el liberalismo de Rodó. Lo propio podríamos decir de su concepción social, en principio próxima a la de Batlle en cuanto a los derechos del trabajo, aunque le diferenciara de él una tolerancia sabia y previsora, es decir, apartada de toda acción demagógica y rígidos moldes, en la organización del trabajo. Su criterio realista le hacía ver la inocuidad de ciertas conquistas impuestas desde arriba, por oportunismo político, o por desconocimiento de que de no estar dadas ciertas condiciones, de poco sirve la letra sobre el papel. ¿Cuántas leyes resultan impracticables, en este Uruguay tan dado a proclamar ese tipo de conquistas, en ausencia de la base que las posibilitan? Un ejemplo, - hipocresías a un lado - es la ley de las ocho horas. ¿Se ha cumplido, se cumple en la práctica? Solo formalmente. No cuando el trabajador, para sostener su familia ha de apelar a varias tareas. Evitaré extenderme aquí sobre la gran estafa nacional en materia jubilatoria. Una situación vejatoria del trabajador, en grado extremo, al lado de una consuetudinaria jactancia de nuestros avances sociales. Ni oso referirme a la problemática de *la Salud*

donde se confunde gasto con eficiencia; similarmente con *la Educación*. La real conquista de las horas que el hombre rescate para el *ocio noble* (el que concebía y predicaba Rodó) o cualquier otro ocio, está indisolublemente ligada al factor de productividad. Y claro, a otros factores, donde cuenta no sólo la organización productiva de la realidad que sujeta nuestros pies al suelo.

Este *flash* sobre la vertiente filosófica del *liberalismo* no cierra ni por asomo la vasta extensión de las múltiples vertientes del pensamiento que exploran el concepto de libertad, que envuelven el del Estado como el de la esfera del individualismo y la que se ha prestado a las mayores confusiones y falacias, la del liberalismo económico. Dedicaremos a estas cuestiones sendos apartados.

### 3. Cruzando el siglo.

Hemos transitado a vuelo de pájaro si se quiere la faz filosófica de Rodó, el tiempo histórico que le precedió influyendo sobre su formación y su acción política, rasguñando la cuestión económica, el Estado y la proyección de ambos factores siempre presentes en la vida del hombre. Hemos sobrevolado, más que un mar de ideas, una tierra de imprecisas fronteras sobre las que se expresó su intelectualidad presente. como su *Idomeneo*, en todas las encrucijadas de la aventura humana que le salieran al paso, asistiendo al proceso del romanticismo, el espiritualismo y el principismo, el positivismo y lo que él llamó el neoidealismo.

También al liberalismo en sus manifestaciones políticas y económicas sin esquivar los fenómenos concomitantes. A ratos, inevitablemente, el campo se ha visto invadido por las abigarradas facetas de otras realidades, porque sólo artificialmente pueden separarse los elementos de la intrincada malla del acontecer humano. De este modo hemos arribado al ocaso del siglo XIX.

Con el nuevo siglo, nuevas luces. Cambia la escena en la que se realiza su vida. Al cabo de una centuria de contiendas, comenzaba a percibirse una transformación social que, al menos en el Río de la Plata, abría un campo más propicio a las manifestaciones culturales. No obedecía ello únicamente a la influencia que ejercía la reforma educacional de José Pedro Varela, promovida veinticinco años antes, al son de las primeras campanadas del *positivismo* en el Uruguay.

La lucha entre los intereses y las ideas confrontadas; el contacto con una realidad cambiante en sí y en su relación múltiple con el medio europeo y la circunvecindad americana; la maduración de los hombres al frente de la acción en el transcurso de ese tiempo; la irrupción de nuevos factores y actores; la mejor comprensión de las circunstancias antecedentes, todo, contribuía a impulsar la corriente evolutiva y un aire distinto. Detengámonos un momento aún en la generación que precede a la del '900.

Superada la Guerra Grande, establecida ya la Universidad en Montevideo, aunque en condiciones harto precarias, comiencé a forjar una tradición de pensamiento. A sus aulas llegan las ondas del pensamiento europeo, principalmente de Francia, a través de libros portadores de nuevas doctrinas. *La primera filosofía* que profesará la Universidad se corresponde con el *eclecticismo* de Víctor Cousin, surgido no casualmente sino, diríase, como necesidad social, bajo circunstancias de anarquía ideológica en que la realidad exigía la conciliación de los ánimos tras el cruento período napoleónico, en que la sociedad europea se viera sacudida hasta los cimientos. El espíritu revolucionario encalmado por el cambio radical de situación, aliándose al *sentido común* de la escuela escocesa y al idealismo alemán y, en particular al cartesianismo francés, aglutina una unidad de pensamiento ecléctico que aspira a distintas formas de convivencia.

Este eclecticismo, visible en todos sus rasgos a nivel universitario, señorea el espíritu tolerante de Plácido Ellauri. Genera en el mundo de la política platense algunos conatos tendientes a atemperar la fiebre partidista. En el plano religioso Andrés Lamas separa el campo científico del campo de la fe, hallándolos conciliables. Comienza el desprendimiento del romanticismo; asoma el realismo. Un eclecticismo próximo al racionalismo da ahora la tónica que por medio de Francisco Bauzá — por citar

su figura más notoria — marca con su huella la cultura uruguaya. Bauzá pudo de tal modo, hacia el último cuarto del siglo XIX, ser colorado y católico. La tolerancia es el sentimiento que irradia desde la cátedra de Plácido Ellauri.

Más por su eclecticismo que por su declarado *liberalismo filosófico* de algún modo da lugar a una escuela. No era amigo, don Plácido — a quien todos apelaban así en el ambiente universitario — de imponer ideas ni doctrinas sino mediante la prédica y el ejemplo de tono liberal. Su aula, se ha dicho, era *una cátedra libre*. Una relumbre de cómo este hombre pudo influir en la formación de una *escuela liberal* puede sugerirla su sola actividad: durante más de treinta años, no fue otra que la dedicación absoluta a la docencia hasta 1893. Un ejemplo de su aplicación a ella lo muestra un hecho. Su hermano, José E. Ellauri, — a consecuencia del motín del '75 — dejaba un día la presidencia del país. Al siguiente, don Plácido hallábase en su puesto de siempre.

El signo categórico de su liberalismo está dado por su actitud ante la consagración del programa positivista en los programas de la Universidad. Tiempo hacía que se arrastraba en su seno, como en el ámbito periodístico, la disputa entre sus partidarios, inclinados al evolucionismo darwiniano, a la filosofía spenceriana y al espiritualismo de cuño romántico, convertido el todo en el eclecticismo. Avanzaba el positivismo guiado por la estrella spenceriana de la ciencia, barriendo a paso de carga, los vestigios románticos. Hacía su entrada el realismo en todas sus manifestaciones, incluido el quehacer literario. Entre las figuras del '900 toparemos con varios de sus cultores, un Florencio Sánchez en el teatro, un Javier de Viana en el cuento campero, un Carlos Reyles y un Acevedo Díaz en la novela.

Los propulsores del novedoso programa podían temer la oposición de don Plácido o al menos, alguna traba al ímpetu renovador. Nada de eso: una vez más, su espíritu liberal los acogía con apenas algunas modificaciones. Pensaba él, con Víctor Cousin, que el influjo del positivismo sería pasajero y que tras la novedad, se volvería al espiritualismo en no más de un par de décadas. Próximo al fin de su magisterio, sin desconocer los logros científicos del positivismo, declaraba que *por ley histórica tiene que ceder ya el paso al espiritualismo que vuelve, más tolerante y más amplio, pero también más fuerte que nunca*.

Esas dos décadas culminaban justamente hacia el tiempo en que José Enrique Rodó escribía su *Ariel*. El *ariélismo* confirmaba la visión de Plácido Ellauri... Había anticipado la llegada de un Maestro de su misma estirpe. El que llegaba, lo hacía con el don del genio artístico. No era otro que *El que vendrá*, anunciado ahora en un temprano escrito del propio Rodó. Él mismo era *el Mesías*: y llegaba para dar el más alto ejemplo de tolerancia y sabiduría, el Gorgias, *el Gorgias* de su parábola. El Maestro que dejaba el lugar a quien pusiera *el pie delante de su última huella*. Había dicho don Plácido en una ocasión:

*Yo, cuando enseñaba filosofía, rindiendo tributo a la libertad del pensamiento, no impuse jamás las ideas ni los sistemas, porque fui enemigo de esa sujeción como contraria a los progresos de la ciencia...*

Pero no sería uno el Maestro que continuaba su escuela, sino dos. Carlos Vaz Ferreira era el otro Maestro en pos de sus huellas, el filósofo opuesto al cierre de todo sistema por arriba. Esta encumbrada tríada del pensamiento que formaba el puente entre dos siglos consideraría el positivismo como uno de los varios impulsos del espíritu, una de sus vertientes, bien advertidos contra el entusiasmo del novicio que pudiera volvernos al exclusivismo refractario, a la comprensión de que los valores no son los directamente materiales; prevenidos, igualmente, ante la actitud que da la espalda a la realidad. Se ha sostenido que Ellauri contribuyó de modo importante, con su acción personal, a la formación de la juventud que en política se distinguió por su idealismo principista. Del mismo modo, que no pudo ella desligarse de su matriz romántica, ni de cierto absolutismo metafísico al encarar la vida, tampoco pudo el principismo desprendirse por entero de sus ligaduras iniciales. En el retrospecto histórico se aprecia — imperfecto, aún inmaduro su instrumental de pensamiento y acción, — que mu-

cho coadyuvó a encauzar el civismo uruguayo en las últimas décadas del siglo. Las reacciones no se hicieron esperar.

En el terreno político se deberían a su incompreensión de la naturaleza humana, contribuyendo en parte a engendrar circunstancias que desembocarían en el militarismo. Circunstancias que, de haber afinado eficiencia y tolerancia en la acción, podrían tal vez haberse evitado. Pero no está dado a los seres humanos ser lúcidos avizores de las consecuencias de sus actos. Las mismas modalidades le llevaron a producir, en el escenario filosófico, ardientes resistencias, rechazos conducentes a la sobrevaloración del positivismo.

Los cultores del movimiento levantaron tan alta la vara de la ciencia y de la razón, que olvidaron que el hombre no es puramente racional. Sus ideas, volviendo a la aseveración de Chateaubriand de que ciertas verdades abstractas bajadas al plano de la realidad pedestre suelen resultar monstruosidades impensadas, se tradujeron en el quehacer político, en extremos repudiabiles. El saldo a favor estaría acaso en su contribución a la doctrina del libre pensamiento, despojando a la Universidad de su carácter dogmático: *Cuando la Universidad se instaló, en la mitad del siglo, la tradición dogmática era todavía incontrastable en la cultura uruguaya*, afirma Ardao. La corriente del racionalismo, sin anular las arraigadas creencias deístas del espiritualismo, influyó sobre ellas, pero sin convertirlas al nuevo credo. Aunada al empuje positivista, fue adueñándose de las cabezas. Se reconoce de distintas maneras en cada uno de sus antiguos cultores. Hemos visto cómo operó en Julio Herrera y Obes, impidiéndole desprenderse hasta el último día de su acción política, del sesgo principista o espiritualista. A pesar de su excepcional capacidad, la pugna entre los principios proclamados y su praxis, le dejaron mal parado. Reconoció su contradicción sólo a regañadientes.

Hacia fin de siglo, cuando Rodó concebía *Ariel*, el debate entre espiritualistas y positivistas se hallaba superado en muchas mentes; ciertamente en la suya. Las ideas evolucionistas de Darwin (99) - consideradas el mayor impacto filosófico de la centuria, poseían ya largas raíces. Aunque su autor se empeñara en moderar sus consecuencias, que bien se le alcanzaban, su teoría venía labrando hondamente la cultura. Su activo compatriota Herbert Spencer las proyectaba al mundo. Las ideas de selección natural, de la lucha por la vida, la consolidación biológica de las mutaciones en el milenarior proceso de las especies, la fe en los logros del empirismo, la capacidad de la razón, en fin, como en concierto de gigantes, concurría a armar al positivismo, el nuevo ídolo. Su fuerza combinada asentaba un hito histórico. La renuncia a la metafísica, la consagración del ideal científico, junto a la afirmación del agnosticismo en cuanto a todo lo que trascendiera los límites de la realidad material inmediata, se conjugaba allí.

Entre la corriente que transponía su cenit encaminándose al ocaso, y la que emergía del oriente transoceánico disponiéndose a ocupar su lugar, se trababa ahora una ardorosa polémica en las arenas de la Filosofía. Las fuerzas enfrentadas trascendían su ámbito repercutiendo en la vida social. El fuego cruzado entre ambas corrientes abarca las más diversas direcciones y debate por los más variados motivos. Ya es Carlos María Ramírez quien entabla duelo - primero filosófico y luego a pistola - con Francisco Bauzá; ora es el mismo Ramírez que cruza sus armas intelectuales con su entrañable amigo José Pedro Varela en conferencia oral, más tarde periodística. Ahora será Martín C. Martínez el que entra en la lid sin hacerlo específicamente en la polémica entre ellos. En 1881, con su *Teoría Evolucionista de la Propiedad Territorial* enfrenta a toda la escuela espiritualista.

Dice Bauzá a Ramírez que le parece imposible que entre dos ciudadanos de una misma nación republicana y libre, no haya alguna afinidad política. Y no se trata de una mera oposición temperamental. Ante el movimiento armado de Timoteo Aparicio meditaría Bauzá sobre el carácter de las revoluciones. Con acento no anejo al criterio sociológico del positivismo, concluye: (100)

*La revolución no es un hecho aislado, o un deseo que fracasa, no es el fruto de una tentativa atrevida o de la iniciativa de un bando rebelde... ( ) es el conjunto de las fuerzas*

*sociales ( ) en acción para conseguir el triunfo de una idea. Obedeciendo a leyes determinadas, a principios fijos y a aspiraciones idénticas, la evolución es el resultado de una elaboración continua y de una necesidad plenamente reconocida... El tiempo - que es la mayor de las fuerzas con que cuenta la sociedad, va aunando en su marcha lenta todos los elementos dispersos que han de formar el gran acento de acción en el momento de la lucha, y cuando ese momento llega, la revolución se consume como un accidente natural, porque es un hecho inevitable.*

Sus reflexiones apuntaban a los grupos universitarios que apoyaran el movimiento armado de 1870. Bauzá, - compartiendo con Varela y más tarde con Rodó esa convicción de que el tiempo define y decanta - se había mantenido al margen de la casa de estudios. Los tres eran decididos autodidactas. De José Pedro Varela dijo Ardao que *escapó a la fatalidad universitaria de la época* librándose a la par, como Bauzá, del *espíritu de la Universidad*. Pudo decirlo de Rodó, en otro plano y en otro momento.

Hecho notable: Varela, Bauzá y Rodó se constituyeron en faros del quehacer cultural uruguayo soslayando la adocenadora disciplina de los programas universitarios. La férrea voluntad de estos hombres no reconoció otra motivación, ni más programa, que el ansia del saber. Añadieron, al ahínco en el estudio, la reflexión y la escuela de la vida que acrisola el criterio personal. Los tres grandes de nuestra cultura se distinguieron, justamente, por la condición personal que no somete ni subordina el juicio a la idea consagrada. Si acaso tuvieron un dogma, fue el de la educación.

Bauzá era partidario del aumento del número de escuelas, así como de un cambio en los métodos de enseñanza que dependía, enteramente de la Universidad. Bajo esta luz no sorprende Ardao, que es quien, en el Uruguay, ha puesto más devoción en la investigación de estos problemas, cuando dice: *El espiritualismo y el positivismo, filosofías irradiadas por la Universidad en la segunda mitad del siglo XIX, fueron escuelas definidas que modelaron la inteligencia nacional y aun la conciencia espiritual del país, en un periodo decisivo de su desarrollo.* (101) Cualquiera sea la parte que toque a estos hombres destacados en tales movimientos, no son fruto directo de la Universidad sino de su forja personal, de sus lecturas al margen de programas impuestos, de su labor periodística, de sus libros, de su acción práctica y de la meditación.

El hecho que mejor ilustra el choque intelectual de las dos corrientes se halla en la polémica sostenida por Carlos María Ramírez y José Pedro Varela a propósito de *El Destino Nacional y la Universidad*, surgida tras la publicación de *La Legislación Escolar* entrevista ya en *La Educación del Pueblo*. Aparecía en 1874, cuando Angel Floro Costa, desde Buenos Aires, motivaba con sus exposiciones de índole positivista la réplica periodística del propio Ramírez desde Río de Janeiro. En *La Educación del Pueblo* se anunciaban ya sus certeras críticas a la Universidad. El conjunto de las observaciones de Varela se concreta y asume radicalidad en su programa ideológico que constituirá la base de la reforma de la enseñanza entre 1876 y 1879.

Carlos María Ramírez, hijo de la Universidad, sintiéndose su abanderado, le sale al cruce. Su reacción tiene una doble faz: emocional e intelectual. La polémica se inicia con una serie de conferencias en el *Club Universitario* y continúa luego en las páginas de *El Siglo*. Se enfrentan en la lid dos grandes corrientes de ideas que signan el período en que el espiritualismo había sido romántico en literatura, principista en política y racionalista en religión. La clasificación es esquemática pues no se encontrará un solo espiritualista que reúna tajantemente las tres modalidades.

Esta polémica ilumina la fase de la evolución del pensamiento uruguayo que no puede haber escapado a Rodó en su etapa juvenil. Muestra la atmósfera intelectual que se respira. Quienes se alineaban con Carlos María Ramírez venían igualmente evolucionando en sus formas de pensar. El propio polemista, que sobrevive a Varela, no se detendrá en el camino de las ideas que manifiesta en su controversia. No todos los aspectos de la discusión serán atendidos aquí. Dejaremos de lado, por ejemplo, la corriente racionalista que no se enfrenta a la Universidad pero halla a su contendor

en la Iglesia: es el tiempo en que se gesta el movimiento que la llevará a su separación del Estado. La polémica no está regida sólo por motivaciones intelectuales.

Se mezclan a las de orden social y emocional de tono político, transparentadas en aseveraciones como las de que los principistas no fueron capaces de apreciar el significado de la elección de Ellauri, llevado al poder por el sufragio, precedido de una intensa propaganda doctrinaria, en una elección en que, pese a todo, se derrotaba al candidato del Gobierno. El hecho - señala Pivel Devoto - tiene su corroboración en el juicio de Rodó sobre Ellauri que comporta en sí, si se examina por su contracara, una estimación sobre el principismo:

*La presidencia individual del Dr. Don José E. Ellauri, aunque malograda por el abominable atropello, alcanzó a demostrar que era capaz de llevar a su realización más alta el orden administrativo, la corrección electoral, la moderación de los procedimientos y la cultura de las formas. (Ob. 108)*

Su dictamen sobre una figura tan controvertida le muestra lejos del eclecticismo que se le atribuyera, mas encierra un reproche al principismo que hubiera podido apoyar a Ellauri, aunque su autor lo produzca con otro cariz político. Al no apoyarlo, dio paso al militarismo que, decididamente, atrasó en tres lustros el inicio civilista.

En este clima nace la polémica, tras aceptar Varela hacerse cargo de la reforma bajo el gobierno del coronel Lorenzo Latorre, en el poder por la renuncia de Ellauri. Varela, vuelto de su viaje a Norteamérica, donde trabara contacto con Sarmiento, e imbuido ya de la necesidad de que el Uruguay debía cambiar el derrotero de las discusiones bizantinas sobre los principios, trueca su actitud primitiva romántico/espiritualista. Su visión positivista, ahora, porta la bandera de la enseñanza democrática. Es Varela quien introduce el positivismo en el medio, el enfoque de los problemas, hasta donde sea posible atribuir a un hombre, por sus manifestaciones doctrinarias y acción práctica, influencia decisiva sobre el pensamiento de la época. La nueva filosofía planeaba sobre el mundo, era ya casi una expresión de la cultura occidental. Mas no cabe duda que Varela apresuró entre nosotros su maduración. En *La Legislación Escolar* afloran por doquier las pautas de su sentir sociológico: (102)

*Se creería que un cambio de gobierno, o mejor dicho, un cambio de personal en el gobierno, transforma las condiciones esenciales de la vida de un pueblo: y que estos y aquellos individuos que ocupan temporalmente la dirección civil de la sociedad tienen el don misterioso de alterar a su antojo las leyes que presiden al desarrollo de las agregaciones humanas... Las transformaciones sociales son lentas y se producen regularmente a despecho de las mutaciones transitorias de los gobiernos, mientras continúan obrando las causas generadoras que las producen: en tanto que dejan de producirse cuando esas causas desaparecen, sin que los cambios de gobierno influyan más que de una manera secundaria, sea en el sentido del bien o en el del mal. Y la razón de esto es bien sencilla: los gobiernos no son causa del estado social, son efecto de ese mismo estado...*

Adviértase el criterio sociológico maduro. No es otro el criterio que Rodó despliega a lo largo de su carrera política. Similar su enfoque. Lo veremos al impugnar la idea de José Batlle y Ordóñez sobre el sistema de gobierno colegiado. En 1916 afirma que la conciencia nacional ha recorrido un largo camino positivista y que su gran problema político *no es de fórmulas constitucionales, sino, ante todo, de espíritu de gobierno y respeto a la soberanía...* No niega la incidencia que las leyes puedan tener circunstancialmente en la marcha de las sociedades. Pero no confunde, como tampoco Varela, los efectos con las causas. Bien advertido contra los excesos de lo que veía en Inglaterra como en Uruguay, bajo el signo de lo que se daba en llamar *el socialismo*. Hemos citado un artículo de *El Siglo* reclamando contra los ejércitos de empleados públicos.

Como llevo dicho, en su biblioteca personal he podido examinar, de Spencer, *El individuo y el Estado*. Aparece en él un estudio minucioso de sus conceptos. En el capítulo *Los pecados de los legisladores*, el filósofo de la evolución analiza el origen del poder y concluye por donde han empezado tantos anarquistas: *el gobierno está engendrado por la agresión y para la agresión*. Rodó anota al margen: *ideal del anarquismo*. Nos limitaremos a indicar algunos de sus subrayados a este tramo de Spencer:

*Los pecados de los legisladores no son producidos por sus ambiciones personales o intereses de clase (resultan) de una carencia de estudio para el que están moralmente obligados a prepararse.*

No faltaría experiencia personal a Rodó sobre el particular. Sus subrayados sugieren que comparte la idea y los que siguen marcan las consecuencias a que llevan los errores causados por leyes precipitadas. El carácter cauteloso del Rodó legislador, teniendo a la vista las experiencias inglesas en la materia, se ejemplifican ampliamente en *Del Trabajo Obrero en el Uruguay*. Dentro del conjunto de su obra constituye una pieza de verdadera filosofía social.

Otra nota señalada por Rodó muestra sus dudas en cuanto a excluir las ambiciones personales. Opinión corroborada en el contexto de su pensamiento político en otros escritos. Coincide esta filosofía con la expresada por Martín C. Martínez, en la época, en línea con la filosofía spenceriana. Es patente, en la comparación del juicio de Rodó con el de Varela, la similitud del criterio sociológico positivista, la relación ineludible entre las condiciones sociales y la posibilidad de la acción en el sentido del bien o del mal; entre esas condiciones y la factibilidad de la ley. Ambos se muestran recelosos de las leyes de papel. No basta la intención; hay que bajar a las causas profundas que motivan cada situación, comenzando por el cambio de las modalidades políticas, sin descontar, claro está, otros factores, entre ellos, el factor económico. Confrontemos las posiciones. Varela afirma:

*... la desaparición de los malos gobiernos es imposible mientras no desaparezcan los pueblos ignorantes, atrasados y pobres, que los hacen posibles, que los levantan, los sostienen y los explican.*

Esta comprensión del hecho social se abría camino de tiempo atrás. Conceptos similares expresaban los contemporáneos enjuiciando a Rosas. Dicho por Varela no se le atribuye aristocratismo. A similares afirmaciones de Rodó se le atribuye ese sesgo.

Tal criterio, de cepa democrática, encierra su esencia. El pensamiento de Rodó cuando reclama el acceso a la cultura superior en la sociedad democrática está cercano al del *Reformador*. En *Ariel* pone en claro que no se concibe su existencia en medio de la ignorancia. Sigamos con Varela:

*... Es ley invariable que así los pueblos como los individuos, aprecian tanto más los beneficios de la educación cuanto son más educados, y que la ignorancia tiende a perpetuarse cuando no hay causas poderosas que la combatan... (Y concluye con esta sentencia inapelable)... a medida que por más perfecta es más complicada la organización política, veríamos que es racionalmente un absurdo esperar que el gobierno democrático pueda funcionar regularmente con una población ignorante.*

Varela anticipaba en más de medio siglo a lo que sostendría don Manuel Azaña durante la *Segunda República Española*, aunque hemos visto que la idea no era ajena al equipo de Carlos III. Varela complementa la idea con que *el pueblo debe tener cultura política*, sin desmedro del carácter práctico de su formación, de manera tal que las condiciones materiales conduzcan al desenvolvimiento general. Hoy hablaríamos de *desarrollo*. Éste, y la cultura, van inseparablemente de la mano. ¿Es otro el sentido que Rodó explaya en la *Revista Nueva*, en 1902, como antesala de aquel proyecto que presentaría en

Cámara sobre *De la Enseñanza Constitucional y Cívica en los Estudios Secundarios? Sus palabras* iniciales, son un real tributo a la memoria de Varela:

*...la instrucción primaria recibía en nuestro país un vigoroso impulso de reforma que la levantó en poco tiempo a una altura no superada en ese importantísimo órgano de civilización, por ninguno de los pueblos de América. (Ob.1178)*

He ahí una justa apreciación histórica del *Reformador*, pionero de una nueva era. Empero inmensa era la tarea por delante en un país donde casi todo estaba en barbecho en materia de instrucción, si nos atenemos a su aún pálido testimonio - ante los hechos que venimos considerando - estampado en el libro que originó la polémica. En esa meditación de Rodó sobre la educación cívica se aspira a nuevos pasos. La otra nota a no pasar por alto en esa evolución es la que enfatiza Varela en diversas formas, si bien todas confluyen en la denuncia del *espíritu de la Universidad*. Su primer rasgo lo encuentra en la influencia que Francia ha ejercido *sobre la inteligencia de las clases ilustradas*. Hoy podríamos sintetizarlo en una fórmula esquemática pero gráfica: el espíritu imperante, irradiado por la Universidad, era literario, retórico, como el que Reyles muestra en un personaje de *El Terruño*. De un clima de esta índole emergían varios males nacionales.

El espíritu de casta creado y mantenido por nuestros estudios clásicos prepara el caldo de cultivo de una multitud de pequeñas corporaciones o círculos, ávidos de privilegios y hostiles al derecho común. Ese espíritu, incubado y anidado en la Universidad, trasciende al resto del cuerpo social, manifestándose por sobre todo en la aspiración a las prebendas de la administración pública, corolario irreductible del tropel de bachilleres que produce sin atender a su utilidad en lo personal como en lo social que en vez de dirigir la energía creativa a la agricultura o a la industria, no tienen otro destino que el Estado...o el éxodo. ¡Duros acentos varelianos! A más de un siglo ¿suenan acaso extraños? Es lo que hemos seguido viendo hasta nuestros días. Detrás de este triste fenómeno está, como explicación, la que daba Spencer: la ignorancia de los legisladores. Sin discrepar con él agregó a la ignorancia la desidia, el egoísmo y una falta de ética, proclive a saltarse la moral entera.

No reclamarían mayor atención las afirmaciones de Varela si el tiempo les hubiera quitado vigencia. Mas la tendencia no ha sido vencida. Resultados a la vista: un país empobrecido, un país que se vacía de su fuerza juvenil mediante un éxodo ya crónico; un país, en fin, que desvanece progresivamente su identidad como una sombra, perdiendo, día a día, su soberanía, su savia nueva. La persistente realidad avala la vigencia del libro de Varela:

*...la suficiencia, el orgullo de casta, el apego soberbio a los privilegios abusivos, que se extienden allí a los médicos, ingenieros, abogados, literatos, etc., hállase concentrado exclusivamente entre nosotros, en los abogados. Los graduados universitarios, como casta, hechas las excepciones que deben hacerse, creen representar entre nosotros la ciencia enciclopédica, la suma del saber humano. En el gobierno, en las asambleas, aun en la vida diaria todos hemos podido verlos resolviendo con el mayor desparpajo y la más acabada suficiencia las cuestiones más extrañas a la abogacía, y aquellas en que racionalmente debe suponerse que menos conocimientos tengan... De ahí que hayamos visto a los graduados universitarios tratando con desenfado y suficiencia cuestiones de comercio, de agricultura, o de industria, resolviéndolas a su antojo, y lo que es más, mirando con profundo desdén las opiniones de aquellos que ha dedicado su vida toda al comercio, a la agricultura a la industria.*

A esto pueden añadirse ejemplos de nuevas carreras que no desvirtúan su aseveración.

No obstante cabe recordar la observación de Vaz Ferreira. (103) del sentido democratizador que ha tenido la abundancia de profesionales en la sociedad uruguaya promoviendo el ascenso de contingentes sociales originados en la inmigración, desde capas humildes a los rangos más expectables,

entre los que se han contado los políticos primordialmente. Sin desconocer la verdad esencial del sesgo vareliano, los males de la Universidad no son intrínsecos a su condición de tal, sino a su carácter corporativo que le ha hecho perder de vista la noción de su génesis y su finalidad. Para ahuyentar toda sospecha de malevolencia, traigamos a colación una reflexión de Ortega y Gasset de 1930. Conciérne a la Universidad europea. Su particularización sobre la española o la francesa demostraría que hemos sabido guardar esa herencia con un celo digno de mejor causa. En el *Libro de las Misiones* indaga sobre los fines de la Universidad. Encuentra en su origen medieval el de impartir *cultura general*. (104)

*La cultura, lejos de ser ornato, debe constituir el sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad, un sistema vital de ideas, - subrayo - necesario al hombre para conducirse en el caos de la vida, en la selva salvaje que no ha dejado de ser el hábitat humano. Sin la cultura el hombre se pierde en ella... La cultura es lo que lo salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento.*

La Universidad contemporánea - asevera - ha perdido el rumbo.

Por su lado observa Zum Felde (105) que en vez de impartir cultura, conocimientos aptos para la vida, produce profesionales en serie y, encima, *ha complicado enormemente la enseñanza profesional... quitando casi por completo la enseñanza o transmisión de la cultura*. Treinta años antes lo recordaba Rodó en *Ariel* al referirse a

*cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario ( ) formando así espíritus estrechos que, incapaces de considerar más que un único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.*

En *Proceso Intelectual del Uruguay* el autor, - refiriéndose a lo mismo, señalaba el hecho como evidente atrocidad cuyas consecuencias pagaría Europa en su momento. ¿Y cómo habría de eludirlas la tierra de Varela?

En el capítulo en que Varela indaga las *Causas de la Crisis Política* de su tiempo - aclara haberlo escrito antes del golpe de Estado de Latorre - se retrotrae al análisis de la influencia de los caudillos de campaña, (aquellos considerados el emblema de *la barbarie* por las minorías *cultas* de las urbes.) Una de sus más tremendas acusaciones es el broche con que cierra ese tramo del libro. No se la podían perdonar los universitarios como Carlos María Ramírez. Dice Varela:

*... el caudillo ha ido dorando y encubriendo cada vez más la rudeza de sus procederes en el gobierno. Es al llegar a este punto que se engrana en el rodaje de los caudillos lo que se llama entre nosotros los Doctores. Es decir, que una instrucción, extraviada por falsos principios, se une a la ignorancia secular de nuestras campañas para continuar la obra de nuestras interminables desgracias; tanto más sensibles cuanto que ni los caudillos, ni los doctores como clases obran con el propósito de mal proceder, sino, al contrario, respondiendo a sentimientos patrióticos pero extraviados. (106)*

Coincide con Spencer: más que de la malicia del legislador se trata de su ignorancia, evidenciada en creer que todo lo sabe. Varela apunta a levantar el nivel educacional de la campaña, pero también a

*... destruir el error que halla su cuna en la Universidad y que arrastra en pos de sí a las clases ilustradas, que intervienen directamente en la cosa pública. Es el espíritu de la Universidad, predominante en una gran parte de las clases ilustradas de la sociedad, el que ha compartido con las influencias que reconocen su origen en la ignorancia de*

*nuestras campañas, la dirección de los negocios públicos en el país... estableciendo un divorcio inadmisiblemente entre la teoría y la práctica...*

Es ese espíritu el que formula e inspira las leyes, asentado en la administración pública, estableciendo privilegios y actuando dentro de un círculo cerrado, el responsable, en definitiva, de una legislación sin ecuanimidad, previsión ni sentido práctico, que imposibilita su cumplimiento. Es pues, la clase política, la causa del estado calamitoso del país. ¿Negaríamos razón a Varela, cuando a más de un siglo y cuarto vemos, con amargura, campar los mismos problemas?

Resumamos. La suerte del *espiritualismo* está echada en cuanto a su conducta política rígida, inflexible, reacia a la comprensión de las reales necesidades de la nueva nación. El *espíritu de la Universidad* contribuye a la problemática creada con su trazado de formación retórica, más allegada al romanticismo literario que a observar y captar sobre el terreno sus causas generadoras. Asimismo por el apego al privilegio de la posición pública, asumida con despreocupación de que la ciudadanía sea participe de la cultura política que posibilite una real democracia, por un lado, y la tarea productiva por otro. Negligente para aceptar llanamente los avances científicos en acelerada evolución sin despojarse de la mentalidad de círculo.

Es posible documentar el rumbo perdido del *espiritualismo* con palabras del circunstancial opositor de Varela. En el decurso de la polémica Carlos María Ramírez publica en *El Siglo* algunos fragmentos de la correspondencia que mantuviera en 1874 con el Dr. Angel Floro Costa. Surge allí su encomio por su dedicación a las ciencias. Refiriéndose Ramírez a un escrito de Costa sobre la *Instrucción secundaria y científica*, reconoce que había servido a la causa de *abrir los vastísimos horizontes al espíritu de la juventud*. El mismo, entonces, desde la presidencia del *Club Universitario*, concebía la creación, en su seno, de un gabinete de Física, al par que su hermano Gonzalo *trabajaba para obtener del Cuerpo Legislativo la creación de algunas nuevas cátedras, preliminares indispensables para el establecimiento de la Facultad de Medicina*. Notoria era entonces su falta. Su escrito evidencia que su polémica con Varela obedecería más a la censura a los universitarios que a la incompreensión de sus razones.

Tornemos al ensayo de Martín C. Martínez (107) que, igualmente controversial, muestra la esencia de esos elementos que comenzarán a conquistar y a gobernar la Universidad, y como consecuencia inmediata del triunfo de Varela, a gobernarla e irradiar desde ella en el ámbito social. El propósito explícito del ensayo es vincular el estudio de la propiedad con la teoría evolucionista. Esto es, el *método baconiano*, contrapuesto a la modalidad metafísica y hasta escolástica, o con reminiscencias de tal, de los espiritualistas. No se partirá, en adelante, de conceptos a priori para considerar las Ciencias Sociales; sí, en cambio, al *empirismo*, a la observación, a lo que depare la experiencia. Se procurará como hiciera Darwin durante décadas de estudio, a la acumulación de datos, los que le permitirían asentar su *teoría de la evolución* de las especies. Es la misma posición de Vaz Ferreira cuando afirmaba que para razonar bien es necesario, antes, llenarse la cabeza de información. *Si el método baconiano hubiese predominado, las revelaciones históricas habrían sido la materia prima, aborrandose un sistema que está en contradicción con todo lo que sabemos sobre las formas primitivas de la propiedad.*

Pasa revista a las conclusiones de Bastiat; sopesa las observaciones de Ricardo; atiende a las reflexiones de Proudhon - quizá el más grande pensador sobre el problema de la propiedad. Se detiene Martínez en las conclusiones de Bagehot, el economista inglés, nombre no extraño a Rodó. Del conjunto emerge un metódico sesgo positivista, no de la clase que alejada de las fuentes respira el aire de la secta, sino el aire diáfano de las alturas. Las conclusiones de Martín C. Martínez son de 1879.

Según él, el socialismo constituye, dentro de la más pura técnica metafísica, un buen ejemplo de doctrina o concepción de *principios a priori*. En lo concerniente a la propiedad, eje en que gira su preocupación, se afirma en la necesidad de consultar la realidad. Apela, para ello, al estudio de su desenvolvimiento histórico. Comprueba que el punto de partida es la disponibilidad irrestricta de la tierra para el cazador: comunismo en la más lata manera. Estamos ante el uso colectivo de ella. Las

siguientes etapas, pasando por variados matices, concluyen en su uso individual. La observación, el análisis detenido de los hechos, le llevan a concluir que *la evolución* ha estado presidida por el criterio de *la utilidad general*. La tierra ha sido propiedad colectiva atendiendo a la conveniencia, necesidad o utilidad social. Andando el tiempo, ese criterio arriba a que *la utilidad social*, cambiadas las circunstancias, se inclina a la fórmula del *uso individual*, administrado por leyes, reglamentos e impuestos, sin abandono del *uso comunitario* sobre numerosos bienes. No encara *la felicidad del mayor número*, no menciona a Stuart Mill, aunque sí a Bentham advirtiéndose en sus páginas el criterio *utilitarista* sajón que informó la introducción del positivismo en el Uruguay.

No de muy destintado modo se pronuncia Vaz Ferreira, en *Sobre la Propiedad de la Tierra*. Distingue que ciertas zonas de la propiedad caen inexorablemente dentro del criterio colectivo, social, de su uso, como las calles, carreteras y un sin fin más. El concepto de propiedad absoluta, emergente en tiempos de Napoleón, ha bajado del pedestal; su carácter lo reglamenta el interés social ahora. En suma, se revela que modernamente el predominio individual de su uso responde a la armonización social, política y económica, *porque es la más útil; y cuando produce resultados contrarios mantenemos la propiedad colectiva o comunista, también porque es la más útil. Es el criterio económico el llamado a decidir*. Y concluye: *Aunque esta solución responde a los principios de la escuela utilitaria, la verdad es que armoniza las aspiraciones de todos*. Halla, tras interrogar a la experiencia, que el concepto de la propiedad ha evolucionado. La cuestión que ha aterrado a tantos espíritus con sus asperezas metafísicas, se transforma en este concreto problema económico: *¿Cuál es el sistema de apropiación que produce más y distribuye mejor?*

La problemática, que seguirá agitando los espíritus durante el siglo XX recibe allí formulación clara e incisiva. Se adelanta al georgismo considerando favorablemente los impuestos progresivos, tenidos como lesivos por muchos aplicados a la propiedad de la tierra. Apostrofa a quienes los rechazan, recordando el positivismo por lo alto, tal como quería Rodó. Se pregunta por la inteligencia y sensibilidad capaces de sostener en el día la situación de los pueblos en Rusia, con sus siervos miserables, o la de Inglaterra, con la mitad del suelo en manos de 150 personas, o la de Escocia, donde la tierra la monopolizan 12 propietarios. En América, tras el independentismo el cuadro no difiere mucho, desde el momento que el empeño español respecto a la distribución de la tierra agraria se vio interrumpida dándose, inclusive, marcha atrás sobre esa obra continuada por Artigas.

Martín C. Martínez encara asimismo las leyes de herencia: su partición indefinida puede llevar, en contraposición a aquel extremo, al de algunos países europeos donde la constante parcelación ha convertido grandes extensiones en inútiles aun para la agricultura. Establece que el carácter moderno de la explotación, exige inversiones de consideración, para producir beneficios. Procede a un largo análisis histórico observando que *la selección natural*, como base de *la evolución* de la propiedad, ha sido el factor primero en las épocas primitivas y que el individualismo tiene su fundamento histórico en *la aspiración invencible de libertad del espíritu moderno*. Rechaza decididamente el carácter apriorístico de ciertos sistemas.

*Nada contraría más las utopías socialistas y comunistas que se proponen mejorar inmensamente la suerte humana transformando de golpe el régimen territorial, que demostrar que la propiedad individual es el resultado de una elaboración operada lentamente, análoga a la que en miles de años apenas produce un cambio visible en la superficie de la tierra o en las formas orgánicas.*

Refiere que la experiencia de los pueblos sajones encarece el libre juego de la energía productora, vigorizada en la atmósfera de la libertad, desligando la propiedad de todo obstáculo que se oponga a su rápida movilización, factor primordial para la competencia económica en el escenario mundial

Hay puntos de contacto entre su filosofía y la que Toynbee expone en su *Estudio de la Historia*. (108)

Toynbee confía al Estado, mediante la tributación de efectos distributivos, la solución de la problemática concerniente a la propiedad. La alternativa – dice – en caso de fracaso, conduciría a una revolución de tipo comunista que la reduciría a polvo. Martín C. Martínez, menos profético, apoya el criterio abierto de la movilidad como fuerza reorganizativa, fecunda, entendiéndose, no en el sentido de lucha despiadada, sino de instrumento eficiente, traducido en última instancia, en *ganancia social*. Lo contrario, aunque no en su lenguaje, sino en el de Toynbee, significará *pérdida social*. Este código de ganancia y pérdida sociales, encierra, asimismo, el de la productividad social que, entonces como ahora, no suele figurar en el acervo instrumental de muchos políticos, ignorantes de la esencia del concepto de productividad, de sus alcances y consecuencias. Aunque sorprenda.

Quedan cabos por atar. Reunamos el miraje que merecieron a Rodó los representantes del espiritualismo actuando en la faz política como principistas y, como contrapartida, su juicio sobre el positivismo que todo lo invade: Universidad, gobierno, cultura. Sumémosle sus comentarios sobre *La Enseñanza Constitucional y Cívica en los Estudios Secundarios*, y sus reflexiones sobre *El Terruño*. Todo ello compone el paisaje de la problemática moderna; su máxima expresión, – *la cultura* – lo resume. Anudemos, pues, esos cabos para asir el timón de la nave en que haremos la travesía que aún tenemos por delante.

No faltaron críticos que atribuyeran lasitud al concepto de cultura de Rodó. Ya en un sentido decadente, ora presentándolo como ausente, sordo a la agitación de la multitud y ciego a la realidad del entorno, o envuelto en nieblas metafísicas reñidas con las imposiciones de la vida común. ¡Infortunado Rodó reducido a la menguada figura del Agenor de su parábola! El término con que se enmascara esa estimación es el de *idealista*. En sentido peyorativo. Otros adjetivos se suman a la tendencia diminutoria, cuya fuente común es el habitual subsuelo de motivaciones políticas emergentes de preocupaciones locales o ideológicas o la negligente lectura de quienes resbalan los ojos sobre el papel. A la persistencia de este tipo de opiniones subordinadas se acoplan los corifeos de la crítica frívola con conocimiento sólo parcial de sus textos. Este tipo de crítica ha borroneado el perfil de quien tuvo una clarísima filosofía cuya vigencia debiera comprenderse.

#### 4. Positivismismo y neoidealismo. Del estilo, del pensador y del artista.

*Considerada en primer lugar en su acepción más antigua y común, la palabra positivo designa lo real, por oposición a lo quimérico. En este aspecto conviene plenamente al nuevo espíritu filosófico, caracterizado así como consagrado constantemente a las investigaciones verdaderamente asequibles a nuestra inteligencia, con exclusión permanente de los impenetrables misterios que lo embarazaron especialmente en su infancia. Augusto Comte.*

Tal afirmaba el padre de la sociología en su *Discurso Preliminar sobre el Espíritu Positivo*. (109)

El siglo XIX está cruzado por una potente ráfaga magnética que va desde el polo filosófico de Comte hasta el polo científico que simboliza Darwin. Quizá alcancen estos nombres a caracterizar la energía de la gran revolución del pensamiento que sacude al siglo desde su turbulento albor hasta su desconcertado ocaso. Bueno es tenerlo presente frente al juicio del *Modernismo en Rodó*. Porque él, modernista, fue positivista ante todo. Esto es, apegado a la realidad. Mil veces se ha dicho que estuvo de espaldas a ella, como tantas otras se afirmara su filiación positivista.

El pensamiento de Rodó está penetrado de positivismo, aunque se negó a aceptar la pragmática comtiana que prescribe al alma humana la impasibilidad ante los misterios impenetrables y a declinar sus retos. Rodó no renuncia a la *metafísica*. Reivindica su indagación, restaurando la quiebra del espíritu del siglo que, en este aspecto, había tomado una especie de atajo jacobino en el pensamiento. Se llamó a sí mismo *neoidealista*. Pudo llamarse *neopositivista*. Si no lo hizo fue porque el espíritu del positivismo,

más que el espíritu del vocable que lo designaba, encerrando esa limitación, se hallaba asaz desmoneizado como para sugerir por sí, el ansia de ventanas abiertas, nuevo élan que apoya un pie en la ciencia y el otro en el corazón. Fue explícito al respecto. No cuesta rastrear su neoidealismo o neopositivismo en sus escritos. Está en *El Nuevo Ariel*, brevísima nota donde se condensa, o en *Rumbos Nuevos*, y en *Una bandera literaria*, – éste de 1910 – lo que hace innecesario buscarlo en las entrelíneas de su obra.

No es ajeno al lenguaje de Comte el *criterio utilitario*, aunque en el Río de la Plata haya tenido como adelantados a un Bentham, un John Stuart Mill o, y sobre todo, al más difundido Herbert Spencer. *El Nuevo Ariel*, de 1914, a tres lustros de *Ariel* prueba que aquel mensaje no era un raptó episódico, una ráfaga juvenil. Se reivindica en él, el sentido idealista de la vida contra las limitaciones del positivismo utilitario. Su porfía contra este positivismo es una actitud orgánica, una constante. (Ob.1197)

Hay en *Rumbos Nuevos* una caudalosa meditación destinada a difundir un *libro de bien*. Así califica el *Idola Fori* del colombiano Carlos Arturo Torres, reflexiones a las que siempre hay que volver para situar el ideal humanista moderno. Afirma en ella: *El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona...* (Ob. 521) Los elementos del positivismo que podían servir de cimiento como a la coronación al edificio, encerraban en sí el espíritu que vedaba el paso a la *sublime terquedad del anelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio*. No hubo sólo esa valla para el espíritu liberal. La implícita pretensión del positivismo de haber alcanzado verdades definitivas entraba dentro de lo recusable. ¿No hay acaso tras una verdad conquistada otra verdad aguardando oculta por el momento a nuestro entender? Todavía, y principalmente, no puede aceptarse el materialismo descarnado que rebaja el valor de las *ideas, como norma y objeto de los humanos propósitos. A ellas hay devolver los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad; ( ) nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres.*

Detrás queda la actitud romántica de la generación de Echeverría; el principismo brújula de la generación de Carlos María Ramírez; el empuje anarquista que, aunque contemporáneo de Rodó, resulta, cuando simpático, ingenuo, y cuando pretense profeta de la verdad, soberbio, de jacobino tinte. Tal vez volviendo la mirada a los tiempos de José Pedro Varela, prosigue con que

*la iniciación positivista dejó en nosotros su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obras; el desdén de la intención ilusa, del arrebató estéril, de la vana anticipación.*

Trasciende, en esa decantada síntesis, como en un desfile histórico, el recuerdo de las generaciones precedentes del Plata, en busca de acomodación a un nuevo escenario que no lograba el punto de equilibrio.

*Somos los neoidealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a manos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.*

No está contra la solidez y fermentalidad del pensamiento que aparejó aquel movimiento, en parte como *reacción* contra la *orgia de los románticos*, de *fantasmas y quimeras*, en parte como ampliación, de la aspiración a *producir una superior conciencia de la humanidad*. El positivismo es *la universal revolución del pensamiento* que cruza y hace crujir desde sus mismas bases el siglo XIX, prolongándose en el XX. Reconoce entre sus virtudes, aquélla que, en el campo de *la práctica y la acción, nos trajo un contacto más íntimo con la realidad*. Este sentido depurador de la esencia vital, que devuelve al músculo su temple;

que otorga a la mente, mediante la observación ardua, el dominio sobre la naturaleza, es el llamado a destacar en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo – afirma – identificando esta vertiente del positivismo con el espíritu norteamericano al que atribuye: (Ob.234)

*La gloria de haber revelado plenamente – acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización – la grandeza y el poder del trabajo; esa fuerza bendita que la antigüedad abandonaba a la abyección de la esclavitud y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito.*

Es con este espíritu urgido de realismo – volvamos al inicio – que Rodó enjuicia el modernismo de Darío. Insisto en este aspecto porque en el pensamiento subyacente en todas y cada una de las diversas notas en que nos hemos venido deteniendo en relación a él, está implicado *su estilo*. No es difícil concordar con Buffon en que *el estilo es el hombre*. Si acaso es posible en otros escritores separar el pensamiento de su estilo literario, tal desdoblamiento, en Rodó, acarrea un problema insalvable. No dejaré de referirme, empero, a este aspecto, desde el ángulo modernista, pero a sabiendas de que importa más esta esencia positivista – o neopositivista – que la modernista en sí. Los dejos del positivismo influyen en el crítico que más que adversario de Darío, se declara en su misma trinchera. Es con la enseña del neoidealista, que rechaza la concepción de la vida puramente utilitaria que ahoga las manifestaciones desinteresadas del arte o la cultura. Con estos blasones a la mano, luego de reprochar a Darío su desasimiento de la realidad palpitante, la de América sobre todo, le reconoce su personalísima originalidad y el derecho supremo a ese arte. Es decir, su derecho a la libertad individual. Es la misma tónica de simpatía con que prologa unos poemas de Frugoni joven.

Presentada esta vertiente de su personalidad, encararemos la que se resuelve en expresión artística. Reconozcamos el estilo como pensamiento, obra del pensamiento y rastreemos el flanco filosófico de la cuestión.

Rodó tenía una cabal concepción del arte. Notas sueltas, dispersas aquí y allá, han ido jalonando la senda que hasta aquí nos condujo. Tratemos de reunir las ahora en un todo más orgánico, y apelemos, para ello, a las reflexiones de su carta de 1912 a Francisco García Godoy, en la que se perciben los acentos de su neoidealismo dándose cita con la realidad positiva y la realidad espiritual. Allí, particularmente, si no da Rodó su mano a Juan Marinello, se la extiende con la cordialidad del espíritu liberal que a trechos brilla en el mismo cubano. Confrontemos sus exigencias al *Modernismo*, con esta concepción del arte expresada por Rodó:

*yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor sustancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista que, además, es ciudadano, es pensador, es hombre, infundida en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, no obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución, se asocie a la obra humana de la verdad y el bien. (Ob.643)*

El subrayado del *hombre* es de Rodó; mío el resto. El de *pensador* resalta su concepción del arte, que es *estilo*, filiado a la labor del pensamiento. En esa carta al dominicano García Godoy, con el ajustado título de *Una Bandera Literaria*, reclama un arte bondadamente interesado en lo social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción... sin esclavizarse a un fin que ahogue su autonomía, la independencia del criterio individual. El arte no por el arte en sí, con todo lo que tenga de respetable, sino el arte para el hombre.

Establecido el norte, internémonos en el proceso estilístico de Rodó. Sus cartas a Francisco Piquet, conjuntamente con *La Gesta de la Forma*, son terreno fértil para la indagación. Habla allí de *Motivos de Proteo*. Corre 1904. A sus dramáticos desalientos se suma la guerra civil que envuelve al país en sus miserias. Clima más inhóspito para la tarea que se propone no pudiera haber. Tampoco le favorece su labor parlamentaria. Pero dueño ya de una concepción de *su Proteo*, dominado como por un mandato imperativo, se lanza a la *aventura* de... iba a decir, escribirlo. En realidad no se trata de eso sino de *esculpir* la obra. Es el término apropiado para indicar su concepción artística. *Proteo reviste múltiples formas*. No se refiere al dios mitológico caracterizado por su virtualidad de eterno cambio, sino a la estructura misma del libro. Sus páginas serán su expresión estilística.

Su obra toda puede reconocerse como unos inmensos *Motivos de Proteo*. *La parte literaria está representada principalmente por cuentos aplicables a tal o cual pasaje teórico, sin que esto sea decir que no haya también literatura – léase afán de belleza, armonía, musicalidad, color, – en lo demás de la obra. Hay un cuento simbólico... ¿Pero no lo hay en *Ariel*? Hay, otro que es un discurso de un filósofo antiguo en las borras que preceden a su muerte. Y ése, el de *Gorgias*, pletórico en imágenes, ¿no recuerda el de *Próspero* pletórico también, pero de enseñanzas a sus discípulos en otra despedida? Entre lo vario de las formas, alterna, en el transcurso de sus meditaciones*

*la filosofía moral con la prosa descriptiva, el cuento con el apotegma, la resurrección de tipos históricos con la anécdota significativa, los ejemplos biográficos con las observaciones psicológicas, todo ello en un estilo poético que a veces asume la gravedad y el entono de clásica prosa castellana, otras la ligereza amena y elegante de la 'escritura' francesa, recorriendo las inflexiones más diversas del sentimiento y el lenguaje. (Ob.1343)*

Es el crítico creador, el mismo que rimaba en prosa la estética revolucionaria de Darío, vuelta la mirada a su propia obra. Y esos motivos que desbordan las páginas que dice *de más aliento*, ¿no son los eternos motivos humanos que pueblan sus libros, cualquiera sea el género en que se clasifiquen?

En otra carta habla de la *delectación morosa* con que compone la arquitectura artística. (Ob.1347) ¿Existe el artista que no sienta el placer amoroso de la *creación*? Ese sentimiento asume la forma del amor dolido, la del ardor bélico del combate, por momentos la duda. Tan pronto como queréis convertir la palabra en instrumento de arte, de sensación estética, se os vuelve enemiga y os veis asaltados y acorralados por un ejército de invisibles fuerzas que resistirán, tercas a aceptar el yugo:

*Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical de la expresión, hundis en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muere para sujetarla... Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada... Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla... Dejáis en las emegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida... (Ob.524)*

No es la improvisación, ni el rapto instantáneo el que lleva al asalto y conquista de la cumbre avizorada, a la posesión del bastión inaccesible. Acaso esta *gesta* culmina en una expresión feliz, donde la idea perseguida hasta sus más oscuras reconditeces se hermana, entre repliegues ocultos, con *la forma*, se funde con ella. Otras veces, quizá a punto de asir el objeto, desfallecemos ante la duda y renunciamos a la lucha en el instante supremo en que creemos haberlo aprisionado.

Ardua brega, luego esfuerzo preceden al remate de forma y pensamiento. El pensador no cede en rigor al artesano empeñado en el primor de la línea acá, de la nota de color allá, del ritmo eufónico en el decir. No estamos frente al fanático positivista que cifra el triunfo en la porfía. No basta el tesón. Hay que aunar a la titánica voluntad de conquista que nos impulsa al laborioso escalamiento, la

inspiración, la chispa que incendia el pecho abrasándonos por dentro. Sabe que para ascender hay que esperar ese lampo. Y cuando llega, trabajar hasta desfallecer.

Tiene este artista, del positivista, el espíritu investigador, el inquebrantable empeño del Intelectual que no se colma. Su obra ha de ser suya de un cabo a otro. Veis palpitar el orgullo personal en cada una de las palabras que rastrea, que husmea como un sabueso. Es el orgullo del pensador en quien vibra la emoción del genio renacentista, del artífice celoso en la preparación de sus telas y barnices, que en el silencio de su gabinete, por su mano quiere componer todo. Tras la liza - martirio y delectación - se entrega el vocablo esquivo, el matiz huidizo. Así, tras la doma tenaz del giro rebelde, alcanza el arcano de la expresión artística.

*Pensad que se trata ahora del primer crítico continental, un filósofo que penetrado de la gran corriente antideterminista contemporánea, a cuya cabeza están los Bergson y los James, no se reduce a mostrar cómo la ciencia se limita por sí propia, y cómo ha llegado el momento de restituir a las energías de la vida su específica libertad y su sentido trascendente.*

Es Rafael Barret quien estampa este juicio comprendiendo su lucha, conmovido tras leer sus *Motivos de Proteo*.

Reconforta encontrar lectores de esta clase. ¿Qué menos podía esperar Rodó que esa fina captación del sagaz español para su obra serena y poderosa (que) es un canto a la esperanza, un llamamiento a la voluntad? Comprensión sin vanidad del pensador puro y digno que supo ver al campeón de la tolerancia, que no empuja por un solo camino, pero los ilumina todos; que no propone una teoría única, ni un dogma pero nos dice: "¡Sed libres!", que no nos ordena una obra particular, pero nos desata las manos!

No es sólo la mirada del águila que sobrevuela la escarpa bravía donde se pierde el pie; no es únicamente la inteligencia que anticipa desde la altura, las sendas y divisa la meta; hay algo más en esa grande y generosa alma: hay la sabiduría de que obra tal no se improvisa ni es don que se otorga a la inspiración de un día:

*Para dar a Motivos de Proteo todo ese alcance contemporáneo, conviene advertir la extensa base científica en que se apoya... Sus metáforas no son pura fantasía de poeta sino arraigadas en el sólido terreno de los hechos. Así la noción de que el alma es una multitud, o mejor una serie sobrepuesta de multitudes...*

¡Qué necesitado ha estado Rodó de verdaderos críticos a lo largo de los últimos cincuenta años! Rafael Barret se cuenta entre los pocos verdaderos. Su análisis acerca su nombre al de Bergson, al de Ribot, al de Goethe, que dilucidan trayectorias. Porque para Rodó el hombre no es, como para Taine, un teorema que anda; ni es como Renan, un diletante religioso. Sólo en un punto - acaso por concretarse únicamente a los *Motivos*, y no tener ante sí, la perspectiva total de su obra - pueda hacerse una objeción a Barret. Afirma que le acerca a Guyau la ternura comprensiva y la unción laica. Y hasta aquí no hay reparos. No así cuando dice que le separa de él la *tendencia ética*, que en Guyau es social y en Rodó individual. El recorrido de su obra, hasta acá, nos exime de abundar en que Rodó estuvo penetrado por el sentimiento de lo social, al que no se opone la reivindicación del fuero individual.

Esto otro termina de caracterizar el estilo del hombre, para permitirnos volver al artista:

*Rodó es de los verdaderos maestros, es decir, de los libertadores; y siguiendo sus ideas pensaremos que desde la aparición de su obra el alma del Uruguay se ha dignificado y ha crecido.*

Verdad imparcial la que afirma Barret. Verdad asimismo es el trasfondo científico que soporta su obra en general. Pero no creamos que el artesano que presta su brazo confina su labor a los muros del

taller. Desde fuera el arquitecto vigila la estructura. Junto al pensador, el poeta, el pintor que infunde luz y matiza el color, vivificando con su soplo el conjunto, infundiendo movimiento al elemento esquivo a la regla pero sumiso a la intuición artística.

Bajemos a ese abismo donde se combinan la alquimia sin fórmula con la delicada tarea del calculista.

*... porque es la obra que he escrito... dejándola cuando la inspiración falla y volviéndola a tomar cuando ella vuelve a dispensarme sus favores...*

¡He allí al fin el secreto! Después del aparato de erudición *la cuestión de estilo, de ejecución*. ¡No basta concebir, trazar planos, dibujar con pulso seguro la presentida imagen de ese Partenón para el que se han juntado las cabezas insignes de Ictinios y Calícrates y el genio escultórico de Fidias. ¡No basta el acarreo laborioso de los mármoles del Pentélico escogidos con severa mirada! ¡Ahora, recién ahora, se inicia la obra! Ha sido menester la fábrica que reunió a las mejores testas para evitar *los engaños de la onda*. Una sola, inflexible voluntad, a partir de este momento lo gobernará todo a fin de desentrañar la belleza entrevista y de arrancar el mensaje perdurable de la indócil materia... Comienza el empeño del bien decir. (Ob.525)

*¡Oh Iliada formidable y hermosa: Iliada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre, las epopeyas verdaderas!*

Separar el estilo de Rodó de su personalidad, de su actitud vital, sustraerlo al torrente modernista, aislarlo de esa multitud que marcha afanosa en busca de un ideal nuevo, - ya tome forma hasta entonces desconocida, ya se revele en un pensamiento hasta entonces no columbrado, o en un sentimiento nunca antes encarnado en alma humana - es ímproba tarea. Es no comprender al hombre. Intentemos sólo acercarnos a lo que le es propio, individual, su estilo literario, su inigualada modalidad en el habla castellana de los últimos cien años.

¿Y qué, nos pondremos ahora a decir de sus imágenes, de sus parábolas, de sus múltiples símbolos, de sus alegorías vividas como un fresco pompeyano? ¿Repetiremos todo lo dicho por Pérez Petit, amigo y crítico respetuoso sobre sus hallazgos, sobre sus expresiones felices y desusadas? ¿Nos tendremos, lupa en mano, a escudriñar los íntimos arcanos de su composición? ¿Hablaremos de cada uno de sus mil, o sus cien mil aciertos en la elección del adjetivo, del trueque de un verbo común por otro traído quién sabe si de Quevedo, de Gracián o de Cervantes? ¿Hablaremos de las trasposiciones sintácticas, obra de natural instinto o trabajosamente elegidas? ¿Le reprocharemos en *los Motivos* alguno de sus agobiantes párrafos? ¿O extremaremos, escalpelo en mano, *la prolijidad ya impertinente de ese análisis*, - como dijera él de su estudio sobre Darío, - para señalar en el cuento de *El Meditador y el Esclavo* la incongruencia a que lo arrastra su esteticista afán simbólico cuando al atardecer junta en un vértice imposible la sombra de ambos? ¿Volveremos, como tantas veces se ha hecho, a lo de su marmóreo parnasianismo. Nada de eso. No ha habido hasta ahora mejor crítico del estilo de Rodó que él mismo. Él nos ha revelado las torturas del estilista. Si admiró a Flaubert, - con cuyo estilo ha sido comparado el suyo sin más causa que su común afán de belleza, - más admiró a Cervantes, *por quien cada día crecía en admiración incondicional*. (Ob. 1390)

Cierta es la condición plástica del alma artística de Rodó que le llamaba a transfigurar el pensamiento, en imágenes, ideas y sentimientos. *Mi aptitud para transformar en imagen toda idea que entra en mi espíritu me ha favorecido para dar a la obra gran animación y amenidad*... confía a su amigo Piquet, refiriéndose a *los Motivos*. Igualmente cierta su condición superior para eludir - cuando el que sopla sobre su tema es el céfiro poético - el giro vulgar, moneda agostada, envilecida por el roce cotidiano de la feria.

Él como nadie, sabe rodear el objeto, envolverlo mediante una perífrasis inusitada, como aquella de *El Barco que parte*, en que para dar nombre a un objeto caro a su corazón le llama *mazo de papel donde, en huellas de diminutos moldes vienen pueblos de ideas*, enriqueciendo y deslumbrando con su descripción del libro, el concepto mismo. ¿Me sería permitido, en tren de comparaciones, recordar el nombre de Juan Ramón Jiménez, por su apego a la imagen delicada, y por su constante apelación coloquial, que en Rodó se hace al lector, y en él, al poético borriquillo Platero?

Lejos de mí la vocación del gramático: ¡a quiénes la sientan y más capacitados por el amor a ella, dejemos la tarea! Pero no sin decir lo fundamental del estilo literario de Rodó. Si poseía la condición plástica para trocar en imagen la idea y en idea la imagen, - aunque esto último no lo dijo, y es de singular importancia, - poseía por igual esotra que es la que en definitiva distingue al grande, verdadero escritor: la condición del estilo múltiple. Por sobre todas las cosas: no hay un estilo de Rodó. Hay tantos estilos suyos como géneros a los que aplicó su arte o su pensamiento. Hay todos aquéllos que él nombró cuando se refería a *La Gesta de Proteo*. El poético, el descriptivo de la naturaleza - alto es el punto a que llega en estos dos respectos en *Los Seis Peregrinos* y en *Montalvo*; el solemne, reservado a momentos como *El Centenario de Chile*, el grandilocuente, que difiere del anterior, y que emplea en su *Bóllvar*, porque, - aunque objetemos que agigante hiperbólicamente al personaje - reconozcamos que cumple acabadamente con el propósito magnificador del hombre a quien convierte en héroe.

Recordemos la consideración del gran crítico Arturo Sergio Visca respecto a la condición de narrador de Rodó, al incorporarlo a su antología sobre el género. (110) Se justifica su inclusión porque - aunque más que narrador fue crítico y ensayista, su vocación y cualidades de narrador son evidentes a lo largo de su trayectoria creadora.

¿Y qué de su estilo periodístico, tan vario, tan moldeado a las circunstancias de cada día y sin embargo, tan reconocible? ¿O de su estilo parlamentario? También éste tendría lugar si nos detuviéramos en el tema. En tal caso, y para responder a las objeciones que le llegaron sobre sus páginas morosas de *Motivos de Proteo*, habríase de recordar su propia reflexión: (Ob. 1201)

*Aquella spenceriana teoría del estilo, que se nos enseñaba en la cátedra y que reduce el secreto de la buena forma literaria a la economía de la 'atención', es ineficaz y falsa de todo punto, cuando se trata de penetrar en el carácter de la expresión verdaderamente artística, pero define bien el ideal de la forma peculiar del diarismo...*

En efecto, si de la forma periodística se trata, admitase la poda enérgica a fin de atrapar la fugaz atención del lector, para concentrarla y aherrojarla, haciéndole recorrer el camino rectilíneo que lleva a la idea monda, vaciada en un esquematismo sin matices ni prolijidades. Breves sus notas periodísticas. Similar su estilo parlamentario, en lo que a dirección ceñida se refiere, sin perder por ello las naturales inflexiones de su espíritu culto. Rodó no escribía previamente lo que manifestaría en Cámara.

Distinta su actitud frente a la obra de arte y de pensamiento en que ambos son uno para él. En esta esfera no fía en reglas ni teorías; la inspiración es allí timón y brújula, elemento superior que las desconoce, las tramonta y las da vuelta, en el *perpetuo afán con que se entra por las reconditeces de una idea, basta iluminar lo más entrañable y secreto; con que se la apura y exprime hasta verla soltar su más espesa sustancia*, como dijera en *Montalvo*. En territorio tal ha de entrar el artista a pecho descubierto, con irrestricta libertad, sin violentar o retorcer el verbo como el neófito, sino respetando el espíritu de la lengua, medio de comunicación que nos preserva de la babel idiomática. Así lo entendió y practicó siempre. Apenas es posible señalar uno que otro galicismo en sus discursos parlamentarios u ocasional descuido en su prosa.

Planea con libertad pero evitando la anarquía. Campo sin alambradas para la creación de arte y ejercicio del pensamiento, sin más obstáculos que los que nos presenta la materia que hemos de manejar; nada que entorpezca o deprima el vuelo. Las lindes superiores del espíritu no admiten más

regla que la de la libertad. Si vedado es el coto para el de afuera, al creador es permitido desbrozar el camino con instrumentos que crea al paso de las barreras que surgen, en una especie de íntima y secreta dialéctica inaprensible aun para la más fina inquisición.

## 5. La Cuestión Estatal.

Así como hay una *cuestión social* hay otra, su contracara, que es la *cuestión estatal*. Veámosla.

América, por sobre toda otra inquietud, entre las tantas que tuvo Rodó, puede decirse, fue la mayor de sus preocupaciones. Fue su dedicación al presente y al porvenir de América la que dio alas a su nombre - digámoslo - por encima de su trayectoria política que, aunque opacada, tuvo importancia histórica. Son sus esfuerzos por la reconquista de la unidad americana - *la América única* - asimismo por encima de su vocación de artista de la palabra y de sus inclinaciones de pensador los que le elevaron a la atención internacional. Fue América, entre las muchas encrucijadas en que templó su espíritu, su gran encrucijada.

Al hablar de América - *dramatis personae* - resulta ineludible detenerse en la consideración de la inequidad de la distribución de los medios económicos, inequidad que sobrepasa, sorprendentemente, la de los otros Continentes. Hoy, y desde los tiempos - y como consecuencia - de la aventura independentista. Al enfocar esta materia surgen dos elementos insoslayables: pobreza y riqueza. Pobreza inconmensurablemente extendida; riqueza bochornosamente concentrada. Quienes nos hayan seguido hasta aquí no tendrán que adivinar dónde nace la causa primordial de este fenómeno.

En el Sur, como en el Norte de nuestra América *el liberalismo económico*, promovido de afuera e impulsado de adentro es el elemento motor que nos ha empujado a la situación no superada a lo largo de dos siglos. El liberalismo económico es el factor contra el que nos damos de bruces tan pronto damos vuelta la primera hoja de la historia con que se abre el siglo XIX.

¿Diremos que Rodó eludió el enfrentamiento con esta encrucijada, o erró la picada, como entendió Carlos Quijano casi al final de la segunda década del siglo XX, y quienes le imputaron su desconocimiento del *hecho económico*? No me animaría yo a una afirmación tan tajante.

Hemos explicitado largamente el clima, el ambiente en que se formó Rodó. Ajustando la mira al tiempo en que producía su obra, la efervescencia del fenómeno económico expresado en los términos de *liberalismo económico* no había alcanzado su punto de fusión. El paladín de esta inquietud, tal vez su iniciador en el Uruguay, fue precisamente Quijano. Y la demostración de que no existía propiamente a la sazón, puede hacerse recorriendo la obra intelectual de la *Generación del '900*. Y de un modo más contundente, recordando que Quijano mismo, en sus años mozos, sería el fundador del *Centro Ariel*, y sus palabras ante la tumba de Rodó, a un año de su muerte: *Maestro, tuyas son las rosas de nuestro jardín...*

No estuvo, pues, quien tal crítica levantó, ajeno a las coordenadas intelectuales de fines del siglo XIX y principios del XX. El sentimiento que llevara a ese reconocimiento se le habría enfriado tras sus años de estudio de la Economía en Europa. A su vuelta enjuicia a Rodó desde una nueva óptica, sobre el que se basarían luego, durante décadas, los detractores de Rodó afanados en opacar su figura. (111) En *Rodó, Acción y Libertad* reproduzco casi por entero su artículo. Lo releo al cabo de décadas y no encuentro nada sustancial que rectificar. Mas bien me ratifico en que Quijano encaró la problemática de la *alta cultura* en una suerte de falsa oposición con el factor económico considerando, así, inoportuna la prédica de Rodó. He ahí mi principal discrepancia.

No impide ello el rescate de algunas de sus sólidas reflexiones. Veamos ésta:

*Somos un continente semicolonial; dependemos del extranjero en materia de capitales, de industrias, de ciencia; en la mayor parte de nuestros países son los extranjeros los que hacen fructificar nuestras tierras explotan nuestras riquezas; carecemos por regla general, de iniciativa, de perseverancia, de voluntad de trabajar; vegetamos en la pereza, en*

*la ignorancia y un vago y estúpido idealismo aristocratizante que nos hace creer todavía que ser abogado es "más" que ser agricultor...*

Así ocurre hasta el día de hoy. A lo sumo podría matizarse lo de *la pereza, la ignorancia y el vago estúpido idealismo* (no adjudicable a la población, sino a la falta de formación) por las causales denunciadas por José Pedro Varela. Debidas única y fundamentalmente a la clase dirigente cuyas coordenadas mentales heredadas de los unitarios, cómodos en sus posiciones de poder como reprodujéramos en palabras de José María Rosas. Es de lamentar, en todo caso, que Quijano no pusiera el acento en las raíces del drama americano que señala. Esas causas profundas son las que hasta hoy siguen sin comprender quienes glorifican el *independentismo*. El enjuiciamiento de Quijano se hace desde el ángulo del materialismo histórico. Objetamos solamente su imprecisión, su sesgo de falsa oposición.

Hechas estas salvedades, quienes nos consideramos entre los seguidores de la filosofía de Rodó, - escuela de libertad, independencia de criterio y ecuanimidad - veamos de entrar un tanto en las reconditeces del tema.

Para que no haya pobreza, - injusticia social desde el punto de vista humanista cristiano - es necesaria la riqueza. Ésta no se decreta. Se forja en el marco de leyes sensatas que la propicien... Y sudor, claro. El voluntarismo no es el camino idóneo para su reparto. El acceso a la riqueza está dado por condiciones apropiadas para su creación, primero, y luego para su distribución, que no consiste en empobrecer a unos, en la creencia de mejorar a otros, con la resultancia de aumentar el número de necesitados como intentan los políticos demagogos y sobre todo ignorantes y desaprensivos. Despojar a los que con su trabajo - en general la clase media - han logrado un nivel de vida razonable, tiene visos de iniquidad y conduce a lo contrario de lo propuesto.

Tampoco se accede a la justicia social gravando el trabajo como ha venido sucediendo entre nosotros desde hace mucho tiempo, con la finalidad sustancial de dar sostén al andamiaje burocrático. La importancia de este hecho capital, como de sus consecuencias sociales, no parecen entenderse por los teóricos, políticos y economistas, generalmente insertos en el Estado y de él dependientes. La entienden, en cambio, sin necesidad de cátedras y congresos, los que sufren sus efectos. Esto ocurre en un país donde tanto se ha perorado sobre la protección del trabajador y lo avanzado de nuestras leyes sociales... en el papel. Y donde muy confusamente se aprecia la función de la empresa, no importa el tamaño, cuyo desarrollo - palabras aparte - se entorpece o traba hasta volverlo imposible.

La monstruosa sobrecarga de un Estado desmesurado para nuestro territorio y población, es el primer impedimento de su desarrollo. Es la valla a la creatividad individual, al espíritu empresarial que se aborta al nacer. Se desconoce de este modo el motor de la actividad productiva, primer ineludible escalón de la justicia social. Esa sobrecarga es, asimismo, causa de la pobreza del Uruguay, de la desigualdad, esto es, la mala distribución de lo creado por el trabajo, sobre el que recae la detracción del Estado para su desorbitado sostenimiento de minorías privilegiadas. Es la clave de toda la problemática que las clases políticas vienen eludiendo desde hace dos siglos, como demostración de que no eran honestos sus declarados propósitos, que hoy asimilaríamos a los *derechos humanos*. La desaprensión y la ignorancia de que hablaba Spencer, frente a la multiplicidad de diagnósticos archiconocidos, - en lo que somos especialistas - son patentes. Estos calificativos no son emocionales, se ajustan a la conducta de quienes nos abruma con la mezquindad de conservar sus privilegios.

No nos detendremos en cifras sobre la burocracia que nos ahoga con su número, su desorganización, su ineficacia irresponsable. Baste connotar que en Chile, - con un territorio cuatro veces el nuestro y una población cinco veces mayor, y condiciones geológicas menos favorables que las nuestras, - su aparato estatal es dos veces y media menor. Japón, con un número de habitantes casi cincuenta veces el nuestro, no tiene más funcionarios estatales que Chile. El país trasandino, con todo, y no obstante su empuje económico, tenido como modelo en un sistema *socialista*, mantiene como materia

pendiente, un importante sector de pobreza. Lo declara uno de sus recientes presidentes. La causa arranca desde 1810. Aunque algunos esbocen una sonrisa frente a lo que les parece muy lejano.

Un otro aspecto de este drama que no es privilegio de los latinos, lo encara Julián Marías (112)

*La Burocracia, que intenta suplantar a Dios y realizar - sin caridad - su reino en la tierra, quiero decir, su poder, su dominio, ( ) es insaciable e implacable. Cada vez pide más datos, ( ) saber más cosas, y que éstas queden copiadas más veces, registradas en más lugares y en conexión con más datos. ( ) La Burocracia con mayúscula, la que hoy domina el mundo, es una manifestación de satanismo...*

Tras relatar un episodio, entre los infinitos absurdos que pueden extraerse de la endemoniada cantera, dice: *Kafka en estado de pureza...* Uruguay ha alcanzado ese estado... cada vez más parecido al mundo de Orwell. Aceptemos que nuestra burocracia supera de lejos este mal que Julián Marías denuncia como mundial. Repitamos que es obra de políticos - predominantemente doctores - carentes de imaginación, espíritu creativo y, sobre todo, sórdidos, codiciosos, frívolos y engreídos de lo que creen saber.

Hemos explicitado las causas históricas primigenias de la debilidad de los Estados americanos, generadoras del terrible *gap* que nos separa - cada día más - de los países desarrollados. Desarrollados, pero no siempre a nuestra costa como livianamente se pregona sino debido a nuestra glorificada ineptia histórica. Nuestra situación la debemos, sin alambicamientos, a la miopía que nos viene de atrás, a nuestros incorrectos enfoques político-económicos. Inevitable, aquí, detenernos en el tema del Estado.

No se trata de ir cerrilmente contra él con la ingenuidad del anarquista; o esgrimir la defensa del *capitalismo*, contra el socialismo, falacia cuya esencia radica en la falta de rigor de comparar cosas no comparables. En un caso hablamos de un régimen económico; en el otro, de un sistema político. Socialismo y capitalismo no son opuestos ni inconciliables. Con o sin socialismo existe capitalismo. Su máxima representación, el *supercapitalismo*, está dada en el Estado todopoderoso, - *el absolutismo: la derecha* - propiamente entendida - combatida por la *izquierda* (con razón) en la Revolución Francesa. La mala memoria histórica, o la pereza intelectual, una vez más lleva a la incompreensión de los hechos históricos, impidiendo asimilar la experiencia del pasado.

Lo que importa no es encuadrarnos en *ismos* ideológicos sino amasar la realidad metiendo las manos en ella para amoldarla a los fines declarados. Pragmáticamente, sin retórica: modificando estructuras, - sobretodo educacionales - volviéndolas *socialmente* eficaces. Para comprender lo difícil que ha de resultar la tarea basta consultar la historia de la Segunda República española que, como América, perdió el tren en las primeras décadas del siglo XIX, renunciando a un camino andado durante 300 años.

Poco o nada avanzaremos mientras no apuntemos honradamente a un cambio de mentalidad.

Empezando arriba, como Carlos III, sin pamplinas. El cambio jamás vendrá de *abajo*. El cambio es tarea de dirigentes. Los de *abajo* están comprimidos por los sistemas de educación que imponen las oligarquías surgidas hace 200 años y por el acucio del pan diario. Y no decimos educación puramente pragmática, ultra especializada y parcelada, fuera del encuadre humanista sinónimo de no fragmentación y de finalidades sociales y humanas. Como la encaraba Rodó. Se comprende leyendo bien las primeras páginas de *Ariel*. Su prédica sigue siendo lo preciso a menos que las añejas oligarquías dominantes quieran sumergir nuestras naciones en el caos social y sucumbir en él, como la nobleza francesa queriendo mantener el feudalismo cuando las costuras del odre viejo ya reventaban. Estos desaprensivos confían en salvarse ellos a punto de zozobrar el barco. ¡Sorpresas puede deparar el Destino: quizá contra el ascenso de la marea universal no haya salvación!

A casi medio siglo del arranque de una política que hoy denominamos *neoliberal*, sus frutos están por demás a la vista: el fenómeno no admite grandes disquisiciones. Puede resumirse en la diáspora de la población que aparece y en el ignominioso crecimiento de los asentamientos irregulares. Sus vertientes son, por un lado, esa emigración permanente, primero del campo a la ciudad dadas las estructuras que nos fueran impuestas desde el exterior, - no me refiero a España - concebidas por nuestros ancestros y bendecidas por los Sarmientos. Luego la centrifugación hacia el exterior. La otra faz - socialmente chocante - gravísima, y que pesa como un pecado capital sobre la clase política - es el número de los referidos *asentamientos irregulares*. Antes se creía que *gobernar es poblar*; ahora parece creerse que *gobernar es despoblar*. Estos fenómenos se acentuaron a partir de 1960 en que se introdujo el neoliberalismo en el Uruguay al tiempo que campeaba en toda América al influjo de los *cipayos* - como les llamaba Quijano - y golpes de Estado del uno al otro confín. No me sorprenderé si alguien se pregunta qué tiene que ver esto con Rodó.

Tiene que ver con lo que su mensaje, - más vigente que nunca - concierne a la concepción del Estado y también al librecambismo, aunque aquí cambia de faz. Hemos de andar con paso cauteloso en terreno tan movedizo. El tema presenta aristas cortantes. Comencemos, mejor dicho, retomemos el tema de la libertad individual, la libertad solidaria, que ha de ser la social, y el derecho del ser humano a gozar ecuánimemente de los bienes de la vida, digamos modestamente, un lugarcito bajo el sol.

Hemos desechado la idea del Rodó conservador. Queda claro que a pesar de ser un enamorado de la libertad, su amor no llegaba a tanto como para admitir aquella *plenitud de libertad* predicada por el anarquismo. Hemos asistido a su declaración de que a esta tendencia, en el supuesto de un mundo ideal, habría de inclinarse antes que al socialismo, - considerado el *sacrificio de la personalidad a un orden y una dicha barto inseguros*, - al anarquismo, *simpática utopía*. Entendamos el espíritu, la esencia de su afirmación, sin hacer cuestión de palabras.

No hemos escatimado páginas en *Rodó, Acción y Libertad* al tema del Estado y a las doctrinas relacionadas. Pudimos espigar en la biblioteca de Rodó, entonces, algunos libros sobre el particular, leídos, subrayados y en ocasiones anotados por él. Todos, reveladores de sus íntimas inquietudes. Topamos así con elementos esclarecedores de la materia. Entre las obras abarcativas de la problemática hallamos *El individuo y el Estado*, de Spencer. Al abrirlo hallamos una lista bibliográfica de puño y letra de Rodó: Ibsen: *Un enemigo del pueblo*; Tolstoi: *La verdadera vida*; Le Bon: *La Psicología del Socialismo*; Malato, *Filosofía del Anarquismo*; Vandervelde: *El Colectivismo*; Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía*; Kropotkin: *La Conquista del pan*; Hamon: *Psicología del socialista-anarquista* y de Bakunin: *Análisis del Socialismo y Dios y el Estado*.

El resultado de nuestro peregrinaje en sus ya seculares páginas lo expusimos en una nota en la parte documental de aquel libro. Vuelvo al asunto desde otra óptica. Interesa ver el debate de esta problemática en su tiempo, así como en la línea de estudio del escritor siguiendo su proceso mental por sus lecturas.

Ante la afirmación de Bakunin de que *para combatir la existencia miserable del pueblo, no hay más que un remedio: la revolución social*, Rodó reacciona escéptico anotando al margen: *El paraíso en la Tierra*. Pero a medida que avanza comienza advertir que las observaciones del teórico ruso no son tan simplistas como daría a entender esa primera proposición. *La revolución* se va configurando en un orden educativo ante todo. Se percibe que el cuidadoso lector va siendo ganado por el argumento... Más adelante se muestra concorde con esta otra aseveración de Bakunin: *el más grande genio científico, desde el momento que se hace académico, sabio oficial, baja inevitablemente y se duerme*. En la misma página subraya su aprobación a su propuesta:

*... es propio del privilegio de toda posición privilegiada matar el talento y el corazón de los hombres. El ser privilegiado, ya política, ya económicamente, es un hombre depravado de espíritu y de corazón. He ahí una ley social que no admite excepción y que se*

*aplica a las naciones enteras como a las clases, a las compañías como a los individuos. Es esta la ley de la igualdad, condición suprema de la libertad y de la humanidad. Vale eso para académicos y científicos como para los políticos, aun donde rige el sufragio universal y la renovación, cuando la función pública se ejerce por un grupo que termina formando una especie de aristocracia y oligarquía política ( ) Así nada de legislación exterior, nada de autoridad por ser la una inseparable de la otra y ambas tender al servilismo de la sociedad y al embrutecimiento aun de los mismos legisladores.*

Veamos un texto de Rodó sobre el tema del Estado en el que se reflejan las meditaciones de Spencer:

*El papel del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento... En predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan... más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuando se concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente providencial de la cultura. El estímulo de la vivacidad del pensamiento (y) las demás actividades humanas, necesita a la vez, de la igualdad en el punto de partida... y de la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores, como objeto final. Sólo un régimen democrático puede conciliar en su seno esas dos condiciones de la emulación, cuando no degenera en nivelador igualitarismo... Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Mas, ¿qué ha de entenderse por la superioridad de los mejores? Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de calidad; pero las resuelve a favor de las calidades realmente superiores - las de la virtud, el carácter, el espíritu, - y sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, (y) renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor...*

¿Nos estamos entendiendo? Contra esa perpetuación del *privilegio execrable de la casta* le hemos visto batallar dentro de su mismo partido, en franca oposición a toda superioridad que surja de la fuerza de las armas, de los distingos de cuna o de riqueza, de entronizamientos políticos y de cualesquiera otros que no deriven del mérito del esfuerzo propio, o del azar de la Naturaleza. Ninguno de aquéllos resultará aceptable en la Democracia; esotros son inevitables y deseables. Concluye que ni la calidad es título admisible para perpetuarse en el poder para los elegidos por sus méritos. Las *aristocracias tradicionales*, no pierden este carácter ni aun elevadas por el espíritu. Todas se le presentan con *carácter odioso*: la clase dirigente, en la democracia auténtica, ha de renovarse en *las fuentes vivas del pueblo*.

Por este camino comprueba que el anti-igualitarismo de Nietzsche desembocaba en un *abominable espíritu*, que reniega de la fraternidad y la piedad, endiosando con *menosprecio satánico para los desheredados y los débiles* a un supuesto *superbombre*. ¡*Concepción monstruosa!*, exclama. Y añade: *es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar*. Queda dicho: es la genuina clave cristiana que preside su espíritu.

Visto así *una parte* del papel que asigna al Estado, sigamos con sus anotaciones a los textos de Bakunin que nos descubren, más que un rechazo frontal a sus teorías, su proximidad a ellas. El pensador ruso anota: *El Estado no se llamará ya monarquía, se llamará república, más no cesará de ser Estado, es decir, una tutela oficial y regularmente establecida por una minoría competente, hombres de talento y virtudes que vigilarán y dirigirán la conducta del grande, incorregible y terrible niño del pueblo*.

Rodó marca al margen del párrafo estas palabras referidas al Estado: "¡el Anti-Ariel!"

Para la cabal interpretación del sentido de este rótulo colgado a la clase de Estado que describe Bakunin, he apelado a intercalar ese tramo de *Ariel* en el que Rodó identifica de algún modo al Estado con Calibán y a las oligarquías con las minorías conductoras y la aspiración al perfeccionamiento de la democracia que, a fe, a más de cien años, se halla aún tan lejos. Basta haber echado una rápida ojeada a los dos aún no cumplidos siglos de historia republicana que hemos recorrido. Esa ojeada también nos muestra la repetición de apellidos que nos vienen desde el mismo arranque de la nacionalidad. Su prédica contra *el círculo de hierro* - que se había instaurado en nuestra región del Plata, - lejos de haber sido aventado por la expansión del sistema educativo, parece haberse recompuesto en una nueva aleación sin la maleabilidad del hierro y con la dureza del acero. Claro que el rumbo de nuestra educación se fue alejando progresiva pero indefinidamente de las coordenadas que él proponía en el sentido de la promoción de *la alta cultura*.

No entraré en este crucial aspecto pero consignaré que en esas páginas de Bakunin se palpa su acuerdo con afirmaciones de este tenor: *escuela libre para adultos, una escuela del pueblo, una enseñanza mutua* (lo subraya fuertemente) entre maestros y oyentes, así como que *la verdadera escuela para el pueblo, para todos los hombres hechos, es la vida, la única grande y omnipotente autoridad natural y racional a la vez, la única que podemos respetar, sería la del espíritu colectivo y público de una sociedad basada en el respeto mutuo de todos sus miembros*. Rodó nos habló alguna vez de *la escuela de la vida*.

Otro pasaje... ¿*Qué de más sublime en el sentido ideal, de más desinteresado, de más apartado de todos los intereses de esta tierra que la doctrina de Cristo...*? Recorramos las páginas de *Ariel*, las de *Liberalismo y Jacobinismo*: ¿No hallamos en ellas los mismos conceptos, hasta similitud de expresiones?

En otro fragmento: *La ciencia es la brújula de la vida, mas no es la vida... La ciencia no crea nada, hace ver y reconoce las creaciones de la vida... El gobierno de la ciencia y los hombres de ciencia, aunque éstos fuesen positivistas, discípulos de Augusto Comte, o discípulos de la escuela doctrinaria del comunismo alemán, no puede ser sino impotente, ridículo, inhumano, cruel, opresivo, explotador, dañino*. Bakunin pone más énfasis que Rodó cuando compara esta clase de gobierno con una pesadilla pero, en el fondo, ¿no dicen lo mismo?

Nuevos subrayados van marcando su concordancia y preocupación por la extensión del Estado, del poder, de la autoridad, de las abstracciones a costa del sacrificio de los seres de carne y hueso. Su coincidencia filosófica con el anarquismo de la época es notoria, mas no nubla su clara conciencia de que la supresión del Estado es utópica. Su tendencia es a moderar su intervención en línea con Spencer cuyas obras profundizó. Herbert Spencer, a pesar de no haber dejado escuela, es figura relevante de fines del siglo XIX. Los dos principios modernos, fundamentales de su *Estática Social*, - necesidad de la libertad individual e importancia suprema de la Ciencia, - tienen el mismo carácter en Rodó a quien le separa del padre del evolucionismo filosófico su sesgo humanista que le hace señalar los excesos del pensador inglés.

Marca estos pasajes de Spencer: *... la ciencia positiva, reconociendo su incapacidad absoluta de concebir los individuos reales y de interesarse por su suerte, debe definitivamente y absolutamente renunciar al gobierno de las sociedades porque si tomara parte en él, no podría hacer otra cosa que continuar sacrificando hombres vivos, que desconoce, en aras de abstracciones que constituyen el objeto de sus legítimas preocupaciones*. Pensamiento que concluye, coincidiendo con Rodó y con José Pedro Varela: *La aristocracia docta es del punto de vista práctico, la más implacable, y del punto de vista social, la más vanidosa y la más insultante*.

Rodó subraya asimismo una nota al pie de página de Spencer que afirma que *los hombres de ciencia geniales no tendrán que ambicionar otra influencia social que la natural ejercida en su medio por toda inteligencia superior*.

A riesgo de sobreabundar, transcribiré algo más de Spencer que nos permitirá sorprender in vivo el sentir de Rodó. Se refiere a Jesucristo y se ve marcado con varias líneas verticales en los márgenes. Es revelador de su sentimiento inclinado a la piedad.

*... el predicador del pueblo pobre, el amigo, el consolador de los miserables, de los ignorantes, de los esclavos y de las mujeres ( ) fue supliciado como era de razón, por los representantes de la moral oficial y del orden público de la época. Sus discípulos y los discípulos de éstos, pudieron esparcirse, gracias a la conquista romana y a la destrucción de las barreras nacionales, y propagar el evangelio en todos los países conocidos de los antiguos. En todas partes fueron recibidos con los brazos abiertos por los esclavos y las mujeres, las dos clases más oprimidas, más apenadas, y naturalmente, más ignorantes del mundo antiguo ( ) su propaganda influyó casi exclusivamente en el pueblo desgraciado, embrutecido por la esclavitud. ( ) Esta fue la primera rebelión importante del proletariado ( ) el gran honor del cristianismo, su mérito incontestable y todo el secreto de su triunfo...*

Y para concluir con esta incursión tras los velos de las páginas legadas por Rodó, señalaré aún su adhesión a los títulos de gloria que Spencer adjudica a las revoluciones de 1789 y 1793: uno, proclamar *la decadencia de la realeza y de la iglesia, la fraternidad de los pueblos, los derechos del hombre y del ciudadano...* El otro: *la abolición del Estado, es decir, la abolición de la explotación políticamente organizada de la mayoría por una minoría cualquiera ( ) puesto que la clase gobernante se limita a partir entre todos sus miembros, demasiado desigualmente, ( ) y dando siempre más al que posee más*.

Hubo siempre en Rodó un fondo de rebeldía que brota aquí y allá, en sus páginas. Adelanto parte de una cita de su correspondencia con Rafael Barret, en la que menciona llevar un *fondo de protesta, de descontento, de inadaptación contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira ( ) como tiene entretejida en su urdimbre este orden social...* (Ob.653)

Pero hasta aquí hemos oído las voces, si se me permite decirlo así, de la *Academia*, de la intelectualidad del mundo. ¿No cabría bajar al llano y ver cómo siente la gente del común la problemática del Estado? Para esto no es necesario recurrir a viejos archivos. Abramos un diario cualquiera de estos días... Helo aquí. Caso interesante que ha llamado la atención de un periodista. No tendremos, esta vez, de imaginar un diálogo histórico. Ahí tenemos fotografiado a un inmigrante llegado de Galicia al Uruguay. *A los 18 años - en 1960 - dejó la Corniña viniéndose a Montevideo. A la verdad - declara - no sabía a qué venía. A esta edad uno es un aventurero. La cosa era venir a América. A la semana de su arribo estaba trabajando: diez meses... hice de todo. Lavé copas, baños, estuve detrás del mostrador, hice churros, fainá y fui mozo...* Al cabo de seis años. *Junté plata y compré un bar...* Ocho años después compraba otro. Atento y perspicaz se fue amoldando a las exigencias de los requerimientos del tiempo. *Si no fuera así, - dice - hoy no estaríamos vivos. Seríamos historia como muchos*. Luego compró un restorán...

Hemos dicho que se trata de un caso interesante. Manuel Ramos - vale la pena consignar su nombre - ha tenido un largo pasaje por la Universidad. Aclaro, por la *Universidad de la Vida*. Dícele el periodista: *- Usted no es el clásico cantinero de barrio*. En efecto, no lo es. Es un *trabajador* - el empresario es, ante todo, un trabajador, - hecho que suelen ignorar los burócratas estatales. Por alguna razón, relacionada seguramente con sus capacidades adquiridas en la dicha *Universidad* y tal vez por alguna razón del corazón, ocupó la presidencia de una vieja institución de asistencia médica sin fines de lucro: *Casa de Galicia*.

A esta altura del reportaje el periodista le pregunta si en este país faltan emprendedores. Sabía ocurrencia que servirá para nuestro tema. - *No. Lo que faltan son oportunidades. Hoy es mucho más difícil que en mi época... resulta muy difícil de verdad*. Siguen las interrogantes: *- ¿Qué cosas debe mejorar el país para seguir creciendo?* La respuesta no deja dudas:

*Somos un país pobre que a veces quiere hacer cosas de ricos. El estado es más grande de lo que tendría que ser de acuerdo al país que somos. El gasto público y del gobierno ha sido demasiado y eso hace que nos cueste mucho más llegar a los objetivos.*

Añadamos por nuestra cuenta que por esas mismas razones miles de trabajadores no alcanzan nunca el objetivo. También que presentimos que muchos *intelectuales* se preguntarán qué títulos tiene este señor para producir sus críticas sociológicas. Aparte de lo que surge como título valedero de la *Universidad de la Vida*, del que carecen muchos académicos, lo que sigue dará cuenta de su derecho para opinar con reales fundamentos. Tras su actuación al frente de *Casa de Galicia* se hallaba ésta con un importante superávit. Pero al asumir el nuevo gobierno – *populista*, por más señas – la institución se vio intervenida. Obviamente nuestro hombre hubo de retirarse: *...estaban ellos, nosotros nos fuimos calladitos la boca...* Transcurren nueve meses durante los que los que la institución es *gobernada* por el Gobierno. Resultado: déficit 13%, más varios millones y un mes de sueldos impagos al personal. La titular del Ministerio interventor, cuyo nombre no recordará la Historia, le llama. Reconoce, al menos, que había sido un error intervenir la institución... *Que le hicieron caso a los gremios y se equivocaron*. Una auditoría externa arrojó que las cifras no cierran, lo que se debe cerrar, en ese estado de cosas, es la institución. Manuel Ramos, reconociendo lo difícil de la situación no se amilana. Hoy la institución *que me ha absorbido mucho de mi tiempo, mejora...* alcanza ahora a 60 mil socios. (113)

El presente caso, ilustrativo por demás de las ineficiencias estatales con inimaginable *pérdida social*, hace que fije mi atención en algunas reflexiones de la escritora Ana Arendt, que tomo de un artículo de Agustín Courtoisie. (114) Reproduzco algunas de sus citas. Una: *... las sociedades actuales tienden a confundir ciertos planos y a convertirse en sociedades de masas infantilizadas, propensas al 'tirano bueno', al 'gran padre' y a los populismos en boga*. Y otra: *...no hace falta ser una persona 'mala' o 'perversa' para hacer el mal, y colaborar incluso con la destrucción de vidas humanas en gran escala*.

¿Cabe recordar que el camino del infierno está adoquinado de buenas intenciones?

## 6. El Poder y el Individuo.

El tema sobre el que discurrimos no se agota con lo dicho ni con lo que se dirá.

También ante la problemática del Estado se produce el choque de las dos actitudes del espíritu humano, el desencuentro entre el liberalismo y el dogmatismo, configurado en otras expresiones concordantes con el fondo de libertad o tutorialismo, libertad o absolutismo. Las dos visiones transmiten la concepción de la cultura, de la organización social, de las inclinaciones temperamentales o de la formación del individuo, en fin.

¿No ha sido ésta materia de primordial reflexión para tantos pensadores? *Dios y el Estado, El hombre contra el Estado*, reflejan esa permanente inquietud, entre otra muchedumbre de títulos acerca del debate crucial de las sociedades actuales. Para la actitud materialista, entrando en la cuestión de *los medios* en relación a un fin, existe un único inapelable camino, inapelable para resolver la convivencia social: negar al individuo, abstraer al ser viviente del mundo y situarlo en uno imaginario. El liberalismo que Rodó profesó rechaza la concepción; es a la vez espiritualista y positivista, *apegado a la realidad*, o como prefirió llamarse: neoidealista.

Tuvimos un atisbo del individualismo en Rodó cuando reclamaba a la juventud conciencia en la posesión de la *fuerza bendita* de que es portadora para que no se disuelva dispersa en las conciencias personales sin manifestaciones visibles en la sociedad. Su evocación de Peer Gynt, ¿no es un llamado a la responsabilidad del destino de los seres humanos como de las colectividades, la de América, requerida del brazo y de la inteligencia para elevarse a la altura del legado histórico-cultural de la hispanidad? Puntalicemos que esa *fuerza bendita* no es patrimonio exclusivo de la juventud. Pertenece a la esencia humana.

Al examinar el desencuentro filosófico de Rodó con el marxismo referido al hecho económico y en el campo del individuo y el Estado, columbrábamos que el debate pedía espacio ancho y abierto. Este debate constituye el cruce neurálgico donde las sendas del liberalismo y del socialismo se bifur-

can. Una senda aspira a la libertad con los riesgos de la aventura; la otra toma el peligroso atajo de las certidumbres absolutistas.

El marxismo es una filosofía para la acción. El liberalismo – expresado desde *Ariel* es, asimismo, una filosofía para la acción, pero es más, una actitud vitalista. Ambas modalidades trascienden en cada palabra, en cada gesto de la vida diaria, en la trama de las relaciones humanas. Hasta en las más ínfimas actitudes.

La hojarasca crítica que circunda y abruma la prédica de *Ariel*, nos impone desembarazar su límpida filosofía. *Ariel* no es un libro extenso ni confuso. El estilo, si se compara con otras obras de Rodó, es diáfano, directo y hasta casi lineal, a pesar de su bagaje cultural y literario. ¿Por qué, entonces, se le ha leído tan mal, sobre todo por los críticos que han creído ver en él el discurso placentero de un diletante, o la ensoñación cuasi romántica de quien, a lo sumo, les ha merecido la opinión de consumado estilista?

Habíamos dejado abierta la ardua problemática del Estado asentando que Rodó le atribuía la competencia y el deber de proveer las condiciones de igualdad y justicia – punto de partida – en que todos los integrantes de la sociedad encuentren estímulo para desenvolver su plenitud personal. Esta es cifra, en *Ariel*, del ideal humano inspirado en el helenismo, expresado en su *aspirad, pues, a desarrollar en lo posible no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser*, que no limitado al intelecto, o constreñido por el ejercicio de una profesión con olvido de los demás intereses del hombre. La Hélade antigua nos ofrece la perspectiva:

*Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro faces del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos.*

Es deber del Estado brindar estas posibilidades. En la concepción político-filosófica de Rodó tuvo siempre lugar preferente la educación, propia de todo liberalismo reflexivo y generoso. Una *Paideia* alienta en su obra, ha dicho Emilio Oribe, (115) sobrevolando el mundo helénico de su inspiración perceptible en su estética, en los ambientes, personajes y nombres que elige para sus parábolas, relatos que no son sino una forma depurada del mito griego. Es en el marco de la educación con que sueña que trae el recuerdo de Macaulay, marcando el rumbo:

*un día de la vida pública de Atenas es más brillante programa de enseñanza que los que calculamos para nuestros modernos centros de instrucción.*

Frente a esto, ¿cuál la posición del marxismo? O, si no se quiere el término que no era el que se empleaba para describir la actitud filosófica frente al problema, preguntémosnos por la posición del socialismo. Se nos dirá que no es otro su ideal, que aspira asimismo a la plenitud del ser humano. No lo deneguemos. A nivel doctrinario nos merece el reconocimiento de la buena fe. Otra es la preocupación: ¿cuáles son los medios propuestos por el socialismo para alcanzar esa ansiada plenitud? La respuesta es el Estado. El Estado pero, en verdad, se trata del Estado omnipotente, abarcativo del todo. Sin más, el Estado totalitario.

Proudhon, Bakunin, Spencer, Rodó mismo, como otros numerosos pensadores, comprendieron el peligro de extender las funciones del Estado y la necesidad de marcar los límites a su poder. La gran Revolución del siglo XVIII intentó poner coto al totalitarismo del Estado. No faltó la percepción histórica – mejor la vivencia – de que el Estado sirve, una y otra vez, a las clases gobernantes. Tampoco la idea expresada por Toynbee en términos de *ganancia o pérdida social*. Esta última es inherente a su pro-

verbal ineficiencia, particularmente en nuestros países, como ya señalado al hablar de sus burocracias, sin contar la injusta detracción de la riqueza por parte de las oligarquías que suelen sempiternamente manejar el Estado. Oligarquías, no aristocracias.

No es nimia la comprobación de que el largo camino histórico recorrido para constituir el Estado culmina en las monarquías absolutas; dicho en términos modernos, en Estados *totalitarios*, dueños de *todo*, apoyados en sus *letradocracias*, sus cortes, sus burocracias, sus ejércitos. La Revolución Francesa fue un conato para poner fin a la tiranía producida por la concentración del poder. La demolición de la Bastilla, - símbolo del poder arbitrario - no terminó con ella ni con el Estado subordinado a las clases dominantes. No hay que hacerse ilusiones. Ha afirmado Engels que hasta la Revolución de 1848 en Francia

*... todas las revoluciones se habían reducido al derrocamiento y sustitución de una determinada dominación de clase por otra pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominado. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales.*

Precisa e irrefutable observación histórica. No parece a la misma altura su comprensión del concepto *revolución*. Describió las revoluciones políticas. Alcanzó a entrever la imposibilidad de las revoluciones sociales cuando éstas se pretenden por un acto súbito. Contorneó el concepto, pero no acabó de penetrarlo.

Y bien, ateniéndonos a la parte en que aprehende con claridad esos hechos: ¿qué garantías sociales ofrece la extensión del Estado sea quien sea quien lo maneje? Significa siempre el cercenamiento del derecho individual a la libertad. Si esta inevitable limitación fuera racional, poco habría que oponer. Lo contrario - hasta el absurdo - es lo común y habitual. El socialismo y el liberalismo tienen un fin en común. En síntesis, la libertad del individuo. La comprobación histórica apuntada por Engels - admitida la necesidad del Estado - indica el camino: cuanto mayor sea la contención de sus poderes, mayor será la preservación de la preciada libertad individual. La apetencia sin freno del poder, - pan de todos los días - es condición humana que ni el más ignaro desconoce. No se equivocó Hobbes al identificar el Estado con el dragón *Leviatán*, ni al reconocer en la naturaleza del hombre la del lobo: *homo homini lupus*, que expresó de este modo: *bellum omnium contra omnes*.

Una mayor entrega de la soberanía popular al Estado aumenta, en definitiva, el poder arbitrario de cualquier fuerza dominante, integrada, en el mejor de los casos, por la mediocridad y no precisamente por sabios y justos. El poder porta en sí la tendencia a la arbitrariedad. En cuanto a *soberanía popular*, bueno será clarificar el concepto ya que, por manido, parece extraviado: la soberanía popular, el atributo de cada ser individual que compone la voluntad social, ¿no se desvanece a medida que se traslada, que cede terreno a favor de una entidad abstracta, de un poder que es ejercido por un grupo determinado de hombres, poseídos los más y las más de las veces, por el afán del poder en sí, y privilegios anexos que echan al olvido las generosidades doctrinales?

Desde la plataforma de nuestro tiempo es dable divisar las doctrinas absolutistas y percibir la incongruencia de ciertas aspiraciones a la libertad del individuo, cuando para lograr su plenitud se conceden poderes ilimitados a un grupo, llámese Estado, partido único, hombre providencial, *Duce*, *Führer* o *Zar*. Estos individuos, respaldados siempre por algún tipo de corporación, suelen apropiarse más y más de lo que no les pertenece: la soberanía, y hasta de los *medios de producción*. Medios que lo comprenden todo, no sólo los de producción material. Poseer *todos los medios* por quien maneja el timón del Estado, equivale a implantar un crudo sistema de esclavitud social. Pudo llamársele *absolutismo*; actualmente se le designa como *totalitarismo*.

Rodó no podía caer - y no cayó - en semejante desvarío. Tenía muy clara y muy *a mano su carta de marear* y entendió que al poder del Estado hay que ponerle límites precisos. Al sistema democrático compete fijarlos. Es decir, al sentir popular, que es cambiante, como la vida y como las circunstancias concretas de cada situación histórica, de cada pueblo. No hay una fórmula mágica que pueda abarcar todas las situaciones, procurar soluciones óptimas de una vez y para siempre. ¡No existe el Paraíso; al menos en el mundo de acá abajo! El consenso popular debe establecer que el Estado propicie - primer deber - las condiciones de igualdad y de justicia para todos. Luego hay otros deberes. La delegación de soberanía puede variar según las situaciones pero extremando siempre las cautelas. Los representantes del pueblo - la democracia representativa es un hecho forzado ya que la democracia directa en las actuales sociedades complejas y multitudinarias resultaría quimérica, - han de vigilar con celo despierto que no se desvirtúe la soberanía esencial del pueblo mediante sucesivas e impensadas entregas - tomas - de poder al Estado. Es el papel asignado al poder legislativo que hemos visto corromper a lo largo de los siglos.

Frente a mis afirmaciones sobre el socialismo corresponde que indique las razones por las que le veo encuadrado dentro del absolutismo. Parto del rasgo que lo define y lo diferencia del liberalismo. La concepción socialista confía al Estado *los medios de producción*. Falta un vocablo: *todos*. *Todos los medios de producción*. Entre ellos, la tierra. Esto tiene un significado preciso: la concesión de *la suma del poder* al Estado. Es más que la que se entregó a Rosas, más que la que tuvo Luis XIV y más que la que consiguió Napoleón. La suma del poder es el poder absoluto. Sin eufemismos, el totalitarismo. Y tal poder, para el liberalismo, para Rodó, - no se subroga. Pertenece a la clase de derechos que han sido, y serán siempre inalienables. Poseer todos los medios de producción es poseer el derecho sobre la vida; más: el derecho de vida y muerte de los que lo ejerzan sobre quienes han concedido el poder. Es, sencillamente, la aniquilación de la libertad, de la dignidad de la vida.

A estas conclusiones lleva un elemental sentido común, el conocimiento de la ecuación hombre-poder. ¡La Historia desborda con ejemplos! Podría abundarse aún en la rica cantera histórica de las pasiones humanas: por un hombre puro que llega al poder, y siempre que no se corrompa, hay mil que lo ambicionan por móviles espurios o que, aparentando pureza, darán rienda suelta, dueños de él, a la parte inicua de su naturaleza. Esta filosofía sobrenada en las cautelosas páginas de Rodó, en sus actitudes prudentes, en su acción legislativa, en el fondo de su pensamiento. En el rico venero de sus obras, su estudio *Del Trabajo Obrero en el Uruguay* revela sus cautelas. Referirlo ahora a su contexto histórico-sociológico nos llevaría lejos. Leerlo sin preconcepciones: sus ideas se inscriben dentro de la mejor línea batlista de aspiraciones sociales, así como muchas otras caras al socialismo de la época. Pondréis el pie en la senda que lleva a su verdadero sentir social. De ese estudio que esclarece sus preocupaciones humanas libre de proclividades demagógicas, me detendré en el aspecto en que asienta el *despertar de la conciencia de las multitudes* llamada por el régimen de la democracia a la *plenitud de sus derechos civiles y políticos*. Afirma en esas páginas, - y esto marca sus coincidencias con las aspiraciones sociales de la corriente política con la que discrepaba, - que las inquietudes de la sociedad de entonces respondían, no a un fondo de agitación calculada, sino a una realidad, a una ansia de alcanzar los derechos más legítimos del trabajo. Refiriéndose a las leyes que lo regulan, sostiene que

*el más generalizado concepto de estas leyes les atribuye por objeto único o directo la protección de los trabajadores, (pero) no es el solo interés del trabajador el que está vinculado a ellas, ni es siquiera el que prevalece; porque el que prevalece es el interés social que abarca, en la complejidad de sus factores, otras energías no menos necesarias y otros derechos no menos merecedores de atención.*

No se crea que su concepto resulte diminutorio del brazo sembrador. Su concepto sobre el obrero, se explicita en su oratoria flagelante, de bíblicos acentos, restallantes como un latigazo de dignidad. (Ob.649)

*... porque el obrero es, por definición, el hombre que trabaja, ( ) la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse, o ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol y el aliento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen...*

Preocupan a Rodó – ya Spencer había señalado los excesos de la legislación desaprensiva – los males que acarrearán al conjunto social la acción de los demagogos, ignorantes puestos a legislar, o aún la de los que llevados por un sentimentalismo inconsistente de fácil acceso a los espíritus no habituados a someter a prueba sus primeros impulsos. Son éstos – ¡y cómo abundan! – los que comprometen con ligereza culpable la ventura de la gente. Su desazón, en la compleja materia del trabajo y las relaciones sociales, no obedece a un seco positivismo de menguado horizonte porque, dijo alguna vez, ¡se gobierna con el sentimiento también!

*Lejos de mi ánimo la idea de que las inspiraciones que proceden del sentimiento cuando significan la conmiseración por el ajeno infortunio, la pasión de la justicia debida a los desheredados, y el interés por sus aspiraciones legítimas, deben tener cabida en el espíritu del legislador...*

El valor de cualquier filosofía social ha de juzgarse en relación a una correcta concepción del Estado. Los tentáculos de su poder abarcan el trabajo, la dignidad personal del diario vivir, el bienestar material y espiritual, la vida toda. Si yerra la concepción filosófica, – por avanzada que luzca su doctrina, por vistosas que sean sus galas y por sonoras las palabras con que revista sus proclamas – estéril y hasta pernicioso será su acción social. Las concepciones socialistas se oponen al liberalismo. No el liberalismo a la idea socialista. Aunque resulte paradójico no son términos antagónicos. Se comprende frente a una de las fecundas meditaciones de su estudio, atinente a la legitimidad del intervencionismo estatal. Porque, ¿habrá que decirlo?: *no se opone el liberalismo a la intervención del Estado* como, tantas décadas después, todavía, se suele deslizar en la propaganda adversa. Rodó consagra la prerrogativa del Estado para la vigilancia de la salud humana

*Evitando plantear la cuestión que esto suscita, en el terreno de las generalizaciones y de las escuelas, de modo que entren en oposición principios abstractos: prerrogativas del individuo y facultades de la sociedad, individualismo y socialismo (términos en suma más que antagónicos, concordantes y complementarios, como los de autoridad y libertad; como los de derecho y deber) atengámonos simplemente, para orientarnos, a las prescripciones expresas de la legislación positiva...*

Carlos Vaz Ferreira había advertido la falsa antinomia del individualismo y el socialismo. También él, desde la mira liberal, entendía que el sentido de libertad no se opone a la adopción de fórmulas cuya mecánica implique el socialismo siempre que no se generalicen hasta agostar la savia del alma o enervar el resorte de la energía individual que son, en definitiva, la fuerza que impulsa la marcha. En las líneas transcritas se mencionan los conceptos de libertad y de autoridad como complementarios, lo que pone sobre el tapete, una vez más, la complejidad de la idea de la libertad. No es ésta irrestricta. Admite otro carácter de la intervención estatal

*El Estado consagra en todas partes, con ayuda de la piedad individual – cabría el fundamento racional, pero él prefiere destacar ese otro que tiene su origen en el espíritu cristiano – el interés social de la salud, asilos y hospitales donde se cura a los enfermos;*

*pero hay una faz de la acción benefactora del Estado que debe prevalecer sobre el cuidado de curar. Es el cuidado de prevenir...*

Comprueba un hecho, certifica un deber: el del Estado previniendo, anticipándose, en el campo del trabajo, a evitar los males que no sólo pueden afectar la integridad de la salud física sino además la salud moral del trabajador. A cien años de proclamar Rodó la necesidad de *la medicina preventiva* practicamos aún la medicina curativa. Ponemos los bueyes delante de la carreta.

La limitación de la jornada de trabajo cobra así doble fundamento, lo que nos trae al punto en que las dos filosofías – la estatal absolutista y la liberal individualista – se bifurcan irremediamente. El cruce es en el plano crítico de los límites a que debe alcanzar la acción del Estado. Es ésta la espina dorsal que separa los campos. En el del liberalismo no existe la actitud ingenua del hombre que levanta sus ojos al cielo esperando el maná, que es el Estado *el Gran Padre*. El liberalismo – sigo en el plano filosófico – sabe que el Estado no es fuerza providencial, dispensadora gratuita de todos los bienes, sino una fuerza que, pronta al desborde, amordaza y aplasta al individuo paralizando a la sociedad.

¿Es mucho exigir más allá del horizonte a que llega la mirada del hombre de la calle, que se reconozca que el Estado es, al fin de cuentas, un mecanismo manejado por hombres falibles que, las más de las veces ignoran *la verdad socrática*? Quienes manejan el Estado no tienen la sabiduría del ateniense andariego que, al menos, sabía cuánto ignoraba La posición de Rodó, frente al Estado es, pues, de cautela, lo que no le impide concordar con los socialistas en la percepción de los males existentes, de las injusticias intolerables, de los irritantes privilegios. Mas esos males no se remedia con la vuelta al absolutismo, al Estado todopoderoso. *El Leviatán* extingue la energía humana, su acción demoleadora anula las más venturosas y benéficas iniciativas. Estamos ahora con la llave del problema en la mano. Bastará establecer el coto que no debe sobrepasar so pena de producir el efecto contrario al deseado.

*Allí donde los medios de la iniciativa privada resulten débiles o inconducentes para la satisfacción de una conveniencia pública; allí y sólo allí empieza la jurisdicción del Estado en el sentido de atender a ella; a menos de hipertrofiar el Estado su poder, y sofocar el fecundo desenvolvimiento de la espontaneidad individual.*

(Por afirmaciones como ésta se ha tildado a Rodó de *conservador*. A casi un siglo de formulada esta pragmática, – a punto del cierre de este ensayo – el Presidente de la República, José Mujica, a poco de haber asumido la función, declara que *el gobierno debe ser muy cuidadoso* en materia de inversiones, reservándose para invertir en cosas *en que nadie lo va a hacer y que son necesarias...* El Estado *no debería meterse a invertir en donde ya hay quienes pueden hacerlo, porque tiene que elegir en el campo de la inversión las que son fundamentales para la sociedad.*

Estas reflexiones, por sensatas, no debieran sorprender a nadie salvo por provenir de quien nunca sería nombrado como un conservador. Fuera de aplaudir tales claros pensamientos, seguimos nuestra exposición sin más comentario.)

La prudencia, hermana de la experiencia y de la observación meditada, guarda estrecha relación con el conocimiento cabal del satanismo del poder, particularmente cuando éste se concentra. Son valederas estas consideraciones ante la complejidad creciente de las sociedades modernas, como ante las nuevas condiciones industriales del mundo tendientes a la concentración de incommensurables recursos en procura de obras de vasta proyección económica. Pero no nos deben sorprender en actitud candorosa frente a la problemática no menos vasta ni menos compleja de lo que a trueque de *la cuestión social* podríamos designar como *la cuestión estatal*. Lo primero, aquí, es señalar la ineludible necesidad de la intervención de Estado en la *cuestión social* dada esta tendencia del poder. Esta intervención, en sus

múltiples formas, se produce hoy en más anchos campos que antaño y diría yo, - pensando que del mismo modo diría Rodó - que de ella no puede renegarse.

Mas el árbol no debe hacernos perder la visión del bosque. Tan innegable es esa necesidad para quien no se vaya del extremo del anarquismo al extremo del liberalismo económico, como el despilfarro de energías y el desenfreno de ineficiencia burocrática aneja al Estado. Hay, en ello, un costo social ruinoso que roe la vida diaria. Está a la vista que no todas las intervenciones estatales llevan el sello de las conquistas supremas o siquiera aceptables. Sobran los ejemplos de la absurdidad estatal. Hubo siempre, y seguirá habiendo, múltiples caminos para alcanzar una meta determinada. No es el mejor el de la responsabilidad anónima y delicuescente del Estado: frente a uno que otro logro, hay una pérdida permanente de *productividad social* que pesa decisivamente en el subdesarrollo en perjuicio de la generalidad de los individuos y de la sociedad en conjunto.

Las fuerzas mal encarriladas retrasan cien veces los logros posibles. Por otra parte, la superstición llevada a términos de mito por la propaganda colectivista no resiste el análisis ante el panorama del mundo actual, luego de haberse puesto a prueba los mecanismos en que alguna vez se pudo creer. Hay que comparar realidades con realidades y no realidades con idealidades, nos advertía Vaz Ferreira. Su advertencia tiene aplicación dentro del marco del bienestar material. Porque fuera de ese marco, consultado el precio que se paga en espiritualidad, en sufrimiento, en cercenamiento de esa facultad que Rodó llamó *Ariel* - y que podemos llamar la libertad individual - el balance arroja un saldo por demás negativo. Y la pérdida, ¡vaya! no es sólo espiritual.

La realidad tiene sus leyes. Inmerso en ella está el espíritu del hombre, sus facultades creadoras que cuentan más de lo imaginable. Es oportuno volver a Tocqueville para dar cabida al comentario sobre algunas páginas de *La Democracia en América*. Sus perdurables observaciones ponen de relieve la existencia de esas leyes que no por falta de formulación matemática, son menos operativas en el mundo. Son informulables; indemostrables en forma directa, pero son ineluctables. Tocqueville las intuyó.

Más imbricado está el pensamiento de Rodó con el de Tocqueville, que con otros escritores franceses de la época y aún posteriores. Tocqueville captó una realidad inversa a aquella en que creyera Carlos Marx. Agudo observador, dijo el francés: (116)

*Veo que los bienes y los males se reparten con bastante igualdad por el mundo. Las grandes riquezas desaparecen; el número de pequeñas fortunas aumenta; los deseos y los gozos se multiplican; ya no hay prosperidades extraordinarias ni miserias irremediabiles.*

Si esas miserias perduran, a desidia política son debidas. Hacia 1835 afirmaba Tocqueville con realismo, esto otro que no ignoraba Rodó y que puede corolar alguna de las observaciones que venimos haciendo sobre al creciente poder del Estado:

*En la mayor parte de las naciones modernas, el soberano, cualesquiera sean sus orígenes, su constitución y su nombre, ha llegado a ser casi todopoderoso y los particulares caen, cada vez más, en el último grado de la debilidad y la dependencia.*

El fenómeno, lejos de amenguar, ha tenido un aumento exponencial. Siempre que se piense en los Estados Unidos, habrá que empezar por abrir *La Democracia en América*. Destaquemos aquí la clarividencia del autor sobre cómo *la ausencia de centralización administrativa* constituye el antídoto contra *la tiranía de la mayoría* - mal posible de la democracia. Vale igualmente para la tiranía de las logias. Hay dos clases de centralización, la gubernamental, - de los Estados Unidos - y la administrativa, que han sabido evitar.

*Si el poder que dirige las sociedades americanas encontrara a su disposición estos dos medios de gobierno y gozase del derecho de mandarlo todo, y de la facultad y la costumbre de ejecutarlo todo por sí mismo; si después de haber establecido los principios generales del gobierno, penetrase en los detalles de su aplicación, y tras haber regulado los grandes intereses del país, pudiese descender hasta el límite de los intereses individuales, la libertad sería muy pronto desterrada del Nuevo Mundo...*

Tocqueville se anticipó a Orwell. El modelo norteamericano, en apretada síntesis, era el modelo de descentralización, constituido en el motor invisible de la formidable Federación donde la libertad, la democracia, una buena dosis de liberalismo filosófico, se presentaban a sus ojos y debiera, como experiencia histórica, estar ante los nuestros en la medida en que cada una de nuestras naciones lo sepa tornar compatible con sus propias condiciones. A tal modelo debieran atender quienes tanto se preocupan del desarrollo material que pudo confrontarse con el de centralización económica absoluta mostrado por Rusia. No es esto una defensa del capitalismo. Julián Marías nos dice que el éxito norteamericano no tiene como clave de su impulso, meramente, el quehacer económico. Su clave está en el criterio del respeto a la libertad, manifiesto en su organización descentralizada; que está (o estaba) en su devoción por las facultades creadoras del hombre y su confianza en la iniciativa individual, clave que responde a un principio espiritual. Dejemos la palabra a Tocqueville en la certidumbre de que a través de la elocuencia de su sana contemplación de los hechos encontraremos la puesta a punto de la cuestión:

*Hay hoy en la tierra dos grandes pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen avanzar hacia la misma meta: los rusos y los angloamericanos... solamente ellos marchan con paso fácil y rápido en una carrera en la que los ojos no pueden todavía apreciar la meta.*

Meditaba todavía el pensador francés mediado el siglo XIX: el americano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el ruso combate con los hombres. Uno combate al desierto y a la barbarie, el otro a la civilización revestida con todas sus armas; si las conquistas del americano se hacen con la azada del labrador, las del ruso con la espada del soldado. Han cambiado las circunstancias. El norteamericano ha sustituido la azada por el tractor. No le queda desierto que conquistar. Más bien habría que decir que, económicamente, hace ya tiempo que desbordó sus propias fronteras. En Rusia la espada se trocaría por otros instrumentos más modernos de opresión. La idiosincrasia de los pueblos, eso, no ha cambiado.

*Para alcanzar su meta, el primero se apoya en el interés personal, y deja actuar sin dirigirlos, a la fuerza y a la razón del individuo. El segundo concentra en cierta manera en un hombre, todo el poder de la sociedad. El uno - el norteamericano - tiene como principal medio de la acción a la libertad: el otro - el ruso - a la servidumbre.*

Otra vez: ni endioso a los Estados Unidos que, como percibía Rodó ni podían exhibirse como modelo, ni menos lo pueden hoy. No me empeño en una diatriba política contra Rusia ni contra los Estados Unidos. El tema de que trato es la filosofía político-social que implica la concepción del Estado. Se puede tener la opinión que se quiera respecto a los dos países pero, sin recurrir a cifras estadísticas, ni a hechos de resonancia internacional en nuestros días, en lo que se refiere, precisamente, a las relaciones económicas entre ambos colosos, (hacia 1970) creo por demás notorios los desniveles sociales de uno y de otro como para que sea menester seguir indagando en la faz material, los logros de una y otra concepción estatal y las filosofías subyacentes. Hoy, cerrándose la primera década del siglo XXI, sobrado conocido es el precio que el hombre ruso ha pagado por el experimento marxista, - sin traer a la memoria el nombre de Boris Pasternak, ni el de Alejandro Solzhenitsyn, medidos en

dimensión de plenitud humana, - y sin hablar de imperialismos porque en tal caso, como lo predica Oswald Spengler, el campo socialista no ha estado libre de este fenómeno que se produce al margen de concepción filosófica alguna, por la incontinencia de los poderosos.

Debo insistir que cuando me refiero al *experimento marxista* no pienso exclusivamente en el factor económico, ni siquiera principalmente en él. Este, como todos los que integran la sociología humana, merecerá siempre consideración, pero no es el único. El *homo economicus* es una de las tantas abstracciones con que esquematizamos la realidad. Cuando me refiero al fenómeno ruso es su sesgo espiritual lo que preocupa: la actitud jacobina que comportaría. Los efectos se derivan de *este hecho*. Lo económico está dentro de estos efectos. Si en vez de abstraerse el elemento económico como decisivo, se tomara el religioso tendríamos una situación similar: la cuestión nace con su filosofía. Detrás está siempre la incontinencia del poder.

Reitero: la problemática que nos ocupa es la del Estado, y la filosofía que lleva a concebir su acción con una u otra proyección, tiene unos u otros efectos sobre los seres humanos, afectando su esencia, la libertad. El yerro de quienes conducen la nave suele terminar en la reducción inicua del radio de acción individual y de la energía colectiva, de la fuerza social. La cuestión no está en el falso bipolarismo capitalismo/comunismo o cualquiera otro pretérito o futuro. El debate no es entre dos polos representados por dos potencias, sino entre dos tendencias: absolutismo y libertad; o de jacobinismo (uno de los atajos del fanatismo) y liberalismo; dos actitudes opuestas; dos posturas ante la vida. Puede recorrerse la historia desde el remoto Egipto faraónico hasta nuestros días, para ver repetido siempre el mismo fenómeno.

La Revolución Francesa muestra el ansia de libertad frente al estatismo reglamentarista asfixiante. Es el enfrentamiento al poder infecundo y esterilizante de la monarquía, - la concentración del poder - la lucha contra el orden injusto y contra el privilegio de casta. El absolutismo representa eso, encarnado históricamente en el Estado, que es la articulación logística que aprovechan quienes de él se adueñan. ¿Qué hizo Napoleón Bonaparte en nombre de los derechos y de la libertad que llevaría a los pueblos sometidos por los Estados monárquicos, fuera de sojuzgar millones de vidas? Lo que hizo, dueño de la máquina estatal, apoyada en una ralea militar que él mismo alentó, fue amoldarla a su interés personal y al de la logia en su derredor. Una corte transmutada en otra: más de lo mismo. ¿Dónde quedó la libertad prometida, dónde los derechos? Bien aprendidos tenía Marx los efectos de la acción del Estado sin freno, para arribar a la conclusión de la necesidad de su desaparición. ¿No lo llevaba a ella la comprensión de que el Estado significa en gran medida la renuncia a la soberanía popular, su avasallamiento, el corsé puesto al individuo? Una sujeción no desemejante a la canga con que se unce al buey destinándolo a la esclavitud del surco.

El confusionismo histórico epidémico en la prensa diaria, adjudica a las tendencias marxistas y socialistas, la designación de *izquierdas*. ¡Absurdo! Históricamente considerado el asunto, la nominación de estas tendencias nació del hecho de que quienes estuvieron en la Asamblea de la *Gran Revolución* contra la monarquía, - frente al absolutismo o *totalitarismo estatal* - se ubicaron a la *izquierda* del rey, mientras los que querían conservar el status existente - *los conservadores* - lo hacían a su *derecha*.

Por artilugios de la propaganda política, por el olvido de la Historia y por confusión conceptual, viene a resultar en nuestros días que aquellos movimientos, que originalmente respondían al liberalismo filosófico, socialismo y marxismo, dejaron de pertenecer a la *izquierda* al estatuir que *todos los medios de producción deben pertenecer al Estado*, pasándose pues al campo contrario. Esto es, de la izquierda a la derecha, pero sin abandonar la antigua designación. *Izquierda* conserva aún la calidez y simpatía de los tiempos de la Revolución del '89. ¡Atención: hay palabras que embriagan! Pero no entremos en la confusión: por definición histórica todos los totalitarismos son de derecha. Sólo el liberalismo filosófico es la *izquierda*; puede serlo el liberalismo político, propiciando la educación cívica, cuidándose de no cristalizar minorías en el poder, hecho contrario a la libertad.

El *liberalismo económico* es pregonado en general de fronteras afuera por una minoría de países poderosos y ejercitado por oligarquías contrarias al interés de sus pueblos. Aplicado el vocablo al intercambio comercial entre naciones extremadamente desiguales no pasa de ser un engaño que va contra la esencia misma de la libertad de acción de las más débiles. El *librecambismo* es lo opuesto a la libertad.

La consigna de la peligrosa disposición privativa de los medios de producción por el Estado - cerrojo de la libertad - bifurca el camino entre la filosofía del liberalismo (que admite una amplísima pluralidad, un vasto abanico de soluciones, sin excluir al Estado) y la del jacobinismo, llámesele socialismo, comunismo, totalitarismo a secas o, con más precisión, como se debiera, con su nombre genérico de origen: *absolutismo*. Cámbiesele por el de *Estatismo*, preferentemente con mayúscula. Por *Ilustrado* que parezca, por *Iluminados* que resulten sus voceros, no cambia su esencia absolutista. Es el camino empedrado que lleva al infierno.

Si estas reflexiones parecieren especulación, piénsese que cuando se confieren todos los poderes al Estado, lo que comienza por los medios de producción, de hecho se conceden *todos los poderes*: el *poder absoluto*. Poder a ser ejercido por unos hombres, un grupo, una minoría. La Historia, ¿ha mostrado que los hombres sean santos o dioses omniscientes, o únicamente seres con sus pasiones, debilidades y extravíos?

El fenómeno político que se produce, por esta vía, es el que diariamente dicen combatir los propiciadores del *Estado absoluto*: el del status oligárquico. Rodó lo tenía presente: su conciencia histórica no padeció en esta materia confusión alguna. En ella se fundamentó su absoluto rechazo a Rosas. El recuerdo de la Revolución Francesa y sus secuelas e implicaciones, aparece fresco para la generación de Rodó. Los documentos legislativos de la época lo muestran directamente y por continuas alusiones.

Quien se embarque, pues, en la tendencia que arrastra a la sociedad hacia el absolutismo estatal no pretenda ubicarse en la *izquierda*. Sólo la mala memoria histórica, de que hablaba Ortega y Gasset, y la alienación de la conciencia histórica, dieron paso al trueque del concepto.

## 7. La mala memoria histórica.

Jacques Pirenne en su monumental obra *Las Grandes Corrientes de la Historia Universal*, (117) ilumina la cuestión del estatismo en la antigüedad. No es nuevo, pues, el tópico. Muestra gráficamente los distintos períodos según la incidencia estatal. La gráfica evidencia que el retroceso social se acentúa cuando ella aumenta. Cuando la intervención estatal disminuye se produce el avance social. Sin excepciones. Tal el caso de la milenaria sociedad egipcia. Extraigamos sólo un caso del período subsiguiente a Amenofis IV. Se recordará que su nombre está adherido a las ideas de igualdad, humanitarismo y universalidad, lo que llamaríamos liberal con poca intervención estatal. Muerto él, ocupa el poder el general Horenheb. Representaba la reacción a la aquella política liberal. No obstante, *impelido por la evolución del tiempo*, se ve obligado a seguir sus huellas, esto es, las ideas del derecho natural, traducido en una política de grandes reformas sociales, entre las que se destaca el amparo de los contribuyentes contra el fisco, la prohibición de confiscar los instrumentos de trabajo y las cosechas del campesino, lo que es decir su sustento de vida. Establece asimismo la igualdad civil sumándose a la tendencia democratizadora del poder. Estas cosas parecen de ayer - o de hoy - pero ocurrían en el siglo XIV a.C. Los sucesores de Horenheb consolidan la paz durante medio siglo, *en el que Egipto logró alcanzar, una prosperidad inmensa...* - anota Pirenne. Los reyes siguientes, cambian el giro *transformando las concepciones del derecho natural en teoría estatista*. El Estado comienza a meterse en todo. Fin: el enriquecimiento de aquel período deriva en el absolutismo del poder, con su anexo burocrático (*la letradocracia* de que habla Toynbee.) Lo demás se sabe:

*El Estado ocupa un puesto cada vez mayor en el seno de esta sociedad individualista. El funcionarismo lo invade todo, el papeleo reina por doquier y el fisco se hace fundamento*

*esencial de la pesada máquina administrativa. ( ) A medida que medra el estatismo, el poder monárquico debe tornarse absoluto para hacerle frente. Como en la época del Imperio Antiguo el absolutismo procura justificarse por el culto y deifica al rey.*

*Culto de la personalidad* le llamamos hoy. Ha habido dos vueltas de tuerca en el proceso. La caída en el totalitarismo es la última. Hoy no somos, empero, tan sutiles: nos conforma una tautología vacua para justificar el Estatismo: *la razón de Estado, majestad* con que Napoleón sustituyó la majestad divina.

Toda la historia es un vaivén. ¡Vieja es la creencia del Estado salvador, del Estado paternalista! Se vuelve de ella, y ya estamos otra vez en marcha hacia el absolutismo, aunque falseemos su nombre. Lo importante, sea cual fuere la máscara, es comprender la idea, descubrir el escondido puñal de la tiranía, el monstruo que devora el corazón de los hombres instaurando el veneno de los privilegios que desconciertan la voluntad, la corroen y desmoralizan. El signo está siempre presente en la extensión del poder del Estado.

Lo dicho es comprobación de hechos. De su observación deriva una u otra filosofía según la meta que se persiga. Si se persigue, en nombre del liberalismo el bienestar y plenitud del individuo conviene extremar las cautelas en cuanto a las concesiones de medios al Estado, al déspota centralizador, abstracto y frío, que pervierte por el camino los más generosos propósitos.

No hemos buscado nuestros argumentos en Spencer, ni en P. Gentile, teórico del liberalismo, ni en Bakunin, enemigo jurado del Estado. Tampoco en Marx, anarquista inicial, contradictorio estatista. Están a la vista en el ancho caudal de la Revolución Francesa, precedida por dos revoluciones políticas inglesas orientadas a la contención del poder absoluto, la de 1648, que hizo rodar la cabeza de un rey, y la de 1688, incruenta pero capital. Las tres tuvieron el buen sentido liberal de devolver la libertad al individuo, matices aparte. Toda medida política que las olvide y aumente el poder del Estado, es un paso atrás. A la Democracia integral, sólidamente cimentada, cabe la misión de disolver el nudo gordiano de esta antigua mecánica política.

Dejemos Egipto y con un salto de veinte siglos indagemos la causa de la decadencia de Roma que no obedeció a la invasión de los bárbaros, ni al enfrentamiento con una energía rival. Tampoco a la corrosión de las luchas intestinas del cesarismo por el poder, ni a la merma del impulso material de las conquistas guerreras unciendo al yugo romano muchedumbres de esclavos, comparables sólo a las que empleaban los faraones para levantar sus tumbas. La causa no es externa; está en la entraña del Imperio que, no obstante, domina sin rivales sobre un mundo incapaz de oponerle barreras eficaces. La causa fue, pues, endógena. Hoy diríamos que ese imperio *implotó*, se deshizo de dentro hacia fuera. ¿Nos recuerda algo este hecho?

Como antes nos tomáramos de la mano del historiador belga para escudriñar el milenario pasado egipcio, dejémosnos guiar ahora por la del francés León Homo. (118)

Las crisis, como las revoluciones, no se gestan entre el momento en que se pone el sol y aquél en que vuelve a aparecer. Como las explosiones del volcán, tienen lenta gestación. Sobrevienen, se hacen visibles, cuando el efecto de incontables pequeñas circunstancias acumuladas irrumpe de pronto, como en un organismo vivo, destruyendo el equilibrio inestable de la salud, poniendo al descubierto la enfermedad que le mina. El Imperio Romano no enfermó de la noche a la mañana. La incubación, según el ritmo histórico de entonces, duró siglos. Había comenzado el día en que la *razón de Estado* pesó más que el bienestar individual de quienes habitaban en él. Tiempo hubo en que sus fronteras eran salvaguarda de los que fuera de sus fronteras padecían las zozobras de la inseguridad y la miseria: a Roma se venía por trabajo, por pan, para preservar la vida. Como en el Egipto de dos milenios atrás, había tranquilidad, sosiego, *la Pax romana* del mundo mediterráneo.

Y cuando el morbo se apodera de estos organismos antediluvianos, el mal tiene su inicio en las finanzas. No están libres de él los Estados menores, pero sus efectos no son comparables. El legado

de documentos de la legislación romana nos muestra el proceso, estampado en la creciente *intervención estatal todopoderosa*, la que origina de etapa en etapa, la centralización administrativa, camino al Estado totalitario. Las consecuencias del proceso descontrolado se vuelven reconocibles y palpables.

En los Estados modernos en que el totalitarismo ha alcanzado el grado de desembozo suficiente, el individuo es prisionero y mero engranaje de la gran máquina que le comprime de mil modos. Por razones de Estado no puede viajar, no puede dejar el territorio; se le señala la ocupación, todos sus pasos se controlan. El resultado equivale a un suerte de esclavitud encubierta. Las cortapisas que acotan las sendas concluyen en la amarga frustración del individuo. Las distintas modalidades de Estado paternalista, imaginariamente redentor de los mismos males que genera, con frecuencia rodeado del boato demagógico, no cambia la situación: el individuo queda reducido a una suerte en esencia peor que las del esclavo antiguo. El trabajador moderno, como lo da a entender Rodó, puede verse en esta situación...

Hacia 1914, en la Cátedra de Economía de la Universidad uruguaya se empieza a mentar el *Edicto del Maximum* de Diocleciano. Simultáneamente, - no es casual - comienza el intervencionismo estatal. El lenguaje de entonces semeja al que un siglo después oímos a diario; el espíritu reinante similar; las prácticas también. Es que el fenómeno histórico es el mismo. No es el factor económico el primordial; *la condición humana es la que gobierna la condición social, y no lo contrario* - estipula Ionesco. La sabiduría popular acuñada en la expresión de *la historia se repite*, es válida en este sentido, aunque no sea técnicamente en otros. El *funcionarismo* es el rasgo que acompaña al fenómeno. En Roma culmina con Diocleciano. En tiempos de Constantino se llega a afirmar que son más los recaudadores que los contribuyentes, *frase ésta que, escrita hace más de mil quinientos años, continúa representando la definición más integral - y más terrible - de que jamás haya sido objeto el Estatismo*. Pero no alcanza para dar la definición *vivencial*. El propio León Homo acumula datos que la completan. El funcionarismo, como en Egipto, se hace hereditario en la práctica y engendra la casta. Un *verdadero Estado dentro del Estado*, nos dice. Legislación y administración, - los dos pilares sobre los que se apoya y desde los que se desenvuelve el Estatismo envolviéndolo todo en sus mallas invisibles. Obviamente resultan impotentes para conjurar el mal, el real peligro de aniquilación social infiltrado en las venas del Imperio. El fraude, el cohecho, el robo en grande, la corrupción generalizada, campean sin brida a despecho de los esfuerzos cada vez mayores de los emperadores. En vano se suman leyes sobre leyes. *Sea por impotencia o complicidad de la administración los abusos continúan a pesar de todo, y arrecian de modo que, ante ellos, el poder imperial acaba por quedar desarmado*. El fenómeno en América es patente: las mejores disposiciones se estrellan contra una pertinaz realidad.

En Uruguay, en tiempos en que el Estado era un mecanismo infinitamente menos complejo, un gobernante modestamente prometía no una gestión brillante sino una conducta honrada. El mismo, tal vez llevado por la honradez ofrecida, renunciaba al poder declarando al *pais ingobernable*. ¿No había llegado acariciando no sólo la ambición del mando sino acaso el sueño de sanear una situación? ¿No estaba reconociendo su impotencia para vigilar aquellos *ejércitos de Jerjes* - como pocos años después la oposición llamaría a las huestes de funcionarios? El legislador Rodó, al definir su pensamiento sobre el papel del Estado, ¿ignoraba las experiencias de su propio país? ¿Desconocía los males - la venalidad, fundamentalmente, - que se desenvuelven y crecen a la sombra del poder? ¿Ignoraba acaso la experiencia universal en la materia? Una vez más los mecanismos son comparables, salvo la sutileza de los métodos modernos. No son distintos los resultados finales en perjuicio de los gobernados. Y ahora como entonces

*...de arriba abajo de la escala, desde los prefectos del Pretorio a los simples empleados de oficina, el mal se endurece, universal, inexorable... Más aún que entre los funcionarios superiores, entre los cuales, a pesar de todo, no faltan los ejemplos de honradez y de*

*moralidad, la venalidad voraz y fraudulenta – vorax et fraudulentum, para emplear el duro lenguaje del Código Teodosiano – hace estragos en las oficinas...*

El fenómeno del control, que adviene de la mano del sistema fundado en el desconocimiento de la idiosincrasia humana, que fatalmente fracasa aun mediando el sistema militar en que suele parar, es la piedra angular donde está grabada la condena del Estatismo. No de éste o esotro gobernante, de éste o a aquel gobierno: la condena es al sistema ajeno a la voluntad personal. Es a la miopía intelectual generalizada, al vacío imaginativo, mezcla de ignorancia histórica y contumacia en quienes, lejos de calibrar lo que el Estado ha representado en el mundo, los males que acarrearán sus engranajes, se empeñan en propulsar su extensión.

La carcoma burocrática, prendida en las sociedades modernas, como en el Imperio Romano, es el anexo inevitable que, como el molusco a la roca, adhiere cual corte parasitaria al organismo social succionando sus jugos vitales. El de Roma, a la distancia, aparece nítido, hasta pintoresco quizá, para quien no cale en la hondura de los dramas que encierra.

*Contra este funcionarismo a la vez brutal y venal, el Estado romano, preocupado por salvar sus legítimas prerrogativas, edifica un sabio sistema de inspección.*

Ni más ni menos sabio, por supuesto, que lo que ocurriera a España con sus meditaciones y pormenorizadas leyes; lo mismo que con los actuales sistemas de control. Hay allí *agentes*; hay también los llamados *curiosos*, que modernamente reciben un nombre infamante. Hay los *exploradores, ojos y oídos del poder central, una de las creaciones más típicas y menos agradables del Bajo Imperio*. Típicas, y tan desagradables como todas las creaciones del género cuando la sociedad que lo engendra, ha enfermado. El conjunto deriva en una vasta *policía política*. Contemporáneamente: *policías fiscales y servicios de inteligencia. El emperador les confía desde luego misiones de confianza y, en realidad, su poder de inspección se muestra ilimitado*. Sólo se detiene donde lo ordena la cúpula más o menos secreta, más o menos visible, que maneja los hilos detrás del partido que gobierna, a veces con la complicidad del que no gobierna, en un tácito acuerdo entre tahúres. Como *mafias y padrinos* se conocen hoy por hoy.

Por desgracia, - prosigue el historiador, aunque no se sabe si no sería mejor decir por fortuna, - *en esta esfera de la inspección, como en las demás, la práctica no responde sino muy lejos a la teoría*. ¡Cuánta energía perdida, cuánta potencia individual y social, cuánto esfuerzo esterilizado! Con variaciones del nombre que reciben los *oficiales* intervinientes, ocurre lo de antes: *Los inspectores inventan mil maneras de hacerse pagar sus servicios. Se trata de que los inspeccionados satisfagan, y no faltan ocasiones para ello*. Las páginas de la Prensa actual nos tienen medianamente al tanto - sin empeñarse a fondo, claro, - sobre estas cosas.

*El historiador Aurelio Víctor nos muestra a esos agentes inventando crímenes de cabo a rabo, difundiendo el terror por todas partes, asustando a los habitantes del Imperio, sobre todo a los que viven más lejos del Emperador, y practicando metódicamente el pillaje... Nadie, escribe por su parte el pretor Libanio, puede escapar a sus redes. El inocente perece si no paga; el malvado, a fuerza de dinero, sale de apuros.*

Hoy esta práctica la llamamos *terrorismo fiscal* organizado y ejercido por el Estado para hacer efectivo el cobro de impuestos que llevan a la pobreza a los inermes ante el saqueo arbitrario... En Roma los cobradores alcanzaron derecho de muerte sobre el deudor empecinado. No llegamos a tanto ahora, pero el efecto final de los mecanismos fiscales sobre las empresas - e individuos - equivalen a la condena de vegetar o a la condena de muerte, para muchas. Cuando menos terminan pagando los asalariados con la desocupación y la final marginación traducida en la multiplicación de los repetidamente nombrados *asentamientos irregulares*. Un mal con cariz hereditario ya. Con todo, como el instinto de la vida no cede, cuando no es ése el fin, se concluye en el clandestinaje - el *informalismo: el trabajo en*

*negro*. O se suman al éxodo de los rebeldes y desesperados. Quien en Uruguay, - país de desbordado estatismo, - haya tenido experiencia industrial como el que suscribe, sabe que hay dos modos de sobrellevar el peso del Estado: *vivir en las alturas o sobrevivir en la fisura*.

Lo primero significa, es claro, arrimarse de un modo u otro, a la esfera política, meterse en sus entresijos... y prosperar. No digo más. Lo segundo equivale, al frente de una pequeña o mediana empresa, en la que se deja la vida, no crecer. Contra la natural vocación del espíritu empresarial - no agrandarse, no reinvertir, so riesgo de convertirse en un esclavo del Estado, o perecer en la maraña de disposiciones legales y reglamentarias imposibles de cumplir y hasta de terminar en la cárcel, enjuiciados bajo nuevos códigos draconianos.

La generalización de esta solución es la que lleva, en este país, como en tantos otros de América, a la fuga de capitales, a depositarlos fuera de fronteras. Luego los gobernantes clamarán por las inversiones foráneas a las que colmarán de exenciones y privilegios de que no gozan las empresas nacionales, llegando hasta el subsidio negado a la pequeña empresa local la que mayoritariamente genera el trabajo y es el verdadero motor de toda riqueza. Este tipo de empresas ronda el 97%, o más, del abanico nacional. El clamor al que me refiero suele vestirse con ropajes tales como: *es el modo de progresar, o no hay desarrollo sin inversión extranjera...* Ocurre también que, a pesar de todo, las finanzas del Estado resultan deficitarias y se recurre a los préstamos de afuera, cuyos capitales no son otros que los que rehúyen reinvertirse en el país.

Cuando pienso en el cercenamiento de las energías individuales que obedecen al impulso creador del universo, aun en las más desalentadoras circunstancias, me asalta el recuerdo de *Un día en la Vida de Iván Denisovich*. Refiere Solzhenitsyn el singular episodio de unos presos que llevados por su ímpetu creador olvidan el reglamento que les impide levantar más alta la pared carcelaria y la continúan. Este sagrado impulso creador es el que cercena el Estado. ¡Crimen de lesa humanidad es matar el espíritu creativo, mas no intentéis hacérselo entender al político de turno y menos al burócrata!

En Roma se ensayó todo para hacer funcionar el Estado totalitario. Hasta se suprimió a los funcionarios - con excepciones - cuando los abusos parecían llegar al cenit. Inútil. Pronto reaparecen los males. Nuevas leyes represivas... *Acción legislativa, acción administrativa, se han revelado igualmente impotentes para evitar el mal*.

No deis el cuadro por completo; el cáncer siguió. Leamos el famoso *Edicto del Máximo* de Diocleciano, documento inolvidable del año 302. Las continuas devaluaciones monetarias - no son invento moderno - habían empobrecido al mundo otrora próspero sembrando la desconfianza y la retracción fabril y mercantil hasta cesar la circulación monetaria. El Estado se veía obligado a cobrar en especie el impuesto con que mantener su frondosa burocracia. Ante una situación no muy diferente de las modernas, el gobernante, con buena intención, desesperado, y desesperanzado de todos los medios antes empleados, emite el Edicto, clamando:

*Apelamos a la abnegación de todos para la observación fiel y la ejecución de este Edicto que ha sido dictado por el interés general, porque, en la publicación de esta medida no proponemos, no sólo el aprovisionamiento de algunos ciudadanos, ni siquiera de una provincia, sino del Imperio entero; aprovisionamiento que algunos individuos procuran dificultar por todos los medios, pues ni el tiempo ni las riquezas que han adquirido han podido disminuir ni saciar su rapacidad.*

No puede negarse sinceridad a Diocleciano. Su lenguaje suena a modernidad. Pero naturalmente el texto no quedará en esa apelación. En forma contundente, revelando de una vez ese fondo de coerción eterna que se encierra en el mecanismo estatal, agrega: *¡Si alguien osara querer contravenir a los términos de este decreto, conténgalo el temor de la pena capital!* No se crea distintos los procedimientos actuales. Salvo algún matiz. En vez de sentenciar al individuo, se sentencia a la empresa, aunque la tendencia se

avanza a involucrar también a sus dirigentes. Poco diríamos tratándose de un Estado honesto, pero el Poder no lo es. La propensión a la arbitrariedad y al vandalaje revestido de legalidad es su norma.

A Diocleciano le ocurría lo que a tantos gobernantes, legisladores, teóricos, doctrinarios, políticos y hasta algunos pretendidos economistas y revolucionarios: ignoraba, como todos ellos, el principio básico de la actividad económica humana, sus leyes, sus íntimos resortes, que no son movidos ni pueden serlo por decretos, no importa cuán duros sean sus términos. Ni apelando a la pena de muerte tienen éxito cuando el sistema comienza a hacer agua, lo que tarde o temprano sucede. Porque la fuerza que impulsa los resortes humanos es, en primer término, la libertad, en este caso la libertad de consentir. León Homo glosa así la situación:

*Muerte para el mercader que viole los artículos del Edicto, muerte para el comprador que adquiera por encima de la tasa; muerte, en fin, para los acaparadores y detentadores de existencias ilícitas. El Emperador no se contenta con amenazar: se permite, en forma algo ruda, el gusto de ironizar. Si a alguno le parece exagerada la severidad de esta ley, se podrá guardar fácilmente del peligro, manteniéndose apartado de los peligros que son su consecuencia.*

Mas las cosas ocurrirán como siempre que se intenta manejar las situaciones con procedimientos que obedecen a leyes voluntaristas y no a la esencia real de las cosas. No se entendería el drama del Estado desorbitado, que envuelve a millones de individuos no conscientes de dónde provienen sus penurias, si no abundáramos algo más en la lección que nos brinda la Historia. Hacia el siglo V, a pesar de los esfuerzos, el barco imperial hace agua por todas partes.

*El impuesto pesa agobiadoramente y su peso, si no la provoca, agrava a lo menos, la miseria general. El pequeño propietario para precaverse prefiere disminuir el rendimiento de su propiedad, cuando cansado de luchar, no se coloca bajo la protección del rico hacendado vecino o, lo que es más, huye de su tierra para unirse a las bandas de Bagaudos – la Jacquerie del Bajo Imperio – o escapa a los países bárbaros.*

Ahora el escape es hacia los países desarrollados. ¿No son igualmente bárbaros?

Estas cosas no ocurren por casualidad... Sucede que la sociedad se va viendo devorada por el estatismo sin rienda. El *totalitarismo*, al que se apela, sin comprender que de él brota la enfermedad: Así, lejos de detenerla, la agudiza. Y ante nuevos impuestos cunda el caos: para responder al gigantesco aumento de los gastos, provocados por la expansión estatal, no se encuentra otro recurso. *Un Estado razonable, como un particular de buen sentido, regula de mal o de buen grado, su gasto según sus rentas...*

Se me dirá que he ido muy lejos a buscar... argumentos académicos... que hoy, en cambio...

Estoy prevenido contra esta suerte de objeciones. Apelaré a testimonios actuales. Leemos, en un editorial de *El Día*, fundado por Batlle y Ordóñez, no desafecto al Estado, bajo el título *Aliviar cargas al Estado*:

*Entre las varias causas de desarreglo afligentes para el organismo social, figura en plano destacado el peso abrumador impuesto por el fisco a las industrias y al comercio. Claro que no es solución para el Estado como lo prueba el triste clamor con que las reparticiones oficiales llaman a los contribuyentes, a veces emplazándolos. La prosperidad del trabajo requiere liberalidad, normas claras y simples. Y la causa del bienestar público se apoya en una producción floreciente.*

Me he permitido el subrayado. ¿Alguien duda que en ese concepto radica la solución? Eso se escribía en el diario del Partido Colorado, en 1982, año de una devaluación del cien por ciento, en tiempos de una dictadura. Esa devaluación reducía la moneda a la mitad de su valor. De aquellos polvos estos lodos... otra vez los *asentamientos irregulares*. Nacieron tras una enorme devaluación de 1959

que había traído a la moneda a un tercio de su valor, descapitalizando – por no decir decapitando – a la industria y al comercio, como a los particulares. Lo citado ahora está en la misma línea, responde a la semilla sembrada. No hablamos ya del siglo V, sino del XX y XXI. No es la Historia la que se repite; causas y efectos son los que se repiten.

Pero si esto pareciera lejano aún, recurramos al estricto presente en que escribo. Abro el primer diario que me viene a la mano. No importa cuál ni su tendencia. Aporta declaraciones textuales de varios jefes del Estado, en el caso, sucesivos directores de la Aduana. El primero (2005-2008) a tres meses de ser sustituido: “Las situaciones de corrupción son impulsadas tanto por los funcionarios como por los usuarios de la Dirección... Por eso el sistema tiene que cambiar.” El siguiente (2008-2010) dice, al asumir, con el acento de los decretos de Diocleciano: “A los infractores les aviso: mi fama de incorruptible no se construyó con palabras sino con hechos.” Un año después: “Aduanas está peor de lo que imaginé.” El tercero (2010) con el mismo acento: “Los funcionarios que no compartan esta línea de conducta deberán, lamentablemente, y con todo el rigor de la ley, quedar en el camino.”

En nota aparte el diario informa que en el primer período las incautaciones por infracciones de importancia aumentaron un 100% (llegando a 4368). En el segundo cayeron abruptamente (a 2045). (119)

Volvamos a Roma. Se hablaba de limitar gastos del Estado:

*El Bajo Imperio, ante la multiplicidad de sus necesidades, aplica el método rigurosamente inverso (al necesario para la prosperidad) con el resultado fatal de la desaparición de la riqueza pública y el agotamiento creciente del contribuyente. En fin, consecuencia lógica de los dos vicios precedentes – aumento de gastos, falta de medios, - el impuesto es mal pagado. Preocupado por simplificar su tarea, el Estado ha echado la carga ( ) sobre las administraciones municipales, y las ha hecho responsables pecuniariamente. De modo que, para no exponerse a no poder saldar los déficits, aquellas municipalidades proceden para con el contribuyente con dureza, a veces con ferocidad implacable. Se le encarcela, se le azota, se le vende como esclavo y, por añadidura, puesto que es menester que el impuesto sea pagado, se confiscan sus bienes.*

Recurro a otra página del mismo diario. Bajo el título *El Mosquito Padre*, el autor se vale del símil del insecto succionador de sangre para destacar este carácter del Estado, pero se refiere ahora a las municipalidad fiscal: *En Montevideo es la Intendencia municipal, junto al Estado nacional y sus múltiples ramificaciones, mediante impuestos leoninos pican y succionan la sangre de los contribuyentes sin piedad.* Añade que somos los campeones en materia de empleados públicos por habitante; comparados con otros países de América *duplicamos el promedio ( ) y marcamos la cancha incluso a nivel mundial.* En dos décadas los impuestos se multiplicaron casi por seis; la contribución inmobiliaria multiplica por cinco la de París y supera a la Milán, Roma o Madrid. Esta imposición se descarga – sigue diciendo – especialmente, junto con un supuesto impuesto a la renta (en verdad un impuesto a los ingresos, ergo en general al trabajo – sobre quienes no decididos a sacarlos del país lo invierten en propiedades generando servicios y empleos. Lo mismo ocurre con las patentes de autos, en un régimen absurdo en que 19 departamentos se enrosca en una guerra por sus producidos. 19 departamentos cuya superficie en total no sobrepasa la de una provincia argentina.

Naturalmente esta historia, unida a la política económica también absurda - neoliberal – deriva, es causa en gran parte, de los asentamientos irregulares. El paso siguiente es la delincuencia: cárceles superpobladas.

Poco antes de la Revolución Francesa el absolutismo monárquico había dado derecho de muerte al recaudador sobre el contribuyente. Los procedimientos actuales son más sutiles; equivalen a una muerte lenta, porque no dejan vivir en paz al ciudadano ni desarrollar la plenitud de sus capacidades.

Son insidiosos, lo exprimen hasta agotarlo como se exprime el jugo de un fruto. Es la misión contraria del Estado liberal.

¿En qué se diferencia el Estado romano del Estado moderno? No hay Estado antiguo y Estado moderno: hay únicamente *el Estado*. Cambian los matices: no se responsabiliza a las municipalidades como en Roma; se traslada la responsabilidad a las empresas, convirtiéndolas en *agentes de retención*, - extensión gratuita del Estado. Así todo recae sobre las unidades motoras; pero detrás de la empresa está el individuo acosado...

Ahora sí se produce la lucha de clases; la lucha entre la clase que trabaja de verdad y la clase que vive de ella, la burocracia, la moderna versión de la corte real parásita, adscrita al monarca. Se despoja al individuo de su soberanía; se despoja al trabajador, - comprendiendo al empresario en el concepto. Todo mediante leyes, decretos, reglamentos, declaraciones juradas, inspecciones, multas, clausuras. En nombre de la *razón de Estado* se roba el fruto del trabajo; se roba la seguridad social que es robar la vida, el derecho a la salud y a la vivienda, a la verdadera educación. Se hace lo contrario de lo que el Estado debe hacer. Ignorancia del legislador pero también desaprensión, la pereza, la negligencia... El individuo no es ya un ciudadano con derechos: es un sospechoso delincuente al que se persigue. Se consume, en fin, la formidable argucia por la que el productor cae en las garras de la garrapata que succiona su sangre. Es, invirtiendo el título de Spencer, *El Estado contra el individuo*. A esto llegaba Roma, concluye Homo. Obsérvense las similitudes:

*Para la obligación profesional, la ley establece un doble principio: prohibición formal de sustraerse a su profesión y responsabilidad colectiva de la corporación para con el Estado, con las dos consecuencias lógicas que se derivan: los que han eludido la obligación, son reducidos a ella a la fuerza, sin que en contra de esta ley se admita prescripción alguna... Los desertores de la profesión se ingenian en vano para hallar escapatoria; unos buscan un refugio en el ejército, otros en la administración, otros, en fin, en el clero y, para conseguirlo no vacilan en procurarse un alto lugar, hasta entre los que rodean al Emperador. ( ) Pero a medida que se escapan, la ley, ( ) en acecho, los descubre y los vuelve a la fuerza a su oficio originario. Y hasta sufren, a veces, a título de castigo, una agravación jurídica de su estado; el colono fugitivo encadenado de nuevo a su tierra, cae, además, en la condición de esclavo. De vez en cuando ( ) la policía procede a razzias metódicas para encontrar a los delincuentes... dando caza al hombre, en la cual, bajo la letra rígida de los códigos, se transparenta uno de los dramas más sangrientos y terribles que haya conocido jamás la Humanidad.*

Cambiemos algún término para *aggiornar* la cosa: policía, por policía fiscal, o simplemente *Fisco*, y nos entendemos. Pero más que hallar las similitudes, lo que importa es denotar la acción del Estado sobre los individuos, sea ésa, la situación que vivió Roma, o la que vive una sociedad moderna. El drama - ¡drama actual! - de que habla el historiador en términos que pueden parecer teatrales, tiene la hondura que se desprende de comprender que el desborde del Estado conduce a sus vasallos a una suerte de *esclavitud*. Justo es el término: no se trata ya de ciudadanos con derechos que no tienen de hecho el recurso - por costoso - de la Justicia. De apelar a ella no lograrán, en muchos casos, sino agravar su situación. La absurdidad despoja al hombre de su tiempo, le roba la vida. El mayor esclavo es el enajenado de su tiempo, el que padece el robo de su tiempo vital. Confrontemos la situación con la soñaba Rodó para practicar *el ocio noble*.

¿Y qué de las mafias del Estado? El tema implica una inacabable sarta de delitos de aquéllos a quienes se confían las funciones públicas. Nadie se escandalice; todos sabemos de ellas. Apartémonos del tono académico y bajemos a la calle. Las hemos nombrado como logias. Por sus efectos pueden clasificarse dentro de la familia de la alta delincuencia. Para verlas de cerca apélese a la lectura de cualquiera de estos libros argentinos: *Robo para la Corona*, y *La Mafia del Oro*. O si se quiere, a otros dos

españoles: *Los secretos del poder* o *Banqueros de Rapiña*. (120) Cabe aún recurrir, entre cientos de publicaciones documentadas, a las que tras la caída del *Muro de Berlín* se pusieron de moda, las *mafias rusas*: al libro de Stiglitz nos referiremos más adelante.

Se pone en evidencia en estas publicaciones, sin cortapisas, quién o quiénes están detrás de las maniobras que se realizan al cobijo del Estado. Claro que basta oír un noticiero, cualquier día, en cualquier parte, para estar al tanto de esta clase de cuestiones. No de todas, sólo de algunas. Veamos los enredos de casa.

Tomamos al azar un diario de 1990. Una entrevista. Titulares. *En el teatro uruguayo hay una mafia política y una mafia sexual*. Surgen en el relato detalles sugestivos. Conciernen al Teatro oficial, el del Estado. (121) Otro título, *El amiguismo*; no requiere explicación. ¿Quién no está al tanto de este mecanismo empleado por *los dueños del Estado* y sus efectos anarquizantes y desmoralizadores? A todos nos han llegado filtraciones sobre las mafias en el manejo de oscuros procedimientos económicos y financieros. Surge de esas declaraciones los castigos invisibles que se aplican al que se aparta de la norma, - por supuesto no escrita, pero de todos sabida en cuanto a ventilar ciertos desmanes dentro del Estado. El silencioso úkase va más allá del episodio del momento. Abarca igualmente asuntos históricos sobre los que es mejor callar... particularmente referidos a nuestros *béros* fundadores. ¿O será porque avergüenza recordarlos? Y no quiero detenerme en la consideración del manejo de los medios de información que, de una forma u otra, dependen del Estado y se ponen fácilmente *on line* con el amo de turno. De actualidad: el libro de Edi Zunino, *Patria o Medios*, abunda en incidentes de corrupción y del manejo de los medios en la Argentina, tan pródiga y por tanto tiempo en ejemplos en la materia. (122)

Retornemos a Roma:

*El personal administrativo en su conjunto, padece de una tacha profunda: la venalidad. El propio emperador no se priva de dar el ejemplo; (los cargos) se dan a menudo al que ofrece más, y éste, como es natural, no deja de recuperar sus desembolsos... Es menester pagar para entrar al despacho del gobernador, pagar también para emprender una acción de justicia, pagar siempre para obtener entrega de las piezas del proceso, pagar hasta al funcionario que se digna hacer al contribuyente el favor insigne de cobrar los impuestos... Los emperadores, perfectamente enterados de este estado de cosas, se esfuerzan por reprimir la venalidad, como lo demuestra la requisitoria implacable que Constantino dedica al asunto y las penas terribles con que castiga a los empleados prevaricadores. El texto merece ser citado ( ):*

*'Fuera vuestras manos rapaces, oficiales, fuera esas manos, digo, que serán cortadas por la espada. No sea venal la puerta del juez; no haya de pagarse para verlo; la puja no deshonorre la entrada al despacho; ábranse los oídos del juez, lo mismo al más pobre que al más rico; el princeps del officium, ( ) no despoje al que recibe; los auxiliares ( ) no practiquen la concupiscencia a costa de los litigantes; reprímense las exacciones intolerables de los que se hacen pagar la entrega de las actas ( ) el celo del gobernador vele sin descanso en que esta valea nada sobre por adelantado de los litigantes. Contra los que, en los asuntos civiles, hayan pensado que pueden exigir algo, pronuncie una represión penal la decapitación de los culpables y permita a los perjudicados someter el asunto al gobernador. Si este cierra los ojos, damos permiso a todos para aprehender a los condes de las provincias o a los prefectos del Pretorio ( ) de manera que, instruidos por las declaraciones de esos funcionarios, podamos infligir los suplicios por tales fechorías.'* Desgraciadamente esa represión teórica no halla mucho eco en la práctica. Según la regla general, la misma enormidad de la pena ataja las quejas posibles y paraliza la acción represiva de la ley. A falta de poder suprimir la venalidad, el poder imperial la reglamenta por la fijación según la tasa oficial. Así se viene a parar al sistema de la propina legalizada, lo que, como es natural, no impide en nada, por añadidura, las extorsiones suplementarias.

He de confesar que en mi larga afición por la historia que me ayuda a entender el sentimiento de solidaridad social de Rodó y su concepción liberal del Estado, nunca un análisis como el que alumbra las páginas de Leon Homo me impresionó tanto. Sólo ciertas realidades del mundo globalizado actual sobrepasan esta impresión.

Podrá argüirse que el estatismo moderno no puede arrastrar una sociedad al triste reino de sombras a que arribó el sol romano en el siglo V, dada la compleja urdimbre internacional actual. Aunque así fuere, lo que cuenta es el destino a que la mecánica estatal somete a los seres humanos. No me extenderé sobre el monstruoso cuadro de las condiciones de vida de más de la mitad de los habitantes del planeta cuando el nivel del conocimiento humano, y las nuevas técnicas, elevando la productividad a niveles de fantasía, permitiría un decoro universal. Detrás del mal está el dispendio estatal armamentista y las aventuras siderales, como en la Antigüedad el de las pirámides egipcias que inspiraron a Rodó la idea de *una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena...* ¿Qué teje la nuestra?

Tuvo Rodó su mira también en esta problemática moderna. Pienso en el doloroso, angustiante atolladero a que conduce la cultura que denunció en *Ariel*. Robert McNamara, presidente del *Banco Mundial*, hizo algunas declaraciones en 1972, que vale la pena traer a colación. Calculaba que la población de los países desarrollados tendría a fines del siglo XX, un ingreso per cápita anual de 8000 dólares; para los subdesarrollados no pasaría de 200 dólares, unos 2000 millones de personas. Casi cuarenta años después no se perciben cambios. Afirmó: *la justicia social no es solamente un imperativo moral. Es, al mismo tiempo, un imperativo político*. En la primera década del siglo XXI la situación es peor. El historiador francés cierra su libro con esta reflexión:

*Roma, en la edad de oro, fue un régimen de autoridad comprensiva y fecunda, generador del bienestar y respetuoso para con las iniciativas personales, en que gobierno, defensa nacional, paz pública, justicia vigilante - el Estado se limita a sus obligaciones fundamentales y, abrazando menos para estrechar mejor, las cumplía a satisfacción. ( ) En los días sombríos de la decadencia, Estatismo desecador, asfixiante y quisquilloso que, haciendo del Imperio una cárcel para decenas de millones de hombres, no producirá más que la ruina y se derrumbará en la nada.*

Las reiteradas crisis con que se inauguró el siglo XXI, sugieren a algunos pensadores la idea de un fin semejante en el que no pelagra solamente la ruina de un imperio cuasi universal, sino del mundo entero.

No es con el sentimiento de aniquilar al Estado que la filosofía liberal se opone a su extensión. El liberalismo filosófico-social de Rodó, lo admite y reconoce necesario pero conciliado no con la tiranía de unos pocos hombres sobre multitudes de otros hombres, sino con el ideal helénico de plenitud humana. Concibe el aparato al servicio del *Hombre* y no el hombre sometido a él. *Subordina el concepto del Estado al de la eficacia social de sus funciones*, quiere reducir su campo, prevenido de que el poder tiende siempre a desbridarse y a oprimir. Reclama los procedimientos liberales, en fin, no la anulación del Estado, que sería el retorno a la ley de la selva. Estipula acotarlo en concordancia con la enseñanza histórica.

He aquí la razón por que he creído oportuno y conveniente traer al debate esta problemática que afecta desde el primero al último de los habitantes del planeta. No paso por alto que hay otros grandes problemas que afectan también, hora por hora, al género humano. Pero no hay uno que no se relacione con el Estado. Por tanto la cuestión no radica en su no existencia, sino en el cauce en que actúe, en su *eficiencia social* en línea con la exigencia dinámica del tiempo. Exigencia más imperiosa que el pan. El pan, que es el problema número uno e incluye, en su definición moderna, el de la cultura, por donde ronda el de la igualdad. Estado y cultura - ligados entre sí - forman una encrucijada de las tantas que se enfrentó Rodó.

Al examinar esta zona crucial del pensamiento de Rodó, limitándonos a afirmar que era antintervencionista, intervencionista a medias, o plenamente intervencionista, sería una forma de eludir su cerno El agua se nos iría entre los dedos. Advirtamos que su espíritu se caracteriza por su flexibilidad intelectual y que no es reductible al epíteto de individualista. Su individualismo es una de las tantas cuestiones enturbiadas por los ideologismos. La imagen cabal de Rodó desborda el marco. Cada día más se piensa por frases hechas, por acuñaciones verbales pseudo ideológicas, por las que el pensamiento se desliza sin calar la esencia de los problemas. Y esto es parte del drama de la cultura. Mejor dicho, de la incultura. Se ha creado un peligroso vacío - sin puente alguno entre los logros de la ciencia y la técnica. La cultura, inexorablemente, deberá ser social, cívica y humanista. Hablo de cultura no de técnicas. La ignorancia es tanta, tanta la conmixción de símbolos en la Babel contemporánea; tantos sus efectos, tanta la vida que aniquila, en extensión como en hondura; tanto el infortunio que engendra que, por denodado que sea el esfuerzo, magro será siempre el aporte del investigador aislado que se proponga *clarificar ideas*. Mas por desalentadora que sea la tarea es imperativo no renunciar a ella.

El mal mayor radica en el campo de las nociones políticas, aunque podría restringirse el diagnóstico al la esfera cultural, si no fuera simplificar. ¿Faltan acaso ideas? Nada de eso. El hombre actual, el hombre medio, no el hombre de la calle, - ése que cree estar *al cabo de la calle*, según la incisiva expresión de Julián Marías, - tiene ideas de sobra. Señalarlo no es oponerse a la formación de nuevas ideas sino demarcar la importancia de proceder, dentro de ese ámbito, a ordenarlas. Es la hora de pasar revista severa, como en la biblioteca de Don Quijote, para ver qué arrojar a la hoguera y qué preservar. La obra comporta humildad y corre paralela con la abnegación. Sobrepasa ciertamente la capacidad individual.

El tema del Estatismo, en fin, no hay que tratarlo en términos escolásticos, oscuros o esotéricos, ni con academicismo retórico. Hay que encararlo con sinceridad y llaneza, desprendida de la fraseología estereotipada. Porque existen ¡cómo no! los ideológicos, que operan por omisión. Callan. También por falta de observación y pensamiento ahincados en la materia, frente al riesgo de ser llamados reaccionarios por las corrientes en boga. Hasta aquí hemos querido, reflexionando con Julián Marías, evitar esa especie:

*La información y la erudición son ( ) las grandes simuladoras porque fingen vida intelectual donde sólo hay manejo de inertes objetos intelectuales... Barajar teoremas y teorías es un cómodo expediente para quedarse a cien leguas de ellos. Lo grave es que, a la larga, se pierde el hábito de pensamiento; no se es capaz de pensar ni repensar, sino, a lo sumo, de transpensar - hay países enteros que no hacen otra cosa. Llega un momento en que ni siquiera se distingue: 'a distinguir me paro las voces de los ecos', decía Antonio Machado, formulando, sin saberlo, una admirable divisa intelectual. No se sospecha hasta qué extremo está embotada la capacidad de apreciar lo que es auténtico y lo que es mero hacer que se hace, cómo se resbala sobre eso mismo que se lee y cita, en qué medida falta la reacción adecuada ante la creación intelectual...*

Dice aún, refiriéndose a pretendidas obras de pensamiento, que se realizan *de modo inerte*, por acumulación de trabajo o de palabras, sin exponerse al fracaso, posibilidad inseparable del pensamiento que se lanza deportivamente entre los cuernos de los problemas. (123) Suele ser la modalidad de *la literatura comprometida*... comprometida, las más de las veces, con ideas en boga, manidas, falsa moneda que rueda y rueda aunque esté fuera de curso. El compromiso, en verdad no es con el pensamiento, ni con el riesgo de equivocarse. Basta instalarse en *La Verdad de la hora*, tomada como *La Verdad eterna*, pareciendo así que no nos equivocamos, atrellanados con tranquilidad de conciencia, muellemente *comprometidos*... Para lograr este beatífico estado basta con reducir la complejidad multicolor del mundo al blanco y negro.

Esta simulación de intelectualidad no es, en el fondo, sino una suerte de envés del aventurerismo del pensamiento que, falto de vuelo, de garra, del impulso entrañable, que le es propio, cuando genuino, es una de las tantas formas de vivir muriendo. La de Rodó fue la de escribir *viviendo*. Queremos que sea la nuestra.

Tienen que ver estas meditaciones con nuestro miraje sobre la importancia de lo que llamo *la cuestión estatal*. Hay mérito para la expresión. Si este ángulo de acceso a la filosofía política de Rodó es rico en virtualidades para desentrañar la esencia de su pensamiento afincado en la libertad, hay otro en que la cosecha puede ser igualmente ubérrima. Es el del individualismo intrincado al fin en la cuestión estatal. Modernamente es su contracara. Porque, ¿sobre quién se ejerce la acción de la administración del Estado, del Poder en sus mil formas, si no es sobre los individuos, o contra los individuos? Pide examen esta otra cara del asunto. No lo haremos a través de sus páginas escritas más o menos conocidas y difundidas. Procuraremos ver, a trueque, sus actitudes más espontáneas en medio de la lucha, del trajinar político, las que más nos acerquen al *hombre Rodó*. Y no porque su posición no resulte iluminada por aquellos textos, sino porque hay en este modo, la frescura de la senda umbría.

### 8. El liberalismo económico.

Antes de continuar con ese aspecto, que nos conducirá a la actuación político-militante de Rodó en el Partido Colorado, dejemos entrar una ráfaga de aire de las cuchillas, considerando otra faz del proceso social, viéndolo desde el ángulo de una mentalidad de un europeo, algo sorprendente por ser de estirpe sajona.

En 1885, William H. Hudson, el escritor anglo-argentino, de padres norteamericanos, afincado en el Plata desde 1832, presenta un personaje, ciudadano de *un imperio civilizador*, arribado con *aquella antigua superstición* que le imposibilitaba creer en una relación feliz con gentes de condición tan diferente a la de sus *ultracivilizados* compatriotas. Sus correrías por la campaña le van limando la *antigua superstición*, hasta confesar su desengaño del mundo de que proviene. El trato *delicioso y agreste* - declara en *La tierra purpúrea* - no lo habría encontrado en esta región de haber sido conquistada y colonizada por Inglaterra, volcada a enderezar todo lo que hallara avieso, claro, según sus ideas. *No habría podido subsistir aquel sabor característico con la prosperidad material que produce la energía anglo-sajona*, y así espera con toda *su alma que jamás conozca este país dicha prosperidad*. (124) Por demás decir que no comulga con las ideas de Alberdi... ni con las de Rivadavia. Prefiere la autenticidad de la vida americana sencilla y pródiga sin la impostación de extrañas costumbres.

Naturalmente no le place imaginarse asesinado, pero prefiere tener que cuidar por sí mismo de su seguridad antes que ver al avestruz y al venado ahuyentados más allá del horizonte, al flamenco y al cisne de cuello negro flotando sin vida sobre las aguas de las azulinas lagunas y al pastor enviado a puntear su romántica guitarra en los infiernos como paso imprescindible para la seguridad de las personas. Y añade que no sólo de pan vivirá el hombre, que la ocupación británica de un país no brinda cuanto el corazón anhela. Las mercedes se vuelven calamidades concedidas por el poder que espanta de las almas el tímido espíritu de la poesía... Rodó sin duda suscribiría - si no las palabras - el sentimiento romántico del escritor sajón al parecer fatigado del positivismo de vieja data campante en su lar desde el que partían las naves hacia nuestras playas.

No tardaría nuestro escritor, como Hudson, en rebelarse contra esas ideas portadoras verdades definitivas.

Lo hará en *Ariel*, tres lustros después, en otro plano, buscando preservar la esencia, la irremplazable originalidad del cuño hispano y superar el pragmatismo sin fronteras que venía desde el encandilado Sarmiento alcanzando a los gobernantes de nuestra América. Lo ratificará casi tras otros tres lustros después, en una breve página - *El Nuevo Ariel*. (Ob. 1197) Hondo sentido el de la frase bíblica

a que apela el británico: *no sólo de pan vive el hombre*, en la que sintetiza dos modos, dos sensibilidades ante la vida.

La novela autobiográfica de Hudson revela su sentir de vena romántica: *¡este país ha prendado mi corazón!*, exclama. El tiempo en que transita lomas y cuchillas, en medio de rebeliones y guerrillas, es aquel en que el país vive en continua agitación. Siente hallarse en la perfecta república; que la libertad es indeciblemente dulce y original... El viajero venido del Viejo Mundo encuentra que en esta tierra todos los hombres son enteramente libres e iguales... ¿Es una confesión de que en su mundo civilizado, donde tantas luchas se dieran por la libertad y la igualdad entre los hombres no existían?

Asfíxiantes habrían de ser, seguramente, las reglas imperantes en su ambiente, mezcladas la problemáticas religiosas a la estratificación social determinante de desigualdades, provocando en su ánimo de liberal europeo la sensación de sofoco. Sin duda llevaba aprendido el precio que paga el hombre por su civilización, sometido a cada instante a la férula de reglamentos, donde cada uno de sus pasos está vigilado y su acción comprimida en una red comunitaria infinita. No se respira allí el buen aire de las pampas ni el de la sana inspiración que deja espacio a la franca expresión del pensar. Pensar - aunque no se repare en ello, - que entonces como hoy nos pertenece cada día menos. No plantea Hudson una quimera anarquista, sino el nudo filosófico del liberalismo, de la estructura libertaria del espíritu humano que el Estado de fines del siglo XIX ahogaba ya.

No es casual que Rodó comparta esos sentimientos. En *Anarquistas y Césares*, al que volveré más adelante dice: (Ob.1230)

*...la anarquía es plenitud de libertad, y por lo tanto, como ideal, cosa tan apetecible y bella que no se concibe alma generosa que en la región de los sueños no la ame...*

La sociedad comprime la personalidad, nos roba una parte de ella, dirá en *Motivos de Proteo*. También el Estado moderno, presente, se quiera o no, prácticamente en todas las manifestaciones sociales - es lo que siente Hudson - oprime al individuo de mil modos, hasta el punto de llegar hasta destruir su auténtica identidad. Este tema del Estado en Rodó, que *estuvo en todas las encrucijadas*, - según la recordada apreciación de Domingo Luis Bordoli, - se halla implícito en esa reflexión y explícito en sus escritos y en su acción política. La problemática de la libertad individual fue una constante de sus preocupaciones. Suya es la expresión que sigue. Pertenece a *La Legislación Obrera en el Uruguay* (1908) y se refiere a los efectos del trabajo en exceso sobre la personalidad individual: (Ob. 855)

*Una medida de trabajo que no deje lugar en la sucesión de los días más que a las interrupciones del sueño, equivale a la anulación de la personalidad humana, convertida en mero instrumento productor, como el animal uncido al yugo, o como la rueda de la máquina. Hay en ello una verdadera sustracción del espíritu, más despiadada que la esclavitud antigua que solía consentir a sus víctimas el beneficio de una cultura superior.*

Continuaremos con este tema desde otros ángulos. Pero es desde éste que surge la asfixia que revela el pasaje de Hudson. Se comprende mejor si atendemos a la visión de Jaime Vicens Vives sobre la curva del poder estatal en el siglo XIX que, si bien viene de antes, con altibajos, se acentúa a fines del siglo XVIII, expresándose en *el Estado Absoluto*. Declina durante la primera mitad del XIX revalorizándose en la segunda. En suma tal el proceso.

*La destrucción de la monarquía absolutista y el triunfo de las ideas liberales en la política y economía, debilitaron en el transcurso del siglo XIX la potencialidad del Estado*, ligada al modelo centralizador del Antiguo Régimen. La omnipotencia del Estado, tras la *Revolución Francesa* se trocaría en el Estado indefenso de 1848. Como en 1820 y 1830, los gobiernos de Francia se hallarían a *merced de una minoría callejera*, inermes el Estado frente a los disturbios urbanos. La barricada por doquier sería el signo de la voluntad

popular. Fue precisa la coalición de los estados legitimistas para restablecer el orden de Europa. Del mismo modo que nos lo ha mostrado Benito Hortelano lo ha sentido Hudson.

Conocida es la doctrina liberal sobre que el papel del Estado no debía sobrepasar el compromiso de manejar la política externa, reduciéndose en lo interior a una labor policial destinada a conservar, no más, el orden público. El extremo de tal tesis desembocaba en la ideología anarquista, en la extinción del Estado, al que se veía como obsoleto, cosa de un pasado perimido. Nació, a cambio, el sueño de una *utópica sociedad racionalista*, donde no se conocería la coacción ni el individuo sería coartado por el poder. Esta filosofía descansaba en la creencia en boga del *bon sauvage*, reflejada desde el primer romanticismo evocador del nombre de Rousseau. Los males sociales no obedecían más que a un desarrollo defectuoso de la sociedad.

Intelectuales de todo cuño, economistas y políticos, en una comprensible reacción contra las prácticas del Medioevo y luego de la intervención sin límites del Estado, incitaban a despojarle de su capacidad de inmiscuirse en los asuntos públicos, así como en la vida de las comunidades. Paradójicamente, las mismas fuerzas que empujaban en este sentido - *capitalismo y advenimiento de las masas* - pegarían la vuelta reclamando la revalorización estatal. La tendencia - señala Vicens Vives - se advierte a partir de 1870.

El principal papel en la organización económica cabe a los progresos técnicos del capitalismo, pujante desde los siglos XII y XIII en las ciudades renacentistas, con Venecia, Génova y Florencia al frente. Diez siglos de centralización monárquica no lograron lo que las mejoras de la comunicación - las marítimas entorpecidas en el Mediterráneo por los musulmanes durante siglos - y de los medios de transporte. La misma corriente de impulso a la organización burocrática que venía desde los burgos renacentistas, las nuevas concepciones políticas y diplomáticas, el florecimiento formidable de la Prensa, - a la que llegaba a subvencionarse - la propaganda militante, todo, empujaba a la recuperación del poder gubernamental. Los avances industriales no jugarían sólo comercialmente: la fabricación de armas modernas haría *vanas todas las intenciones subversivas*. Los nuevos medios de conquista del poder radicaban ahora en las elecciones de los Parlamentos; en los pronunciamientos militares - América a la cabeza. Europa daría el ejemplo de la huelga general con carácter revolucionario.

En este aspecto mucho deberá la revalorización del Estado a los cambios económicos con sus derivaciones sociales. Es el tiempo en que la lucha por la hegemonía económica, reducida antes a espacios menores, alcanza nivel mundial. El famoso *mérezado* es el *leitmotiv*, la locomotora de arrastre para el reforzamiento del poder estatal de cuyo apoyo dependerá la política marítima, la formación de ejércitos y la capacidad de coacción política. El Estado extenderá, sus tentáculos a la conquista colonial. Esta no tendrá por cierto el carácter que tuvo la política española en América. La conquista moderna apunta a lograr verdaderas *factorías*. Lucha por mercados y zonas de influencia. Le sigue el imperialismo económico y financiero.

También las tendencias socialistas vieron en el Estado la llave para alcanzar sus metas doctrinarias. La asfixia individual que encuentra Hudson en el medio europeo, es la misma que teme Rodó en *Anarquistas y Césares*. A continuación del tramo citado, por esta subyacente razón, muestra su sentimiento ante su opuesto, el socialismo:

*El socialismo, en cambio, es el sacrificio de la personalidad a un orden y una dicha harto inseguros. Cuando hayamos de renunciar al sentido de lo real, sea para el ideal hermoso y no para la forma quimérica e ingrata de aceptar el yugo de la necesidad.*

Volviendo a la especificidad del Estado, tornemos también a su estudio de *La Legislación Obrera*. Afirma, en lo atinente a su intervención, *con las limitaciones que necesariamente imponga en la libertad de trabajar y contratar, en principio, legítima*, hay que considerar cuándo es oportuna. Lo dice así: (Ob. 655)

*Allí donde los medios de la iniciativa privada resulten débiles e inconducentes para la satisfacción de una conveniencia pública; allí y sólo allí empieza la jurisdicción del Estado en el sentido de atender a ella; a menos de hipertrofiar el Estado su poder, y sofocar el fecundo desenvolvimiento de la espontaneidad individual.*

He ahí expresado su concepto del Estado o, si se quiere, la defensa del fuero individual. No obstante su brevedad es rico en contenido. Afirmaciones tales granjearon a Rodó en su tiempo, y por mucho más allá, antipatías ideológicas que, sumadas a las que le profesaría el encono batllista, le condenarían a una suerte de ostracismo intelectual. Alejados de esas pasiones, observemos que su propuesta dista *esencialmente* de ser antisocialista. Bien entendida es más bien *socialista*. Esto, - tras los raudales que han corrido por los acelerados cauces históricos de un siglo, - resulta diáfano. Razones sin retóricas ni alambicamientos doctrinarios.

¿A qué apunta el socialismo? Según Vaz Ferreira a lo mismo que el individualismo: al bienestar del individuo humano. ¿Mediante qué medios se llega a él? Aquí se parte el camino.

Una primaria reacción contra el Estado absoluto lleva a la idea del anarquismo. Una contra-reacción de raíz cristiana concibe al Estado como distribuidor de la justicia social. En el devenir del siglo XIX hemos visto oscilar el poder del Estado desde la inoperancia hasta la vuelta a la omnipotencia. Algo ciertamente peor que las antiguas monarquías, pudo observarse, iniciado el siglo XX, en el Estado dueño de *todos los medios* de producción, de comunicación y demás: el moderno *Estado totalitario*. En la jerga histórica decimonónica, - otra vez - el *Estado Absoluto*, el poder contra el que reaccionara la Revolución Francesa, propiamente el ala que pasaría a llamarse, entonces, *izquierda*.

Paradójicamente la nueva *izquierda* - por definición histórica levantada contra el absolutismo, - en una curiosa voltereta, reclamaría *todo el poder* para el Estado. Depurando el concepto: no otra cosa que cambiar a un rey por un partido único, o no, pero sí todopoderoso, ejercido por una minoría (el rey, su corte o como se quiera decir) sin suficientes o con ilusorios contrapesos. Las experiencias corridas desde la revolución de 1789, particularmente las llevadas a cabo por el socialismo, han demostrado que la vía del Estado no es conducente a los fines proclamados ni para la sociedad en su conjunto, ni para el individuo. Todo gobierno es ejercido - no olvidarlo - por seres humanos, no por ángeles. Sabida es la falibilidad humana; como sabido de sobra que es la que hace inviable cualquier sistema que se aparte de la regla democrática, como bien lo comprendió y asentó Rodó en *Ariel*.

¿Que la democracia no resulta, tampoco, un sistema perfecto? Claro, ¡quién lo disputaría! Tampoco nadie negaría que es perfectible... ¡Hm! Perfectible: sin llegar jamás a la perfección que no es de este planeta. Cabe perfeccionarla mediante dos poderosas herramientas: la de la educación - con fuerte acento en el aspecto político - que las oligarquías consagradas birlan a la población, dejando sobrenadar, entre los mitos históricos, la gran confusión que posibilita su permanencia en el poder.

No estuvo omiso Rodó en comprender la insuficiencia de la enseñanza primaria para resolver la problemática de la educación cívica. Para graduar la alta importancia que le adjudicó basta leer su artículo *De la Enseñanza Constitucional y Cívica en los Estudios Secundarios*, publicado en 1902, como fundamento de un proyecto de ley que se proponía presentar a la Cámara. El párrafo que sigue es representativo de su criterio: (Ob.1179)

*La educación y la instrucción que da la escuela son - nadie puede dudarlo - las esenciales influencias civilizadoras, y en ese concepto la trascendencia que puede señalarse a la obra de la reforma escolar no reconoce límites; pero en lo relativo a la educación política del ciudadano, no entra dentro de las posibilidades de la escuela, ni de ninguna otra institución que tenga por especial objeto la cultura intelectual, dar la aptitud, el hábito, el temple de la voluntad, cuya ausencia es perfectamente conciliable con un nivel elevado de cultura, como lo es una satisfactoria aptitud cívica con una suma muy deficiente de instrucción.*

Por la educación se puede – y se debe, bregar indefinidamente. Pero hay otro instrumento poderoso que es el que, a tropezones, se ha venido empleando de Montesquieu en adelante, la división de poderes y la institucionalización de partidos, a manera de contrapesos. Todo para frenar la concentración del poder. Ambos instrumentos han estado lejos en el contexto histórico de haber cumplido cabalmente la misión de contener los excesos a que la condición humana es propensa. La realidad de América, la ausencia de democracia real, aún en aquellos países de cultura más avanzada, está lejos de lo que podemos llamar su *esencia*. Rodó lo comprendía como hombre político, dolorosamente, y bregó por instaurar los mecanismos – voto secreto, participación proporcional, intervención de las minorías – conducentes a su mejor ejercicio, aunque insuficientes para consagrar la justicia social. Antes, desde la cátedra espiritual de *Ariel*, había señalado el camino de la cultura. En su proyecto proponía específicamente elevar al ciudadano al papel activo que le corresponde en un sistema democrático.

El espíritu de Rodó se había venido amasando en la idea de la libertad. El Estado omnipotente tiende a cercenarla. ¿Podía estar de acuerdo con su poder cuasi ilimitado del siglo XVIII, o con el que resurge luego de 1870? ¿Podía propiciar un Estado que ante sus ojos desarrollaría un materialismo arrollador de la espiritualidad conquistada por una cultura milenaria? ¿Podía ver, en otro plano, al socialismo desprendido de las consecuencias de la doctrina que llevaba a la extensión absoluta del Estado? ¿Podía aceptar la teoría del *hombre bueno* que subyace como trasfondo de esta ideología?

Aún Hudson. Protesta por que se diga que la república de la libertad lo sea apenas nominalmente. No se le argumente que su constitución es sólo un trozo de papel sin valor y su gobierno una oligarquía templada en asesinatos y revoluciones. Mucho de ello reconoce en esa lucha de políticos ambiciosos sin freno, cada uno empujando al adversario para que rueda... No obstante asegura que tal lucha no hace sufrir al pueblo. *¿Qué cambio*, - exclama - *para quien llega de países donde hay clases altas y bajas, con sus innumerables y detestables subdivisiones!* Valga su paleta para pintar la sociedad europea: su visión, como la de tantos viajeros, es optimista respecto al Nuevo Mundo. Tanto como la de Andrés Bello que había asegurado que no había castas en América, que todo estaba preparado para la implantación de la democracia. ¿No estaría Bello también de paso por aquí?

Si bien hemos considerado al liberalismo filosófico y político de Rodó, su posición sobre el liberalismo económico apenas si ha quedado entrevista en su pronunciamiento atinente al grado de intervención del Estado, que no descarta pero centra en el objetivo de la eficiencia desde el punto de vista social. ¿Permitiría ello clasificarlo como un liberal en el campo económico?

Pensamos que no, aunque podría argüírse que lo sería en cuanto a adherir al programa de *Mayo*. Este aspecto es el que pasó decididamente por alto, lo que no habilita a tal clasificación. Nos inclinamos a pensar así porque ante los efectos mundiales del librecambismo – éxito primordialmente económico de algunas gigantísimas y extendidas corporaciones, - la otra cara de la moneda muestra, como pronto veremos, bochornosas inequidades que extrañan de la fiesta globalizadora a inmensas muchedumbres en el mundo entero. Frente a esta cara no creemos arriesgado pensar que Rodó compartiría nuestro sentir.

En el tiempo en que Rodó escribe la cuestión económica no revestía por estos lares el carácter que algunas décadas después asumiría, exacerbándose luego. Prueba de ello es la actitud inicial de un Carlos Quijano, que tras comenzar a comprenderla años después de muerto Rodó, iría radicalizando a medida de profundizar su comprensión de la economía. ¿Podía Rodó medir, con los recursos de información de que disponía, - la trascendencia del factor económico en el destino de los pueblos? Su visión arrancó del romanticismo y aunque llegó al realismo en muchos aspectos, él, como la intelectualidad de la época, quedó al margen de las profundas consecuencias de ese factor en el destino de estos pueblos en su infancia cultural. No puede sorprendernos cuando al presente ésta es la situación general, ya no del hombre de la calle, sino de buena parte de la intelectualidad. No lo afirmo a la ligera sino con plena conciencia de lo que digo. No exonero a Rodó, ni lo condeno. Me limito a comprobar hechos. La preocupación actual en la materia no lo era la de su generación, como no lo es para la

gente en general ni, mayormente, para la clase intelectual de hoy, dada su falta de formación histórico-político-económica. Ataño, apenas, a algunas figuras políticas y a unos pocos estudiosos, no más.

Si cabe señalar una excepción contemporánea hay que pensar en José Batlle y Ordoñez que colmó no sólo la gravedad del poder sin cotos taxativos sino, asimismo, los efectos del imperialismo económico.

En los tramos precedentes hemos visto, mezcladas, diferentes expresiones de *liberalismo*, término tan traído y llevado, vuelto tan confuso fuera del campo puramente académico de la filosofía, de la política, de la economía, como de la moral y la religión, que bien valdrá la pena, a esta altura, intentar una clarificación.

Desde el ángulo filosófico social el liberalismo ha estado sujeto a una curiosa evolución. Todo el siglo XIX, tras la Revolución Francesa, se ve permeado por esta corriente universal. Convertido en sistema ideológico puede decirse un producto del siglo. La confusión nace, por un lado, de la ausencia de distinción de sus varias vertientes y, por el otro, de emulsionar los distintos conceptos que de tales vertientes emanan.

Filosóficamente el liberalismo entraña la actitud temperamental o la convicción razonada, de que la mejor solución a los problemas que enfrenta la humanidad ha de hallarse por el camino de la libertad. Si bien la concepción se vincula a la idea de los *derechos naturales del hombre*, no es, precisamente una noción natural que nazca con la vida. Desde los estadios más primitivos del desenvolvimiento de la humanidad vemos la práctica contraria a la libertad. Por la coacción, la imposición, el cercenamiento de la acción y hasta del pensamiento, el hombre se ha visto constreñido por sus semejantes, y hasta reducido a la más cruda esclavitud. De modo, pues, que la libertad - en este campo - es una idea penosamente adquirida, como el conocimiento, el oficio, la profesión; independientemente de hallarse impresa en el instinto de todos los seres... La organización del *corpus* de las ideas sobre la libertad genera el *liberalismo*. Llevada la idea por su primer impulso desemboca en el individualismo, en la afirmación de la libertad irrestricta del individuo: el *primero de los derechos naturales*, se dirá, junto al de la vida.

La consigna transita y se remonta con las revoluciones norteamericana y francesa en alas del entusiasmo que crea el triunfo contra el poder impuesto y no consentido. Es la reacción que, como afirmara alguna vez Rodó, no se detiene, cual la ola, en un punto de equilibrio, sino que se derrama, barriendo lo que halla a su paso. Nacida esta filosofía como tal en el siglo XVIII, triunfa en el XIX, si bien cabe recordar su existencia inorgánica en todas las épocas. Sin ir más lejos, recordemos en España la revolución de los Comuneros del siglo XVI, anticipo de la de Cádiz, en el XIX. Plasma su triunfo en el terreno político, en el derecho de los gobernados contra *el poder absoluto*. No faltaron teóricos en España sobre este particular. Al poder absoluto del monarca, evolucionando paso a paso, se impondrá la institucionalización de la idea. Caerá el sistema feudal, caerán leyes y reglamentos incontables que ahogan la acción del individuo y de la sociedad, no sólo concernientes a la libertad de expresión del pensamiento, sino en los más diversos planos. Institucionalmente se consagra en el siglo XIX, enmarcándose el poder mediante el molde constitucional que lo desconcentra y limita. Habrá parlamentos para acotar el poder ejecutivo; se separa el poder judicial para independizarlo del legislativo, tanto como del ejecutivo. Independencia de poderes, contrapesos para asegurar la libertad.

El Congreso de Viena de 1815, tras la derrota de Napoleón en la batalla de Waterloo, trata de poner un freno al liberalismo político, en un vano intento para revertir la marcha de la Historia. Algunas revoluciones en este sentido se habían producido en el siglo XVII; el XVIII y el XIX verán el ascenso de una marea de revoluciones hasta 1868. De esa oleada, las triunfantes corresponden a los años de 1820 (en España, la de Riego, contra Fernando VII,) 1835, 1843, 1854 y 1868, (ésta última también en España, contra la monarquía.) Uno de los planos en que la reacción se producirá con mayor rigor y amplitud es el económico.

El sistema feudal que inmovilizaba la tierra y el libre desplazamiento de los productos esenciales para la vida, estalla como el odre viejo al recibir el vino nuevo. El fermento no es sólo el que brota del

empuje de las ideas. Junto a éstas, acompasando su paso, en inextricable relación dialéctica, ha surgido una fuerza nueva que viene, de una mano con la necesidad, y de la otra con la Ciencia. La revolución industrial – a la manera de un *tsunami* – es la fuerza que arrasa las vallas. Entre sus gérmenes se cuenta el pensamiento fisiocrático. La creencia ingenua del mercantilismo que pone el acento en la posesión de los metales, cede el paso a la comprensión de que la verdadera riqueza es la que emana de la tierra; todavía hay políticos de nota que creen en tal premisa. Toma vuelo la agricultura, nuevas áreas se abren al cultivo.

El inicio está en el Renacimiento – siglos XI y XII – en todos los órdenes del quehacer humano. Reforzado con el empuje industrial y el desarrollo del comercio y las finanzas, eclosiona, tras un agitado andar de varios siglos hasta trastocar la idea de la autarquía en la de libertad del comercio. Ha nacido el liberalismo económico.

La idea de la libertad como sacro remedio de todos los males, se ha batido también en la religión contra el dogma y la limitación a las creencias que el individuo quiera adoptar por su cuenta sin preceptores. El Estado ha emprendido la senda de su separación de la Iglesia. El siglo XX se abre con el triunfo pleno del liberalismo.

De éste hemos dejado en suspenso hasta aquí el aspecto de mayor relevancia, el económico. Sus efectos, como una marea desbordada, barren la playa. El hecho merece cuidadosa reflexión. ¿No es el factor económico el resorte de las energías que mueven el mundo? En principio lo es para el marxismo. No ha de asombrar, así, que un Emilio Frugoni, fundador del Partido Socialista en el Uruguay fuera partidario del libre comercio. ¿No exaltaba el mismo Proudhon la idea de la libertad en el comercio? Todo el poderoso empuje doctrinario de los filósofos ingleses del siglo XVIII, con Adam Smith como abanderado, o sin él, da fe del hecho. ¿No se veía ahora esta libertad como el desiderátum? ¿No sería, acaso, la *mano invisible del mercado*, en esta línea, la llamada a dictaminar la distribución de los recursos, más y mejor que el designio de los *legisladores ignorantes*? Nace una nueva fe, no extraña a la escuela del empirismo inglés que también se abre paso en la conciencia moderna. Rodó no llegó a presenciar, – dado que dejó este mundo en 1917, durante la guerra de la civilizada Europa, – el hervor de la batalla entablada en el campo económico entre el *liberalismo* y el *proteccionismo*. No que no existiera la pugna desde antes. Esa misma guerra tenía mucho que ver con la cuestión. Sin ir más lejos venía desde el empuje de la revolución industrial, desencadenante de las guerras napoleónicas. Con nuevos empujes recrudecería en el siglo XX, encarnándose en Friedman y sus *Chicago boys*.

Al liberalismo económico – diremos en adelante *el librecambismo* – va anexa la idea positivista del progreso indefinido. Anticipemos la desconfianza de Rodó al respecto. Y recordemos, relacionado con una u otra posición, su resistencia a la intervención del Estado, que concebía sólo para los casos en que resultare *socialmente benéfica*. Tal la clave del asunto. No se trata, pues, de una libertad descarnada, sino de distinguir el instrumento eficaz del que no lo es, teniendo en la mira la *ganancia social*: brújula conductora. Indudablemente hay áreas en que la actividad privada no tiene tal eficacia o invade derechos esenciales que, en mi sentir, no debieran estar sujetos al lucro. Por citar sólo dos: *Educación y Salud*.

Nos hemos detenido en su momento en la revuelta de los *Comuneros* en España, bajo Carlos V. Vimos su *costo social* en la región con eje Burgos/Toledo. El problema había girado en la decisión del por entonces nuevo monarca de la Casa de Austria, de exportar la producción local de lana a otras regiones en las que mantenía fuertes intereses con la consecuencia del desarrollo y enriquecimiento de aquéllas en detrimento de las comarcas españolas donde la industria textil, cuna universal de la *Industria*, se hallaba en expansión. Estancamiento, depauperación, desocupación, conmoción social con serios efectos para los castellanos. Nos preguntábamos, en ese pasaje, por la posible relación con nuestro tema central, Rodó, en relación a *Mayo*, en cuyo prolongado ámbito sociopolítico él se formaba. Omitimos entonces hechos concernientes de la pretendida revolución independentista, ubérrima cantera todavía sin suficiente exploración. Estamos a tiempo de avanzar en ella.

En primer lugar: ¿qué juicio nos merecería el hecho de que la región afectada por una medida contraria a los intereses de una minoría entablara un propósito separatista respecto a la nación? Lo primero que se nos ocurriría sería sopesar los inconvenientes de la separación, – para la nación como para la propia región. En la España actual existen ejemplos de similares empeños centrífugos. Algunos de orden secular, que no se llevaron a cabo con estructuras más preparadas para constituirse en naciones, precisamente por sopesarse el impulso emocional contrapuesto a los trastornos y perjuicios que derivarían de un paso semejante. Una representación aún más gráfica surge de imaginar que alguno de nuestros departamentos, por disconformidad con una determinada política gubernamental, intentara su secesión. Un ejemplo de los desórdenes que ocasionan estas situaciones lo tenemos en lo que deparó el movimiento separatista en América, cuyo lastre pesa hasta nuestros días.

Pasemos a *Mayo* para examinar la pertinencia de nuestro enfoque. ¿Es nuestro juicio producto de una experiencia secular, del conocimiento resultante del transcurso histórico o era posible contar con tal conocimiento a principios del siglo XIX? ¿Podían calcularse entonces las consecuencias del proyecto? ¿Era dable que alguien levantara su voz para impugnar una acción propulsora del descarriamiento social? Es éste el intrínsculo de la cuestión histórica puesta sobre el tapete.

Retrocedamos hasta los prolegómenos de 1810, al momento en que personajes más o menos anónimos golpean a las puertas del Cabildo de Buenos Aires vociferando *¡el pueblo quiere saber!* De esto se trata: de saber. Y para ello, situémonos en el mes de junio de 1809, en ese mismo Buenos Aires. Por aquí arranca el saber...

Ha corrido la voz de que dos naves inglesas acaban de arribar al puerto. Muchos curiosos se acercan a la barrosa ribera para contemplarlas. Otros, a quien no interesan los barcos, pasan por alto la imagen de los dos grandes navíos aun con sus velas desplegadas; no son gentes desocupadas o que les sobre tiempo para ocuparse de tales cosas; todo lo contrario. Son comerciantes y abogados. Son aquellos que suelen reunirse al cobijo de los arcos de las recovas para tratar negocios. Ahora la prosa gira sobre un hecho que les agita: *los ingleses han cursado un pedido al Virrey para desembarcar mercaderías*. Eso sí es novedad para ellos... y oportunidad. Unos van, otros vienen. Alguien sugiere, en medio del conciliábulo callejero, ir al estudio del Dr. Mariano Moreno, el joven abogado que ha cursado estudios en la Universidad española de Charcas. Española, sí, en el Alto Perú: *centro de los altos estudios para la formación de abogados y civilistas... el Oxford del Perú...* Castelli – primo de Belgrano, casualmente, – es otro de los abogados presentes. Catorce de los signatarios del acta de independencia han surgido del Colegio Carolino con asiento en la universidad chuquisaqueña, destaca Ruiz Guinazú. (125)

El que da la noticia de los barcos ingleses, un comerciante, refiriéndose al Dr. Moreno dice: *Él sabe de estas cosas*. Otro arguye que sería del caso hablar con el Dr. Castelli. Un tercero propone comunicar la noticia al secretario del Consulado, cuya jurisdicción abarca a Montevideo. Añade que *nadie mejor que el Dr. Belgrano* para tratar una situación de esta índole. *Su prestigio es grande, no sólo por la posición que ocupa sino – arguye – por haberse recibido de abogado en España*.

¿Pero, de qué se trata? – pregunta otro, aterido de frío, desde horas en el puerto, que ignora qué se discute con tanto ardor.

Al fin el grupo se dispersa formándose corrillos de tres o cuatro comerciantes que debaten encendidos frente al Cabildo en medio de la Plaza Mayor. Un conocido hacendado dice que hablará directamente al virrey con quien tiene cierta confianza. En otra de las ruedas, algo más numerosa, dos fuertes negociantes acuerdan dirigirse al estudio del Dr. Moreno: son clientes suyos. En un apiñamiento ante las puertas del Cabildo, hay dos que se empeñan en hablar con el Dr. Belgrano: han asistido a sus conferencias para propiciar, por orden del Rey, la agricultura en la región, y le saben de ideas avanzadas. El atenderá su pedido. Pero, en fin, *¿de qué se trata?* Ya se dijo: de permitir la entrada de las mercancías de la Inglaterra. ¿No es ésta, al cabo, aliada de España desde que presta su ayuda en la Península contra el invasor Napoleón? ¿Qué mal habría? ¿No se dice que se han firmado unos tratados de comercio? Justamente de esto se habla.

A poco, el asunto que va tomando un cariz alarmante, se ventilará en el Consulado. El Dr. Mariano Moreno, ha sido elegido para elevar una representación al Virrey. Será la más tarde famosa *Representación de los Hacendados y Labriegos* de ambas márgenes del Plata: se argüirán las ventajas de la introducción *legal* de las mercaderías. La verdad que nadie consultó a labriego alguno en parte alguna. Hubiera llevado mucho tiempo... y además ¿para qué? Subrayo *legal* porque la introducción ilegal es cosa de todos los días; el contrabando ha campeado siempre en estas tierras y todos los que se interesan en que la importación se haga de este modo centran su afán en la idea en que podrán adquirir papeles que le permitan cohonestar las que tienen en sus depósitos sin más respaldo que el que presta la connivencia general al respecto. Bajo el virrey Liniers el contrabando ha estado en auge; con su querida había que ajustar los detalles para no tener problemas con la autoridad. Santiago de Liniers ha llegado a esa alta jerarquía no por obra de intrigas palaciegas sino por su desempeño militar durante años, culminado su carrera en la expulsión de los ingleses de Buenos Aires y la reconquista de Montevideo. Méritos que se le han reconocido. Pero desde que los franceses han ocupado la Península, la agitación europea se ha trasladado a América. El primero de enero de ese año de 1809 ha habido un intento de formar una junta en Buenos Aires; luego una seria conmoción en el Alto Perú. Tras una lluvia de acusaciones en la Corte, contra el virrey francés, arriba Baltasar Hidalgo de Cisneros para suplantarle.

Mucho conciliábulo ha habido esos días; corridas y secretesos incitando a Liniers para no entregar el mando.

Hay allí formada, ya una trenza. Cisneros enfrenta incertidumbres. Mas contra la expectativa de muchos, el francés no se juega: entrega el mando, cruzando con su plana mayor a Colonia, donde el recién llegado se ha detenido por fuerza de los rumores.

Al conjunto de factores azarosos se une el vacío de las arcas del Erario justamente por la crítica situación que atraviesa el mundo español. No vendría mal al nuevo gobernante la entrada de buenos dineros por aranceles. Porque... los rumores persisten... Ahí, por otra parte, ante sus ojos, está *la Representación...*

¿Y qué ocurre en el Consulado mientras el Virrey decide la cuestión? ¿Se dejará el proteccionismo de lado y se arribará al fin a un librecambismo de rienda suelta? ¿No acarreará ello...?

Es la voz de Martín Gregorio Yañiz la que se alza sobreponiéndose a la de los integrantes del Consulado de Buenos Aires reunidos para considerar la argumentación del Dr. Moreno. ¿Se quiere echar por la borda la nacionalidad española abriendo las puertas, en el instante aciago, nada menos que al inglés? ¿Y esto para beneficio de quién? De una minoría deseosa de negociar abiertamente con lo que nos traerán la ruina.

¿Pero la ruina de qué, señor mío? — impetra una voz al Síndico del Consulado.

¿Cómo la ruina de qué! De sobra sabéis que estos maquinistas ocasionarán la destrucción de las artesanías del Interior dejando a muchas familias sin trabajo, sin más perspectiva por delante que el hambre! ¿No son acaso conocidos sus métodos? Se llevarán muestras de nuestras producciones, nos traerán luego dúPLICAS de las mismas a precios inferiores, hasta aniquilar todo vestigio de industria en estas tierras y cuando ya no tengan competencia alguna, fijarán los precios que se les antojen.

“Es incontrastable y evidente que esta permisión arruinaría inmediatamente nuestro comercio... La consecuencia es muy clara, como también de que si ahora se tropieza el inglés a vuelta de cada esquina, luego llegará el caso de que nos echen de nuestras casas, como se dice está sucediendo en el Janeiro. Sería temeridad querer equilibrar la industria americana con la inglesa. Estos sagaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es una principal rama de la industria cordobesa y santiagueña... Sus lanas y algodones que a más de ser superiores a nuestros pañetes, zapallangas y lienzos de Cochabamba, los pueden dar más baratos, y por consiguiente arruinarán enteramente nuestras fábricas y reducirán a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen con sus hilados y tejidos, en forma que por dondequiera que se mire no se verá más que desolación y miseria.

¿Qué más? Si se permite el comercio libre no habrá arte alguno sin exclusión de lomillos, jergas y sobrecinchas, que no vengan por tierra. Todo esto y mucho más que no es calculable nos sobrevendrá con semejantes permisos...” Así, textualmente se expresa el lúcido funcionario.

— ¡Pero, mi señor don Martín, qué pesimista estáis hoy! — dice el que antes le cuestionara. — ¡Queréis mantenernos en el atraso! ¿No habéis oído por ventura lo que piensa don Manuel? El ha leído las obras de los economistas más destacados, como Genovese; conocedor de idiomas, como sabemos, ha traducido a Quesnay y leído a Adam Smith.

— ¡No hay peros ni pesimismo, señor optimista! ¿A mí qué con Quesnay y ese Smith? Estoy aquí para velar por la vida de nuestra gente. Y digo bien, por su vida, porque nos va la vida en esto. En cuanto al Dr. Manuel Belgrano no pongo en duda sus conocimientos, pero si él opina a favor de la permisión, me permitiré recordarle sus conferencias a las que asistía el propio señor Virrey! Tengo memoria, señores, así como claro el entendimiento y ojos en la cara. Apelo al escrito que nos leyó el señor licenciado, abogado de los Reales Consejos y Secretario de este Real Consulado en la Junta de Gobierno tiempo atrás. Si no recuerdo mal fue... ¡dejadme pensar!

— No os esforcéis, don Martín, fue el 14 de junio de 1798. Algo más de diez años cumplidos hace ya... En tiempos del Virrey señor don Antonio Olaguer Feliú...

— ¡Eso es! Decíais entonces que nuestro augusto soberano, que vela por el bien de sus vasallos, y cuyo paternal ánimo aspira a la prosperidad de todos, para que reine la abundancia entre todas las clases del Estado...

— ¡Disculpad, don Martín... Ya habéis probado vuestra buena memoria... ¡Id, pues, al grano!

— ¡Así lo haré! Agregabais, Dr. Belgrano, que el Gobierno había dispuesto premios para quienes aportaran alguna utilidad al comercio, la agricultura o las artes (léase industrias) así como que el día que leyeráis la memoria concurriera al Instituto quien lo deseara, sentándose cada cual donde mejor se le acomodare, sin distinciones, y pudiera manifestar mediante una memoria, lo que conceptuase útil a cualquiera de esos ramos.

— Es tal como lo decís, don Martín, — responderíale Belgrano — ¿más qué deriváis de ello en relación al tema que estamos tratando en esta junta? ¡Por Dios que se me escapa vuestra intención!

— Pues si no la tenéis clara, me manifestaré dejando de lado las cortesías. De éstas y otras palabras que os he oído tenía formada la opinión de que vuestras ideas giran sobre que la tierra es la madre de todas las riquezas. De la tierra salen todos los bienes, especialmente las materias primeras que alimentan nuestras artesanías que son, hoy, el embrión de nuestra futura industria. Una industria que, quiere el gobierno, sea poderosa en grado tal que pueda competir con las demás naciones. Sobre esto no ha de caberos la menor duda, dado que habéis vivido largo tiempo en España, habéis estado en la Corte, en los tiempos de nuestro bien amado Carlos III, y os habéis relacionado con sus ministros a quien tanto elogiabais en su momento...

— ¡Alto ahí, don Martín! — resolvió la misma voz que con él controvertía a cada paso. — ¿Cuándo fue eso y en qué términos se expresaba nuestro respetable licenciado?

— Pues don Manuel nos refería que más que aplicarse al estudio de su carrera, destinaba su tiempo a adquirir conocimientos sobre economía política y tuvo, entonces, la suerte de encontrar hombres amantes del bien público que le manifestaban sus útiles ideas... Se trataba del director de Hacienda e Indias, si no me equivoco, pero ciertamente habréis conocido a otros ilustrados ministros o, al menos sus ideas... Del mismo modo os habréis puesto al tanto de lo que significaban las Sociedades Económicas, en pro de dar un gran impulso a toda la nación. No niego que se respirase el aire del libre comercio en torno a nuestro amado monarca don Carlos, pero ello encaminado a levantar esta parte de nuestra nación, no para la infelicidad de sus habitantes...

Y bien, para dar fin a mi intervención: si vuestra misión ha sido la de impulsar, para decirlo en una palabra, nuestra economía, no se comprende que estéis junto a quienes la arruinarán. Sabéis de quienes hablo. Los ingleses, que ya tienen su club exclusivo en Buenos Aires, donde se reúnen para

fijar el precio a que comprarán nuestras materias primeras, y los precios a que nos venderán luego los productos fabricados con ellas. Nos roban, así el trabajo, señor mío, y sin éste, ¿qué será de nuestras poblaciones? La tierra es fuente de toda riqueza pero nada significa sin el trabajo de los brazos que la hacen fructificar, produciendo y transformando esas materias...

¿No fue nuestro ilustrísimo monarca don Carlos el propulsor de la pragmática de libre comercio entre la Península y todos los dominios americanos y de éstos entre sí, hace ya más de veinte años? ¿No fue él quien siete años antes inició la abolición de las nefastas ideas sobre que ciertas clases sociales no podían ejercer determinadas actividades? ¿No completó en 1784 esas leyes que devolvían la dignidad a todo trabajo ya fuera realizado por el más encumbrado personaje de la nobleza como por el último de los artesanos? Lo que yo defiendo aquí, respetables señores, es el derecho al trabajo de todos los españoles, sean los de allende como los de aquende el Océano. ¿No defiendo el privilegio de quienes poseen hoy tierras y riquezas, sino el derecho de todos los americanos que, con su trabajo, (y no hay otra manera) contribuyen a levantar a nuestra gran nación!

Así hablaba en 1809 Martín Gregorio Yañiz. ¿Existe alguna calle, en Buenos Aires o en algún lugar del Río de la Plata que lleve el nombre de este profeta? No, hasta dónde he podido averiguar. Nuestros anales no registran su nombre ni monumento alguno consagra la memoria de quien debiera ser considerado el visionario de nuestra verdadera independencia. Tampoco, dígame de paso, el de Juan Manuel de Rosas que, piénsese lo que se piense, tomado ya el camino del separatismo que nos tornaba endebles, bregó por esa causa frente a la ambición desatada de la Francia y trató de poner freno a la inglesa que de tiempo atrás venía adueñándose de América. Cabe traer aquí el testimonio de Mariquita Sánchez de Thompson, más tarde de Mendeville, citada por Pacho O'Donnell en *Historias Argentinas: Las provincias tenían un gran comercio. Córdoba surtía de bayetas, frazadas finas ordinarias, ponchos, de unas alfombras que decían 'cbuses' ( ) De Corrientes venían unos lienzos que les decían tucuyos, costaba dos reales la vara y era de lo que se vestía la gente pobre; porque el género blanco más ordinario costaba seis reales... En las provincias había industrias; en Buenos Aires ninguna. De Mendoza venían alfombras ( ) hechas allí con mucho ingenio. También hilaban lanas y las teñían de los colores más hermosos y hacían las alfombras de relieve, (estimadísimas). Venían de Mendoza mucha cantidad de frutas secadas riquísimas. Las pasas de uvas secas a la sombra eran muy estimadas, tenían todo el gusto y eran verdes a la vista. Traían ricos dulces muy apreciados entonces, sobre todo, por ser de frutas como guindas y ciruelas ( ) Traían aceitunas muy ricas, compuestas y secas como las francesas. Muchas almendras y nueces; arrupes, que eran unos dulces hechos con bigos en lugar de azúcar. Traían vinos de varias clases, preferidos por el pueblo al carlón, que era el vino que se traía para el consumo, desde España. Venían de San Juan tropas de mulas con barriles de vino fuerte, imitando al Madeira, muy claro, pero con mucho aguardiente. De Córdoba venían también muy ricos dulces y cosas de azúcar, hechas de un modo muy original: tazas, zapatos, muñecas, confites, cosas muy estimadas. Venían de Salta ricos pañuelos bordados de Cambrey. (126)*

Si O'Donnell no agregara a continuación: "*Que a nadie escape el Buenos Aires ninguna*" nos veríamos obligados a señalar nosotros el hecho. En Buenos Aires, en efecto, nada se producía: se *contrabandeaba*, se vivía de la renta del puerto a favor del comercio con el extranjero. He aquí planteado el problema de fondo en perjuicio de las provincias. Remata el autor su reflexión diciendo: *un conflicto que atraviesa la historia argentina, hasta hoy irresuelto*. Es la verdad; duro vicio histórico difícil de desarraigar.

Podría también recordarse a un personaje que apenas hemos nombrado: Juan José Paso, que integró la Primera Junta y luego el Primer Triunvirato. Abatido éste por un golpe de Estado a cargo de San Martín y compañía, fue también integrante del Segundo Triunvirato. Conviene rescatar algo que escribió su hermano Francisco. Juan José Paso se había iniciado en la política como partidario de su colega Mariano Moreno; se pasaría luego al bando de su enemigo Saavedra. Faltaría decir, para completar su trayectoria, que integró la delegación a Montevideo para entregar a Elío, mediante el Armisticio de Octubre de 1811, la Banda Oriental, en términos tales que provocaron el retiro de Artigas fuera de ella, seguido en éxodo por todo su pueblo.

Bien: su dicho hermano Francisco, se distinguiría, como Comandante del Resguardo Aduanero, por su empeño en obstaculizar el ingreso de los productos británicos al percatarse de la situación anticipada por Yañiz. En efecto, percibía que, de hecho, el comercio estaba monopolizado por Inglaterra. Su preocupación al respecto llegaría al punto de hacerle dirigir un escrito al Segundo Triunvirato en el que establecía:

*Tan importante es el comercio exclusivo ejercido por los ingleses en el país, que por sí sólo basta para aniquilar nuestra existencia política.*

Francisco Paso, tenía el control de la Aduana de Buenos Aires y era tenido por Heywood, comisionado inglés, como un jacobino, noticiando a su Gobierno de sus manejos y adelantos a ciertos oficiales de algunos regimientos - árbitros del poder desde el golpe de San Martín - de importantes sumas *para asegurar la elección de su hermano al Segundo Triunvirato*. El informante no es otro que aquél que al mismo tiempo informaba del *miserable estado al que esta gente se ha reducido a sí misma, con fantásticas nociones de Libertad e Independencia, de las cuales no tienen idea y sólo conocen sus nombres. (127)*

Al afán de los que en 1810 gritaban que *el pueblo quiere saber*, puede responderse hoy, que aún sigue sin saber de qué se trataba en la reunión *selecta* de aquel 25 de Mayo, aparte de los que a cielo abierto en la Plaza Mayor de Buenos Aires aguardaban. Y digo *selecta* porque el cónclave apiñado frente al Cabildo lo formaban únicamente personas escogidas, cuya admisión era aceptada o no, por otras, encabezadas por los activistas de entonces, - *los chisperos* - presentes y dinámicos cuantas veces se requirieran sus servicios por los gestores de aquel golpe de Estado oportunista, distinguido en nuestra mitología como *gloriosa revolución*. Hoy puede saberse lo que no se hallaba en condiciones de atisbar la mayoría de los pobladores entonces.

Stewart Vargas en su ensayo sobre *Oríbe y su significación frente a Rosas y Rivera (128)* concede importancia de *primer plano a la política del libre comercio* implantada por el patriciado de Buenos Aires a partir de 1810. Afirma que *no estaba a sus alcances comprender las consecuencias económicas de las repercusiones de la medida. ( ) El patriciado cayó en una celada al creer totalmente sencillo el arte de gobernar. Por esa orientación liberal logró imponer al otro día de la Revolución, como una medida de inequívoca justificación, el comercio libre, que ahora alcanzaba a tener significado esencialmente distinto; y tendría una repercusión insospechada...* El resultado no sería otro que el de poner *la provincia de Buenos Aires contra todas las provincias y todas éstas contra la de Buenos Aires*. En esta senda comprueba: *Continuo y sin pausas se nos presenta el empobrecimiento de las provincias. Sometidas las mediterráneas a la presión del comercio libre las industrias locales desaparecen paulatinamente ante el impacto de la competencia de las manufacturas inglesas. Con la desaparición se ciegan innumerables fuentes de trabajo, que ya amenazaban cegarse por causa de la misma de la Revolución, que exige a estas provincias un tributo de sangre mayor que el exigido a las demás, por su proximidad a la frontera norte...* ( ) *la guerra absorbe igualmente la población trabajadora. No obstante , lo que transforma en trágico el destino de todas las provincias es el monopolio que Buenos Aires ejerce sobre su puerto, por medio de cuya renta, que se apropia totalmente, deja a los gobiernos provinciales escangües y sin capacidad económica para enfrentarla.*

Estas reflexiones, ciertamente, se le pasaron por alto en lo principal a Rodó, como asimismo, a los hombres anteriores a su generación, a la suya propia, y a las que siguieron, punto más, punto menos. Dígame, en su descargo, y esto es lo que a pesar de todo salva su imagen, que se contó entre los primeros que de algún modo comenzarían a comprender el grave error histórico del separatismo de América y España. Lo afirmo, claro está, porque aun desde una perspectiva *confusa* propugnó, contra viento y marea, la consolidación del sentimiento americanista; *confusa* porque no percibió en toda su magnitud que la obra llevada a cabo entronizaba aristocracias y oligarquías, - *el círculo de hierro* - contra lo que se pronunció al punto de truncar su carrera política.

Otros, los más, no pasaron, en su modo de comprensión, de achacar la responsabilidad de las situaciones creadas en América, al imperialismo norteamericano. Este existe, obviamente, pero la caridad ha de empezar por casa. La primera responsabilidad no está fuera de nosotros, sino adentro, en nosotros mismos. Responsabilidad que se agrava cuando no buscamos ni entendemos la raíz de lo que nos sucede, nuestro pasado histórico que hay que mostrar sin tapujos.

¿Tuvieron Rodó, los cultivadores del mito independentista, y los que impulsaban entonces la unidad de América, clara la idea de que los movimientos secesionistas habían echado abajo una unidad administrativa, forjada durante trescientos laboriosos años, que reconocemos hoy como base ineludible de una real independencia frente a un mundo que se nos fue viniendo encima y que nos aplasta y margina cada día a más seres humanos so pretexto de la libertad económica? Libertad imposible cuando los términos de la ecuación no son iguales. Eso lo comprendía hace exactamente 200 años Gregorio Martín Yañiz.

Veamos el asunto bajo una luz moderna por si a alguien parecieran nuestras aseveraciones una tirada retórica. Recurramos al libro de Joseph Stiglitz, *El Malestar de la Globalización...* Digamos, primeramente, que este economista, premio Nobel, ha sido asesor del presidente Clinton y economista jefe y vicepresidente del *Banco Mundial*. Por tanto, idóneo e insospechable protagonista de los hechos que relata (corrijo: ¡denuncia!)

Sabido es que el dominio imperial, o si se prefiere, el colonialismo moderno, se ha afinado en relación a los imperialismos anteriores, donde el factor primordial era la fuerza bélica - empero aún presente - trocándose en un sistema o red de instituciones financieras que someten sin alharacas a las naciones dependientes, apoyados de adentro por quienes se prestan al juego. Por *globalización*, entiéndase *supresión de las barreras al libre comercio y la mayor integración de las economías nacionales*, en palabras de Stiglitz: (129)

*Escribo este libro porque en el Banco Mundial comprobé de primera mano el efecto devastador que la globalización puede tener sobre los países en desarrollo y especialmente sobre los pobres de esos países. Las políticas del FMI basadas en parte en el anticuado supuesto de que los mercados generaban por sí mismos resultados eficientes, bloqueaban las intervenciones deseables de los Gobiernos en los mercados, medidas que pueden guiar el crecimiento y mejorar la situación de todos ( ) Si los mercados son el centro de la economía, el Estado ha de cumplir un papel importante aunque limitado...*

Sus últimas palabras ponen a punto la materia. Reflexiona el autor que los fallos del mercado, así como los fallos del Estado son dignos de estudio. Y que uno y otro deben buscar la eficiencia social mediante su complementación y no mediante una oposición maniqueísta. En otras palabras, Joseph Stiglitz está de vuelta del librecambismo a secas. No dista su concepción de la de Rodó. Pero sigamos un poco más con sus conclusiones. El FMI, en resumen, ha generado muchos males con su

*...curiosa mezcla de ideología y mala economía, un dogma que en ocasiones parecía apenas velar intereses creados. ( ) En realidad el Fondo responde a la red financiera de los países desarrollados. Sus políticas han producido hambre y disturbios en los países subdesarrollados, inclusive cuando han generado alguna mejora, los resultados o beneficios se repartieron malamente a favor de los más pudientes, mientras los más pobres se hundían en la miseria. El Fondo ha empujado a esos países a abrir sus mercados a los bienes de los industrializados, protegiendo a la vez sus mercados; así, los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres... y cada vez más enfadados.*

¡Oh, manes del profeta Gregorio Martín Yañiz: qué poco han cambiado las cosas! Stiglitz, a la luz de la libertad económica, iniciada por el separatismo, concebido y generado por una minoría, señala sus duros efectos. La secesión de España destrozó una nación poderosa y digna - históricamente pon-

derada, - por encima de la calumnia. De las trizas o jirones surgieron republiquetas, que no repúblicas orgánicas; débiles núcleos nacionales que lejos de alcanzar un desarrollo honorable, se condenaron a la subordinación. De una supuesta revolución que nos llevaría a la independencia, surgió una casta de oligarquías locales que hasta hoy perduran, consagrando la prolongación de una suerte de feudalismo - que no federalismo - que confinó, a inmensas masas de población, a los más, a vivir no muy por encima del hambre y la miseria. Dicho sin hipocresías.

Esto que llamamos *feudalismo* resulta patente cuando Rosas, en 1836, siguiendo la línea exhibida por Belgrano desde el Consulado de Buenos Aires, cuatro décadas antes, se propone anular el puerto de Montevideo al establecer un arancel adicional del 25% sobre todas las mercaderías de ultramar que no entraran directamente por el de Buenos Aires. Es el caso que los barcos europeos llegaban a nuestra costa con sus mercaderías, las que luego, por diversas vías, eran introducidas a la Argentina, privando a Rosas de sus jugosas rentas portuarias. De este modo privaba al Montevideo sitiado, a la vez, de la exportación de sus productos, en competencia con los de las provincias y evitaba la salida de la moneda metálica con que se pagaban las así importadas, acrecentando la devaluación de su papel moneda. Podrá no negársele su derecho a hacerlo, pero el hecho revela el fondo de su política, en la que poco o nada contaba su aliado Oribe, quedando a la luz la finalidad política no diferente a la practicada por el unitarismo de siempre. Por la otra parte cada provincia disponía de una aduana propia - que poco o nada engrosaba sus arcas fiscales, provocando la vuelta a un medievalismo por entonces cuasi perimido en el Viejo Continente.

Busquemos respuesta a la interrogante de otro expresivo pasaje de Stiglitz en el que examina la distribución de la renta mundial. En la última década del siglo XX, la renta del tercer mundo aumentaba 2,5% anualmente. 100 millones de seres vivían en abyecta pobreza con menos de un dólar por día. 2718 millones no alcanzaban a dos dólares diarios. Esto sucedía en 1990. En 1998, este número alcanzaba a 2801 millones. Nueva interrogante: ¿Son éstas las delicias del librecambismo en un tiempo en que el conocimiento humano acumulado podría liberar a todos esos infelices? Stiglitz no está solo en sus vívidas conclusiones. Tampoco en sus comprobaciones del resultado de la ansiada *libertad* de aquellos hombres de *Maya*.

Emmanuel Todd, en *La Ilusión Económica* (130) arrima asimismo algunos datos dignos de atención. Recuerda la *Riqueza de las Naciones*, que Adam Smith publicaba en 1776. Nos dice que el pensador inglés presentaba al *libre cambio* como el camino de la prosperidad mientras *Inglaterra es el ejemplo del despegue bajo un fuerte proteccionismo*. Hablándonos de la mala digestión de las lecturas de la obra y de las de otros economistas ingleses, tras señalar el bagaje intelectual mínimo empleado por los dirigentes políticos de occidente para defender el libre cambio, trae el caso de Portugal trocando su vino por el textil británico. Junto al arcaico ejemplo ricardiano, apunta:

*... Esta pseudo cultura económica esta llena de malicia ya que Portugal se ha mantenido muy claramente en el subdesarrollo gracias a dos siglos de comercio con Gran Bretaña. El despegue económico británico se efectuó en los siglos XVII y XVIII, gracias a potentes medidas proteccionistas. ( ) Las leyes de navegación reservan a partir de 1651 el transporte de mercaderías a los navíos ingleses; las telas de algodón indianas son desterradas del Reino Unido por el empuje de los textiles de Lancashire; la exportación de equipo se prohíbe de 1774 a 1842.*

¿Se nos ocurriría pensar que estos hechos son un alarde del *liberalismo* del campeón de esta filosofía?

Estamos casualmente en el período en que nuestros revolucionarios - también Bolívar - ambicionaban el libre comercio con los colosales *maquinistas* ingleses. ¿Ignoraban que la libertad es posible sólo en un cierto plano de igualdad entre las naciones? A menos, claro, que la más poderosa se incline a una generosidad no habitual en este campo. ¿Ignoraban también que Canning se pertrechaba en la

insularidad británica, en la defensa a ultranza de los intereses mercantiles del Imperio? ¿No es ésta la misma política de Palmerston, célebre por su fijeza rigorista en la negociación? ¿No es este ministro el que declaraba, con rudo pragmatismo, que el Imperio Británico *no tenía amigos permanentes sino intereses permanentes*? ¿Qué había hecho Rivadavia durante sus varios años de estadía en Europa, incluso en Inglaterra, para no enterarse de la política exterior practicada por la potencia bajo cuyo protectorado aspiraba a cobijarnos Carlos de Alvear, el saqueador de Montevideo en 1814?

Sostiene Emmanuel Todd que la elite del poder no se contenta con violar a una población subconscientemente despreciada por razones culturales. A un nivel más profundo – añade – no percibe su existencia. Esto es lo que ocurriría a partir de aquel Mayo de 1810. La norma quedó grabada en la fórmula de Sarmiento: *civilización y barbarie*. Los civilizados de la ciudad, es decir, aquellos que adquirirían cultura en el seno de las universidades españolas, de allá y de acá, incorporados a la administración de la nación, ¿no serían los que armarían el bañoborrillo que desembocaría en el total desprecio por todos los que no fueran de su clase? ¿No despreciarían al gaucho, como lo hacía el eximio representante liberal, autor del *Facundo*? ¿No lo reconoce acaso Rodó en su *Montalvo* cuando recuerda que la revolución no se hizo por el indio, no cambió su suerte, sí la empeoró, entre otras cosas porque le hizo pagar como al paisanaje, una inicua cuota en sangre?

Aquel empuje de antaño estaba echando las bases de este neoliberalismo de hogaño, con la colaboración de grandes economistas de la nueva ola, aquellos de quienes Keynes dijo: *Si los economistas fueran profesionales humildes y competentes como los dentistas todo iría bien*. Estos son los que han hecho que la idea de la libertad, hermosa en el campo de la abstracción, se haya convertido, en el terreno de la realidad cotidiana, en una monstruosidad universal. Traigamos a consideración las reflexiones de uno que escapa a esa regla. René Passet, que en *La Ilusión Neoliberal* (131) nos recuerda esas palabras de Keynes.

También nos dice que Adam Smith, bien leído, denunciaba en su famoso libro la *explotación del débil por el poderoso*. Y es él mismo quién deja flotando esta pregunta: *¿Qué clase de liberalismo es éste en el cual un centenar de nuevos amos del mundo, grandes señores transnacionales, dominan el planeta?* Dura realidad a que ha devenido el mundo, acentuadamente a partir de las grandes figuras sajonas del presidente Ronald Reagan y de la *Dama de Hierro*, Margaret Thatcher que convirtieron el librecambismo de antaño en un fundamentalismo hogaño. Sobre éste reflexiona Passet: *Marx y Engels son mucho menos materialistas deterministas que los liberales que los tachan de ambas cosas*.

Y para concluir con esta visión a grandes trazos sobre lo que nos deparó finalmente el separatismo, reproduzcamos de *El fin de una ilusión*, de Griffith-Jones y Sunkel, (132) su cita del *Financial Times* que resume así: *Desechar políticas proteccionistas de sustitución de importaciones... ofrecer a las transnacionales una base salarial baja... acoger subsidiarias y dar carta blanca a sus administraciones, eliminando los controles burocráticos y superando la fijación que tienen de controlar las utilidades de los inversionistas extranjeros...* El paraíso de la libertad... y del cinismo. ¡A importarlo todo!

Arriban estos autores a que se trata de que los países subdesarrollados *se rindan en cuerpo y alma a los dictados financieros internacionales*... Así, se supone, podrán obtener el privilegio del capital extranjero. Dijo Marx: *el capital es trabajo acumulado* (ahorrado) (133) el fruto del trabajo no consumido, a costa de quién sabe qué sacrificios. Por tanto, en el régimen neoliberal vigente, vendiendo el alma – lo que comenzó ya en 1810 en América – nos devolverán en préstamos el capital formado por la acumulación de los frutos no gozados del trabajo de aquellos pueblos a quienes se ofrecía una revolución libertaria. Ejemplo de ello fueron los empréstitos británicos a los nacientes países de América.

Cerremos el capítulo del liberalismo a que nos llevó una *gloriosa* revolución, según las loas cantadas por los poetas-historiadores de la mitología vernácula. Lo expuesto parece desmentir la idea de *la gloria*, sugiriendo, más bien, la de una torpeza política, preñada de egoísmo, corta visión y largas inepcias históricas.

Troquemos el enfoque sobre el tiempo vital de Rodó y veamos su ámbito y su acción desde otros ángulos, lo que nos llevará a apreciar, de paso, que su generación no tuvo una visión más amplia que la suya sobre las causas profundas que fueron determinando la situación de dependencia de nuestro Continente. Destaquemos empero que Rodó se contó entre los primeros, sí no fue propiamente el primero, en vislumbrar la suprema necesidad de reconstruir la antigua unidad política, sin alcanzar quizá la claridad de entendimiento que sobre su ruptura podemos tener hoy los que, siguiendo su prédica, nos proponemos la revisión del pasado que nos trajo a este presente. Para los más, carentes de una conciencia histórica afinada, ese pasado parece remoto y como que nada tiene que ver con nuestras actuales peripecias.

Descansemos en la confianza de que una renovación de los criterios históricos a cargo de la educación de la que tanto hablamos hoy día nos pondrá en la senda que nos permita arribar al puerto de bienaventuranza que Rodó soñó para América.

## IV. CAMBIO DE LUCES.

### 1. Antesala del nuevo siglo.

Ha dado en llamarse *generación del '900* a un grupo de intelectuales inclinados primordialmente a la actividad literaria. No obstante es necesario precisar que su acción fue mucho más abarcativa, manifestándose asimismo en el campo del periodismo, en el histórico, en el político, el social y demás. El conjunto refleja cabalmente la evolución seguida por la sociedad uruguaya. Rodó es paradigma de ello, habiendo abrazado todas esas vertientes.

Se distorsiona la imagen de esta generación centrándola en la literatura, aislada del conjunto de factores anexos al campo intelectual y haciéndola aparecer como una suerte de eclosión reducida a un número de escritores. En rigor, deben incorporarse otras manifestaciones de la cultura como ser historiadores del calibre de Eduardo Acevedo, - uno de los más altos, pero no el único posible - por citar un ejemplo de disciplina no estrictamente literaria. No suele incluirse una figura como la de Pedro Figari que rebasa tal vez el marco habitual siendo un exponente de aquel momento con su actividad de abogado, diputado, miembro del Consejo de Estado en 1898, luego presidente del Ateneo de Montevideo, director de la *Escuela Nacional de Artes y Oficios*, e impulsor de la *Escuela de Bellas Artes*, aparte de la pintura que le dio fama. Fue también ensayista en el campo filosófico y crítico de arte y poesía. Si siguiéramos en paralelo, además, el desarrollo económico del país, en su faz industrial, en la agropecuaria, en la financiera, y sus concomitancias políticas; si, pacientemente rastreáramos la trayectoria individual de algunos nombres con que nos hemos familiarizado, un Carlos María Ramírez, entre los primeros en reivindicar con Francisco Bauzá la memoria de Artigas, o Martín C. Martínez, o el mismo Eduardo Acevedo, que serán ministros de José Batlle y Ordóñez; si, todavía, persistiéramos en rescatar otros que integran la pléyade, tendríamos ante nosotros la conexión de la *Generación del 900* con todo el movimiento intelectual precedente y no se nos revelaría como algo súbito sino como el proceso en que culmina la maduración de un fruto.

En línea con tal juicio sobre la *generación del 900*, salvada la diferencia de planos históricos, épocas y magnitud, gustaríamos comparar el momento a otros similares de la Humanidad. Valgan dos: *el Milagro Griego* y *el Renacimiento*. Vistos estos ejemplares episodios sin perspectiva histórica, semejan súbitos momentos de esplendor cultural. Acercando la lente se descubre que lo que Ernesto Renan dio en llamar *Milagro Griego* - por aparecer a la distancia del tiempo como una llamarada - no es más que una cosecha milenariamente preparada por varias civilizaciones e inúmeros esfuerzos multitudinarios acumulados. Del mismo modo veríamos una obra que iniciada en los siglos XI y XII, - *el Renacimiento* - se hace particularmente visible en los siglos XV y XVI. La designación figurada no aparece tras la muerte de una civilización. Resulta de un proceso poco espectacular gestado durante los diez siglos del Medioevo. Fuerzas invisibles urden silenciosa y paulatinamente su entramado. De ahí resulta esa sorprendente culminación del conocimiento, del arte, de la industria, que gestarían, de consuno, la gigantesca explosión que llamamos la revolución industrial.

En la generación del '900 tenemos una expresión distinta, *especializada* de la cultura lentamente elaborada, como precisa Anderson Imbert. Es el hecho nuevo que no debe tomarse, por su mayor visibilidad a través del libro, - ahora instrumento social corriente, incisivo y asequible al estudioso, - como una brusca erupción. Tal rasgo, entrañado en el sentido de propaganda que toda novedad porta consigo, se lo presta el hecho de haber perdurado principalmente en el libro, a diferencia de aquella que antes hallaba espacio casi exclusivamente en las páginas apasionadas del diario o el panfleto. No que esta generación estuviera ausente del periodismo, sino que la modalidad vira hacia una forma, reposada y firme, de proyección cultural más honda como es el libro.

*Ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad o selección una patente de egoísmo. Significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama, a los que tienen la pluma en la mano, a la defensa de los intereses comunes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción o zozobra: significaría haber desdeñado el rudo instrumento de trabajo con que se ayuda a la reconstrucción de las paredes y del techo de esa casa de todos que es la organización civil y política, para retener, por pulcritud aristocrática, el cincel estatuario, que es noble manejar mientras las paredes están firmes y el techo no amenaza derrumbe. (Ob.644)*

Tal invocación no es un gesto literario sino una comprobación y una cabal definición de su sentir social que, ligado por raigambre democrática al quehacer popular, denota esa condición común con pocas excepciones entre los hombres de pensamiento coetáneos. A fin de mostrar una vez más su apego al suelo que le vio nacer, transcribiré el párrafo en que rememora los nombres de grandes figuras de los partidos, periodistas todos:

*Periodistas por vocación o por transitorio imperio de las circunstancias, han sido casi todos los que, en la historia de nuestra turbulenta democracia han dejado un nombre ( ) por los prestigios de la inteligencia o del civismo... Periodista fue Juan Carlos Gómez, y periodista fue don Eduardo Acevedo. Periodista fue Melchor Pacheco y Obes, después de haber sido héroe y tribuno; y periodista don Bernardo Berro, antes de ser gobernante. Con sangre de periodistas mártires se ha sellado, más de una vez, la protesta y la reivindicación de las libertades públicas: lo mismo cuando Francisco Lavandera deja su cuerpo inanimado al pie de las urnas del comicio, que cuando Teófilo Gil abate su noble frente en el más aciago de los campos de batalla. Un periodista, José Pedro Varela, realiza la obra santa de la reforma de la educación común; y otro periodista, Francisco Bauzá, nos da la primera síntesis de nuestro pasado en la labor severa de la historia...*

Y sigue la suma insigne: Carlos María Ramírez, cuya obra reunida en *libros donde se perpetúa* prestará a nuestra cultura su propio timbre; Prudencio Vázquez y Vega, que levantó el estandarte de su prédica afirmando que *los hombres honrados no deben apuntalar con su concurso a los gobiernos usurpadores...* ( ) *Nuestros novelistas, nuestros dramaturgos, nuestros líricos, todos, con rarísima excepción, han sido alguna vez periodistas...* Esa simbiosis entre el político y el escritor es característica de los intelectuales del 900. Empero al arribar el nuevo siglo comienza a hacerse notar la diferenciación. Sin que haya un abandono tajante del periodismo la inquietud pensante se orienta hacia el libro, con su antecedente la revista, intermedio entre él y la página de diario combate. Pueden también rastrearse, en las hojas de las diversas publicaciones que van naciendo, muchos de los nombres de estos políticos-periodistas-escritores. A través de la revista y el libro se va acortando la distancia con Europa. Ello no obsta a que los más estudiosos o más dados a la investigación, sigan en la tarea periodística. Las mejoras de los medios de comunicación van propiciando el desarrollo cultural. Hasta entonces la cultura de América venía del otro lado del Océano.

Surgen ahora, en rebeldía, pretensiones de originalidad. Ello, que había inquietado a la generación romántica, desde Echeverría, cinco o seis décadas antes, es ahora aspiración de muchos; Rodó, entre ellos. Esa inclinación juvenil, no le abandonará en su hora madura. Puede palpase al escudriñar los posibles sentidos de ese ingente quehacer literario, que no inunda únicamente el Río de la Plata; su espuma se derrama por el Continente. La interpretación de la obra de Rodó, privada de este aspecto fundamental, se vería sin una de sus bases. Si su espíritu se asienta, inicialmente, en ese primer empuje vital, inmaduro, discolo, ligado a la tierra como abierto a Europa; si ese espíritu ha venido fermentando por el contacto cultural con Francia, no es este contacto, en Rodó, hombre de una nueva edad, su segundo apoyo. Su pensamiento, como describiendo un gran arco, tiene el sillar en la revolución

continental y en el anhelo de la unidad de América en un extremo y la visión de la hispanidad en el otro. Sin ello no cree completa la independencia. No hay independencia de ningún género - en la vida individual como en la colectiva - sin la conquista de la propia *originalidad, la personalidad* de los pueblos, el *carácter propio, la independencia* de la cultura. Entre esos dos polos - independentismo y unidad de América e hispanidad - cabe el mundo de la cultura greco-latina, el imponderable sentido cristiano del pensamiento de Rodó, el Renacimiento, el gran *Siglo de Oro* español, el siglo XIX francés, hacia donde quizá le lleva su preferencia literaria. Sin embargo ésta no es excluyente de sus lecturas inglesas, norteamericanas, rusas, alemanas y mucho menos de clásicos y modernos españoles y cuanto abarca la cultura universal sin fronteras, en que abreva también su insaciable espíritu curioso e investigador.

La cosecha que recoge en estas viñas no altera su trasfondo telúrico, su brújula, su amor por América. Rodó no se engañó en cuanto a lograr una cultura propia inmediata en América. En *Una Nueva Antología Americana* afirma: *es indudable que dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aún a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea*. Añade más adelante: *La literatura no es una forma vana, ni un entretenimiento retórico sino un órgano de la vida civilizada; sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituida y enérgica*. (Ob.635)

En carta de 1897 a *Clarín* dice del propósito de la *grande obra de la unidad y fraternidad de los pueblos de habla española*. (Ob.1326) Esa expresión, como otras similares, puede parecer un tanto deletérea extraída del contexto de su obra, sobre todo al incluir, como en este caso, a España dentro de la unidad que, puede imaginarse, sobrepase esos límites vagos de la fraternidad.

En un prólogo incidental a *Narraciones*, interesante por los conceptos sobre el *Modernismo* literario americano: - *época de bizantinismo, decadentismo* - enuncia la idea de una unidad política de América. Unidad no viable si no se respalda con la otra. Se pregunta si no está cercana la hora en que *la unidad de los espíritus prepare el triunfo de la unidad política vislumbrada por la mente del Libertador*. Atribuye a la literatura importante función en la tarea. No estaba equivocado aunque la idea, suelta de sus amarres respecto al conjunto de su pensamiento pueda sorprender. El amplio espectro de inquietudes del escritor registra una constante, un polo imantado por el que se rige su mente, hacia el que los ojos del alma se dirigen como atraídos por una fuerza magnética. Desde sus pasos literarios infantiles y sus escritos juveniles en la *Revista Nacional* de 1895, hasta los que componen su libro póstumo, *El Camino de Paros*, la idea de América preside su milicia. Nos llega así, el momento de internarnos en la *senda de su carácter como crítico literario que le vincularía al mundo de habla hispana. Estamos en la antesala de la Generación del '900*. Rodó se distinguirá, dentro de la naciente complejidad de la literatura uruguaya, de esa *sensibilidad fin de siglo* - de hiperestesia artística que caracterizó a sus integrantes, - por la nota casi obsesiva de América. Analícense las fechas de sus escritos y su temática y se topará con su precoz vocación americanista.

En la *Revista Nacional* hace público ese sentimiento. En sus páginas ve la luz *Juan María Gutiérrez* y su época.

Con pocos meses de diferencia, *El Americanismo Literario*, breve pero denso, muestra desde el título su orientación. Pasa en él revista a lo que podría considerarse el problema de la originalidad literaria en América. Descarta desde el pique sus posibilidades: vano buscar una literatura con significación social, emanación de un espíritu colectivo en un medio indiferente al pasado aborigen y a la naturaleza del hábitat, tanto como a la tradición de la matriz hispana. Una sociedad, por mucho soporosa, no podría dar de sí una alta manifestación literaria: *... una gran parte de la literatura de la colonia es la expresión de hechos reales y actuales de la sociedad en que se producía...* Véase una vez más la subsistencia en él, del concepto de que América estaba constituida por *colonias*, moneda corriente entonces (como hoy). Más adelante: *No era posible para la vida colectiva la expresión literaria, ni para la obra del pensamiento individual la repercusión del espíritu público que la convierte en luz y fuerza de todos*.

No me guía, en la reproducción de tales hitos, la finalidad de historiar el desenvolvimiento de la literatura americana. Mi propósito, después de haber señalado su pronta iniciación americanista, es

mostrar, junto a esa vocación, su sentido social de la literatura. Señalo ese trasfondo en quien ha sido considerado *individualista* (en sentido derogativo.) Es, sin duda, individualista. Pero su individualismo no es de la clase que suele atribuírsele. Rodó concibe la *originalidad literaria individual* como la capacidad del escritor para recoger del ambiente lo que es sentimiento, preocupación o afectación común, reflejando, devolviendo a él, a través de la sensibilidad personal *la luz y fuerza* que toma del propio ambiente. No hay concepción social de la literatura y del escritor, más genuina que la suya. Postula en ese estudio que la *originalidad* en el período inicial de nuestras letras debió buscarse en la *imitación de la vida*. El molde clásico fue responsable de que el germen de originalidad que pudo generarse al roce ardiente con la tosca realidad, llena de acción y color, muriera sofocado al nacer. Hasta la época de *la independencia* tiene más sabor el documento, escrito espontáneo a veces, - como las *Memorias* de Belgrano, o la correspondencia privada, las *Cartas* de Bolívar o el libro de Concolocorvo, - que la página de intención literaria.

El joven crítico percibió con nitidez el fenómeno literario del romanticismo. Advirtió que la reacción romántica, contra la preceptiva clásica apegada al modelo único, se orientó a que cada pueblo alcanzara su propio carácter por su expresión: *... se aspiraba a que las literaturas fuesen expresión de la personalidad de los pueblos como el estilo es la expresión de la personalidad de los individuos*.

El Romanticismo rioplatense tiene, cuando menos, dos valores grandes: el de haber roto el modelo clásico, diversificando géneros y popularizando, universalizando, la literatura dentro de la precariedad de medios, y el haber enriquecido el acervo documental histórico con piezas como *Amalia*, vibrante de algún modo aún. U otras que no han tenido tanto vigor - o lo perdieran - como *La Cautiva*, no obstante formar Echeverría entre los renovadores en pos de crear una escuela de libertad de pensamiento.

*Romanticismo y emancipación literaria nacional* fueron términos que se identificaron en esa tarea de *afirmación de la nacionalidad literaria*, como parte de *una revolución* que pueda llamarse tal. No me detendré en el proceso que va, con el descubrimiento de la naturaleza del suelo americano por Humboldt y Chateaubriand, - y quizá antes el mismo Colón, - desde Ercilla, Centenera, Peralta y Barnuevo, estudiados por Juan María Gutiérrez en su momento, ni a Andrés Bello ni a Heredia, hasta el haz romántico que componen Echeverría, Alberdi, el propio Gutiérrez, Mármol, Sarmiento, Marcos Sastre, entre los más conspicuos. Me detengo, en cambio, para destacar un aspecto que Rodó señala como rasgo que confiere originalidad a la naciente literatura.

*... la nota más intensa de originalidad ( ) en las primeras manifestaciones de poesía americana, con relación a las influencias y modelos de la literatura española, es la que procede del contacto con la naturaleza en que tomó aquella sus galas, no sólo por la real y poderosa originalidad de esta naturaleza, bastante a comunicar sello distinto y vida propia a la poesía que acogiese en su seno, sino también porque el sentimiento poético del paisaje y la admiración de la belleza natural eran inspiraciones punto menos que desconocidas dentro de la tradición de aquella literatura. (Ob.787)*

Concordaría con Miguel de Unamuno - carta de 1903 - en que la literatura española no tiene entre sus notas características el sentimiento de la Naturaleza; sus más altas notas, en la lengua que nos es común, surgen en la poesía americana. Le parece ser ello una de las originalidades que dan fisonomía propia a la literatura de América.(Ob.1391) Pero si ese sentimiento estuvo ausente en los diversos géneros de las letras españolas, o fue apenas un balbuceo en algunos, no pasaría de un trato más o menos convencional en los primeros poetas que, sin dejar de ser españoles, puedan llamarse americanos,

...en nuestros pueblos del Plata, la revelación del sentimiento literario ( ) no se manifestó plenamente hasta llegar a la época de Echeverría. ( ) La descripción de la naturaleza, que Echeverría convirtió en suprema inspiración de poesía, fue levantada a las más altas manifestaciones de la prosa literaria por el autor del *Facundo*.

Citaré el nombre de Marcos Sastre junto al de Sarmiento. Rodó empareja la gloria literaria del uno en lo que a la descripción de la naturaleza se refiere, con la del otro, en este encuadre:

*Comparte con 'Civilización y barbarie' la más alta representación de la prosa descriptiva de la época, la obra en que Marcos Sastre consignó bajo el título de El Tempe Argentino, sus impresiones de la naturaleza en cuyo seno había buscado, en medio de la tempestad de pasiones desencadenadas, el olvido y la paz.*

Al buscar Rodó el acento de originalidad que pudiera haber distinguido la literatura americana anterior al 900, posa la mirada en el tema de la naturaleza indígena, siguiendo su rastro en unos y otros autores, mas halla asimismo algún otro rasgo digno de exaltación. Tal el tema de las tradiciones y costumbres. Lo descubre como elemento precoz americano en *La Aráucana*, de Ercilla:

*Mucha parte de la esencia poética de la vida de los pueblos indígenas pasó por intuición admirable, a las páginas del inmortal narrador... En sus descripciones, en sus relatos, en sus figuras, es posible señalar con frecuencia el esbozo de nuestras tentativas más eficaces de americanismo y la anticipada satisfacción de los anhelos de fidelidad histórica y local con que hoy procuramos llamar a nueva vida nuestras cosas pasadas.*

En sus artículos de la *Revista Nacional* se percibe con claridad su evolución americanista. Alborea con un sentido nacional para asumir prontamente el sesgo rioplatense de exaltación americana. *La Revista* de 1895 vira su orientación al año siguiente, en la dirección americanista que hemos visto amanecer desde que se sentara en los bancos de la escuela. El ensayo de que me vengo sirviendo es, justamente, *El Americanismo Literario* del segundo semestre del '95. Meses antes aparecía *Juan María Gutiérrez*. El americanismo se convierte en lema de *la Revista*.

*El americanismo* en el comentario sobre Ercilla se vincula al tema indígena. Otros diversos y poderosos hitos en su obra ratifican su posición. A propósito de los *Comentarios Reales* (Ob.808) destaca la influencia del espíritu poético indígena al que vuelve muy luego en *Montalvo*. Desde aquellas tempranas páginas pueden desmentirse injustas observaciones del supuesto olvido en Rodó respecto al indio, formulada, entre otros críticos, por Medardo Vitier. La mirada de Rodó descubre el sentimiento americano que, entrevisto o esbozado desde *La Aráucana*, se prolonga en la generación romántica para adquirir máxima lucidez en su propia milicia literaria. Así, sin desconocer el carácter inorgánico, desordenado, de la literatura americana, encuentra motivos para admirarla en su condición epopéyica. Dejémosle expresarse con sus palabras: (Ob.806)

*Hay en ella el desorden de la improvisación, la deformidad del mal gusto, todas las máculas y todas las imperfecciones que son propias de la ausencia del arte, y aún de la inferioridad del ingenio, pero es indudable que 'la consideración del conjunto inspira un sentimiento muy distinto del desdén o el hastío'. No ha de juzgársela para poderla admirar, con el rigor del criterio literario, sino atendiendo a que la razón de su grandeza está en su calidad de campo inmenso y abrupto donde se estampa, como garra de león, la huella de una de las empresas más heroicas, más sublimemente aventureras de la historia humana.*

No será ése el criterio con que haya de juzgarse la literatura del 900, ni es el que emplea Rodó para su crítica. Tampoco contiene esa literatura finisecular los caracteres del período primigenio ni del

romántico. En cuanto al 900, cabe reiterar la participación de sus figuras principales en la vorágine periodística, como los románticos en la anterior, y que la inquietud social asume acentos maduros en varias de sus personalidades descolantes.

Si atenemos a un orden cronológico, pasando sobre *El que Vendrá* y *La Novela Nueva*, que nos ambientarían en el 900, junto a su *Rubén Darío* y *En la Muerte de Rubén Darío*, de 1916, centremos la atención en *Arte e Historia*, de 1897 en que deja atrás el período historiado críticamente en *Juan María Gutiérrez* y en *Americanismo Literario*. Su preocupación se aboca ahora a páginas que definen ya un nítido perfil americano. Desgarrado el molde clásico, aparece el *Facundo*, buque insignia. De él afirma que

*... es el tipo artístico más alto en que se ha condensado la poesía real de nuestra historia y en que han tomado forma viva los elementos dramáticos de un interesantísimo instante de nuestro desenvolvimiento social.*

La inquietud social de este escritor es paradigma entre sus contemporáneos. ¿Es el despertar de una conciencia histórica? Rodó releva los valores de esa obra antes de entrar a destacar la aparición de la novela histórica, a la que atribuye hondas potencialidades americanistas para quien quiera unir el tesón erudito con el vuelo del arte imaginativo. Nos trae así a *La novia del bereje*, novela de Vicente Fidel López, a quien los uruguayos hubiéramos querido ver maestro en ese género, y no novelador en el de la Historia, en la que su nombre se recuerda unido a las más injustas detracciones sobre Artigas.

Si nos limitamos a esta corta rememoración de Rodó sobre el inicio de la novela histórica en el Plata, y a su ensayo *Juan María Gutiérrez y su época*, (refundición de varios otros) - de aliento pero no plenamente logrado, - acaso demos en pensar que esta labor crítica obedecía a impulsos del que se inicia como escritor de peso. Balanceados en el conjunto de su obra, se ve claro que su tarea en la *Revista Nacional* respondía a una concepción abarcativa de un programa americanista que culmina en *Montalvo* y en *Bolívar*. Aquellos escritos, constituían la intención concertada en su espíritu de contribuir a la formación de la *conciencia americana*. El primer peldaño de la dura cuesta a remontar se halla en *la Revista*. Allí arranca el rescate del pasado, el contacto con una tradición a la que había que insuflar fuerte aliento de investigación y promoción para no dejarla morir en el olvido. Plausible esfuerzo...

Nos preguntamos: ¿aró Rodó, acaso, en las arenas del desierto; tuvo seguidores en esta senda de cultura? ¿Acertó en los personajes elegidos que exaltó como paradigmas del heroísmo americano? ¿Sobrepasó el cerco de ideas recibidas desde temprano? ¿Logró horadar el muro del mito levantado por los intereses de los partidos adueñados de los resortes del Estado? Y más, ¿traspuso su *pie la última huella* de las ideas que aprisionaban los espíritus? ¿Aguardamos aún a *El que vendrá*?

## 2. El Modernismo.

Aunque no todos los integrantes de la Generación del '900 pueden considerarse modernistas, difícil es separar su tónica de la onda de sensibilidad literaria que irrumpe con el siglo XX. Sirvan los comentarios desperdigados hasta aquí para ambientar el también complejo carácter del fenómeno que, contrariamente a lo que sugiere Zum Felde, no fue meramente literario. (134)

La frase con que Rodó abre su estudio de *Prosas Profanas* pone sobre el tapete la exigencia del espíritu que no encuentra en Darío. El patrón de valoración de su crítica es *el americanismo*. Tal su ángulo de mira. Mas no por ello Rodó se hallaba ajeno al *Modernismo*, insoslayable en él. Yo soy un modernista también, pudo decir. Sirvámonos de *Prosas Profanas, evangelio del Modernismo poético*, para situarnos de lleno en el novedoso ambiente. Precisemos de entrada que Rodó con su crítica no hizo un vaticinio sobre Darío. Aseveró en presente indicativo, frente al estallido poético de una emotividad expresada en un vértigo de sonidos y colores, de música y luz, de motivos y formas sorprendentes en el habla castellana, que no representaba el espíritu que pudiera dar sello indeleble a nuestra literatura. Ese dispendio

de fuegos artificiales atraía todas las miradas, despertaba entusiasmos, mas no fincaba su interés en la realidad continental, ni el seno de la Naturaleza. Débil el raigón, efímera la savia para alimentar la planta que Rodó anhelaba ver crecer robusta. No podía ser ése el rumbo de nuestras letras.

El punto es controversial. Hay quien ha querido ver en su juicio un carácter denegatorio del porvenir poético de Rubén Darío. También quien aduce que no sólo era poeta de América sino que lo sería igualmente de España y hasta de la latinidad al publicar sus *Cantos de Vida y Esperanza*. (135) Verdad aceptable fuera del sesgo con que emite Rodó su juicio de que no es el poeta de América... Roberto Ibáñez, en cambio, habla del carácter profético del genio de Rodó. Coincidente con él, Arturo Torres Riosco cree que no era el poeta que América esperaba... Rodó no se equivocó en su dictamen. Quitemos el carácter profético al juicio de Rodó, que no pretendió tener, y digamos simplemente que fue acertado y rico en matices. Aceptaba su alta calidad poética pero destacaba que no era la clase de poetas que la hora reclamaba. Importa esta precisión desde varios puntos de vista.

Podría laudarse la cuestión trayendo la página literariamente perfecta con que Rodó despidió al poeta: *En la Muerte de Rubén Darío*. Compendia allí el reconocimiento de la incomparable influencia que ejerció el nicaragüense sobre la sensibilidad poética por encima del océano, cual tormenta que electriza la atmósfera:

*Grande es el poeta por su obra personal; pero el agitador en el campo del arte y propagador de formas nuevas, pontífice lírico, el César de dos generaciones subyugadas por la extraordinaria simpatía de su imaginación, vincula aún, si cabe, mayor prestigio de triunfo y maravilla. Ninguna otra influencia individual se había propagado en América con tal extensión, tal celeridad y tan avasallador imperio. Durante veinte años, no ha habido, de uno a otro confín del Continente, poeta que no llevase, más o menos honda, en el alma, la estampa de aquella garra innovadora. Su dominio trascendió más allá, y por vez primera en España, el ingenio americano fue acatado y seguido como iniciador. Por él la ruta de los Conquistadores se tornó del ocaso al naciente. (Ob.1031)*

Su magistral observación se remata con esa hermosa imagen. Pero, descontado que la afirmación de Rodó se hizo ateniéndose a los versos exquisitos mas desconectados de la realidad americana, pregunté a la vista de toda la obra del vate: ¿ese Darío es el poeta de América? No, en cuanto al sentido que Rodó anhelaba.

Los *Cantos de Vida y Esperanza* – la inmensa capacidad poética revelada antes – se amplifica ahora con acentos de honda vibración humana, acaso una de esas joyas donde no luce únicamente el arte del orfebre sino su alma entera volcada en la obra. Si un pueblo europeo – no importa cuál – hubiera podido sentirse orgulloso de un artista de esta magnitud ¿qué no se diría de una nación, o de un Continente que lo tenía por suyo? Podrá argüirse cuanto se quiera pero no que Darío es el poeta de América: no en el sentido del reclamo *americanista*. El juicio de Rodó refiere al momento en que su obra no había cobrado el nuevo acento. En aquel abordaje crítico, por encima de sus reservas, Rodó le tributa, dentro del paradójico homenaje que constituye un rechazo genérico a su arte, el más alto con que se pueda distinguir al artista de su clase: el talento. Pero a título de singularidad personal, a no ser imitado, ni seguido. Éste es el punto definitorio de su criterio.

*París, un París ideal de sueño, es la escotadura por la que Darío escapa de América. El París del arte por el arte, un mundo virtual. La Francia de Banville y Verlaine, la Francia rococó del siglo XVIII, la Francia de helenismos y orientalismos.*

En esta glosa apretada de Anderson Imbert se encierra una buena parte – la parte controvertida – del *Modernismo* de Darío. La que reprocha Rodó. ¡Y ése es el instante en que podría hablarse de un Rodó afrancesado! ¡He ahí todo su afrancesamiento! Limitado al hecho de haberse ocupado de *Prosas Profanas*. El reparo arranca del olvido del suelo americano, del aire de encierro que se respira en su

canto. *Su poesía llega al oído de los más como los cantos de un rito no entendido*. El modernismo esotérico de Darío, en efecto, rayaba casi en simbolismo. No en el *Simbolismo*, sino en *ese otro* en que el ambiente se enrarece por el aire hermético que sólo al avezado es dado respirar. Aquí el símbolo no es convencional, sino que lo constituyen los códigos culturales que únicamente se encuentran en la atmósfera de la montaña a que pocos acostumbran los pulmones del alma. Es a este Darío que Rodó niega la condición de poeta de América. Tal vez no se la hubiera negado al de *Cantos de Vida y Esperanza*, el mejor libro de Rubén Darío, a juicio de Anderson Imbert. (136). Reconozco con Rodó las virtudes poéticas presentes ya en *Azul*, o mismo en las *Prosas* y para abreviar digo adherir al juicio de Anderson Imbert sobre Darío, donde refiere, cuánto le debe el habla castellana en innovación de la forma y del verso. Hago mía esta ajustadísima apreciación del crítico:

*... después de 'Prosas Profanas' Darío escribió poesías de timbre emocional que ya no se pueden desarrollar como ejercicios retóricos porque brotan de una manera peculiar de padecer el mundo. El Rubén Darío de 'Cantos de Vida y Esperanza' (1905) es el mismo que el de las 'Prosas'. Ante todo, la misma prestancia aristocrática. Pero en 'Cantos' presenciemos la crisis del esteticismo de 'Prosas'. Bajan las luces de las lámparas preciosas encendidas en Francia y suben las llamas de un fuego interior... Es todavía evidente la evasión aristocrática de la realidad que vimos en 'Prosas'.*

El vuelco de la línea melódica de Darío no habilita a conferirle todavía aquella dignidad. Grande es el cambio, sin duda: asistimos a la humanización del poeta olímpico. ¿Qué hay en toda la poesía americana anterior o posterior a sus *Cantos* que pueda superar su maestría e inspiración? Pero el giro que va de la exterioridad áurea y de los relucientes cristales, de champañas y deliquios de marquesas y princesas, a la interioridad del poeta azul todavía es, en definitiva, una mudanza lírica. Dígase del nuevo Darío – como se habló antes de su genio innovador – que es el más grande lírico de la poesía americana. Tal vez la afirmación levante menos resistencias que si se asevera que es el poeta de América. Lo esencial, empero, no está en dilucidar el punto por lo que importe en cuanto a Darío. Trato de ponerme en el ángulo de mira de Rodó: *No cabe imaginar una individualidad literaria más ajena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo*.

Consultemos aún el miraje de Torres Riosco, en el apartado *Influencia de la cultura francesa*:

*En 'Prosas Profanas' (1896) es el parnasiano perfecto; en su próximo libro, 'Cantos de Vida y Esperanza' (1905) aparece la técnica simbolista en unos pocos poemas; pero en sus composiciones de más aliento todavía siente la atracción de la forma clásica, de los efectos pictóricos y escultóricos, y del ritmo preciso. Y Darío seguirá hasta el fin de su vida siendo el enamorado de la luz, del ritmo, de lo decorativo y de la brillantez de la expresión, cualidades más propias del Parnaso que del simbolismo. (137)*

Añadamos a la coincidencia de ambos críticos, el reconocimiento del uruguayo cuando afirma que su genio está en que *la composición es de un tono enteramente nuevo en nuestro idioma...* Verdad pareja con esta otra: no tiene *la vivacidad del donaire puramente español, hecho de especias y de zumos de uva...*

En suma, a pesar de las reticencias, reservas y objeciones, con su homenaje al talento de Darío, es Rodó quien – verdad definitiva – da el espaldarazo al poeta y le consagra. Aún cabe traer su sentencia de: renunciad *por ahora* a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes: (Ob.172)

*Nunca el áspero grito de la pasión devoradora o intensa se abre paso a través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del arte, que subyuga a ese sentimiento y lo limita: y se prefiere – antes que los arrebatados ímpetus de la pasión,*

*antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez, - los mórbidos e indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas, todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente, sobre su cuerpo flexible, en pliegues llenos de gracia.*

Tal, un aspecto del modernismo literario. Pero hay más. Apunta el crítico amaneramientos conscientes, de imágenes negadas a la realidad, de selección voluntaria del oro, mármol y púrpura que ciegan la mirada para todo lo que no sean salones encantados. ¿No le acusa de estar creando el mundo poético aún apartado de la vida?

*Todas las selecciones importan una limitación, un "empequeñecimiento" extensivo; y no hay duda que el refinamiento de la poesía del autor de Azul la "empequeñece" del punto de vista del contenido humano y de la universalidad.*

He ahí la clave de valores con que Rodó lo enjuicia. *Contenido humano, universalidad*; llave maestra de todas sus preocupaciones literarias. Pero no únicamente literarias. La vida, el pensamiento todo de este hombre se despliega a partir de allí. Téngase presente. Más si cupiera el margen de la duda, óigasele dialogar con su propia voz interior: ¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal para esa arte divina, puesto que, a fin de hacerla "enfermar de selección" le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? ¿Es éste el Rodó decadentista, afrancesado, el estatuario?

Acaso nos detenemos demasiado en el hito literario del Modernismo afanados en mostrar la atmósfera intelectual del 900, su carácter elitista. Mas cabe aún reflexionar sobre el broche de su ya clásico *Estudio* en el sentido de que no ha de juzgarse a los escritores, a los artistas, por lo que sus epígonos - él habla de imitadores y sectarios - brindan como imagen refleja de la originalidad de los iniciadores: *Si yo incurriera en tal extravío del juicio no tributaría, al poeta, este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo, ni el de un oficioso adorador.*

Y que no es un adorador surge de sus múltiples reservas; que no es un discípulo lo atestigua toda su obra posterior. Pero tampoco se cree un adversario de Rubén Darío. En conversaciones personales que ha tenido con él en Buenos Aires, dice:

*Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros "pensares" nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un modernista también. Yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, nos conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundo, a disolverse en concepciones más altas. (Ob.191)*

He aquí algo importante. Rodó declara ser un modernista. Habla de la *evolución del pensamiento*. Antes lo ha hecho de las ideas invocando conversaciones personales. Podemos conjeturar de qué ideas se trataba. En cuanto a la modalidad, al contenido decadentista del Modernismo de Darío, ¿qué hay de común entre él y Rodó si excluimos la pasión parnasiana por la forma, el ansia de remozar y flexibilizar, por maneras nuevas y revolucionarias, el idioma? Otros aspectos trascienden de esta relación.

Elocuente es el acuse de recibo de Darío a su opúsculo, fechado marzo 31, 1899: (Ob.1366)

*Caro amigo: Gracias mil. Su generoso y firme talento me ha hecho el mejor servicio. Usted no es sospechoso de camaradería cenacular. Pronto le escribiré largamente. Gracias. - Rubén Darío.*

El laconismo de la nota muestra, en su velada ironía, más que lo que pudo decir la larga carta prometida que nunca llegó. Lo que ocurrió después, fue la publicación de las *Prosas*, con el estudio incorporado... sin la firma de su autor.

La inmortalidad del nombre de Darío es obra de su genio. Pero mucho debe, quizá, a Rodó. Me explico. El estudio de Rodó sobre *Prosas Profanas* tenía tanto de elogio como de reserva. Darío lo admitió con el gesto equívoco de quien recibe un flaco favor. ¿No suena a chanza lo del *mejor servicio*? ¿Por qué lo incorporó, pues a su nueva edición? Darío tenía un sagaz sentido literario. Aunque le doliera el juicio del uruguayo, por sobre su vanidad zaherida se percató de que ese juicio resultaría ineludible para los contemporáneos y para la posteridad. Su incorporación a la nueva edición (al tiempo que consagraba a Rodó) paraba la magistral estocada. Había valores en las *Prosas* que recibían el esmalte de una crítica genial; planteaba reservas y exigía rumbos, mas exaltaba su talento. Era la crítica de un gran Maestro. Desde entonces el nombre del que no era el *poeta de América*, ha estado unido, en singular simbiosis, al del primer crítico de América, apuntalándose y proyectándose mutuamente.

Cuando el ardor de la herida hubo de ceder - prueba al canto: la dedicatoria de Darío a Rodó en su libro de 1905 - el poeta nicaragüense abandonó el jardín azul de los lirios heráldicos, el lago de los niveles cisnes, y llevó su estro a rutas más altas. ¿Sería su nombre el que es sin sus *Cantos de Vida y Esperanza*? ¿Habría sido la misma su orientación si Rodó no hubiera tenido la caballerescas valentía de señalarle otros horizontes - él, que por entonces no tenía nombre internacional, - al poeta que subyugaría dos continentes? ¿Tendría el nombre de Darío la magnífica plenitud poética que alcanzara, la resonancia que hasta hoy mantiene, si Rodó se hubiera limitado a palmearle el hombro? Tampoco lo tendría Rodó desde el punto de vista de la cabal honestidad exigible al crítico auténtico de no haber emitido su juicio como lo hizo. Es esta condición la que permite refutar a quienes lo juzgan un ecléctico, un diletante, un decadentista o un afrancesado. Debiéramos dar ya por saldado este tópico con esta pregunta: ¿qué queda en pie de las triviales atribuciones, si por encima del noble reconocimiento del talento de Rubén Darío, consideramos la esencia de los valores puestos en juego por Rodó para enjuiciar este género poético ausente de la realidad social?

Ave pasajera fue para Rodó el Modernismo. Su trabajo sobre Darío, que no escapa a esta esencia, fue más un alarde de técnica literaria, de sibaritismo artístico, del que no se sentía incapaz, a la par que un medio antes que un fin en sí mismo. No comulgó, desde el principio, - insistamos - con el modernismo del autor de *Prosas Profanas*. Habría que decir que más que retirarse disgustado, - según Rodríguez Monegal - no lo aprobó. En 1899 cuando emitió su crítica iniciaba Rodó su ascenso literario mientras que Darío se hallaba en la cúspide de su fama, constituyendo el cenit de un novedoso movimiento literario. El estudio de un crítico sobre un poeta de los quilates de Rodó serviría - como sirvió - para catapultar su nombre. Las reservas que manifestó bien las comprendió Darío. En esa joya poética con que abre sus *Cantos de Vida y Esperanza* - que dedicó precisamente a Rodó - se muestra cómo acusó el golpe... que intentó parar con suprema elegancia:

*En mi jardín se vio una estatua bella;  
se juzgó mármol y era carne viva;  
un alma joven habitaba en ella,  
sentimental, sensible, sensitiva.*

Por sobre la defensa impar del poeta para parar la fina estocada queda en pie, junto a la elevada crítica, la objeción para quien comparta su sentir de que la literatura no puede permanecer ajena a las inquietudes que sacuden el día a día de los individuos y las sociedades, que no son las de quienes cultivan los jardines entre bellas estatuas y fuentes cantarinas. Esa mar de confusiones e inexactitudes pide alguna otra reflexión.

Volvamos al citado artículo de Arturo Torres Rioseco en que nos habla del parnasianismo perfecto de Darío en sus *Prosas*. No discrepa con Anderson Imbert, que marca la continuidad poética de Da-

río. Sobre ello, nada que decir. Merecen en cambio atención algunas imprecisiones sobre Rodó. Entre éstas se cuentan desde el año de su nacimiento, pasando por su afirmación de que fue universitario, - siendo notoria su condición de autodidacta, - hasta la imagen política que ofrece a su respecto.

Es lamentable que un crítico de afinado criterio, cuando de lo literario se trata, incurra en errores tales sobre una figura americana de la magnitud de Rodó, tolerables quizá en un compendio, inexplicables en la crítica específica de un autor. Tal el caso en ese *Panorama* en que acerca su lente a cada tema tratado. Es claro que ha obtenido su información de segunda mano, salvo en la lectura directa de los textos, sobre los que emite justas apreciaciones. Llevaría un regular volumen corregir la imagen errónea que propone de Rodó. De este crítico chileno, "prosista, ensayista, historiador y crítico literario" - dice Federico Sainz de Robles, en su *Ensayo de un Diccionario de la Literatura*, - "una de las mentalidades más lúcidas y fértiles de las letras hispanoamericanas... pocos críticos tan agudos y certeros, tan comprensivos y fecundos como Torres Rioseco." Ha vivido en Estados Unidos lo que, según el informante, no ha hecho decaer su interés por nuestras letras... En verdad no sé qué pensar. Quizá su larga estadía en Norteamérica explique sus osadas manifestaciones. Veamos la que le atribuye *antinorteamericanismo* a Rodó...

*No sabe nada este escritor de la cultura norteamericana de su tiempo. En literatura su ignorancia es absoluta. Sólo los nombres de Longfellow, Emerson y Poe han llegado a su conocimiento. A los tres concede una importancia que nunca tuvieron. En cambio desconoce a Thoreau, a Melville, a Hawthorne y al más importante de los poetas americanos, Walt Whitman.*

El crítico se ha detenido suficientemente en el estudio de Rodó sobre *Prosas Profanas*, como para tener que recordarle ya no la mención de Whitman sino su observación sobre él, - *un cerebro iluminado* (Ob. 169). - reveladora, en sí, del conocimiento que le niega. El resto del comentario, que no agrega mucho en materia de nombres, pertenece al campo de lo discutible. Rafael Barret - y no sólo él - intuyó certeramente el método de trabajo científico de Rodó en *Motivos de Proteo*. Si Torres Rioseco al lanzarse a su aventura sobre Rodó hubiera consultado la biografía de Víctor Pérez Petit, quizá hubiera reflexionado antes de internarse en esa senda. La *agudeza* que le adjudica Sainz de Robles parecería habersele embotado, ya que para percibir su sistema de trabajo no es preciso hurgar. El rigor científico que Rodó ponía en juego detrás de sus aseveraciones, salta a la vista. Pero, si no bastara *Motivos de Proteo* para comprobarlo, ahí está su *Montalvo* que, suponemos, no habrá desconocido el crítico versado en las letras hispanoamericanas. Digase lo mismo en cuanto al modo en sus trabajos sobre los precursores literarios rioplatenses.

Una anécdota contada por su hermano Alfredo, en nota para *La Noche*, - en 1920 - arroja luz sobre sus ahínco de estudioso. Corría 1910, año de gran trajín político. En medio de estas preocupaciones no abandona a José Enrique la idea de aprender el idioma de Shakespeare, a quien quiere leer sin intermediación de traductores. Dejemos la palabra al relator: (138)

(...)... *Con el solo auxilio de un lenguafono que uno de sus amigos recibió de Norteamérica, se dedicó, encerrado en su cuarto de trabajo, al aprendizaje del inglés. (...)... durante dos o tres meses los ecos del vocinglero aparato llenaron a todas horas el ambiente de la casa. Después el silencio sucedió al ruido ensordecedor. El mecánico magister habido sido devuelto por el solitario discípulo al amigo que tuvo la deferencia de proporcionárselo.*

*Después los libros comenzaron a inundar las bibliotecas rodonianas. Fue una verdadera avalancha de empingorotadas ediciones inglesas. Los conspicuos representantes de la noble preeminencia literaria de que Inglaterra, a justo título, se enorgullece, no hablaban ya ante José Enrique Rodó la jerga deslucida y apócrifa de los traductores sino el lenguaje irremplazable y auténtico del propio autor.*

*Solo también, sin condiscipulos ni maestros, ya en la plenitud de la vida, dedicó muchas horas al estudio de varias ciencias. De su predilección por la biología quedan pruebas inequívocas en su archivo.*

*No tuvo secretarios ni amanuenses. No empleó ni una sola vez siquiera la máquina de escribir. Puso en limpio él mismo constantemente los borradores de sus producciones. Consiguió con este método, que en su correspondencia y que en sus manuscritos para la imprenta fuera tan clara como la verbal expresión de su pensamiento.*

*Y cuando me permití observarle cierta vez, que se estaba imponiendo por su afán de bastarse a sí mismo una tarea excesiva e incómoda, me respondió, señalando con el índice el fragmento de dos versos de Virgilio, inscrito por él como una de las tablas de su ley individual, en el frente de su biblioteca favorita: Labor omnia vincit (todo lo vence el trabajo.)*

Torres Rioseco declara que ningún crítico contemporáneo supera a Rodó en penetración psicológica, en cultura literaria, en serenidad y justeza de criterio. ¿No resulta contradictorio con lo que ha afirmado antes? Hay todavía algún otro reparo para esta visión que no dejaría de ser adecuada si se suprimiera el calificativo que aplica a su cultura. La cultura de Rodó no fue únicamente literaria. Fue vasta y universal y no se forjó meramente en lecturas sino que se complementó en sus otras actividades conocidas. Basta conocer su obra para formarse una idea. En su defecto échese una mirada al índice de nombres insignes que figuran en sus páginas. Lleva tiempo contarlos y escudriñar el significado de sus citas. Refiriéndose a la revolución poética que comportara las *Prosas* dice el chileno que le cupo explicar el significado de esa revolución (literaria). Rodó lo hizo en magistral ensayo. Su *Rubén Darío no tiene precedentes en nuestra literatura. Marca una fecha que pudo haber sido el comienzo de un gran movimiento crítico filosófico...* Que no haya cristalizado, dado que se perdió en medio de una gran incultura no le resta su carácter de pionero.

El juicio con que acusa a Rodó de ignorante - *absoluta ignorancia* - en materia de literatura norteamericana - tentación en la que han caído otros críticos vernáculos - me resulta francamente frívolo. Y por varias razones.

En primer lugar: ¿cómo sabe que no conoció a Thoreau, a Melville y a Hawthorne? Si conocía a Emerson - y bien le conoció, pues su espíritu estaba en su misma línea proclive al individualismo, - ¿cómo no habría de conocer a Thoreau, su amigo y practicante de su filosofía a la manera de un *Robinson*, sólo que voluntario habitador de los bosques? Digamos un Quiroga a la norteamericana. ¿O a Herman Melville, este otro *Simbad*, también por su voluntad, amigo de Hawthorne? La fama de Melville se expandió por el mundo mucho después que desapareciera Rodó a causa de su novela *Moby Dick* llevada al cine. De no ser por ello, la aventura del *ballenero Pequod*, que lejos de dar nombre en su momento a Melville, le deparó un fracaso, quizá no habría llegado a nuestros oídos. La peripecia de un capitán persiguiendo con sed de venganza a una ballena blanca, que le ha dejado con sus piernas por la mitad, inspira al autor la idea de una alegoría de las fuerzas del mal, misteriosas e insondables.

Sin desalentarse por la falta de buena acogida, escribe otra novela, *Pierre o las ambigüedades*. La perspectiva con que la encara tiene carácter metafísico. Al parecer el público norteamericano no estaría para ejercicios filosóficos: la novela no es ya un segundo fracaso sino un descalabro. Con la perseverancia del capitán que persiguiera a su ballena, Melville emprende ahora una tercera novela. De corte erótico esta vez. Nuevo rechazo. A pesar de algunas otras obras de mérito, Melville murió en Nueva York, enfermo, agobiado por deudas, olvidado por críticos y lectores. De cualquier modo su literatura no es la que vuela por las cumbres.

Nathaniel Hawthorne conoció a Longfellow. Hijo de un militar, entre los primeros puritanos que se asentaron en Norteamérica, es retratado en su novela *La letra escarlata*. Los merecimientos para el retrato consistían en haber sido "uno de los mayores perseguidores de los *quakers*, así como su hijo, John Hawthorne es famoso por su persecución de las llamadas *Brijas de Salem*." También trabajó cono-

cimiento con Melville que se prendó de sus obras y llegó a comparar alguna de ellas con las tragedias de Shakespeare. Fue Hawthorne un moralista obsesionado por el misterio del pecado, por la paradoja del su poder regenerativo y la recompensa por el sufrimiento no merecido. Entre sus preocupaciones morales se contaba el adulterio, tratado en la citada novela, cuyo título alude al castigo impuesto a una adúltera, obligada a llevar cosida en su pechera una 'A'. Su obra, pues, refleja las inquietudes puritanas de una época.

Mediante esta reseña meramente ilustrativa de los autores que Rodó no habría conocido, no trato de formular un juicio sobre ellos – aunque tentado estaría – sino plantear esta pregunta: ¿llegaban a esa altura universal en que es posible divisar sus figuras, según criterio de Rodó? El mismo sugiere en *Ariel* el patrón de medida, la paradoja de Emerson que exige que cada país del globo sea juzgado según la minoría de sus habitantes. No consagra el precepto pero encuentra que hay una verdad profunda en su fondo. ¿No se beneficia el país cuestionado, de ser ésta la regla? Conociendo el rigor con que Rodó se aplicaba a su labor, ¿cabían dudas sobre la seriedad de su juicio? Va la pregunta en relación a su aserto en *Ariel* sobre la literatura norteamericana: *Las alas de sus libros ha ya tiempo que no llegan a la altura universal en que sería posible divisarlos.* (Ob.238)

Entre el millar y medio de autores citados por Rodó no aparecen éstos. Pero a nadie escapa que de internarse en el estudio de Emerson habría de tropezar con ellos, en cuanto imbuidos en las mismas preocupaciones morales. Si no le interesaron, si no halló qué resaltar en sus obras, ¿puede derivarse de ello su absoluta ignorancia de la literatura norteamericana? Sólo un endeble criterio crítico arribaría a tal conclusión. Aunque se probara que los desconoció, la afirmación, si no insostenible, es osada.

Tuvo Rodó muchas otras maneras de informarse sobre el gran país; se desprende de su texto. Es también falaz el puente que establece el crítico entre esta suposición y la no menor de atribuirle antinorteamericanismo. Salvo que lo derive del hecho de que Rodó era anti-imperialista. Serlo significa oponerse a toda política de esta índole, la ejercite quien sea. Oponerse, en el caso, al imperialismo norteamericano, – aunque ello no surge en *Ariel*, y no parece que Torres Rioseco haya ido mucho más allá de él, – no significa ser ambiguamente antinorteamericano. A menos que demos vuelta el criterio de Emerson y juzguemos a los habitantes de los Estados Unidos responsables de la política impuesta por su plutocracia gobernante. Este hecho sí lo establece en *Ariel*.

No he terminado con el comentario de Torres Rioseco que me está alejando de mi propósito central. Mas pecaría de deslealtad si no refiero algo más a sus reflexiones sobre Rodó. Estas, estrictamente dentro del campo literario es de lo mejor y más exacto que se ha dicho a su respecto. Tras registrar la evolución de Rodó, añade:

*Rodó abandona entonces en forma definitiva ( ) el tipo de crítica española para entrar de lleno en las corrientes de la crítica europea... ¿Cómo no apreciar (su) contribución tan generosa a la estética; esta nueva manifestación del estilo poético aplicado a una disciplina de rígidos conceptos y frías formas? Imposible dejar de reconocer que José Enrique Rodó es el creador de una nueva técnica en la cual se funden el juicio exacto con la forma alada y artística. Se adelantó, en su afán de definición esencial del arte, en el análisis interno, en el tono modernista, a ese nuevo definidor de valores literarios que se llama José Martínez Ruiz y, en cierto modo, es Rodó un precursor de José Ortega y Gasset...*

*Con la prosa de Rodó el estilo español cambia bruscamente. Era la época de los afrancesados: de Gutiérrez Nájera, de Silva, de Darío. Pero sería simplismo creer que Rodó es solamente eso. Al contrario, su estilo de períodos largos, ondulantes, con regulares pausas, con un ritmo sostenido de vaga música, es por su esencia del mejor clasicismo español, un estilo cervantino. Pero Rodó es hijo de su siglo y, a pesar de sus negaciones, es un espíritu actual, y por este motivo su casticismo se remoja y adquiere de la mejor forma francesa el orden y la armónica distribución de los elementos de la oración. Es clásico por otra causa. Siempre trata de acordar el ritmo de su verbo a la intención de su idea, de manera que al tratar de cosas profundas o trascendentales su estilo es grave*

*y con cierta pesadez; si describe una escena idílica, su frase se desliza transparente y cristalina; si su pensamiento va cargado de pasión, puede ser breve, áspero, incisivo. Sin ser demasiado ornamental, posee una elegancia rara en nuestro idioma; sus imágenes van hacia la forma parabólica con lejanas influencias bíblicas. Burila su frase con amor, con un sentido plástico, pero continúa siendo objetivo, impersonal. A pesar de que prefiera el período largo, lleno de largas interpolaciones, abundante en referencias, en repeticiones, no tiene la monotonía de los escritores neoclásicos. Al contrario, ningún prosador contemporáneo le ha superado en la pureza de dicción o en la levedad de las largas oraciones sostenidas por una profusión de adjetivos.*

Precisa y conceptuosa apreciación del estilo de Rodó. Me place reconocerlo, lamentando que su autor no haya estado a su propia altura en cuanto a otras valoraciones sobre la obra total. La precedente incursión nos ha hecho andar medio camino en cuanto al tema del estilo. Porque para hablar de su estilo hay que volver al Modernismo. En el significado amplio de esa corriente encontraremos a Rodó. Considerar su estilo literario trae de suyo la modalidad de su pensamiento, nos obliga a mirar hacia los dos flancos de un mismo promontorio continental. De un lado el modernismo literario; del otro, el Positivismo, una actitud filosófica.

Ante todo: el enjuiciamiento de Rodó a *Prosas Profanas* es el de un positivista a un modernista. Pero a la vez el de un modernista a otro modernista. Hay aquí un cruce de planos. No debe olvidarse que el concepto de *modernismo* sobrepasa el sentido literario. Es una protesta por la libertad desbordando el molde. La literatura, aunque a veces adopte las galas funambulescas de las *Prosas*, nunca deja de ser ese organismo vivo que reproduce, entre los hilos de su malta, – según la concepción de Rodó – el palpitar de la sangre que corre por las venas y las arterias de la sociedad que la produce.

Cuando Rodó declara no ser adversario de Darío, cuando de sus conversaciones con él derivaba su creencia de que su pensamiento estaba fielmente en él, cuando hablaba de ahondar sus *pensares*, debajo de los que se reconocerían como buenos camaradas de ideas – ocasión en que se proclama *modernista también*, – no se está limitando a la expresión literaria. Hay allí algo más: está el pensamiento, están las ideas, está el ansia de evadir la reja de las normas rígidas. Es lo que hace el poeta nicaragüense en sus *Prosas*. El impulso detrás de esa libertad es el mismo soplo espiritual que hinchó las velas del romanticismo literario. Poco importa que se haya expresado en la peculiaridad de la prosa o del verso que hoy reconocemos como modernistas. El *modernismo* en el más lato sentido de cambio de postura respecto al realismo y el naturalismo del siglo XIX es: Barrès, Loti, Bourget, Maupassant, Maeterlinck, D'Annunzio, Pascoli, Sudermann, Strindberg, Schnitzler, Hauptmann... Tal la visión europea de Julián Marias. (139) Responde a la misma raíz psicológica que dio arranque y cauce al Romanticismo.

Otro europeo, Prampolini, nos dice que *si se prescinde de su más amplia cualidad de fenómeno espiritual y social, el Romanticismo procede del descontento por lo tradicional y de la inquieta necesidad de librarse de formas finestas, no por sí mismas, sino por lo limitado del campo de la imitación...* (140) Es, en esencia, un movimiento de reacción, frente a un mundo envejecido, que había administrado el clasicismo con cuidado, destilándolo en fórmulas y formulitas, hasta reducirlo a una tenuidad opalina... Su origen hay que buscarlo en el seno de un deseo similar al que motivara el romanticismo.

En su génesis psicológica, el romanticismo, como vehemente ataque al clasicismo es un verdadero caso de explosión mental. Los diques levantados por el Humanismo y el Renacimiento en torno a la sensibilidad, cada día dotada de mayor fuerza, cedieron de repente, dejando libre curso a las energías acumuladas. Éstas buscaron una orientación, y la encontraron en zonas que, cronológicamente y geográficamente estaban inmunes a los influjos clásicos directos o indirectos; en la Edad Media, en el Oriente, hasta en América... Sin hacer cuestión de términos ni matices, uno y otro fenómeno proceden del mismo corno espiritual. El Modernismo no reacciona contra los diques del Humanismo sino contra los del Realismo y el Naturalismo, que bajo la común impronta del Positivismo venían cercenando la libertad de pensar. El modo de ver la vida, un nuevo troquel donde el vaciado plástico,

dúctil al principio, comienza a solidificarse bajo la acción catalizadora, irreversible, de las tres décadas corridas. Es, sí, una explosión mental que rompe el cauce estrecho – el hábito – que no deja ya circular la energía. Ceden los diques estentóreamente, al modo como ocurriría con el Romanticismo, y el espíritu, en su afán de reto, en medio de una fiesta sonora y luminosa, en lugar de acogerse a la realidad obsesiva, busca refugiarse en los mitos del pasado, en los símbolos de un tiempo prestigiado por la imaginación opuesta a la áspera prosa positivista que cerca y asfixia; abre una válvula al mundo de la fantasía. ¡Es el desquite contra tanta realidad!

No fue solo Darío quien quiso respirar el aire de la renovación. Hubo otros, y entre ellos Rodó mismo, quien más de una vez habló del *positivismo estrecho*. Volvamos a la visión de Prampolini.

*El Romanticismo literario fue ( ) un laudable ejemplo de ética, la primera etapa de un camino hacia un máximo de sinceridad, que es lo que distingue a las recientes fases de la literatura occidental. El Modernismo es la segunda etapa. ( ) Pecaron por excesos, el uno como el otro, y excesos de todo tipo. Si del primero, por tal causa, poco es lo que ha sobrevivido, del segundo no es mayor la cosecha... ( ) Por encima de las modas transitorias y a pesar de los cánones rígidos, toda escuela dejó gérmenes a los que no podemos negar su lejana eficacia en nosotros mismos y contribuyó al enorme enriquecimiento, en amplitud y en profundidad, del dominio literario. Esto parece ser ahora el mérito más grande del siglo XIX: haber incorporado a la literatura una ingente cantidad de elementos humanos, jamás considerados y disfrutados antes; así como haber conquistado zonas que necesariamente escapan a los grandes clásicos, realizando de este modo una fundamental renovación ( ) con su impaciencia, con sus afanes, ha dejado poco verdaderamente grande ( ) en cambio ha seguido mayor número de direcciones que todos los siglos del humanismo.*

Para el crítico constituye el XIX un siglo de transición. El *Modernismo*, su broche, confirma ese carácter, que opera al filo de dos siglos. Insistamos en que considerarlo meramente en el plano literario, prescindiendo de los aspectos espirituales y sociales que lo rodean, es válido sólo como abstracción convencional.

Juan Marinello confina el *Modernismo* al solo quehacer literario. (141) En un artículo polémico, el cubano apunta los caracteres exteriores del movimiento. Las notas, por el propio enfoque polémico, aparecen dispersas: *Modernismo ( ) una lírica de exquisiteces, con acento francés e inclinación por las innovaciones formales: métricas y estróficas. Y que, por su interés prendido en los hallazgos expresivos, centra, embebida, sus temas en el individualismo, el preciosismo y la sensualidad.*

Alrededor de este eje – *una literatura de trouvailles, no de resonancias* – gira el ausentismo de sus cultores, que lo son de un *mundo aparte*. De esta postura, de sus preferencias temáticas, vendrá, inexorablemente, *el desentendimiento* de lo americano. La apetencia de inmortalidad de los modernistas tomó la vía del hallazgo formal para expresarse. A distancia, por ello, de una obra enraizada en la fecunda cercanía. *Pero tales novedades formales y el acatamiento a tales magisterios han de ser moldes de actitudes espirituales y de preferencias temáticas donde se descubre lo más válido del movimiento...* - agrega el crítico.

Subsiste, no obstante, el reduccionismo. Este carácter limitativo de su apreciación se hace desde el punto de vista marxista. Así lo declara. Desde esta mira la cosa se enreda y mucho. Y más lo enreda – o se enreda Marinello – cuando apela al juicio de Rodó sobre el *Modernismo*. La perspectiva de Marinello pierde claridad al considerar el *Modernismo* fuera de sus múltiples connotaciones espirituales – históricas, geográficas, sociales, culturales. Es congruente en cambio, el enfoque de Anderson Imbert, al trazar su marco histórico y es objetivo el de Torres Rioseco.

Conocemos ya el juicio que *el modernismo de Darío* merecía a Rodó; también el que le merecían sus epígonos. Replicando Marinello a su contradictor, sobre un cambio en ese juicio de 1899, negativo de la condición americana de Darío como poeta, transcribe estas palabras de Rodó que fecha en 1912:

*El movimiento modernista americano que, en relación con el arte fue, en suma, oportuno y fecundo, adoleció de pobreza de ideas y de insignificante interés por la realidad social, por los problemas de la acción y por las graves y hondas preocupaciones de la conciencia individual.*

Marinello no tiene dudas sobre el talento crítico de Rodó. Además de talentoso, y quizá como condición de ello, Rodó era *preciso*. En carta que cita - a Ramón A. Catalá (Ob. 1006), de enero 1911, no 1912), precisa, en efecto, su opinión sobre el movimiento modernista americano. Las condiciones que descubre implican la existencia de otros sectores del movimiento, por ejemplo, *el europeo*. No dice, allí, que al movimiento europeo sean adjudicables las mismas notas. ¿Cabrían esas notas – como caben al Darío de la primera hora – a los diversos autores citados por Julián Marías en el inicio de nuestra reflexión?

El camino se abre para mostrar, así, el carácter ya indicado de reacción espiritual por más anchos y más altos horizontes que la que representó en América *el Modernismo* que se considera por antonomasia en el Darío de las *Prosas*. Tiene otro interés la cita de Marinello. El comentario que añade, por venir de un marxista como él, merece transcripción literal para inducir a la reflexión a algunos congéneres que han buscado figuración enturbiando la imagen de Rodó en la vertiente de su pensamiento social. Comienza el cubano por la salvedad de que donde Rodó se refirió al arte, debió decir *forma*. Por lo demás, las objeciones de Rodó al *modernismo en su modalidad americana* representada por la tendencia que encarnó inicialmente Darío, le parecen exhaustivas:

*Hay que destacar la magnitud del juicio de Rodó por lo que supone, en su tiempo, de penetración valerosa y eficaz ( ) por su hondo sentido dialéctico. El escritor uruguayo nos confirma cómo la falta de interés por la realidad es – correspondencia obligada – falta de interés por los grandes problemas de la conciencia individual. Nunca ha ocurrido de otro modo. Sólo la realidad puede engendrar, en su impronta sobre la mente del escritor, (que no por serlo deja de ser hombre) la reacción capaz de producir hondos conmociones espirituales... ¿Cuándo se acabará por aceptar que la más lograda cristalización artística no se alcanza sino por el sustento de las realidades más hondas de cada época?*

No otro fue el sentir de Rodó. ¡Llámesele marxista! Desde sus primeros pasos aparecen esas coordenadas. A lo largo de mi investigación he venido poniendo de relieve su criterio social no sólo manifiesto en su crítica a Darío. Ese criterio integra el estilo de su pensamiento; se entraña en sus valoraciones, en su *militancia literaria*, en su ver la literatura como organismo vivo y no como ejercicio retórico. Dice Marinello que sí Rodó

*hubiera sido marxista hubiera entendido que no puede haber arte oportuno y fecundo (en un grado histórico) cuando se trabaja, nada menos, que con pobreza de ideas, insignificante interés por la realidad y por los problemas de la acción e indiferencia por las conmociones de la conciencia.*

Este error de óptica no es privativo del cubano; lo es de una mentalidad. Resulta claro, y hasta elemental, que no se necesita ser marxista para señalar lo que, precisamente sin serlo, señala Rodó en el *modernismo americano*. Es menester, en cambio, ser marxista para creer que este tipo de preocupación por lo social, pertenece, en propiedad, y bajo patente de invención, al marxismo.

El sentir de Rodó, por otra parte, no conoció altibajos. En lo social se manifestó tempranamente. Pero se hallaba ya formado en él antes de formularlo en su comentario sobre *las Prosas*. En 1896 escribe a Leopoldo Alas: (Ob. 1323/24)

*... nuestra reacción antinaturalista es hoy muy cierta, pero muy candorosa; nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad. En América, con los nombres de*

*decadentismo y modernismo, se disfraza a menudo una abominable escuela de trivialidad y frivolidad literarias: una tendencia que debe repugnar a todo espíritu que busque ante todo, en literatura, motivos para sentir y pensar. Los que hemos nacido a la vida literaria, después de pasados los tiempos heroicos del naturalismo, no aceptamos de su legado sino lo que nos parece una conquista definitiva; los que vemos en la inquietud contemporánea, en la actual renovación de las ideas, y los espíritus, algo más, mucho más, que ese prurito enteramente pueril de retorcer la frase y jugar con la palabra, a que parece querer limitarse gran parte de nuestro decadentismo americano, tenemos interés en difundir el concepto completamente distinto del modernismo como manifestación de anhelos, necesidades y oportunidades de nuestro tiempo, muy superiores a la diversión candorosa de los que se satisfacen con los logogrifos del decadentismo gongórico y las ingenuidades del decadentismo azul.*

Su temprano intento de difundir este concepto del *Modernismo* trasluce el fondo de su pensamiento.

Si la concepción de Marinello sobre el *Modernismo* reducido a *literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal*, para decirlo con palabras de Rodó a Unamuno (Ob.1386) es correcta, no se concibe que él mismo se considerara un *modernista*. Tampoco se comprendería lo que dijo allí sobre *pensamiento e ideas*. Porque si poseía el poderoso talento crítico que justificadamente se le atribuye, habrá que admitir sin más que sabía bien lo que se decía cuando afirmaba su vocación modernista. En tal caso, a menos que se le ponga en el plano de Darío y seguidores – de quienes le separa un abismo – hay que concluir que el *Modernismo*, según el cubano, no es lo que el propio Rodó describe en su carta a Unamuno: *En América sigue predominando la literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal. Luchamos por poner en circulación ideas; por hacer pensar; por formar público para el libro que trae quelque chose dans le ventre...* Que el *Modernismo* no circula sus límites a sus tópicos; que lo suyo era *una milicia de ideas y pensamiento, una milicia social* empeñada en la brega de la palpitante realidad. Que aunque tal literatura se exaltara en América, (minoritariamente) no existe sólo el modernismo literario.

Es legítimo afirmar, en suma, que el *Modernismo*, portador de *quelque chose dans le ventre*, según la expresión de Zola recogida por Rodó que, lejos de constituir un movimiento puramente literario, encerraba una actitud espiritual, inquietudes profundas y fermentales con arraigo en el suelo social, comportando una reacción libertaria de otro signo. La evolución de Darío, como la de otros modernistas inicialmente cultivadores del mismo género escapista, - un Quiroga - daría mucho paño para cortar. El frontispicio del propio Darío a sus *Cantos de Vida y Esperanza* es elocuente del carácter de su reacción: *El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América...* Habla allí de la *expresión poética anquilosada, de la momificación del ritmo...* Y no se cansó de repetir que su poesía era suya, y nada más. En las *Dilucidaciones a El Canto Errante*, aunque no quiere ser polémico, se vuelve tal:

*Nunca he dicho: "lo que yo hago es lo que se debe hacer." Antes bien, y en las palabras liminares de mis Prosas Profanas cité la frase de Wagner: ( ) "Sobre todo, no imitar a nadie, y mucho menos a mí...", todo lo cual, como a nadie escapará, mucho tiene que ver con ese sentimiento de libertad, que no proclamó sólo para sí (tengo dicho que la libertad es una) dentro del ámbito meramente idiomático. Bienvenido sea en no importa qué esfera, el que nos habla de libertad, y más si, al mismo tiempo, con su gesto o con su obra, nos da excelso ejemplo de su práctica.*

Esto tiene un trasfondo sociológico que, dentro, o fuera, o contra las coordenadas marxistas, es digno de meditar. ¿No será Darío, como Rodó, - no será el *Modernismo* - uno de los tantos casos de rebelión del espíritu contra las circunstancias ambientales, contra la opresión, venga ésta del Estado, de las ideas consagradas, de la multitud, o aun de la *minitud*? Tengo para mí que el *Modernismo* responde a un impulso espiritual de alto vuelo. Dejo de lado sus manifestaciones europeas... Me restrinjo a la

*generación del 900* en el Uruguay. *Modernista* es, en poesía, con sus gestos, sus desplantes y sus versos, Julio Herrera y Reissig. *Modernista* es Florencio Sánchez en la expresión de sus inquietudes sociales. *Modernista* es Carlos Reyles en sus planteos, y en más de una de sus realizaciones de la novela psicológica, - no sólo de *la novela nueva*. Lo es Quiroga, no por *Los Arrecifes de Coral*, sino por la sensibilidad torturada de muchos de sus cuentos; y cosa parecida cabría decir de Javier de Viana. *Modernista* es, en fin, en otros y diversos planos, Rodó - en la faz de su pensamiento como en la literaria, - y Carlos Vaz Ferreira, en su filosofía de pensamiento concreto y en su *sentimiento* - ésta es la palabra - social, tan compartido con Rodó.

De Juan Ramón Jiménez, que motivos tuvo para saberlo, son estas apreciaciones de 1935:

*El Modernismo no fue solamente una tendencia literaria: el modernismo fue una tendencia general. Alcanzó a todo...* Y estas otras, de 1940, que cita E. Rodríguez Monegal (Ob.82)

*El modernismo, aceptado en nombre o no por los que le dieron motivo y razón, el auténtico 'modernismo' que, como un río, corría bajo su propio nombre con destellos ideales y espirituales, ( ) fue, es, seguirá siendo en la realidad segura con expresión accidental, mejor o peor, de un cambio universal, ansiado, necesitado hacia 1900, repito: un reencuentro fundamental de fondo y forma humanos...*

### 3. La Generación del '900.

Tiempo es ya de acercarnos al grupo de intelectuales que dan pie con su fecunda labor para tomárselos como una *Generación*, y que, dentro de los parámetros que hemos manejado para el *Modernismo*, parecería inseparable de este movimiento que desbordó las fronteras continentales. Traza Anderson Imbert, en su citada *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, período 1895-1910 el

*Marco histórico: industrialización. Fuerza del capitalismo internacional... España pierde sus últimas posesiones en América. Tendencias culturales: Plenitud del "Modernismo".*

El período comprende a los escritores nacidos entre 1870-1885. Es el período del militarismo, drama vivido hasta 1790, no ajeno a los vaivenes de orden económico registrados en el país. El primero de esos años, al que *el espíritu luminoso* de Carlos María Ramírez llamó *el año terrible*, abre el período tormentoso en que a las sequías del campo, con gran mortandad de haciendas, se suma el coletazo de los problemas financieros que venían desde la Guerra Grande. Arriba Latorre al poder enfrentado al barón de Mauá como consecuencia del Convenio que el Gobierno de Ellauri firmara con el poderoso banquero.

La mentalidad positivista, anunciada por José Pedro Varela empieza a ser, consustancial con el clima que se vive. Pasaremos por alto los aspectos económicos y la crisis financiera que enfrenta al gobierno de Julio Herrera y Obes, al iniciarse el tramo histórico del civilismo. El factor económico queda encuadrado en la incursión que hemos hecho sobre el liberalismo en esta vertiente, más no agotado. Al iniciarse el nuevo siglo se levanta una ola de inquietudes al respecto, manifestándose en el ambiente con cierta fuerza las ideas del anarquismo y el socialismo. Zum Felde, que próximo a ese momento, completa el clima:

*Una circunstancia especial contribuyó a la difusión y entendimiento de aquellas ideas: la Editorial Sempère, de Valencia, que traducían al castellano las obras de los escritores revolucionarios de Europa ( ) vendiéndolos a precios populares. Así se dio curso callejero a libros que, hasta entonces, sólo estuvieron reservados a los estudiosos. Stirner, Marx, Proudhon, Nietzsche - los ideólogos revolucionarios - andaban en todas las manos, compartían los más oscuros cuartuchos y se sentaban a las mesas de todos los cafés bohemios, operando su influjo sobre un terreno que abonaban los propagandistas*

*del materialismo científico, los Haeckel y los Bushner, y en consonancia con esta vulgarización científico-filosófica, de tendencias revolucionarias, las sugerencias literarias del drama de Ibsen, de la novela de Tolstoy, del cuento de Gorki.*

Corresponden en efecto a Sempère la mayor parte de los títulos de esta naturaleza existentes en la biblioteca de Rodó. Esos nombres han tenido un lugar en la literatura mundial, como el de Gorki, aunque no aparece recordado por él, estaban indudablemente en su conocimiento. Otros de los citados aparecen con frecuencia en sus páginas. Haeckel, junto a Darwin y Humboldt, cuyas obras debió conocer directamente, si no le hubiesen llegado por medio del evolucionismo spenceriano que sentara sus lares en estas tierras, como ya viéramos. Mas que los nombres en sí, importan aquí las corrientes de ideas, los criterios intelectuales que ellas comportan. No cabe duda sobre que Rodó bogaba en las aguas profundas de todas las corrientes del momento. Evidencia de ello, estas palabras a Rafael Barret en 1910, que aparecen en *El Mirador de Próspero*: (Ob.654)

*... aun aquellos que no somos socialistas, ni anarquistas, ni nada de eso, en la esfera de la acción ni en la doctrina, llevamos dentro del alma un fondo, más o menos consciente, de protesta, de descontento, de inadaptación, contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa como tiene entretejidas en su urdimbre este orden social transmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria.*

Hay otra página ya recordada, *Anarquistas y Césares*, reveladora de su espíritu libertario. Entre sus papeles íntimos, se encuentra un escueto significativo apunte - quizá el borrador de una idea a desarrollar - que dice:

*... Mis resistencias al socialismo... Exponerlas a propósito del gran rugido que se levanta. Siento reconvenções. Todo esto de arte, aristocracia, selección, no serán vanidades ilícitas frente a los derechos que... Nunca podré sofocar en mí el sentimiento de la personalidad.*

Esta nota íntima es de capital importancia para penetrar los entretelones del pensamiento de Rodó. Poco trasunta de su vida en sus escritos públicos. No obstante hay detalles, aquí y allá, que arrojan luz sobre el asunto que tratamos. Por ejemplo una página crítica de 1902 que dedica a la colección de poesías de Emilio Frugoni, poeta que integró la generación del '900 y que no suele nombrarse como correspondería. Dicho, agreguemos que Frugoni fue el fundador del Partido Socialista en el Uruguay y su conductor durante décadas. Esa página la recoge más tarde en *El Mirador de Próspero*, signo revelador de su aprecio por ella y de que no fue escrita por compromiso. Sabido es que Frugoni surgió dentro del Partido Colorado. Era casi diez años más joven que Rodó. Sus relaciones, empero, fueron más estrechas de lo que parece a través del tiempo. Interesa el punto en cuanto al conocimiento de Marx por Rodó. Es un campo rico en sugerencias y sirve para medir, entre otras cosas, su sinceridad literaria. Unas pocas líneas nos colocan en el centro de sus inquietudes y en su milicia anexa a lo social. Los versos de Frugoni no son, aquí, de aquellos que levantan banderas de lucha. Son líricos, intimistas. (Ob.585)

*Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, ensimismada... (la impresión se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva ( ) dentro de sí. Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia. No sé si habrá quien, después de conocida la obra, aconseje al autor que atienda a lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta con la personalidad colectiva de su pueblo...*

Sin duda, el aconsejado siguió las directivas del Maestro.

¿Quién enjuicia, un conservador a un socialista o acaso es un socialista el que reconviene cortésmente al poeta lírico por olvidar el clamor de la calle? Pues es Rodó, cuya voz interior le hace acallar sus apetencias de arte ante los problemas que en esos momentos conmueven al país. Aunque oye esta voz, dice luego que no se sumará a quienes quieran privar al poeta de manifestar su vocación. Se refugia, para ello, en el deber del crítico que se limita a juzgar la obra realizada en el campo al que la inspiración lleva. ¿No estamos ante el mismo sentimiento con que enfrentara las *Prosas Profanas* no mucho antes?

El primer apunte no tiene fecha; el de 1914, ¿no proviene de las raíces ya presentes en el tiempo en que lo escribe? He aquí una serie de fechas: 1897, 1902, 1914. La sensibilidad social de Rodó, manifiesta desde su estudio sobre Darío no ha sufrido quiebres. En otro plano el tramo transcrito pone al descubierto su relación personal con Frugoni: no hace la crítica desde el libro publicado, sino desde los originales que, como es de suponerse, no se confían a un extraño sino a alguien con quien se tiene afinidades y estrecha relación. Esta comunidad no se limitaría, claro, a hablar siempre de asuntos líricos. A ambos preocupan los problemas políticos, al marxista (en ciernes, que ya debía ser Frugoni,) como al individualista que señala al que supuestamente no lo es, que su poesía *dulcemente egoísta*, le aparta del fragor que golpea la puerta de la conciencia. Dice - con urbanidad - *envidiar al poeta que dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces emociones que nos vinculan a estas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio*. Hay en estas líneas, todavía, un doble interés histórico. Nos presenta a otro integrante de la generación del '900 en sus 22 años, en una faz distinta a la que le llevarían luego los avatares políticos. Por el otro lado, nos muestra a Rodó, no en la torre de marfil, sino en su ajetreada situación personal.

Ardao, a la muerte de Frugoni, pronuncia unas palabras en nombre de la Universidad: *Nueve años menor que Rodó, una estrecha y admirativa amistad de discípulo a Maestro lo unió. ( ) Amistad que tuvo un breve pasaje de compañerismo político, pero que fue definitivamente, además de personal, afectiva, literaria e intelectual...*

Refiriéndose a un ensayo de Frugoni - *El factor espiritual en el materialismo histórico* - señala Ardao que es aquí donde reaparece, para sorpresa de ciertas interpretaciones vulgares del pensamiento de Rodó *la afinidad en planos sustanciales entre la filosofía de éste y la de Frugoni, que entendía ser - y esencialmente lo era, la del mismo Marx*. Añade aún: *... hay en el marxista Frugoni un declarado idealismo del valor, cuya génesis personal es indivisible de su fuente histórica arielista. (142)*

Sigamos espigando hechos de aquel momento. Recurramos ahora al libro de Carlos Manini Ríos, *Una nave en la tormenta*. - (143) Estamos en 1904. Frugoni volvía disgustado de la guerra civil en que se había enrolado como otros integrantes de la generación del '900. Nos dice el autor: *Antes idealista, mientras componía poesías y seguía con ritmo calmado sus estudios de abogado, había fundado con José Enrique Rodó y Carlos Reyes, el club colorado Libertad, en un intento de adoctrinar al Partido*. Al terminar el año le vemos afiliado al *Centro Socialista Carlos Marx, refugio de la militancia política y sindical-socialista en el que puede apreciarse un cuadro de Carlos Marx*. Un lustro después, ya hombre maduro, Frugoni publica su *Manifiesto Socialista*. *Evalúa en él la polítiquería criolla*. Propone el cambio de la estructura económica del país. Y sin más, apoyado en los *Centros Carlos Marx y Emilio Zola*, funda el Partido Socialista. Corre ahora 1910.

A este ambiente pertenecía Rodó. De varios modos podemos ver que el conocimiento de Marx no le era ajeno; asimismo que su posición opuesta al socialismo no era improvisada sino fruto de la meditación con matices tales que, en ciertos momentos, más que un contrario nos parece representarlo. Rodó mismo ha dicho qué le separaba de él. No la sensibilidad ni el desapego a las causas sociales. Sólo lo que implicaba un severo riesgo de cercenar la libertad individual, que es decir la libertad social puesto que la sociedad se compone de individuos. Y más que temer su mengua hay que pensar en su avasallamiento. En la praxis, los ejemplos históricos con que se ha cerrado el siglo XX nos relevan de demostrar la razón de su cautela. Nunca olvidar que las políticas sacras en la doctrina han de ser ejecutadas no por santos sino por hombres de carne y hueso. Tampoco olvidar, con Artigas, que *la*

*probidad de los hombres es veleidosa* y que el poder corrompe. Los atropellos son pan de cada día. Tales las razones por las que Rodó no fue socialista. De su molino jamás fue posible arrimar agua al socialismo. Este ha sido el secreto encono que, sumado al del batllismo, se le guardó siempre en el campo político, trascendido a los demás que abarcó su actividad, incluido el literario al que se le confinó, privando de su magisterio espiritual y de sana política, a varias generaciones.

Según Manini Ríos, a Rodó y a Batlle, los apartaba sus temperamentos. Pero más les separó el problema de un poder *ejecutivo colegiado*. Tampoco Batlle era socialista, si bien su programa le acercaba a este Partido en algunos aspectos. No estuvo Rodó alejado del batllismo. Pude así afirmar que Rodó, en cierto modo, era batllista... para sorpresa del Dr. Emilio Oribe que personalmente me dio a entender su discrepancia. No me apeo de mi punto de vista: teniendo en cuenta que Rodó era colorado - porque no era blanco - fue batllista porque en la época Batlle representaba la opción política más avanzada. A mayor abundamiento podría recordarse la aseveración de Göran Lindhal: *conforme a La Mañana Batlle asegurará que el Partido Riverista estaba infiltrado del espíritu del batllismo y subrayó que riveristas y batllistas tenían las mismas tradiciones y que en materia de espíritu conservador está muy lejos de ser nuestro adversario.* (144) Lo decía Batlle en 1925.

Concluyendo con este aspecto del clima político que se respiraba, digamos que Rodó no desmintió nunca su espíritu liberal. Mientras otros separaban los codos, supo abrir paso a la representación del socialismo en una Constituyente. En el mismo tenor mostró su simpatía al Dr. Alfredo Palacios, el socialista argentino, en un acto de adhesión a su personalidad. Entendió, en fin, la razón de la corriente socialista que ensanchaba su cauce en el mundo. Pero él no podía ser socialista. No obstante contó con la simpatía y admiración, nada menos, que de Jean Jaurès. Hugo Manini Ríos, en su obra *Rodó y la Gran Colombia*, nos aporta un valioso testimonio. Llegaba el inolvidable tribuno francés a Montevideo. Sería agasajado en el *Club Uruguay*. En el puerto le esperaban Pedro Manini Ríos y Emilio Frugoni. Tan pronto desembarca les solicita que Rodó esté presente en ese encuentro. En 1917, en la sesión del Senado, al saberse la muerte de Rodó, refiere el abuelo del autor: (145)

*En lo que me es personal recuerdo con verdadera y profunda emoción, que aquella águila de la tribuna francesa, el gran Jaurès en ocasión del banquete que se le diera a su paso por Montevideo solicitó vivamente que Rodó fuera uno de los comensales, porque quería conocer y cultivar al autor de 'Ariel', cuyo libro produjo en su espíritu, según declara, la impresión imborrable de ser uno de los evangelios más acabados del verbo latino.*

El despertar de crecientes incertidumbres sociales, navegando en las diferentes doctrinas filosóficas, políticas, económicas, es lo que el crítico argentino Anderson Imbert ha señalado dentro del marco de la industrialización, cuyas fronteras se extendían a partir de fines del siglo XVII. Ya no era Albión el emporio indiscutible de las manufacturas, expandidas por el mundo a partir de 1805, año que comenzara a adueñarse de los mares, poniendo en movimiento no sólo mercancías, sino igualmente ideas que sobreolaban sus aguas.

Pasando por alto el aspecto a que daba lugar el febril movimiento mundial - al tiempo que las artes y las inquietudes intelectuales de todo tipo cobraban alas - volvamos al punto de ver las sendas que se abren entonces.

Anderson Imbert aprecia que América va dejando atrás el tiempo crítico de su anarquía, para entrar en una era de prosperidad, por lo menos en algunas ciudades. *Hubo más división del trabajo y una de las especializaciones fue la literatura.* Viene al caso su observación para considerar la intensa actividad literaria del 900.

No había existido hasta entonces, adviértase, el escritor de profesión. De todos aquéllos en cuyos escritos hemos espigado - desde Manuel Herrera y Obes, figura de primera magnitud en la década de 1840, hasta Julio Herrera y Obes, su hijo, de igual rango en los años próximos a 1890, - tal vez no en-

contrariamos uno a quien dar el nombre de escritor profesional. No importa la cuantía de sus páginas o sus libros, a veces numerosos. Ni ellos, ni Esteban Echeverría, ni el propio Sarmiento - de proficua labor literaria - ni Carlos María Ramírez, ni José Pedro Varela, dedicaron sus *ocios* al libro. Escribieron mucho, principalmente como periodistas, como políticos, concibiendo la hoja escrita como elemento de combate, arma de lucha o, cuando menos, de educación social. No escapa a este criterio general, en el Río de la Plata, la obra de relevamiento americanista de Juan María Gutiérrez, en quien Rodó, en tal sentido, puede reconocer un antecesor. Las excepciones, si las hay, confirmarían la regla.

*La especialización de la literatura* es, pues, un fenómeno nuevo, que se perfila hacia el 900. En América - por sí y por la vinculación de su nombre con Rodó - citemos a Rubén Darío, escritor paradigmático en este sentido. En otro género, y en otro sentido, lo constituye - quizá haya que hablar ahora de arquetipo - José Enrique Rodó. Surge a la vida literaria con la *Revista Nacional*, junto a Víctor Pérez Petit, escritor de vasta obra que encuadra ya en el nuevo concepto. Y surge como crítico, antes que como ensayista, antes que como periodista y antes que como escritor político. La especialización de Rodó, entre 1895, fecha en que aparece la *Revista*, y 1900, fecha en que publica *Ariel*, es de crítica literaria. Se vive un momento de gran efervescencia en el campo de la literatura en general. Arturo Sergio Visca ha sintetizado la década que cierra el siglo y abre el siguiente expresivamente. Afirma, en su *Visión General* sobre la *Vida Literaria del Novocientos*, refiriéndose al paso de un siglo al otro:

*El ambiente intelectual ( ) se caracteriza por la gran variedad de tendencias que se entrecruzan y que tan pronto parecen converger hacia un centro común como partir de un centro común para divergir bien pronto. Esta heterogeneidad hace que el periodo ( ) sea extremadamente complejo. Para intuir esta complejidad es suficiente recordar los trazos de la obra y personalidad de las figuras más representativas. El periodo se dibuja, entonces, con los rasgos de una fisonomía intelectual que aúna muy diversos matices. Junto al naturalismo zoleano de gran parte de la obra de Javier de Viana (1868-1926), y al realismo del teatro de Florencio Sánchez (1875-1910) se halla la envarada atmósfera lírica de Julio Herrera y Reissig (1875-1910); junto al pensamiento denso y serio de José Enrique Rodó (1871-1917), las distorsionadas creaciones de los primeros libros de Horacio Quiroga (1878-1937); junto a la penetración crítica para el análisis filosófico de Carlos Vaz Ferreira (1872-1938), el erotismo, por momentos narcisista y desmelonado, de la poesía de Delmira Agustini (1886-1914); junto a la narrativa de Carlos Reyles (1868-1938), empeñado en penetrar el corazón de su época; la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924), enclaustrada en una orgullosa soledad a la que no es ajena la angustia existencial o metafísica. La complejidad de este cuadro se acrecienta aún más si se recuerda que algunos de estos creadores impusieron a su orientación literaria golpes bruscos de timón que variaron su trayectoria. Y se acrecienta aún más si se recuerda - quedan citadas solamente las figuras prominentes de la llamada generación del 900 - que se hallan aún en pleno ardor creador algunos de los máximos escritores de la promoción anterior. Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931) publica ese gran mural épico-histórico que es *La Epopeya de Artigas* (1910) y Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) cierra con *Lanza y Sable* (1914) su tetralogía épico novelesca, iniciada con *Ismael* (1888), seguida con *Nativa* (1890) y continuada con *Grito de Gloria* (1893). (146)*

En esta síntesis se encierra, me animo a decir, el vértigo de un pensamiento multifacético, la inquietud intelectual derramada en las múltiples facetas de la cultura y de la vida. Rodó, hondamente inmerso en ella, tiene vinculaciones de algún tipo, con casi todos los componentes de esta activa generación. Obedecen esos contactos a la variedad de sus propios quehaceres y no a la clase de los que suelen agrupar a los escritores en cenáculos y ruedas camaraderiles. En tal sentido Rodó aparece más bien como un solitario en sus creaciones, en su modalidad. La relación que comprobamos por su correspondencia y por algunos datos transmitidos por su biógrafo Víctor Pérez Petit, y por críticos posteriores, revelan, agregado a sus otros intereses, el espíritu atento de Rodó al acontecer literario de

su entorno. Es patente este hecho, pues, en sus diversos escritos, de cortesía literaria, o prólogos críticos a obras contemporáneas, como en su correspondencia con figuras que no alcanzaron, al menos en el ámbito literario, la relevancia de las mencionadas por Visca. Esa relación se confirma consultando su biblioteca personal, donde aparecen numerosos libros, desconocidos hoy, de escritores compatriotas, remitidos a él con la esperanza probable de una palabra del crítico llegado al más alto rango. Lo dicho puede extenderse al entorno literario americano en general, y en buena parte, a España, lo que nos acerca a la comprensión de que Rodó, escritor profesional, se nos muestra como un intelectual de varia e intensa dedicación.

Ello, sin descuido de su militancia política que pronto le convierte en figura de creciente importancia y prestigio, hasta alcanzar el liderazgo en el enfrentamiento que se produjo dentro del Partido Colorado con su máximo caudillo, José Batlle y Ordóñez. Era para este tiempo, por sus estudios y vinculaciones, tanto como por su participación en actos y tareas conexas al medio político como al artístico, uno de los hombres más informados. Su acervo corría parejo con su multifacética formación cultural y con su inmensa capacidad de trabajo de la que es símbolo su lema de *Labor Omnia Vincit*, como contaba su hermano.

Topamos, así, con una de las claves de su excepcional personalidad que confirma el pensamiento de Goethe respecto a la proporción que ocupa el trabajo en el carácter del genio, reservándose la menor a la inspiración. Rodó reunió parejamente la singularidad individual y la ilimitada curiosidad del *Simbad literario*, como dijera de sí mismo, rubricadas ambas condiciones por la tesonera voluntad aplicada a un fin. Su parábola de *La Pampa de Granito* ilustra esa voluntad.

Algunos de los nombres que con sus obras más o menos perdurables iluminan la época, encontraron lugar en sus páginas. La relación con Reyles – escritor que ejemplifica ese viraje en la obra de que habla Visca – es notoria en el prólogo de su novela *El Terruño*, no siendo ésta la única que mantuvo con él pues por momentos militaron bajo las mismas banderas políticas. Una de sus primeras páginas de crítica, *La Novela Nueva* - 1896 - la escribe a propósito de *Academias* del mismo Reyles; existe asimismo una carta o apunte semicrítico sobre *La Raza de Caín*.

Hubo algún contacto epistolar y personal con Javier de Viana y con María Eugenia Vaz Ferreira mientras que con Horacio Quiroga sólo epistolar; la relación, aunque breve, es mutuamente apreciativa. Quiroga ilustra también el caso de ese tipo de escritor que, habiendo comenzado su obra dentro de la poesía *modernista*, tuerce abruptamente el rumbo para encontrarse a sí mismo en una literatura narrativa que se reparte entre la fantasía alucinada y la búsqueda de un naturalismo regionalista que conformaría el reclamo de originalidad a que Rodó aspira para las letras americanas. Hay asimismo evidencia de su conocimiento sobre la personalidad literaria de Eduardo Acevedo Díaz: en un prólogo ocasional menciona su proyección junto a Reyles, hablando de *la obra de nacionalización que el autor de 'Ismael' y el de 'Primitivo' han iniciado, con honor para su fama literaria...* (Ob.995)

Rodó conoció a Julio Herrera y Reissig y su obra. A ésta quizá de modo inconexo, según se ha apuntado, por la forma de publicar del poeta y dado que sus relaciones personales fueron distantes. No hubo aprecio inicial de Rodó por su poesía: más bien se señala un desvío por lo que representara como imitación del *Modernismo*, que Rodó había convalidado en Darío a título de excepcionalidad y originalidad personales, no creyendo que *el género*, para América, mereciera aliento. Rodríguez Monegal concluye que Rodó había abandonado disgustado el mundo poético del *Modernismo* para entregarse a la lucha americanista, mientras Herrera y Reissig se amurallaba en su *Torre* para crear la más pura poesía de nuestras letras y cultivar la leyenda escandalosa de su intensa personalidad...

También a Florencio Sánchez conoció Rodó. Él es quien presenta un proyecto de pensión para que el dramaturgo viajara a Europa a fin de perfeccionarse. Fundamenta el proyecto en *su talento*. Sánchez se afiliaba a ideologías políticas distintas de las de Rodó: se describe al autor de *M'hijo el doctor* como *anarquizante*, lo que no constituyó obstáculo para su actitud. Sobre él nunca emitió juicio crítico.

La iniciativa parlamentaria, entre otras firmas, se ve acompañada por la de Domingo Arena, fervoroso batllista y afín en sus ideas al dramaturgo.

Con Juan Zorrilla de San Martín viajó Rodó a Chile en 1910. Hay testimonios, en su labor crítica, en su actuación política, y en su correspondencia privada, del conocimiento sobre la obra del autor de *La Epopeya de Artigas*. Queda dicho que Rodó se habría abstenido de escribir *su Artigas*, por no entrar en competencia con el amigo. Vale la pena reproducir un comentario epistolar, por su unción respecto a Artigas: (Ob.1458)

*Tenemos que americanizar a Artigas, y algo se ha hecho ya en tal sentido. Hace pocos días leí con viva satisfacción, en el Fígaro, de La Habana, la semblanza de Zorrilla de San Martín por nuestro amigo Blanco Fombona, y allí encontré, sobre Artigas, palabras que agradezco el alma. Blanco Fombona, que ya siente a Artigas, lo sentirá tanto más cuanto más lo estudie y profundice, porque el género de grandeza libérrima y original, de nuestro gran caudillo tiene que ser naturalmente simpática al temperamento de aquel ilustre amigo nuestro...*

Hemos subrayado algunas expresiones: la primera revela su fervor por Artigas; la que sigue confirma lo que uno mismo siente al adentrarse en la obra y pensamiento del adelantado de su época: cuanto más se penetra en su acción, más se le estima. El último subrayado denota el sentimiento romántico nunca desarraigado de su temperamento inclinado hacia la admiración de los hombres extraordinarios, del héroe, *entendiendo por (heroísmo) el culto de cualquier noble superioridad*, según expresara en *Ariel*.

El nombre de Vaz Ferreira aparecerá siempre que se trate de la obra de Rodó, no por la relación personal como por la relación *simpática* entre el pensamiento de ambos, aunque el estilo del autor de *Moral para Intelectuales* sea tan dispar al suyo. Más que escritor fue Vaz Ferreira conferencista. Brilla, en la constelación del 900 por su pensamiento, reposado, cauto, removedor de los problemas de su tiempo, sobre los que no solía resbalar, sino profundizar con espíritu fermental. Comparte con Rodó su hondo sentimiento liberal. Zorrilla de San Martín y Vaz Ferreira hacen excepción al carácter autodidacta de esta generación, del mismo modo que las poetisas y Vaz Ferreira, evitaron mezclar la savia de sus fuerzas al periodismo y a la lucha política.

El conocimiento de Rodó de la obra del autor de *Fermentario* es indudable aunque no aparezcan referencias críticas dado su carácter *sui generis*. En cambio hay testimonios que muestran su afinidad con la personalidad del gran Maestro con quien asume la cima del pensamiento uruguayo. Una señal de su adhesión y reverencia hacia él está dada por su apoyo a la candidatura legislativa, nacida en el seno universitario, en 1910. La expresa así:

*Personalidades que, como la de Carlos Vaz Ferreira, honran intelectual y moralmente, al país, honraran al parlamento y a la colectividad política que las encumbrase con sus votos. (Ob. 1069)*

En 1913, solicitado su apoyo para que ocupase el filósofo la *Cátedra de Conferencias* a crear, propuesta por la Universidad, lo brinda claro y categórico. Sus palabras son expresivas y justicieras: (Ob. 1016)

*Un noble objeto, digno de todas las simpatías y de todos los aplausos, hay en la iniciativa. ( ) En primer término, el homenaje personal a Vaz Ferreira sobradamente justificado por la magnitud de sus talentos, la calidad de sus prestigios y la altura de su representación moral. Y además, la idea de complementar la enseñanza universitaria con una cátedra en que encuentran desenvolvimientos superiores aquellos temas de estu-*

*dio que, por su valor educativo, y por la universalidad del su interés, merecen un órgano más amplio que el programa normal de las aulas.*

En 1908, en uno de sus ciclos de *Conferencias*, para formar una biblioteca estudiantil, Vaz Ferreira recomienda, la lectura de *Ariel*, entre numerosas obras de Guyau, varias de William James, de Fouillée y de otros autores europeos. *Ariel*, notoriamente es la única de autor uruguayo. (147) Los otros nombres y la recomendación de *Ariel*, muestran la afinidad de que hablo, más allá de la casual nómina de pensadores de la época.

Este brevísimo análisis de las relaciones de Rodó con algunas de las figuras más prominentes de su generación evidencia una vinculación en general cordial y atenta a la producción del arte y del pensamiento.

La sola excepción a esta relación con los escritores nombrados parece constituir la el nombre de Delmira Agustini, del cual no hay mención en su obra crítica ni, a lo que conozco, algún otro tipo de contacto, aunque *El Libro Blanco*, *Cantos de la Mañana* y *Los Cálizos Vacíos*, vieran la luz entre 1907 y 1913.

El lirismo poético de Delmira Agustini y de María Eugenia Vaz Ferreira - con sesgos entre dramáticos y trágicos - pone una nota distinta en un ambiente donde los acentos recuerdan más al fragor de la batalla que la quietud del retiro. A poco que se ahondara se descubriría la firme ligazón sociológica que los une a un medio trémulo de inquietud y hasta de zozobra espiritual como las que campean en el ocaso del viejo siglo y el albor del nuevo.

Junto a ese lirismo, el cuento recio, de nítidos perfiles nativistas y regionalistas en lo mejor de sus respectivas producciones, registra la presencia de Javier de Viana y Horacio Quiroga. La novela de campo y terruño, canto a la lid del trabajo campesino, con sus dramas, sus penas, y alguna que otra de sus alegrías, encuentra su nombre en el de Carlos Reyles, cuyo vuelo literario no se confina a este único terreno, sino que sobrepasa el horizonte local. Valga el ejemplo de *El Embrijo de Sevilla*.

Eduardo Acevedo Díaz es otro que cultiva el género. Su novela histórica se adentra en el tiempo genésico de la nacionalidad. Quizá él, mejor que otro alguno, lo representa a justo título por la precedencia, el acervo de tradición y por el nivel que alcanza.

Si bien hubo quienes disputaran a Florencio Sánchez el cetro del arte escénico, ha quedado, mirado en perspectiva, prácticamente solo por mucho tiempo. Su obra refleja el desasosiego de una sociedad en trance de cambio. Sus motivaciones enraízan en los problemas rioplatenses, del campo como de la ciudad. Cumpliéndose la paradoja de pintar la propia aldea para mostrar el mundo, alcanza universalidad. Sus dramas documentan problemas arrancados a las entrañas del medio y del momento; su talento singular trasciende las limitaciones de forma. La frontalidad con que trata la problemática social, brota de un impulso emocional que confiere a su obra el elemento de perdurabilidad y originalidad, anejo a las grandes manifestaciones del arte.

Entre Juan Zorrilla de San Martín y Julio Herrera y Reissig como poetas no hay otra afinidad que la del manejo del verso. Entre la sensibilidad del uno, crepuscular representante del romanticismo sobreviviente a la anterior generación, y la del precoz y rotundo representante del nuevo sentir modernista, en su modalidad más alambicada, aunque no exenta - en él como en Darío - de genio, no cabe más comparación que la que se hace para denotar una relación antagónica: dos polos marcando los extremos de la complejidad del momento intelectual.

Hay dos hombres que se dan la mano, por encima del conjunto. Frente a la antinomia de los dos poetas constituyen, en vez, una suerte de unidad espiritual. No cabría volver a nombrar a Rodó y Vaz Ferreira si no fuera para recordar la despreocupación del filósofo por el aspecto literario que ahondó, a trueque, los caminos del pensar, y del nuevo sentir social, ensayando ponerlo a punto, mientras Rodó, sin volcarse exclusivamente a este campo, tampoco lo descuidó; su milicia fue literaria, humanista y liberal.

El uno sesgó su labor hacia lo filosófico; el otro prestó estilo al pensamiento. Ambos sobrevolando un cielo de universalidad por pocos alcanzado en América, forman el binomio intelectual llamado a perdurar por la temperancia de su genio, por la suprema tolerancia de un liberalismo humano, por el respeto excelso del fuero del individuo, por el sólido apoyo que buscaron en la ciencia para su discurrir mental y superación transpositivista. Proclamaron, en fin, que junto al pensamiento está el sentimiento, en lugar del helado racionalismo. Ni Vaz Ferreira ni Rodó, en el terreno filosófico, - el sillar común a sus obras - cayeron en la trampa de *forzar sistemas*. Sabor el filósofo de que en esta materia los edificios no se coronan por arriba; conocedor el artista, en su inagotable dialéctica liberal, que *las ideas llegan a ser cárcel también*, que la verdad no se da hecha, sino que *se enseña sólo el amor a la verdad, que es infinita*. Así proclamó: *Seguid buscándola y renovándola vosotros como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro*. (Ob.464)

#### 4. El Estilo es el hombre.

Habiendo escogido a Rodó como eje de este trabajo por su excelsa condición americanista, mal estaría dejar de lado otros aspectos de su personalidad artística nacida en un Continente olvidado y no siempre apreciado, en cuanto a sus potencialidades culturales, por el mundo europeo. Así Rodó se nos presenta como un clásico. Una similar consideración merece el ecuatoriano Juan Montalvo. Ambos, por su calidad de americanos relevantes, ocupan un lugar preeminente que les hace acreedores de detenernos aún en su el estilo, faz que los caracterizó en el universo hispano. Hemos planeado sobre este aspecto; es del caso que aterricemos ahora para examinarlo con reposo desde varios ángulos.

Los trabajos críticos de juventud no son los que darían nombre a Rodó. Bastan por sí, empero, para mostrar al escritor en su virtualidad estilística, en su acendrado conocimiento literario y en sus inclinaciones ideales. *El que Vendrá* lo levanta a la consideración nacional en 1897. Su estudio sobre *Rubén Darío*, a la mira internacional. Ambos escritos nos acercan al clima del momento literario que se vive hacia el 900, sin desmedro de anunciarse en ellos esa condición que le ganó a Rodó la honra de ser reconocido como *Maestro de la lengua castellana*.

Es interesante la carta que Juan Zorrilla de San Martín pensó enviar a Rodó al publicarse *El que vendrá*. Lo es en el sentido que apunta Rodríguez Monegal. En el esbozo de esta carta, que obra en el archivo del poeta, se denuncia *la influencia de la literatura francesa finisecular en la formación del estado de espíritu de Rodó*. En efecto, éste es el cariz con que el joven literato, buscando el espaldarazo consagratorio, ensaya las armas del estilista.

Hay mucho de preocupación estilística y hay, también, una nota de decadentismo ajena al espíritu vital de Rodó en ese breve ensayo. Habría de repetirse aquí lo dicho de que el novel escritor se hallaba en la etapa en que se ansía lograr un nombre con que ejercer luego sobre el medio la influencia a que lo llamaba su vocación magistral. La extranjería de este ensayo - gimnasia de estilo antes que otra cosa - es patente en el conjunto de su obra. Su *Rubén Darío*, alarde estético-crítico a pesar de su importancia retrospectiva, se inscribe asimismo en ese período de prueba de sus fuerzas. La prueba de fuego no estaba aún a la vista.

*El que Vendrá*, fuera de dar ese clima incierto, - afán esteticista más que realista y vital, de un determinado sector intelectual de la sociedad, - es relegable en su obra total. Lo certifica su posterior desvío al no incluirlo en *El Mirador de Próspero*. Sus palabras referidas a este artículo y a la *Novela Nueva - no dicen nada* - revela la maduración de su criterio. Su amigo Pérez Petit quiso consolarlo: *Si, dicen... dicen que cuando usted empezó a escribir no lo hizo como lo hemos hecho todos, con tanteos, con tropiezos, con imperfecciones: usted, como la diosa griega de la cabeza de Júpiter, salió del seno del arte armado de todas las armas...* Hay verdad en su observación; el ensayo es de tanteo. Lo muestra dueño de un estilo pero evidencia esa breve vacilación espiritual del joven escritor. Atengámonos, aparte de lo dicho a su amigo, a lo que escribe a *Clarín*, mismo en 1897. (Ob. 1127)

*'El que vendrá' me lo han alabado por aquí, atribuyéndole méritos de forma, de estilo, y algún sentimiento. 'La Novela Nueva' (en la que creo que hay más sustancia) ha encontrado también gran aceptación. Pero no me fio mucho de estos juicios cariñosos del terruño. Le digo con toda sinceridad que si se me ocurriese ahora releer el folleto, tal vez no se lo enviaría.*

Distinta consideración merece su trabajo crítico sobre *Rubén Darío* que, reitero, corresponde al período de afirmación personal fuera de la línea de lo que hoy llamaríamos genuino *espíritu rodoniano*. Allí tiene algo que decir. Su recordada frase inicial del estudio sobre las *Prosas Profanas* es la que casi lo dice todo: *No es el poeta de América...* El la esencia de su crítica. Desde el punto de mira americanista al menos. La inusitada maestría que campea en su *prosa recreadora* del efecto poético de la obra confiere valor intrínseco a su trabajo, verdadero *alarde estilístico*. Esta es su prenda.

En la negativa a reconocer a Darío *poeta de América*, y en su desvío respecto a aquel ensayo propio, está la reivindicación de su camino americanista y está, asimismo, el de su *sinceridad literaria* definitiva. En esto pondré el acento. Si *La Novela Nueva* hubiera de desecharse, algunos de sus párrafos justifican su rescate. Cuando comenta el intento declarado por Reyles en sus *Academias* de acometer una novela psicológica, se desliza una censura hacia los que se inclinan por el *arte plácido, el arte sereno, el arte azul*. Eso bastaría en cuanto anticipa su afán de encontrar el camino – su camino. Posee ya la clave. Y hay algo más que habilita su rescate, evitando que sea un conato perdido, un estéril esfuerzo de simpatía. Véase su fecunda, observación: (Ob.163)

*La sencillez del sentimiento y del espíritu es afectación cuando la realidad no da de sí la sencillez. Hijas nuestras almas de un extraño crepúsculo, nuestra sinceridad revelará en nosotros, más que cosas sencillas, cosas raras. Nada sería tan engañoso como identificar la sinceridad con el candor. Generaciones complejas por la composición de una idealidad indefinible, por la intensidad de la vida intelectual, darán de sí, naturalmente, un arte complejo. La ingenuidad de la Rapsodia y del Romance, en labios de los que gustan el zumo de la civilización que lleva destilado cien veces el filtro de la vida, sería tan falsa como el eco de la sensibilidad perversa de un Verlaine en una sociedad de almas cándidas y heroicas.*

Puede lo dicho trasladarse al estilo. A pesar de la nota decadentista que allí persiste hay materia para la meditación. Suprimamos *el extraño crepúsculo y las cosas raras* y tendremos una verdad literaria. Atribuyo importancia capital a este párrafo. Algunas expresiones pueden efectivamente denotar decadentismo o afrancesamiento. Marcan ese breve período literario de Rodó que se prolonga en alguna medida hasta *Ariel*. Este vaivén en su intensa carrera literaria no justifica, sin embargo, el título de afrancesado. Señalaría, cuando más, un instante en que la sugestión modernista de su tiempo le envuelve: brevísima etapa, un lampo en el conjunto. Volvamos a *El Americanismo Literario*, donde se refiere a Hidalgo, el poeta oriental: (Ob.793)

*Hidalgo daba voz a la inspiración ingenua y agreste sin los prestigios de la forma que la hacen grata a las imaginaciones cultas; los poetas glorificaban la obra social de Rivadavia, cincelaban la forma culta sin vivificarla por los afectos e imágenes que halagan el sentimiento popular.*

El párrafo complementa su anterior apreciación sobre el estilo. *La sinceridad literaria* – elemento de perdurabilidad de la obra escrita – áureo metal de las letras, raramente accesible, está sí, en la forma primitiva de un Hidalgo como está, asimismo, en la prosa trabajada de Echeverría o de Juan María Gutiérrez. No importa cuánto difieran entre sí para poder calificarlas de sinceras: expresiones dispares, corresponden a condiciones sociales radicalmente diversas. El mérito del escritor está en relación

directa con su sinceridad literaria y con la aptitud para captar el tenor, los sentimientos, inquietudes y expectativas de su época, en *vivirla*.

Una época como la del *Éxodo oriental*, hito inmortal en la epopeya de una nación, – un pueblo entero desplazándose desde los muros de Montevideo y desde el último rincón de la campaña hacia el Uruguay profundo, – no da, no puede dar un Echeverría, un Darío, o un Rodó. Resulta casi chocante decirlo. El extremo contraste que pone en evidencia su sola enunciación, muestra la precisión conceptuosa de Rodó cuando recuerda que la forma culta se presenta grata a los espíritus alejados del medio primitivo, así como el sentimiento popular se halaga ante ciertos objetos evocados por el afecto que en ellos deposita su alma o por la de imágenes queridas. La observación destaca la imposibilidad de florecimiento de un género, – la rapsodia o el romance – en sociedades donde la evolución de las costumbres, intereses y sentimientos, las acercan a la complejidad moderna cuanto la alejan de la sencillez de las costumbres.

Rodó registra como un hecho, la condición *propia*, casi *natural* de la literatura de fin de siglo, referida a la manifiesta intención de Reyles en *Academias*. Lo mismo vale para el *Modernismo*. Es más: lo explica y justifica. Si consentimos en verlo de este modo, el posible decadentismo, la nota afrancesada que se da por entonces en Rodó, pierde entidad. La sociedad montevideana – y la americana en general, si nos limitamos al ámbito de algunas de sus ciudades, y en ellas a los sectores intelectuales, – estaba bajo el influjo de la cultura francesa; su literatura la reflejaba. En Rodó el reflejo es visible durante el momento previo al 900 y un tanto en *Ariel*, aunque éste marca el punto en que el escritor comienza a configurar su personalidad.

Esta heterogeneidad, esa complejidad de la cultura, de la propia sociedad, del pensamiento sometido al embate polémico de escuelas literarias, filosóficas, históricas, política y económicas; el choque del idealismo reinante hasta no mucho atrás con el empirismo inglés, con el utilitarismo sajón en general, con el positivismo francés que penetra al Río de la Plata con el sello del evolucionismo spenceriano, se agudiza al terminar el siglo.

El juego de la agitación social moldea al conjunto de sus actores. Si buscamos en los escritores que parezcan contradecirnos, – acaso un Florencio Sánchez, o el Quiroga de *Cuentos de la Selva*, por la forma evadida del molde decadentista del *Modernismo*, – nos será dado observar que detrás de expresiones lingüísticas a primera vista sencillas, se encuentra *el zumo* de que habla. En el cuento más trivial de Quiroga está ese extracto de la civilización. Detrás de las escenas de composición aparentemente elemental en el dramaturgo están la sensibilidad social y el pensamiento común a varios escritores de este tiempo (aunque se expresen diferentemente) entrañados en el positivismo de Comte, en el evolucionismo de Spencer, en el utilitarismo de John Stuart Mill.

No desvirtúa el aserto que la sensibilidad de Reyles, en algunas obras, apunte en dirección contraria a la de Sánchez o del propio Rodó. Estamos frente a una sensibilidad compleja: la del 900. Si retrovisamos el conjunto orgánico de la literatura, desde sus primeros esbozos, pasando por la *Guerra Grande* y la iniciación del positivismo filosófico posterior, hasta el cierre del siglo, veremos la variación en paralelo con el cambio de las condiciones sociales y, a su ritmo, el enriquecimiento de la sensibilidad.

Asistamos al momento en que Rodó surge armado caballero de las letras.

¿Cuál puede ser su *estilo*, si entendemos que éste es *el hombre*? Se es proclive a creer que una sociedad como la montevideana de entonces no era una sociedad culturalmente compleja. Lo era tanto como la europea en cuanto a los individuos que en ella pudieran ser expresión de arte o pensamiento. La cifra de los que en esta condición descollaran, en términos absolutos, no es comparable a los que surgían en Europa. No obstante, en términos relativos, el número es sorprendentemente elevado. La ausencia del sentido de relatividad distorsiona la visión con que es menester acercarse a éste o a cualquier otro período.

Rodó, pues, aparece dentro de un núcleo social que si bien cuenta ya con una tradición singular, se halla fuertemente imbuido de europeísmo. Esa tradición se ve ahora *asaltada* por una nueva modalidad, múltiple, heterogénea en caminos y matices que llega desde el otro lado atlántico, de Francia principalmente. Francia es la portavoz, el radiante sol cultural durante el siglo XIX y explica en parte la complejidad del *caso Rodó*. ¿Cómo cultivar en el medio intelectual en que se mueve – europeo al fin – un estilo simple sin perder sinceridad? ¿Cómo sin renunciar a su inteligencia cultivada y penserosa? ¿Cómo despojarse de la historia incorporada a su emocionalidad, a su hogar, a cuanto le rodea? Aquí aparece el carácter develador de la relación literatura y sociedad.

En la composición estilística elaborada, en el pensamiento enmarañado de las corrientes del espíritu histórico, rico en matices, así, paradójicamente, a flor de piel, está la sinceridad literaria de Rodó. Quienes se dejen llevar por la impresión que su *Gesta de la Forma* sugiere, o por la descripción de Pérez Petit sobre su meticulosidad para escribir, confundirán *estilo trabajado* con falta de sinceridad literaria. No creo exagerar si señalo un sentido *inmanentista* en su estilo. Porque inmanencia, espontaneidad y sinceridad, son casi una y la misma cosa. La literatura culta, la página trabajada, el pensamiento expresado con morosa decantación, son, si se atiende a su propia observación, la forma sincera, la modalidad del artista que pertenece a una sociedad que ha dejado de ser la que *había dormido en la sombra oprimida por sus arreos de plaza fuerte, el largo sueño colonial*. (Ob.505)

Montevideo era ahora la ciudad abierta a los *cuatro vientos del espíritu*. El estilo de Rodó, en su doble faz de expresión y pensamiento, dimana de su carácter cultivado, hecho a la forja del estudio y la meditación. Otro estilo, en él, hubiera sido artificioso o falso; no hubiera reflejado su real personalidad. Otra forma de pensamiento hubiera asumido la radical debilidad de la demagogia, orgánicamente opuesta a su ser. Su estilo, cualquiera de sus escritos, – con las salvedades apuntadas respecto a sus pasos iniciales – nos lo muestran de pies a cabeza, en la suprema sinceridad de su arte acabado y personalísimo. Sí, *el estilo es el hombre*, la revelación de la personalidad. Este, su estilo, le lleva a lo que ha dado en llamarse, como en Montalvo, *un clásico*. Fijemos el concepto con la habitual perspicacia de un sagaz pensador como Julián Marías: (148)

*Si se hiciese la estadística de cuántos españoles e hispanohablantes han leído el Quijote, de cuántos angloparlantes conocen el texto de Romeo y Julieta, cuántos franceses el de Gargantúa, y así sucesivamente, se vería que representan fracciones reducidas y, sin embargo, todos los individuos de un mínimo de cultura conocen esas obras, conviven con sus personajes y les son familiares, a veces amigos suyos. Funcionan como términos de comparación; sus aventuras forman parte del repertorio de situaciones humanas que nos permiten proyectar nuestra vida; sus giros o expresiones pertenecen a nuestros propios recursos lingüísticos, se deslizan en el habla usual, forman como primeras unidades elementales del decir, que usamos igual que las palabras simples y las frases hechas. Es decir, las obras clásicas – se entiende realmente clásicas – tienen un tipo de existencia que no es ni exclusiva ni primariamente literaria: son ingredientes de nuestro mundo – al menos, de los diversos mundos nacionales – con los cuales se tiene un trato múltiple y por lo general, independiente de toda lectura. En ocasiones son prestigios borrosos, envueltos en niebla, a veces son mitos... Tenemos, pues, en nuestro haber esas obras; son nuestras, consabidas, utilizadas, vividas; están entretejidas con otras realidades, con nuestros recuerdos de infancia, ( ) han salido de sus géneros literarios, y de la literatura misma. Se han vuelto cuadros, esculturas, dibujos que representan a los personajes; hay música que se refiere a ellos, y los recrea o los recuerda. Nos han llegado hilachas de esas obras, escenas sueltas, briznas desprendidas de su tronco.*

Como *el Quijote*, *el Emilio*, *la Odisea*, *La Divina Comedia*, así *el Montalvo*. Como se nombran las obras que llegan a ser clásicas, del mismo modo *el Bolívar*, o *los Motivos*, *el Ariel* – o su *Bolívar*, sus *Motivos*, su *Ariel*. El tiempo decanta un ensayo como *el Montalvo*. La obra se vuelve ser viviente, sustancia su ca-

rácter *clásico*. Si cabe, desde distintos ángulos aplicar el concepto a sus otras obras, – inclusive su *Darío*, – ninguna lo reclama tanto como ésta desde la mira del idioma. No tiene Rodó una obra mejor escrita que *el Montalvo*. Se cumple aquí *el intento* ( ) *de volver a la prosa castellana, color, resalte y melodía, y de bembirla de sangre y encordarle nervios*, tal como incidiera el *Modernismo* de noble cepa sobre nuestra lengua.

Se presta éste, quizá su mayor logro estilístico, para el rastreo de sus reflexiones sobre la materia. Aplicadas a sí mismo, forman una sorpresiva cantera. Pero antes de entrar de lleno al asunto, consideremos el aspecto de las facultades críticas y estéticas puestas en juego en estas páginas y sus conocimientos de la lengua, de la geografía, de la historia y de la sociología. Todo eso forma el sillar que soporta el edificio filosófico.

Si hubiera una influencia de Taine en Rodó, ha de buscarse en la tarea crítica del escritor uruguayo pero con remontada visión, sin creer que se trata de servil imitación. Por el contrario, Rodó supera a todos los críticos precedentes. Su superioridad consiste en el desarrollo de todas las facetas literarias no presentes, quizá, en obra crítica de ningún otro escritor español o americano. En su *Historia de la Literatura Inglesa* asevera Taine que bajo toda literatura subyace una filosofía. Es la que sostiene desde abajo la obra de estilo y pensamiento: América, la hispanidad, un espíritu enraizado en la tradición, el amor de la belleza castiza, cimentan *el Montalvo*. Detengámonos en la acertada observación del crítico: (149)

*En el fondo de cada obra de arte existe una idea de la naturaleza y de la vida humana. Esa idea guía al artista; el poeta, sépalo o no, escribe para hacerla sensible, y los personajes que forja – o que elige, digamos por nuestra cuenta cuando se trata de personajes históricos, – como los hechos que combina, no sirven más que para sacar a luz la sorda concepción creadora que los suscita y los une. Lo que aparece en Homero es la noble vida del paganismo heroico y de la Grecia feliz. Lo que aparece en Dante es la dolorosa y violenta vida del cristianismo exaltado y de la Italia rencorosa; de suerte que de cada uno de los dos podría sacarse una teoría del hombre y de lo bello.*

¿No son sus palabras un anticipo de la concepción de Werner Jaeger en su *Paidéia*?

Lo que aparece en *Montalvo* – en el que hay esa idea-guía que gobierna la pluma y la inspiración de Rodó, a sabiendas de la meta que persigue, – no es la biografía de un autor destacado. Tampoco lo es en su *Juan María Gutiérrez*, en su *Rubén Darío* o aun en su *Bolívar*. La idea que guía su mano, robustecida por el aparato de información que retempla su aliento artístico, es *América*. En éstos y otros ensayos críticos que no portan el nombre de figuras americanas está presente el propósito. Trasparece en *Montalvo* como la añoranza de una etapa de la vida pretérita de América. También como nostalgia melancólica del idioma.

Hurga Rodó en *el medio* del escritor. La *descripción* del ambiente cordillerano que rodea a la poética Ambato en que nace Juan Montalvo, – *el paisaje, el entorno, abrumador de grandeza*, – no estrecha el signo a la naturaleza física. Aunque extreme los colores que extrae de su pródiga paleta; aunque corporice hasta hacer casi tangible su gigantismo – *una junta de volcanes, sin igual en el mundo, por lo aglomerados y lo ingentes*, – aunque la prosa corra pausada, morosa, cargándose de recias imágenes, no agota la idea del medio. Otros elementos concursan: – *será bien que esbochemos antes la sociedad en cuyo seno se formó* – son las palabras que descubren su norte. Mas tampoco la intención se restringe a una fría acumulación de datos relacionados con el entorno social.

El paisaje, antes abrupto y aterrador en su grandeza, se vuelve costumbrista, se humaniza: es ahora el ambiente sociológico donde el elemento histórico, cargado de añejas luchas se vivifica. Allí el indio retratado en cuerpo y alma, aterido por la tristeza milenaria; el indio al que no ha rescatado *la Revolución*, en el que se ceban las pasiones silenciosas y bajas de una sociedad que sólo en la superficie ha roto las cadenas del oprobio; que si ha cambiado en lo político, sigue lastrada por seculares hábitos sociales, amarrada a viejas rémoras. Dolidos ante el cuadro repitamos sus palabras: *La muchedumbre*

*indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se le llevara a pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamorzizable cuota de sangre...*

¿Piensa acaso en los fratricidios sureños en que la zarabanda de ambiciones y rencores enfrentaba a criollos y españoles, contra españoles y criollos entre sí, llevándolos como al indio infeliz y al gaucho ignaro, a morir en los campos sin saber por qué? Hemos recordado en páginas iniciales aquello que estampa precisamente en las que dedica a Montalvo, de que *la Revolución, que no se hizo por el indio...* Añadamos que es aquí donde su voz se alza en protesta contra la injusticia, donde, una vez más, su vocación por lo humano, denuncia la esclavitud con que el más fuerte aherra al más débil, aunque diga otra cosa la ley. Su grito por la libertad, que ha resonado cien veces en América, es devuelto en eco por los pétreos silentes murallones que circundan la apacible ciudad ecuatoriana. Otras voces – hijas de ese ambiente, años después, prolongarán esos ecos en *Huasipungo*, en *Raza de Bronce*, en *El Mundo es Ancho y Ajeno*. El drama no es sólo de Ecuador; se extiende al Perú, a Bolivia, a... América. (150)

Recorred las páginas del *Montalvo*. El arte modernista, que no rebaja su señorío para dotar a la idea de vibración y color, le veréis trocado en duro acero golpeando la adormecida conciencia americana.

Y no es ésta la sola clase social que llama a la puerta del historiador, del sociólogo, del pensador. Ni es ésta la única idea que le mueve. Le importa señalar con *precisión los precarios alientos de liberalismo político que, desde la independencia, precedieron a los años de la juventud de Montalvo*. Y esto le da el pie para una incursión histórica: periódicos, gobernantes, hechos, causas y efectos, no escapan a su sagacidad, que sigue con implacable exactitud la evolución de aquella sociedad.

La descripción del medio se enlaza finalmente con *el momento*, es decir, con el conjunto de circunstancias y personajes que rodean al escritor a los que acerca tornándoles casi tangibles. Mas no se reduce *el momento* a la mera mención de una fecha: se compone del catálogo, a limpias pinceladas, de todos esos elementos imponderables que, empujando la vida del hombre, despiertan su genio o abaten su espíritu. Comienza entonces – es en todo caso Sainte-Beuve el que le presta su técnica – *el retrato intimista del fustigador del tirano de su país, de aquel García Moreno a quien no destrata rebajándolo al nivel del dictador de cuartel, sino que analiza en su singularidad individual*. Acaso se adviene, por esta manera, al tercer factor señalado por Taine, el de *la raza*, entendiéndose por tal no el elemento étnico sino las particulares condiciones de lo que configura la idiosincrasia social y dentro de ella la que filia los individuos, de una u otra manera, a su núcleo reconocible:

*Montalvo es, en la faz civil y militante de la historia, el enemigo de García Moreno. Como Sarmiento, para Rozas; para García Moreno, Montalvo.*

Centra, de este modo, la figura de Juan Montalvo que es parte del acervo cultural que va forjando el nuevo Continente.

El haz de luz cae también sobre la del fanático religioso, su irreconciliable enemigo. El paralelo histórico que hace, trayendo el recuerdo de Rosas y de Sarmiento, es oportuno: contribuye a ajustar el perfil, trazando el rasgo caracterizador de la personalidad de Montalvo. Tras develar el medio físico y el medio social, transita la evolución histórica de ese pueblo en forma precisa, pero no lineal, - dejando un tema empezado aquí, para retomarlo allá, volver a dejarlo para entrelazarlo más adelante con otro afín. Mediado el camino que nos lleva a la comprensión del hombre y su obra, se detiene en ésta. Todo lo ha hecho sin sequedad de inventario, con donosura. No fatiga, excita la atención.

Comienza ahora el rescate de la fe de Montalvo que se abate y renace:

*América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino, se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo de los dones de su gran naturaleza.*

Este solo esperanzado pensamiento de su héroe realza su categoría de tal ante sus ojos. Es mérito suficiente para proyectar su figura ante el mundo. Su valor, su gallardía contra el tirano, su amor a la libertad son los elementos que coronan su acción.

Y si aún faltase algo, la otra condición de Montalvo: su arte de bien decir.

Montalvo representa, en cierta manera, como Bolívar en otra, la concepción del *héroe*. Acaso de modo más cabal y más hondo que el héroe que viera en Garibaldi. El apego a esa idea fue fuerte en Rodó, lo que no deja de sorprender en un racionalista que se negó a cerrar la puerta que los positivistas cerraban a la indagación del *Misterio*. Racionalista que no se desprendió nunca del todo de la visión romántica. Si bien ello puede advertirse en la amalgama indiscernible de sus mirajes entre románticos e idealistas, emerge claramente cuando nos habla del *héroe*. Es éste el *sentimiento*, nacido en su niñez, al que no quiso renunciar. Un sentimiento tal vez difícil de comprender o interpretar para muchos hombres de nuestro tiempo.

Imaginemos cuán diferentes eran los elementos que rodeaban la infancia de aquella época de los que *acosar* la nuestra. Sabido es la casi indestructible fidelidad, a veces devoción mística, que solemos guardar a esa edad. Así me explico ciertas modalidades de Rodó, repito, hombre de la era racionalista. En esas inclinaciones, tal vez paradójales, que por momentos parecen contradictorias, está su personalidad y hasta su atractivo humano. Volvamos al *Montalvo* de la mano de Taine ahora: (151)

*... procurad ver a los hombres en su taller, en sus escritorios, en sus campos, con su cielo, su suelo, sus casas, sus trajes y sus comidas... Hagamos presente el pasado; para juzgar una cosa es menester su presencia; no hay experiencia de los objetos ausentes.*

Así ha de haber encarado Rodó al autor de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, no sólo en pos de los incidentes que le deparó su vida de acción, sino siguiendo asimismo sus pasos en la gesta íntima de su obra. (Ob. 610)

*El ensayo, al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo, su curso voluntarioso y errabundo. El tema que se anuncia en el título persiste apenas como el hilo tenue y celado por la fronda, que enlaza, alrededor de su eje imperceptible, las vueltas caprichosas de la enredadera... Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su camino...*

Nos está hablando ahí del mismo camino que transitara él en sus *Motivos de Proteo*. ¿No ocurre en ese libro sin arquitectura – sin apariencia de tal – que se lleve nuestra atención de un punto a otro, y a otro, para terminar en el menos esperado? ¿No se dan cita los arcaísmos – *el fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo Montalvo – del Modernismo*, tal como lo imaginaba Rodó, para devolver a nuestra lengua el brillo, su esmalte, su música, revitalizándola, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a desmediar, en la sintaxis y en el léxico?

Porque *aquel entusiasmo de las palabras* que descubre en el ecuatoriano, referido a su amor por el vocablo antiguo que, como moneda atesorada en el arcón del coleccionista, *desgastada, de esas donde agoniza un busto de rey*, ¿no lo reconocemos en él mismo, no la sorprendemos en su corazón cuando, confidente, relata su brega íntima en *La Gesta de la Forma? Maestro de la lengua*, hermano es de ese otro Maestro, en su afán por trasvasar de ella el espíritu de una raza histórica portadora de su sello inmortal estampado en el Nuevo Continente. ¿Importa que el uno busque remozarlo, flexibilizarlo con la gimnasia moderna de la idea, la luz, el color y la música, mientras el otro emprende un retorno que conduce a metas reconocibles íntimamente entre sí?

*Por encima del conocimiento reflexivo y prolijo de la lengua; por encima de la acrisolada lección de sus clásicos maestros, tenía de ella Montalvo el conocimiento intuitivo, el inspirado sentimiento del carácter y naturaleza idiomática, que, como la cifra, reproducía en su propio carácter literario.*

Maestros de la lengua, orfebres, artistas, soberanos poseedores del misterioso don plástico que no suple la acumulación del trabajo aplicado a la obra. A esta clase de *maestría* no se llega *sin la cultura varia y difundida, la comprensión de amplios alcances, la ágil y melificadora curiosidad*, con que la Naturaleza gratifica el don escaso y precioso de la imaginación. Es ésta la que troca la derrota inesperada en inusitada victoria; la que del barro arranca la entrevista forma del ánfora legada por el genio de Creta; la misma, en fin que, de la roca tenaz, hace surgir el torso atlético del Discóbolo...

Tenía, por amor a lo bello, el sentimiento tiránico, implacable de la forma el autor de *Los Siete Tratados* – dice – a sabiendas de cuánto comparte ese amor, esa blanda tiranía. Se unen, asimismo, en la comprensión de lo artístico de la palabra, que lleva a detenerse en mitad del más arrebatado apóstrofe o de la más absorta reflexión, para extasiarse en la cadencia de la frase, en el relampagueo de un epíteto, en la nobleza del vocablo añejo. Todas las virtudes del genio de la lengua les son comunes; igual sus defectos fincados en la similitud de temperamentos literarios y recónditos pliegues donde se cobija la génesis del creador:

*De la misma raíz de producción artificiosa y reflexiva, que la escogida flor de sus bellezas, vienen los peculiares defectos de esa prosa, no difíciles de percibir...*

Toman esos defectos, en Montalvo, una dirección; otra en Rodó. En sus *Motivos* hay páginas tal vez inigualadas dentro del habla castellana; pero también se encuentran otras donde esos defectos son manifiestos. Proviene del casi imposible logro de mantener, en textos de largo aliento, parejo y sostenido impulso, inspiración constante, firme interés en temas densos e intrincados. Tales caídas en *Motivos de Proteo* han sido señaladas cuando menos por tres críticos: Gonzalo Zaldumbide, Osvaldo Crispo Acosta y Carlos Real de Azúa, (152) con diferentes matices pero los tres acordes en que es ésta la obra que reúne excelsas virtudes y notorias deficiencias en cuanto estilo. Su carácter se presta a ello. Tal vez no se aprecie en grado suficiente – sin entrar a particularizar en cada una de esas críticas – la naturaleza que Rodó pretendía para el libro. Muy apegado a la idea de que pudiera abrirse por cualquier parte, distinguía, entre las virtudes de Montalvo, ésa, que quiso, en especial para sus *Motivos*. Sustancialmente lo logró. Para él, como para el ecuatoriano, cabe ésta, su precisión:

*En los buenos y en los malos momentos, su prosa es personalísima. Lo es a pesar de que leyó inmensamente y escribió con infinitas reminiscencias. Por esta apropiación de las lecturas en el torrente de la concepción personal, su modo de componer no se diferencia del de los prosistas y poetas del Renacimiento, en quienes, frente al inagotable botín de riqueza de los clásicos, el descubrimiento era invención, por la energía de entusiasmo y maravilla que entrañaba, y la memoria, facultad creadora, transfigurándose al confundirse y fluir, en abrazo indisoluble, con la obra espontánea de la fantasía.*

¿No está describiendo su propio caso en cuanto a la forma de componer del escritor culto? He renunciado a bucear en las profundidades de su estilo. De hacerlo, por los hitos contenidos en ese breve párrafo habría de comenzar.

Rodó es además de *un modernista, un clásico*. Vale decir, *un clásico moderno*. ¿Cómo ha de entenderse esto? Primeramente: no se escribe como un clásico; se entra, se llega a esta categoría, con el paso del tiempo, por el juicio de la posteridad. Vista en proyección la obra, se sabe si se está en presencia de un clásico o no. Rodó lo es, ante todo, por su pensamiento en particular. Luego por su estilo depurado en general de lastres e impurezas. Escribe con *sentimiento del oficio* y aunque periodista él mismo, ni así

lo olvida. Posa siempre su mirada en la lejanía. Su genio artístico está cifrado en ella; es don de la Naturaleza.

¿Qué distingue a un clásico los demás escritores? El hecho de que sus pensamientos, actitudes vitales, expresiones, se incorporan al acervo popular. No se trata de que sea más o menos leído. Las modas y los tiempos llevan y traen nombres, traen y llevan títulos. Más se llevan que dejan. Rodó permanece con caracteres de universalidad. Sus frases, sus ejemplos, parábolas y alegorías, sus símbolos literarios, discursos, conceptos, se citan, se recuerdan, a las veces sin nombrarle, olvidado su origen. Su pensamiento está consustanciado en alma y cultura de su pueblo, a pesar del ostensible abandono de su obra.

Páginas atrás he transcrito una reflexión de Julián Marías sobre el clasicismo.

En este pensador está la mejor explicación de que nuestro escritor es un clásico. Sin ser él un novelista, sus personajes responden a una acuñación de carácter universal; el maestro *Próspero* es quien vuelve dando nombre a su *Mirador*, convertido en el observador y comentador de la realidad circundante, receptor de las más dispares inquietudes; su *Ariel*, *genio del aire*, corporización del espíritu; *Calibán*, trascendido a símbolo de animalidad, del materialismo sin horizontes, mil veces citado, integrado desde él, a nuestra jerga literaria. Su origen es shakesperiano; la literatura francesa del siglo XIX lo transitó, pero sólo a Rodó debe su permanencia en América, como concepto insustituible para nombrar ciertas realidades. El *Peer Gynt* ibseniano, a quien Rodó levanta como eterno ejemplo de lo que pudo hacerse y no se hizo; y el inmenso *Gorgias* socrático, elevado por su interpretación a la más alta cumbre del liberalismo filosófico, mártir inmolado una y mil veces por la tiranía de la mediocridad o el fanatismo... Parábolas brotadas de sus *infinitas reminiscencias* extraídas de su imaginación pródiga y culta; o sus cuentos breves que aparecen como un pulmón abierto en la fronda de su prosa.

Entre los personajes de su creación responden a su inspiración, *el Idomeneo* de una de sus más hermosas parábolas, representación del ánimo juvenil, caritativo, flexible, curioso, amplio, que no pierde de vista, sin embargo, la meta concebida. *Idomeneo* encarna el ideal humano expuesto en *Rumbos Nuevos*, – símbolo de su filosofía vitalista – contrapuesto al obsesivo y rígido *Agenor*, – juicio estrecho, seco sentimiento, ciego a la belleza, sordo al rumor de la vida que zumba en derredor, galvanizado por la hipnosis que le arrastra tras el imperio del primer impulso. Y aquel otro, sin nombre, pero al que se cita cuando se trata del *reino interior* del hombre: *el rey hospitalario*. Este, aureolado en *Ariel* con el misterio poético de las leyendas orientales, simboliza la intimidad propia, el secreto mundo interior a salvaguardar del fragor cotidiano, custodio del reducto donde se recogen las emociones y el callado sueño...

Y sus discursos, unos improvisados en el ajetreo parlamentario, otros, de mayor divulgación y reproducidos en parte o por entero en ocasiones propicias donde su palabra resulta insustituible y exacta; aquel pronunciado en el *Círculo de la Prensa*, himno al trabajo, de bíblica severidad; o el del *Centenario de Chile*, recordado en las celebraciones americanas donde cobra nueva vigencia; todos, en fin, de inmarcesible recuerdo.

¿Olvidaremos las acuñaciones de su pródigo acervo, como *reformarse es vivir*? U otras con autor conocido: *quien no avanza retrocede; o hay una profesión universal, que es la del hombre*, – grabadas en las páginas de *Ariel* – transustanciación del ideal heleno que *canceló las cuatro faces del alma*, hermosamente convertido en la plástica imagen del *atleta, ciudadano y pensador*? O sus incisivos apotegmas como *sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores*, fecundo, imperioso mandato; o aquél, cortante como una daga: *los admiro pero no los amo*, aplicado a los americanos del Norte. O, aún, las infinitas imágenes que juegan, como el agua en la fuente de sus penserosos *Motivos* o en su póstumo *El Camino de Paros*, ya de acrisolada belleza y fecunda observación, ya de conmovida vibración artística, o ligadas a su sentir americano.

¿Y qué de sus síntesis históricas, sus juicios certeros como el que denota meramente el título revelante de *La Grandeza de Artigas*? ¿Silenciaremos aquél con que inicia su Bolívar? La primera frase con

la que abre el ensayo, - en la que le atribuye todas las grandezas, ya íntegramente recordada, - raptó de exaltación que marca el punto más alto de su grandilocuencia apuntando a levantar América a la mira universal, denota su garra literaria.

Para captar de modo más preciso la imagen de esta época hagamos un aparte con *Ariel*, atendiendo a su estilo, a las ideas expresadas en sus páginas y al impacto de su mensaje. En este breve libro, en su estilo, espontáneo, entusiasta, juvenil, como en ninguna otra de sus obras, está el hombre Rodó, todo y entero.

Grande fue, en su tiempo, el valor literario de *Ariel*; perdurable la onda cultural que promovió en las aguas quietas de un ambiente de menguados vuelos del espíritu, en el marco de una sociabilidad no bien consolidada aún, más que en su propio país, en el Continente. El pequeño libro emergía como rara avis en un medio, en que las crispaciones políticas y los espasmos militares no habían acallado sus retumbos. A su concepción emocional no estaría ajena, en las profundidades de su alma, la herida que la *Madre España* acaba de recibir por mano de la potencia que ya había arrebatado a Méjico gran parte de su territorio. La pérdida de Cuba era sentida como la de una hermana entre los hijos de aquella madre. Empero, sin dejar de dolerle como una herida el atropello, no centraba en él sus miras el joven escritor. Sus ojos oteaban una problemática humana más honda.

Víctor Pérez Petit lo deja en claro (153) al referirse a su conversación con Rodó sobre la crítica favorable de Leopoldo Alas sobre *Ariel*. Le habría pesado que *Clarín* le aprobara por razón de sus juicios sobre los Estados Unidos en momentos en que España sangraba por la herida de la pérdida de Cuba a manos del coloso del Norte. El blanco al que apuntaba su prédica estaba más arriba. Sus reflexiones giraban sobre la filosofía de vida que encarnaba en el orbe encandilando a vastas muchedumbres y gobernantes con sus conquistas materiales, haciendo retrogradar el ideal humano que nos venía desde la cultura helénica.

Por otra parte, era el momento de un amanecer de inquietudes sociales, anexas y propias de un mundo de trabajo que, con enorme retraso en sus tecnologías, asomaba con nuevas exigencias y un viejo drama. Las formas visibles del cuadro mostraban de un lado la contienda armada de los Partidos; del otro el hervor del anarquismo, que antes que el socialismo nos llegaba particularmente de España e Italia, donde había cobrado fuerza y extensión. El estilo de aquellas páginas portaba, en medio de un universo revuelto, una ática serenidad con reminiscencias clásicas y una luminosidad abrevada en el racionalismo francés, junto a la unción de un despejado sentimiento cristiano sin dogmas, otra alta conquista de orden moral que él unía a aquel ideal. Era la obra de un liberal en el mejor sentido de la palabra, una presencia algo extraña en ese ámbito. Su estilo - sobre el que nos expresaremos con brevedad - no encontraría hoy los ecos complacientes que halló en su tiempo. El ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide lo apreció de este modo:

*Adoptó del Parnaso sólo el horror de la frase desmadejada y aproximativa, del sentimiento vulgar, de la efusión sensiblera y la confidencia impenitente. Pero impregnó de cálidas simpatías intelectuales la fuerza expresiva del estilo, contenida por la lucidez de un buen sentido exquisito, antes que exacerbada por el afán de originalidad o cercenada por estrechez o insensibilidad.*

Este carácter de su prosa sería el que mejor compatibiliza con los estilos más ceñidos de nuestros urgidos días del siglo XXI. No así el más alambicado que empleó en los *Motivos de Proteo* de difícil acceso a una cultura que va dando la espalda al humanismo que él encarnó. Dice más y mejor el crítico ecuatoriano cuando apunta certeramente:

*Libro tan grave como Ariel, parece leve, ( ) esta prosa clásica en su ajuste, inalienable en su perfección, de todos y de nadie, era intransmisible a otra manera de pensar. Imitarle en el decir, no se podría sin seguirle en el pensar...*

No se debería a su estilo, al logro de una prosa armónica y equilibrada, por momentos poética en su sobriedad y precisión, el valor perdurable de esta pequeña obra que consagró a Rodó y que vista a la distancia en el conjunto de sus escritos resultaría la más importante. Porque, ¿sería nuestro escritor quien fue, habría ascendido su nombre la altura de vuelo que alcanzó, de no haber escrito *Ariel*? Su perdurabilidad, su vigencia, se entranan en la esencia de su contenido, pletórico de sendas que se cruzan en las álgidas materias que atentan al espíritu humano. He ahí lo que hace proclamar el carácter *grave* de *Ariel*, libro impar en la literatura de América, entonces, y me atrevo a decir que hasta hoy. Los valores que su prédica levanta a nuestros ojos son los que una cultura acunada en la tradición helénico-cristiana, maceró a fuego lento, desde el Renacimiento hasta sus días. Esos valores, - habrá que decir lamentablemente, - permanecen guardados cual preciadas reliquias en los tibios recovecos de la memoria de unos pocos, recatadas del ruido y revoltijo actual. Valores que se dan de punta con una sensibilidad apremiada y ruda, erosionada por el descaecimiento de la cultura humanista que introdujera España en América, es la tónica del ajetreo diario centrado en preocupaciones materiales con general olvido de una real preocupación cultural. El fenómeno no se restringe al área de nuestra nacionalidad; es una ola que sobrecoge al mundo, salvo esotéricas islas sin mucha comunicación entre sí. El signo de la civilización, como presidida por un gigantísimo rey Midas, tiende a convertir en oro cuanto toca, más no oro de ley.

El horizonte vislumbrado por Rodó se ha vuelto, realidad tangible, cielo encapotado. El avance multitudinario del conocimiento en detrimento de una alta cultura, ha dejado a la vera del camino los sueños ennoblecedores de la vida exaltados en *Ariel*... más allá de lo que hubiera él podido imaginar. Su voz, siendo propia, amplificaba el eco de la desazón de elevados espíritus europeos que hacían oír las suyas en espacios más propicios, sin dejar de apuntar a los requerimientos de la vida material. Frente a la marea del materialismo que todo lo invadía, que todo lo anegaba, cual un desbordado Nilo, enaltecía Rodó el espíritu.

Imposible empresa la de separar su estilo de su pensamiento. Pero no radica ahí la dificultad de su lectura en los tiempos que corren, como suele pregonarse. Ella no existe para los poseedores de una cultura humanista. Es casi inasequible, en cambio, para quienes alejados de las superiores aspiraciones del humanismo, no encuentran cómo seguirle en un recorrido colmado de símbolos literarios, históricos, sociológicos, políticos. Rodó maneja un código entre espinoso e inaccesible para aquellos que no se han asomado al humanismo... Y no hablemos de la pérdida relativa del hábito de la lectura, acosado y acorralado, por nuevos medios de atracción entonces inexistentes. No está, pues, en el estilo el problema que es en verdad leve, grácil si se quiere, en *Ariel*. El obstáculo se presenta en el manejo del bagaje de elementos culturales implícitos en su discurso; en la densidad conceptual de sus elaboradas ideas. Allí el tropiezo de nuestra juventud actual; allí la veda a su cabal comprensión.

A la *Juventud de América*, reza la portada de *Ariel*. Zaldumbide lo consideró concebido para los gobernantes. De éstos ha sido siempre la primera responsabilidad, la actitud a adoptar ante la cultura, soporte de la propia identidad, última en asumirse muchas veces. Asimismo Pedro Henriquez Ureña al afirmar que *Rodó no ha intentado hacer un estudio sociológico como Carlos Octavio Bunge en 'Nuestra América'; su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ello.* (154)

La ingente obra por delante sobrepasaría el tiempo concedido a una generación para llevar a América de las incipientes condiciones de la vida intelectual en que se hallaba, a la categoría de un verdadero interés social y de la mística necesaria para realizarla... Las palabras de despedida del maestro Próspero, testimonian que había más que el barrunto de una duda en su pensamiento en cuanto a la causa propuesta a la generación de la que se despedía. La magna tarea está por hacer.

Aquella reducida minoría en el alba del siglo acogía con interés y entusiasmo su mensaje y lo trascendía de algún modo a quienes no accedían a la comprensiva lectura de sus textos. Mediado el siglo, una nueva minoría, acrecida en número por la mayor difusión de la cultura, perdía en profundidad lo que ganaba en amplitud; el entusiasmo se entibiaba en proporción al crecimiento de una crítica detractora de la obra y la personalidad del Maestro. La actual minoría capacitada constituye apenas un ínfimo reducto en la guarda de aquel mensaje. ¿Tiene que ver ello sólo con su estilo?

Rodó se maneja con valores – lo que constituye su estilo – que si bien universales, provienen de autores que no están siquiera a la mano de los lectores de hoy. A esta dificultad, si es que existiera el ánimo de repasar las páginas de un Renan, un Taine, un Guyau, un Macaulay, un Spencer, o un Emerson, se suma el hecho de que las incitaciones son muy otras, y distinta la sensibilidad.

Ello no ha ocurrido de modo fortuito ni por causa única de la lejanía de los autores que nutren, coadyuvan o dan jerarquía a sus reflexiones. Factores de índole varia han incidido contando, para empezar, los que nos alejaron de la tradición hispánica. Pero ciñendo la mira a nuestro ruedo más próximo, a nuestro actual entorno, palpamos todavía las consecuencias de un golpe de Estado – y de los factores que condujeron a él – que, al cabo de más de tres décadas no dejan cerrar dolientes heridas de vario carácter, sin excluir las más sutiles que constituyen el desgarrón interno de nuestra cultura. No ha de pasarse por alto que la dictadura militar que afligió al país hizo pesar sus recios efectos sobre la evolución de nuestra cultura. No es totalmente imputable a ella, empero, sino a causas más hondas, la situación actual. El mismo cuadro aflige – tal vez en mayor grado – a la generalidad de los países americanos y más allá de ellos. El mal es endémico.

No es casual que uno de los grandes tópicos que ilumina intensamente este ángulo de nuestra problemática, se vea reflejado en ese gran espejo continental de nuestra literatura, en algunos títulos obsesivos y sugerentes presentes en el amplio espectro de la prosa americana. *El Señor Presidente*, del guatemalteco Asturias; *Yo el Supremo*, del paraguayo Roa Bastos; *El Otoño del Patriarca*, del colombiano García Márquez; *Oficio de Difuntos*, del venezolano Uslar Pietri... a los que se agregarían luego, *Margarita está linda la mar*, del nicaragüense Sergio Ramírez o *La Fiesta del Chivo*, rememorando los truculentos tiempos dominicanos, de Vargas Llosa, quien había ya concurrido a la cita años atrás, con su *Conversación en la Catedral*. Todavía, casi en la misma hornada, *El Sueño de la Historia*, del chileno Jorge Edwards incursionando sobre brasas de un fuego aún no apagado. Textos todos estos de la novelística americana, expresivos de la universal salida de madre del poder político a lo largo de los tiempos y a lo ancho del Continente, proyectando las consecuencias de una regresión social apadrinada por una política económica subordinada.

Ello no agota la enorme cantera de que numerosos autores comarcanos extraen los materiales con que plasman en el género de la novela el común denominador imperante de extendidos y angustiosos dramas sociales. Una vasta conciencia liberal clama, desde los tiempos de Rodó, y corre derramándose por diversas vertientes en América. Esa onda es la que continúa aquella nacida en el siglo XIX con un José Mármol y un Esteban Echeverría, entrada en el siglo XX con un Eustasio Rivera, un José María Arguedas, un Jorge Icaza, el controvertido boliviano Alcides Arguedas, un Ciro Alegría, un Rómulo Gallegos, colaborando todos a la obra de dar a conocer al mundo la torturada sociabilidad de América. Muchas otras páginas quedan por el camino, también testimonio vivo y doloroso del desgarramiento de nuestras sociedades. El factor del desquicio legal, operando sobre una sociabilidad todavía amorfa, atormentada por el cruce de heterogéneas culturas, alejadas del grado de urdimbre tecnológica alcanzada por la civilización europea, y su heredera norteamericana, ha obrado para impedir una rápida evolución de ese estado. Ese retardo se ha producido en una suerte de juego dialéctico encerrado en una ecuación de hierro.

#### 4. Jacobinismo y otros ismos.

77 Incompleto quedaría el perfil de Rodó de no detenernos en la filosofía que surge de su opúsculo *Liberalismo y Jacobinismo*, recopilación de unos artículos de 1906, con que enfrentara una disposición del gobierno por la que se suprimían los crucifijos en los hospitales de caridad. No menciono esas páginas para rediscutir el asunto debatido hace un siglo, sino como punto de partida para reflexionar sobre las dos actitudes que parten el campo del pensamiento y las acciones humanas. Es obvio que el liberalismo filosófico, como postura en la vida, no significa rechazo a religión alguna, sino comprensión y tolerancia de creencias y pensamientos ajenos. La problemática envuelta en ello va más allá; abarca campo más amplio.

El liberalismo o el dogmatismo genéricamente opuesto a él, – uno como el otro – se expresan en cada uno de los mil actos diarios de todos los individuos y de todas las colectividades, prestándole sello inequívoco. En lo más nimio de la conducta humana, como en las leyes, reglamentos, estilos políticos, se muestra uno u otro espíritu. El dogmatismo, cuando no obedece al cálculo de estrategias prescindentes de todo cuanto no conduzca al fin pragmático elegido – lo que es visible en la actividad política – responde a la elementalidad de los no adentrados en el conocimiento de la Historia. El liberalismo no se pega indisolublemente a la idea de la libertad, no está ligado siquiera a ella, como podría creerse. Porque el liberalismo reconoce, en la complejidad de sus vericuetos, que *también la idea puede ser cárcel*. Y cárcel es lo opuesto a la libertad. Rodó lo supo y en ello basó su prédica. Un liberalismo cerrado es, del mismo modo, una forma de cárcel.

La esencia del liberalismo está en la actitud cautelosa del pensamiento como guía de la acción. Cautela ante la escurridiza realidad; cautela ante el convencimiento de la falibilidad humana; cautela ante la precariedad de las verdades alcanzadas, válidas hoy, desechadas mañana. Fourastié lo expresa con la humildad intelectual que caracteriza al auténtico liberal:

*No tengo lecciones que dar, ni siquiera mensajes; no estoy seguro de mí mismo como para pensar en enseñarles o señalarles algo; mi imagen del mundo y de los hombres, y aun de mí mismo, es demasiado poco clara y demasiado inestable para que pueda considerarla válida para otros seres, y sobre todo, para otras épocas; no tiene más valor que el de un testimonio. (155)*

Esas palabras encierran la esencia del liberalismo filosófico. Añade el moderno pensador: *se trata de chapotear en lo que se ignora con la ayuda de lo que se sabe*. Con todo Rodó nos dejaría un mensaje: el de enseñar el amor a la verdad, sabedor de que nadie posee título de propiedad sobre ella, ni existen patentes que preserven su exclusividad.

Un amplio lapso del siglo XX se vio dominado, en el pensamiento y la acción, por el enfrentamiento en dos corrientes opuestas. De un lado la que representó Rodó en el campo político. Del otro la que genéricamente expresó el marxismo. Tal encuentro doctrinario perdió su efervescencia tras la implosión del sistema soviético en los últimos años. No obstante, aunque las páginas editoriales hayan dejado de lado las admoniciones que hartó abundaron en aquel entonces, el problema subsiste, con particular vigencia en América, aunque se exprese en otros términos o en su total falta de expresión. Los problemas candentes que una como otra corriente intentaban solucionar por unos u otros métodos, siguen presentes. En una pincelada inicial sobre la actualidad de América hemos insertado unos datos que hacen innecesario cualquier comentario. El debate americano en el plano universal que la realidad que denuncian debiera provocar, no se produce. ¿Por qué? Tal vez en una de sus prístinas páginas de la *Revista Nacional* y reiterado en *Ariel* se halle parte de la explicación.

*No se compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas... Yo he concebido siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del*

*destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes que llegase a nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria.*

Se refería Rodó a la negativa del positivismo a enfrentar los problemas que están más allá de lo inmediato o por tal se tiene. Sin embargo, sus palabras, bajadas de la altura metafísica, son aplicables a la situación de América. Es el concepto que inspira nuestro presente trabajo. La actitud abarca la universalidad del quehacer humano; es la del liberal que acepta los retos de la vida, la del que levanta la mirada ante el incendio que se avecina, no la del que rehuye su vista. No es el gesto del que quiere ignorar el *humano dolor* que, aquí y ahora no llega de literaturas extrañas; viene de la mano con lo que Rodó dijera a Rafael Barret, sobre el *descontento que se lleva en el alma frente a tanta injusticia brutal, tanta hipócrita mentira, entreteladas en el orden social.*

Ya en medio de la batalla, observamos que a ambos lados, se clama por *la justicia*... Hay todo eso en el siglo del *advenimiento burgués*. ¿Qué separa, entonces, a los que se hallan de acuerdo en tantos puntos? Tal vez nadie cómo Martí supo comprender de qué se trataba. Cuando muere Marx, *el Mártir* le ofrenda su saludo respetuoso; sumémosnos a ese saludo por lo que su nombre representa como clamor frente a *tanta injusticia brutal y tanta hipócrita mentira* subsistentes. Pero, ¿cuál el remedio?, pregunta Martí, tratándose de un mal tan afincado como el que ha mantenido en lucha perenne a la humanidad. ¿Será el remedio más duro que la enfermedad; consistirá en lanzar a una parte de la humanidad contra la otra? ¿Puede *desecristianizarse* la civilización? ¿Será el odio la solución? Espantaba a Martí esta posibilidad. Como a Bertrand Russell. También a José Enrique Rodó.

Ese el quid. Es de relativa importancia si Marx tenía o no razón en sus elucubraciones económicas. El problema radica en *los medios*. Carlos Vaz Ferreira habló de dos clases de almas: las tutoriales y las amantes de la libertad, como ya lo he recordado. *Jacobinismo y liberalismo* enfrentados. De un lado la creencia absoluta que se desposa con la verdad de una vez y para siempre, llamándola *verdad científica*. ¿Algún sistema político es científico? Aun en la verdad: ¿de qué medios nos valdremos para imponerla? Desde el campo liberal se nos dice: la verdad no se impone, se conquista. Sólo es posible *enseñar el amor a la verdad, que es infinita*. Esta filosofía es *madre para la conciencia, madre para la razón*. Enseña, si cabe desarrollar este sentido, innato en el alma del hombre, a amar la libertad. A amar *la libertad solidaria*, como lo concebía Proudhon, no la del primitivo, lindante con la animalidad. ¿Cómo conciliar dictadura y amor a la libertad? La *dictadura*, ¿no es siempre la imposición de unos sobre los otros? ¿O acaso *la dictadura del proletariado* pierde los caracteres que nos hacen rechazar *todas* las dictaduras? Pero, además, ¿se divide la sociedad en estas dos clases: proletarios a un lado, no proletarios del otro? ¿Qué clase de sociedad es ésta, dónde existe? ¿Acumula una de las clases todas las virtudes y todos los oprobios la otra? ¿Cuáles las virtudes o los oprobios no comunes a la especie, a la condición humana? Si suplantamos la dictadura de una clase sobre la otra, imaginando puerilmente que una es la que trabaja y otra la que huelga, e invertimos los papeles, ¿no volvemos al punto de arranque y no tendremos que luchar en nombre de la segunda, que ahora ejerce la tiranía, contra la primera, que ahora la sufre, y luego la ejercerá a su vez?

Absurda dialéctica. ¿O se trata de un desquite, de una *vendetta* histórica, un ritornelo sin fin? ¿Contra quién, concretamente, se ejercerá esa dictadura? Porque en términos históricos la cuestión no es sólo el hoy ni sólo el mañana; indefinido es el devenir. ¿A qué nos lleva esta concepción de la lucha en que una de las partes ejerce venganza sobre la otra? Estos hombres que hoy gozan de privilegios, estos hombres que gozan de bienes que otros no poseen, serán, un día suplantados por otros. Pero ese día ellos no existirán, ni tampoco los otros a quienes se promete venganza. ¡Es la venganza abstracta en el puro reino de la abstracción! ¿Qué instintos oscuros halagan estas promesas? Cito algunos tramos

de Engels de 1895. Su carácter serio lo aparta del trillo demagógico. Engels analiza la *Revolución de 1848* en Francia, y dice: (156)

*Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante...*

Esta *labor larga y perseverante* es la de la educación. Es la lucha, no del odio sino la del amor solidario para arrancar al hombre de la prehistoria biológica de que no hemos acabado de emerger... Yo digo el hombre – y no las masas – porque nunca he podido entender en forma cabal (si se trata de una limitación, la confieso,) ciertas abstracciones. No me resulta imposible entender el concepto del hombre; en cambio tengo dificultades serias para entender el concepto de *la masa*: no sé cómo separar al hombre de ella, a qué hombres separar y a cuáles dejar dentro de ella. Lo mismo me ocurre en cuanto se habla del proletariado.

Entiendo, por supuesto, que hay diferentes posiciones o niveles, o funciones, y hasta percibo que hay quién vive sin trabajar o quienes *hacen que hacen*, y gozan de privilegios. Pero en cuanto trato de *generalizar* suelo meterme en laberintos inextricables. No sé si admirar a quienes tienen el don simplificador de las realidades. En todo caso no me inclino por confiarles mi propio destino. Sostenía Engels que hasta entonces las revoluciones habían estado siempre a cargo de minorías y pregunta: ¿No se daban pues todas las perspectivas para que la revolución de la minoría se trocase en la revolución de la mayoría? Y en otra parte: *La historia nos ha dado un mentís a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido.*

Ese mentís que la historia da a Marx y Engels, respecto a las condiciones, al *clima*, no parece haber conducido a la comprensión de que *la revolución social*, a secas, no existe. Se dan, sólo, - Engels lo estipula - cambios de grupos *que se adueñan del poder*; otorgándose privilegios que no tenían. Sustitución, no revolución. ¡Se estaba cerca de comprender que sólo existe, trueque de equipos, cambio de nombres y de hombres, pero no de las condiciones sociales! No surge de sus páginas finalmente esa comprensión. Lo digo con sumo respeto.

Hombres hubo en nuestra historia que lo entendían. En Engels se columbra, se orilla la idea varias veces, pero no se arriba plenamente a entender que la *Revolución* es sueño. ¡Es el sueño que impide ver que no existe la solución mágica que permita cambiar de la noche a la mañana el sinnúmero de condiciones que posibilitan el estado actual de cosas! Es deseable el cambio; no es factible por esta vía. La problemática social no es un objeto maleable a voluntad; es una realidad caleidoscópica, pro-teica, con tantas posibles combinaciones como en una partida de ajedrez. Buscar la solución por los caminos del odio no constituye, ciertamente, un acierto. Martí lo vio y lo dijo claramente

*Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres es el que so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas; y les predica al oído, antes que la dulce plática del amor, el evangelio bárbaro del odio.* (157)

Hay una intervención de Rodó en el Parlamento, a raíz de una huelga, que admite reflexión desde varios ángulos. Aquí la haremos exclusivamente desde el que concibe la sociedad dividida en dos clases:

*En general es un error muy frecuente, muy común y muy grave, quizá el más grave de los errores en que suele incurrirse al tratar las cuestiones relativas a la organización del trabajo, el error que consiste en encarar y resolver estas cuestiones como si la sociedad estuviese compuesta exclusivamente de dos fracciones únicas y contrapuestas: de un lado*

*los patronos y del otro lado los obreros, nada más: como si la sociedad no abarcara en su complejidad numerosísimos elementos que no son obreros ni patronos, y que por eso no están comprometidos directamente en las luchas de los unos con los otros; pero que sufren a lo largo, de inmediato, quizás, las consecuencias de estas luchas por su repercusión en el conjunto de los intereses sociales. (158)*

El concepto es diáfano. Se enturbia cuando se sesga esquematizando la cuestión al poner de un lado al proletariado y al capitalista del otro, como si ésta fuera la única posibilidad y como si la Historia, por la mano de Parménides, se hubiera inmovilizado en un punto. No se entiende que no son elementos opuestos. A cambio de la claridad conceptual exigible a quienes asumen el papel de conductores sociales, tenemos la simplificación maniquea que reduce la realidad a blanco y negro. Se elude la complejidad de los fenómenos sociales con sus múltiples facetas y aristas a una elementalidad impropia. La cuestión social no es simple: constituye una vasta red de reacciones difícilmente calculables, indóciles al mandato del buen deseo. Además del factor económico, juega el complejo que podemos sintetizar en la expresión *el factor humano*... el complejo factor humano.

Interesa aún ver a Rodó en su acción parlamentaria en relación a las encrucijadas sociales. En ella se revela su concepción social y su concepción del Estado. Bajo el ángulo merece atención el enfrentamiento de las dos concepciones filosóficas todavía. Desbastemos el primer punto para tratar por separado el segundo. (159)

*El socialismo francés ha ejercido la mayor influencia sobre el desarrollo intelectual de Marx, pero de todos los socialistas de Francia es J. P. Proudhon quien más poderosamente influyó en su espíritu. Hasta es evidente que el libro de Proudhon ¿Qué es la propiedad? indujo a Marx a abrazar el socialismo.*

Tal afirma Rodolfo Rocker. La evidencia es categórica cuando se lee y se ubica en su contexto histórico esa obra y la inmensa labor de su autor, cuya influencia inútilmente se quiere disminuir. Mayor resulta cuando se consideran sus conclusiones - *la propiedad es un robo* - que, por otra parte, tiene antecedentes en Francia respecto al propio Proudhon. Marx mismo otorgó a ese libro el carácter de *primer manifiesto científico del proletariado francés*. Pero más que esto importa señalar aquí que Marx viene de Proudhon. Ello devela la fuente anarquista de donde surge y que ha alimentado en Marx el odio por el Estado. Inquina ampliamente compartida por vastos sectores del pensamiento que no pertenecen ni al anarquismo ni al marxismo, para quienes el Estado es el *Leviatán*.

No es ésta la posición del liberalismo. A la comprensión de la necesidad (quizá inevitabilidad) de su existencia une la cautela - sin la cual no sería lo que es - que sopesa los pro y los contra, la constelación de factores que juegan a su alrededor. Muy consciente de la trayectoria histórica del Estado, no se abraza a la consigna del Estado por sobre todo.

Los hombres del siglo XIX que hallaban a su frente la ominosa tradición absolutista y reglamentarista anterior a la Revolución Francesa veían en el Estado opresor un obstáculo a la vida; la encarnación del privilegio de una retardataria clase dominante que despertaba el odio de todos los escarnecidos por los abusos de un poder arbitrario. Este odio tiene su sello en el anarquismo. ¿Reprocharíamos a Marx que lo comparta y condene al Estado en nombre de las injurias que recibe la dignidad individual? ¿Podríamos ignorar esa realidad sustancial? No lo haremos nosotros. Pero, ¿es totalmente objetiva tal visión?

Consultemos a un pensador ya no de esa época sino a uno más próximo a nosotros. Raymond Aron, señala el carácter reglamentarista común al Estado de todos los tiempos. Jacques Pirenne lo ha rastreado hasta una remota antigüedad. Lo propio ha hecho Leon Homo en el Imperio Romano. El rasgo se acentúa en la medida en que se amplían sus funciones y su intervención. En *La Era Tecnológica*

nos dice Aron: *Cuanto más se intenta acomodar los reglamentos a la infinita riqueza de la actualidad, tanto más frecuentes son los fracasos. (160)*

Hasta aquí las concordancias sobre el Estado. Sin embargo, cuanto más se concuerda, más sorprende el medio que elige Marx para contrarrestar el mal. Su falencia es de lógica histórica y hasta de sentido común. Para corregir las injusticias y perversidades sociales a que da pábulo el Estado, ¿qué medio elige? ¡Nada menos que el propio Estado: un prodigioso salto del anarquismo al absolutismo! Para acabar con sus males, lo vuelve todopoderoso. Reedita el Estado totalitario contra el que se erigió el anarquismo de que él mismo viene. *Los medios importan* no es una frase hecha. En este caso los medios importan más que en ningún otro. El Estado es la concentración del poder y el poder es el resorte que magnifica todos los males anexos a la condición humana, comenzando por el de la corrupción. ¿Apelamos al mal para combatir el mal?

¡Qué confusión! En otras situaciones los medios para alcanzar un objetivo pueden tener valor relativo. Un poco más acá o más allá, es posible acordarlos a las metas propuestas. Estas suelen no diferir tanto como parece entre las doctrinas. No ocurre así cuando la cuestión trata de los medios para combatir el instrumento de que depende el destino de la muchedumbre humana. En esta problemática se asienta la división entre el jacobinismo y el liberalismo político. Lo mismo cabe respecto a la problemática económica, en que un torpe (o interesado) reduccionismo pretende eludir su complejidad mezclando la idea de una falsa libertad.

El choque no se produce entre materialismo e idealismo, ni deriva del énfasis que se ponga en el hecho económico; ni siquiera de la proporción que se conceda en el quehacer histórico a la acción de la masa o a la del individuo. El conflicto, entre las *dos tendencias del pensamiento humano* - de esto se trata - se corresponde con las dos actitudes *básicas del espíritu*, a los dos temperamentos identificados en los términos de *jacobinismo y liberalismo*. Los motivos ocasionales en que estas dos actitudes espirituales, estas dos posiciones filosóficas, tomen pie, pueden ser infinitos. Desde la que asumió Rodó en 1906, ante el retiro de los crucifijos de los hospitales de caridad, hasta el que se asuma frente a los hechos económicos, o ante cualquier otra manifestación del múltiple avatar social. Este antagonismo filosófico es tan viejo como el mundo. Pirenne, refiriéndose justamente a esa antigüedad nos decía que mientras Egipto concebía el mundo como realización de la conciencia divina, haciendo de las ideas puras realidades, Sumer lo consideraba producto de una evolución inherente a la materia, informada por el principio vital. Bajo los símbolos cosmogónicos creados en las influyentes ciudades de Heliópolis y Nipur, destácanse, antes del tercer milenio (a.C.), los sistemas sobre los *cuales ya no habría de cesar de dividirse el pensamiento humano: el idealismo y el materialismo. (161)*

Rodó se situó en el foco de la perenne controversia personificando la tendencia que antepone el espíritu a la que llamamos materialista sólo en cuanto al énfasis de ésta en la gravitación de ciertos elementos materiales sobre la vida humana. Infusa resultaría la apreciación y la calificación de materialista, si no se comprende que esa posición es, a la vez, espiritual, aunque distinta en cuanto percepción sobre el entorno vital de universo. Me resisto, pues, a aceptar la simplificación que suele hacerse entre materialismo y espiritualismo que si pudo corresponder en un origen, menester es rectificar. Tan materialista es Marx como Rodó; tan espiritualista es éste, como Marx... Porque, después de todo, la concepción materialista no deja de ser *idealista*. El materialismo es una *idea*. En este sentido es tan *idealista* el que lo sostiene como el sostiene la idea en contrario. Y no es juego de palabras.

Otros sesgos reconoce esta problemática; otras luces deben iluminar el proceso para que se nos muestre en su recóndita esencia, en su verdad psicológica positiva. La distinción la hemos hecho repetidamente: almas tutoriales en un lado, temperamentos libertarios en el otro; espíritus absolutistas en un campo, espíritus que confían en la libertad enfrente. Tendencias simplificadoras, metafísicas, - en el sentido comtiano - inclinadas a resolver la problemática de la realidad universal apelando a aprehender uno, dos o tres elementos a que reducirán esa abigarrada realidad, y tendencias más complejas,

*positivas*, primero, *post-positivas* luego, que perciben su intrincada malla y se vuelven cautelosas, - *científicas* - reconociendo el carácter relativo y móvil de la verdad.

Marx se quedó en el positivismo *metafísico* de la etapa científicista, como algunos hombres que se quedan en la etapa juvenil. Comte mismo retrogradó a la etapa metafísica. Otra vez Fourastié: *difícil es practicar el espíritu científico experimental*.

Rodó sobrepasó ese estadio. Comprendió las limitaciones intrínsecas y extrínsecas del positivismo. Su actitud vital y filosófica le llevó a la alta comprensión del liberalismo que asume el devenir de la realidad, el cambio incesante... *Proteo* es el símbolo poético, heracliteano, en que resumió su sentir; *Motivos de Proteo*, el camino escogido para indagar la realidad psicológica humana, entre otros que podrían seguirse para escudriñar *el misterio*, el ser universal, el alma universal - la *oversoul* - de que hablaba Walt Whitman. Auténtico liberal, no tuvo la pretensión de hablar de liberalismo científico, como Marx hablara de socialismo científico.

No resisto, al cerrar este tramo, recordar las reflexiones de J.P. Mayer sobre Tocqueville y Marx: *Si se compara la sociología política de Tocqueville con la de Karl Marx, trece años más joven que él, resulta evidente que el pensamiento de Tocqueville está muy lejos de un utopismo humanitario. Desde luego hay puntos comunes entre los dos pensadores.* "Toda la historia - nos dice Marx en el *Manifiesto Comunista* - es la historia de las luchas de clase." En *L'ancien Régime* de Tocqueville leemos: "Hablo de las clases, ellas solas deben ocupar la historia." (162) Pueden aceptarse sus conclusiones sin dejar de ser liberales.

## V. HISPANOAMERICA: DRAMATIS PERSONAE.

### Reflexión final.

Más de cinco centurias han corrido desde que la civilización europea asentó su planta en un Continente prometedor. Va para doscientos los años transcurridos desde que algunos *iluminados* resolvieron por sí y ante sí, asumir sus gobiernos invocando una dudosa *libertad*. En todo ese tiempo no ha sido posible averiguar de qué libertad se trataba, ni libertad para quién. La palabra *democracia* sustituyó a la palabra *república*, abstracta entidad de que entonces se hablaba por los más adelantados de aquellos que interrumpieron la evolución histórica que se venía cumpliendo.

Hemos recordado la idea que se hacía Andrés Bello antes de cerrar el siglo XIX sobre la democracia, a la que consideraba una *necesidad americana*, afirmando que *todo estaba dispuesto* para tal clase de gobierno de *principios populares*, añadiendo aún que los más - *las masas*, diría él, - si no avanzadas en civilización, sí lo estaban *bastante en la escuela republicana*. ¿Se trataba de un sueño o de una loable aspiración? Nuestra visión de un siglo después nos ha hecho decir que desde 1810 sólo hemos comprobado que América ha sido gobernada por oligarquías perpetuadas en el ejercicio efectivo del poder. La democracia, fuera del mito, sólo muy relativamente puede decirse que haya existido. La *democracia* se ha convertido en una *costumbre electoral*, sin sobrepasar ese estadio. La ecuanimidad social, en sus diversas vertientes, en lo interno de cada país, como en la relación de unos a otros entre todos aquellos que formaban la unidad hispanoamericana con España, es un bien desconocido. ¿Se dirá que nuestra apreciación es pesimista? Nos limitamos a señalar un hecho.

Basta recorrer la cronología histórica de cualquiera de nuestros países americanos para fatigarnos contando los disturbios de toda clase y los golpes de Estado en cada uno de ellos. ¿Habrá alguno que sea excepción? Tales hechos convocan, para el pensamiento humanista de los nacidos al sur del Cañón del Colorado a un personaje con todos los fueros del antiguo caballero español: *Hispanoamérica*. Nuestra doliente América.

Éste es el *dramatis personae* que evoca el hidalgo español Julián Marías. Hispanoamérica, caballero antiguo, venido a menos, ha perdido por el camino los fueros de prestigio y gloria, que hubiera podido alcanzar de no haberse deshecho nuestra antigua nacionalidad hispana. Tenemos ahora ante nosotros una problemática: un mundo duro, con la inquietante cuestión de los Estados Unidos, en primer lugar. Hemos soslayado su fondo hasta el momento. Veamos sin eufemismos cómo la encaró Rodó.

*Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. Siento fácil mi espíritu para cumplirla. Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. (Ob. 234)*

Así comenzó su juicio para luego asentar las bases de su pensamiento:

*...se había renovado, forjando sólo en el transcurso de un siglo el pueblo de mayor empuje de los tiempos modernos. El contraste entre el enorme desarrollo de la América sajona y el lamentable atraso de la latina era el problema pendiente sobre la conciencia de los sudamericanos, y el tópico obligado de todas las disquisiciones histórico-sociales. Ya desde hacía algunos lustros, los dos sociólogos más eminentes que hayan tenido estos países, Sarmiento y Alberdi, habían proclamado el triunfo histórico de los pueblos sajones sobre los latinos, y la necesidad, para nosotros, los sudamericanos, de adoptar las normas de los Estados Unidos del Norte, reaccionando contra los viejos vicios hispánicos... Hacia el 900 el espíritu de los países latinos de esta América sufría una grave crisis histórica. Al norte se levantaban, dinámicos y poderosos los Estados Unidos, en cuya fragua titánica la energía anglosajona*

Hemos dedicado atención a estos dos *eminentes sociólogos* cuya mentalidad – como la de los dirigentes de la época – bastante tienen que ver con el destino de nuestros pueblos. Los tiempos han impuesto la transformación de muchas cosas. Así la vida nos la impone sobre la propia personalidad. Dejemos hablar a Rodó: (Ob.311)

*Reconozcamos que hija de la necesidad es esta transformación continua, pero servirá de marco en que se destaque la energía racional y libre desde que se verifique bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad.*

Ha de aplicarse, pues, la voluntad que vigila y la inteligencia que persevera para que el cambio se realice dentro de los cauces propios y no por ajenos impuestos caminos. A ello nos invita el Maestro. Si el destino ha pronunciado sentencia histórica sobre el mundo hispanoamericano, si la catástrofe le aguarda... ¡Sea! Pero salvando los fueros sagrados que el hidalgo no está dispuesto a sacrificar en su bancarrota sino al precio de la vida. De todos los pendones que se hayan de abandonar en la lid, hay algunos irrenunciables para el alma hispana: el de la propia dignidad, es decir, el honor; el de la lengua, en que está escanciada su personalidad. En otro plano, el sentido de la libertad, de la conciencia, de la tradición recibida que significa la no alienación por desaprensiva entrega imitativa. La preservación de los propios modos de vivir, que no son aquéllos en que se nutre la idea utilitaria con olvido de que los bienes materiales son un medio no un fin en sí. ¿Tiene fundamento racional su idea?

Quizá se pueda hallar un fundamento de este tipo. Posiblemente el norteamericano medio se encogería de hombros, escéptico y despreocupado ante tales inquietudes. No sería la misma, pienso, la reacción de un hispano y, tampoco la de un americano del Sur medianamente reflexivo. Pienso en el hidalgo de antaño. En algún rincón del alma de cada americano de este lado, late algo de sangre española. Parecería probarlo el acogimiento de *Ariel* en el Continente e inclusive en España, de capa caída entonces por la pérdida de Cuba, último jirón de sus dominios ultramarinos, frente a Estados Unidos. *Ariel* tocaría hondas fibras de la común alma hispana porque constituyó *un mensaje espiritual*, sin desconocimiento de las exigencias materiales de los pueblos. Insistamos con que Rodó ni las despreció ni las desconoció.

Oigo ya las voces airadas de quienes nos hablan de subdesarrollo, materialismo, alienación. ¿Se recuerda que no sólo de pan vive el hombre? ¿Qué hay cosas que importan más aún? No es decir, sin embargo, que haya el hombre de privarse del pan. Estampemos con nitidez: *la primera necesidad, vivir...* Verdad que, no por antigua, perderá jamás su vigencia. El pan, pues, primero. Pero sobre verdad tan obvia, ¿es menester largo filosofar o siquiera recordarla? Rodó no dijo, no encomió en *Ariel* – filosofía para la acción al fin, – ni en parte alguna, que por resguardar nuestra personalidad moral, nuestro sentido de la historia, nuestras tradiciones, nuestra lengua, cordón umbilical que nos une a un común espíritu hispano, hayamos de renunciar al pan, al bienestar, al fruto del trabajo que cierta y vehementemente enalteció. Un aire de vergüenza nos golpea por tener que explicitarlo.

La existencia del *Coloso* convoca a nuestro dramático personaje. Su destino, el del mundo, ¿hay que decirlo?, se enlazan – como antes al Imperio británico – al nuevo astro que somete al planeta a su gravitación.

*... la América española no es, por supuesto, un todo homogéneo; pero sí es un todo... La unidad de la lengua es el fenómeno en que se manifiesta más la ausencia de extranjería; la diferencia nacional no es primaria ni fácilmente visible; se es argentino o venezolano o panameño después de ser hispanoamericano, como manifestación o matiz de esta condición... Lo que liga a las diferentes naciones de la América española es precisamente eso, su origen español: sino el más corto, el camino real entre dos países de Hispanoamérica pasa por su raíz, por España.*

¿Palabras de Rodó? No, palabras de Julián Marías, escritas a cuarenta años de desaparecido Rodó. (163) Palabras del español a quien no caben en el alma, como no cabían en la suya, provincianismos. Palabras de un hispano con mirada de águila que, como el uruguayo para ejercitar el vuelo, remonta las alturas cordilleranas.

Ha dicho Torres Rioseco (164) que Rodó se anticipó a Ortega y Gasset. Maestro de ese otro Maestro español que emite su juicio desde la otra orilla del Atlántico. Aquél, éste, ambos Maestros, desde su elevado mirador, no quieren siquiera ver una Europa y una América: sólo una cultura, la de Occidente. *El futuro de Europa es ella misma con América, es decir, en Occidente.* (165) Rodó pensó igual desde su raíz heleno-cristiana avizorando una *América-una* por la cultura, en la tradición que es eslabón de vida en el tiempo. Repitamos sus ya recordadas palabras de Chile:

*... el destino histórico de esa revolución no fue alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva. (Ob.570)*

Las nieves eternas de los Andes no habían devuelto el eco vibrante de su emoción, no acababan de asomar las lágrimas a los ojos de quienes le escuchaban en el recinto del Congreso chileno, cuando su voz resonaba otra vez:

*... esta América española, tan discutida, tan negada, tan calumniada, por la ignorancia y el orgullo ajenos, y aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza a existir para la conciencia universal; empieza a atraer a sí la atención y el interés del mundo...*

No irradiará quizá todavía con el brillo de las viejas culturas; su influencia política no volcará la balanza como la de las naciones más poderosas del orbe, pero sí atrae las miradas

*por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de la civilización pero es, cuando menos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de los pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.*

Dejemos de oponer idealismos y materialismos. Aquél tiene su asiento en éste y ambos marchan hermanados en la Historia, como el aire y el viento. Pensemos únicamente en que

*los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia clara y firme de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir.*

A un lado las torpes polémicas. Busquemos los caminos que unen dentro de cada una de nuestras naciones, renunciando, sin perjuicio de la dignidad ni de la justicia, a las estrategias que dividen y envenenan. Abandonemos las sendas muertas que nos separan y volvamos a recordar la voz cuyo acento no extinguido nos trae esta fe imperativa:

*... en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de patria, ( ) en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud que*

*encierra de afirmativo y fecundo; cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana...*

Bellas palabras expresivas de un ferviente deseo racional, mas de pronto surge el estadista que abandona los acentos románticos para enfrentar la realidad con una ruda clarividente admonición:

*Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía será una política vana o descarriada.*

El deslumbramiento que produce el brillo literario de su expresión no debe cegarnos para la honda comprensión de su incisivo pensamiento que encierra un entero programa político. Oigámoslo unos lustros más tarde, lejanos ya aquellos ecos y vueltos sus ojos a la amarga realidad: (Ob. 1078)

*En principio, toda intervención extranjera en asuntos internos de un estado soberano, máxime cuando estos asuntos no tienen complicaciones de hecho que hieran directamente las inmunidades o la dignidad de otros Estados, debe excluirse y repudiarse con resuelta energía, haciendo de esa exclusión uno de los fundamentos esenciales de toda política internacional americana.*

Lo decía en el editorial de *El Telégrafo*, en 1915 ante la intervención norteamericana en Méjico. Allí está delineada, en la práctica, en un momento ardiente de la historia de América, la política que preconizara en Chile.

No quiso Rodó, en *Ariel*, internarse en el siempre candente tema del imperialismo, aunque muchos tomaron sus páginas en este sentido, mientras otros le reprochaban no hacerlo. Pongamos las cosas en su lugar. No lo hizo porque su mira apuntaba más alto. No faltó, tampoco, quien le imputara una visión totalmente negativa de los Estados Unidos de América y hasta le retaceara autoridad para opinar sobre su trayectoria considerada *in totum*.

Entre quienes cercenan su derecho se encuentra una figura de la talla internacional de Germán Arciniegas quien afirma que *fue superficial en Rodó el juicio sobre los Estados Unidos, país que no conoció sino por referencias*. (166)

Le atribuye, como tesis central de su mensaje: "hasta donde ellos lleguen llegará sólo el hombre de negocios, y hasta donde lleguemos nosotros avanzará el hombre de espíritu" – calificando estas palabras que pone entre comillas, como un *simplismo elemental* (sic) *de una parte y, de la otra, de un optimismo desmedidamente generoso*.

Sorprendente raciocinio de un hombre de proficua carrera docente, al margen de sus funciones diplomáticas. Profesor invitado en las universidades de Chicago, California y Mills Collage, - miembro numerario de las academias de la Historia y de la Lengua, y presidente de la Academia colombiana de Historia. Condecorado, entre otros distingos, con el Premio Alberdi-Sarmiento, y adjudicatario, por *The Americas Foundation* del título, en 1989, de *Hombre de las Américas*. Ha sido, de acuerdo a la crítica recibida, el ensayista colombiano más reconocido fuera de su país y dícese de él que su principal preocupación la constituía la identidad de nuestra América. Todo ello no le ha impedido fundar su juicio sobre Rodó apelando a un argumento frágil como decir que Rodó conoció *por referencias* a los Estados Unidos. Es imperativo para nosotros, los sudamericanos, dilucidar bien a fondo esta cuestión. Exijamos claridades...

Puede vivirse la vida entera en un país sin formar conciencia sobre él. Esto ocurre a vastas muchedumbres norteamericanas, sudamericanas y del mundo entero. Es por otras vías que se discernie el conocimiento sociológico de una nación, particularmente cuando ésta ha ocupado por largo tiempo el primer plano de la escena internacional. Rodó ha coincidido en su opinión con la de egregios

críticos coetáneos que tuvieron la experiencia directa y, más, con otros que medio siglo después – un Russell, un Wilde, un Julián Marías – la confirman.

Albistur considera ecuánime el juicio de Rodó. Dice en *Los Acometedores: basta bojejar la obra de Rubén Darío para comprobar que, en el general cuestionamiento de la civilización del norte, la denuncia de Rodó nada tenía de extremista*. Recuerda su carta al presidente José Santos Zelaya -1893-1909 - en la que advierte cuál sería el destino de su país de ceder tierras a Estados Unidos para construir un canal en Nicaragua. Trae a colación la página de Martí: *La Política del Acometimiento*, en la que el cubano *no aborrea calificativos: los estadounidenses son 'púgiles' de la política, 'hombres con pie en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño fuerte', una 'camarilla que cuando es descubierta en una empresa reaparece en otra' dispuesta a adquirir desde el guano del Perú hasta el norte de Méjico.*"

Pálido resulta el dictamen de Rodó – tenido por tan severo - ante estas manifestaciones. Pero, - continúa Albistur - *sería un error atribuir esta visión ( ) a una simplificación latinoamericana... ( ) Los textos europeos de entonces nos dan la misma imagen. Poeta en Nueva York de García Lorca es una buena muestra de cómo se fortalecía cada vez más el juicio de un país deshumanizado y cruel*. Las impresiones de Oscar Wilde – *documento abrumador* - nos recuerdan la asfixia de William Hudson en el mundo europeo – *el yanqui recorre Europa con un auténtico afán de restaurarlo todo – con desprecio a todos los siglos que desconocieron la calefacción central*. El crítico remata su idea apoyándose en algunos escritores norteamericanos que mostrarían, en sus páginas, un mundo de gentes *despersonalizadas, sin religión, sin política, sin cultura ni historia, es decir, sin ninguno de los aspectos de la existencia humana.*" (167)

No obstante lo claro de la cuestión, llevada, traída y manida por críticos vernáculos, no resisto rememorar un hecho, un personaje cuya vida podría hacer reflexionar a Arciniegas sobre su argumentación. Helo aquí.

¿Veis a ese hombrecillo que baja la calle? ¿Dónde? – preguntáis. - Allí, en esa aldea perdida en los confines de la vieja Europa, en la región donde las nieves hacen inclemente la vida y donde las noticias llegan con lentitud exasperante. Hablamos de un lejano tiempo pasado. La corta estatura, la extrema delgadez, la enclenque apariencia del pobre ser, hace exclamar entre risas a los pilluelos de la barriada: *¡hay que mirar dos veces para verlo!* Su exactitud, tanto en sus habituales paseos como en su ida y su regreso del trabajo, evita a las vecinas tener que oír las campanadas de la iglesia lugareña para saber la hora. Este humilde trabajador, hijo y nieto de talabarteros, en la perdida región donde el destino le hizo nacer, no sólo es exacto en sus horarios, sino en todos sus actos. Nadie ignora, a pesar de sus costumbres de oscuro solitario, que el estudio es la motivación de su vida. Nunca ha salido de la ciudad, - más bien ínfima aldea allá por el 1700 - y cuando lo ha hecho ha sido para ganarse el sustento dando clases particulares a hijos de familias acomodadas, pero sin alejarse más de dos o tres leguas del poblacho. Al fin, ya avanzado en años, (está cerca de los 50) ha logrado entrar como docente – docente sin título – a la Universidad, donde lleva, así, tres lustros. Y eso es lo más que saben los lugareños sobre el meticuloso e insignificante profesor.

¿De quién hablamos? *Y ved la maravilla histórica en este caso*, - nos dice Manuel García Morente (168) – se trata nada menos que de un ser que en cierta encrucijada de la Filosofía *representa al hombre que tiene en la mano todos los hilos de la ideología de su tiempo*, ignorado para el mundo – que él no ignora - en un rincón desconocido *en lo más remoto del Oriente Septentrional Europeo, en la Prusia Oriental, allá, casi en los límites de Rusia y Finlandia, en Königsberg, ... perdida cerca ya de los límites mismos de la Europa culta de entonces, puesto que Rusia acababa de nacer al mundo europeo bajo Pedro el Grande*.

¿Quién este hombrecillo que jamás ha salido del excéntrico lugar? ¿De quién es la triste figura que reúne en sus manos los hilos de los grandes pensamientos que se habían estado pensando y se seguían pensando en Londres, en París, en Leipzig, en Viena y que, sin haberse asomado jamás al bullicio de esas urbes, sin haber palpado la efervescencia intelectual de sus centros de estudio, ha entrado a la Historia como el gran revolucionario del pensamiento moderno? ¿No reconocemos al profundo pensador que, nacido

en 1724, llegó dónde nadie antes que él – ni quizá después. Nombremos ya a este extraño personaje: ¡Immanuel Kant!

Sí, estamos frente al hombre que jamás pusiera un pie fuera del entorno de su aldea. ¿Invalidaremos por ello sus juicios? De hacerlo podríamos igualmente anular toda la gran obra de pensamiento de un filósofo de la talla de nuestro Carlos Vaz Ferreira, que tampoco se caracterizó como viajero del mundo, mente brillante cuya obra trazó hondo surco en nuestra cultura.

Y si, como resulta obvio nadie con mediano espíritu crítico, validaría tal especie para refutar el pensamiento de estos filósofos, ¿cómo aceptarla para rebajar el de un cuidadoso escritor como Rodó, nacido en una época donde los medios de comunicación e información comenzaban a ser no los del tiempo de Kant, sino ya realmente abrumadores? ¿Qué motivaciones impulsan a ciertos intelectuales a formular juicios tan anodinos? Parecería que tales singulares reacciones se producen en cuanto se toca a los Estados Unidos. ¿Qué se espera al callar o al tratar de oscurecer la cuestión?

Rodó jamás tuvo propensiones de esta clase. Nunca emitió sus juicios mirando hacia atrás. Su misión de escritor, que concibió como sacra misión al servicio de la verdad no se degradó con consideraciones espurias o con pensamientos subalternos. Se pronunció siempre con independencia, entereza y sinceridad. Pudo decir, y dijo: *me basta con perseverar en la norma de sinceridad que es la única autoridad a que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra.*

Pérez Petit – compenetrado por el trato personal de los imponderables que yacen detrás de las afirmaciones más triviales – supo poner a punto el alcance de su inolvidable: *los admiro pero no los amo* que, referido al país norteño, ha dado lugar a críticas absurdas. (169) Su biógrafo y amigo interpreta: *los admiro pero no los amo como amo o se puede amar a Francia, por ejemplo.*

Entre las diversas críticas sinuosas, cuando no ambivalentes, o alambicadas de Carlos Real de Azúa sobre Rodó, tenemos este paradigma de absurdidad: *su famoso aserto sobre los Estados Unidos ( ) puede servir de dechado de la actitud colonial que representa, aun a título de mera posibilidad, 'amar' a otra colectividad que no sea la propia.* (170) ¡Asombroso! ¿Aconsejaría el crítico a Rodó practicar la xenofobia? Dejémoslo sin más comentario.

Los amores históricos de Rodó fueron muchos; nunca podrá hablarse de sus odios históricos: no los tuvo. No odió a Norteamérica pero no ignoró los efectos del desborde de su nacionalismo económico. Harta conciencia histórica llevaba sobre sí para creer que el imperialismo hubiera de ser patrimonio exclusivo de esa nación, de una filosofía deliberada del mal. Por lo mismo no alzó el diapasón de su prédica al tono de la vocinglería demagógica del momento, hecha *moda* desde entonces. Pero no dejó de encarar, ni en *Ariel*, ni en ese editorial de *El Telégrafo*, los hechos.

Si se procede a un balance severo y objetivo de las páginas que dedica al análisis del fenómeno cultural norteamericano, son más las que representan un elogio, adusto, es cierto, que las que contienen acre censura. Toda nación, y en particular la gran nación, genera y proyecta una imagen cultural de su quehacer colectivo hacia el resto de la humanidad, como todo hombre representa una imagen moral para los otros. Los Estados Unidos no brindaban a los demás pueblos un espejo donde mirarse ni una carta de ruta en el piélago agitado del mundo. Representaban para Rodó, como para diversos altos pensadores, un modelo negativo, el camino que no debe transitarse.

¿Se le ocurriría a alguien proponer como modelo, digamos, a Esparta, como fuente de inspiraciones históricas para bosquejar un ideal de humanidad? Cual Rodó referiríamos nuestras aspiraciones a Atenas. Toda experiencia histórico-social depara a la inteligencia campo de observación y sugerencias para la busca de derroteros – relativos, todo lo relativos que se quiera, – para el presente y el porvenir humanos. De la reflexión sobre una colectividad, no surgen elementos puramente negativos o positivos. Sin ver en Esparta un modelo, no osaría yo afirmar que todo fue negativo en su existencia. Si el modelo es Atenas, tampoco diría que su perfil se presenta inmaculado. La reducción a blanco y negro es propia del pensamiento jacobino, no del temperamento liberal. La influencia mundial norteamericana es una realidad ineludible para la observación y la meditación sociológicas. Su gravitación, sus

pautas de ciclópea energía, sus fantásticos logros, la elevan ante los ojos reflexivos desde Tocqueville hasta Rodó y, más recientemente, de Julián Marías, que en un lapso de quince años escribiera dos libros sobre los Estados Unidos.

También de *Servan-Schreiber*, en *El Desafío americano*, o de Jean- François Revel, en su *Ni Marx ni Jesús*. Zum Felde recordaba el juicio de un norteamericano: *treinta años después de aparecido 'Ariel' un propio intelectual yanqui, Waldo Frank, de universal renombre, y uno de los individuos de más espíritu, ha formulado contra su país críticas coincidentes y aun más severas que la de Rodó.*

Entre otros muchos, he ahí cuatro pensadores europeos atraídos por el tema: tres franceses y un español, uno del siglo XIX y tres contemporáneos. También preocupó la imagen nacional de Norteamérica a Bertrand Russell. Su ideología política de *izquierda* (socialista), - de derecha diría yo si no conociera los matices del socialismo suyo, temeroso del monstruo del Estado, – apareja especial interés sobre sus opiniones. Las iremos viendo.

Al concluir Rodó su comentario sobre los Estados Unidos, arguye:

*Ante la posteridad, ante la historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto en el que su savia acrisolada ofrece al porvenir la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente.*

Formula, figurada, la condición arquetípica que nos inclinamos a reconocer en toda gran nación, o cultura. Si cambiamos la forma metafórica en que se enuncia su pensamiento por una forma lineal, - a la que no era él afecto por cierto – nos dice que para que un pueblo se acepte como *modelo*, han de darse esas condiciones. En el caso norteamericano no aparece el carácter ideal:

*...no le busquemos, ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco...*

dice a quienes se han dejado ganar por la *nordomanía* positivista. Su juicio es, ante todo, una advertencia a los gobernantes responsables de América – como lo señalara Gonzalo Zaldumbide – (171) que no percibían cómo la poderosa federación iba realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. Su mensaje repercutió hondamente en diferentes capas de la cultura en el mundo hispano. Pero, digámoslo sin ambages: las voces que mantienen vivo su mensaje, las que repiten su prevención al cabo de un siglo entero, no alientan por su número. El viejo acento positivista quizá pueda verse hoy más amargo y más cargado de preocupación hacia lo material como si la economía fuera algo separado de la vida y no una disciplina a su servicio, no sólo en esa faz sino igualmente en su faz espiritual y cultural. Desde las tiendas que parten de la segregación de la economía de la vida, se concluye en la subordinación del hombre al *hecho económico*, en vez de realizar la subordinación inversa, de que existe *el hombre* y no la entelequia *homo economicus* abstracto. Esta filosofía que ha errado el rumbo desconoce la mira esencial de Rodó, le atribuye ignorancia del *hecho económico*, sin ver que su blanco fue la actividad utilitaria como un fin en sí, reduciendo al hombre al papel de productor y consumidor. Bertrand Russell ha escrito:

*... ha de haber una educación que tenga en cuenta los verdaderos valores culturales y no solamente el deseo utilitario de producir tantos artículos que nadie tenga tiempo de disfrutarlos... mientras una parte de la humanidad naufraga en la miseria y la otra nada en esta agua... (172)*

No es otro el fondo del enfoque de Rodó que se complementa con el sentir del filósofo inglés opuesto igualmente a la parcialización de la cultura. El mismo el fondo de solidaridad social que

señala cómo el simplismo de las ideas desaloja la complejidad del mundo moderno. Rodó predicaba, con Guyau, la concepción del *bombre integral*: - una profesión universal que es la de hombre, previniéndonos contra el riesgo de la especialización, de la unilateralización de la cultura que condena a unos hombres a vivir separados por *belados desiertos* del vasto campo de los intereses humanos fuera de su quehacer inmediato.

Entre quienes impugnan la filosofía vitalista de Rodó, no faltan los que exponen sus mismas metas culturales. La réplica, desde este campo, no puede dirigirse, por tanto, a su concepción humanista, aunque en la nebulosa de las críticas mal formuladas todo se mezcla. Su mira - reiterémoslo - se centró en la concepción predominantemente utilitaria de la vida de aquella nación

*La uniformidad americana coexiste sólo entre los relativamente ignorantes. Lo mismo ocurre, aunque en menor grado, con la cultura. Visité algunas librerías en todos los lugares del país, y en todas hallé los mismos libros de mejor venta preferentemente expuestos. Por lo que puedo juzgar, las señoras cultas de América compran todos los años alrededor de una docena de libros; la misma docena en todas partes ( ) esto señala la diferencia respecto a Europa, donde hay muchos libros que se venden poco, más bien que pocos libros que se venden mucho... (173)*

Esa tendencia hacia la uniformidad por lo bajo, y no a la heterogeneidad por lo alto, que sería en todo caso el verdadero carácter de la aspiración democrática de Rodó es, una vez más, Bertrand Russell quien la sugiere. La conclusión a la que llega en 1930, por lo demás, es en primer lugar la de que la uniformidad que no es ni completamente buena ni mala: comporta en sí, ventajas e inconvenientes. Éstos, como comprobación, habían sido a su vez observados un siglo antes por Tocqueville, y temidos por Rodó en *Ariel*, entre los defectos de las democracias incipientes en que la obra de la educación aún no había cimentado el edificio. Entre los signos negativos pide atención uno: el que inclina a las mayorías a la persecución de las minorías, según el sentir del mismo Tocqueville, de Russell, de Fourastié, de Toynbee, de nuestro propio pensador que supo defenderlas cuando llegó la ocasión de una Asamblea Constituyente. El marxismo podría discrepar a pesar del reconocimiento de Engels; su praxis ofrece abundantes ejemplos de lo que digo. Ciertas minorías cumplen una importante función propulsora y conductora en la sociedad. Su desaparición, en la reflexión de Russell, aparece la decadencia en cuanto se alcanza la uniformidad total. Rodó, es sabido, concibió la democracia como una permanente consagración de los mejores, renovándose sin cesar en las fuentes vivas del pueblo, *el solo creador. Sólo la inspiración del pueblo crea*, supo decir. (Ob.1006)

Su inquietud ante la modalidad de la civilización cuya grandeza titánica se impone por las desproporciones de su carácter y las violencias de su historia, tiene profunda motivación y no desdice de las reflexiones de Russell, al que no se imputará falta de conocimiento del país norteno. Bueno es detenerse en este pensamiento suyo:

*No parece improbable que el movimiento hacia la libertad individual que caracterizó todo el período comprendido entre el Renacimiento y el liberalismo del siglo XIX haya venido a detenerse a causa de la organización creciente del industrialismo. La presión de la sociedad sobre el individuo puede llegar a ser, de una nueva forma, tan grande como en las comunidades bárbaras, y las naciones pueden venir, cada vez más, a enorgullecerse de sí mismas por sus éxitos colectivos más que por los individuales.*

¿No regiría ya aquella paradoja de Emerson, recordada por Rodó, que exige que cada país sea juzgado según la minoría y no según la mayoría de sus habitantes? (Ob. 225) Continúa el autor de *Los Caminos de la Libertad*:

*... ése es ya el caso de los Estados Unidos: los hombres se enorgullecen de los rascacielos, de las estaciones del ferrocarril, de los puentes, más bien que de los poetas, de los artistas o de los hombres de ciencia. Esta misma actitud ha invadido la filosofía del gobierno soviético. Es cierto que en ambos países persiste el afán por los héroes individuales: en Rusia la distinción personal pertenece a Lenin; en América, a los atletas, a los pugilistas y a las estrellas del cine. Pero en ambos casos los héroes están muertos o son triviales, y el trabajo serio del presente no está asociado con los nombres de individuos eminentes...*

El sesgo de la filosofía de este pensador no es sospechoso de pro imperialismo o pro capitalismo. Sobrado es el conocimiento de su pacifismo y su enérgico repudio a la política internacional norteamericana, como al sistema capitalista. Sus pronunciamientos de la tercera década del siglo XX anteceden en cuarenta años a su militancia crepuscular. Su apreciación histórica, implícita en el mismo pasaje tampoco difiere de la de Rodó. Es una especulación interesante considerar si puede producirse algo de valía con el esfuerzo colectivo más bien que con el individual, y si una tal civilización sería de la más elevada calidad.

No desconoce por supuesto algunos logros, en el arte como en la ciencia, debidos a la cooperación, al trabajo colectivo... Pero si el trabajo importante, de cualquier clase que sea, ha de ser colectivo, necesariamente, habrá de producirse una mutilación del individuo... Lástima que Russell no identifique con absoluta claridad el factor subyacente del Estado, cuya presencia es manifiesta en Norteamérica, aunque corresponda reconocerle el mérito, dentro de su gigantismo estructural, el de haber preservado la iniciativa personal en una medida saludable. Esta afirmación no margina las reservas sobre los excesos que tienden a destruir buena parte de sus virtudes.

El libro de Jean-François Revel adita al intrínseco interés del tema de los Estados Unidos y a la validez del juicio de Rodó, el hecho de seguir al de Russell en cuarenta años. *La revolución del siglo XX ocurrirá en los Estados Unidos o no será*, - asevera - y el mundo marchará en un permanente retroceso en relación a los ideales humanistas. Su visión remueve una oscura problemática haciendo asomar a la superficie, no ya la política internacional norteamericana sino el género de vida que su vasto laboratorio ofrece como paradigma. Aunque menos aparentes, hay otros motivos que llevan a preocupaciones más altas aún. Iniciado el siglo XXI, en lo que a política internacional concierne, no se visualiza esa revolución, ni siquiera cambios que admitan esperanzarse. Se observa que en pos de las conquistas materiales, *Calibán* anda suelto por el mundo. Dice el escritor francés, refiriéndose a los años entre 1950 y 1970:

*... la imagen política del mundo es simple para cualquier revolucionario ( ) el principio de la división del mundo es, desde luego (en esta perspectiva) la oposición entre capitalismo y socialismo... "Revolución" - así - significa "avance del socialismo"... En el curso de los últimos veinte años la Unión Soviética ha cesado completamente de funcionar como centro de impulsión revolucionaria, y de poder formular proposiciones revolucionarias, aun al precio de las más indulgentes acrobacias interpretativas acerca de su régimen militar y policial... (174)*

Si no es dado hallar un modelo en el socialismo clásico o doctrinario de su tiempo, - ¿es posible buscarlo en la imagen de la civilización que se nos ofrecía y se nos ofrece aún desde el Norte? Rodó rechazaba su concepción utilitaria *como destino*. En la actualidad aquel cuadro se ha transmutado en la *sociedad de consumo*, contagiada a gran parte del mundo. ¿Es injusto atribuir este ideal - si ha de recibir tal nombre - a la actitud cultural de los Estados Unidos al terminar el siglo XIX? Importa dilucidar el hecho y establecer un dictamen, y no sólo por la opinión que nos merezca esa nación. En la indagación va mucho para la humanidad. Va el drama de la vida moderna. Los Estados Unidos no se han desbordado, a esta altura, meramente sobre la América nuestra, sino sobre el orbe entero. Y no de la

manera imperialista que con ligereza se imputa a Rodó haber desconocido. El fue más allá, y señaló con precisión y clarividencia un fenómeno más hondo. (Ob. 232)

*Es así como la visión de una América 'deslatinizada' por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir...*

Este sueño ya lo había soñado Alberdi. Sólo que su modelo sajón era Inglaterra. Esta inclinación es el primer peldaño, el jalón inicial de cualquier conquista, el paso sigiloso de la penetración cultural – la *aculturación* – la fase de alienación espiritual por donde comienza la entrega pasiva, la colonización mental, en la que hemos insistido, que preludia todo otro género de conquista. El círculo cerrado de la *alienación* tiene como única puerta de salida el espíritu. Sin la conquista del espíritu no hay alienación ni imperialismo posible. Rodó lo comprendió meridianamente. Es la sola tranca que vuelve inviolable el recinto. Su inquietud de una América *deslatinizada* – hoy puede decirse – sobrepasa el marco geográfico y cultural del Continente. Sobre todo el cultural.

Inyoco *El Desafío Americano*. El espíritu que respira es prueba del rebose de que hablo. El radical francés Jean-Jacques Servan-Schreiber encaraba, décadas atrás, el problema de la *deseuropeización* del Viejo Continente. En cierto modo la *desoccidentalización*, la aculturación milenaria, o mejor, la *desbelenización y descristianización*, la deshumanización en suma. (175)

No difiere su preocupación de la *deslatinización* temida por Rodó. Una y otra ponen de relieve el carácter cultural de la invasión del mundo por la horda. El ímpetu incontenible del dinamo no obedece, según este autor, a la fuerza de los capitales tanto como a un rapto cuasi religioso. Un soplo del nuevo Islam que invade el planeta en alas del *american management*. Todavía no sería éste el punto fundamental que habría agitado la conciencia lúcida y vigilante de Rodó, para prevenir el peligro. Ese país está al borde de una revolución. Jean-François Revel ha usado el vocablo con perfecta procedencia. Se trata de una revolución espiritual, un cambio de valores de un pueblo que ha agotado su travesía o de un oscuro porvenir... Tal vez el camino a la nada.

*En suma, hay una base común a las diversas tendencias de la rebelión norteamericana, y sus prolongaciones europeas, y es el rechazo de una sociedad subordinada al lucro, dominada exclusivamente por la economía, regida por el espíritu de competición y la agresividad mutua de sus miembros. En el fondo de toda aspiración revolucionaria encontramos siempre esta toma de conciencia: que el hombre se ha convertido en instrumento de sus instrumentos y que es necesario obligarlo a que vuelva a ser objetivo y valer por sí mismo.*

A ese fenómeno que opera por ósmosis arrasando el espíritu, corresponde una misma reacción, y ésta es la de un francés moderno, lo que prueba la objetividad del hecho que motiva el discurso de *Próspero*. Estamos pues ante un problema de índole no meramente material... ¿No es en el fondo el mismo drama del Imperio Romano decadente, de rebelión entonces, dentro y fuera de fronteras, ante una cultura que barre el mundo reduciendo al individuo a la lucha por lo material, vaciándolo de su esencia humana? ¿No es una rebelión semejante a la del '89 frente al poder alienante de la dignidad por el *Estado Absoluto*?

Las aparentes distintas circunstancias del fenómeno pueden despistarnos en cuanto a su dirección. Mas ésta surge ante la resultancia de los poderes avasalladores, aunque se presenten con diferentes fachadas. No hay que esforzarse para encontrarla; es una y siempre la misma: la pérdida de la libertad creadora del hombre. ¿Qué más da cuál sea el poder que coarta o inhibe ese derecho sinónimo de la libertad?

El escritor francés señala que el movimiento se basa en la *ilusión* de que existe una *libertad absoluta para cada individuo*. Yo me inclinaria a pensar que se trata de una aspiración hacia la libertad que está faltando donde se ha reverenciado siempre su amplia existencia. ¿Quién lo creería? Padece la sociedad norteamericana del mismo mal que la sociedad rusa. ¿No han desembocado ambas en la creencia del *homo economicus*, olvidando al *homo ludens* distinguido por Huizinga? ¿No hay, en todo hombre ese espíritu de juego, de aventura, que llamamos espíritu de la libertad, que no es otro que el espíritu de *creación personal*, radicalmente desinteresado, original en cada individuo? ¿Qué sentido tiene la riqueza si sólo sirve para erigir pirámides materiales, ciudades extendidas a lo largo, a lo ancho y a lo alto, cual colosal foresta de edificaciones rasgando las nubes mientras cercena al individuo el radio de su acción, estrecha su creatividad, limita sus inquietudes a un solo género, le quita la sal de la vida, convirtiendo lo que ha de ser un medio, en un fin único?

La pregunta capital es: ¿puede vivir el hombre en un mundo que le priva de motivación y decoro personal, en un mundo en que *lo ya hecho* veda la *realización* de la propia capacidad, del ansia, de realización y proyección individual? ¿Sólo de pan vive acaso el hombre? ¿No es, el hacer, *el hacerse*, la vida misma, como *la libertad es la acción*? ¿Por qué etapas de adaptación y martirio habrá de transitar el género humano, por qué distorsiones psicológicas, antes de conformarse a tal destino? ¿Y se conformará? La revolución, cuyo primer impulso se dirige a aplanar, a destruir lo hecho, para recomenzar la obra, ¿no ha sido reveladora de que cuando se cierran todas las compuertas estallan los diques?

Esto es, en mi sentir, el punto a que concurren diversas sociedades: *no dejar hacer*. Unas por el desborde del Estado que suplanta al hombre, le roba su quehacer, su responsabilidad, su aventura vital y metafísica, su libertad, en una palabra, reduciéndole poco menos que a un ente vegetal al que se le proveen los nutrientes, la luz y el agua, olvidando que el destino de hombre no es canjeable por el de la planta (en el mejor de los casos.) Dentro de todo, como no se puede proveer ni siquiera lo elemental de la vida, sin el concurso de las energías individuales, se recurre, por la vía del mandato, a sustraerlas, a esclavizarlas, que tal acontece cuando el hombre se encuentra suplantado en su destino, en su voluntad creadora. En las otras, el súper industrialismo, la automatización fabril, han dotado a esa sociedad de tal cúmulo de facilidades que la crisis prevista, al no existir otro norte que el material, se produce al hallarse las nuevas generaciones ante el vacío, ante la ausencia del quehacer que le es robado. Triste horizonte muy diferente de aquel que tuvieron las generaciones antaño.

El élan humano tiene raíz en el instinto de crear. Con rasgos de genialidad, o con los más humildes de la cotidiana tarea del alfarero, del médico de campaña que ha de resolver ignotos problemas, o del albañil que *crea*, pieza sobre pieza, el muro, sostén del techo protector. Lo que importa es *hacer* lo que se siente como propio. Waldo Frank, surgido en el seno de su sociedad materialista, ¿no está en línea con la famosa película *Los tiempos modernos* de Charles Chaplin, nacida en ese seno?

Ese hombre que la filosofía busca de antiguo no ha de caracterizarse sólo como el *homo sapiens*. Pocos, en el encierro de su gabinete, o en el silencio del archivo que cubre el polvo, han de sentirse realizados como *homo doctus*: la civilización moderna condena, a los más, a encontrarse en un mundo ya hecho y convierte al ser, reducido a una cuasi pasividad, extensamente, en el mero *homo videns*. La sociedad de consumo apela a formar, a lo sumo, un *homo trepidans*. Pero la esencia recóndita del hombre, aquélla que ha ido siempre del brazo con la libertad, con el espíritu abierto a la aventura, a la acción, - la vida en sí, - ¿es respetada en el mundo actual? ¿Reconoce el mundo electrónico al *homo faber* – al *creador* – entiende su misteriosa naturaleza, en pos de la cual transita la filosofía desde incontables siglos?

Ése es el drama que apareja el criterio estatal paternalista, mal padre que sustrae al hijo su quehacer propio. Drama de una grande región del mundo que se va extendiendo... En *Ariel* hay la propuesta de una *filosofía para la acción* y, al mismo tiempo un llamado al *reino interior del hombre*, al espíritu independiente y creador. La propuesta constituye una unidad armónica y entrelazada en el universo palpitante del pensamiento de Rodó y es reveladora de su filosofía vitalista. Bastarían sus parábolas

para representarla. Compenetrémonos de la personalidad ideal de Idomeneo, junto al símbolo del *rey hospitalario*, de *Ariel*, junto al de *Gorgias*... Allí están la denuncia y la respuesta de Rodó a la crisis de *cultura* del mundo moderno. (176)

*Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia, las grandes épocas, los períodos más luminosos y fecundos en desenvolvimiento de la humanidad, son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y co-actuantes, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían, agotados, en la quietud de una unidad absoluta. (Ob. 233)*

Es decir, una actitud vital que nos retrotrae, por contraposición, a la imagen del Egipto milenario, un horizonte de muerte. No traigo la afirmación con intenciones políticas. Hablo de una filosofía para la vida, opuesta a la que presidiera la *civilización que vivió para tejer un sudario y para edificar sus sepulcros*, una filosofía antagónica a toda aquella que se encierre en la quietud sin motivación de vida. Allí se significa, reconoce y acepta el principio eterno de la acción y la reacción, de la lucha, de la pugna sin fin del principio vital, visible en el orden universal. Llámesele si se quiere tesis y antítesis. El resultado de la fuerza que empuja y de la fuerza que se opone – *síntesis* – es a la vez *tesis* que engendra su *antítesis*, para dar lugar a otra síntesis y así interminablemente. La filosofía opuesta imagina al ser humano alcanzando el *nirvana*. Lo concibe arribado, arriadas las velas, a algún paraíso, sumido en la *quietud de una unidad absoluta*. Es el sueño de una sociedad movida por botones, negando, incongruentemente, toda la anterior filosofía vital, que espejea en la Historia como reflejo del Universo.

Mientras tanto, la otra sociedad, que ha hecho recordar a Rodó las palabras del *Fausto*: – *en el principio era la acción* – como propias para definir al *universo de los dinamistas*, vista como la fuerza en movimiento, parece mostrar el anclaje como realizado. Paradójica situación. Una promete la quietud imposible, la otra aparece como realizando ese imposible sueño. Pero el espíritu humano vuelve por sus fueros y renegando de la quietud alcanzada rechaza por su fuerza interna esa cultura pugnando por *crear la contracultura* que rechaza la acumulación material como fin y destino. Es la revolución de que nos habla Revel.

Toynbee, – *La norteamericanización de Rusia* – relevaba años atrás la extemporánea paradoja de que fueran los gobernantes de Rusia quienes con energía demoníaca se afanaban por lograr una civilización como la que denunciaran. *No hay duda de que sueñan con crear una nueva sociedad que será norteamericana en su equipo, pero rusa en su alma, aunque no hay duda, tampoco, de que éste es un extraño sueño para ser soñado por estadistas para quienes es un artículo de fe la interpretación materialista de la historia*. Referida a la Rusia de mediados del siglo XX, vale la reflexión. Según la regla marxista, concluye Toynbee, si se lleva a cabo ese trasplante de oficios, de modos de vida, los rusos terminarán por pensar como piensa el mecánico o el campesino norteamericano. Se habrá completado, así, podemos concluir, la conquista espiritual de un pueblo sobre otro, la destrucción de una cultura por otra. ¿Se alcanzó ya, acaso, ese estadio al empezar el siglo XXI? La observación del filósofo inglés muestra la proximidad – mayor de lo que se cree – de los extremos que se presentan como opuestos. No se trata sino de la floración de aquel positivismo exacerbado y estrecho del que hablara Rodó. (177)

El hecho revela cómo la conquista espiritual, la aculturación de un pueblo por otro, precede a la conquista material. Basta la desnaturalización del ser colectivo, implícita en esa clase de conquista, en esa impostación de los elementos anímicos de una colectividad en otra. Es contra lo que advirtió el Maestro en *Ariel*.

*El cuidado de la independencia interior - de la personalidad, del criterio, - es principalísima forma del respeto propio.*

Es, en efecto, el propio respeto, la elevada forma de independencia, la que nos ha de preservar de aquella suerte de conquista moral que la poderosa Federación venía realizando sobre lo que creíamos era sólo América y hoy sabemos que abarca el mundo. El fenómeno de transmutación de valores en Rusia, es de la misma índole del que desasosegaba a algunos seres pensantes en Hispanoamérica, columbrando el resorte oscuro que nos lleva, de la admiración, a la sumisa entrega imitativa. Podría quizá apuntarse la presencia - en realidad ausencia - de un fenómeno de otro orden más profundo: carencia de metas y motivaciones, la falta de *argumento* que diría Ortega.

La América deslatinizada, la Europa deseuropeizada, o la Rusia *deseoslavizada*, – *por propia voluntad y sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte* – va resultando un fenómeno universal. En este triple paralelo surge nítidamente la vigencia y el alcance, de la hondura del trasfondo conceptual de Rodó, en que el centro de gravedad de la cuestión está desplazado del plano de la fuerza militar al plano de la colonización cultural, de la subordinación espiritual. Nos pone, así, en la vera ruta de la problemática americana que nos rige: el del imperialismo y su contraparte, el colonialismo. Evitemos el tono panfletario. Hablemos del *colonialismo real*, del *único* que posee carácter ontológico: el *colonialismo mental* o, si se quiere, cultural, la peor forma de esclavitud porque equivale a la pérdida de la propia identidad. Fuera de éste colonialismo no hay otro. Podrá existir el intento de subyugación material pero no prosperará alcanzada la independencia cultural cuya conquista ambicionaban, bien orientados, los románticos de Echeverría. Y los neoidealistas como Rodó. Sus objeciones más que dirigirse a los Estados Unidos, se encaminaban a juzgar el criterio de *nuestros hombres dirigentes*, no el de *las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria*. (Ob. 232)

Jean- François Revel además de *la civilización de los aparatos*, o quizá de los *gadgets*, denuncia igualmente, una cierta explosión vital desde que algunos sectores de esa sociedad buscan abrir una senda que se anuncia como una revolución. Frente a esto, nosotros, los americanos del Sur, tenemos una perspectiva más ancha, más vital, más venturosa; tenemos un quehacer histórico, un destino singular, único, irrenunciable, *nuestro*. Tenemos, *nuestra* revolución. De la mira que utilicemos depende el destino de América. Tal mira no puede desconocer los enormes pasos a dar, en el orden material. ¡Formidable, dichoso quehacer el nuestro! ¡Hermosa empresa la de quienes enfrentaremos esa tarea que *nadie* debe hacer por nosotros! Pero, además,

*Tenemos – los americanos latinos – una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en el futuro...*

Destino y honor que no debemos dejarnos arrebatar. Lo primero, para impedirlo, no ser colonizados por la vía del espíritu. El arte de la defensa consiste en salvaguardar nuestro acervo humano, nuestro acervo de cultura. En él, la tradición; en él, nuestro sistema vital de ideas, nuestra lengua, puente universal por donde transita la savia hispana, ánfora perfumada, corazón caliente de nuestra estirpe. Allí, en fin, nuestra singularidad a ser defendida con imaginación y aliento humanista. Conquistemos los bienes materiales que entendamos necesarios para la plena realización de la vida individual de los pobladores, todos, de nuestro Continente... – ominosa deuda - sin enturbiar ni torcer el gesto frente a otras civilizaciones. ¿Qué nos ofrecen? Procedamos a un cauto análisis. Somos más ricos que ellos. Tenemos juventud. Tenemos el campo del porvenir por arar. La dichosa tarea está por hacer, deuda que saldar, en la que va incluida la cultura.

Seamos los americanos del Sur, pues, los únicos responsables. Hablar de imperialismo, achacarle la culpa de nuestros males es una forma fácil de desplazar nuestra responsabilidad sobre quien no tiene sino la suya: una responsabilidad nacional, – como se ha entendido el nacionalismo desde que surgió. Raymond Aron razona en esta línea. (178) Nuestra miopía mezclada a nuestra ignorancia y al egoísmo de las clases dirigentes, a su estrechez de alma y de intelecto y a nuestras faltas históricas, nos mantienen divididos impidiendo conjugar nuestros intereses en un plano americano, más que el esfuerzo de afuera.

No desconoció Rodó las dificultades del provincianismo, ingénita condición de América, que no nos viene por obra ajena. Nosotros nos hemos privado de ser, en la balanza del mundo, factor de equilibrio y de eficacia en la defensa concreta de los intereses supranacionales americanos. Nuestro es el difícil imperativo de rehacer la unidad administrativa y política de que disponíamos con España y que planteó luego Artigas en la *fórmula confederada*. Sea por la vía de mercados regionales, de asociaciones múltiples, o por una combinación de éstos y otros sistemas hasta que suene la hora de la integración, no por lo que pida un lírico sentimiento americanista, sino porque lo impone la marcha del planeta, en la necesidad de aumentar la productividad como modo de atender las urgencias demográficas y sociales... y por la fuerza de la estructura universal planteada.

Ese sentir responsable fue el de Rodó, no inclinado a la fácil declamación, refractario a deslizar sobre otros hombros nuestra carga. Su sentimiento viril le hizo saludar caballerescamente a los Estados Unidos. Señaló en su cultura y en su política internacional lo que a su juicio era preciso rechazar cuando los más se alucinaban con su dinamismo y brillo. Su sobriedad de expresión, su ecuanimidad, molestan a quienes le aplaudirían de haber pronunciado dieterios contra ellos. Discuten, asimismo su *idealismo*, creyéndolo ceguera ante los fenómenos materiales. Deslizan que su dictamen fue negativo y lo presentan como pionero del anti-imperialismo, título que él no hubiera reclamado, por barato. Su pensamiento caló más hondo; no así su prédica.

En todo tiempo los efectos de la prosaica e interesada actividad del mercader que pone en relación a un pueblo con otro, tienen un incalculable alcance idealizador puesto que contribuyen a multiplicar los instrumentos de la inteligencia, a pulir y suavizar las costumbres, a hacer posibles los preceptos de una moral más avanzada. Esa fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización. Rodó, de quien se dice no haber entendido el hecho económico, recuerda a Saint Victor: (Ob.241)

*El oro acumulado por el mercantilismo de las repúblicas italianas 'pagó, ( ) los gastos del Renacimiento.' ( ) La Historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal.*

He hecho referencia a dos libros de Julián Marías sin nombrarlos. Lo hago ahora: *Los Estados Unidos en Escorzo*, de 1952. *Análisis de los Estados Unidos*, de 1968. Este pensador por su fineza de espíritu, unida al don de acercarse al objeto de estudio con simpatía, pero sin callar lo negativo que encuentra, le da vuelta de un lado y de otro, mostrándonos sus diferentes caras y como Rodó, lo envuelve con su comprensión y tolerancia, sin entrar en la diatriba.

Recorro algunos capítulos del primero de sus libros: *La vida intelectual de los Estados Unidos*; *El Hispanismo y los Estados Unidos*; *Cara y Cruz de las bibliotecas americanas*; *Provincialismo*. A pesar de su tono periodístico el criterio serio del filósofo que ha trabajado y convivido con su gente, revela las luces y sombras del gran país. Entre aquéllas el reconocimiento del aspecto cultural. Tras los cincuenta años transcurridos desde *Ariel* hasta su exploración, sus conclusiones no descaecen las de Rodó. (179)

Destaco brevemente *Un ensayo de Vida Nueva: los Estados Unidos* una única y valiosa reflexión:

*Algunas veces me he preguntado por qué el libro más inteligente y más actual que se ha escrito sobre los Estados Unidos es el que compuso en 1834 Tocqueville, La Démocratie en Amérique...*

He aquí una *múltiple* singularidad: un escritor singular, en solo tres lustros, produce dos series de meditaciones - una larga meditación singular - sobre el más singular de los países contemporáneos. También tuvo Rodó el libro de Tocqueville a la vista.

¿Qué decir del otro libro del español? O mejor: ¿qué dice en él? A menos de reproducirlo por entero, corremos el riesgo de la omisión. Leedlo. Tomaré de él algunos párrafos del título "Vietnam":

*El espíritu de autocrítica de los americanos les hace acoger ávidamente todo lo que se dice contra ellos. Por eso llevan decenios absorbiendo - sin demasiada crítica, y ésta es la paradoja - la crítica y hasta la difamación que Rusia, China, Europa e Hispanoamérica acumulan sobre ellos. Crean fácilmente lo que les es adverso, desconfían automáticamente de lo que les es favorable o les parece halagador. (180)*

Asevera Marías que la propaganda anti-americana es una de las cosas más torpes y sucias de nuestro tiempo. La propaganda tiene que mentir, porque es la técnica para usar a los hombres abusando de ellos. Aquello y esto, permiten y obligan a ajustar el concepto. Algunas otras observaciones que trascienden por su proyección filosófica el mero ámbito a que se refieren, me tientan a hurgar un poco más, con el único afán de reflexionar sobre un aspecto que suele olvidarse: los Estados Unidos han evolucionado. Tocqueville marcó la dirección en que evolucionarían. Su evolución desmintió otras profecías. Las observaciones del escritor español aventan algunas calumnias o, cuando menos, lugares comunes o versiones interesadas. En el conjunto los Estados Unidos siguen dando una lección de energía al mundo, de responsabilidad, de aceptación de la aventura.

No he olvidado que trato del drama de nuestra América, en el que se inserta el pensamiento político-filosófico de Rodó. No he dejado de lado su visión del país norteño. Por el contrario, continuo con *El Análisis de los Estados Unidos*. Tema: *El Utilitarismo*. Sabemos lo que Rodó pensaba al respecto. Reproduzcamos ahora una afirmación de *Ariel*: *Pródigo de sus riquezas - porque en su codicia no entra, según se ha dicho, ninguna parte de Arpagón...* Así afirmaba del país sajón. Ahora, Julián Marías:

*Casi todos los países de Europa están utilizando la riqueza que han conseguido gracias a la ayuda americana para intentar dañar a la economía de los Estados Unidos...*

La máxima originalidad, para el observador que así aprecia los acontecimientos en dos continentes, radica en que por primera vez en la historia, un gran país, rector y en alguna medida hegemónico, ha pensado que para que le vaya bien, tiene que irle bien a los demás. Pueden hacerse las reflexiones que se quieran en cuanto al utilitarismo - al propio interés que lleva a Norteamérica a brindar ayuda a los demás, - pero el hecho parece ser algo novedoso. No deja de sorprender lo que sigue:

*El utilitarismo norteamericano, que es muy fuerte, aparece ligado al idealismo que constituye un rasgo permanente de la sociedad y de la vida individual en los Estados Unidos. Las dos tendencias se han combatido en las almas individuales, en la política, en la industria, en las actitudes económicas, en la conducta internacional... Los americanos hoy, están persuadidos de que el utilitarismo y el idealismo no se oponen, sino que se requieren y potencian mutuamente.*

La misma persuasión obraba en el espíritu de Rodó, aunque cause también sorpresa. Si lo que llevo dicho no fuera bastante, recordaré, sin salirme de *Ariel*, aquel principio de la acción y la reacción que provocaba, en las evoluciones de la Historia, las grandes síntesis benéficas por efecto del encuentro de corrientes que, siendo opuestas, se interpenetran y dan complemento. Esa reflexión de Rodó, se hace, concretamente, luego de sopesar qué debemos salvaguardar del genio hispanoamericano, en relación a la influencia que admitamos de nuestro opulento vecino. Es la norma de la voluntad consciente, para la vida individual, como para la colectiva, dirigiendo la transformación armónica de la personalidad. Ideal que, aquí, es ideal social.

Torna a la lejanía histórica en que un pueblo se ofrece como paradigma, y dice:

*Así, sobre los dos polos de Atenas y Lacedemonia, se apoya el eje alrededor del cual gira el carácter de la más genial y civilizadora de las razas. América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultá-*

*neamente de uno y otro polo del mundo, para que llegase a un tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aún favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad...*

Una concordia que ha de ser de orden superior, no debida a la unilateralidad de la imitación - o a la imposición velada o violenta - sino a la reciprocidad de las influencias y atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos colectividades. La conciliación entre el utilitarismo y el idealismo, que se adjudican como caracteres esenciales del espíritu sajón y del espíritu latino, si puede lograrse en una misma alma nacional ¿por qué no habría de alcanzarse, como lo visualizaba Rodó para la unidad superior? Ambas tendencias necesarias a la naturaleza humana, al servirse recíprocamente de apoyo, potenciarían la proyección del *homo novus* de Occidente, aquél que en *Rumbos Nuevos* imaginaba pudiera construirse por un procedimiento ideal.

Al iniciar esta meditación mostramos algunas cifras sobre un país sudamericano - Bolivia - como símbolo de los males que aquejan a nuestra América, al servicio de cuya unidad perdida puso José Enrique Rodó su milicia literaria, su alma y su persona. Un poco más acá, un poco más allá, esos males son los que aquejan a sus demás países. Del conjunto surge la imagen de una universal pobreza e injusticia social y las tremendas consecuencias que de ella derivan. Rebelar pensar sobre la estolidez de tal situación frente a los avances tecnológicos que podrían evitarla en un Continente pleno de recursos, desprendido de la matriz hispana que durante un siglo entero venía señalando un promisorio derrotero de progreso social.

Hemos transitado el socorrido tópico de los Estados Unidos de Norteamérica, utilizado para descargarnos en gran parte de nuestras responsabilidades históricas, - pasadas y presentes - en un malabarismo retórico en fuga de la realidad. Actitud inadmisible ya si lo que en verdad queremos es producir el cambio real de una situación indecorosa para las élites gobernantes, afligente y cada día más peligrosa para millones de americanos. Descartado este factor como las presuntas culpas de España en la forja de nuestro destino, - responsable el separatismo de desaprovechar los útiles cimientos que nos brindara en una inteligente, empeñosa y ardua tarea trisecular, - corresponde aún meditar sobre su arquitectura política siguiendo o empezando por las pautas que trazara Rodó. Reproducamos aquellas sus palabras, de las que dijéramos que estatuían un granítico aserto:

*La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa...*

La afirmación que avienta cualquier duda sobre sus convicciones. Fue consciente de sus imperfecciones y de la necesidad de corregirlas. En su *Montalvo*, al hablar del sistema establecido en su país, estampó:

*La clase directora, escasa, dividida, y en su mayor parte, inhabilitada también por defectos orgánicos...*

recordada observación contrapuesta a la también idea de Andrés Bello sobre que entre nosotros todo estaba dispuesto para el gobierno democrático, basada en la errónea creencia de que las masas se hallaban adelantadas en la escuela republicana. Exacta era la apreciación de José Pedro Varela al considerar un

*un absurdo esperar que el gobierno democrático pueda funcionar regularmente con una población ignorante.*

Varela, como don Manuel Azaña, establecía que la democracia sin educación equivalía a una estafa. Sirva la reflexión de pie para adentrarnos en el manido tema de la democracia.

Perseguimos ahora la finalidad de aventar una posible impresión de subjetivismo al señalar que el independentismo nos dejó, como primera herencia, las oligarquías gobernantes, desde 1810 hasta hoy. Recordaré, en primer lugar, la visión categórica de Real de Azúa, referida a la situación sociopolítica de América al terminar el siglo XIX, tiempo del que fue testigo Rodó. Nos dice en *El impulso y su freno*: (181)

*...la mayor parte de las naciones latinoamericanas, (estaban) ordenadas en estratificaciones sociales rigurosas, dominadas por una clase terrateniente semifeudal, por una poderosa casta militar y una Iglesia inmiscuida en todas las minucias de la vida secular...*

A fin de clarificar aún más esta materia nos apoyaremos ahora en un reciente estudio realizado por un calificado equipo que tuvo a su frente al politólogo Adolfo Garcé: *El giro republicano*. Su subtítulo *Bases conceptuales del déficit democrático en América Latina*, abona la visión expuesta hasta aquí. (182) Extraigo de sus páginas algunos datos elocuentes sobre la calidad de los sistemas políticos establecidos en América, referidos al siglo XX, en el entendido de que en el siglo anterior no fueron mejores.

En su capítulo inicial se distinguen flujos y reflujos de la democratización en el mundo, reconociéndose varias categorías entre los regímenes establecidos próximo ya al segundo centenario del glorioso Mayo: autocracias, oligarquías, semidemocracias y democracias electorales. Uno de los cuadros muestra la evolución política en tres períodos. Entre 1900 y 1939 las autocracias representan el 52%, las oligarquías el 39%, la semidemocracia el 4% y la democracia (electoral) 5%. En la página siguiente se lee que en 1900 no había democracia en parte alguna de América.

*"La democracia electoral ha tenido serios problemas para arraigarse... más de la mitad del tiempo nuestras países estuvieron gobernados por regímenes autocráticos y casi 40% por regímenes oligárquicos. La democracia electoral apenas abarcó el 5% (fundamentalmente Argentina y Uruguay, entre 1915 y 1930)... (En ambos países) las nacientes democracias fueron derribadas a comienzos de la década del treinta."* El período siguiente (hasta 1977) fue igualmente aciago: *"el autoritarismo ganó mucho terreno... Hacia 1977, después de los golpes de Estado en Argentina (1976), Chile (1973) y Uruguay (1973), solamente dos países sudamericanos podían ser considerados democracias: Colombia y Venezuela..."* En el tercer período que llega hasta el año 2000, se habría producido un proceso de democratización intenso alcanzando la *democracia electoral* a un 55%. Sigue en el estudio un apartado relacionado a *la discusión sobre calidad de las democracias latinoamericanas*.

Del análisis nos quedamos con una conclusión. *"Entre 1980 y 1989 creció el número de democracias, pero aumentó la proporción de regímenes iliberales. Durante la década siguiente, esta tendencia ( ) continuó ( ) pero predominan claramente las democracias liberales... En 1999, menos del 5% de la población latinoamericana vivía en democracias liberales; ( ) cerca del 60% lo hacía en democracias iliberales."* Alrededor del 35%, pues, continuaban al margen de la categoría democrática.

Mucho quedaría por decir sobre las *democracias electorales* o *formales*. Sinteticemos: estos sistemas distan mucho de constituir auténticas democracias. Basta confrontarlos con la situación social de América y su terrible déficit educacional, estrechamente enlazado a las estructuras económicas que privaron al Continente, durante doscientos años de un desarrollo industrial que hubiera evitado el extremo desequilibrio con los países centrales. La pobreza extendida a todo su largo y su ancho es un hecho que habla sin palabras. Este fenómeno en vez de menguar, parece acrecentarse de crisis en crisis, pero no nos lleva a descreer del sistema democrático, como la mala conducción del Estado no nos obliga a pensar en su eliminación. Ambos males enlazados - la irresponsabilidad dirigente y el desborde estatal, las dos caras de la moneda - requieren una corrección de 180° en materia educacional. ¿Hay, acaso, otro camino? No es esencial decir *educación política* porque ha de entenderse que una educación humanista, allegada a lo que Rodó entendía por alta cultura, no necesita del agregado.

El problema es de *sistema de gobierno*. Hasta el último poblador de una nación debe saber *quién y cómo* gobierna, con *qué* finalidades y contar con los medios para corregir los desvíos respecto a los programas declarados. No basta *vojar* cada tantos años.

Surge de *Motivos de Proteo* y alguna otra de sus páginas, el hecho de haber frecuentado tanto a Platón como a Aristóteles. Ambos antiguos autores, frente a las reyertas de los habitantes de los Estados de entonces se abocaron a buscar una solución política – *un sistema de gobierno* – en procura de la paz social. La causa originaria de la carencia de estabilidad radicaría en la pobreza de un lado frente a la riqueza del otro, cuando una u otra resulta excesiva. Esta visión no podrá achacarse a falta de correcta observación; Marx la tradujo en la lucha de clases.

La solución – *tutorialista* – de Platón apuntó al sistema que llevaría al poder absoluto del Estado, propuesta que inspiró más de una utopía y sesudas elucubraciones al respecto, - las de Hobbes entre ellas – y algún nefasto ensayo en la realidad que remedaría su concepción. *El Mundo Feliz*, de Huxley, y 1984, de Orwell, ejemplificarían a qué lleva la idea del pensador griego. Aristóteles, más realista que su Maestro, plantearía la solución en el terreno del reconocimiento de la naturaleza humana. Percibió la realidad de las desigualdades de riqueza entre unos y otros grupos de seres, a lo que consideró causa de las conmociones en la *polis*, encontrando que cuando el desequilibrio sobrepasa cierto grado resultan inevitables. Llamó *revolución democrática* la de los pobres y *revolución oligárquica* la de los ricos. Su definición de la democracia normalmente considerada el *poder del pueblo* la basó en la idea del poder de los pobres gobernando en su beneficio y la oligarquía como el poder de una minoría de ricos beneficiándose del gobierno. Distinguió, así, según los fines de unos y otros, la república y la aristocracia cuando se atiende al interés general. La monarquía, ejercida teóricamente por un solo individuo equivaldría a la república siempre que contemple ese interés, - tal sería el caso de Carlos III - mientras que de considerar sólo el del gobernante, la convierte en tiranía.

Indudablemente que la democracia que concibe Rodó ha sobrepasado esas concepciones. El paso del tiempo histórico ha consagrado, en los siglos XIX al XX, el esquema para trocarse en una suerte de ideal de gobierno ya indiscutible, lo que supondría un equilibrio de intereses entre los distintos grupos sociales. No quiere decir ello – y no lo dijo Rodó – que la democracia hubiera alcanzado su perfección. La realidad americana bien le mostraba lo distante que se hallaba el sistema de alcanzar la excelcitud. Su visión sobre esa realidad fue amarga sin duda. Si alguna vez pasó por la mente de los independentistas la idea de que el régimen democrático representaba un sistema político justo, lo que hasta aquí hemos debatido, nos lleva a la convicción de que ese ideal nunca estuvo en el pensamiento de los supuestos revolucionarios de *Mayo* ni demás separatistas de América. Sí, en cambio en el pensamiento de Rodó, demostrado en su acción política orientada a evitar el desequilibrio de poderes.

Líneas arriba hemos traído las conclusiones de *El Giro Republicano* cuya objetividad al respecto barre, por medio de la presentación de los hechos históricos, con cualquier controversia. Si nuestras repúblicas no han alcanzado un grado de equilibrio de distribución del poder y de justicia social en su fuero interno, ¿cómo imaginar que puedan lograrlo los diferentes países separados por intereses en pugna, regidos por mentalidades provincianas? ¿Deberíamos, en consecuencia, decretar la infecundidad de la idea de Rodó de recuperar la perdida unidad de América? No me animaría a afirmar que la posibilidad de su concreción esté en un horizonte a la vista. Aspiramos a que la visión rodoniana de una América unida esté siempre sobre la mesa política del Continente, aunque el signo predominante no nos incline al optimismo.

Bajada la alta aspiración a tierra, el ascenso comienza por el pie en el primer escalón. Este es la educación humanista apuntando a la alta cultura con el más amplio abanico posible de intereses, extendiendo el conocimiento político de manera que los desbalances institucionales no impidan el ejercicio efectivo de la democracia en América.

Por esta senda desembocamos en el concepto aristotélico señalado en *El Giro Republicano* que consistiría en que *la virtud de la república era producto de la ingeniería institucional y no de la moral de los gobernantes*, lo que en la evolución política de las ideas lleva a la división de los poderes. Locke no llegó a desarrollar cabalmente esta separación; concibió al Poder Ejecutivo dependiente del Poder Legislativo

al que dio primacía. Cupo a Montesquieu y a los primeros pensadores doctrinarios norteamericanos asentar el control del poder estatal mediante la nítida división de los tres poderes clásicos, formulando la premisa de que sólo el poder frena al poder. Llevada la premisa a otro plano desembocamos en el sistema federal – las autonomías – como forma de contrapesar el poder o la gravitación de una región sobre otra.

Fácil sería pensar que diseñado el sistema de los contrapesos del poder arribamos, sin más, a una democracia sin objeciones donde *la clave principal de la estabilidad política es la distribución del poder*. Pero aquí, una vez más, topamos con la condición humana y con el recuerdo del apotegma artiguista de que *la probidad de los hombres es veleidosa*. Por tanto volvemos con Aristóteles a que no es posible confiar en la moral de los gobernantes, sino en la virtud del sistema mediante la trabazón de los controles entre las distintas instituciones del Estado. He aquí la gran falla de la democracia en América. Vemos en todo el Continente la falencia de los programas prometidos por los aspirantes al Gobierno. ¿Basta el voto ciudadano, ejercido tras largos periodos, breves para desarrollar la obra, pero hartos extensos como para evitar los más grandes descalabros en una nación que un grupo puede pervertir? Está próximo el ejemplo de lo ocurrido en la Argentina de cómo un pueblo desinformado por las estrategias mediáticas puede volver a llevar al causante a la cúspide del poder para tener que condenarlo severamente, poco después, ante la ruina.

Mencionaremos aún algunos otros hechos que desvirtúan y conspiran gravemente contra el asentamiento de una democracia que, más allá de una formalidad electoral periódica, se convierta en una real garantía de justicia social.

Me refiero en primer lugar a la arbitrariedad consuetudinaria de las distintas instituciones republicanas que pasan por alto con total impunidad las observaciones de los órganos de control correspondientes. Es pan de todos los días que se deje de lado el juicio de los *Tribunales de Cuentas* y se siga adelante sin el menor tropiezo en materias donde está en juego el destino de vastos sectores de la población, y hasta la propia soberanía. Se cuentan por centenares los casos en que esto sucede.

No es de menor importancia la tergiversación de las leyes. Basta contar con una mayoría disciplinada para que los gobernantes de turno hagan lo que se les antoja. También les vale el expediente de la delegación del poder donde el delegado actúa, en el mejor de los casos, como mero fusible ante los delitos que afectan el bienestar de miles de personas. El último responsable sale indemne, en las escasas instancias donde el problema asume relieve extremo; a lo más el hombre-fusible deja el puesto, sin consecuencias penales las más de las veces. La desinformación en este terreno asume magnitudes inauditas. Todo se confía al olvido ciudadano. Y esto ocurre bajo regímenes que seguimos llamando republicanos (y/o democráticos.)

Sin agotar, desde luego, la lista de los desórdenes que desacreditan el sistema, no pasaremos por alto el más grave de todos. Hablo de las burocracias que hemos tenido oportunidad de mostrar de distintos ángulos, en dispares sistemas y diferentes tiempos. Los gobernantes, constituidos en partidos, se valen del Estado para formar una clientela decisiva al momento de ser juzgados. Se forma así una *Corte* - un absurdo centro de poder desquiciante - con la más variada gama de privilegios que asemejan el sistema a las maldecidas monarquías de antaño. Con la particularidad de que los mismos gobernantes quedan prisioneros de este difuso poder y de sus intereses sectoriales. ¿Nos preguntaremos adónde se encamina nuestra América?

Paradójicamente subsiste la vigencia de la prédica rodoniana porque, recordando a Voltaire, ¿dónde predicar la fe cristiana sino entre los paganos? Dicho con palabras del Maestro de América: *no desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios*.

F I N

## BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

Los textos citados de Rodó se indican: Ob. (número de página) de OBRAS COMPLETAS, 2ª Ed., Madrid, Aguilar, 1967.

Los tramos destacados en negrita y en bastardilla son textuales de los respectivos autores citados.

- Jorge Ruffinelli a Bernard Le Gondec. Entrevista en Marcha, ag. 13, 1972, p.30.
  - Cheda Espiga, R. La heroización de José Gervasio Arriaga, en Almanaque del Banco de Seguros 2008.Mont., p.148.
  - Bordoli, Domingo Luis, Cara y Cruz de Rodó, Almanaque del Banco de Seguros, Montevideo, 1972, p. 37 ss.
  - Zum Felde, Alberto. *Proceso Intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Montevideo. Claridad, 1941
  - Albistur, Jorge. Suplemento. Cultural de El País.
  - Tomé, Eustaquio. Prólogo al libro de Agustín de Vedia, *La Deportación a la Habana en la barca Puig*. Montevideo, Colección Clásicos Uruguayos, 1965
  - Fernández Saldaña, J.M. *Diccionario Uruguayo de Biografías*, p.7. Montevideo. Ed. Amerindia, 1945.
  - Ortega y Gasset, José. *El Espectador*. Madrid. Espasa-Calpe. 1966. TVII, p. 106. Cita siguiente. *La Rebelión de las Masas*. Bs. As. Espasa-Calpe, 1946, p. 83.
  - Bloch, Marc. *Introducción a la Historia*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 36.
  - Jaeger, Werner. Paideia: los ideales de la cultura griega. Méjico. Fondo de Cultura. Económica. 1957.
  - Mariás, Julián. *El Oficio del Pensamiento*. Madrid, Espasa, 1968.
  - Roca, Pablo. Nota en Suplemento Cultural, El País, 20.6.1997
  - Kropotkin, Priotr A. Historia de la Revolución Francesa, Buenos Aires, Vergara 2004, p.16.
  - Padgen, Anthony. *El Imperialismo Español y la Imaginación Política*, Barcelona, Planeta, 1991, p.15.
  - Uslar Pietri, Arturo. *Reinos y Señorios*, Artículo en La Semana, El Día, 6-12-1985.
- Una excepción – que no invalida lo dicho – la constituye lo expresado por el obispo Lué y Riega, en el Cabildo Abierto de mayo 22, 1810, en Buenos Aires, convocado con autorización del Virrey Cisneros. Puede hallarse su texto en *La Época de Mariano Moreno*, (p.172) de Puiggrós, citado más adelante. El propio Puiggrós, que a lo largo de su obra no deja de mencionar el reino del Río de la Plata como una colonia, en la nota 57, (p.234), aclara que *Estas palabras de Lué encierra una evidente confusión, no sabemos si por ignorancia o mala fe. Recordemos los términos de la proclama del Consejo de Regencia...* Reproduce seguidamente lo que afirma Moreno en la *Representación de los Hacendados*: (208) “Uno de los rasgos más justos, más magnánimos fue la declaración (del 22 de enero de 1809) de que las Américas no eran una colonia o factoría como las de otras naciones, que ellas formaban una parte esencial e integrante de la Monarquía llamaron estos dominios a tener parte en la representación nacional, dándosele voz y voto en el Gobierno del reino.” Afirmaciones muy importantes para entender el desarrollo de lo que venimos sosteniendo. Ponen en evidencia el conocimiento que se tenía en América de la posición de España que echa por tierra la pretensión de la lucha por una independencia de la que, en todo caso, ya no se carecía.
- Juan, Jorge, y Ulloa, Antonio. *Noticias Secretas de América*. Madrid, Ed. Istmo, 1988. Artículos agregados, de Ramón Ezquerria: *La crítica de la situación española de América y Algunos problemas del siglo*.
  - Parish, Woodbine. Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata. Hachete, Bs.As.Traducción y notas de Justo Maeso. 1958, p. 276.
  - Lezama, Antonio. *La Historia que nos parió. Ensayo sobre el origen de la idiosincrasia rioplatense*. Mont. Linardi y Risso, 2008, p.39
  - Gandía, Enrique de. *Orígenes desconocidos del 25 de Mayo de 1810*. Bs.As. Orientación Cultural Ed. S.A. 1960.
  - Sánchez, Luis Alberto. Suplemento Hecograbado de El Día. Feb.1974.
  - Rudé, George. *La Revolución Francesa*, Bs.As. Ediciones B. Argentina S.A. 2004. p. 17.
  - Luna, Félix. *La Independencia Argentina y Americana*. Ed. La Nación. Bs. As. 2003, p.28.
  - Puiggrós, Rodolfo. Historia Económica del Río de la Plata. Ed. Lillio, 3ª ed. s/f. Henríquez Ureña, Pedro. Historia de la Cultura en la América hispánica, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1949, 2ª ed., p.31-35.
  - Uslar Pietri, Arturo. Art. *El Amado Déspota*, Suplemento La Semana de El Día, 3.12. 1988.
  - Mariás, Julián. *El Siglo XVIII*, artículo en La Semana, El Día 23/29-7-1988
  - Sarrailh, Jean. *La España Ilustrada de la 2da Mitad del siglo XVIII*. Méjico Fdo. Cult. Econ. 1992, 1ª Ed. p. 11/12.
  - Concolorcorvo. *El Lazarrillo de Ciegos Caminantes*. Mont. Ministerio de Instr. Pública, 1963, p.272 ss.
  - Suárez, Federico. *Las Cortes de Cádiz*. Madrid. Rialp S.A. 1982, p.146 -156. Daniel Mazzone, Hispanoamérica 2.0. Inédita.
  - Fajardo Terán, Florencia y Gadea, Juan Alberto. *Influencia de Félix de Azara en el Pensamiento Artiguista*. Mont., J. Dep. de Montevideo, 1967. Campal, Esteban, *Azara y su Legado al Uruguay*, Mont. Banda Oriental, 1969.
  - Kropotkin, ob. cit. pag. 32.
  - Pérez, Joseph, *Las Comineras*. Madrid, Ed. Historia 16. 1999.
  - Puiggrós, R. Ob. Cit. p.47. Parish, W. Ob.cit. p.105. Las hazañas de Morgan que hacen palidecer los hechos más graves imputados a España. Ninguno de los alucinados con la civilización sajona se tomó jamás el trabajo de recordarlos y menos de condenarlos. A manera de ejemplo referimos sólo sus procedimientos en la toma de Portobelo destacando por lo

demás que este filibustero actuó con el patrocinio del gobierno inglés e hizo una profesión de la piratería al servicio de Inglaterra, saqueando a lo largo y ancho del Caribe cuanta posesión española estuvo a su alcance. Apoderado Morgan del castillo de Santiago en Portobelo, encerrados todos los soldados españoles en un depósito de pólvora, lo hizo explotar... Al encontrar firme resistencia en el fuerte de San Jerónimo reunió un número de indefensos ancianos, monjas y sacerdotes al pie de la muralla como protección de los que la escalonarían. Al no rendirse el capitán del castillo, finalmente hecho prisionero, pagó con su vida, como los rehenes. Dos semanas duró el saqueo, violación de mujeres y tortura de sus habitantes en procura del pago del “tributo de quema” – extorsión para no extinguir por el fuego el poblado. 100.000 reales de a ocho fue la exigencia de Morgan que compartiría, como sus otros botines, con la Corona británica. Esto lo repitió sin tregua. Durante el intento de otro saqueo al que se le unió la fragata inglesa, HMS Oxford, de 36 cañones, procuró el concurso de una nave francesa de gran poder. Ante la negativa de su capitán, Morgan le invitó a un banquete en su barco. Durante la reunión, bajo unos cargos infundados, encerró a los invitados en una bodega y les apresó, con lo que consumió el traspaso del buque francés a sus manos. El episodio trae a la memoria el que protagonizó César Borgia en Senigallia, llamado por Maquiavelo *el bellísimo inganno*.

Siguiente alusión a Parish, W. Ob. Cit. p. 111. En ésta dice textualmente: *Para consolidar la prosperidad frutera de Buenos Aires sólo parecía necesario llevar a efecto los importantes cambios que España proyectaba entonces en los reglamentos comerciales de sus colonias; y afortunadamente, éstos no se hicieron esperar mucho*. O sea que las protestas por la libertad de comercio, en Mayo de 1810, no tenían motivo de ser.

- O'Donnell, Pacho. *Historias Argentinas. De la Conquista al Proceso Bs.As. Debolsillo, 2009, p. 59*
  - Busaniche, José Luis, Prólogo al libro citado de Woodbine Parish, p.8 y 12.
  - Methol Ferré, Alberto. *Uruguay como problema*. Montevideo, Ed. Diálogo 1967. p.21.
  - Juan, Jorge y Ulloa, Antonio de. Ob. Cit. p.238.
  - Azorín, *Visión de España*, Bs.As. Espasa Calpe Argentina S.A- 1949, p.139/140)
  - García Cárcel, Ricardo. *Las Culturas del Siglo de Oro*, p. 65 Madrid, Historia 16, 1999.
  - André, Louis, *Luis XIV y Europa*. Méjico, UTEHA 1957, p.89.
  - Rosa, José María. *Rosas, nuestro Contemporáneo*, Bs.As. Ed. Peña Lillio, 1964, p. 67.
  - Expresión que solía usar un recordado profesor de mis tiempos estudiantiles, Rogelio de Pro, empeñado en la lucha por crear un liceo modelo.
  - Miranda, Héctor. *Las Instrucciones del Año XIII*, Mont. Colección Clásicos Uruguayos, 1964, T.I., p.76.
  - Capdevila, Arturo. *Historia de Dorrego*. Bs.As. Espasa 1949, p. 112.
  - Montaner, Carlos Alberto. *Las Raíces Torcidas de América Latina*. Madrid, Plaza & Janés, 2001, p.119 y 95.
  - André, L. op. cit. p.168.
  - Raynal, Guillaume T. *Histoire Philosophique des Etablissements et du Commerce des Européens dans les deux Indes*.
  - Lefebvre, Georges. *La Revolución Francesa y el Imperio. (1777-1815)*. Méjico, Fdo. de Cult. Econ., 1960, p.28.
  - Voltes, Pedro. *Carlos III y su tiempo*. Barcelona, Ed. Juventud, 1964, p.13/14.
- La afirmación de José Ortega y Gasset está en el artículo titulado *El Siglo XVIII, Educador*, en su obra *El Espectador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1985, 5ª ed., p. 55/56. La reflexión de Ortega se hace en el discurrir de la evolución de la Arquitectura en Francia y Alemania. Cuando pasa a España encuentra que su curso no ha sido el mismo: “...el adobe primitivo ha perdurado.” A continuación agrega: “Cuanto más se medita sobre nuestra historia, más clara se advierte esta desastrosa ausencia del siglo XVIII. Nos ha faltado el siglo educador.” Este aserto no parece restringido al tema que venía tratando sino extendido a todo el ámbito de la cultura. En la página siguiente considera el siglo XIX diciendo que *la cultura aparece teñida de la defensa contra la parte arcaica del país*, lo que remata añadiendo: “Este ha sido el triste sino de España, la nación europea que se ha saltado un siglo insustituible” El concepto vuelve a extenderse al todo.
- Sánchez Mantero, Rafael. *Fernando VII. Un reinado polémico*. Madrid, Historia 16, 1996.
  - Abbondanza, Jorge. Mont. El País, 15.4.2001
  - Domínguez, Carlos Ma. *El Corazón de las Tinieblas*, (de J. Conrad). Mont. El País Cultural, 17.8.2007.
  - Henríquez Ureña, P. Ob. Cit. P.47 a 59)
  - Payne, Stanley G. *Franco, el perfil de la historia*. Madrid, Espasa Calpe, 1992, p.189.
  - García Usón, Angustias. Catalina II de Rusia. Bs. As. Ed. José Ballesta, 1994, p.116.
  - Parish, W. Ob. cit., p. 112 y 476.
  - Contreras Pazo, Francisco. Suplemento Hecograbado de El Día. (s/f)
  - Saldías, Adolfo. *Historia de la Confederación Argentina*. 3 T. Bs. As. Ed. Juan Carlos Granda, 1967. Esta cita y todas las concernientes a este autor, corresponden a los tomos I y II.
  - Acevedo, Eduardo. José Arriaga, *Alegato Histórico*, Edición Oficial, 1950, T.II, cap.VI p. 296
  - Terragno, R. *Diario Íntimo de San Martín*. Londres, 1824. *Una misión secreta*. Bs. As.Ed. Sudamericana. 1ª ed,p.67
  - Rourke, Thomas. *Bolívar, el hombre de la gloria*. Bs. As., Claridad, 1942.
  - Madariaga, Salvador de, *Bolívar*. Bs.As. Sudamericana, 3ª ed., 1959. Esta cita y ss.
  - Rosa, José María. *Rivadavia y el Imperialismo Financiero*. Bs.As. Peña Lillio, 1974.
  - Gálvez, Manuel. *Vida del dictador Juan Manuel de Rosas*, Mont. Tor, 1949, p. 32.
  - Pérez Petit, Víctor. *Rodó, su vida, su obra*. Mont., Claudio García s/f.
  - Lamas, Andrés. *Impugnación a la obra de Juan Bautista Alberdi* en: *Escritos Selectos*, Mont. Arduino, 1922, p.1.

66. Alberdi, Juan Bautista. *Pensamientos*. Bs.As. Librería 'La Facultad', de Juan Roldán. 1920. Lo resumido sobre el Paraguay, p. 114-115. Parish, W. Ob.cit. ratifica conceptos, p. 59 y 113. Las siguientes citas de Alberdi, misma obra, p.18-19. Otras citas de Alberdi: *Grandes y Pequeños Hombres del Plata, Bs.As.* Fernández Blanco, 1962.
67. O'Donnell, P. Ob. Cit. p.157.
68. Popescu, Oreste. *El Pensamiento social y económico* de Echeverría. Bs.As. Ed. Americana, 1954, p. 77-79) La cita inmediata anterior de Kropotkin, Ob. Cit., p. 25-26. *El Dogma Socialista...* Ed. elaleph.com. 1999.
69. Marias, Julián. La Constitución de una Monarquía Nueva en España. *El Día*, set. 11, 1977, p.5.
70. Trias, Vivian. *Juan Manuel de Rosas*, Montevideo, Banda Oriental, 1970.
71. Hortelano, Benito. *Memorias*. (Parte argentina). Bs. As. Eudeba, 1972.
72. Oribe, Aquiles B. D. Manuel Oribe. Montevideo, Barreiro y Ramos, 1912, 2ª ed.
73. Díaz, César. *Memorias*. Mont. Colección Clásicos Uruguayos. 1968. p. 33 ss
74. Mazzone, D. Ob.cit.
75. Busaniche, José Luis. *Historia Argentina*, Bs.As. Solar Ed., 1969.
76. García Hamilton, José Ignacio. *Cayano alborotador, la vida de Domingo F. Sarmiento*. Bs.As. Sudamericana, 1948.
77. Montero Bustamante, Raúl. *Estampas*. Montevideo. E. Ceibo, 1942. Citas en este orden: p. 16, 19,18.
78. Paz, Gral. José María. *Memorias póstumas*. Bs. As. Ed. Trazo, 2ª ed. s/f, T.II, p.124, ss.; 166 ss.
79. Bonavita, Luis P. *Sombras heroicas*, Mont. Ed. Ceibo, 1945. La cita siguiente sobre Oribe, p. 141. ATENCIÓN.
80. Ramírez, Carlos M°. *Artigas*. Mont. Colección Clásicos Uruguayos, 1953.
81. Porta, Eliseo Salvador. *Uruguay: Realidad y Reforma Agraria* Ed. de la Banda Oriental, 3ª Ed.1969.p.50.
82. Este dolor que sufría Rodó ante las contiendas locales lo sintió también frente a las generalizadas en América, y se refleja, entre otros escritos en *Nuestro Desprestigio*. Lo que Rodó apuntó en este artículo, se corrobora en un estudio científico en una obra reciente sobre la problemática política de América. Ver nota (181)
83. Sarobe, José María. *Urquiza*. Guillermo Kraft Ltda. Bs.As., 1941. p.18/19.
84. Uslar Pietri, Arturo. *La Constitución como utopía*. *El Día*, Suplemento La Semana, 1987.
85. Pivel Devoto, Juan Ranieri de Pivel Devoto, Alcira. *Historia de la República O. del Uruguay*. Mont.El Siglo Ilustrado.
86. Pivel Devoto, J. Ob. cit.. La carta de Venancio Flores a Andrés Lamas que se transcribe seguidamente al tramo citado de estos autores, es citado por ellos en p. 225, pero sin dar su texto.
87. Busaniche, J.L. Ob. cit. p. 675.
88. Oddone, Juan Antonio. *Del auge del principismo a su caída 1872/75*, en *Cuadernos de Marcha*, N° 58. Feb.1972.
89. Vedia, Agusín de. Ob. cit. Ver nota 6.
90. Fernández Saldaña, L.M. Ob. Cit. p.1230 ss.
91. Toynbee, Arnold J. *Estudio de la Historia*. Compendio de D.C. Somervell. Bs.As. Emecé, 1952. TI-VI, p. 289.
92. Floro Costa, Angel *Panfleto contra puñales o el Coronel Latorre, su época y sus crímenes* y Comentario de *El Siglo*, 12-3- 1876, en *Cuadernos de Marcha*, N° 59, p. 64 y 56.
93. Citada por E. Rodríguez Monegal en Introducción general a *Obras Completas de Rodó*, y por Roberto Ibáñez, en *Cuadernos de Marcha*, n° 1, Centenario de Rodó, Mayo 1967, p.23.
94. Silva Cencio, Jorge A. Mont. Cám. de Senadores de la Rpca. 1972. No las tuve a la vista en *Rodó, Acción y Libertad*, pero pude auxiliarme con un antigua edición de la Editorial Cervantes-Barcelona, *Hombres de América*,(y algunos de sus discursos parlamentarios) y con otras fuentes.
95. Galletti, Alfredo, Julio A. Roca, en *Hombres de la Argentina*, Bs.As., Ed. Universitaria, 1963, T.II, 52 ss.
96. *Cuadernos de Marcha* N° 55, p.33.
97. Proudhon, Pierre J. *Las Confesiones de un Revolucionario para servir a la Historia de la Revolución de febrero de 1848*.Bs.As. Américalee, 1947, p.219.
98. Cuvillier, Armand. *Proudhon*. Fdo. Cult. Económ. 1939. p. 133..
99. Hemleben, Johannes. *Darwin*, Madrid, Ed. Alianza, 1968
100. Pivel Devoto, J.E. *Francisco Bauzá, historiador y adalid de la nacionalidad uruguayo*. Mont. Barreiro y Ramos, 1988, T. I, p.48, 33 y ss.
101. Ardao, A. *Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay*. Mont. Univ. de la Rpca.1971. p. 86 y 9 respectivamente.
102. Varela, José. Pedro. *La Legislación Escolar*. Mont. Col. Clásicos Uruguayos, 1964, T.I, p. 25 ss. y 111 ss.
103. Vaz Ferreira, Carlos. *Moral para Intelectuales*, Mont. Cám. de Representantes, 1957, T.III, p.50 ss.
104. Ortega y Gasset, José. El libro de las Misiones. Madrid, Espasa Calpe, 1965, p. 71/73.
105. Zum Felde, A.. Ob. cit. p. 216
106. Varela, J.P./ Ramírez, C.M. *El destino nacional y la Universidad. Polémica*. Mont. Col. Clás. Urug, 1965, T.II.
107. Martínez, Martín C. *Escritos sociológicos*. Col. Clás. Uruguayos, Mont. 1965, p. 15, 25, 28, 37, 44-46. Dice en p.25: "Los vulgares ejemplos que anteceden – son los numerosos que muestran en la sociedad moderno el usufructo conjunto de los más diversos bienes a través de la reglamentación legal – prueban que hay un gran número de bienes que gozamos en perfecto comunismo, y que la propiedad individual se transforma en común por la expropiación, las reglamentaciones, el impuesto, cada vez que así lo exige enérgicamente, el interés social." Observaciones no muy diferentes hace Carlos Vaz Ferreira en La propiedad de la Tierra, al examinar ciertas zonas de la propiedad que caen dentro del criterio de uso social o colectivo como carreteras, etc. En p. 27: "En resumen: el estudio de la propiedad tal como se haya constituida en nuestras nacionalidades, demuestra que si predomina la apropiación individual es porque se armoniza con nuestras necesidades

- sociales, políticas y económicas, porque es la más útil; y cuando produce resultados contrarios mantenemos la propiedad colectiva o comunista también porque es la más útil. Es el criterio económico el llamado a decidir. Aunque esta solución responda a los principios de la escuela utilitaria, la verdad es que armoniza las aspiraciones de todos."
108. Toynbee, A. Ob. cit. p.300. La lectura de los Escritos Sociológicos de Martín C. Martínez recuerda algunas observaciones de Toynbee, aunque su lenguaje difiera. "La propiedad privada es una institución que tiende a establecerse en sociedades en que la familia u hogar singular constituye la unidad normal de la actividad económica y en tales sociedades es probablemente el sistema más satisfactorio para gobernar la distribución de la riqueza material. Pero la unidad natural de la actividad económica no es ya la familia, la aldea o el Estado nacional, sino toda la generación viva de la humanidad. Desde el advenimiento del industrialismo, nuestra economía occidental ha trascendido la unidad familiar de facto, y por tanto, lógicamente ha trascendido la institución familiar de la propiedad privada. Sin embargo en la práctica la vieja institución ha permanecido en vigor, y en esta circunstancia el industrialismo ha aplicado su formidable impulso a la propiedad privada, acrecentando el poder social del propietario y disminuyendo su responsabilidad social hasta que una institución que pueda haber sido beneficiosa en la edad pre-industrial ha adquirido muchos de los rasgos de un mal social. "En estas circunstancias, la sociedad contemporánea se ve enfrentada a la tarea de ajustar la vieja institución a una relación armoniosa con la nueva fuerza del industrialismo. El método del ajuste pacífico es contrarrestar la mala distribución de la propiedad privada que ocasiona inevitablemente el industrialismo, organizando un control deliberado, racional y equitativo de aquella por medio del Estado."
109. Comte, Augusto. *Discurso sobre el Espíritu Positivo*. Bs.As. Aguilar, 1965, p. 90.
110. Visca, Arturo Sergio. *Antología del cuento uruguayo*. Mont. Banda Oriental. 1968. T. II (Los del '900, p.7)
111. *El País*, set. 26, 1927. Reproducido en *Rodó, Acción y Libertad*, nota 75, p. 291
112. Marias, Julián, Los Estados Unidos en Escorzo. Bs. As. Emecé, 1964.
113. *El País, Supl. El Empresario*, 10.9.2009, p. 15.
114. *El País, Supl. Cultural*, 18.9.2009, p. 8.
115. Oribe, Emilio. *El pensamiento vivo de Rodó*. Bs. As. Losada, 1944. La influencia griega en Rodó se manifiesta no sólo en lo filosófico: individualismo, ideal humano de educación, cauces políticos democráticos que abrió aquella civilización, espíritu estético, - en lo literario, elementos físicos, ambientes, personajes, nombres, etc. - hasta la utilización de la parábola, un relato que no es sino una forma depurada del mito. Hay una *Paideia* en Rodó, señalada por este autor, que informa bien la dirección helénica de su alma.
116. Tocqueville, Alexis. *La Democracia en América*. Madrid, Guadarrama, 1969. p. 386, 382, 172.
117. Pirenne, Jacques *Las Grandes Corrientes de la Historia Universal*. Barcelona, Luis de Caralt, 1951. T. I, p.63 ss
118. Homo, León. *Nueva Historia de Roma*. Barcelona, Ed. Iberia, 1965, p. 409, 440 ss., 437 ss
119. *El País*, 11-3-2010, p. A. 6 y R. Reilly Salaverri, p. A.5.
120. Zlotogwiazda, Marcelo. *La Mafia del Oro*. Bs.As. Ed. Planeta argentina. // Díaz Herrera, José y Durán Isabel, *Los Secretos del Poder. Del legado franquista al caso de felpismo. Episodios inconfesables*. Madrid, Temas de Hoy S.A.,1994. // Ekaizer, Ernesto. *Banqueros de Rapña*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994. // Stiglitz, Joseph. *El Malestar en la Globalización*. Madrid, Taurus, 2002. Verbitsky, Horacio. *Robo para la Corona*. Bs.As Planeta, 1992.
121. *El Día, Suplemento La Semana*, Montevideo, 1990.
122. Zunino, Ed. *Patria o Medios*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
123. Marias, J. *El Oficio del Pensamiento*, ob. cit.
124. Hudson, William Henry, *La Tierra Purpúrea (Un idilio uruguayo)* Prólogo de R. Cunningham Graham. Epílogo de Miguel de Unamuno, Madrid, Soc. Gral. Española de Librería, 1928, p. 389.
125. Ruiz Guirizá, Enrique. *La Tradición de América*. Bs. As. Espasa Calpe 1953, p. 174.
126. O'Donnell, Ob. Cit. pag. 45/46.
127. Terragno, R. Ob. Cit. p. 290/291
128. Stewart Vargas, Guillermo. *Oribe y su significación frente a Rosas y Rivera*. Bs. As. 1958, p. 83, 89. Con un estudio Preliminar de W. Reyes Abadie y A. Methol Ferré. Se destaca la línea historiográfica irracionalista en que se inscribe el autor *my* *añ* al aporte de historiadores argentinos pertenecientes a una escuela dialéctica como son los marxistas Rodolfo Puiggrós y Enrique Rivera. (.) *Con Stewart Vargas el revisionismo histórico comienza en el Uruguay...*(p.23) Señalan también que la obra demuestra (.) que el federalismo nació y murió con Artigas, en tanto que el federalismo posterior fue una imposibilidad, un mito irreal que ocultaba el planteo central y la solución del monopolio portuario de Buenos Aires.(25) En otras palabras que Rosas, lejos de ser auténtico representante del federalismo, fue un continuador del unitarismo bajo esa bandera que, en definitiva, no logró engañar a las provincias.
129. Stiglitz, J. Ob. cit. en nota 108, p. 11.
130. Todd, Emmanuel. *La ilusión económica*. Madrid, Punto de Lectura, 2001...
131. Passet, René. *La ilusión neoliberal*. Madrid, Ed. Debate, 2001.
132. Griffith-Jones, Stephany – Sunkel, Osvaldo. *El fin de una ilusión*. Bs. As. Grupo Ed. Latinoamericano, 1987.
133. Marx, Kart. *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 54.
134. Zum Felde, A. Ob. Cit., p. 206. Dice: "...el Modernismo que hacia el '95 nos llegó de Europa – o por mejor decir, de Francia, - era un estado un tanto mórbido de la cultura occidental que aquí en el Plata, no respondía a ningún factor interno, a ninguna experiencia propia, siendo por tanto, como mero reflejo, el hijo intelectual de una minoría.
- Conviene destacar que aunque este movimiento que abarcó el ámbito entero, podría decirse, de la hispanidad, no es la única vertiente de la genecación del '900, por más que marcara un importante sesgo de ella. Al margen de los otros aspec-

- tos ya mencionados no debemos incurrir en el común olvido de señalar que fuera de la élite que menciona este crítico, hubo una gran creatividad en materia artística popular, donde resaltan varios poetas en ambas orillas del Plata, músicos y cantantes cuyos nombres perduran en nuestra cultura mucho más allá que el de los privilegiados de la cultura. Son ellos los que con su arte folklórico — llamémoslos así — expandieron más el conocimiento de nuestra región, por el mundo entero. Limitémonos a nombrar a unos pocos, entre muchos otros, de esta orilla: un Fernán Silva Valdés, un Alonso Trelles (el Viejo Pancho), un Gerardo Matos Rodríguez en la música... Este campo, proficua cantera del arte popular está aún por explorar en toda su profundidad.
135. Martínez, Martín C. (No se trata del autor de *Escritos Sociológicos*.) Es autor de un artículo publicado en el Almanaque de Bco. de Seguros, Mont., 1972: *Rubén Darío y el Uruguay*. También Ibáñez, Roberto en Cuadernos Americanos, feb. 1948: *Americanismo y modernismo*. Y Torres Rioseco, A. Panorama de la Literatura Iberoamericana. p. 152.
136. Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Méx., F. de Cult. Econ. 1954, I - p.406.
137. Torres Rioseco, Arturo, *Ensayos sobre literatura latinoamericana*.
138. *La Noche, Cómo estudiaba Rodó*. 28-2-1920, reproducida por *La Mañana*, 19-7-1971.
139. Marías, J. *El Oficio del Pensamiento*, ob. cit. p. 143.
140. Prampolini, Santiago. *Historia Universal de la Literatura*. Bs. As. Uteha, 1941. (Citas TVIII, p.250/258)
141. Marinello, Juan. *Ensayos marianos*. La Habana, Univ. Central de las Villas, 1961. Artículo sobre el Modernismo, polémica y definición, p. 161 a 216.
142. Ardao, A. Marcha, set. 6, 1969. *Discurso en nombre de la Universidad*.
143. Manini Ríos, Carlos. *Una nave en la tormenta*. Mont. Imprenta Letras, 1972.
144. Lindhal, Göran. *Battle*. Mont. Arca, 1960. p. 170.
145. Manini Ríos, Hugo. Rodó y la Gran Colombia, Montevideo, Cruz del Sur, 2009, p.71-72.
146. Visca, Arturo Sergio. *Una visión del '900*. Cuadernos de Marcha, N°22 (Montevideo entre dos siglos: 1890-1914), p.27. Al referirse a este momento Zum Felde afirma: "Complejo, sí, y aún más heterogéneo: decimos de este momento." El Modernismo no respondía como movimiento a ningún factor social o moral de arraigo en la vida platense, a una necesidad del ambiente cultural del país: no era un fenómeno del proceso de evolución interna, sino, puramente la repercusión de un fenómeno europeo en el seno de la pequeña minoría de los más cultos. (Proceso Intelectual del Uruguay, op. cit. p.196,205).
147. Vaz Ferreira, Carlos. *Moral para intelectuales*. Mont. Cám. de Representantes. 1957.
148. Marías, J. *El Oficio del Pensamiento*, ob. cit., p.164.
149. Taine, Hipólito. *Historia de la Literatura Inglesa*, Mont. Claudio García, 1945, TI, p.233.
150. El boliviano Alcides Arguedas publica *Raza de Bronce*, 1919; Jorge Icaza, *Huasiyungo*, 1934; y el peruano Ciro Alegría, *El Mundo es Aéreo y Ajeno*, 1941, por citar sólo tres de las novelas más representativas de la problemática indígena.
151. Taine, H. op. cit. TI, p. 12.
152. Zaldumbide, Gonzalo. *José Enrique Rodó, su personalidad y su obra*. Mont. Claudio García, 1944; Acosta, Osvaldo Crispo (Lauxar), *Motivos de Crítica*. Mont. Min. de Instr. Pública, 1965; Real de Azúa, Carlos, Prólogo a *Motivos de Proteo*, Mont., idem anterior, 1957.
153. Pérez Petit, V. Ob. Cit. p. 227.
154. Henriquez Ureña, Pedro. En breve nota crítica de 1904 sobre *Ariel*.
155. Fourastié, Jean. *Carta abierta a 4000 mil millones de bombas*. Bs.As. Emecé. 1971, p.20.
156. Marx, Carlos. *Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850*. Moscú. Ed. Prog., s/f. Prólogo Engels: p.21.
157. Viñer, Medardo. *Martí, Estudio Integral*. La Habana, 1954. Ésta y la anterior referencia a Martí.
158. Archivo Rodó, *Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes*, junio 15, ag. 8, nov. 29, 1912.
159. Rucker, Rodolfo. *Artistas y Rebeldes*. Bs. As. Argonauta, 1922. p. 131.
160. Aron, Raymond, *La era tecnológica*. Mont. Alfa, 1968, p. 72. *El carácter reglamentarista pertenece al Estado de todos los tiempos. Cuanto más totalitario es su desarrollo más amplio es el carácter negativo. Cuanto más se intenta acomodar los reglamentos a la infinita riqueza de la actualidad, tanto más frecuentes son los fracasos*
161. Pirenne, J. Ob.cit. TI, p. 28: *Cuando el Dios Anni hubo creado el cielo, cuando el cielo hubo creado la tierra, cuando la tierra hubo creado los ríos, cuando los ríos hubieron creado las bondonadas, cuando las bondonadas hubieron creado los cenogales, cuando el cenagal hubo creado el gusano... - entonces apareció la vida sobre la tierra. Así pues, mientras el Egipto concebía el mundo como realización de la conciencia divina, haciendo de las ideas puras realidades, Sumner lo consideraba como producto de una evolución inherente a la materia, informada por el principio vital. Bajo los símbolos de las cosmogonías elaboradas en las influyentes ciudades de Heliópolis y Nipur, destacan así, antes del tercer milenio, los dos sistemas sobre los cuales ya no habría de cesar de dividirse el pensamiento humano: el idealismo y el materialismo.*
162. Tocqueville, Alexis de. *La Democracia en América*. Introducción: Mayer, J.P.Guadarrama, 1969. Añadamos a lo transcrito en el texto: *Los dos pensadores nos han enseñado igualmente que la Revolución Francesa de 1789 es solamente una fase en la historia de las revoluciones sociales del siglo XIX; otras revoluciones siguieron y seguirán. Pero el parentesco de Tocqueville y Marx se detiene allí. Tocqueville es ajeno al absolutismo de Marx: "odio, por mi parte — escribe Tocqueville en sus Souvenirs — esos sistemas absolutos que hacen depender todos los acontecimientos de la historia y las grandes causas primeras, ligándose unas a otras por una cadena fatal, y que suprimen, por así decir, a los hombres de la historia del género humano... Los hechos anteriores, la naturaleza de las instituciones, la evolución de los espíritus, el estado de las costumbres, son los materiales con los que (el azar) compone esas improvisaciones que nos asombran, que nos espantan."*
163. Marías, J. *La Constitución de una...* Art. cit.
164. Torres Rioseco, A. Ob. cit.

165. Marías, J. *El oficio de...* Ob. cit. p. 43.
166. Arciniegas, Germán en Suplemento. Familiar, El Día, set. 1969.
167. Albistur, Jorge. *Los acometedores*. Suplemento, La Semana de El Día, junio 11, 1985.
168. García Morente, Manuel. *Lecciones preliminares de Filosofía*. Bs. As. Losada, 1943.
169. Pérez Petit, Víctor. Ob. cit. p. 188.
170. Real de Azúa, Carlos. *El problema de la valoración de Rodó*, en Cuadernos de Marcha, N° 1, mayo 1967, p. 78.
171. Zaldumbide, G. Ob. cit.
172. Russell, Bertrand. Sobre el cinismo de la juventud, en *Obras Escogidas*, Madrid, Aguilar, 1956, p.712  
En efecto, su concepción del hombre no difiere grandemente de la de Rodó, aunque la exprese de modo un tanto pintoresco: *No se consiente a un hombre que practique la medicina a menos que sepa algo del cuerpo humano, pero se consiere a un financista que opere libremente, sin ningún conocimiento en absoluto de los diversos efectos de sus actividades... ¿Qué agradable sería un mundo en el que no se permitiera a nadie operar en la bolsa a menos que hubiese pasado un examen de Economía y Poesía Griega, y en el que los políticos estuviesen obligados a tener un competente conocimiento en la Historia y la Novela moderna! Imaginamos a un maguete enfrentado con la siguiente pregunta: Si hubiera de establecer un monopolio triguero ¿qué efectos tendría sobre la poesía alemana? La causalidad en el mundo moderno es más compleja y remota en sus ramificaciones que nunca lo fuera antes. Obviamente su concepción de la cultura, del hombre universal, no difiere de la de Rodó.*
173. Russell, B. Ob. cit. *Homogeneidad moderna*, p. 722, cit. sig. p. 399.
174. Revel, Jean-Francois. *Ni Marx: ni Jesús*. Bs.As. Emecé. 1971, p. 13 y sig. cit. 193.
175. Servan-Schreiber, Jean-Jacques. *El Desafío Americano*, Barcelona, Plaza & Janés, 1970. Cito un pasaje, p. 88, de este libro muy difundido en su momento. *No seamos hipócritas. Si las naciones ricas del mundo no hacen un esfuerzo intenso y coordinado para llenar el foso que separa a las dos mitades del planeta, ninguno de nosotros podrá garantizar la seguridad de su país contra unas catástrofes que serán inevitables, contra unas olas de violencia que arrasarán nuestras defensas.*
176. *Cultura* en el sentido pragmático de Ortega: sistema vital de ideas. En Rodó puede creerse, a primera vista, que asume la dirección que Jaeger atribuye en su Paideia (ob. cit. p. 7) a los griegos: *Hoy estamos acostumbrados a usar la palabra cultura, no en el sentido de un ideal inherente a la humanidad bereder de Grecia, sino en una acepción mucho más trivial que la extiende a todos los pueblos de la tierra, incluso a los primitivos. Así, entendemos por cultura la totalidad de manifestaciones y formas de vida que caracterizan a un pueblo. La palabra se ha convertido en un simple concepto antropológico descriptivo. No significa ya un alto concepto de valor, un ideal consciente... Tendríamos tres direcciones: Rodó se inclinaría por la que le atribuye una trascendencia o sublimación de la idea del hombre, de cómo ha de ser el hombre. No difiere de la de Ortega, se *arieziza*, porque para que el animal humano llegue a la categoría de hombre, a conformarse a sí mismo a la imagen anticipada, al ideal concebido, necesita de este conjunto de ideas para la vida; es la vida, su vida, la que se va conformando a esa imagen. Si no sobrevive en la selva que es la vida — símil de Ortega — no llegará a ser el hombre. La otra dirección, — mirada retrospectiva, juzga la cultura de los pueblos por lo que de ellos ha quedado, por cómo han vivido, por lo que han sido sus ocupaciones, sus quehaceres cotidianos: elementos todos reveladores de su ser, — no incongruente con las anteriores. Porque lo que la Historia percibe de las civilizaciones pasadas revela también — salvo el matiz heleno del *elemento consciente* — las motivaciones de esos seres. Ejemplifico con Jaeger cuando trata la civilización del Nilo: *Monstruosa es la impresión que produce la rigidez casi intemporal de la historia del Antiguo Egipto. Su impresión es la de Rodó cuando al confrontar esta civilización con la radiante de Atenas, afirma: Absorto en su ansteridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdenosa mano, todo frívolo sueño.* Aun en la apreciación antropológica descriptiva se revela una idea de la vida.*
177. Toynbee, A. J. Ob. cit. *Compendio T. I-VI*, p. 211.
178. Aron, R. Ob. cit. p. 34. Se pregunta Aron *¿Debemos responsabilizar a América del Norte por el atraso de la América Latina en los siglos XIX y XX? () Pienso que los países más que los individuos son los artifices de sus propios destinos aunque estén sujetos a contingencias, éstas no son del carácter de las que pueden afectar al individuo en forma definitiva. Son las naciones, pues, en gran medida, como los hombres, lo que quieren ser. Son, según el ideal que abrazan. Y no son nada si no abrazan un ideal.* En otro orden de cosas, advierte: (p. 31) *En la era de la sociedad industrial no existe contradicción entre los intereses de los países subdesarrollados y los países avanzados. Los primeros pueden progresar sin que esto vaya en desmedro de los últimos. Y, más aún, el progreso de una región, impulsa el de otra. Quien me haya seguido atentamente en el desarrollo del movimiento independentista de América, encontrará elementos para no compartir por entero las opiniones del conocido filósofo francés, autor de *L'opium des Intellectuels y Dimensions de la conscience historique*, entre otras. Aron sostiene que no se puede hablar de *objetividad histórica* estrictamente, lo que le llevó a oponerse al marxismo sustentador de la *ley absoluta* en la Historia. En las opiniones transcritas no parece mostrarse enteramente fiel a su filosofía.*
179. Marías, J. *Los Estados Unidos en Excorzo*. Op. cit. Cara y cruz de las bibliotecas americanas, p. 81.
180. Marías, J. *Análisis de los Estados Unidos*, Madrid, Guadarrama, 1968, p. 94 y sig. cit. p. 138 y 145 ss.
181. Real de Azúa, Carlos. *El impulso y su freno*, Montevideo, Col. Clás. Urug., 2009, p.21.
182. Garcé, Adolfo. *El Giro Republicano*. Estudio del Centro Mundial de Investigación para la Paz. Dirección del proyecto R. Domínguez Lassus e I. Vázquez D'Elía. Redactor principal A. Garcé. Colaborador R. Gutiérrez Palacios. Montevideo. Trilece, jun. 2009, p. 25-27. Las sig. pp. 53, 57, 76.

## Índice Onomástico

- Abbondanza, Jorge - 47.  
 Acevedo, Eduardo - 2, 71, 108, 109, 125, 171, 172.  
 Acevedo Díaz, Eduardo - 8, 133, 184, 185, 187.  
 Acuña de Figueroa, Francisco - 8.  
 Adrián VI - 39.  
 Agustini, Delmira - 185, 186.  
 Alas, Leopoldo (Clarín) - 172, 193.  
 Alberdi, Juan Bautista - 8, 35, 70, 92 a 98, 129, 173, 198, 200, 203.  
 Alberti, Manuel - 81.  
 Albistur, Jorge - 5, 200.  
 Alegría, Ciro - 40, 374.  
 Alemán, Mateo - 104.  
 Alfonso XI - 60.  
 Almafuerce (ver: Palacios, Pedro B) --  
 Alsina, Adolfo - 182, 186, 190.  
 Altamita, Rafael - 43.  
 Alvear, Carlos de - 129, 135, 140, 158, 308.  
 Alzaga, Martín de - 34, 43 a 45, 153 a 157, 181, 189.  
 Anchorena, Tomás Manuel - 78, 129, 193.  
 Anderson Imbert, Enrique - 310, 316, 317, 319, 324, 327, 330, 376.  
 André, Louis - 82.  
 Aparicio, Timoteo - 215, 218, 219, 222, 238, 252.  
 Áquiles - 65.  
 Aquino, Tomás de Aquino - 88.  
 Aranda, Pedro Pablo, Conde de - 99, 101, 173.  
 Arciniegas, Germán - 356, 357, 377.  
 Ardao, Arturo - 223, 224, 252, 253, 329, 375.  
 Arendt, Ana - 274.  
 Arguedas, Alcides - 41, 42, 346.  
 Arguedas, José María - 41, 346.  
 Arias Montano, Benito - 91.  
 Aristóteles - 49, 76, 84, 153, 228, 370, 371.  
 Aron, Raymond - 350, 355, 277, 378.  
 Arredondo, Avelino - 241.  
 Arredondo, José Miguel - 183.  
 Artigas, José Gervasio - 5, 8, 12, 13, 15, 27, 40, 58, 59, 60, 78, 79, 89, 127 a 131, 134 a 136, 138 a 142, 157 a 161, 172, 175, 177, 179, 181, 183, 184, 188, 189, 192 a 195, 201 a 210, 229, 230, 232, 242, 246, 259, 304, 310, 315, 329, 331, 333, 343, 366, 372, 374, 376.  
 Asturias, Miguel Ángel - 346.  
 Aurelio Víctor - 286.  
 Avellaneda, Marcos - 164.  
 Avilés, Gabriel, Marqués de - 58.  
 Azaña, Manuel - 9, 22, 64, 70, 255, 368.  
 Azara, Félix de - 37, 57 a 60, 95, 96, 102, 373.  
 Azara, Nicolás de - 55, 58.  
 Azcuénaga, Miguel - 78, 145.  
 Azorín (ver: Martínez Ruiz, José) -  
 Bacon, Francis - 93, 258.  
 Bagehot, Walterio - 258.  
 Bakunin, Miguel - 270, 271, 272, 275, 284.  
 Barrás, Pablo Fco. Vizconde de - 102.  
 Barros Arana, Diego - 185.  
 Batlle, Lorenzo - 215, 218, 219, 222, 225, 218, 225, 226, 230, 237, 238, 239, 242, 243, 245, 249, 254, 288, 299, 310, 330, 332, 376.  
 Batlle y Ordóñez, José - 218, 225, 226, 230, 237, 238, 239, 242, 243, 245, 249, 254, 288, 299, 310, 330, 332, 376.  
 Bauzá, Francisco - 13, 194, 225, 251, 252, 253, 310, 311, 375.  
 Beauharnais, Josefina - 23, 41, 45, 46, 52, 54, 56, 68, 78, 80, 128, 130, 134, 135, 137, 140, 145, 154, 158, 167, 170, 175, 181, 185, 186, 188, 189, 229, 301, 303, 307, 313.  
 Belgrano, Manuel - 186, 188, 189, 229, 301, 303, 307, 313.  
 Bergson, Henri - 264.  
 Berro, Bernardo Prudencio - 162, 179, 199, 200, 213, 215, 241, 311.  
 Blanco Fombona, Rufino - 333.  
 Bloch, Marc - 11, 20, 161, 217, 372.  
 Bolívar, Simón - 5, 8, 18, 19, 22, 23, 52, 53, 60, 82, 126, 127, 131 a 151, 188, 191, 198, 305, 206, 210, 211, 225, 227, 229, 231, 242, 266, 307, 313, 3125, 338, 339, 341, 342, 374.  
 Bonaparte, José - 102.  
 Bonaparte, Napoleón - 44, 101, 245, 282.  
 Bonavita, Luis Pedro - 196, 205, 374.  
 Bordoli, Domingo Luis - 14, 295, 372.  
 Bosch, Guimpera - 43.  
 Bresson - 144.  
 Bunge, Carlos Octavio - 345.  
 Burriel, Andrés Marcos - 94.  
 Busaniche, José Luis - 69, 158, 181, 200, 210, 214, 373, 374.  
 Bushner - 328.  
 Bustamante Carlos Inca, Calisto (ver Concolorcorvo) - 101, 102, 103, 107, 108.  
 Cabarrús, Francisco - 101, 102, 103, 107, 108.  
 Cabarrús, Juana María Teresa - 101.  
 Cáceres, Ramón - 130, 205.  
 Calahorra, (Obispo de) - 33.  
 Caldas, Francisco José de - 96.  
 Calícrates - 265.  
 Calvino, Juan - 20, 91.  
 Camacho, José Joaquín - 96.  
 Campisteguy, Juan - 225.  
 Campomanes, Pedro Rodríguez, Conde de - 52, 56, 60, 99, 100, 102, 107, 108, 173.  
 Cané, Miguel - 164, 176.  
 Canning, George - 69.  
 Capdevila, Arturo - 78.  
 Carlos I de España, (V, Emperador) - 28, 29, 32, 34, 36, 48, 63, 64, 66, 76, 104, 105, 116.  
 Carlos II de España - 47.  
 Carlos III de España - 5, 96, 98 a 110, 112, 121, 153, 154, 173, 175, 255, 269, 303, 370, 373.  
 Carlos IV de España - 57, 69, 97, 101, 102, 103, 173.  
 Carlota Joaquina de Borbón - 44, 154.  
 Carlyle, Thomas - 20, 135.  
 Carrió, Alonso - 117 a 119.  
 Castellanos, José María - 216.  
 Castelli, Juan José - 45, 145, 154, 181, 301.  
 Catalina de Aragón - 29.  
 Catalina de Médicis - 98.  
 Catalina II de Rusia - 49, 106, 108, 126, 374.  
 Cavanilles, José - 95 a 98, 102, 107.  
 Cavia, Pedro Feliciano - 184.  
 Cervantes Saavedra, Miguel - 38, 72, 73, 86, 265, 341, 374.  
 Cevallos, Pedro - 67.  
 Chaplin, Charles - 363.  
 Chiclana, Feliciano Antonio - 157.  
 Cisneros, Baltasar Hidalgo de Vitrey - 24, 44, 46, 67, 78, 82, 145, 151, 154, 155, 302, 372.  
 Clarín (Ver Alas, Leopoldo) - Coligny, Gaspar de - 98.  
 Comte, Augusto - 260, 261, 272, 337, 352, 375.  
 Concolorcorvo (Bustamante Carlos Inca, Calisto) - 24, 31, 37, 54, 70, 72, 83, 84, 107, 110 a 119, 121, 372.  
 Considerant, Víctor - 17, 178.  
 Contreras Pazo, Francisco - 125, 374.  
 Copérnico, Nicolás - 94, 96.  
 Córdoba, Fray Pedro - 75, 76.  
 Corzo, Pablo - 48.  
 Costa, Angel Floro - 223, 253, 258.  
 Courtoisie, Agustín - 274.  
 Crispo Acosta, Osvaldo (Lausar) - 342, 377.  
 Cromwell, Oliverio - 49, 120.  
 Cuestas, Juan Lindolfo - 241.  
 Da Gama, José Basilio - 104.  
 Da Vinci, Leonardo - 91, 162, 163, 219, 251, 152, 258, 260, 328, 375.  
 Darío, Rubén - 14, 18, 27, 262, 263, 265, 315 a 319, 321 a 325, 326, 329, 331, 332, 337, 376.  
 Darwin, Charles - 58, 94, 95, 122, 162, 163, 219, 252, 258, 260, 328, 375.  
 De Angelis, Pedro - 178, 185.  
 De la Ensenada, Marqués - 73, 94, 95.  
 De la Serna, Hernando - 48.  
 De la Serna, José - 136.  
 De las Casas, Bartolomé - 36, 75, 76, 77, 102.  
 De María, Isidoro - 205.  
 Del Carril, Salvador María - 158, 182.  
 De Toro, Bernardo - 133.  
 De Toro, Fernando - 148.  
 Díaz, César - 197, 202, 214.  
 Díaz, Pedro - 34, 78, 79.  
 Díaz Herrera, José - 376.  
 Diocleciano - 285, 287, 288, 289.  
 Domínguez Lassus, R - 378.  
 Dorrego, Manuel - 151, 152, 157, 158, 174, 181, 182, 186, 188, 195, 210, 373.  
 Dostoiweski, Fedor - 14.  
 Dumas, Alejandro - 180.  
 Dupont, Anselmo - 221.  
 Durand, Isabel - 376.  
 Echeverría, Esteban - 23, 163 a 168, 171 a 179, 188, 194, 203, 215, 219, 261, 311 a 314, 331, 336, 337, 346, 365, 374.  
 Eduardo VI (Tudor) - 29, 98.  
 Edwards, Jorge - 346.  
 Elio, Francisco Javier de - 32, 128, 145, 154, 304.  
 Ellauri, José E. - 215, 220, 252, 254.  
 Ellauri, Plácido - 250, 251.  
 Engels, Federico - 276, 308, 349, 360, 377.  
 Enrique II de Francia - 98.  
 Enrique VIII de Inglaterra - 21, 29, 98.  
 Erasmo - 90.  
 Ercilla, Alonso de - 104, 313, 314.  
 Ezquerria, Ramón - 33, 74, 77, 81, 372.  
 Feijóo, fray Benito - 92, 93, 102.  
 Felipe I, el Hermoso - 28, 63.  
 Felipe II, de España - 21, 28, 29, 30, 47, 51, 73, 92, 98.  
 Felipe III, de España - 92, 125.  
 Felipe IV, de España - 125, 126.  
 Felipe V, de España (de Anjou) - 47, 54, 69, 73, 74, 82, 153.  
 Fernández Saldaña, José María - 18, 222, 372.  
 Fernando de Aragón - 28, 29, 76, 123, 124.  
 Fernando VI, de España - 54, 92, 94, 95, 119.  
 Fernando VII de España - 52, 54, 58, 86, 87, 103, 124, 133, 136, 145, 147, 155, 171, 189, 236, 299, 373.  
 Ferré, Pedro - 211.  
 Ferreiro, Felipe - 196.  
 Fidas - 265.  
 Figari, Pedro - 310.  
 Flaubert, Gustave - 265.  
 Flores, Eduardo - 221.  
 Flores, Segundo - 221.  
 Flores, Venancio - 123, 213 a 215, 221, 222, 226.  
 Floridablanca, Fco. (Antonio Moñino) Conde de - 56, 100 a 102, 173.  
 Fourastié, Jean - 347, 352, 360, 377.

Franco, Francisco - 87, 105, 374.  
 Frank, Waldo - 359, 363.  
 Franklin, Benjamin - 51.  
 Frugoni, Emilio - 213, 262, 300, 328 a 330.

Gallegos, Rómulo - 346.  
 Gálvez, Manuel - 157, 158, 202, 374.  
 Ganivet, Angel - 64.  
 Garcé, Adolfo - 369, 378.  
 García Cárcel, José - 73, 378.  
 García Godoy, Francisco - 262, 378.  
 García Hamilton, José Ignacio - 203, 374.  
 García Lorca, Federico - 357, 378.  
 García Márquez, Gabriel - 346.  
 García Moreno, Gabriel - 340.  
 García Morente, Manuel - 357, 377.  
 García Usón, Angustias - 108, 374.  
 Garibaldi, Giuseppe - 160, 341.  
 Gascón, José Rafael - 58.  
 Genovesi, Antonio - 303.  
 Gentile, Pánfilo - 284.  
 Gil, Teófilo - 311.  
 Ginés de Sepúlveda, Juan - 76.  
 Giorgione - 125.  
 Giró, Juan Francisco - 213 a 215, 237.  
 Gaudin, Louis - 94.  
 Godoy, Manuel - 102, 103, 153, 262.  
 Goethe, Johann Wolfgang - 12, 264, 332.  
 Gómez, Juan Carlos - 23, 216, 221, 311.  
 Gómez, Leandro - 215.  
 Gómez Tabanera, José Manuel - 69.  
 González de Rivadavia, Benito - 43, 54.  
 Gorki, Máximo - 328.  
 Goya, Francisco - 86, 103, 125.  
 Gracián, Baltasar - 265.  
 Grave... - 270.  
 Griffiths-Jones Stephany - 293, 376.  
 Güemes, Martín Miguel - 134, 135.  
 Gurruchaga, Mateo - 202.  
 Gutiérrez, Juan María - 18, 23, 146, 163, 170 a 176, 179, 182, 312 a 315, 331, 336, 339.  
 Gutiérrez Nájera, Manuel - 322.  
 Gutiérrez Palacios, R. - 379.

Haeckel, Ernesto - 328.  
 Hamilton, Alexander - 146.  
 Hamon... - 270.  
 Hanke, Lewis - 36.  
 Henríquez Ureña, Pedro - 46, 50, 104, 345, 372.  
 Herrera, Juan José de - 221, 237.  
 Herrera, Luis Alberto de - 196.  
 Herrera, Nicolás - 78, 203, 206.  
 Herrera y Obes, Julio - 206, 217 a 221, 224, 226, 237, 238, 245, 252, 327, 330.  
 Herrera y Obes, Manuel - 279, 190, 199 a 201, 206, 208, 209, 212, 217, 226, 246, 330.  
 Herrera y Reissig, Julio - 327, 331, 332, 334.  
 Hidalgo, Bartolomé - 336.  
 Hobbes, Thomas - 276, 370.

Hölderlin, Friedrich - 14.  
 Homo, Leon - 72, 284, 285, 288, 292, 350.  
 Horenheb - 283.  
 Hortelano, Benito - 296, 374.  
 Hudson, William Henry - 110, 169, 294 a 296, 298, 357, 376.  
 Huxley, Aldous - 370.

Ibsen, Enrique - 270, 328, 343.  
 Icaza, Jorge - 346, 377.  
 Ictinios - 265.  
 Idiarte Borda, Juan - 238, 239, 241.  
 Ionesco, Eugenio - 285.  
 Irigoyen, Bernardo - 187.  
 Irrazábal, Pablo - 183.  
 Isabel de Castilla - 28, 29, 52, 58, 63, 74, 76, 88, 123, 124.  
 Isabel de Farnesio - 47, 54.  
 Isabel de Francia - 29.  
 Isabel de Portugal - 28.  
 Isabel Tudor - 21.  
 Iseas - 83.

Jaeger, Werner - 20, 239, 372, 278.  
 Jaime II de Aragón - 85.  
 Jaurés, Jean - 330.  
 Jerjes - 239, 285.  
 Jiménez, Juan Ramón - 266, 327.  
 Jiménez de Cisneros, Francisco - 76, 88.  
 Josefina de Beauharnais - 133.  
 Jovellanos, Gaspar Melchor de - 52, 56, 60, 87, 99, 101 a 104, 107, 108, 112, 173, 104, 107, 108, 112, 173, 119, 372.  
 Juan, Jorge - 33, 40, 69, 73, 93 a 95, 119, 372.  
 Juan Carlos de Borbón - 180.  
 Juan XI - 154, 172.  
 Juana la Loca - 28, 63.

Kant, Immanuel - 358.  
 Keats, John - 14.  
 Keynes, John Maynard - 308.  
 Kirkpatrick... - 145.  
 Kropotkin, Pedro Alejandro - 25, 26, 51, 110, 120, 258, 270, 372 a 374.

La Condamine, Charles Marie de - 12, 96.  
 Lafayette, Gilbert - 246.  
 Lafinur, Alvaro Martín - 133.  
 Lago, Juan María - 213.  
 Lamartine, Alfonso - 126, 174, 218.  
 Lamas, Andrés - 23, 48, 164, 171 a 176, 195, 212 a 214, 217, 251, 298, 353, 368, 374.  
 Lardizábal, Miguel de - 54.  
 Larrañaga, Dámaso Antonio - 78.  
 Larrea, Juan - 146.  
 Latorre, Lorenzo - 220 a 225, 254, 257, 327, 374.

Lavalle, Juan - 34, 79, 126, 157, 158, 168, 177, 181, 182, 197, 204, 207, 209, 210, 225.

Lavalleja, Juan Antonio - 196, 209, 213, 214.  
 Lavandeira, Francisco - 211.  
 Le Bon, Gustave - 65.  
 Le Gonnec, Bernard - 12.  
 Lefebvre, George - 85, 376.  
 Leiva, Julián - 78.  
 Leopoldo de Sajonia-Coburgo - 52.  
 Leopoldo II de Bélgica - 90.  
 Leroux, Pierre Henri - 178.  
 Levene, Ricardo - 43.  
 Lezama, Antonio - 37, 56, 75, 83, 84, 110, 118, 126, 372.  
 Libanio - 286.  
 Lindhal, Göran - 330, 376.  
 Liniers, Santiago de - 34, 43, 44, 54, 77, 145, 153 a 155, 181, 302, 376, 370.  
 Locke, John - 134, 135, 157, 158, 203, 207, 223.  
 López, Estanislao - 169, 205.  
 López, Francisco Solano - 169, 184 a 186, 315.  
 López, Vicente Fidel - 129, 183.  
 López Jordán, José Ricardo - 53.  
 López Méndez - 20, 55, 56.  
 Lozano, Jorge Tadeo - 96.  
 Luis XIV, de Francia - 47, 74, 82, 98, 153, 245, 277, 373.  
 Luis XVI, de Francia - 30, 98, 121.  
 Luna, Félix - 46, 145, 372.  
 Lutero, Martín - 20, 29, 248.

Mac Namara, Robert - 292.  
 Machado, Antonio - 293.  
 Madariaga, Salvador de - 134, 143, 144, 149, 150, 159, 374.  
 Madison, James - 147.  
 Magariños Cervantes, Alejandro - 23.  
 Malato, Carlos - 270.  
 Manco Capac - 116.  
 Manini Ríos, Carlos - 329, 330, 376.  
 Manini Ríos, Hugo - 330, 376.  
 Manini Ríos, Pedro - 330.  
 Maquiavelo, Nicolás - 69, 158, 244, 373.  
 Margarita de Parma - 28.  
 María Antonieta - 30.  
 María de Borgoña - 28.  
 María Manuela de Portugal - 29.  
 María Tudor - 21, 29, 98.  
 Mariana, Juan de - 45.  
 Marías, Julián - 20, 50, 179, 180, 234, 239, 282, 293, 323, 325, 338, 343, 353, 355, 357, 359, 366, 367.  
 Martí, José - 348, 349, 357.  
 Martínez, Martín C. - 252, 255, 258 a 260, 310, 375, 376.

Martínez, Martín C. (autor de R.Darío y Urug.) - 376.  
 Martínez Ruiz, José (Azorín) - 322.  
 Martínez Vigil, Carlos - 213.  
 Marx, Carlos - 228, 247.  
 Masson de Movilliers, Nicolás - 97, 98.

Matheu, Domingo - 146, 157.  
 Matos Rodríguez, Gerardo - 376.  
 Maximiliano de Austria - 28, 160.  
 Mayer, J.P. - 352, 377.  
 Mazzone, Daniel - 7, 54, 68, 198, 373, 374.  
 Methol Ferré, Alberto - 69, 373, 376.  
 Miranda, Francisco - 52, 133, 135, 146 a 150, 153, 211, 373.  
 Miranda, Héctor - 77, 78.  
 Mitre, Bartolomé - 57, 135, 140, 158, 165, 169, 170, 176, 182 a 187, 191, 203, 214, 229.  
 Montaigne, Michel de - 8, 92, 341.  
 Montalvo, Juan - 18, 26, 38, 42, 54, 85, 87, 92, 117, 121, 131, 132, 183, 266, 308, 314, 315, 320, 335, 338 a 342, 368, 370.  
 Montaner, Carlos Alberto - 80 a 84, 373.  
 Monteagudo, Bernardo - 46, 159.  
 Montero Bustamente, Raúl - 196.  
 Montesinos, fray Antonio - 35, 75.  
 Montesquieu, Calos de Secondat, - 298, 370.  
 Monteverde, Juan Domingo - 149, 150.  
 Morales, Evo. - 9.  
 Morelli, Federica - 198.  
 Moreno, Mariano - 8, 23, 34, 43 a 45, 52, 63, 66, 69, 78, 126, 128, 145, 154, 157, 165, 181, 208, 301, 302, 304, 372, 373.  
 Morillo, Pablo - 53.  
 Muñoz, Justino - 240.  
 Muñoz, José María - 220.  
 Murillo, Bartolomé Esteban - 86.  
 Mutis, José Celestino - 95 a 97, 102.

Newton, Isaac - 94, 96.  
 Nietzsche, Friedrich - 14, 98, 271, 327.  
 Novalis (Friedrich Leopold de Hardenberg) - 14.

Ocampo, Martín - 78.  
 O'Donnell, Pacho - 68, 170, 207, 304, 373, 374, 376.  
 O'Higgins, Ambrosio - 77.  
 Olaguer y Feliú, Antonio - 303.  
 Olavide, Pablo - 95, 98 a 100, 102, 103, 113.  
 Oribe, Aquiles B. - 374.  
 Oribe, Emilio - 275, 330, 376.  
 Oribe, Manuel - 161, 162, 164, 179, 194 a 202, 209, 212 a 215, 217, 305, 307, 374, 376.  
 Ortega y Gasset, José - 8, 19, 86, 257, 273, 322, 355, 365, 372, 373, 375.  
 Ortiz, (Teniente) - 225, 226.  
 Orwell, George - 269, 285, 370.  
 Orogúes, Fernando - 130.  
 Ots Capdequi, José María - 43.

Pacheco y Obes, Melchor - 311.  
 Padilla, Manuel Aniceto - 154.

Palacios, Alfredo - 330.  
 Palacios, Pedro B. (Almafuerte) - 151.  
 Palafox, José de - 58.  
 Palmerston, Henry J. Temple, Lord - 308.  
 Parménides - 350.  
 Paso, Juan José - 45, 145, 181, 304.  
 Passet, René - 308, 366.  
 Pasternak, Boris - 281.  
 Paulo III - 76.  
 Pavón, José - 96.  
 Paz, José María - 203, 204, 307, 310.  
 Paz, Octavio - 68.  
 Pedro de Portugal - 43.  
 Pedro I el Grande de Rusia - 357.  
 Pedro III de Rusia - 106, 109.  
 Peña, Miguel - 150.  
 Peñaflores, Conde de - 101, 102.  
 Pereira, Gabriel Antonio - 214, 215.  
 Pérez, Abel J. - 12, 231, 373.  
 Pérez, Joseph - 64.  
 Pérez, Juan María - 195.  
 Pérez Castellano, José Manuel - 78.  
 Pérez Galdós, Benito - 159.  
 Pérez Petit, Víctor - 163, 213, 223, 265, 320, 331, 335, 338, 358, 374, 377.  
 Pezuela, Joaquín de la - 136.  
 Piquet, Francisco - 263, 265.  
 Pirenne, Jacques - 283.  
 Pivel Devoto, Juan - 18, 59, 195, 210, 212 a 214, 237, 254, 374.  
 Pizarro, Gonzalo - 36, 116.  
 Platón - 8, 49, 370.  
 Pombal, Marqués de - 55.  
 Popsescu, Oreste - 178, 374.  
 Porta, Eliseo Salvador - 206.  
 Posadas, Gervasio de - 158.  
 Proudhon, Pedro José - 169, 228, 247 a 249, 258, 275, 300, 327, 348, 350, 375.  
 Pueyrredón, Juan Martín - 52, 78, 79, 129, 135, 153, 157, 158.  
 Pugatschef, Emiliano - 42, 55, 109, 126, 1258.  
 Puiggrós, Rodolfo - 46, 66, 67, 131, 146, 184, 372, 373, 376.  
 Quesnay, François - 303.  
 Quevedo y Villegas, Francisco de - 86, 265.  
 Quijano, Carlos - 121, 257, 268, 270, 298.  
 Ramírez, Carlos María - 13, 206, 223, 224, 229, 252, 253, 257, 258, 261, 310, 311, 327, 331, 374, 377.  
 Ramírez, Francisco - 208.  
 Ramírez, José Pedro - 216, 217, 220, 222, 224, 226, 241, 375.  
 Ramírez, Octavio - 221.  
 Ramírez Sergio - 346.  
 Ramos, Manuel - 273, 274.  
 Ramos Mejía, José María - 186.  
 Raynal, Guillaume - 85, 116, 373.  
 Reagan, Ronald - 278.

Real de Azúa, Carlos - 228, 342, 358, 377.  
 Récamier, Juana F., Madame de - 101, 133.  
 Renan, Ernesto - 17, 106, 180, 264, 310, 346.  
 Revel, Jean-François - 359, 361, 362, 365, 378.  
 Revles, Carlos - 22, 256, 327, 329, 331, 332, 334, 336, 337.  
 Ribera, José (El Españolito) - 86.  
 Ribot, Teóculo - 264.  
 Riego, Rafael de - 53, 136, 299.  
 Rivadavia, Bernardino - 8, 11, 26, 34, 41, 43, 52, 53, 69, 78, 129, 134, 141, 151 a 158, 172, 173, 179, 182, 184, 189, 193, 202, 217, 218, 227, 229, 230, 237, 284, 308, 336, 374, 40.  
 Rivera, Eustasio - 40.  
 Rivera Fructuoso - 5, 8, 11, 130, 160 a 164, 177, 179, 180, 184, 187, 194 a 209, 212, 214, 217, 227, 229, 246, 305, 346, 376.  
 Rivera Indarte, José - 164.  
 Rocafuerte, Vicente - 54.  
 Rocca, Pablo - 22.  
 Rucker, Rodolfo - 350, 377.  
 Rodríguez, Martín - 78.  
 Rodríguez de Francia, Gaspar - 135, 169, 205.  
 Rodríguez Larreta, Aureliano - 224.  
 Rodríguez Monegal, Emir - 125, 128, 131, 319, 327, 332, 335, 374.  
 Rodríguez Peña... - 45, 145, 154, 181.  
 Rolando - 65.  
 Rondeau, José - 78, 128, 129, 158, 189.  
 Rosa, José María - 27, 75, 155, 166, 173, 182, 183, 204, 229, 268, 373, 374.  
 Rosas, Juan Manuel de - 5, 8, 11, 22, 34, 82, 152, 157, 159 a 201, 205 a 214, 221, 223, 227, 229, 255, 267, 283, 304, 307, 340, 372, 376.  
 Rosas, Manuelita - 182, 184.  
 Rourke, Thomas - 133, 137, 374.  
 Roxlo, Carlos - 22.  
 Rudé, George - 44, 372.  
 Ruiz, Hipólito - 96.  
 Ruiz Guinazu, Enrique - 301.  
 Ruiz Huidobro, Pascual - 154.  
 Russell, Bertrand - 348, 357, 359, 370, 371, 377, 378.  
 Saavedra, Cornelio - 44, 45, 78, 145, 146, 153 a 155, 157, 181, 204.  
 Sabatini, Francisco - 86.  
 Saint-Simon, Claude Rouvroy - 174, 178.  
 Saint-Victor, Paul de - 366.  
 Sainte-Beuve, Carlos Agustín - 340.  
 Salazar, J. M. - 130.  
 Saldías, Adolfo - 129, 177, 182 a 188, 197, 199, 202, 210, 229, 374.

San Martín, José de - 52, 53, 78, 80, 82, 129, 133 a 136, 139, 141, 142, 157 a 161, 170, 173, 174, 227, 229, 231, 304, 305, 374.  
 Sánchez, Florencio - 22, 251, 327, 331, 332, 334, 377.  
 Sánchez, Luis Alberto - 43, 188, 372, 373.  
 Sánchez de Thompson, Mariquita - 304.  
 Sánchez Mantero, Rafael - 86, 87.  
 Santos, Máximo - 187, 221, 224 a 227, 237, 238, 242.  
 Santos Zelaya, José - 357.  
 Saravia, Aparicio - 238 a 241, 245.  
 Saravia, Basilio - 240.  
 Sarmiento, Domingo Faustino - 3, 69, 140, 142, 156, 165 a 167, 170, 171, 176, 179, 182, 185 a 191, 195, 199, 201, 203, 206, 208, 229, 235, 254, 294, 308, 313, 31, 331, 340, 353, 374.  
 Sarobe, José María - 210, 374.  
 Sarrailh, Jean - 51, 102, 372.  
 Sarratea, Manuel de - 88, 93, 107, 129, 20, 366.  
 Scalabrini Ortiz, Raúl - 173.  
 Servan-Schreiber, Jean Jacques - 359, 362, 378.  
 Servet, Miguel - 91.  
 Silva, José Asunción - 322.  
 Silva Cencio, Jorge A. - 161, 231, 374.  
 Silva Valdés, Fernán - 376.  
 Sismondi, Juan Carlos - 178.  
 Leonardo de - 124.  
 Sixto IV - 105, 300, 303, 307, 308.  
 Smith, Adam - 281.  
 Solzhenitsyn, Alexander - 281.  
 Spencer, Herbert - 252, 255, 257, 261, 268, 271 a 275, 281, 284, 290, 337.  
 Spengler, Oswald - 282.  
 Stüel, Ana Luisa Necker de - 133.  
 Stewart Vargas, Guillermo - 194, 196, 305, 376.  
 Stiglitz, Joseph - 291, 306, 307, 376.  
 Stirner, Max - 327.  
 Stuart Mill, John - 259, 261, 337.  
 Suárez, Federico - 54, 373.  
 Suárez, Francisco - 45, 92.  
 Suárez, Joaquín - 160, 212.  
 Sunkel, Osvaldo - 308, 376.  
 Tácito, Cornelio - 8, 173, 187.  
 Tañe, Hipólito - 17, 264, 339 a 341, 346, 377.  
 Tajés, Francisco - 160.  
 Tajés, Máximo - 225, 226, 227, 237.  
 Terragno, Rodolfo - 134, 374, 376.  
 Tezanos, Isaac de - 221, 222.  
 Thatcher, Margaret - 308.  
 Tiziano - 125.  
 Tocqueville, Alexis de - 280, 281, 352, 359, 360, 366, 367, 375, 377.  
 Todd, Emmanuel - 207, 308, 376.  
 Toledo, Antonio Sebastián - 118, 119.

Tolstoi, Lev Nicolievich - 270.  
 Tomé, Eustaquio - 18.  
 Toro, Juan - 150.  
 Torquemada, Tomás de - 124.  
 Torres, Carlos Arturo - 16, 261, 316.  
 Torres Rioseco, Arturo - 317 a 324, 355, 376, 377.  
 Toynbee, Arnold - 140, 222, 259, 260, 275, 283, 364, 374, 375, 378.  
 Trelles, Alonso (El Viejo Pancho) - 376.  
 Ulloa, Antonio de - 33, 40, 69, 70 a 74, 81, 94, 95, 97, 119, 372, 373, 144.  
 Urduñeta, Rafael - 144.  
 Urquiza, Justo José de - 162, 182, 192, 197, 210, 214, 223, 374.  
 Uslar Pietri, Arturo - 31 a 33, 49, 211, 346, 372.  
 Vandervelde, Emile - 270.  
 Varela, Felipe - 183.  
 Varela, Florencio - 23, 160, 164.  
 Varela, Jacobo - 213.  
 Varela, José Pedro - 5, 14, 45, 164, 217, 220, 223, 224, 227, 246, 250 a 258, 261, 268, 272, 311, 327, 331, 368, 369, 375, 221.  
 Varela, Pedro - 221.  
 Vargas Llosa, Mario - 346.  
 Vaz Ferreira, Carlos - 70, 105, 251, 256, 258, 259, 278, 280, 297, 327, 331, 333 a 335, 348, 358, 375, 377.  
 Vaz Ferreira, Maria Eugenia - 331, 332, 334.  
 Vázquez, Santiago - 160, 206, 211.  
 Vázquez D'Elía, L. - 378.  
 Vázquez y Vega, Prudencio - 311.  
 Velázquez, Diego de Silva - 86, 125, 126.  
 Vértiz, Juan José - 77.  
 Vidal, Francisco A. - 221, 224, 225.  
 Vicens Vives, J. - 25, 104, 295, 296.  
 Vitoria, Francisco de - 88, 89, 92.  
 Vives, Juan Luis - 90, 91.  
 Voltaire, Francisco María Arouet - 371.  
 Ward, H. F. - 108.  
 Washington, George - 134, 146.  
 Wilde, Oscar - 357.  
 Willman, Claudio - 225.  
 Yañiz, Martín Gregorio - 81, 184, 198, 302, 306, 357.  
 Zaldumbide, Gonzalo - 342, 344, 345, 359, 377.  
 Zea, Francisco Antonio - 96.  
 Zlotogviazda, Marcelo - 376.  
 Zorrilla de San Martín, Juan - 141, 331, 333 a 335.  
 Zufriategui, Rafael - 77, 78.  
 Zurbarán, Francisco - 86.